

RICHARD FORD

---

*Canadá*



Lectulandia

Dell Parsons tiene quince años cuando sucede algo que marcará para siempre su vida: sus padres roban un banco y son detenidos. Su mundo y el de su hermana gemela Berner se desmorona en ese momento. Con los padres en la cárcel, Berner decide huir de la casa familiar en Montana. A Dell, un amigo de la familia le ayudará a cruzar la frontera canadiense con la esperanza de que allí pueda reiniciar su vida en mejores condiciones. En Canadá se hará cargo de él Arthur Remlinger, un americano enigmático cuya frialdad oculta un carácter sombrío y violento. Y en ese nuevo entorno, Dell reconducirá su vida y se enfrentará al mundo de los adultos. Una bellísima y profunda novela sobre la pérdida de la inocencia, sobre los lazos familiares y sobre el camino que uno recorre para alcanzar la madurez.

«Uno de los mejores estilistas y uno de los narradores más humanistas de América... Es su libro más elegiaco y profundo» (Ron Charles, *The Washington Post*).

«Un grandísimo escritor» (M. Dirda, *The New York Review of Books*).

«Un vasto y magnífico fresco. Ésta es una de las primeras grandes novelas del siglo XXI» (John Banville).

«Fascinante» (Colm Tóibín).

**Lectulandia**

Richard Ford

**Canadá**

**ePub r1.0**

**Polifemo7 27.10.13**

Título original: *Canada*  
Richard Ford, 2013  
Traducción: Jesús Zulaika

Editor digital: Polifemo7  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



*Canadá* es una obra de la imaginación. Todos los personajes y acontecimientos que aparecen en ella son ficticios. No he buscado ninguna semejanza con gente real, por lo que no debe extraerse de esta historia inferencia alguna. Me he tomado libertades con el marco urbano de Great Falls, Montana, y asimismo con el paisaje de la pradera y con ciertos detalles de las pequeñas poblaciones del suroeste de la provincia de Saskatchewan. La carretera 32, por ejemplo, no estaba asfaltada en 1960, si bien lo está en mi narración. Aparte de esto, todas las omisiones y errores crasos son de mi responsabilidad exclusiva.

# Primera parte

# 1

Primero contaré lo del atraco que cometieron nuestros padres. Y luego lo de los asesinatos, que vinieron después. El atraco es la parte más importante, ya que nos puso a mi hermana y a mí en las sendas que acabarían tomando nuestras vidas. Nada tendría sentido si no se contase esto antes que nada.

Nuestros padres eran las personas de las que menos se podría pensar que atracarían un banco. No eran gente rara, ni evidentemente criminales. A nadie se le hubiera ocurrido pensar que estaban destinados a acabar como acabaron. Eran personas normales —aunque, claro está, tal afirmación queda invalidada desde el momento mismo en que atracaron el banco.

Mi padre, Bev Parsons, era un chico de campo que nació en Marengo County, Alabama, en 1923, y terminó la secundaria en 1939, loco de ganas de entrar en el Army Air Corps de los Estados Unidos, el cuerpo que luego se convertiría en la Fuerza Aérea. Entró en Demopolis, se formó en Randolph, cerca de San Antonio, donde quiso ser piloto de combate, pero como le faltaban aptitudes tuvo que conformarse con convertirse en oficial de bombardero. Voló en los B-25, en los Mitchell ligeros y medios que sirvieron en Filipinas, y luego sobre Osaka, donde sembraron la destrucción en la tierra, tanto entre el enemigo como entre la gente inocente. Era un hombre alto, de más de un metro ochenta (apenas cabía en la carlinga del bombardero), encantador, guapo y sonriente, de cara grande, cuadrada y expectante y pómulos huesudos, labios sensuales y pestañas atractivas, largas y femeninas. Tenía los dientes blancos y brillantes y un pelo negro corto del que se sentía muy orgulloso, lo mismo que de su nombre: Bev. Capitán Bev Parsons. Nunca admitió que Beverly fuera un nombre de mujer para la mayoría de la gente. Venía de raíces anglosajonas, decía. «Es un nombre corriente en Inglaterra. Allí Vivian, Gwen y Shirley son nombres de hombre. Nadie los confunde con mujeres». Era un hablador redomado, y, para ser sureño, de mente abierta. Tenía unos modales elegantes y complacientes que deberían haberle llevado lejos en la Fuerza Aérea, algo que no sucedió. Cuando estaba en un recinto cualquiera, sus ojos rápidos de color de avellana buscaban a su alrededor y siempre encontraban a alguien que le prestaba atención: mi hermana y yo, normalmente. Contaba chistes viejos con un estilo teatral del Sur; sabía hacer trucos con las cartas y juegos de manos, y separarse el pulgar y volver a pegarlo, y hacer desaparecer un pañuelo y hacerlo aparecer de nuevo. Sabía también tocar bugui-bugui al piano, y a veces nos hablaba con acento *dixie*<sup>[1]</sup> y otras veces como Amos 'n' Andy<sup>[2]</sup>. Había perdido algo de oído al volar en los Mitchells, y era muy sensible a esta deficiencia. Pero tenía un aspecto muy atildado con su



«honrado» pelo corto de soldado y su guerrera azul de capitán, y por lo general transmitía una calidez que era genuina y que hacía que mi hermana gemela y yo lo quisiéramos tanto. Tal vez fuera ésa también la razón por la que nuestra madre se había sentido atraída por él (aunque no pudieran ser más diferentes y poco apropiados el uno para el otro), con la mala fortuna de haberse quedado embarazada a raíz de un apresurado encuentro amoroso después de conocerse en una fiesta en honor de los aviadores que habían vuelto del frente. Fue en Fort Lewis, cerca de donde él estaba haciendo un curso de reciclaje como oficial de suministros, en marzo de 1945, cuando ya nadie lo necesitaba para lanzar bombas desde el aire. Se casaron en cuanto lo supieron. Los padres de ella, que vivían en Tacoma y eran inmigrantes judíos oriundos de Polonia, no aprobaron la boda. Los dos eran personas cultas; en Poznań habían sido profesores de matemáticas y músicos semiprofesionales (daban conciertos de música popular), y después de huir de su país en 1918 habían llegado al estado de Washington a través de Canadá, y se habían convertido —quién lo iba a decir— en celadores escolares. El hecho de ser judíos significaba muy poco para ellos entonces, o al menos para mi madre; felizmente, en aquella tierra donde al parecer no eran judíos, dejaban atrás una vieja, rigurosa y cerrada concepción de la vida.

Pero que su hija única se casara con el hijo único sonriente y parlanchín de unos tasadores de madera escoceses-irlandeses de las tierras remotas de Alabama no se les había pasado nunca por la cabeza, así que pronto desterraron el asunto por completo de su pensamiento. Y aunque desde cierta distancia pudiera parecer que nuestros padres simplemente no estaban hechos el uno para el otro, es más preciso afirmar que la boda de nuestra madre con nuestro padre fue el presagio de una pérdida, y que su vida cambió para siempre —y no para bien—, como seguramente ella habrá pensado tantas veces.

Mi madre, Neeva (diminutivo de Geneva). Kamper, era una mujer menuda, intensa, con gafas, de pelo castaño y rebelde, alguna de cuyas hebras aterciopeladas se le deslizaban por el borde de las mejillas hasta debajo de la barbilla. Tenía cejas espesas y frente reluciente, de piel fina, tras la que se le traslucían las venas, y una tez pálida de vivir dentro de casa que le daba un aspecto frágil, sin que ella lo fuera en absoluto. Mi padre, en broma, decía que la gente de donde él venía, en Alabama, al pelo de mi madre lo llamaba «pelo de judío» o «pelo de inmigrante», pero que a él le gustaba y que a mi madre la amaba. (Ella nunca pareció prestar mucha atención a estas palabras). Sus manos eran pequeñas y delicadas, de uñas muy cuidadas (se hacía regularmente la manicura) y bruñidas, de las que solía presumir y con las que gesticulaba con aire ausente. Tenía un talante escéptico, y solía escuchar con gran atención cuando le hablábamos; también tenía ingenio, que a veces podía ser mordaz.

Llevaba gafas sin montura, leía poesía francesa, y a menudo utilizaba expresiones como *cauchemar* o *trou de cul*, que mi hermana y yo no entendíamos. Escribía poemas con tinta marrón que compraba por correo, y llevaba un diario que nosotros no podíamos leer, y normalmente tenía una expresión de perplejidad ligeramente altiva y como estigmatizada, que llegó a ser muy propia de ella, si no lo había sido siempre. Antes de casarse con mi padre y de tenernos rápidamente a mi hermana y a mí, se había graduado a los dieciocho años en el Whitman College de Walla Walla, había trabajado en una librería y posiblemente acariciado la idea de convertirse en poetisa y en bohemia, y la esperanza de llegar a conseguir un trabajo de profesora en un pequeño college, casada con alguien diferente del hombre con quien se había casado realmente, un profesor universitario probablemente, que le daría la vida para la que ella creía que estaba destinada. En 1960, el año en que tuvieron lugar los hechos, tenía sólo treinta y cuatro años. Pero tenía ya «arrugas marcadas» a ambos lados de la nariz, que era pequeña y rosada en la punta, y los párpados oscuros de sus grandes y penetrantes ojos verde gris le hacían parecer extranjera y un tanto triste e insatisfecha, lo cual era cierto. Su cuello era delgado y hermoso, y su sonrisa repentina e inesperada dejaba al descubierto unos dientes pequeños y una boca en forma de corazón, de jovencita. Una sonrisa que —salvo a mi hermana y a mí— rara vez ofrecía. Nos dábamos cuenta de que era una persona de apariencia poco corriente, vestida las más de las veces con pantalones anchos color verde oliva y blusas de algodón de mangas holgadas y zapatos de cáñamo y algodón que debía de haber encargado por correo en la Costa Oeste, porque no podían comprarse zapatos de éstos en Great Falls. Y cuando se ponía a regañadientes al lado de nuestro padre, alto y guapo y extrovertido, aún parecía más fuera de lo corriente. Aunque eran raras las veces en que «salíamos» en familia, o comíamos en restaurantes, así que apenas podíamos darnos cuenta de cómo aparecían ante el mundo, entre desconocidos. A nosotros la vida en casa nos parecía de lo más normal.

Mi hermana y yo entendíamos perfectamente por qué mi madre se había sentido atraída por Bev Parsons, un hombre de hombros fuertes, hablador, divertido, siempre dispuesto a complacer a cualquiera que se encontrase a su alcance. Pero nunca estuvo demasiado claro por qué se había interesado él por ella, una mujer muy menuda (de poco más de un metro cincuenta), introvertida y tímida, apartada de la gente, artística, guapa tan sólo cuando sonreía e ingeniosa sólo cuando se sentía completamente a gusto. Nuestro padre debía de apreciar de algún modo todo aquello, de percibir que ella tenía una mente más sutil que la de él, y que sin embargo él era capaz de complacerla, lo cual le hacía feliz. Decía mucho en su favor que —más allá de las diferencias físicas— mirara al corazón de las cosas humanas, y yo admiraba eso en él por mucho que mi madre no se diera cuenta de ello.

Pero, en mi cabeza, la extraña unión de unos atributos físicos que no casaban

siempre es en parte la causa por la que acabaron mal: no había ninguna duda de que no eran apropiados el uno para el otro y de que no deberían haberse casado ni haber hecho nada de lo que hicieron; tenían que haber tomado caminos distintos después de su primer y apasionado encuentro, con independencia de las consecuencias. Cuanto más estaban juntos, y mejor se conocían, más comprendía ella —al menos— que habían cometido un error, y más extraviadas se volvían sus vidas a medida que pasaba el tiempo —como en esas largas pruebas de matemáticas en las que los primeros cálculos son erróneos, con lo que los siguientes se van alejando más y más del punto en que las cosas tenían sentido—. Un sociólogo de la época —principios de la década de 1960— habría dicho quizá que nuestros padres estaban en la vanguardia de un momento histórico, y se contaban entre los primeros que transgredieron los límites que la sociedad impone, que abrazaron la subversión y creyeron en credos que exigían ratificación a través de la autodestrucción. Pero se habría equivocado. Nuestros padres no eran personas temerarias en la vanguardia de nada. Eran, como ya he dicho, gente normal a la que le jugaron una mala pasada las circunstancias y los malos instintos, y la mala suerte, que les hicieron aventurarse más allá de las fronteras que —sabían— eran las correctas, y luego fueron incapaces de volver atrás.

Aunque diré esto de mi padre: cuando volvió del escenario de la guerra, de ser el agente de una muerte silbante que caía del cielo —era 1945, el año en que mi hermana y yo nacimos en Michigan, en la base Wurtsmith de Oscoda— tal vez se había apoderado de él una especie de fuerza de gravedad poderosa e indeterminada, como les sucedió a otros muchos soldados norteamericanos. Se pasó el resto de su vida luchando contra esta fuerza de gravedad, esforzándose por todos los medios por seguir siendo positivo y por mantenerse a flote, tomando decisiones equivocadas que le parecieron buenas de verdad en su momento, pero finalmente malentendiendo el mundo al que había regresado y convirtiendo tal malentendido en su vida misma. Debió de ser así también para millones de jóvenes, aunque él no lo hubiera sabido ni admitido jamás de sí mismo.

## 2

Nuestra familia acabó asentándose en Great Falls, Montana, en 1956, del mismo modo en que tantas otras familias de militares llegaron a donde llegaron después de la guerra. Habíamos vivido en bases de la Fuerza Aérea de Mississippi, California y Texas. Nuestra madre tenía su título y hacía sustituciones de profesora en todos esos estados. A nuestro padre no lo habían destinado a Corea, sino a un trabajo de oficina en el país, en los cuerpos de intendencia. Se le permitió quedarse porque lo habían condecorado por acciones de combate, pero no había superado el grado de capitán. En determinado momento —cuando tenía treinta y siete años y vivíamos en Great Falls—, decidió que la Fuerza Aérea no le ofrecía ya un gran futuro y que, después de haber dedicado veinte años a la vida militar, era hora de cobrar la pensión y de licenciarse. Razonó que la falta de interés por la vida social de nuestra madre, su renuencia a invitar a la gente de la base a cenar en casa, podía haberle impedido progresar en el escalafón, y puede que no le faltara razón. La verdad, creo, es que si hubiera habido alguien a quien nuestra madre hubiera podido admirar, quizá le habría gustado el lugar. Pero a ella nunca se le ocurrió que pudiera haber nadie de esas características. «Ahí fuera sólo hay vacas y trigo», decía. «No hay una sociedad verdaderamente organizada». En cualquier caso, creo que nuestro padre estaba cansado de la Fuerza Aérea y Great Falls le gustaba como un lugar donde poder salir adelante, incluso sin vida social. Decía que quería hacerse masón.

Era la primavera de 1960. Mi hermana, Berner, y yo teníamos quince años. Estudiábamos en la Lewis (por Meriwether Lewis). Junior High School, que estaba lo bastante cerca del río Missouri para que desde los altos ventanales yo viera la superficie reluciente del agua, los patos y las aves agrupadas sobre ella, y pudiera vislumbrar Chicago, Milwaukee y la estación de Saint Paul, donde los trenes de pasajeros ya no se detenían, y alcanzar un atisbo del Aeropuerto Municipal de Gore Hill, de donde partían dos vuelos diarios, y al otro extremo, río abajo, divisara la chimenea de la fundición y la refinería de petróleo que estaban más arriba de las cascadas que daban nombre a la ciudad. En días claros, veía incluso los picos brumosos y nevados de la cordillera oriental, a cien kilómetros a lo lejos, que se extendía hacia el sur en dirección a Idaho y en dirección norte hasta Canadá. Mi hermana y yo no teníamos ni idea de lo que era «el Oeste», salvo lo que veíamos en la televisión, ni de lo que era Norteamérica, en realidad, aunque dábamos por descontado que era el mejor sitio del mundo donde poder estar. Nuestra vida real era la familia, y los dos formábamos parte de su laxo bagaje. Y debido al desarraigo creciente de nuestra madre, su retraimiento, su sentimiento de superioridad y su deseo de que Berner y yo no nos acomodáramos a la «mentalidad pueblerina» que en su opinión sofocaba la vida de Great Falls, no teníamos una vida parecida a la de la

mayoría de los niños, que habría incluido amigos que visitar, una ruta de reparto de periódicos, boy scouts y bailes. Si nos acomodábamos a aquella vida, pensaba nuestra madre, inevitablemente aumentarían las posibilidades de que los dos acabáramos quedándonos donde estábamos. También era cierto que si tu padre estaba en una base militar —vivieras donde vivieras— siempre tenías menos amigos y raras veces llegabas a conocer a tus vecinos. Todo lo hacíamos en la base, ir al médico, al dentista, a la peluquería, al colmado. La gente lo sabía. Y sabía que no ibas a quedarte mucho tiempo allí, así que para qué molestarse en llegar a conocerte. Las bases llevaban en sí un estigma, como si la gente como es debido no necesitara saber nada de lo que se desarrollaba dentro de ellas, o que la asociaran con ellas de modo alguno; además, mi madre era judía y tenía aspecto de emigrante, y en cierto modo era también una bohemia. Era algo de lo que todo el mundo hablaba, como si proteger a los Estados Unidos de sus enemigos no fuera una labor decente.

A mí, sin embargo, me gustaba Great Falls, al menos al principio. La llamaban «ciudad eléctrica», porque las cascadas producían electricidad. Se diría que era un lugar tosco, honrado y remoto, aunque seguía formando parte del país sin límites en el que ya vivíamos. A mí no me gustaba mucho que las calles tuvieran números en lugar de nombres, lo cual era confuso, y, según mi madre, se debía a que era una ciudad diseñada por banqueros avaros. Y por supuesto los inviernos eran gélidos e inacabables, y el viento azotaba desde el norte como un tren de mercancías, y la mengua de luz habría desmoralizado a cualquiera, incluso a los espíritus más optimistas.

Pero la verdad es que Berner y yo no nos sentíamos de ningún sitio en particular. Cada vez que nuestra familia se mudaba a una población nueva —a alguna de las muchas y lejanas de nuestra geografía— y nos asentábamos en una casa alquilada, y nuestro padre se ponía el uniforme azul recién planchado y se iba en el coche a la base que le había tocado en suerte, y nuestra madre empezaba a trabajar en algún puesto docente, Berner y yo tratábamos de pensar el lugar del que diríamos que procedíamos en caso de que alguien nos preguntara. Practicábamos diciéndonoslo el uno al otro camino de cualquiera que fuera el nuevo colegio que nos hubiera tocado esa vez. «Hola, somos de Biloxi, Mississippi». «Hola, soy de Oscoda. Está más al norte, en Michigan». «Hola, vivo en Victorville». Yo intentaba aprender los elementos básicos que los demás chicos conocían, y hablar como ellos, captar las expresiones de argot, andar por ahí como si me sintiera muy seguro estando donde estaba y como si nada pudiera sorprenderme. Y Berner hacía lo mismo. Luego nos mudábamos a cualquier otro sitio, y Berner y yo volvíamos a tratar de ubicarnos una vez más. Crecer de esta manera, lo sé, puede dejarte al margen de las cosas y a la deriva, o bien animarte a ser maleable y a adaptarte, algo que mi madre desaprobaba, ya que ella no lo hacía y mantenía cierta idea de un futuro diferente más acorde con el

que siempre había imaginado antes de conocer a mi padre. Nosotros —mi hermana y yo— éramos personajes secundarios en un drama que ella veía desplegarse ante sus ojos de forma incesante.

Consecuentemente, lo que a mí me empezó a importar de verdad fue el *colegio*, algo que constituía un hilo constante en mi vida, además de mis padres y mi hermana. Nunca quería que se acabara el colegio. Me pasaba dentro de él todo el tiempo que podía, leyendo detenidamente todos los libros que nos daban, estando siempre al lado de los profesores, imbuyéndome de los olores escolares, que eran idénticos en todas partes y distintos de todos los demás. Saber cosas se convirtió en algo muy importante para mí, con independencia de cuáles fueran esas cosas. Nuestra madre sabía cosas y las apreciaba. Yo quería ser como ella a este respecto, ya que sería capaz de conservar las cosas que sabía, y éstas me acreditarían como alguien polifacético y prometedor, características que eran muy importantes para mí. No importaba si no pertenecía a aquellos lugares: pertenecía a sus colegios. Era bueno en lengua y literatura, en historia, en ciencias y en matemáticas, materias en las que también mi madre era buena. Cada vez que levantábamos el campo y nos mudábamos, lo único que era capaz de infundirme miedo de aquella circunstancia de la vida era que por una u otra razón no pudiera volver al colegio —fuera éste cual fuera—, o que el hecho de marcharme haría que me perdiera algún saber crucial capaz de asegurarme el futuro y que no pudiera obtenerse en ningún otro sitio. O que tuviéramos que irnos a algún sitio donde no existiera ningún colegio para mí. (En cierta ocasión se habló de Guam). Me daba miedo acabar no sabiendo nada, no tener nada en que basarme, nada que pudiera distinguirme. Estoy seguro de que todo eso era herencia de mi madre, que albergaba el temor de una vida sin recompensa. Aunque también podría haber sido que nuestros padres, atrapados en el torbellino de la confusión cada día más densa de sus propias vidas jóvenes —no estando hechos el uno para el otro, probablemente no deseándose físicamente como lo habían hecho de forma breve al principio, convirtiéndose más y más en satélites del otro y acabando por sentir un resentimiento mutuo sin ser demasiado conscientes de ello—, no nos ofrecieron a mi hermana y a mí nada muy sólido a lo que aferrarnos, que es lo que se supone que los padres tienen que ofrecer a sus hijos. Pero culpar a los padres de las dificultades de tu propia vida al final no te lleva a ninguna parte.

### 3

Cuando nuestro padre se licenció de la Fuerza Aérea a principios de la primavera, todos estábamos interesados en la campaña presidencial que tenía lugar en aquellos días. Nuestros padres estaban los dos a favor de los demócratas y de Kennedy, que pronto resultaría elegido. Mi madre decía que a mi padre le gustaba Kennedy porque creía que tenía cierto parecido con él. Mi padre sentía una profunda antipatía por Eisenhower por razones que tenían que ver con los bombarderos norteamericanos sacrificados para «ablandar a los teutones» tras las líneas enemigas el Día D. Y a causa de su silencio traidor sobre MacArthur, a quien mi padre reverenciaba, y porque se sabía que su mujer era una «borrachina».

También le disgustaba Nixon. Era un «tipo frío», «parecía italiano» y era un «cuáquero guerrero», lo cual lo convertía en un hipócrita. También le disgustaban las Naciones Unidas: eran demasiado caras y permitían que comunistas como Castro (a quien llamaba «actor de pacotilla») tuvieran voz en el mundo. Tenía una fotografía enmarcada de Franklin Delano Roosevelt en la sala, en la pared de encima del piano espineta Kimball y el metrónomo de caoba y latón, que no funcionaba pero estaba en la casa cuando entramos a vivir en ella. Elogiaba a Roosevelt por no dejarse vencer por la polio, por matarse a trabajar para salvar al país, por sacar a los parajes remotos de Alabama de la Edad Media con la REA<sup>[3]</sup>, y por soportar a la señora Roosevelt, a quien mi padre llamaba «la Primera Mema».

Mi padre vivía con una fuerte ambivalencia el hecho de ser de Alabama. Por una parte, se tenía a sí mismo como un «hombre moderno» y no como «un paleta», como él decía. Defendía opiniones modernas sobre muchas cosas: la raza, por ejemplo, al haber trabajado codo con codo con negros en la Fuerza Aérea. Pensaba que Martin Luther King era un hombre de principios, y que la Ley de Derechos Civiles de Eisenhower era de una necesidad inaplazable. Y pensaba que los derechos de las mujeres necesitaban también un empujón, y que la guerra era una tragedia y un despilfarro que él conocía muy bien.

Por otra parte, cuando nuestra madre decía algo despectivo sobre el Sur —lo que sucedía a menudo—, él se quedaba pensativo y declaraba que Lee y Jeff Davis habían sido «hombres de fortuna», pese a que la causa les hubiera hecho errar. Muchas cosas buenas venían del Sur —afirmaba—, no sólo la desmotadora y el esquí acuático. «Tal vez puedas nombrarme una», decía mi madre. «Excluyéndote a ti, por supuesto».

En cuanto dejó de ponerse el uniforme azul y de ir a la base, nuestro padre encontró un trabajo de vendedor de coches Oldsmobile nuevos. Sentía que era un vendedor nato. Su personalidad cálida —alegre, acogedora, campechana, segura, locuaz— atraería a los desconocidos y le haría fácil lo que para otra gente era difícil. Los clientes confiarían en él porque era sureño, y a los sureños se les conocía por ser

más prácticos y realistas que la gente callada del Oeste. El dinero empezaría a entrar en cuanto acabara la temporada álgida del modelo y entraran en escena los grandes descuentos que pulverizarían los precios. En el trabajo le dieron un Oldsmobile Super-88 gris y rosa para que lo utilizara en las demostraciones, y que él aparcaba enfrente de nuestra casa en First Avenue SW, donde hacía además su labor publicitaria. Nos llevaba a dar paseos en él a Fairfield, hacia las montañas, y al este hacia Lewistown, y al sur en dirección a Helena. «Controles de orientación e informativos», llamaba a estas salidas exploratorias, aunque sabía muy poco de cualquiera de los parajes de los alrededores, y en realidad muy poco de coches, si se exceptuaba conducirlos, que le encantaba. Pensaba que era fácil para un oficial de la Fuerza Aérea conseguir un buen empleo, y que debería haberlo hecho nada más volver de la guerra. Habría prosperado bastante más en cualquier profesión civil.

Con nuestro padre fuera de la Fuerza Aérea y con un trabajo normal y corriente, mi hermana y yo creímos que nuestra vida tal vez había alcanzado al fin un equilibrio estable. Llevábamos cuatro años en Great Falls. Mi madre se desplazaba todos los días lectivos a la pequeña población de Fort Shaw, donde daba clases en penúltimo año de primaria. Nunca hablaba de su trabajo, pero parecía gustarle y a veces hablaba de otros profesores y comentaba que eran gente muy entregada a su tarea (aunque, aparte de eso, no parecía sentir el menor interés por ellos y nunca quiso que vinieran a casa a visitarla, del mismo modo que nunca quiso que nos visitara gente de la base). Al final del verano me veía ya empezando en la Great Falls High School, donde sabía que había un club de ajedrez y una sociedad de debates, y donde también podría aprender latín, ya que era demasiado pequeño y enclenque para practicar algún deporte; no me interesaba ninguno, de todas formas. Mi madre decía que esperaba que Berner y yo fuéramos a la universidad, pero que tendría que ser gracias a nuestro propio talento, porque ellos nunca tendrían el dinero suficiente. Aunque, decía, Berner tenía ya una personalidad demasiado parecida a la suya para conseguirlo, y lo que trataría de hacer probablemente era casarse con algún chico con carrera. En una casa de empeños de Central Avenue encontró varios banderines universitarios, y los colgó de nuestras paredes. Eran banderines que a otros jóvenes se les habían quedado anticuados. En mi cuarto colgó los de Furman, Holy Cross y Baylor. Y en el de Berner los de Rutgers, Lehigh y Duquesne. Nosotros, por supuesto, no sabíamos nada de esas universidades, ni siquiera en qué sitios estaban, aunque yo imaginaba muy bien cómo eran: edificios de ladrillo viejo con árboles frondosos, un río y un campanario.

Para entonces Berner había empezado a cambiar y ya no era tan fácil llevarse bien con ella. No estábamos en la misma clase desde primaria, porque se consideraba poco conveniente que los mellizos estuvieran juntos todo el tiempo, aunque nosotros siempre nos habíamos ayudado con los deberes y nos había ido muy bien. Ahora se



pasaba mucho tiempo en su cuarto, leyendo revistas de cine que compraba en el Rexall, y obras como *Peyton Place* y *Bonjour tristesse*, que lograba traer a hurtadillas a casa de no se sabe dónde. Contemplaba su pez en el acuario, y escuchaba música en la radio, y no tenía amigos, como yo tampoco los tenía. A mí no me importaba no estar con ella y llevar una vida distinta, con mis propios intereses y pensamientos sobre el futuro. Berner y yo éramos mellizos dicigóticos —ella había nacido seis minutos antes— y no nos parecíamos nada. Ella era una chica alta, huesuda, desmañada, toda llena de pecas —zurda, y yo diestro—, con verrugas en las manos, ojos verde gris —como nuestra madre y yo—, granos, la cara plana y una barbilla pequeña que no era bonita. El pelo lo tenía castaño y áspero, con raya en medio, y la boca sensual —como la de nuestro padre—, y muy poco vello en otras partes del cuerpo —en piernas y brazos—, y casi nada de pecho, al igual que nuestra madre. Solía llevar pantalones, y encima un pichi que la hacía parecer más grande de lo que era. A veces llevaba guantes de encaje blancos para taparse las manos. También sufría de alergia, y llevaba en el bolsillo un inhalador Vicks, y en casa siempre olía a Vicks cuando te acercabas un poco a su cuarto. Mi hermana, para mí, era como una combinación de nuestros padres: la estatura de mi padre y los rasgos de mi madre. A veces me sorprendía pensando en Berner como un chico mayor que yo. Otras, deseaba que se pareciera más a mí para que así fuera más amable conmigo, y pudiéramos estar más unidos. Pero nunca quise parecerme a ella.

Yo, en cambio, era más pequeño y esbelto, con pelo castaño y liso con raya a un lado, y piel suave con muy pocos granos; rasgos «bonitos», más parecidos a los de nuestro padre, pero delicados como los de nuestra madre. Y me gustaba ser así, lo mismo que me gustaba la forma en que nuestra madre me vestía: pantalones caqui y camisas limpias y planchadas y zapatos Oxford del catálogo de Sears. Nuestros padres hacían bromas sobre Berner y sobre mí diciendo que veníamos del lechero y del cartero, que éramos «retales». Aunque creo que sólo se referían a Berner. En los últimos meses Berner se había vuelto muy sensible acerca de su físico, se mostraba más descontenta con todo, como si algo le hubiera ido mal en la vida en un corto período de tiempo. En mi recuerdo había un tiempo en el que mi hermana había sido una niña corriente, feliz, guapa, con la cara llena de pecas, que tenía una sonrisa maravillosa y que sabía hacer muecas con las que nos hacía reír a todos. Pero ahora se mostraba escéptica respecto de la vida, lo cual la hacía ser sarcástica y muy diestra en poner de manifiesto mis defectos, pero sobre todo la hacía parecer siempre enfadada. Ni siquiera le gustaba su nombre; a mí sí; me parecía que la hacía única.

Cuando llevaba un mes vendiendo Oldsmobiles, mi padre se vio envuelto en un accidente de tráfico menor —un choque por detrás— en el coche con el que hacía la demostración —que conducía con exceso de velocidad—, y en la base con la que se

suponía que ya no tenía nada que ver. Luego se puso a vender Dodges y trajo a casa un precioso Coronet marrón y blanco de capota rígida, con lo que habían dado en llamar «conducción de sólo apretar un botón», elevelunas eléctricos y asientos giratorios, aletas de última moda, luces traseras rojas y llamativas y antena larga y bamboleante. Aquel coche estuvo aparcado también enfrente de casa durante tres semanas. Berner y yo nos montábamos en él y poníamos la radio, y mi padre nos llevaba a dar paseos más a menudo; bajábamos las cuatro ventanillas y dejábamos que el aire nos entrara a raudales. En varias ocasiones nos llevó a la Senda de los Contrabandistas, donde nos dejó conducirlo, y nos enseñó a ir marcha atrás y a hacer girar las ruedas de forma correcta cuando patinaban en el hielo. Por desgracia no vendió ni un solo Dodge y llegó a la conclusión de que un lugar como Great Falls — una ruda ciudad rural de tan sólo cincuenta mil habitantes, rebosante de suecos frugales y de alemanes recelosos, y con sólo un pequeño porcentaje de gente adinerada dispuesta a gastarse el dinero en coches caprichosos— no era el más apropiado para que él se dedicara a ese negocio. Se despidió, pues, y consiguió un trabajo de vendedor de coches de segunda mano —los vendía y los cambiaba— en una parcela cercana a la base. Los aviadores estaban siempre a la cuarta pregunta, divorciándose, con querellas, casados de nuevo, encarcelados y necesitados de dinero. Así que compraban y trocaban automóviles casi a modo de moneda. Podía ganarse dinero estando en medio, una posición que a mi padre le gustaba. Además, los pilotos y miembros de la Fuerza Aérea siempre se mostraban dispuestos a hacer tratos con un ex oficial, que entendía su particular problemática y no los despreciaba en absoluto, como hacían otras gentes de la ciudad.

Al final tampoco duró en este trabajo. Aunque en dos o tres ocasiones nos llevó a Berner y a mí a la parcela de los coches para enseñarnos cómo era aquello. No había nada que nosotros pudiéramos hacer allí más que vagar por entre las hileras de coches, en aquella brisa caliente y aplastante, bajo las banderolas aleteantes y los intermitentes plateados, mirando el tráfico de la base que discurría ante ellos desde los pasillos entre carrocerías y carrocerías que se achicharraban al sol de Montana. «Great Falls es una ciudad de coches usados, no de coches nuevos», decía nuestro padre, con las manos en las caderas, en las escaleras de la pequeña oficina de madera donde los vendedores esperaban a los clientes. «Los coches nuevos te convierten enseguida en un indigente. En cuanto sales de este aparcamiento con el coche has perdido mil dólares». Aproximadamente por estas fechas —finales de junio— dijo que estaba pensando en hacer un viaje a Dixie, a ver cómo estaban allí las cosas, cómo iban las cosas en aquella tierra de «laterales izquierdos». Nuestra madre le dijo que aquél era un viaje que tenía que hacer por su cuenta, sin llevarse a los niños, y eso le molestó mucho. Y le dijo también que ella tampoco tenía intención de

acercarse lo más mínimo a Alabama. Mississippi había sido suficiente. La situación de los judíos era incluso peor que la de los negros, que al menos eran de allí. En su opinión, Montana era mucho mejor porque nadie sabía siquiera lo que era un judío, lo cual zanjaba la discusión. La actitud de nuestra madre ante el hecho de ser judío era que a veces era una carga y otras algo que la distinguía de los demás de un modo que ella juzgaba aceptable. Pero nunca era algo bueno en todos los aspectos. Berner y yo no sabíamos lo que era una persona judía, aparte de que nuestra madre lo era, lo cual, según normas ancestrales, nos hacía oficialmente judíos, que era mejor que ser de Alabama. Nosotros debíamos considerarnos «no practicantes» o «desarraigados», nos decía. Ello significaba que celebrábamos la Navidad y el Día de Acción de Gracias y la Semana Santa y el Cuatro de Julio, y que no íbamos a la iglesia, lo cual estaba muy bien porque, de todas formas, no había ninguna sinagoga en Great Falls. Algún día todo aquello quizá tuviera algún sentido, pero en aquel momento no era el caso.

Cuando nuestro padre estuvo intentando vender coches de segunda mano durante un mes, un día volvió a casa con uno que se había comprado para él, cambiándolo por nuestro Mercury del 52. Era un Chevrolet Bel Air del 55 rojo y blanco, que había comprado en el negocio de coches de segunda mano donde había trabajado. «Un buen trato». Dijo que tenía pensado empezar un nuevo trabajo vendiendo granjas y ranchos, algo de lo que reconoció no saber nada, pero se había inscrito en un curso que iba a impartirse en el sótano de la YMCA. Los otros hombres que estuvieran con él en las clases le echarían una mano. Su padre había sido tasador de madera, así que confiaba en tener buena mano para las cosas «de las tierras salvajes»; mejor, en todo caso, de la que tenía para las cosas de ciudad. Además, con la elección de Kennedy en noviembre, se abría un período de vacas gordas, y lo primero que la gente tendría ganas de hacer era comprar tierra. No se estaban haciendo muchas transacciones por la comarca, a pesar de que parecía haber mucha tierra por vender en los alrededores. Los porcentajes de la venta de coches usados, según supo, resultaban una miseria para todo el mundo menos para el patrón. Dijo que no sabía por qué tenía que ser el último en enterarse de aquellas cosas, y nuestra madre estuvo de acuerdo.

Mi hermana y yo, por supuesto, no lo sabíamos entonces, pero nuestros padres debían de haberse dado cuenta de que habían empezado a alejarse el uno del otro por aquella época —después de que nuestro padre hubiera dejado la Fuerza Aérea y supuestamente se hubiera puesto a buscar un lugar para él en el mundo—, y el hecho de darse cuenta de que se veían diferentes probablemente les hizo empezar a entender que sus diferencias no iban a menguar sino a hacerse más grandes. Todas las mudanzas intranquilas, congestionadas, tumultuosas, de base en base durante años, teniendo que criar sobre la marcha a sus dos hijos, les habían permitido posponer la toma de conciencia de algo de lo que debían haber tenido conciencia desde el principio, probablemente más en el caso de ella que en el de él: lo que al principio les

había parecido insignificante se había convertido en algo que a ella, al menos, no le gustaba en absoluto. El optimismo de él, el retraimiento escéptico de ella. Lo sureño en él, lo judío emigrante en ella. La falta de educación en él, la preocupación de ella a ese respecto, y su sentido de insatisfacción por no verse colmada en ese terreno. Cuando ambos se dieron cuenta de ello (o cuando ella se dio cuenta de ello) —reitero que fue después de que mi padre aceptara licenciarse y que cambiara nuestra progresión hacia delante—, empezaron a experimentar una tensión y unos presagios distintos en cada uno de ellos, y en absoluto compartidos. (Esto quedó registrado en varias cosas que escribió mi madre, y en su crónica). Si hubieran permitido que las cosas siguieran la senda seguida por millares de otras vidas —la cotidiana senda que conduce normalmente a la separación—, nuestra madre habría hecho las maletas y nos habría montado a Berner y a mí en el tren de Great Falls con destino a Tacoma, de donde ella era oriunda, a Nueva York o a Los Ángeles. Si hubiera hecho tal cosa, los dos —cada uno por su lado— habrían tenido una oportunidad de llevar una buena vida en el ancho mundo. Mi padre tal vez habría vuelto a la Fuerza Aérea, ya que dejarla había sido un golpe duro para él. Y podría haberse casado con alguien diferente. Mi madre, por su parte, podría haber vuelto a estudiar una vez Berner y yo hubiéramos ido a la universidad. Podría haber escrito poesía y seguido sus aspiraciones tempranas. El destino les habría repartido mejores cartas.

Sin embargo, si quienes estuvieran contando esta historia fueran ellos, ésta sería lógicamente diferente, y en ella serían los protagonistas de los acontecimientos por venir, y mi hermana y yo los espectadores, que es una de las cosas que los hijos son respecto de sus padres. El mundo no suele pensar que los atracadores de bancos pueden tener hijos, aunque muchos los tienen. Pero la historia de estos hijos —la de mi hermana y la mía, en este caso— sólo les incumbe a ellos calibrarla, desglosarla y juzgarla. Años después, en la facultad, leí que el gran crítico Ruskin escribió que la composición es la disposición de cosas desiguales. Lo que significa que el autor de la composición es quien determina qué es igual a qué, y qué importa más y qué es lo que puede dejarse a un lado del paso veloz de la vida hacia delante.

## 4

La mayor parte de lo que sé que sucedió a continuación —desde mediados del verano de 1960 en adelante— lo sé sobre todo de varias fuentes poco fiables: lo que leí en el *Great Falls Tribune*, que contaba historias sobre nuestros padres como si hubiera algo fantástico e hilarante en lo que hicieron. Otras cosas las sé por la crónica que mi madre escribió mientras estaba en la cárcel del condado de Golden Valley, en Dakota del Norte, a la espera del juicio, y más tarde en la penitenciaría estatal de Dakota del Norte, en Bismarck. Sé algunas cosas que la gente me contó entonces. Y por supuesto sé algunos detalles porque estábamos en casa con ellos y los fuimos observando — como suelen hacer los niños— y viendo que cambiaban de lo ordinario, apacible y bueno a lo malo y peor y, finalmente, a todo lo peor que puede imaginarse (aunque todavía no había habido ningún muerto).

Durante casi todo el tiempo que mi padre estuvo en la base de Great Falls — cuatro años—, había estado implicado (aunque nosotros no lo sabíamos) en un plan para proporcionar carne robada al club de oficiales, por lo que recibía dinero y bistecs frescos que comíamos en casa dos veces a la semana. El plan llevaba tiempo funcionando con normalidad en la base, y pasaba de un oficial de suministros al siguiente cuando al primero le asignaban un nuevo destino y debía abandonar la base. El plan consistía en un trapicheo concertado con ciertos miembros de la tribu india de los cree, que vivían en una reserva al sur de Havre, Montana, y eran expertos en el robo de vacas Hereford de los rebaños de los rancheros locales. Sacrificaban las reses robadas en secreto y transportaban las medias canales hasta la base, todo en la misma noche. La carne la almacenaba el encargado del club de oficiales en las cámaras frigoríficas del club, y la servía a los comandantes, los coroneles y el jefe de la base y sus esposas, que no sabían nada de su procedencia y a los que les traía sin cuidado siempre que no detuvieran a nadie. Sólo les importaba que la carne fuera buena, y lo era.

Esto, claro está, era algo pequeño, de poca monta, y por eso llevaba años funcionando y todo el mundo esperaba que siguiera así indefinidamente. Pero un día surgió un malentendido en la base, y partes del plan de la carne —que figuraban en ciertas prácticas de facturación en la oficina de suministros— salieron a la luz de forma harto embarazosa, y varios miembros del personal de la Fuerza Aérea recibieron fuertes sanciones, y mi padre perdió el grado de capitán (del que se sentía tan orgulloso) y volvió a ser teniente primero. Quizá fue una de las partes que hizo que el plan delictivo saliera a la luz, pero si así fue nunca se registró en ninguna parte. El episodio en cuestión —del que jamás se habló en nuestra casa, y del que Berner y

yo no sabíamos nada— contribuyó casi con toda seguridad a su decisión de dejar la Fuerza Aérea. Es posible que lo forzaran al retiro, aunque recibió un certificado de licenciamiento honorable que enmarcó y colgó en la sala, encima del piano, al lado de la fotografía de Franklin Delano Roosevelt. El certificado siguió allí después de la detención de mis padres, cuando mi hermana y yo nos quedamos solos en casa, sin que nadie viniera a ocuparse de nosotros. En aquellos días hubo varios momentos en los que, de pie ante la pared, lo examinaba detenidamente: «Licenciado con honor de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos... homenaje a un Servicio Honrado y Fiel...». Y pensaba que lo que decía aquel documento no era cierto. Pensé en llevármelo conmigo cuando me sacaran de la casa, pero al final lo dejé allí colgado en la casa abandonada para que alguien lo encontrara, se burlara de él y lo tirara a la basura.

Lo que mi padre hizo —según escribió mi madre en su crónica (se titulaba «Crónica de un acto criminal cometido por una persona débil», y puede que mi madre quisiera verla publicada algún día)—, lo que mi padre hizo, mientras trataba infructuosamente de vender Oldsmobiles, y luego Dodges, y luego de vender o cambiar coches y motos de segunda mano a los aviadores de la base, fue ir en busca de los indios del sur de Havre para montar una variante del trapicheo de la carne. Pensó que los indios estaban desaprovechando un mercado muy rentable para su línea de negocio. Y que si él pudiera encontrar a alguien o algún sitio al que suministrar las medias canales de vacuno, todo podría volver a empezar e incluso con mejores resultados, ya que la Fuerza Aérea no se vería implicada, y no tendría que compartir con nadie las ganancias. Una vez más, fue todo tan de cuarta categoría, una complicidad tan mal pensada, que habría resultado incluso cómica si no nos hubiera cambiado tanto la vida: nuestro padre y nuestra diminuta y severa madre judía, en su modesta casa alquilada de Great Falls, y aquellos desdichados indios y las reses robadas y sacrificadas a media noche en un semirremolque viejo. El sentido común habría dictado que nada de aquello hubiera acontecido, pero nadie utilizó el sentido común en todo ese proceso.

Cuando se dio cuenta de que no iba a ganar el dinero suficiente para mantener a su familia mientras aprendía el negocio de venta de granjas y ranchos —su pensión de doscientos ochenta dólares de la Fuerza Aérea y el salario de mi madre como profesora no bastaban para subvenir a todas nuestras necesidades—, mi padre se aprestó a encontrar algún nuevo cliente para el negocio de la carne robada, alguien para quien él haría de intermediario. Sabía que en Great Falls no había muchos sitios donde vender carne robada. El Columbus Hospital. El Rainbow Hotel, donde no conocía a nadie. Uno o dos asadores de carne de los alrededores, vigilados por la policía por juego ilegal. Donde al final fue a poner el ojo fue en el Ferrocarril Great Northern, cuya línea de pasajeros Western Star pasaba por Great Falls rumbo a Seattle, y volvía dos días después con destino a Chicago. Un servicio con una

necesidad constante de carne de primera clase para sus coches restaurante, tanto para la ida como para la vuelta. Nuestro padre pensó que el proveedor de tal carne de primera bien podía ser él, en asociación con los indios de los alrededores de Havre. Había oído que un piloto vendía patos y gansos salvajes y venados (todos ilegales) a un negro que trabajaba para el ferrocarril y era maître en el servicio del coche restaurante. Nuestro padre fue a ver a este negro (a su casa de Black Eagle), y le propuso proporcionarle carne de vacuno que él (nuestro padre) conseguía de unos indios con quienes, dijo, estaba asociado.

Este negro —de nombre Spencer Digby— se mostró de acuerdo con la propuesta. Había estado implicado en otros planes de este tipo a lo largo de los años, y no tenía miedo. El ferrocarril, al parecer, no era demasiado diferente de la Fuerza Aérea. Recuerdo que mi padre llegó a casa una tarde de un humor excelente, y que su alegría iba en aumento. Le contó a mi madre que había formado «una sociedad mercantil independiente» con «gente del ferrocarril», y que así complementarían los ingresos de la familia mientras aprendía los entresijos de la venta de granjas y ranchos. No es que fuera a cambiarnos de vida y de fortuna para siempre, pero nos haría las cosas más seguras de lo que lo habían sido desde que dejó la base.

No recuerdo lo que dijo nuestra madre. Lo que escribió en su crónica fue que durante cierto tiempo pensó en dejar a mi padre y en llevarnos a mi hermana y a mí al estado de Washington. Cuando mi padre le explicó su plan de vender carne robada a la Great Northern (algo de lo que no parecía avergonzarse), mi madre escribió en su crónica que se había opuesto a ello, que de inmediato había empezado a sentir una «terrible tensión» y que había decidido —dado que todo parecía ir de mal en peor— que tenía que irse de casa con nosotros sin tardanza. Pero no lo hizo.

Ignoro, por supuesto, lo que pensó en realidad. Sin duda era cierto que nuestra madre —una mujer joven y educada, con sentido de los valores, de treinta y cuatro años— no pensaba que tuviera nada en común con delincuentes de tres al cuarto. Es posible que desconociera el trapicheo previo de la base, ya que nuestro padre se iba todas las mañanas a la base como quien va a otro trabajo cualquiera, sólo que se ponía un uniforme azul. Puede que no le contara nada de lo que estaba pasando a nuestra madre, porque lo más probable es que ella se hubiera opuesto a que siguiera haciéndolo, y puede que nuestro padre supiera que ella se sentía cada día más desencantada de seguir siendo una esposa de la Fuerza Aérea.

Tal vez ella pensaba que se hallaba ya muy cerca del final de aquella vida, y que vendrían cosas mejores cuando Berner y yo fuéramos lo bastante mayores para que el divorcio fuera por fin una opción. Podría haberle dejado en el momento mismo en que él le contó el plan de la Great Northern. Pero una vez más no lo hizo. Por lo tanto, todo lo que podría haber sucedido si ella no hubiera conocido a Bev en una fiesta de Navidad; los poemas que podía haber escrito y publicado, las posibilidades

de haber llegado a enseñar en un pequeño college, y de haberse casado con un joven catedrático, los hijos diferentes de Berner y de mí que podría haber tenido..., nada de *todo* lo que podría haberle sucedido en una vida «rectificada» le había sucedido. En lugar de ello, vivía en Great Falls, una ciudad de la que nunca había oído hablar antes (tan fácil de confundir con Sioux Falls, Sioux City, Cedar Falls), en un mundo acaparado por nosotros, sintiéndose aislada, no queriendo integrarse y pensando en el futuro de un modo frustrado, difícil. Y durante todo este tiempo nuestro padre existía en otro mundo, en el de su naturaleza de fabulación fácil, en su optimismo ante el futuro, el de su encanto. Ambos mundos parecían el mismo porque los dos lo compartían, y porque en ellos estábamos nosotros. Pero no eran el mismo universo. Es posible también que ella lo amara, dado que él la amaba a ella de forma incuestionable. Y, dado su talante no optimista, dado que tal vez lo amaba y de que nos tenían a nosotros, es muy probable que no pudiera enfrentarse a la conmoción de dejar su hogar y quedarse sola para siempre con nosotros. No es una historia de la que no hayamos oído hablar en este mundo.



Durante un tiempo, los tratos de mi padre con los indios y con la Great Northern debieron de seguir su curso sin contratiempos. Aunque mi madre escribió en su crónica que por aquella época empezó a experimentar «tedio físico», y por primera vez en muchos años empezó a hablar con sus padres por teléfono cuando mi padre estaba fuera aprendiendo a vender ranchos y supervisando la entrega de la carne robada. Nuestros abuelos nunca habían participado en nuestra vida familiar. Mi hermana y yo no los conocíamos, lo cual sabíamos que era extraño, ya que nos dábamos cuenta de que nuestros compañeros del colegio veían a sus abuelos continuamente, e iban de viaje con ellos, y recibían postales y regalos y dinero en sus cumpleaños. Nuestros abuelos de Tacoma se habían opuesto a que su hija —inteligente y con un título académico decente— se casara con un ex aviador de Alabama, sonriente y con mucha labia, que había hecho saltar todas las alarmas en el mundo insular de emigrantes de Tacoma. Ofendieron a mi padre haciendo pública su desaprobación. Y lo insultaron infravalorándolo, de forma que él nunca nos animó a visitarlos —o a ellos a visitarnos a nosotros—, aunque no creo que llegara a prohibirlo expresamente, y no es que ellos hubieran venido a vernos a ninguno de los lugares en los que vivimos: ni a Texas ni a Mississippi. Ni a Dayton, Ohio. Nuestros abuelos tenían la idea de que nuestra madre debería haber entrado en el mundo de «las profesiones», y haber vivido en una ciudad sofisticada y haberse casado con un censor jurado de cuentas o un cirujano. Algo que, según le dijo a Berner, no habría hecho nunca, pues, siendo una persona tan rara como sabía que era, siempre había deseado una vida más aventurera. Pero sus padres eran pesimistas, medrosos e inflexibles, pese a vivir en Norteamérica desde 1919. Y creyeron que les estaba permitido dar la espalda a su hija y a su familia, y dejar que desapareciéramos en el interior del país. «Estaría bien que conocierais a vuestros abuelos antes de que mueran», nos dijo en varias ocasiones.

Conservaba una fotografía en blanco y negro enmarcada, tomada en las cataratas del Niágara: tres personas diminutas con gafas, muy parecidas, con impermeables de hule, con aire de desdicha y desconcierto, posando en la pasarela de una embarcación (*The maid of the mists*<sup>[4]</sup>, sé hoy que se llamaba, porque también yo he embarcado en ella) que hacía trayectos hasta las rugientes aguas de las cataratas. Era el viaje de regreso —después de haber cruzado el continente— del vigésimo aniversario de bodas de sus padres, en 1938. Nuestra madre tenía doce años. Nuestros abuelos se llamaban Woitek y Renata. Y Vince y Renny eran sus nombres norteamericanos. Kamper no era tampoco su apellido, sino Kampycznski. El nombre de mi madre, Neeva Kampycznski, le venía mucho mejor que Neeva Kamper, o que Parsons, el apellido de mi padre (éste no casaba con ella en absoluto). «Ahí tenéis unas cataratas

de verdad, chicos», les decía, mirando fijamente la fotografía agrietada que había ido a buscar a su armario para enseñárnosla. «Algún día las veréis vosotros también. Son unas cataratas que hacen que las de aquí<sup>[5]</sup> parezcan una broma. Éstas no son “grandes cataratas”, a menos, claro, que sean lo único que has visto en tu vida, como estos paletos que viven aquí».

Pienso que nuestra madre les expresaba a sus padres su insatisfacción, y que posiblemente hablaba de dejar a nuestro padre y de llevarnos a Berner y a mí con ella a Tacoma. Antes de eso, yo no sabía que Seattle y Tacoma estaban tan cerca. Tenía noticia de la Space Needle<sup>[6]</sup> por nuestro periódico semanal del colegio, y sabía que se estaba construyendo en aquel momento. Y quería verla. La Feria Mundial se nos antojaba brillante y deslumbradora desde Great Falls, Montana. Yo no tenía idea de si nuestros abuelos se mostraban comprensivos con las quejas de mi madre, ni de si nos habrían acogido a los tres de buen grado en su casa. Mi madre se había ido de ella hacía quince años, y sin su bendición. Y ellos eran viejos: rígidos, conservadores, gente intelectual que había salvado la vida en malos tiempos y que quería que su vida actual fuera perfectamente predecible. Puede que se mostraran meramente receptivos. Aunque, como he dicho, tampoco yo pensaba que marcharse de casa fuera nada fácil para ella, por mucho que en Great Falls, donde vivía, se sintiera desplazada. En este sentido era tal vez más conservadora y menos anticonvencional de lo que yo siempre había creído que era. Más parecida a sus padres de lo que ya se daba cuenta.

Yo estaba entonces sumamente interesado en empezar la secundaria en el Great Falls High School, y me habría gustado poder hacerlo mucho antes de septiembre, porque así habría pasado mucho más tiempo fuera de casa. Me había enterado de que el club de ajedrez se reunía una vez a la semana a lo largo del verano, en un aula polvorienta y sin aire de la torre sur del colegio. Crucé en bicicleta el puente viejo y arqueado, y dejé el río atrás en dirección a la Second Avenue South, para «observar» a los chicos mayores que jugaban partidas unos contra otros y hablaban sobre ajedrez crípticamente, y sobre sus estrategias personales y sacrificios de calidad, y dejaban caer nombres de jugadores famosos que yo aún no conocía: Gligorish, Ray Lopez, e incluso Bobby Fisher, que era ya un maestro a quien admiraban los miembros del club. (Se sabía que era judío, lo cual me hizo sentir un orgullo callado e injustificado). No tenía la menor idea de cómo se jugaba al ajedrez. Pero me gustaba el orden perfecto del tablero y la apariencia anticuada de las piezas y su suave tacto en mi mano. Sabía que para jugar a aquel juego se necesitaba ser lógico, y capaz de planear los movimientos con mucha antelación, y tener buena memoria, al menos eso era lo que decían los otros chicos del club. A éstos no parecía importarles mi presencia, y eran arrogantes pero amistosos, y me informaban de libros que tenía que

leer y sobre una revista mensual, *Chess Master*, a la que podía suscribirme si quería tomarme la cosa en serio. Eran cinco miembros. Ninguna chica. Eran hijos de abogados y médicos del hospital, y hablaban pretenciosamente de todo tipo de cosas sobre las que yo nada sabía pero que me interesaban enormemente. El incidente de los aviones espía, Francis Gary Powers, los «Aires de cambio», la Revolución Cubana, el hecho de que Kennedy fuera católico, Patrice Lumumba, si el condenado por asesinato y ejecutado Caryl Chessman había jugado al ajedrez en lugar de tomar su última cena, y si era correcto o no que los jugadores de béisbol llevaran sus nombres en las camisetas... Conversaciones que me hacían darme cuenta de que no sabía gran cosa de lo que estaba pasando en el mundo, y que necesitaba saber.

Mi madre me animaba a que jugara al ajedrez. Me contó que su padre solía jugar en un parque de Tacoma contra otros inmigrantes, a veces varias partidas a la vez. Pensaba que el ajedrez afinaría mi agudeza y me haría sentirme más cómodo en relación con la complejidad del mundo, de forma que la confusión no me infundiera ningún miedo, puesto que la confusión era algo que estaba en todas partes. Con lo que ahorrraba de mi dólar a la semana de paga para comprar cómics me compré un juego de ajedrez Staunton, con piezas de plástico, en la tienda de artículos de entretenimiento de Central Avenue, y un tablero de vinilo enrollable que tenía siempre desplegado encima de mi cómoda, y compré también un libro ilustrado que los miembros del club recomendaban para aprender las reglas del ajedrez. Este libro lo guardaba con mi libro de misterios de la ciencia de Rick Brant y los libros de forzudos de Charles Atlas que se habían dejado en la casa los anteriores inquilinos y que yo había leído de principio a fin. Del libro del ajedrez me gustaba sobre todo que los ajedrecistas eran todos muy distintos físicamente, y un tanto misteriosos, y tenían responsabilidades complejas que les exigían mover sólo de formas predeterminadas para llevar a cabo misiones estratégicas específicas, que en el libro se describían como representativas de lo reales que eran las guerras que se dirimían en los tiempos en que el ajedrez se inventó en la India.

Mi madre no jugaba al ajedrez. Prefería el pinnacle, que según ella era un juego judío. Aunque no tenía nadie con quien jugar. A mi padre no le gustaba el ajedrez porque, decía, Lenin había sido ajedrecista. Él prefería las damas, y sostenía que era un juego mucho más natural y que requería destrezas sutiles, capaces de engañar al adversario. Mi madre, al oír esto, adoptaba un aire desdeñoso y decía que eran sólo sutiles si eras de Alabama y no sabías pensar como es debido. Cuando me compré el juego, lo desplegué delante de ella y le enseñé cómo se movían las piezas. Ella intentó algunos movimientos de piezas, pero enseguida perdió el interés y acabó diciéndome que su padre, al haberse mostrado demasiado exigente con ella en su momento, le había impedido disfrutar de aquel juego de por vida. Leí en el libro que todos los jugadores de ajedrez jugaban contra sí mismos para ejercitarse, y se pasaban

horas y horas estudiando cómo derrotarse, de forma que cuando se enfrentaban a un adversario en un torneo la partida se convertía en algo que tú jugabas en tu cabeza, lo cual me atraía bastante, aunque no podía imaginarme cómo poder hacerlo, y hacía movimientos precipitados e incorrectos por los que los miembros del club me habrían pitado enérgicamente. Intenté varias veces convencer a Berner para que se sentara enfrente de mí al otro lado del tablero, sobre mi cama, y me dejara hacer algunos movimientos que iba leyendo directamente de *Los fundamentos del ajedrez*, y para los que yo la iba aleccionando sobre cómo responder. Hizo lo que le pedía un par de veces, pero enseguida se aburrió también y abandonó la partida apenas empezada. Cuando estaba irritada conmigo, me miraba fijamente, sin hablar, y luego respiraba por la nariz con fuerza para que la oyera. «Si algún día llegas a ser bueno en ese juego, ¿qué va a cambiar para ti?». Me dijo esto al marcharse. Yo, claro está, pensé que no se trataba de eso. No todo tenía que tener una consecuencia práctica. Algunas cosas las haces sólo porque te gusta hacerlas; por aquel entonces mi hermana no tenía esa idea de la vida.

Berner era, por supuesto, mi única amiga de verdad. Nunca tuvimos que soportar las rivalidades y amargos desacuerdos y beligerancias que los hermanos y hermanas suelen padecer. Y eso se debía a que éramos mellizos, y a que a menudo parecíamos saber lo que estaba pensando el otro, o lo que le preocupaba, y era fácil estar de acuerdo con él. Sabíamos también que la vida con nuestros padres era muy diferente de la de otros niños; nuestros compañeros del colegio, a quienes imaginábamos niños normales, con amigos, y con padres que se comportaban normalmente el uno con el otro. (Esto, como es lógico, no era cierto). También estábamos de acuerdo en que aquella vida era «pasajera», y que la espera era la parte peor. En un momento dado todo cambiaría, y todo se nos hacía más fácil si éramos pacientes y nos manteníamos juntos y tratábamos de sacar el mayor partido de las cosas.

Como he dicho, Berner había dado últimamente en mostrar un carácter más severo y no hablaba mucho con nadie y a menudo era sarcástica incluso conmigo. Yo veía los rasgos graves de mi madre en aquella cara plana, pecosa: su nariz grande y redonda, sus ojos de mirada vacía y con cejas espesas, sus grandes poros en una piel llena de granos y su pelo oscuro, áspero y tupido que le comenzaba justo encima de la frente. No sonreía más que mi madre, y una vez oí que mi madre le decía: «¿No querrás convertirte en una chica larguirucha con un aire de descontento en la cara?». Pero dudo que a Berner le importara en qué podía convertirse. Parecía vivir enteramente en el presente, y los pensamientos sobre lo que podría sucederle en el futuro no desplazaban en ella el sentimiento de que no le gustaba cómo eran las cosas entonces. Era físicamente más fuerte que yo, y a veces me cogía la muñeca con sus manos grandes y me frotaba la piel con una mano en un sentido y con la otra en el

contrario para hacerme «la quemadura china», mientras me decía que, como ella era mayor, yo tenía que hacer lo que me dijera, que era lo que yo hacía la mayoría de las veces, de todas formas. Yo era muy diferente de ella. Yo me quedaba meditabundo y fantaseaba sobre lo que sucedería en el futuro: sobre el instituto, sobre mis victorias en el ajedrez, sobre la universidad. Puede que no pareciera cierto entonces, pero probablemente Berner era más realista en su escepticismo que yo en mis opiniones. Dado el giro que daría su vida más adelante, tal vez habría sido mejor para ella haberse quedado en Great Falls y haberse casado con algún granjero de buen corazón y haber tenido un montón de niños a quienes habría podido enseñarles cosas, y ello la habría hecho feliz y habría borrado aquella expresión agria de su cara joven, que no era otra cosa que una defensa contra la inocencia. Ella y mi madre mantenían una intimidad silenciosa que no tenía nada que ver conmigo. Yo aceptaba y apreciaba la intimidad por el bien de Berner. Sentía que la necesitaba más que yo, pues en aquella época yo me consideraba mejor adaptado que ella al medio en que vivíamos. Se suponía que yo estaba más unido a mi padre, que era lo que se esperaba de los chicos, incluso en mi familia. Pero no era posible estar muy unido a él. Pasaba mucho tiempo fuera de casa; primero en la base, y luego, cuando dejó la Fuerza Aérea, en el mundo exterior, vendiendo y no vendiendo coches, aprendiendo a vender granjas y ranchos, y finalmente haciendo de intermediario en la venta de carne robada que los indios que la habían robado transportaban en camiones hasta los almacenes de la Great Northern, un plan que fue su perdición. Y que acabó siendo la perdición de todos nosotros. La verdad es que nunca estuvimos muy unidos, aunque yo le quería como si lo hubiéramos estado.

Sería posible, supongo, mirar a nuestra pequeña familia y juzgarla retrospectivamente predestinada a la perdición, al borde de hundirse bajo el turbión de las olas, destinada a la descomposición y al fracaso. Pero en realidad no se nos puede pintar así, ni afirmar que ese tiempo fue un tiempo tan malo o tan infeliz, pese a ser un tiempo que nada tenía que ver con un tiempo normal. Veo a mi padre en el pequeño césped de nuestra casa alquilada, de color mostaza desvaído, con contraventanas blancas, y a mi madre diminuta, sentada en las escaleras del porche, abrazada a las rodillas, con unos pantalones cortos de lona, holgados. Mi padre con elegantes pantalones de color tostado, camisa azul celeste, cinturón de piel de serpiente amarillo diamante y botas negras de cowboy que se había comprado después de licenciarse de la Fuerza Aérea. Es un hombre alto y sonriente y natural (aunque con secretos). Mi madre lleva recogido hacia atrás, con un pañuelo, el pelo descuidado y tupido. Está mirando cómo nuestro padre pone desmañadamente en el jardín lateral una red de bádminton. El Chevrolet del 55 está junto al bordillo, a la sombra de un olmo delgado, bajo el suave sol de Montana. Los ojos pequeños de mi

madre le miran fijos, enjuiciadores. Mi hermana y yo ayudamos a mi padre a desenrollar la red, pues el juego de bádminton es para nosotros. De pronto mi madre sonríe y levanta la barbilla ante algo que él dice: «Nada es demasiado fácil para mí, Neevy», o «No soy muy bueno en esto», o «S  tirar bombas, pero no s  poner redes». «Lo sabemos», dice ella. Y los dos se echan a reír.  l tiene mucho sentido del humor, y también ella, aunque, como he dicho, rara vez siente el impulso de dejarse llevar por él. Esto era muy de ellos —y de todos nosotros— en aquella época. Mi padre se iba a trabajar fuera aquel verano, no s  muy bien adónde. Yo empecé a leer el libro de ajedrez y también a criar abejas. Había decidido que ése sería mi otro proyecto en el instituto, porque, pens , a nadie más se le ocurriría dedicarse a las abejas, una afición que me parecía más propia de escuelas rurales donde tenían una fuerte implantación la FFA y la Four H<sup>[7]</sup>. Mi madre había empezado a leer novelas europeas (Stendhal y Flaubert), y, dado que había un pequeño colegio católico en Great Falls, empezó a ir a las clases de verano una vez a la semana. Mi hermana, de pronto, y pese a su concepción severa del mundo y su mal carácter, encontr  un amigo, que había conocido en la calle cuando volvía a casa del Rexall (lo cual no le gustó nada a mi padre, aunque pronto se olvid  de ello). Mis padres no bebían alcohol ni se peleaban ni —que yo supiera— tenían amantes. Mi madre tal vez sentía un «tedio físico» y pensaba cada día más en marcharse. Pero siempre acababa decidiendo quedarse. Recuerdo que hacia esa época me leyó un poema del gran poeta irlandés Yeats, en el que había un verso que decía: «Nada puede ser solo o entero que no haya sido desgarrado». He enseñado este poema muchas veces en toda una vida de enseñanza, y creo que era eso lo que ella pensaba de las cosas: que eran imperfectas, y a pesar de todo aceptables. Cambiar de vida habría desacreditado la vida y la habría desacreditado a ella misma, y traído demasiada ruina. Ésta era la visión de hija de inmigrantes que había heredado. Y si bien retrospectivamente podría inferirse la peor de las opiniones sobre nuestros padres —que había en ellos, pongamos, una fuerza terrible, irracional, calamitosa—, sería más cierto afirmar que ninguno de nosotros habríamos parecido en absoluto irracionales o calamitosos si se nos hubiera observado desde el espacio exterior —desde un sputnik—, y ciertamente nunca habríamos pensado que éramos así. Es mucho mejor ver nuestra vida y los acontecimientos que dieron al traste con ella como dos partes de una misma cosa que ha de tenerse en mente de forma simultánea para poder entenderla cabalmente: el lado normal y el lado catastrófico. Uno justo al lado del otro. Cualquier otro modo de mirar nuestra vida corre el riesgo de desdeñar la parte esencial, racional, prosaica en la que vivíamos, la parte en la que todo tiene sentido para aquellos que la habitan, y sin la que nada de esto valdría la pena contarse.

## 6

Aunque —al menos al principio— el nuevo plan de nuestro padre para vender carne robada a la compañía de ferrocarril funcionó tal como él había previsto, la historia publicada más tarde por el *Tribune* desvelaba claramente que se trataba de un plan mucho más complejo que el que había puesto en práctica en la base. Allí, los indios introducían la carne en un camión cruzando la verja principal. Los guardias estaban avisados para dejarles pasar. Conducían el camión justo hasta la puerta trasera del club de oficiales, descargaban la carne y cobraban allí mismo —seguramente les pagaba mi padre— en dólares contantes y sonantes. Mi padre y el encargado del club de oficiales, un capitán llamado Henley, renunciaban a compartir el dinero con los indios —como previamente habían convenido— y se llevaban a casa unos buenos solomillos para alimentar a sus familias. Y todo el mundo contento.

La transacción con la Great Northern Railway, sin embargo, no fue en absoluto igual porque resultó que el negro Spencer Digby no confiaba en los indios —le daban un miedo de mil demonios—, y además era de naturaleza asustadiza también respecto de su trabajo, un empleo bien pagado y respaldado por el sindicato, con un alto estatus de antigüedad en el servicio de coches restaurante. Digby permitía que los indios llevaran el camión cerrado —con el letrero de una empresa de alfombras de Havre en un costado— hasta el muelle de carga del almacén de la Great Northern, y allí se hacía cargo de la mercancía. Pero se negaba a pagarles allí mismo, de nuevo por razones relacionadas con su miedo y su desconfianza, y porque necesitaba comprobar la calidad de la carne. Ambas cosas resultaban insultantes para los indios en cuestión, que no querían hacer negocios con un negro. Tuvo que llegarse a un acuerdo, por tanto. Mi padre iría al almacén y recibiría dinero de Digby, pero no hasta que hubiera pasado un día y Digby hubiera conseguido el dinero para pagar la carne y se hubiera asegurado de que ésta era de calidad lo bastante buena como para servirla en los coches restaurante. Digby quería que ambas transacciones —aceptar la carne y pagarla— se hicieran por separado, como si el dinero no fuera realmente para la carne (en caso de que lo descubrieran pagando) y como si mi padre fuera el proveedor real y los indios no hicieran más que trabajar para él como peones. En el meollo de este tipo de planes siempre hay algo que no cuadra, y la explicación es que hay seres humanos implicados en ellos.

La modificación del plan original de la base puso a mi padre en una situación delicada. Le gustaba el papel de intermediario porque le hacía sentirse competente —y parecerlo—, y no lo consideraba precario (hasta que fue demasiado tarde). Con el nuevo plan los indios ya no tenían en su poder el ganado robado y sacrificado durante

un día o dos, un ganado conseguido con gran riesgo y entregado más o menos a plena luz del día, después de haber corrido el riesgo previo de atravesar toda la ciudad en un camión lleno de una carne que no les pertenecía, todo ello en un tiempo en que la policía de Great Falls habría detenido de muy buen grado a un indio por cualquier razón, y asimismo mantenían bajo estrecha vigilancia a los negros, que a la sazón estaban causando problemas en el Sur. A cambio de tales riesgos, los indios no podían tomar posesión de inmediato de un dinero al que se sentían con total derecho: cien dólares por media canal (la carne de vacuno era barata entonces). Y, aún más arriesgado a su juicio, tenían que esperar en la ciudad, a la vista de todo el mundo, hasta recibir el dinero de manos de mi padre, de quien tan sólo se fiaban en parte. Antes, se habían fiado de la Fuerza Aérea porque uno de ellos había sido aviador, y los indios tienden a confiar en que el gobierno cuidará de ellos ya que siempre ha sido así. En ese sentido no eran tan diferentes de mi padre.

El peligro del nuevo plan —un acuerdo concebido por mi padre en la creencia de que satisfaría a las partes implicadas— residía en el hecho de hacer de intermediario entre dos facciones criminales, que no se gustaban mutuamente ni confiaban la una en la otra pero en las que él había decidido que podía confiar, por mucho que tampoco le gustaran. Y, lo que era aún peor, cada vez que tenía lugar una entrega, él se convertía de inmediato en deudor de un dinero a unos indios a los que por nada del mundo querrías deber dinero —ni que ellos te lo debieran a ti—, dadas sus bien conocidas y respetadas tendencias violentas. Dos de ellos —según contaría más tarde el *Tribune*— eran asesinos, y un tercero secuestrador. Los tres se habían pasado más de media vida en la cárcel de Deer Lodge. Mirando atrás, el plan resulta tan ridículo que no debería haber funcionado ni una sola vez. Pero funcionó, y no era un plan mucho más ridículo que atracar un banco.

Un día de mediados de julio mi padre se levantó por la mañana y nos dijo a todos que estaba planeando ir en coche a Box Elder, Montana, por la carretera norte en dirección a Havre, para inspeccionar un trozo inmejorable de tierra de rancho que su nueva empresa trataba de vender con un gran beneficio. Quería que mi hermana y yo fuéramos con él, ya que, decía, habíamos sido vástagos de la Fuerza Aérea durante toda nuestra vida y no sabíamos nada del medio en que vivíamos y nos pasábamos la vida dentro de casa. En cualquier caso, nuestra madre podría quedarse sola en casa y disponer a su antojo de una mañana tranquila.

Enfilamos la carretera 87 en el Chevrolet Bel Air rojo y blanco, rumbo al norte, entre campos de trigo que maduraban al sol ardiente, en dirección a Havre, que estaba ciento cincuenta kilómetros más allá. Las Highwood Mountains, al este de Great Falls, se hallaban a nuestra derecha a una distancia indefinida, azules y brumosas y de aire mucho más misterioso del que mostraban con la ciudad como punto de referencia. Al cabo de una hora, pasamos por Fort Benton, desde donde se veía el río



Missouri al pie de la carretera; el mismo río reluciente que veíamos por las ventanas del colegio. Era más pequeño y más tranquilo, y fluía hacia el este a lo largo de una base de barrancos de creta y granito, rumbo (lo sabía ya) a su encuentro con el Yellowstone, el White, el Vermillion, el Platte y finalmente el Mississippi, en la frontera con Illinois. La carretera descendía bordeando el lecho de un arroyo, y luego ascendía hasta una especie de meseta con más tierra de labrantío, y a lo lejos se divisaban unas montañas diferentes de una tonalidad azul, más alargadas y más bajas que las Highwood, pero tan brumosas y arboladas, y con el mismo aire extraño. Eran las Bear's Paws, anunció mi padre en tono profesoral. Se hallaban en la Reserva India de Rocky Boy, lo cual significaba que los indios vivían en ella pero no la poseían en absoluto porque no la necesitaban, ya que el gobierno se hacía cargo de su explotación; ellos, además, carecían de la competencia necesaria para poseer tierras. Mi padre había hecho negocios con ellos antes, nos dijo, y podíamos entrar en su reserva sin tener que pedir permiso.

Seguimos subiendo por la carretera estrecha, atravesando los campos de trigo, hasta que pasamos por una pequeña ciudad polvorienta con un elevador de grano, y poco después llegamos a otra, que era Box Elder, el nombre de los arces umbrosos de nuestra calle. Su pequeña y corta calle principal estaba al otro lado de unas vías de tren, y en ella había un banco y una oficina de correos, una tienda de comestibles, dos cafés y una gasolinera, y era sorprendente estar allí en medio de la nada. Dejamos la carretera y torcimos hacia el este por un estrecho camino de tierra y grava que conducía directamente hacia las montañas donde estaba el rancho que la nueva empresa de mi padre quería vender. Ante nosotros no había más que estribaciones de montañas y océanos de trigo. Ni casas ni árboles ni gente. El trigo se alzaba a ambos lados del camino, amarillo y denso, y se balanceaba a la brisa caliente y seca que nos iba metiendo polvo a través de las ventanillas del coche (acabé con los labios tapizados por una capa). Nuestro padre dijo que el río Missouri quedaba ahora a nuestra espalda. No lo veíamos porque estaba más abajo, oculto por los desfiladeros. Sabíamos que Lewis y Clark habían subido hasta aquí en 1805 y habían cazado búfalos precisamente donde estábamos ahora. Sin embargo, ésta era la parte de Montana —explicó nuestro padre, conduciendo con el codo izquierdo fuera de la ventanilla— que se parecía al Sáhara visto a través de la mira de un bombardero, y no era un lugar donde le gustaría vivir a un nativo de Alabama. Le tomó el pelo a Berner preguntándole si se sentía nativa de Alabama, ya que él lo era. Berner dijo que no, y frunció el ceño hacia mí y arrugó los labios poniendo boca de pez. Le dije a mi padre que tampoco yo me sentía de Alabama, lo cual pareció divertirlo. Dijo que éramos todos norteamericanos, y que eso era lo que importaba. Después vimos un coyote muy grande en el camino, con un conejo en la boca. Se detuvo unos instantes, y se

quedó mirando cómo se acercaba nuestro coche, y al final se internó en el trigo alto y desapareció de nuestra vista. Vimos lo que mi padre dijo que era un águila real, suspendida en un cielo inmaculadamente azul, instigada por unos cuervos que querían ahuyentarla. Vimos tres urracas dando picotazos a una serpiente que corría por el suelo del camino. Nuestro padre dio un viraje y pasó por encima de ella, y se oyeron dos ruidos sordos seguidos bajo los neumáticos y las urracas alzaron el vuelo.

Cuando llevábamos recorridos varios kilómetros sobre aquel camino sin asfaltar, levantando oleadas de polvo a nuestra espalda, el trigo cesó de pronto, y lo sustituyó una pradera seca, vallada, de pastos, donde unas cuantas vacas muy flacas estaban de pie e inmóviles en los bordes del camino al paso del coche. Nuestro padre redujo la velocidad y tocó el claxon, lo cual hizo que las vacas lanzaran coces, bufaran y soltaran grandes boñigas mientras iban apartándose de las cunetas. «Bueno, perdonadnos», dijo Berner, mirándolas desde el asiento trasero.

Al cabo de un rato, pasamos por delante de una casa baja de madera sin pintar, aislada, que se alzaba a cierta distancia del camino, en un terreno baldío. Más allá se divisaba otra casa, y una tercera que apenas podía entreverse en la fulgurante e indistinta lejanía. Eran casas desvencijadas, con aire de que algo aciago les había sucedido. La primera no tenía puerta principal ni cristales en las ventanas, y la parte trasera se había hundido. En el patio delantero había carrocerías de coches desguazadas, un somier de metal y un frigorífico blanco y en pie. Había gallinas que movían la cabeza de arriba abajo, picoteando el suelo seco. Varios perros, sentados en los escalones de la entrada, contemplaban el camino. Un caballo blanco con brida estaba atado a un madero, a un lado de la casa. Los saltamontes brincaban al aire caliente desplazado por el coche. Alguien había aparcado un semirremolque pintado de negro en medio del campo que había detrás de la casa, y junto a él había un camión cerrado más pequeño con la leyenda ALFOMBRAS HAVRE pintada en uno de los lados. Dos chicos esqueléticos —uno sin camisa— salieron al hueco vacío de la puerta principal y nos vieron pasar. Berner los saludó con la mano, y uno de los chicos le respondió al saludo.

—Esos chicos son indios —dijo mi padre—. Y viven ahí. No son tan afortunados como vosotros. Aquí no hay luz eléctrica.

—¿Por qué viven aquí? —preguntó Berner.

Miraba por la ventanilla trasera, a través del polvo, la casa destartada y a los dos chicos. Nada en ellos indicaba que fueran indios. Yo sabía que no todos los indios vivían en tipis y dormían en el suelo y llevaban plumas. Que yo supiera, no había indios en la Lewis School. Pero sabía que había indios que se emborrachan, y que la gente se los encontraba tirados en callejones en el invierno, congelados en el asfalto. Y que había indios en la oficina del sheriff que sólo se ocupaban de los delitos cometidos por otros indios. Pero imaginaba que si ibas a donde vivían normalmente,

tendrían otro aspecto diferente. Aquellos dos chicos no parecían muy distintos de mí, a pesar de que su casa estuviera derrumbándose. Me pregunté dónde estarían sus padres.

—Creo que podrías hacerte la misma pregunta acerca de los Parsons, ¿no te parece? —dijo mi padre, como si se tratara de una broma—. ¿Qué hacemos *nosotros* en Montana? Tendríamos que estar en Hollywood. Yo podría hacer de doble de Roy Rogers.

Y se puso a cantar. A menudo cantaba. Al hablar tenía una voz suave que me gustaba oír, pero no tenía una bonita voz cuando cantaba. Berner solía taparse los oídos. Esta vez cantó «Mi hogar, mi hogar en la sierra, donde juegan las cabras y los paquidermos». Era una de sus bromas. Yo me puse a pensar que aquellos chicos indios no jugaban al ajedrez ni celebraban debates, ni probablemente iban al colegio, y que nunca llegarían a nada.

—Admiro a los indios —dijo mi padre, cuando dejó de cantar.

Seguimos en silencio.

Pasamos la segunda casa, que también estaba a punto de derrumbarse. Había un coche negro sin puertas, volcado, sin neumáticos ni cristal en ninguna de las ventanillas. En el techo de la casa se veían grandes agujeros entre las tablillas. A ambos lados de la puerta había lilos altos y malvarrosas, igual que en nuestra casa, y alguien había hecho una pocilga circular con radiadores de coche. Podíamos ver los morros y las orejas de los cerdos por encima de los bordes. Detrás de la casa había una hilera de colmenas pintadas de blanco de las que alguien de la casa debía de ocuparse. Eso atrajo mi atención. Había leído el libro de las abejas y pensaba convencer a mi padre para que me ayudara a construir una colmena en la parte trasera de la casa. Sabía de una dirección de Georgia en la que podía pedir las abejas para que me las enviaran por correo. Había oído en la radio que pronto se celebraría la feria de Montana en los recintos feriales que estaban a poca distancia de nuestra casa, y quería visitar la exposición de las abejas, donde podría ver los equipos de apicultura, y donde se harían demostraciones sobre qué protección ponerse y cómo ahumar las colmenas y recolectar la miel. Para mí criar abejas era muy parecido a jugar al ajedrez. Las dos cosas eran complicadas y tenían reglas y exigían tener ciertas destrezas y fijarse metas, y en cada una de ellas había pautas ocultas de éxito que sólo podían entenderse con paciencia y confianza en uno mismo. «Las abejas desvelan el misterio de todas las cosas humanas», se leía en el libro *La apicultura*, que había sacado en préstamo de la biblioteca. Todo este tipo de cosas que me habría gustado saber las habría aprendido sin dificultad en los boy scouts si mi madre me hubiera dejado inscribirme. Pero no me dejó.

Una mujer corpulenta, de tez pálida, con pantalones cortos y la parte de arriba de un bikini salió a la puerta principal y se protegió los ojos del sol con la mano mientras

pasábamos en el coche.

—También tenemos indios en Alabama —dijo mi padre en un tono que quería darnos a entender a Berner y a mí que todo lo que estábamos viendo era completamente normal, por si pensábamos que no lo era—. Tenemos a los chickasaw y a los choctaw y a vuestros búlgaros de los pantanos. Todos están relacionados con estos indios que veis aquí. A ninguno de estos indios se les ha tratado con justicia, por supuesto. Pero ellos han mantenido su propia dignidad y respeto de sí mismos.

Esto era difícil de ver en las casas por las que pasamos, aunque me impresionó que los indios supieran de abejas, y caí en la cuenta de que había muchas cosas que no sabía de ellos.

—¿Dónde está el rancho que quieres vender? —pregunté.

Mi padre alargó la mano hasta mi asiento y me dio unos golpecitos en la rodilla.

—Lo hemos dejado atrás hace mucho, hijo. No me ha gustado demasiado. Eres observador y te acuerdas de las cosas. Lo que quería es que vierais unos cuantos indios reales mientras estábamos por aquí. Tenéis que reconocer a un indio nada más verlo. Vivís en Montana. Son parte del paisaje.

Entonces quise sacar el tema de la feria estatal, porque lo veía de buen humor, pero él estaba distraído con los indios y pensé que sería mejor dejar pasar aquella oportunidad y hablar del asunto más tarde.

—Nadie responde cuando preguntas por qué viven aquí —dijo Berner. Estaba sudando, y dibujaba unas formas en la fina película de polvo que le cubría el brazo pecoso—. No tienen por qué. Podrían vivir en Great Falls. Éste es un país libre. No es Rusia ni Francia.

En aquel momento era como si nuestro padre hubiera dejado de hacernos caso. Bajamos por el camino con surcos de ruedas como un kilómetro y medio, hasta que llegamos lo bastante cerca de las montañas Bear's Paws para que yo pudiera divisar la línea arbolada y los retazos dispersos de costras de nieve a las que el sol no había logrado llegar en todo el verano. Donde estábamos hacía calor, pero si seguíamos adelante haría frío. En un punto del camino, mientras avanzábamos por un paisaje seco y yermo que se extendía hacia delante, inalterable, nos adentramos por una abertura entre postes de cercado, sin cerca, dimos la vuelta y emprendimos el camino de regreso; dejamos atrás las casas desvencijadas a nuestra izquierda, y a los indios, y volvimos a Box Elder y a la carretera 87 en dirección a Great Falls. Era como si no hubiéramos conseguido nada yendo hasta aquel paraje perdido, como si a mi padre no le interesara —o le preocupara— nada, como si no necesitara en absoluto ver nada, nada relacionado con la venta o compra de un rancho. Yo no tenía ni idea de por qué habíamos ido allí. Y mi hermana y yo no hablamos de ello cuando volvimos a casa.

Lo que sucedió fue que para la primera semana de agosto mi padre, el hombre de la Great Northern —Digby— y los indios cree cómplices de mi padre ya habían llevado a cabo tres transacciones de carne robada que les habían salido a la perfección. Se robaban las reses, se sacrificaban y se entregaban al destinatario. El dinero cambiaba de manos. Los indios se iban. Y todo el mundo contento. Mi padre pensaba que su nuevo plan funcionaba bien, y que en su papel de intermediario no corría ningún peligro que lo inquietara demasiado. Era un hombre que creía a pies juntillas que si las cosas iban bien y sin problemas en aquel momento no tenían por qué dejar de ir bien y sin problemas eternamente. De forma muy parecida a la de los indios, que dependían del gobierno, él había dependido de la Fuerza Aérea, que lo había protegido de la vida a la que la mayoría de la gente ha de enfrentarse. Y, dado que había oficiado diestramente en la guerra (como experto en el lanzador Norden, bombardeando y matando a personas que jamás había visto, y sin morir él en la empresa), se sentía con derecho a que cuidaran de su persona, lo que fomentó en él la tendencia a no mirar las cosas —cualesquiera que fueran— con demasiado detenimiento. Lo que, en su plan de la carne robada, le llevó a no acordarse de que su intermediación en aquel negocio no había salido en absoluto bien en el caso de la base aérea. Su plan, de hecho, le había hecho perder los galones de capitán, y de un modo u otro lo había hecho desembarcar en la vida civil mucho antes de que estuviera preparado para ello, si es que algún día habría llegado a estarlo después de tanto tiempo en la vida militar.

Es posible también que nuestra madre, siendo como era estudiosa y distante, le hiciera sentir que lo estaba observando y valorando si algún nuevo fracaso suyo acabaría siendo causa suficiente para dejarlo. Así que, pese al éxito aparente de su marido, a su natural optimista y a su nuevo comienzo en el mundo civil, fueron acumulándose en ella las incertidumbres íntimas, y ello erosionó la confianza de su marido en la «aptitud» que creía tener para lo que estaba haciendo en ese momento. Lo único que él quería era que la vida siguiera su curso regular y tranquilo hasta que empezara el colegio y ella tuviera que incorporarse a sus clases, dejándolo a él libre para aprender el negocio de las granjas y los ranchos y para seguir con sus manejos con Digby y los indios, dado que todo era en beneficio nuestro.

La vida seguía siendo absolutamente normal para mí en aquel tiempo. Recuerdo que, a principios de agosto, mi padre insistió en que fuéramos todos a la matiné del sábado del Liberty a ver *Los robinsones de los Mares del Sur*. A mi padre y a mí nos encantó la idea. Pero nuestra madre insistió en que Berner y yo leyéramos el libro,

que seguía teniendo de la época del instituto y que era mucho menos optimista y romántico que la película. Había empezado a dar clases en las Hermanas de Providence desde principios de agosto, y volvía a casa con más y más libros y hablando de lo que las monjas decían del senador Kennedy. La gente del Sur, afirmaban, nunca dejaría que ganara; alguien le pegaría un tiro antes del día de las elecciones. (Mi padre nos aseguró que eso no era cierto, que el Sur, tristemente, era una tierra incomprendida, pero que lo que sí era cierto era que el Papa de Roma ahora tendría gran influencia en la vida norteamericana, y que el padre de Kennedy era un potentado del whisky). Volvimos a hablar del Space Needle, y mi padre dijo que quería verlo, y que nos llevaría a todos cuando estuviera terminado. En aquel tiempo mi hermana trajo a su amigo a casa un par de veces, aunque nunca lo dejó entrar. Su amigo me gustaba. Se llamaba Rudy Patterson, y era mormón (miré en el diccionario, y Rudy me dijo que significaba «polígamo», entre otras cosas). Y ya iba al instituto, lo cual lo hacía enormemente interesante a mis ojos. Era pelirrojo, huesudo y alto, y tenía los pies grandes y una pelusilla clara a modo de bigote de la que se sentía muy orgulloso. Una vez me crucé con él en la calle y jugamos a encestar en un tablero que el ayuntamiento había instalado allí para que los chicos jugaran al baloncesto. Me contó su plan de dejar el instituto para irse a California y meterse en una banda o enrolarse en los marines. Le había preguntado a Berner si quería irse con él, o si se reuniría con él más tarde, y ella le había dicho que no, por lo que Rudy dijo que Berner era dura como la piedra, lo cual era cierto. Mientras nosotros jugábamos, bajo el denso y perfumado bonete de olmos y arces negundo, llenos de sonoras cigarras, Berner se sentaba en los escalones de nuestro porche delantero —exactamente como solía hacer mi madre—, encogiendo los ojos por el sol, abrazándose las rodillas y viendo nuestras escaramuzas. Gritaba: «No le digas lo que he dicho. No quiero que sepa mis secretos». Yo no sabía a quién de los dos se dirigía: si a Rudy o a mí. Yo desconocía los secretos de Berner, aunque en un tiempo pensé que lo sabía todo de ella porque éramos mellizos. Pero para entonces debía de tener secretos nuevos, porque ya no hablaba conmigo de cosas privadas y me trataba como si fuera mucho más pequeño que ella y como si su vida hubiera tomado un rumbo muy diferente del mío.

Lo que sí sé de primera mano sobre cosas malas —cosas malas de verdad— es que a finales de la primera semana de agosto mi padre llegó a casa una noche y, aunque no le vi, supe que algo fuera de lo normal estaba sucediendo dentro de ella. Te sensibilizas ante cosas como el sonido de la puerta del porche al cerrarse con demasiada fuerza, o el taconazo de una pesada bota sobre el entarimado, o el crujido de la puerta de un dormitorio que se abre y deja entreoír una voz que empieza a hablar, y el sonido de esa puerta que se cierra rápidamente y deja en el aire unos

ruidos sólo ahogadamente audibles.

A mediados del verano, nuestra casa era calurosa, seca y polvorienta, lo cual afectaba a la alergia de Berner. (En invierno siempre hacía frío y había muchas corrientes). Mi madre dejaba encendido el ventilador de buhardilla, y le gustaba sentarse en el baño de agua fresca al atardecer, antes de hacer la cena, cuando la luz pastel entraba a través de la diminuta ventana cuadrada del cuarto de baño. Quemaba una vela de sándalo, que dejaba sobre la tapa del inodoro, y se quedaba dentro de la bañera hasta que el agua se enfriaba por completo. Mi padre había estado fuera, se suponía que aprendiendo a vender terrenos. Pero cuando llegó a casa fue directamente al cuarto de baño, donde estaba nuestra madre, y se puso a hablar en un tono vivo y contundente. Y la puerta se cerró mientras hablaba. Pero le oí decir: «Me he topado con un problema con ese...». No alcancé a oír el resto. Yo estaba en mi cuarto leyendo sobre las abejas y escuchando la radio. Sentía la necesidad de perfeccionar mi estrategia para conseguir ir a la feria estatal. No habíamos ido nunca en los cuatro años que llevábamos allí. Mi madre no veía ningún aliciente en ello, porque no le gustaban las atracciones ni los olores, y a Berner no le interesaba lo más mínimo.

Mi padre siguió hablando un largo rato con mi madre en el cuarto de baño. Fuera estaba oscureciendo, y mi hermana salió de su cuarto y encendió las luces de la sala, corrió las cortinas y apagó el ventilador de buhardilla. La casa, pues, quedó en silencio.

Al poco la puerta del cuarto de baño se abrió y mi padre dijo:

—Me preocuparé por eso más tarde. Ahora no.

Y mi madre dijo:

—Por supuesto. No me extraña.

Mi padre vino hasta la puerta de mi cuarto, que estaba abierta. Llevaba sus botas vaqueras negras Acme y una camisa blanca con bolsillos de aberturas con flechas y botones de nácar y cinturón de piel de serpiente. Le gustaba vestir bien después de haber llevado uniforme la mayor parte de su vida. El aprendizaje de la venta de ranchos le había persuadido de que tenía que parecer un ranchero por mucho que no supiera nada del asunto. Me preguntó qué hacía. Le dije que estaba aprendiendo apicultura y que tenía pensado ir a la feria estatal, como ya he dicho. Habría una tienda 4-H, donde chicos de mi edad harían demostraciones sobre las bondades de la cría de abejas y la recolección de miel.

—A mí eso me suena a una empresa de gran envergadura —dijo—. Tendrás que tener mucho cuidado, no vayan a matarte a picaduras. Las abejas se confabulan contra ti; al menos eso he oído.

Fue hasta la puerta del cuarto de mi hermana y se interesó por lo que estaba haciendo, y habló de su pez. Mi madre salió del cuarto de baño con aire serio.

Llevaba un albornoz verde y una toalla alrededor de la cabeza. Fue a la cocina como estaba, y empezó a sacar cosas del frigorífico. Mi padre entró en la cocina detrás de ella, y dijo:

—Lo arreglaré.

Mi madre dijo algo que no pude oír porque lo dijo en un suspiro. Mi padre, entonces, salió al porche delantero, donde hacía más fresco y estaba oscuro. Las farolas de la calle estaban encendidas. Se sentó en la mecedora, que colgaba de unas cadenas finas y rechinantes, y se balanceó al son del canto de las cigarras. Le oí murmurar, y por eso supe que estaba preocupado. (A menudo hablaba consigo mismo —mi madre también—, como si hubiera ciertas conversaciones que no pudieran compartir. Y lo hacían mucho más cuando tenían problemas). En un momento dado, mientras se balanceaba rítmicamente, se echó a reír a carcajadas. Y segundos después salió a la acera y montó en el coche y se fue, supongo que a tratar de arreglar lo que le preocupaba.

Al día siguiente era domingo. Una vez más, no fuimos a ninguna iglesia. Mi padre tenía una Biblia familiar grande, con su nombre escrito en ella, en un cajón del aparador. Oficialmente era miembro de la Iglesia de Jesucristo, y había sido salvado años atrás en Alabama. Mi madre proclamaba ser una «agnóstica ética», a pesar de ser judía. Berner decía que creía en todo y al mismo tiempo en nada, lo cual explicaba por qué mi hermana era como era. Yo no creía en nada que pueda recordar, ni siquiera en lo que significaba creer, más allá de que los pájaros vuelan y los peces nadan, cosas que se pueden comprobar por la experiencia. El domingo, sin embargo, era un día aparte. Durante toda la jornada nadie hablaba demasiado ni muy alto, sobre todo por la mañana. Mi padre veía las noticias de la televisión, y más tarde los partidos de béisbol, en bermudas y camiseta, prendas que no se ponía entre semana. Mi madre leía algún libro, elaboraba los planes de estudio para el otoño y escribía en su diario, que llevaba desde la adolescencia. Normalmente daba un largo paseo sola después del desayuno; subía por Central Avenue y cruzaba el río y llegaba al centro, donde no sucedía nada en absoluto y las calles estaban casi vacías. Luego volvía a casa y preparaba la comida. Yo había elegido el domingo como día de práctica de los movimientos del ajedrez y aprendizaje de las reglas, que, según me habían informado los chicos del club, eran la clave de todo. Si interiorizas totalmente esas reglas complejas, serás capaz de jugar de forma intuitiva y audaz, que era como jugaba Bobby Fischer, incluso cuando sólo tenía diecisiete años, no muchos más de los que yo tenía entonces.

Aquel domingo por la mañana no se habló de nada de lo que, tan sólo la noche anterior, era necesario «arreglar», y de lo que nuestros padres habían estado hablando durante una hora en el cuarto de baño. Yo no tenía ni idea de a qué hora había vuelto



a casa de dondequiera que hubiera ido aquella noche. Lo cierto es que el domingo por la mañana allí estaba en la sala, en bermudas, viendo la televisión. El teléfono sonó varias veces. Yo lo cogí dos veces, pero nadie habló al otro lado de la línea, lo cual no era nada fuera de lo normal. Que nadie respondiera al otro lado de la línea era algo que pasaba con frecuencia. Mi madre salió a dar su paseo hasta la ciudad. Mi padre veía *Encuentro con la prensa*. Le interesaban las elecciones; creía que los comunistas estaban adueñándose de África pero que Kennedy iba a impedirlo. Berner y yo salimos al jardín soleado y caluroso y cambiamos de sitio los postes de la red de bádminton para poder jugar con más amplitud a un lado de la casa. Era una mañana bonita, desocupada. Las malvarrosas florecían contra la pared del garaje. No había nada que hacer en Great Falls.

A las once, los luteranos de Sión, en la diagonal entre la acera de enfrente y el parque, hicieron sonar la campana como de costumbre, y empezaron a recibir a sus feligreses. Los coches y camionetas llegaban y aparcaban junto a la acera de enfrente de nuestra casa, también como de costumbre. Familias con niños se encaminaban hacia el edificio de madera gris y desaparecían en su interior. A mí me gustaba mirarlos desde el balancín del porche delantero. Siempre estaban de buen humor, y hablaban y se reían de cosas que les interesaban y sobre las que, suponía yo, estaban de acuerdo. Una vez, en un día entre semana, fui hasta aquel templo para mirar a través de las puertas y ver lo que hubiera que ver, fuera lo que fuera, en su interior. Pero las puertas estaban cerradas y no había nadie. El edificio de tablas grises tenía el aire de una tienda que hubiera echado el cierre definitivo.

En el momento mismo en que la campana luterana empezó a sonar un viejo coche frenó delante de nuestra casa y se detuvo. Pensé que el conductor —un hombre— era un feligrés más que se apearía del coche e iría andando hasta la iglesia. Pero siguió allí sentado, al volante del viejo Plymouth toscamente pintado de rojo, fumando un cigarrillo como si esperara algo o a que alguien empezara a prestarle atención. El coche era de los años cuarenta, y estaba embarrado y lleno de abolladuras, y me resultaba vagamente familiar, aunque no habría sabido decir por qué. Tenía una ventanilla trasera rota y los neumáticos desiguales y a una de las ruedas traseras le faltaba el tapacubos. Había tenido más de un accidente, y allí enfrente de nuestra casa, aparcado detrás del Bel Air de mi padre, limpio y reluciente, parecía completamente fuera de lugar.

Cuando llevaba un buen rato sentado, fumando —Berner y yo lo observábamos desde el jardín lateral, junto a la red de bádminton, con la raqueta en la mano—, giró la cabeza para mirar hacia nuestra casa y se bajó del coche de improviso; la portezuela del conductor emitió un chasquido al abrirse, y luego un golpazo final.

Casi en el mismo instante mi padre salió por la puerta principal, aún en bermudas, y bajó por el camino de hormigón como si hubiera estado vigilando para ver si el

hombre se apeaba del coche. Ahora que lo había hecho, había que hacer algo de inmediato.

Los dos oímos que mi padre decía: «Bien, quieto. Eh, eh, eh...» mientras el hombre subía despacio por el camino de hormigón. «No tiene por qué presentarse aquí ahora. Ésta es mi casa», continuó. «Las cosas se van a arreglar». Al decir esto, mi padre se rió, aunque no parecía haber nada gracioso en todo aquello.

El hombre siguió en el camino de hormigón, con la barbilla bajada con ostensible gravedad, mirando fijamente a nuestro padre. No retrocedió cuando nuestro padre llegó hasta él diciendo: «Eh, eh, eh...». No le tendió la mano para estrechársela. No sonrió como si algo tuviera gracia. Vestía como si viniera de un sitio frío, porque llevaba unos gruesos pantalones de lana granate, unos zapatos marrones llenos de rozaduras y sin calcetines y una chaqueta de punto de un rojo vivo sobre una sucia sudadera gris. Extraño atuendo para el mes de agosto.

En cuanto pisó la acera, instantes antes, se hizo evidente que algo le pasaba en las piernas. Tenía que moverse con dificultad valiéndose de los hombros, y con las rodillas hacia dentro. No era un hombre grande —no era tan alto como nuestro padre—, pero era robusto, como si los huesos le pesaran y le resultaran incómodos para moverse. Tenía una tupida mata de pelo negro y aceitoso, recogido atrás en una larga coleta, y gafas de gruesa montura negra. Su tez tenía una tonalidad anaranjada, y muy marcada con ronchas de acné, y llevaba una tirita en el cuello. Gastaba una perilla rala, y aparentaba unos cincuenta años, aunque posiblemente era más joven. Era una presencia severa en nuestro jardín delantero, pues daba la impresión de que no le hacía muy feliz estar allí. Berner y yo estábamos muy lejos, junto a la red de bádminton, pero me llegó el olor de aquel hombre, un olor a carne y a medicina al mismo tiempo. Cuando se fue, pude olerlo en nuestro padre.

Cuando el hombre no quiso darle la mano ni retroceder, nuestro padre le puso la mano en el hombro y se acercó más a él para hacer que diera la vuelta, y se pusieron a hablar mientras echaban a andar hacia su Plymouth en lugar de hacia nuestra casa. Pero en un momento dado el hombre se apartó un paso hacia un lado y pisó la hierba, liberado de la presa de mi padre. Miró hacia otro lado; no hacia Berner o hacia mí sino en dirección contraria a donde estaba mi padre, como si no quisiera mirarle ni quisiera mirarnos a nosotros. Y entonces habló, Berner y yo pudimos oírle: «Las cosas pueden ponerse muy mal para todo el mundo, Cap», dijo. «Cap» es como llamaban a mi padre en la Fuerza Aérea. El hombre giró los ojos hacia un lado y los fijó en mi padre. Dijo algo más, en voz muy baja, como si supiera que Berner y yo estábamos escuchando y no quisiera que le oyéramos. Después de decirlo, se cruzó de brazos, se echó hacia atrás, adelantó un pie y lo puso enfrente del otro de una forma que yo nunca le había visto hacer a nadie antes. Era como si quisiera ver cómo sus propias palabras fluían y se alejaban de su boca.

Nuestro padre empezó a asentir con la cabeza y se metió las manos en los bolsillos de los bermudas. No decía nada, sólo asentía. El hombre entonces se puso a hablar con gran intensidad, y mucho más rápido. Sus palabras me llegaban amortiguadas, pero alcanzaba a oír la palabra «tú» pronunciada con rotundidad, y la palabra «riesgo» y la palabra «hermano». Nuestro padre bajó los ojos y se miró las sandalias de goma y los pies desnudos, y sacudió la cabeza, y dijo: «No, no, no...», como si estuviera de acuerdo con lo que estaba oyendo, a pesar de que sus palabras parecieran decir lo contrario. Y luego dijo: «Eso no es razonable, lo siento», y «Comprendo. Bien, de acuerdo». En este punto la tirantez pareció abandonar su cuerpo, como si se sintiera aliviado, o decepcionado. Y el hombre —más tarde sabríamos que se llamaba Marvin Williams, aunque le llamaban «Ratón» y era un indio cree— se dio la vuelta sin pronunciar ninguna palabra concluyente y se dirigió hacia su Plymouth con aquellos andares dolientes, como asistidos por los hombros, de rodillas hacia dentro. Abrió con brusquedad la portezuela, arrancó el motor ruidosamente y se alejó sin volver la mirada hacia nuestro padre, que seguía de pie en el camino de hormigón, en bermudas y sandalias, observando su partida. Volvía a tañer la campana del templo luterano, una última llamada para el culto. Un hombre con un traje gris ligero estaba cerrando las puertas frontales. Miró hacia nuestra casa y agitó una mano en señal de saludo, pero nuestro padre no le vio.

Aquella mañana, más tarde, nuestra madre volvió de su paseo y preparó tortitas con nata agria, nuestro plato preferido. Durante la comida nuestro padre no habló mucho. Nos contó un chiste sobre un camello que tenía tres jorobas y hacía «muuu». Dijo que Berner y yo deberíamos aprender a contar chistes, porque así a la gente le gustaría estar con nosotros. Luego, él y nuestra madre se metieron en su dormitorio y cerraron la puerta y se quedaron dentro mucho tiempo, mucho más de lo que habían estado en el cuarto de baño la noche anterior. Antes de que nuestra madre volviera del paseo, nuestro padre se había quitado las sandalias y había jugado con nosotros al bádminton: los dos contra él. Brincaba sin parar de un lado a otro, con el labio superior perlado de sudor y quedándose sin resuello al tratar de golpear con entusiasmo la pelota emplumada y riendo y pasándoselo en grande. Era como si las cosas no pudieran ir mejor, y la visita de aquel hombre no hubiera tenido ninguna importancia. Berner le preguntó el nombre del hombre, y fue cuando nos enteramos de que se llamaba Marvin Williams, y de que era un indio cree. Era un «hombre de negocios», dijo nuestro padre. «Honrado pero exigente». En un momento del juego, se quedó de pie sobre la cálida hierba del jardín, con las manos en las caderas, sonriendo, congestionado y sudoroso. Inspiró profundamente y dijo que pensaba que las cosas nos irían mejor muy pronto. No teníamos que quedarnos necesariamente en Great Falls; podíamos mudarnos a una ciudad (cuyo nombre no mencionó) con

mejores perspectivas de futuro, lo cual me chocó e inquietó de inmediato, pues faltaban apenas unas semanas para que empezara el instituto y tenía planes para el ajedrez y la cría de abejas y para aprender muchísimas otras cosas. Estaba muy contento con el rumbo que tomaba mi vida, lo que, visto retrospectivamente, era una tontería, porque no tenía la menor idea del rumbo que tomaba mi vida. Fue probablemente, llegué a pensar, en las horas que siguieron a la visita del indio William-Ratón, en la que en nuestro jardín amenazó a mi padre con matarle, y quizá con matarnos a todos nosotros si no le pagaba (que es lo que supe luego que le había dicho en voz baja y amenazante), cuando nuestro padre empezó a pensar en la necesidad de hacer algo extraordinario para salvarnos; lo que acabaría materializándose en la idea de robar un banco, y de qué banco robar, y cuándo, y cómo enrolar a nuestra madre para minimizar la posibilidad de que alguien pudiera descubrirles, y de librarse por tanto de dar con sus huesos en la cárcel. Pero las cosas no salieron como las había planeado.

Tiempo después, cuando conocí toda la historia —todo lo que llegaría a saber nunca—, supe que el viernes anterior al sábado en que mi padre habló con mi madre cuando ésta estaba en la bañera, y luego montó en el coche y se perdió en la noche, los indios le habían entregado a Digby la carne de cuatro reses Hereford en el muelle de descarga y se habían ido confiando en que mi padre les pagaría al día siguiente. Digby había decidido que, dado que el trato de la carne robada funcionaba a la perfección, podría aumentar los pedidos de carne para abastecer a un amigo que era maître en otro tren de la Great Northern, transacción por la que él, Digby, recibiría un pago sustancioso. Nuestro padre había considerado que tal ampliación del negocio sería buena para todos. Pero cuando el sábado por la noche fue al pequeño bungalow de Digby en Black Eagle para recoger el dinero —parte del cual era de mi padre por haber ideado el plan original—, éste le dijo que la carne de dos de las reses estaba pasada (era verano, y hacía demasiado calor para transportar carne de vacuno en un camión de alfombras sin refrigerar), y no servía ni para servírsela a los indios, así que mucho menos a los pasajeros del coche restaurante que se deleitaban en su viaje entre Seattle y Chicago. Digby dijo que no iba a pagar a nuestro padre por una carne así. Y que, de hecho, la había transportado hasta Missouri y la había arrojado río abajo, para que nadie —la policía del ferrocarril, por ejemplo— pudiera sorprenderle con ella en su poder, sin haber pasado ninguna inspección y sin factura de compra ni explicación alguna de por qué se hallaba almacenada en los frigoríficos de la compañía.

Ello supuso una sorpresa muy poco agradable para nuestro padre, que le dijo a Digby en términos inequívocos que no tendría que haber aceptado la entrega de la carne si ésta estaba en mal estado. Pero, dado que la había recibido, tanto la carne como su precio (cuatrocientos dólares) eran de su responsabilidad exclusiva.

Lo que mi padre pensaba era que Digby, un personaje larguirucho, de ojos saltones y voz suave y femenina, con pajarita y chaqueta blanca, se había asustado de los indios —de quienes ya desconfiaba y que desconfiaban de él—, de forma que su refinado plan de comprar más carne había empezado de pronto a revelársele como la mala idea que en realidad era. Esta toma de conciencia le generó un miedo aún mayor de que lo descubrieran y perdiera su trabajo tan bien remunerado en el coche restaurante de la Great Northern. Como se descubriría más tarde, Digby estaba implicado en otra actividad ilegal, por la que la policía de Great Falls habría estado encantada de ponerlo a la sombra. Era sabido que los empleados del coche restaurante y los mozos de los coches cama tenían montada una red de chicas que operaba en toda la línea principal. Una chica montaba en el tren en una ciudad, realizaba su intercambio comercial durante el viaje y se bajaba del tren a la mañana siguiente.

Nuestro padre no creyó ni por un momento que la carne hubiera llegado en mal estado. Tal cosa no había sucedido nunca, y no veía razón alguna por la que tuviera que suceder alguna vez. Pero cuando volvió a la casita de Digby (después de haber hablado con mi madre en el cuarto de baño), para volver a exigirle sus cuatrocientos dólares, y dispuesto a sacárselos con los puños en caso necesario (no era nada propio de él, pero estaba desesperado), Digby ya había dejado la ciudad en la Western Star e iba camino de Chicago, donde tenía otra vida diferente, dejando que mi padre se las viera con los indios.

Nuestro padre se encontraba, pues, en el aprieto exacto en el que debería haber sabido que podría encontrarse en algún momento, y ante cuya contingencia debería haber tomado precauciones. (Una de ellas, por ejemplo, estar presente cuando la carne cambiaba de manos; otra, disponer de liquidez suficiente para cubrir la suma en juego en caso de que algo fuera mal). Sin embargo, todas los bienes que en aquel momento podían enjugar tal pérdida era lo que le quedaba de su pensión mensual de la Fuerza Aérea, el poco dinero que nuestra madre había atesorado en nueve meses al año de dar clases en Fort Shaw y nuestro Chevrolet Bel Air. Nuestros padres no tenían nada ahorrado para las posibles urgencias, como la del caso que nos ocupa. Ni siquiera habían tenido nunca una cuenta bancaria. Todo lo pagaban en metálico.

A la mañana siguiente —domingo—, Ratón, o Williams, llegó a nuestra casa, estuvo con mi padre en el jardín y dijo lo que dijo sobre matarnos a todos, una amenaza que mi padre se tomó muy seriamente. Williams dijo también que él y sus compinches habían corrido grandes riesgos robando cuatro vacas en lugar de una, y que habían arrostrado mayores y más peligrosas dificultades al sacrificarlas y transportarlas en el camión, y que el negro Digby se había reído de ellos cuando al entregar la carne le habían pedido seiscientos dólares en lugar de los cuatrocientos que originalmente les debía. Williams siguió diciéndole a mi padre que uno de sus socios estaba bajo vigilancia de la policía de la reserva, justamente por el robo de aquel ganado, y que necesitaba dinero para irse a Wyoming para desaparecer durante un tiempo. Por tales razones, prosiguió Williams, a él y a sus amigos se les debía ahora dos mil dólares, y no los seiscientos ni los cuatrocientos que se les debía al principio. No quiso explicar, sin embargo, por qué la deuda ascendía a dos mil dólares.

Nuestro padre no era un hombre acostumbrado a que lo amenazaran. Estaba acostumbrado a llevarse bien con la gente, a divertirla, a que lo admiraran por su apostura, por sus buenas maneras, por su acento del Sur y por su valiente servicio como oficial de bombardero en la guerra. Que lo amenazaran de muerte supuso para él un golpe muy fuerte. De inmediato empezó a amargarse y a darle vueltas a la cabeza sobre cómo conseguir el dinero, y pronto dio con la peregrina idea de robar un banco. En ese momento, debió de parecerle mucho mejor que la de que los indios le

mataran a él y a nuestra madre y a Berner y a mí, mucho mejor que reunirnos a los tres, subirnos al Bel Air y abandonarlo todo en mitad de la noche, y que no volvieran a oír hablar de nosotros nunca más. Otras formas de conseguir el dinero —pedirlo prestado (no tenía crédito en ningún banco, a sus parientes políticos no les gustaba, no tenía ningún salario ni nada sobre lo que pedir un préstamo)— o de hacer frente a la situación, tales como acudir a la policía de Great Falls o razonar con Williams, o no se le ocurrieron o llegó a la conclusión de que no harían sino empeorar las cosas. Tiempo después, cuando quizá acabó por ocurrírsele acudir a la policía y confiar en su clemencia, ya había decidido que robar un banco era una buena idea y que no había más que hablar.

Cuando nuestra madre estaba en la penitenciaría de mujeres de Dakota del Norte, en Bismarck, donde se la recluyó después del juicio en el que mi padre y ella fueron condenados, escribió en su crónica sobre los días previos y siguientes a los hechos, relato que narra con gran detalle lo que mi padre y ella hicieron. Cuando estaba en el instituto de Walla Walla había tenido aspiraciones de convertirse en poetisa, y es posible que pensara que una narración bien escrita de su historia acaso podría brindarle algún futuro cuando saliera de la cárcel, lo cual no sucedió nunca. En su crónica, se muestra extremadamente crítica con nuestro padre y sus defectos. No se disculpa a sí misma ni alega haber perdido la razón por haber sido forzada a participar en los hechos, y ni siquiera tratar de explicar cómo pudo dejarse convencer por mi padre. (Tampoco nos expresa a mi hermana y a mí ningún pesar por lo que hizo). En su relato dice que creía ser la persona que siempre había creído que era: reflexiva, inteligente, imaginativa, quizá aislada y escéptica, cuidadosa con las cosas, alegre. (No era alegre). Eran los valores que le hacían no desear que Berner y yo nos adaptáramos a los lugares adonde nos llevaban los destinos de mi padre en la Fuerza Aérea. Aquellos lugares —pensaba— diluirían y viciarían lo que de bueno e importante había en nosotros, y nos volverían rancios y vulgares al modo de Mississippi, Texas, Michigan, Ohio, estados por los que tenía poco aprecio y consideraba ignaros. Nuestra madre utilizaba esas palabras en su crónica: *diluir, aislada, rancios, viciar...* Creía que nuestro padre y ella nunca tendrían que haberse casado; debería haber adivinado que ambos habrían sido más felices si no lo hubieran hecho. Aquí es donde escribió sobre lo de haberse casado con un profesor universitario y haber tenido una vida de poeta, y de otras cosas similares. Dice que debería haber dejado a mi padre en cuanto le oyó hablar de un atraco, ya que a la sazón estaba ya pensando en dejarle. Pero lo que descubrió sobre sí misma, escribió, fue que, si bien las cosas que ella pensaba de su persona (cuando se miraba al espejo y veía lo poco común que era) eran certeras y verdaderas, también era débil. Y aunque nunca lo había pensado, ésa era la razón, creía, por la que se había casado con

el sonriente y guapo y romántico Bev Parsons. (Estaba embarazada, pero podría haber enfrentado esa situación sola: era algo que hasta las estudiantes de los años cuarenta sabían hacer). El hecho de ser débil era la razón por la que no había abandonado a Bev y nos había llevado con ella lejos hacía mucho tiempo. Todo ello le confirmaba ahora que era como todo el mundo, y que su situación la había llevado inexorablemente (según su lógica enajenada) a atracar un banco. No es que pensara que era una criminal. Nunca pensó eso. Sus padres no la habían educado para ser capaz de creer eso de sí misma (lo cual quizá tuviera que ver con el hecho de ser judíos donde no había judíos, y con preservar un sentimiento de la propia singularidad que no les permitía adoptar las opiniones y cautelas de otras gentes, por razonables que pudieran ser éstas).

Pero lo que yo pensaba —y lo pensaba cuando Berner y yo estábamos en nuestra casa solos mientras nuestros padres estaban en sus celdas en la cárcel de Cascade County— era lo jóvenes que eran nuestros padres entonces. Treinta y siete y treinta y cuatro años. Y que no eran el tipo de gente que atraca bancos. Si partimos de la base de que muy poca gente atraca bancos, la única explicación que se nos ocurre es que quienes lo hacen están destinados a ello, con independencia de lo que ellos crean de sí mismos o de cómo fueron educados. Se me hace imposible no pensar así, porque de otro modo me vería abrumado por el sentimiento trágico.

Aunque es una cosa muy extraña de creer respecto de tus padres, que desde el principio de su vida fueron el tipo de gente que comete crímenes. Es como un milagro al revés. Estoy seguro de que es a lo que se refería mi madre cuando decía que era «débil». Para ella, las dos palabras —*criminal* y *débil*— debían de significar lo mismo.



El lunes por la mañana algo había cambiado en nuestra casa. Estaban aconteciendo grandes cosas, más grandes que el hecho de que mi padre iniciara un nuevo trabajo, o de que dejara la Fuerza Aérea, o de que hiciéramos las maletas y nos mudáramos a otra ciudad. Nuestros padres se habían quedado en su dormitorio, con la puerta cerrada, hasta muy entrada la noche anterior, y yo supe que se habían peleado. Pude colegir que mi padre estaba decidido a hacer algo y que ella no estaba de acuerdo. Oí cómo se cerraba la puerta del armario varias veces, y a mi madre decir: «Ésta es la última vez...», y «No vas a hacer que él...», y «Es lo más disparatado que...». Todas las veces empezaba en tono muy alto, pero enseguida lo bajaba y yo no podía oír el final. Mi padre salió tres veces del dormitorio y fue al porche delantero. (Oí sus botas sobre las tablas). Y otras tantas volvió a entrar, y se cerró la puerta del dormitorio, y los dos volvieron a hablar. «¿Y qué otra cosa crees que se puede hacer?», dijo mi padre. Y: «Tú siempre tan medrosa en estas cosas...». Y: «No es así como te pillan, de todas formas...». Al cabo de un rato apenas se cruzaban un puñado de palabras. Y también éstas cesaron. Salí de mi cuarto y fui a la cocina, que tenía la luz encendida, y bebí un vaso de agua. Bajo su puerta se veía una línea de luz amarilla. Cuando volví a acostarme, vi que Berner se había metido en mi cama. No dijo nada. Estaba quieta, con la cara hacia la pared donde colgaban mis banderines universitarios. Era algo que no sucedía desde que vivíamos en Great Falls, aunque de niños habíamos dormido juntos en casas más pequeñas. Era incómodo tenerla allí a tu lado. Pero yo sabía que ella no estaría en mi cama si el momento no hubiera sido importante, y supe también que, como yo, había estado escuchando la discusión de nuestros padres. Oía a cigarrillo y a caramelo, y estaba totalmente vestida. Al cabo de un rato de que nuestros padres hubieran dejado de hablar, nos dormimos. Pero a la mañana siguiente, al despertar, tenía los puños apretados y doloridos, y Berner ya no estaba, y cuando nos volvimos a ver no hablamos de ello. Era como si nunca hubiera sucedido.

Mi padre solía estar de buen humor por las mañanas, pero aquel lunes por la mañana estuvo muy serio. Mi madre parecía mantenerse alejada de él. Nos hizo el desayuno, y todos nos sentamos y comimos. Con su plato de huevos delante, mi padre nos preguntó a Berner y a mí qué podíamos hacer «de utilidad para la República», que era algo que solía decir cuando quería saber cuáles eran nuestros planes. Le recordé que la feria estatal se inauguraba aquel mismo día, y que me interesaba la exposición de las abejas, y que eso era algo útil, pero él no hizo ningún comentario al respecto, y parecía haberse olvidado de que lo había preguntado. No hizo ninguna broma sobre nada, ni sonrió. Tenía los ojos enrojecidos. No le dio las

gracias a nuestra madre por el desayuno. No se había afeitado, que era algo que nunca dejaba de hacer cuando tenía que ir a la base, y que cuidaba mucho. Su piel sin afeitar tenía una tonalidad azulada y lúgubre. Lo que le pasaba se convirtió enseguida en lo único importante en aquella mesa, pero nadie preguntó nada. Vi que nuestra madre le miraba con irritación a través de las gafas. Tenía los labios apretados en un gesto de dureza, como si mi padre se hubiera comportado con ella de un modo que no le había gustado.

También advertí que nuestro padre no llevaba los pantalones nuevos, ni las botas negras labradas, ni ninguna de sus camisas con bolsillos de aberturas con flechas, que es como se vestía cuando iba a trabajar a la empresa de venta de granjas y ranchos. Llevaba su viejo mono azul de la Fuerza Aérea y unas zapatillas de tenis blancas manchadas de pintura, ropa que se ponía cuando cortaba o regaba el césped. Al mono le había quitado todos los distintivos militares después de licenciarse, incluido el parche donde se leía «PARSONS». Parecía, pensaba yo, como si no quisiera que lo reconociese nadie que lo hubiera conocido antes.

Después del desayuno se habló aún menos. Berner se fue a su cuarto y cerró la puerta, y puso un disco en su tocadiscos. Mi madre limpió la cocina, y luego salió al porche delantero a tomar un té al sol de la mañana; hizo alguno de los crucigramas de su libro y leyó una novela para sus clases con las monjas. Yo seguí a mi padre por la casa. Parecía ir a alguna parte, y yo quería saber adónde y si podía ir con él. Sacó su neceser de cuero del armario del cuarto de baño y metió varias cosas en él. Metió calcetines y ropa interior en su vieja bolsa de lona de la Fuerza Aérea mientras yo le miraba desde la puerta de su dormitorio. Éramos una familia que no viajaba más que cuando se mudaba a una ciudad nueva. Quedarse en un sitio sin necesidad de moverse era un lujo, decía siempre mi padre. Su más caro deseo era vivir en un lugar fijo, como cualquier mortal. Y creía que una persona era libre para establecerse en cualquier parte del país. Dónde había nacido uno significaba poco. Era la belleza de Norteamérica, y no se daba en esos países que habíamos liberado en la guerra, donde se llevaba una vida confinada y provinciana. Lo que yo temía era que mi madre y él hubieran decidido separarse. Su conducta se ajustaba a mi idea de cómo tenía que ser eso. Silencio. Tensión. Ira. Aunque, que yo hubiera oído, nunca habían hablado de separarse.

Cuando le vi cerrar la cremallera de su bolsa azul (le había visto meter la pistola dentro: grande, negra, del calibre 45 con la que se quedó al licenciarse de la Fuerza Aérea), dije:

—¿Adónde vas?

Él levantó la mirada hacia mí desde el borde de su cama, donde estaba sentado. (Nuestros padres dormían en camas separadas). Hacía calor en la casa, con ese calor de la mañana. No encendíamos el ventilador de buhardilla hasta la tarde, y eran sólo

las nueve. Me sonrió, como si no me hubiera oído, lo cual solía pasarle a veces. Pero la cara que había tenido en el desayuno —demacrada y falta de sueño— había cambiado, y había recuperado del color.

—¿Eres un detective privado que investiga un caso? —dijo.

—Sí —dije—. Lo soy.

No quería decir: *¿Vais a separaros mamá y tú?* No quería oírme decir eso.

—Me voy de viaje de negocios —dijo, y siguió hurgando en su bolsa de lona.

—¿Vas a volver?

—Por supuesto que sí —dijo—. ¿Por qué? ¿Te gustaría venir conmigo?

Nuestra madre apareció de repente a mi lado, en el umbral, aferrada al libro que llevaba en la mano. Me puso la otra en el hombro y me lo apretó con fuerza. No era alta, pero podía hacerte una buena presa.

—No va a ir contigo —dijo—. Tengo cosas para él aquí que serán de utilidad para el país.

Me empujó para apartarme del umbral, entró en el dormitorio y cerró la puerta. Les oí hablar acaloradamente, pero en susurros, ya que sabían que les estaba escuchando.

—No puedes... No *puedes* bajo ninguna circunstancia —le decía mi madre.

Y él decía:

—Oh, por el jodido amor de Dios... Hablaremos de eso luego.

Raras veces juraba, y tampoco ella. Berner sí. Lo había aprendido de Rudy. Resultaba chocante oírle decir aquella expresión a mi madre.

Pensé que nuestra madre podría abrir de pronto la puerta y enfadarse conmigo por estar escuchando, así que volví a mi cuarto y me senté delante de mi tablero de ajedrez verde y blanco. Me sentía en calma detrás de aquellas hileras de piezas blancas con finalidades diferentes, y a la espera de entrar en combate en cuanto yo se lo dijera.

Al poco mi padre salió por la puerta principal con su bolsa de lona con la pistola dentro y se montó en el coche. No me dijo lo que iba a hacer, ni me dijo adiós. Tuve la sospecha de que lo que iba a hacer no tenía nada que ver con la venta de granjas y ranchos, sino con el indio que había venido a nuestra casa. En cualquier caso, sabía que lo que tenía que hacer era importante, porque de otro modo no se habría ido tan precipitadamente. Tenía el presentimiento de que ahora en nuestra vida había algo que nunca había habido antes.

Lo que mi padre hizo durante los días siguientes fue recorrer el este de Montana y el oeste de Dakota del Norte (lugares en los que nunca había estado) buscando un banco que atracar. Su plan no era atracarlo en ese viaje, sino elegir una ciudad y un banco —según unos criterios que había elaborado en su cabeza—, volver a Great Falls, reanudar brevemente su vida familiar y atracar el banco un par de días después. Este plan parecía menos precipitado, mejor pensado y más susceptible de rectificación e incluso abandono que cualquier otro; más inteligente, en lo que concernía al atraco de bancos. Hacerlo de otro modo llevaba al autor al fracaso y a la cárcel.

Es difícil de imaginar, por supuesto: adelantas a un coche en una solitaria carretera rural; te sientas junto a un hombre en un restaurante barato e intercambias con él puntos de vista; esperas detrás de un hombre en la recepción de un motel, un tipo simpático de sonrisa encantadora y ojos brillantes color de avellana, encantado de ponerte al corriente de la historia de su vida y deseoso de gustarte... Es difícil imaginar que ese hombre recorre las poblaciones vecinas con una pistola cargada, tratando de decidir qué banco va a atracar dentro de unos días.

Yo pienso que aunque es cierto que mi padre temía a los indios —y a la fatalidad que Williams-Ratón nos había augurado a todos nosotros si no le pagaba el dinero que pedía—, una vez hubo viajado hacia el este a través de las vastas tierras vacías de Montana que se extendían hacia Dakota del Norte, una vez hubo sopesado bancos y ciudades y pensado en lugares donde esconderse y anotado el número de policías estatales y de miembros de la oficina del sheriff de las localidades por las que pasaba y calculado las distancias entre los bancos y las fronteras (ser sureño significaba que las fronteras estatales tenían una importancia que no tenían en ninguno de los lugares donde habíamos vivido hasta entonces), una vez hubo hecho todas estas cosas, atracar un atraco le había empezado a parecer una idea, si no sensata y razonable, sí al menos aceptable; una idea que, sorprendentemente, suscitaba en él pocas preocupaciones. Emito este juicio basándome en cómo se comportó cuando volvió a casa dos días después: seguro de sí mismo y eufórico, y con un ánimo de nuevo inmejorable, como si al marcharse hubiera tenido un gran problema y al volver éste se hubiera convertido en la cosa más sencilla de resolver. Lo cual era muy propio de él y de su forma de minimizar los problemas. También enjuicio su estado de ánimo despreocupado a partir del hecho de que pensó incluso que fuera yo quien le acompañara en el atraco. No es que llegara al punto de proponerme tal cosa. De ello me enteré más tarde, en la crónica de mi madre, aunque a través de las puertas cerradas oí palabras entre ellos que apuntaban a tal posibilidad (que yo no alcancé a entender cabalmente): que, en su opinión, yo podía ser un cómplice muy convincente. Según él, a mi madre (su otra opción) la reconocerían al instante a causa de su

apariencia extranjera y su pequeña estatura, y también porque era antipática con la mayoría de la gente, lo cual, a su juicio, constituiría un absoluto engorro. Él quería que robar un banco fuera una cosa agradable. (Estoy seguro de que el hecho de que quisiera que yo fuera su cómplice fue lo que finalmente decidió a mi madre a secundarle yendo ella misma, y a hacer las cosas menos propias de ella misma que imaginar se pueda).

Por cosas que le había oído en el pasado ya sabía que mi padre pensaba desde hacía tiempo en la posibilidad de atracar un banco, aunque yo jamás las había tomado en serio. La crónica de mi madre deja bien claro que mi padre jamás pensó seriamente en la posibilidad de que lo detuvieran, porque era demasiado inteligente. También pensaba que robar un «banco nacional» era un «delito sin víctimas», porque mientras el autor del robo se asegurase de que el botín fuera inferior a diez mil dólares (él consiguió mucho menos), el gobierno federal, creía, garantizaría que ninguno de los impositores perdiera su dinero. Como ya he dicho, tenía una gran confianza en el gobierno, desde los tiempos del New Deal y la REA, y luego sus años en la Fuerza Aérea, donde se ocupaban de todo lo concerniente a su persona, dado que se le debía mucho por su servicio en ella. Se diría que era un «demócrata» de toda la vida.

En cuanto a la posibilidad de que lo detuvieran —una vez vistos el este de Montana y el oeste de las dos Dakotas (tierras vacías, yermas, hurañas, pobres)—, no cabía en su cabeza que alguien pudiera fijarse en él, sobre todo si mi madre no lo acompañaba y llamaba la atención por su aspecto. Él sería un hombre simpático, anodino, vestido anodinamente, al volante de un coche igualmente anodino, con un hijo. (Planeaba también robar unas placas de matrícula de Dakota del Norte, de forma que su Chevrolet tampoco llamaría la atención). Sabía que su aspecto era el de alguien que jamás atracaría un banco. Así que podría atracarlo sin recurrir a una máscara o un disfraz. Lo haría muy rápidamente, y volvería a recorrer aquel paisaje envolvente, de tierra endurecida, y estaría de vuelta en Great Falls antes de la noche. Nadie se daría cuenta de nada.

Lo cual tiene cierto sentido, para un determinado tipo de persona. El sheriff de Cascade County —condado al que pertenece la ciudad de Great Falls— declararía al *Tribune* más tarde, después de la detención de mis padres, que mucha gente piensa que Montana es un estado en el que es fácil cometer un atraco sin que el autor sea detenido, razón por la cual se cometen tantos en ese estado (algo que mi padre no sabía). La gente piensa, dijo el sheriff, que una vez cometido el atraco al autor lo engulle el espacio vacío, y nadie repara en él porque hay muy poca gente que pueda reparar en nada. Lo cierto, dijo, era que el atracador de un banco siempre se hacía notar en Montana. Después de todo, normalmente es el único que ha cometido ese delito, y que, por tanto, está solo frente al mundo. Mientras que, normalmente, todos

los demás saben muy bien que no han cometido delito alguno. Además, en el caso de mi padre, todo el mundo notaría una cara amistosa, ya que en la región se veían muy pocas aun en sus mejores días.

Mi madre seguramente se dio perfecta cuenta de lo que estaba pasando. Cuando mi padre se fue en el coche el lunes con el mono azul y la pistola cargada, y tan aterrorizado de que alguien fuera a asesinarnos que se creía obligado a atracar un banco para conseguir el dinero que necesitaba, nuestra madre empezó a actuar de inmediato como si nuestra vida se viera abocada a un gran cambio. Enseguida dictaminó que los tres que habíamos quedado en la casa —ella, mi hermana y yo— nos pusiéramos a limpiarla, algo que jamás la había preocupado gran cosa, dado que todas nuestras casas eran alquiladas y olían siempre a cañerías y filtraciones y nunca estaban limpias cuando llegábamos. Se ató un pañuelo rojo a la cabeza para cubrirse el pelo, se puso unos pantalones viejos de algodón, con los bajos remangados, encontró unos guantes negros de goma para protegerse las uñas y empezó a restregar el suelo de la cocina y los azulejos del cuarto de baño; luego limpió a fondo los armarios y las ventanas, sacó la vajilla del aparador y limpió las estanterías con Bab-O. A Berner y a mí nos mandó limpiar los suelos, las puertas, la madera, las esquinas de los armarios y las molduras de las ventanas de nuestros cuartos con jabón blanco y trapos, y los cristales de las ventanas con vinagre —que me dejó las manos secas y con un olor agrio—. Nos dijo que escogiéramos la ropa que no queríamos para darla a Saint Vincent de Paul, y que la amontonáramos en el porche trasero cerrado, junto a mi bicicleta, para llevarla cuando acabáramos. A mí me mandó al desván, por si acaso habíamos olvidado allí arriba cosas que había que tirar. El desván estaba oscuro, y sobrecalentado, y olía a bolas de naftalina y a podrido, y estaba lleno de polvo y de hollín, y yo sabía que había serpientes de cascabel, arañas venenosas y nidos de avispones en las vigas, así que bajé rápidamente y con las manos vacías.

Cuando le preguntamos por qué estábamos haciendo aquella limpieza a fondo, nuestra madre dijo que cuando nuestro padre volviera a casa de su viaje de negocios tal vez tuviéramos que marcharnos de Great Falls, y por lo tanto devolverle la casa a Bargamian, el dueño, que vivía en Butte. Tenía nuestra fianza, y mi madre quería que nos la devolviese. (Mi padre decía que Bargamian era «de la tribu» de mi madre, pero mi madre dijo que era armenio, una raza de víctimas).

No nos dijo adónde iríamos. Y como le habíamos oído decir lo mismo a nuestro padre el domingo por la mañana, me pareció que podía ser cierto, y me dio miedo la posibilidad de no poder empezar el instituto dentro de dos semanas, y me pregunté si algún día podría estudiar en él.

En los días siguientes a la partida de nuestro padre, el teléfono sonó varias veces, y yo lo cogí inmediatamente pensando que era él. Pero de nuevo no contestó nadie.

Al final mi madre contestó, y dijo: «¿Qué es lo que quiere? ¿Quién es usted?». No hubo respuesta. Y luego la línea se cortó.

Y al menos en cuatro ocasiones, al mirar por la ventana, vi dos coches que pasaban lentamente por delante de nuestra casa. Una vez fue el Plymouth rojo astroso en el que había venido Ratón el domingo. Pero esta vez no lo conducía Ratón, sino un hombre más joven, y no estoy seguro de que fuera indio. Y otras veces otro coche con mucho peor aspecto; una ranchera de color marrón, con las ballestas hechas polvo y el techo todo abollado. Dentro iban varios hombres y una mujer grande que me pareció que era india. En cada ocasión, el conductor miró hacia nuestra casa pero no se detuvo. No hacía falta ser un genio para entender que aquellos indios tenían algo que ver con el hecho de que tal vez tuviéramos que irnos de casa, y también con nuestro viaje de hacía unos días a Box Elder (para echar un vistazo al modo de vida de los indios), y con el hecho de que yo tuviera miedo, y con por qué nuestro padre estaba por ahí buscando un sitio donde vivir.

La otra cosa digna de mención que aconteció mientras mi padre estuvo fuera fue que Berner salió de su cuarto con los labios pintados de rojo, ante lo cual mi madre dijo jocosamente que era una «mujer fatal» que pronto se iría a Nueva York o a París para dar comienzo a una exitosa carrera de actriz. Berner no se molestó en absoluto. Se había soltado el pelo austero, con raya en medio y peinado hacia atrás que solía llevar, y lo dejó caer hacia los hombros en una mata confusa que a mí no me gustó porque acentuaba la forma plana de su cara, y hacía que las pecas dieran a su semblante un aspecto sucio en lugar de fresco, que era el que siempre había tenido a pesar de los granos. Cuando estábamos limpiando, le pregunté por qué quería que su cara llamara la atención de aquel modo, y ella frunció el ceño, mirándome, y dijo que porque «su novio», Rudy —a quien habíamos visto muy poco—, le había dicho que tenía que parecer una mujer hecha y derecha si quería que él se interesara por ella. Me dijo que estaba pensando en irse a vivir con él, pero que si se me ocurría decírselo a mi madre me mataría. «Vivir aquí me está volviendo loca», dijo, y torció el gesto. Aquello me impresionó, porque jamás se me había ocurrido que la vida con nuestros padres pudiera resultar insoportable, o que escaparse de casa pudiera ser una opción. Ni para ella ni para mí.

También merece la pena mencionar que mientras Berner y yo limpiábamos la casa y nuestro padre recorría en coche como un loco las tierras baldías de Montana y Dakota del Norte tratando de decidir qué banco atracar, nuestra madre entró en un estado de ánimo nuevo, extraño. Restregar y ventilar la casa era algo insólito, ciertamente, pero, según pude oír, también hizo varias llamadas telefónicas a sus padres a Tacoma, no para pedirles que la acogieran en su casa sino para que nos brindaran a Berner y mí un sitio donde vivir. Habló con ellos con la voz más natural y afectuosa, como si hubieran estado viéndose una vez al mes en lugar de ni una sola en

diecisiete años. Aceptarían a Berner, según creí entender, pero no a mí. Un chico era demasiado para ellos. Fue una razón más, sin embargo, por la que Berner llegó a creer que tenía que escaparse de casa: la perspectiva de una vida con un par de viejos polacos severos, recelosos y nada comprensivos que no conocía y a los que probablemente no iba a gustarles, pero que, casualmente, resultaba que eran sus abuelos.

A la cadena concreta de acontecimientos y decisiones mediante las cuales nuestra madre se aseguró de mi bienestar e impidió que fuera a caer en manos del estado de Montana, llegaré sin falta más tarde, pues es la parte de la historia más importante para mí. Pero lo más importante de aquellos dos días, durante los que limpiamos a fondo la casa antes de que mi padre volviera el miércoles por la noche con un banco para atracar en mente, sigue siendo sin duda el estado de ánimo de mi madre; incluso ahora, después de tantos años desde que ya no está.

Podría pensarse que una mujer cuyo marido estaba probablemente perdiendo el juicio (o parte de él, al menos), que planeaba atracar un banco, que había llevado a su familia casi a la ruina, que consideraba una idea original implicar a su único hijo varón en el atraco, que estaba poniendo en grave riesgo de cárcel y calamidad y de aniquilación de todo lo que ambos entendían que era la vida —una mujer que, de todas formas, ya se estaba planteando abandonar a ese marido—, podría pensarse, digo, que una mujer en esta situación buscaría desesperadamente una oportunidad para huir, o acudiría a las autoridades para salvarse ella y salvar a sus hijos, o se plantaría y, con determinación inflexible, no permitiría que la cosa fuera más lejos y protegería a su familia con la sola fuerza de su voluntad. (Mi madre, por menuda que fuera y por descontenta que estuviera, parecía poseer una voluntad fuerte, aunque luego resultó que no era cierto). Pero no fue así como se comportó.

Una vez que la casa estuvo más impoluta de lo que llegaría a estarlo nunca, una vez que hubo llamado por teléfono varias veces a sus padres y una vez que hubo remitido la ira que pudiera sentir contra su marido (ahora que estaba fuera y aún no había vuelto), mi madre se quedó de pronto —no con el ánimo por las nubes, porque nunca estaba con el ánimo por las nubes— inopinadamente tranquila. Lo cual tampoco era habitual. Era como si se sintiera liberada, por primera vez en las últimas semanas, o en mucho más tiempo. Como si se acabara de decidir algo importante, como si ese algo ocupara ahora el lugar que le correspondía. Se reía con nosotros, le tomaba el pelo a Berner con lo de su futuro de actriz de cine famosa, y a mí con lo de llegar a ser profesor universitario o campeón de ajedrez o experto en apicultura. Expresaba su opinión sobre diversas cosas del mundo, cosas de las que era consciente (sin yo saberlo) y de las que nunca había hablado con nosotros antes. El senador Kennedy, que no la impresionaba en absoluto. El terremoto de Marruecos, la



Revolución Cubana; información que debía de venirle de la radio, como a mí. Veía la televisión con nosotros: *Douglas Edwards*, *Restless Gun*, *Trackdown*, programas que yo también solía ver. Y hacía bromas sobre las telenovelas y otros programas en antena.

Berner y yo no hablamos mucho con ella durante aquellos días. Ambos participábamos con ella en unos modos desmañados y tímidos que no nos forzaban a tomar partido en contra de nuestro padre, sino que respetaban un enfrentamiento tácito existente entre ellos que en parte había llevado a mi padre a salir de «viaje de negocios» sin decir siquiera cuándo iba a volver. (De hecho yo me pregunté varias veces, fantaseando, si se había ido ya a atracar un banco). No parecía haber ningún modo de que yo empezara una conversación sobre tal enfrentamiento —ni siquiera con mi hermana— sin poner todo el asunto encima de la mesa. Así que nos limitamos a limpiar la casa, comer nuestras comidas y ver los dos canales de televisión. Yo leía el libro de ajedrez, concebía estrategias de apertura inviables, hojeaba catálogos de apicultura y me moría de ganas de que empezara el instituto. Berner, como de costumbre, se quedaba en su cuarto escuchando la radio, probaba cosméticos, se hacía y se deshacía peinados, utilizaba el alargador del teléfono para hablar con Rudy en privado y empezó (estoy seguro) a planear la fuga —de la que nunca regresaría, ya que muy pronto no habría ningún sitio adonde regresar—. Si nuestra madre, en aquel breve espacio de tiempo, expresó algún cambio en su modo de ver el mundo, se trató de un cambio que llevaba años obrándose y que sólo se hizo patente repentinamente en aquellos dos días en que nuestro padre estuvo fuera de casa.

Siempre he creído que la apariencia física de mi madre tuvo que desempeñar algún papel en el modo en que cambió y se quedó tranquila cuando esperábamos que nuestro padre volviera a casa y condujera nuestra vida a donde la condujo. Su apariencia física —su tamaño (la estatura de Shirley Temple cuando tenía quince años), su porte (rara vez sonreía, llevaba gafas, tenía un aire foráneo, de judía estudiosa), su talante patente (escéptico, perspicaz, a la defensiva, a menudo distante) siempre parecía tener que ver con todo lo que pensaba o decía, como si tal apariencia hubiera creado toda su persona. Esto puede ser cierto en cualquiera, pero en ella había hecho que se distinguiera muy particularmente en cualquiera de los lugares en que había vivido nuestra familia, lo que no habría sido cierto en Polonia o Israel o incluso en Nueva York o Chicago, donde había mucha gente de apariencia y comportamiento parecidos. Nada en ella la hacía nunca menos visible o menos en armonía con su persona. Y aunque no podría haberlo afirmado entonces, daba por sentado que todas sus cosas (lo que nos decía, lo que nos aconsejaba, lo que no le gustaba, las cosas por las que abogaba) debían su existencia sólo a la persona que era, y no a lo que los demás pensarán de ella. No a la comunidad. Ni siquiera al sentido

común. Mi madre nunca escribió esto en su crónica, pero, siendo como era, y teniendo la apariencia que tenía, todo debió de ser un auténtico calvario para ella: ir en coche a dar clases en Fort Shaw; las mudanzas y las casas; las ciudades ínfimas; los camaradas chistosos e imbéciles de la Fuerza Aérea, con sus planes estúpidos de ascender en el escalafón; no tener amigos. Como ya he dicho, poseía una voluntad férrea, según creyó durante un tiempo. Y esa voluntad no debió de permitirle pensar de otro modo al respecto, dado lo aislada que estaba de todo lo que la rodeaba (salvo de Berner y de mí, a quienes amaba), y en general la vida familiar no merecía más que su desprecio. La sociabilidad, la integración —algo fuera de su alcance—, no merecían su respeto. Y ésa era otra de las razones por las que no quería que encajáramos en el entorno.

El motivo de que se quedara tranquila (quizá sólo se sintió reafirmada) —el motivo de que bromeara con nosotros y le tomase el pelo a Berner sobre su futuro como estrella, y de que se riera al decir que yo llegaría a ser profesor universitario, y de que viera la televisión con nosotros, y de que hablara de *The Secret Storm* y de *As the World Turns*, y de lo fieles que eran a la vida real— quizá estaba en que, visto el modo en que la vida la había dejado a un lado, de lo que se percataba ahora era de que en realidad no estaba soportando una carga, sino que poseía un anhelo grande, sin explotar, refrenado durante años, de cambiar. Al perder el juicio nuestro padre, con su plan para robar un banco (que ella conocía perfectamente), quizá sintió no desesperación ni terror ni un mayor extrañamiento (que habría sido lo convencional) sino *libertad*. De todas las fuerzas que la oprimían. Quizá concluyó que su sentimiento de libertad nacía directamente de las cualidades mismas que la aislaban, y que éstas no eran un tormento sino su fuerza. Habría sido muy propio de ella y de su carácter escéptico. Y quizá le hizo sentirse mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo. Es extraño que así fuera. Pero ella era extraña.

Lo que no explica por qué no nos subió a Berner y a mí a un tren rumbo a Tacoma (o a Chicago, o a Atlanta, o a Nueva Orleans), y no dejó que nuestro padre volviera a una casa vacía, para que eso le hiciera recobrar el juicio, si es que le quedaba algo. Y tampoco explica por qué, cuando mi padre llegó a casa al día siguiente, con el banco elegido y un fogoso y apremiante deseo de perpetrar ya el atraco, no decidió marcharse en ese mismo momento, o tratar de convencerle de que desistiera, o ir a la policía, o decir hasta aquí hemos llegado, y en lugar de ello se convirtió en su cómplice y arruinó su vida cuando él arruinó la suya. Pero cuando uno se detiene a pensar en por qué dos personas medianamente inteligentes deciden atracar un banco, y en por qué habían seguido juntos cuando el amor había empezado a languidecer y a esfumarse, siempre hay razones de ese tipo, razones que a la luz de un tiempo más tarde no tienen ningún sentido y habría que inventarlo.

Cuanto más posponga calificar a mi padre de criminal nato, más precisa será esta historia. Lo llegó a ser, no hay duda. Pero no estoy seguro de en qué punto de la cadena de acontecimientos él o alguien o el mundo lo supieron. La intención de ser un criminal debe contar en estos casos. Y puede alegarse que él nunca tuvo una intención definida de convertirse en criminal hasta que atracó el Agricultural National Bank de Creekmore, en Dakota del Norte. Posiblemente tampoco tuvo intención inmediatamente después de hacerlo, y no la tuvo hasta que fue del todo consciente de lo que podía sucederle a continuación. Para él, Bev Parsons, en el estado anímico en el que ahora se veía sumido, había algo tan necesario y tan normal en lo que planeaba hacer que ni siquiera se le ocurrió que existieran motivos para cuestionarlo; lo cual no nos dice nada bueno de él, lo sé. Y como no se consideraba a sí mismo el tipo de persona que roba un banco a mano armada, el hecho de cometer un atraco no tenía por qué modificar de inmediato su opinión sobre sí mismo, y muy posiblemente no la modificó hasta el momento mismo en que unos inspectores vinieron a nuestra casa, fueron de un lado a otro de la sala hablando de «un viaje a Dakota del Norte» y finalmente, casi con naturalidad, les dijeron a nuestros padres que iban a ponerles las esposas para llevarlos a la cárcel. Así es quizá como muchos delincuentes novatos piensan de sus actos y de sí mismos.

Pero ¿cómo actúan dos personas que están a punto de montarse en el coche y enfilarse por la carretera para atracar un banco? Si alguien hubiera pasado por delante de nuestra casa el miércoles por la noche habría visto nuestras luces encendidas, y a través de la ventana a nuestra madre preparando la cena en la cocina, y habría visto encendidas las luces de los vecinos, mientras mi padre salía fresco de la ducha y se sentaba en el porche delantero y se ataba los cordones de los zapatos al fresco, rumoroso crepúsculo, bajo la luna alta y clara, y los coches circulaban más allá del parque, y él, con el pelo mojado, oliendo a Old Spice y a polvos talco, nos contaba a Berner y a mí las cosas que había visto en su «viaje de negocios»: la pradera, como un vasto mar interior («como el Golfo de México»), las luces del Norte, la ausencia de montañas, aunque con abundancia de animales salvajes, nosotros dos sentados escuchándole con arrobos, dichosos; ¿alguien habría podido imaginar que era un hombre que se preparaba para cometer un atraco a mano armada? No, nadie. Aunque he de admitir que me intriga el modo en que una conducta ordinaria convive tan estrechamente con su opuesta.

Las señales, los avisos de la calamidad que creemos conocer son en su mayoría erróneos. La visión de un niño a este respecto es probablemente tan acertada como la

de un adulto. Años atrás, conocí a un hombre que se ahorcó, un corredor de bolsa con muchas, muchas aflicciones y problemas mentales y un sentimiento de desesperación que a nada bueno podía llevarle. Pero la semana que precedió a este momento terrible, que él había planeado hasta en sus más mínimos detalles —su mujer debía encontrarle cuando volviera de unas vacaciones en Florida con sus amigas—, la gente que lo conocía dijo que parecía haberse quitado el peso del mundo de encima de los hombros, y estar de mejor ánimo que nunca. Reía, contaba chistes, tomaba el pelo a la gente, hacía planes que, según la memoria reciente de quienes le conocían, no había hecho nunca. Y quienes le conocían creían que había doblado una esquina, que se había visto fuera de la vida, que había encontrado un camino de regreso a su antiguo ser: la persona que ellos recordaban y que estaban entusiasmados de haber recuperado. Y luego aquello: aparecer colgado de la araña del vestíbulo de la casa que había construido sólo dos años atrás y que decía amar. Es un misterio cómo somos. Un misterio.

Cuando mi padre volvió a casa el miércoles por la noche a eso de las ocho estaba de un humor excelente. Se decía que acababa de hacer el mejor negocio del mundo, o descubierto una mina de oro o un pozo de petróleo, o ganado alguna lotería. Seguía con el mono de la Fuerza Aérea y las zapatillas de tenis manchadas de pintura, y no se había afeitado. Traía consigo la bolsa azul en la que había llevado escondida la pistola. (Yo había mirado en el cajón de sus calcetines cuando limpiaba la casa, para cerciorarme de que había visto lo que había visto. Y la pistola no estaba dentro. Se la había llevado).

Después de llegar, durante un rato, estuvo deambulando por toda la casa, hablando: con nuestra madre, en la cocina, con Berner y conmigo, a veces consigo mismo. Estaba ágil, relajado, y miró en todas las habitaciones de la casa, como reparando en lo limpias que estaban. Su voz, segura de sí misma, me sonó más sureña que nunca; era su forma de hablar cuando estaba distendido, o cuando contaba un chiste o se tomaba una copa. Tenía en mente los efectos cambiantes de la vida moderna: había un satélite en el cielo que predecía el tiempo y parecía una estrella en la noche. Pensaba que resultaría de gran ayuda para la navegación aeronáutica. En Brasil el gobierno había construido una ciudad totalmente nueva en medio de la jungla, y había trasladado a ella a millares de personas. Ello revolvería, a su juicio, los problemas raciales. Ahora podíamos comprarnos un riñón cuando los viejos se hubieran deteriorado; lo que era bueno, no había la menor duda. Había oído estas noticias en el coche, en una radio canadiense. Sintonizó con nitidez la emisora porque estaba muy cerca de la frontera con Canadá.

Después de ducharse, como he dicho, se sentó con Berner y conmigo en el porche delantero, a la luz del crepúsculo, y nos contó cómo eran las praderas: un océano.

Miramos hacia el cielo en busca del satélite que daba vueltas a la tierra, y nos dijo que le parecía haberlo visto, aunque nosotros no. Habló de los años de su niñez en el estado de Alabama, y de todas las cosas graciosas que la gente decía y de lo pintoresco que era comparado con Montana, donde la gente carecía de un sentido del humor alegre y pensaba que era una virtud ser adusto y poco amistoso. Volvió a preguntarnos —lo hacía a menudo— si nos sentíamos de Alabama. Y volvimos a decirle que no. Me preguntó a mí de dónde me sentía. Y yo le dije que de Great Falls. Berner, al principio, dijo que de ninguna parte, pero luego dijo que de Marte, y nos echamos a reír los tres. Él nos contó que había soñado con ser piloto y que sólo había logrado ser artillero en un bombardero, y que se había llevado un gran desencanto, pero que las decepciones le educaban a uno y a veces los resultados negativos resultaban mejores que los que se habían deseado. Habló de los terribles errores que los que arrojaban las bombas habían cometido durante el aprendizaje, y de la enorme responsabilidad que ello suponía. Una o dos veces nuestra madre salió al porche desde la cocina. Nuestro padre había traído dos botellas de cerveza Schlitz, y se tomaron una cada uno, algo que no hacían normalmente. Se pusieron alegres y juguetones, como había estado ella mientras él estaba fuera. Nuestra madre llevaba unos pantalones pirata blancos y una blusa verde muy bonita, prendas que no sabíamos que tuviera. Parecía una jovencita, y sonreía más de lo normal; sostenía la botella de cerveza por el cuello y bebía a pequeños sorbos. Se comportaba cariñosamente con nuestro padre, y se reía y sacudía la cabeza ante las tonterías que él decía. Un par de veces le dio unas palmaditas en el hombro y le dijo que estaba muy gracioso. (Como ya he dicho, mi madre sabía escuchar). Aunque a mí no me pareció en absoluto diferente: era un hombre que estaba de buen humor casi siempre.

Cuando aún estábamos en el porche y las cigarras habían empezado a cantar en los árboles, Berner le contó que había estado pasando gente rara en coche por delante de casa, y que había habido llamadas telefónicas en las que nadie decía nada. Los que habían pasado por delante de casa, creía, eran indios. Mi padre se limitó a decir: «Oh, no pasa nada. No te preocupes por ellos. No entienden cómo somos los blancos. Pero no son mala gente».

Le pregunté por el negocio que tenía en mente. Me dijo que todo marchaba a la perfección, pero que necesitaba volver a irse pronto para rematar las cosas, y que esa vez quizá yo fuera con él. Podríamos ir todos juntos. Le pregunté si lo que había dicho el domingo era cierto, que era posible que nos mudáramos a otra ciudad. Yo seguía inquieto por lo del instituto, el club de ajedrez, etcétera. Las cosas que me interesaban especialmente. Sonrió y dijo que no, que no íbamos a mudarnos. Que ya era hora de que nuestra familia se asentara y Berner y yo hiciéramos amigos y viviéramos como ciudadanos respetables. Que tenía muchas ganas de que le saliera bien su trabajo de vender ranchos. Que me enseñaría las triquiñuelas del oficio en

cuanto él las aprendiera; aunque yo no entendí cómo podía casar aquello con el negocio que tenía en ciernes. Pensé en preguntarle por qué llevaba una pistola a un viaje de negocios. Pero no lo hice, porque no creía que fuera a decirme la verdad. Pensando en ello ahora, creo que nada de lo que nos estaba diciendo me parecía cierto en absoluto. Lo que sabía era que se suponía que tenía que creerle. Los niños pueden fingir tan bien como los adultos.

Cuando cenamos eran más de las diez y media. Yo tenía sueño, y ya no tenía hambre. El teléfono sonó dos veces más mientras estábamos a la mesa. Una vez mi padre contestó y se rió de buena gana y dijo que fuera quien fuera él le llamaría más tarde. La vez siguiente se quedó allí de pie, escuchando, como si alguien le estuviera hablando muy seriamente. Cuando volvió dijo: «Nada. No era nada. Lo mismo de antes».

Nuestra madre, sentada a la mesa, le preguntó si había notado algo diferente en Berner. Por supuesto que sí, dijo él. Se había cambiado de peinado y le sentaba mejor. Le gustaba. Mi madre dijo que se había puesto pintalabios —lo cual era cierto—, y que si no la vigilábamos iba a fugarse a Hollywood o a Francia. Mi padre dijo que Berner podía ir a las Hermanas de la Providencia con nuestra madre para concertar su ingreso en el convento para ser monja, con votos de castidad incluidos; lo cual hizo reír a nuestra madre, pero no a Berner. Hoy recuerdo esa noche como el mejor y el más natural de los momentos que pasamos en familia aquel verano, o hubiéramos pasado nunca. Por un instante vi cómo la vida podría discurrir de un modo más estable, más fiable. Nuestros padres se sentían felices y cómodos el uno con el otro. Mi padre apreció la forma en que mi madre se comportaba con él. Él le hizo cumplidos sobre su ropa, su aspecto y su humor. Era como si hubieran descubierto algo que había habido entre ellos un día pero que con el tiempo se había ocultado o malinterpretado u olvidado, y volvieran a sentirse hechizados por ello una vez más, y el uno por el otro. Lo cual parece justo y esperable sólo entre cónyuges. Captaron de pronto una vislumbre de la persona de quien se habían enamorado, de la persona que te mantiene vivo. Para algunos, esa visión no debe desdibujarse nunca, como en mi caso. Pero era extraño que nuestros padres captaran esa vislumbre, y su frustración, su ansiedad y su inquietud pasaran de largo como nubes que se dispersan después de la tormenta, y volvieran a encontrar lo mejor de sí mismos, precisamente cuando estaban a punto de llevar al desastre a toda la familia.

Diré lo siguiente sobre nuestro padre. Durante toda aquella velada en la que fuimos una familia que reía, bromeaba, comía —ignorante de lo que se cernía sobre ella—, sus rasgos volvieron a cambiar. Cuando salió de casa dos días atrás, tenía un aspecto carnoso y exhausto. Sus facciones estaban flácidas, difusas y deslavazadas, como si cada paso que diera fuera reacio y bisoño. Pero cuando volvió aquella noche

y se paseó por la casa con paso firme y declaró cuáles eran las cosas que le interesaban —los satélites, la política sudamericana, los trasplantes de órganos, la forma de mejorar nuestra vida—, sus facciones eran nítidas y como cinceladas. A la luz arenosa de encima de la mesa de la cocina, se volvió intenso y de apariencia clara. Nuestro padre tenía ojos pequeños color de avellana: dos discos de un castaño tenue que no llamaban en absoluto la atención. Daban la impresión de ojos débiles, porque al sonreír bizqueaba un poco. Y como tenía la cara huesuda, sus ojos se perdían a menudo en el efecto de conjunto. Sin embargo aquella noche, a la mesa de la cocina, su cara parecía rodear sus ojos, como si éstos estuvieran viendo un mundo que hasta entonces no habían visto. Relucían. Cuando me miró con aquellos ojos, al principio me sentí bueno y positivo. Pero luego me sentí incómodo. Era como si mi padre estuviera volviendo a valorarlo todo, como cuando había recorrido toda la casa dos horas atrás y parecía que veía aquellas estancias por vez primera y se interesaba de un modo nuevo por ellas; lo cual me hizo sentir la casa como algo ajeno a mí, como si mi padre estuviera planeando darle otra finalidad que antes no tenía. Sus ojos me hicieron sentir lo mismo.

Durante estos últimos años he pensado en sus ojos y en cómo se volvieron tan diferentes. Y como tantas cosas estaban a punto de cambiar a causa de él, he pensado que quizá algún potencial largamente reprimido en él se había hecho de pronto visible en su cara. Se estaba convirtiendo en quien y en lo que siempre había tenido que llegar a ser. No había tenido sino que horadar todas las demás capas hasta llegar a la que era él realmente. He visto este fenómeno en las caras de otros hombres, de hombres sin techo, de hombres tirados en la calzada enfrente de bares o en parques públicos o en estaciones de autobús, o en la cola de albergues de caridad para buscar refugio a la llegada del largo invierno. En sus caras —muchos de ellos eran apuestos, pero estaban hechos una ruina— he visto los vestigios de quienes por poco llegan a ser pero fracasaron, de quienes fueron antes de llegar a ser ellos mismos. Es una teoría del destino y el carácter en la que no me gusta o no quiero creer. Pero está en mí como un duro sotobosque. De hecho, no he visto nunca a un hombre hecho tal ruina sin decirme a mí mismo, en silencio: *He ahí a mi padre. Mi padre es ese hombre. Lo conocí un tiempo.*

Cosas que hiciste. Cosas que nunca hiciste. Cosas que soñaste. Al cabo de un largo tiempo se juntan todas.

Cuando Berner y yo nos fuimos a la cama aquel miércoles en que mi padre volvió a casa, oí a nuestros padres en la cocina, hablando, riendo, fregando los platos. Oí el ruido del agua corriendo. El ruido de los platos, de la vajilla de plata. De un aparador que se abre y luego se cierra. De sus voces ahogadas.

—A nadie se le ocurriría pensar... —dijo mi padre.

No pude oír más.

—¿Quieres que sea como una excursión familiar? —dijo mi madre.

El agua volvió a correr. Luego cesó. Mi madre había hablado con el más sarcástico de sus tonos.

—A nadie se le ocurriría pensar... —repitió mi padre. Y luego mi nombre—: Dell.

—No vas a hacerlo. No —dijo mi madre.

—De acuerdo —dijo él.

Estaban guardando los platos secos.

—Bueno, ¿estás contenta?

Demasiado alto para que no lo oyera.

—¿Qué tiene que ver estar contenta con todo esto?

—Todo. Absolutamente.

Y éste era mi sueño: entro corriendo en pijama en la cocina iluminada, donde están los dos de pie, mirándome. Mi padre, alto, con sus ojos pequeños y rutilantes. Mi madre, muy menuda, con sus pantalones pirata y su bonita blusa verde con botones verdes. Un rostro de grave preocupación.

—Me voy —digo.

Con los puños apretados. Con la cara húmeda. Con el corazón latiéndome con fuerza. Mis padres empiezan a retroceder en mi visión, como cuando estás enfermo y la fiebre empequeñece el mundo y la distancia se agranda. Mis padres se hacen más y más pequeños, hasta que me quedo solo en la cocina bajo una luz cruda, y ellos están en el punto de fuga, justo a punto de desaparecer.



Como había estado en vela hasta una hora avanzada, oyéndoles moverse en la noche, el jueves dormí hasta muy tarde. Mi madre entró en mi cuarto a las ocho; sus gafas, su cara suave de miope muy cerca de la mía, su mano pequeña y fría tocándome en el hombro. El aliento le olía a dulce por el dentífrico Ipana y acre por el té. La puerta de mi cuarto estaba abierta y mi padre pasó por delante de ella. Llevaba los tejanos y una camisa blanca sencilla y las botas Acme.

—Tu hermana ya ha desayunado. Te he puesto cereales Cream of Wheat. —Sus ojos enfocaban mi cara, como si estuvieran viendo algo insólito en ella—. Tu padre y yo tenemos que irnos a pasar el día fuera. Volveremos mañana. Será una experiencia buena para vosotros tener que cuidar de todo mientras estamos fuera.

Su cara estaba tranquila. Había decidido algo.

Nuestro padre se paró en el umbral, con el pelo peinado y brillante. Se había afeitado. Entró en el cuarto el olor de sus polvos de talco. Yo lo veía muy alto en el hueco vacío.

—No contestéis al teléfono, ni tu hermana ni tú —dijo—. Y no vayáis a ninguna parte. Estaremos de vuelta mañana por la noche. Os vendrá muy bien esta experiencia.

—¿Adónde vais?

Miré la luz del sol en la sala, a su espalda. Los ojos me escocían de haber dormido muy poco.

—Tengo unos asuntos más que atender. Lo dije ayer —dijo—. Necesito la opinión de tu madre.

Hablaba con suavidad, pero vi que se le marcaba una vena en la frente.

Mi madre le miró, como si no hubiera oído eso antes. Estaba arrodillada junto a mi cama, con los dedos tocándome levemente el pecho.

—Eso es —dijo.

—¿Puedo ir con vosotros? —dije.

—Vendrás con nosotros la próxima vez —dijo él.

Mi sueño volvió a pasarme por la mente. Me voy. A gritos. Con los puños apretados.

—Cuida de tu hermana. —Me sonrió con complicidad—. Aquí está bajo la jurisdicción del coronel Parsons.

Hacía bromas con las cosas siempre que podía.

—¿Vas a dispararle a alguien?

—Oh, Dios mío —dijo mi madre.

La boca grande de mi padre, que había estado sonriendo, se quedó abierta. Entrecerró los ojos, como si alguien hubiera encendido una luz cegadora.

—¿Por qué dices eso?

—Lo sabe —dijo mi madre.

Se puso de pie junto a mi cama y se quedó mirándome fijamente, como si me reprochara algo. Yo no sabía nada.

—¿Qué crees que sabes, Dell?

La sonrisa de mi padre volvió a abrirse en su cara. Parecía entender.

—Te llevaste la pistola la vez pasada.

Avanzó un paso más.

—Oh. La gente lleva pistolas por ahí fuera. Es normal. Es el Salvaje Oeste. Y no siempre le disparas a alguien.

Mi madre seguía mirándome con fijeza. Sus ojos pequeños miraban con mucha intensidad detrás de las gafas, como si me estuviera estudiando para detectar alguna señal. Estaba sudando bajo la blusa, pude olerlo. Hacía ya calor dentro de casa.

—¿Tienes miedo?

—No —dije.

—No tiene miedo —dijo mi padre. Retrocedió un paso en el umbral y miró el reloj de la cocina—. Tenemos que irnos —dijo, y desapareció en el pasillo.

Mi madre seguía con la mirada fija en mí, como si me hubiera convertido en alguien a quien no conocía totalmente.

—Piensa en algún sitio maravilloso adonde te gustaría ir. ¿Lo harás? —dijo—. Y te llevaré. A ti y a Berner.

La pantalla de la puerta principal se cerró de golpe.

—Aquí Dell está bajo la jurisdicción del coronel Parsons —le oí decir. Hablaba con Berner en el porche.

—Moscú —dije.

Había leído en *Chess Master* que los grandes jugadores eran de Rusia. Mijaíl Tal, famoso por su estilo sacrificador y su mirada fija y terrible. Alexander Alekhine, célebre por su agresividad. Había mirado Moscú en el *Merriam-Webster*, y luego en el *World Book*, y por último en el globo terráqueo de encima de la cómoda de mi cuarto. No sabía lo que era la Unión Soviética, o por qué era diferente de Rusia. Lenin, del que mi padre decía que jugaba al ajedrez, había desempeñado un papel en ello. Y Stalin. Personas que él despreciaba. Decía que Stalin había metido a Roosevelt en su tumba del mismo modo que si le hubiera pegado un tiro.

—¡Moscú! —dijo mi madre—. A mi pobre padre le daría un ataque al corazón si te oyera. Yo estaba pensando en Seattle.

El sonido del claxon del Chevrolet nos llegó desde la calle. Berner volvió a entrar en casa, lista para cuidar de mí.

—Está hirviendo el agua de Dell —le oí decir.

Mi madre se inclinó hacia delante y me dio un beso rápido en la frente.

—Podemos seguir hablando de esto cuando vuelva —dijo.

Y se fue.

Cuando vivíamos en Mississippi, en Biloxi —fue en 1955, cuando yo tenía once años—, mi padre trabajaba en la base cercana y se quedaba en casa los fines de semana, como hacía en Great Falls. Le gustaba Mississippi. Estaba cerca de donde había crecido, y le gustaba el Golfo de México. Si hubiera dejado la Fuerza Aérea en aquel mismo momento, en lugar de cuando lo hizo, las cosas les habrían ido mucho mejor a mi madre y a él. Podrían haberse divorciado y haber seguido caminos diferentes. Los niños pueden adaptarse a las situaciones si sus padres les quieren. Y los nuestros nos querían.

Mi padre solía llevarme al cine los domingos por la mañana cuando ponían algo que quería ver o no tenía otra cosa que hacer. Había un cinematógrafo con aire acondicionado que se llamaba Trixy, que estaba en la calle principal que llegaba hasta el golfo. Las películas empezaban a las diez y terminaban a las cuatro de la tarde, con cortometrajes y dibujos animados y películas que se proyectaban sin interrupción, y todo por una sola entrada que costaba cincuenta centavos. Nos quedábamos a todas las proyecciones, comiendo dulces y palomitas de maíz y bebiendo Dr. Pepper, y disfrutando de Tarzán o de Jim de la Selva, y de Johnny McShane y Hopalong Cassidy, además de los Tres Chiflados y de Laurel y Hardy y de los noticiarios y de los viejos documentales bélicos, que a mi padre le gustaban mucho. Salíamos a las cuatro de la sala fresca y volvíamos al calor y el salitre y la falta de aliento de la tarde costera del golfo. Cegados por el sol y mareados y sin habla de haber perdido el día sin sacar gran cosa en limpio.

En una de esas mañanas, estábamos en la oscuridad, codo con codo, y en la pantalla apareció un noticiario de los años treinta sobre los criminales Clyde Barrow y Bonnie Parker, que aterrorizaron (en palabras del locutor) varios estados del suroeste del país, atracando y matando y labrándose un nombre infame hasta que se les dio muerte en una emboscada en una carretera secundaria de Louisiana. Un destacamento policial disparó contra ellos desde los matorrales y pusieron fin a su carrera criminal. Ninguno de los dos tenía más de veintitantos años.

Cuando mi padre y yo salimos del cine a la tarde vaporosa y abrasada por el sol —era junio—, con los ojos doloridos y la cabeza embotada, vimos que alguien (los propietarios de la sala Trixy) había aparcado enfrente del cine un largo camión de caja plana. Sobre ésta se veía un viejo Ford gris de los años treinta, de cuatro puertas, lleno de pequeños agujeros brillantes y con las ventanillas destrozadas, las portezuelas y el capó perforados y los neumáticos desinflados. Junto al coche había un letrero que rezaba: COCHE REAL DONDE MURIERON BONNIE Y CLYDE - SE PAGARÁN

10.000 DÓLARES A QUIEN PRUEBE QUE NO LO ES. Los propietarios habían colocado unos escalones de madera para llegar hasta el coche, y a los espectadores del cine se les invitaba a pagar cincuenta centavos por subir a examinarlo, como si Bonnie y Clyde aún estuvieran en su interior muertos y todo el mundo tuviera que verlos.

Mi padre se quedó de pie sobre el pavimento duro y ardiente, alzando la vista hacia el coche y a la gente que estaba mirándolo —niños y adultos, hombres y mujeres—, boquiabierta, haciendo bromas y ruidos de metralleta y riendo. No tenía ninguna intención de pagar por verlo de cerca. Dijo que el coche era un absoluto fraude, porque de lo contrario no estaría allí. El mundo no funcionaba así. Además, la pintura era reciente, y los agujeros de bala no parecían reales. Él había visto agujeros de proyectiles en multitud de aviones, y eran más grandes, más irregulares. Aunque ello no iba a impedir que la gente tirara el dinero como quisiera.

Pero mientras estábamos allí en la acera, mirando el coche durante unos minutos, dijo:

—¿Te convertirías en un atracador de bancos, Dell? Sería emocionante. Menuda sorpresa para tu madre.

—No —dije yo, mirando reflexivamente el coche y los agujeros relucientes, y a todos aquellos patanes que escrutaban el interior del habitáculo emitiendo pequeños aullidos y sonriendo bobaliconamente.

—¿Estás seguro? —dijo—. Yo lo intentaría. Pero sería más listo que esos dos. Si no usas la cabeza acabas como un queso de gruyere. Tu madre no lo entendería, claro. Así que no le digas nada de esto.

Me atrajo hacia sí. La camisa, al sol, le olía a almidón. Y echamos a andar en la tarde.

Nunca se lo conté a mi madre, y tampoco pensé en ello siquiera hasta mucho después del día en que mi hermana y yo estuvimos allí en el porche delantero mientras veíamos cómo nuestros padres se iban en el coche a atracar un banco. Entonces no relacioné ambas cosas, pero sí más tarde. Era algo que siempre había querido hacer. Hay quien quiere ser presidente de un banco. Y hay quien quiere atracar bancos.

Lo que sé del atraco real al banco lo sé sobre todo por la crónica de mi madre, y por el *Great Falls Tribune*, que, como ya he dicho, adoptó la opinión de que aquel hecho delictivo fue un cuento cómico y con moraleja que el periódico consideró un deber sacar a la luz pública. Aunque yo también he recreado el atraco en mi cabeza, fascinado por el hecho de que fueran nuestros propios padres quienes lo perpetraron, de forma tan ridícula e inexplicable que invalidaban las causas de los hechos aducidas por los periódicos.

Es de suponer que muchos de nosotros pensamos en atracar un banco del mismo modo en que por la noche, en la cama, planeamos minuciosamente asesinar a un enemigo de hace mucho tiempo: haciendo casar partes complicadas del plan, afinando los detalles, volviendo sobre nuestros pasos para conciliar cálculos primeros con ulteriores posibilidades de que nos descubran. Al final nos encontramos frente a un problema insalvable de índole lógica que nuestra inteligencia no puede resolver totalmente. Tras lo cual concluimos que aunque resulta muy satisfactorio pensar que podemos asesinar a ese enemigo en una emboscada (porque es necesario hacerlo), sólo una persona trastornada o suicida llevaría adelante su plan. Y ello porque el mundo está en contra de tales actos. Y, en cualquier caso, somos aficionados en el negocio de concebir y planear y asesinar, y carecemos de la concentración mental necesaria para vencer la oposición del mundo a este respecto. Y en este punto nos olvidamos del asunto y conciliamos el sueño.

Para salir airosos, nuestros padres tendrían que haberse dado cuenta de que reconocerían el coche de inmediato. De que identificarían el mono azul de mi padre como perteneciente a la Fuerza Aérea; por mucho que le hubiera arrancado todos los galones militares, se verían fácilmente las marcas de sus galones de capitán. La atractiva apariencia física de mi padre y sus amables modos y acento sureños los recordaría todo el mundo en un banco de Dakota del Norte. El hecho de haber mencionado su deseo de atracar un banco a varios colegas de la base en Great Falls se traería a colación también en su momento (aunque él lo hubiera dicho en broma). Nuestros padres tendrían que haberse dado cuenta también de que, en contra de lo que la intuición le dictaba a nuestro padre, las personas que atracan bancos no se mezclan con la población, sino que se apartan y se marginan, porque —aunque no se den cuenta de ello— se han convertido en algo o alguien diferente de todo el mundo, y de quienes ellas mismas eran antes. Por todas estas razones, descubrir quién ha atracado un banco pronto resulta una tarea más bien fácil.

A nuestros padres, sin embargo, después de salir de casa el jueves por la mañana

completamente inocentes, con apenas una deuda poco cuantiosa con un pequeño grupo de indios incompetentes, algo de lo que podían haber salido airoso de multitud de formas, no se les ocurrió en absoluto pensar en ello. Aunque sí se les ocurriría sin duda cuando huían en el coche en dirección a Great Falls al día siguiente, ya como delincuentes; cuando ya se habría alzado hacia el plano cielo estival, esfumándose, cualquier pensamiento de irse de rositas después de lo que acababan de hacer.

Lo que hicieron después de irse de casa fue enfilarse en la carretera 200 en dirección este, a través de las ciudades de Lewistown y Winnett, y adentrarse en la cuenca del Musselshell rumbo a Jordan, Circle y Sidney, y luego atravesar la meseta de tierra endurecida por el estío y pastos secos que se extiende desde las montañas hasta Minnesota. Estaban en un lugar del mapa donde no conocían a nadie ni nada, salvo lo que mi padre había ido descubriendo en su «viaje de negocios» previo, que a él seguramente le parecía mucho, y le permitía tener la sensación de que eran invisibles.

En sus dos días de viaje incesante, entrando y saliendo de la frontera de Dakota del Norte, mi padre había llegado a la ciudad de Creekmore (a la sazón con seiscientos habitantes), y al North Dakota Agricultural National Bank. Nadie le habló ni pareció prestar atención a su mono azul. (Había una base aérea en Minot, no muy lejos). Ello le hizo pensar que la gente no registraría recuerdo alguno si, así vestido, entraba en el banco en el momento mismo en que abriera sus puertas y, esgrimiendo su pistola del calibre 45, se apoderaba de todo el contenido de los cajones de los cajeros y de todo el dinero que pudiera hallarse a su alcance —no haría ningún esfuerzo por entrar en la cámara acorazada, a menos que estuviera abierta con el dinero a la vista y pudiera apropiarse de él fácilmente—, lo metía en la bolsa de lona y desaparecía de inmediato. En menos de tres minutos podría estar conduciendo hacia el oeste, en dirección a la frontera de Montana, de vuelta a su vida de insignificancia. Mi madre esperaría en el coche, pero no se apearía de él en ningún momento, dada su apariencia singular. Tendría el motor al ralentí durante todo el tiempo que su marido estuviera dentro del banco, y saldría a toda velocidad en cuanto él subiera al coche. Sí, era un plan osado. Pero mi padre creía que era lo bastante sencillo como para funcionar; había utilizado las meninges para concebirlo. El hecho de no haber estado nunca en el banco era una ventaja más. La mayoría de los atracadores de bancos habrían sentido la necesidad de «echar una ojeada» al futuro escenario de los hechos, y al hacerlo sin duda quedarían grabados en la memoria inconsciente de alguien que volviera a verlos más tarde, aunque mi padre no pensaba en la posibilidad de que alguien volviera a verle más tarde. La poca gente que habría en el diminuto Agricultural National Bank a esa hora temprana de la mañana se quedaría como hipnotizada por la súbita aparición de su amenazadora pistola del calibre 45, y no prestaría atención alguna ni a su persona ni a su apariencia. Para eso era la pistola: para distraer. Podría salir del banco con, como mínimo, cinco mil o seis mil dólares o incluso obtener un máximo de diez mil. A eso se le llamaba utilizar las meninges.

La parte complicada del plan estaba en evitar su detección una vez finalizado el

atraco. Los vastos espacios abiertos serían su principal aliado. Pero para mejorar aún más esa ventaja, había viajado el martes anterior hasta la ciudad de Wibaux, en el estado de Montana, al otro lado de la frontera y al sur de Creekmore. En su calidad de agente de bienes raíces, había hecho indagaciones en el Wibaux Bank, y en una oficina de seguros y en un bar, acerca de ranchos de la zona que estuvieran en venta, y cuyos propietarios ya se hubieran ido, y acerca de la forma de ponerse en contacto con ellos en nombre de un cliente de Great Falls. Su creencia al respecto era que todo aquel territorio se hallaba salpicado de este tipo de terrenos vacíos. Nadie les prestaba la menor atención. Nadie sería visible en ellos, de una línea del horizonte a otra.

Provisto de la información de los comerciantes de la ciudad y de un mapa de la zona, había visitado varios ranchos antes de dar con uno que estaba claramente abandonado: se veían en él vehículos y equipo, pero ni un alma. Entró hasta el patio del rancho, se apeó y llamó a la puerta. Atisbó a través de las ventanas para cerciorarse de que no había nadie en la casa. Fue a arrancar uno de los camiones haciendo un puente, pero vio que la llave estaba puesta y lo arrancó sin dificultad. Quiso comprobar si se podía abrir uno de los cobertizos, y si se podía entrar en la casa sin romper nada, y pudo hacer ambas cosas.

Su plan era que nuestra madre y él viajarían hasta aquel rancho aislado el jueves por la noche. Dormirían en el coche o en un cobertizo, o incluso en la casa, sin encender las luces. Esconderían el Chevrolet Bel Air en otro de los cobertizos. Pondría en uno de los camiones las placas de matrícula de Dakota del Norte que había robado en Creekmore y que llevaba en la bolsa de la Fuerza Aérea junto con la pistola y una gorra (su único disfraz). A la mañana siguiente recorrerían en este vehículo agrícola —un camión Ford— la corta distancia que les separaba de Creekmore; en el trayecto cruzarían la frontera de Dakota del Norte. Mi madre aparcaría en la calle, cerca de la puerta principal del Agricultural National Bank justo a la hora de apertura. Mi padre se bajaría del camión, entraría en el banco, lo atracaría, saldría y volvería montar en el camión. Mi madre, al volante, arrancaría al instante y cruzaría la frontera en dirección al rancho de Wibaux donde habían escondido el Chevrolet. Se cambiarían de ropa, tirarían la pistola, la gorra, la bolsa azul y las placas de matrícula de Dakota del Norte —todo menos el dinero— en el estanque del rancho o en algún arroyo o en algún pozo, y saldrían rumbo a Great Falls como una pareja que ha hecho una excursión y vuelve a casa. Berner y yo les estaríamos esperando en ella.

Mi padre le explicó detalladamente el plan a mi madre durante su viaje hacia el este del jueves, mientras atravesaban Lewistown en dirección a Dakota del Norte. Y mi madre lo rechazó al instante. No sabía nada de atracos a bancos, pero volvía a ser una oyente atenta, y resuelta, y creía que el plan de mi padre era demasiado complicado, y que había muchas posibilidades de que saliera mal. Por alguna razón,



se había comprometido a atracar un banco, la única explicación verdaderamente verosímil de este hecho es la más sencilla de todas: la gente atraca bancos. Si ello se le antojaba a uno ilógico es porque juzga los acontecimientos desde el punto de vista de alguien que no atraca ni nunca atracará bancos, porque sabe que es una locura.

¿Qué pasaría, preguntó mi madre, si los propietarios del rancho volvían a casa y les encontraban durmiendo en el coche o en la casa? (Mi padre tenía una respuesta preparada: tenían sueño y habían dejado la carretera para descansar un rato. Nadie los demandaría por eso. Y aún no habían atracado el banco. Podían, pues, irse a casa). Pero ¿y si el viejo camión se averiaba a medio camino de la huida de Creekmore? (Mi padre no pudo responder a esto). ¿Y si alguien estaba esperándoles en el rancho cuando volvieran a recoger el Chevrolet? (Mi padre daba por sentado que si el rancho estaba vacío cuando lo encontró, seguiría vacío hasta que ya no les hiciera ninguna falta; era su hábito de pensamiento).

Su plan, dijo mi madre, tenía muchos puntos flacos. Había un montón de lugares donde podía fallar. Lo más sencillo era lo mejor. Mencionó la complejidad del plan que había acabado por dejarle tirado entre los indios y Digby. No tenía la cautela necesaria, no era prudente, había visto demasiadas películas de gánsters en Podunk, Alabama. Ella no había visto ninguna, no tenía ni idea de nada que tuviera que ver con el coche de Bonnie y Clyde ni de lo que me había contado a mí de su fascinación por los robos a mano armada. Pero ahora estaba implicada hasta las cejas.

Un plan mejor —y sencillísimo— era cambiar las placas de matrícula del Chevrolet por las de Dakota del Norte, ir en él hasta Creekmore muy temprano, a la hora que él había propuesto, aparcar detrás del banco, no enfrente, a la vista de todos; entrar en el establecimiento, atracarlo, salir por la puerta delantera, rodear el edificio, subir al coche y echarse en la parte trasera, o incluso meterse en el maletero. Acto seguido ella arrancaría y se iría como había venido. Nada a la carrera. Todo muy natural. Este plan se aprovechaba del hábito de los humanos de no fijarse en nada que no tuviera que ver con ellos personalmente. Ello incluía a toda la gente que estuviera en la calle a la nueve de la mañana de aquel viernes en Creekmore, Dakota del Norte, una ciudad donde no acontecían nunca sino cosas normales y corrientes.

La crónica de mi madre no dice nada sobre posibles argumentos que mi padre pudo esgrimir para oponerse al plan más sencillo de mi madre. Fue un largo viaje, más de seiscientos kilómetros. Pararon para comer, echaron gasolina en Winnett, y pasaron todas aquellas horas juntos en el coche; las suficientes para que cada cual pudiera expresar sus ideas con detalle. En su crónica, mi madre sólo dice que al final logró «convencer» a su marido de que la mejor idea era quedarse en la ciudad de Glendive, Montana, donde se les vería cenando como a una pareja normal y corriente. A la mañana siguiente se levantarían, recorrerían los cien kilómetros que les separaban de Creekmore, cometerían el atraco y volverían directamente a casa a

reunirse con mi hermana y conmigo. Escribe también que aconsejó a mi padre que se pusiera una máscara. Pero mi padre se negó, porque nadie le conocía en aquella ciudad, y porque su cara era ya un máscara. Una máscara bien parecida.

Mirando hacia atrás resulta una ironía cruel que el que acabara prevaleciendo fuera el plan de mi madre. Pese a todos sus puntos flacos, el plan de mi padre podría haber funcionado mejor. Mi padre había pasado mucho tiempo (puede que varios años) urdiendo y ultimando su plan, mientras que con el plan de mi madre —por mucha confianza que ella tuviera en él— no iban a detenerlos ipso facto pero sí un tiempo después. El Chevrolet Bel Air lo recordaban de cuando mi padre había cenado en el restaurante barato de Creekmore el jueves anterior. Lo reconocieron dos veces, también, cuando llegaron con él a Creekmore el viernes por la mañana, aparcaron detrás del banco y se fueron después del atraco. También tomaron nota mental de él el empleado de recepción del Yellowstone Motel de Glendive y el sheriff de Dawson County, que vio las placas de Great Falls y la pegatina de la BX<sup>[8]</sup> en el parabrisas. Hay que tener en cuenta asimismo el singular acento sureño de mi padre, y sus modales pulidos, y el mono de la Fuerza Aérea, y la pistola del 45 utilizada por la milicia. El vigilante armado del banco llegó incluso a reparar en los diminutos agujeros deshinchados en la tela de los hombros del mono. Había sido sargento de segunda clase en la Fuerza Aérea, y adivinó certeramente que en aquellos retazos descoloridos y agujereados había habido unos galones de capitán. Mis padres ignoraban cómo eran aquellas poblaciones pequeñas de la pradera, en las que todo el mundo se da cuenta de todo. Aunque, si no hubieran identificado el Chevrolet personas que nadie habría pensado que pudieran fijarse en estas cosas —que pudieran sacar conclusiones de detalles de los que ni siquiera eran conscientes y que sin embargo su mente había registrado—, nadie habría relacionado directamente ninguna de estas cosas con nuestros padres, que ya estaban en su casa de Great Falls, con nosotros. Según se sabría después, mi padre no parecía haber dejado rastro en la memoria de nadie en Creekmore, hasta que llegó el momento de testificar en su contra, en que todo el mundo lo recordaba perfectamente.

Siempre me he preguntado de qué hablaron nuestros padres en el coche, mientras atravesaban Montana con la pistola en la bolsa, rumbo a su destino fatal, y con el de mi hermana y el mío un poco más atrás, a remolque. Siempre he dado por sentado que esas conversaciones fueron diferentes de lo que cualquiera puede imaginar, como muchas cosas resultarían ser, a la postre. En mi (llámese así, si se quiere) fantasía nuestros padres no discuten, no están rabiosos, ni asustados, ni se odian. Él no intentó convencerla para que participara en el atraco. (No tuvo que hacerlo). Ella no le reiteró las razones por las que ese atraco no era necesario. (Eso ya estaba aclarado). Él

pensaba que el dinero les iba a arreglar la vida: nos traería el desahogo económico, nos mantendría juntos, nos permitiría asentarnos en Great Falls como una familia normal. (Esto llegó a decirlo). O bien había acabado por reconocer el fracaso que era, el fiasco terrible en que lo había convertido todo, y ardía en deseos de hacer algo impresionante (mucho mejor que vender ranchos o coches, o robar reses), algo que o nos encauzaba por la senda del bienestar o hacía añicos esa senda y ya nada volvía a ser como antes. Siendo como era —voluble, imprudente—, cualquiera de los resultados podría haber sido real. Pero está claro que quería algo más que los dos mil dólares que le exigían los indios, ya que podría haber salido de ese apuro sin robar un banco. Y ese *más* —fuera lo que fuere— era para él el sentido verdadero de atracar un banco.

Para nuestra madre, por supuesto, era diferente. No era una persona dada a correr riesgos, y su sentido común era grande. La habían educado para conocer las cosas, para apreciar las finas distinciones entre ellas, y podía ver un futuro diferente aún posible a sus treinta y cuatro años. Y, como se había avenido a hacerlo —ir con él, concebir su sencillo plan, quedarse sentada en el coche, esperar, escapar al volante una vez cometido el atraco e incluso estar de buen humor la noche anterior—, hemos de aceptar que lo hizo, si no de buen grado, al menos con pleno conocimiento, y con la idea de que una vez cometido el robo las cosas podrían irle mucho mejor.

Su cerebro —lo mejor de él— le habría hecho ver que era un error; que podrían haberse ido de la casa dejando todas sus posesiones allí donde estaban, haber salido en mitad de la noche y haberse alejado en la oscuridad. Nada había de especial en Great Falls ahora que él ya no estaba en la Fuerza Aérea. Los dos odiaban la acumulación de pertenencias, y tenían muy pocas cosas aparte de sus dos hijos y el Chevrolet. Su cerebro no debió de ir todo lo lejos que debería haber ido. Si lo hubiera hecho, la incertidumbre no le habría permitido continuar.

Mi conjetura —cincuenta años después— es que con aquel sentimiento nuevo de libertad y liberación, inopinadamente hallado mientras Bev vagaba por las tierras baldías de Dakota tratando de elegir un banco que atracar, Neeva llegó a la conclusión por completo equivocada de que atracar un banco era un riesgo que podría facilitar la obtención de las cosas que deseaba. Fue un error de cálculo no demasiado diferente del que la había llevado a casarse con Bev Parsons, renunciando a la vida que podría haberle esperado para embarcarse en otra que podría haber sido más aventurera e inesperada, pero que no lo era. Con la mitad del dinero del atraco no tendría que volver a su vida equivocada, que se había convertido en un continuo reproche. El atraco sin duda le había parecido mejor que montar en el coche y desaparecer en la noche, y despertar en un desconocido y polvoriento Cheyenne (Wyoming), o en Omaha (Nebraska), donde le esperaría más de lo mismo: todo aquello de lo que estaba ya harta. En su crónica relata cómo en su viaje a Creekmore

le dijo a mi padre que, en cuanto hubieran atracado el banco —sin saber aún a cuánto ascendía el botín, pero suponiendo que la suma fuera suficiente—, ella cogería la mitad del dinero y a los niños y se iría de casa para siempre. Escribió que él se había echado a reír y había dicho: «Bueno, espera a ver cómo te sientes».

Para mí, es esa aproximación progresiva al punto de no retorno lo que resulta fascinante: a lo largo de todo el trayecto charlan, se hacen confidencias, se dirigen apelativos cariñosos, pues su vida seguía oficialmente intacta. No eran delincuentes. Cuán asombrosamente lejos llega la normalidad; cómo puede uno seguir teniéndola a la vista como si estuviera en una balsa que va alejándose en el mar mientras la tierra se hace más y más pequeña. O en un globo succionado hacia el cielo por una columna de aire de la pradera, mientras la tierra se va haciéndose más vasta y más llana y menos nítida bajo la barquilla. Te das cuenta, o no te das cuenta. Pero ya estás muy lejos, y todo se ha perdido. A causa de las elecciones desastrosas de nuestros padres, creo que soy a un tiempo —y en igual medida— desconfiado con la vida normal y ávido de ella. Me resulta difícil conciliar en la cabeza la idea de una vida normal y la del final al que ambos llegaron. Pero vale la pena intentarlo, ya que, repito, de otro modo muy poco de esta historia sería inteligible.

El último atisbo de ellos —antes de que se convirtieran en algo diferente— me dice que en el Chevrolet, rumbo al este, el uno al lado del otro, libres de sus hijos por vez primera, solos y juntos, los dos debieron de sentir una última punzada de la vieja afinidad que habían reencontrado la noche pasada, y quizá lo rememoraron todo. Como unos padres normales. La sensación de que uno ha culminado en el otro algo único y amable y tan básico que jamás lo habían abordado o experimentado plenamente, salvo una vez, al principio. Por supuesto, si mi madre no se hubiera quedado embarazada y mi padre no hubiera hecho lo correcto en esos casos, todo podría haber quedado atrás como un buen momento fugaz, ante el que se maravillarán más tarde al haber sido algo muy parecido al amor, algo que habían sentido los dos pero que se había extinguido sin consecuencias.

El viaje a Glendive les llevó seis horas y media. Pasaron la noche en el Yellowstone Motel. Mi padre se aseguró bien de mostrarse muy alegre ante el empleado de recepción, al tiempo que intentaba no decir nada memorable. Dejó a mi madre en el coche mientras firmaba en el registro; así nadie podría fijarse en su aspecto singular. Echaron una cabezada en la cabaña de aglomerado, sofocante y mohosa, con las persianas echadas. A las siete, aún a plena luz —aunque la ciudad estaba vacía y las golondrinas de los puentes bullían en el aire y se lanzaban en picado sobre sus propias imágenes reflejadas en la superficie especular del Yellowstone—, mi padre montó en el coche y fue hasta el centro, cenó solo en el Jordan Hotel y pidió carne con macarrones para llevar, porque, explicó, su mujer estaba enferma en la habitación.

¿Cómo pasaron aquella noche juntos, la última antes de convertirse en criminales? No hay modo de saberlo, pues mi madre no lo cuenta con detalle en su crónica. No hay un modelo fácil para tal noche. Estaban solos en la cabaña sofocante. Hablaron de los temas sobre los que tenían que hablar, o sobre los que podían imaginar. La gente normal habría despertado presa del pánico a las dos de la madrugada, pegajosa por el sudor, habría despertado a la persona acostada a su lado, habría encendido la luz de la mesilla de noche y habría gritado: «¡No, un momento! ¿Qué estamos haciendo? Está bien decir que vas a hacerlo, urdir un plan, llegar hasta aquí en el coche y fantasear con que todo va a salir bien. ¡Pero es una locura! Tenemos que irnos a casa con nuestros hijos y resolver esto de otra forma». Así es como la gente juiciosa razona y habla cuando se detienen un momento a reflexionar. Pero no es eso lo que nuestros padres hicieron. «No dormí bien aquella noche calurosa en Glendive», es lo que escribe en su crónica. «Tuve malos sueños; estaba en una embarcación —un barco— que cruzaba... el Canal de Panamá (debía de ser), o quizá el de Suez, y nos quedamos varados: no podíamos avanzar ni retroceder. B. dormía ruidosamente, como de costumbre. Se despertó pronto. Cuando mis ojos se abrieron estaba vestido, sentado en la silla, haciendo algo con la pistola».

Lo que hicieron fue levantarse a las siete y media, dejar la ropa tirada por la habitación, no desayunar, colgar el cartelito de SE RUEGA NO MOLESTAR en la parte exterior de la puerta y salir del motel. Se supone que debían dar la impresión de que seguían allí, durmiendo hasta tarde, y luego de que se habían ido a algún sitio donde tenían cosas que hacer, con idea de volver.

Viajaron hacia el este y atravesaron la pequeña ciudad de Wibaux, cerca de donde mi padre había ideado su plan original —el rancho abandonado, el camión agrícola—, antes de ceder ante el plan más sencillo de mi madre. Más allá de Wibaux cruzaron la frontera de Dakota del Norte, apenas un letrero metálico que anunciaba

que entraban en otro estado. No lejos de la línea divisoria salieron de la carretera y tomaron un camino de tierra, se adentraron un par de kilómetros en los campos de cebada, hasta donde un arroyo serpeaba un poco más allá de unos verdes álamos de Virginia con urracas en las ramas. Mi padre se apeó del coche bajo la luz vaporosa de la mañana y cambió las placas de matrícula: las de la leyenda con letras negras del Estado del Tesoro de Montana, que planeaba volver a poner en el Chevrolet después del atraco, por las verdes y blancas del Jardín de la Paz de Dakota del Norte que había robado hacía tres días. Se puso el mono azul y las zapatillas de tenis que creía que lo volvían invisible, y dobló y escondió bajo unas ramas caídas la ropa buena y las botas. Mi madre no se había bajado del coche por miedo a las serpientes. Acto seguido volvieron a la carretera, enfilaron hacia el este y poco después entraban en Creekmore, que era la primera población después de la frontera, por eso la había elegido mi padre.

El Agricultural National Bank estaba cerca de la linde occidental de Main Street, en el centro de Creekmore. Mi padre se sorprendió de que la calle estuviera tan concurrida a esa hora: las 8.58 de la mañana. Camiones agrícolas, maquinaria móvil para la recolección del trigo y camiones de transporte de grano circulaban por la ciudad, y la gente se había desplazado ya al centro para hacer compras. Era una ciudad de madrugadores. Siguiendo el plan, no enfiló la calle principal sino que torció en la primera esquina, donde estaba ubicada una compañía de seguros, recorrió media manzana hasta el callejón trasero lleno de matojos y de grava, cuya existencia conocía, donde nada más doblar había un taller de reparaciones de automóviles pero ningún edificio detrás del banco. Mi padre avanzó por el callejón de grava hasta donde encontró un sitio donde aparcar en la parte trasera del banco; había otros dos coches aparcados, sin duda de empleados. No esperaba que le llevase mucho tiempo. Quería que todo fuera lo menos aparatoso posible, razón por la que había decidido no disfrazarse ni ponerse una máscara, que era lo que le había aconsejado mi madre. Ni siquiera entonces se veía a sí mismo como un atracador de bancos. Sus facciones eran nítidas, armoniosas, y su peinado muy reciente. Se había afeitado. Nada, salvo el mono, lo distinguía de un adulto de Dakota del Norte de cara limpia y rasgos correctos.

Eran las nueve y tres minutos cuando llegaron a la trasera del banco. Nuestro padre se apeó al instante; se había puesto una gorra de tela castaña, y llevaba la pistola en el bolsillo del mono. No se hablaron. Caminó recto por la calleja lateral umbrosa, sólo parcialmente asfaltada, que separaba el banco de una joyería y salió a la acera de Main Street. El sol era mucho más fuerte y el cielo mucho más azul de lo que se esperaba. Empezó a ver puntos deslumbrantes a causa de la viva luz —se lo contó luego a nuestra madre—. Durante un instante aterrador no supo qué mano tomar, derecha o izquierda. Además, en la calle había mucha más actividad que cinco

minutos antes. Nuestra madre escribiría en su crónica que nuestro padre estuvo a punto de darse la vuelta para volver al callejón, algo que aún estaba a tiempo de hacer. Pero no se lo pensó más y decidió que toda aquella actividad serviría de cortina de humo cuando saliera del banco —que sería no mucho más de tres minutos después— con una bolsa llena de dinero. No llamaría la atención y podría desaparecer en el callejón sin que nadie se hubiera dado cuenta de nada.

Avanzó por el pavimento caliente hacia la gran puerta de latón y cristal biselado del banco. Se le ocurrió que debería haber llevado gafas de sol; amén de hacerle de pantalla para los ojos, habrían sido un buen elemento enmascarador. Entró directamente en el banco, pero se detuvo unos instantes cuando la puerta se cerró a su espalda. El interior del establecimiento era tan fresco, tan umbroso, tan silencioso y quieto. Fuera hacía mucho calor, y había tal barahúnda de actividad y ruido... Y le sorprendió sobremanera ver lo pequeño que era el banco. Nunca había estado dentro, para orillar el riesgo de que alguien pudiera recordarle. Había un solo cliente, una mujer menuda y rubia, de pie ante una de las tres ventanillas con rejas doradas de los cajeros. Miraba cómo el cajero contaba los billetes y los metía en una bolsita de tela, destinada a proveer la caja de la joyería vecina. Olía a limpio —como a Brasso—, le contaría luego a mi madre, o al interior de un frigorífico nuevo.

En este punto mi padre dio el grito para llamar la atención de todos los presentes, sacó la pistola del bolsillo y se dirigió hacia la ventanilla ocupada; en las otras dos no había nadie. Anunció que aquello era un atraco. Ordenó que la mujer de la joyería y los dos empleados bancarios —hombres con traje que le miraban sorprendidos desde sus mesas, tras el espacio protegido por una barrera metálica donde se llevaba a cabo todo el trabajo bancario—, así como el viejo vigilante que estaba sentado en una de las mesas vacías de los empleados, debían tenderse cara al suelo de mármol y no hacer nada salvo lo que él les fuera diciendo. Si alguien activaba la alarma, hacía ruido, trataba de levantarse y echar correr o hacía algo repentino o inesperado, haría fuego contra ellos. (Más tarde negaría haber dicho esto).

Aquel momento —el momento en que anunció que estaba atracando el banco y esgrimió la pistola, en que añadió «que nadie se mueva o disparo»— fue tal vez el momento en que mi padre más disfrutó realmente y más él mismo se sintió (desde que había arrojado una miriada de bombas sobre Japón), cuando experimentó la euforia de estar haciendo al fin lo que llevaba tanto tiempo deseando hacer, y sintió no sólo que se había ganado esa oportunidad por causa de las circunstancias adversas e injustas que lo habían atenazado (los indios, los trabajos, la Fuerza Aérea, mi madre), sino que un atraco a mano armada era una solución idónea, una compensación satisfactoria, ya que no robaría a los impositores sino al gobierno, por el cual él había sido un patriota, y hecho muchos sacrificios, y matado a miles de seres humanos, y que disponía de infinitos recursos para asegurarse de que ningún

inocente perdiese un solo centavo, mientras que él resolvería todos los problemas de la familia con un hábil golpe de mano.

No es probable que esta euforia le durase mucho. Con un ojo en los empleados del banco y el guarda de seguridad, y prestando una atención mínima a la clienta de la joyería vecina, que, arrodillada penosamente, se había apartado del punto crucial deslizándose como una serpiente por el duro suelo del establecimiento, mi padre puso la bolsa de lona sobre el mostrador de mármol, al pie de la ventanilla con barrotes, y le ordenó a la cajera que vaciase los cajones del dinero de las tres cajas, además de lo que instantes antes estaba contando para entregárselo a la joyera, en la bolsa que tenía delante, y que lo hiciera a toda prisa, y sin decir ni una palabra. Fue en este momento, mientras la cajera metía los fajos de billetes en la bolsa, que era lo bastante grande para poder contener un bolo de bolera, cuando uno de los dos empleados, un atildado subdirector llamado Lasse Clausen, que más tarde testificaría contra mi padre en el juicio, levantó la cabeza del suelo, miró a mi padre y dijo: «¿De dónde eres, hijo?». Había reconocido su acento de Alabama. «Porque no tienes por qué hacer esto, ¿sabes? Es una forma equivocada de resolver las cosas». Esto animó a la empleada de la joyería, que seguía pegada al suelo frío, a decir: «Y no se saldrá con la suya. Alguien le pegará un tiro antes de que logre salir de la ciudad. No es el único de por aquí que lleva una pistola».

Nuestro padre le contaría a nuestra madre que oír aquellas palabras fue una experiencia muy desalentadora, y que le hizo sentir una «gran oleada de resentimiento» contra toda la gente que había en el banco. Estuvo tentado de disparar contra ellos, uno por uno, eliminando de ese modo toda posibilidad de que lo detuvieran, y haciendo lo que era menester hacer para que tuvieran peor suerte que él mismo. La razón por la que no lo hizo —le contó a nuestra madre— fue que no tenía planeado matarles. Durante los años en que al parecer había estado acariciando la idea de atracar un banco —y deleitándose en ella—, nadie había resultado muerto. Y quería ceñirse a ese plan incruento, que era lo que hacía una persona inteligente. Pero podría haberles matado, dijo. Había hecho cosas mucho peores en la vida. Es posible que sólo estuviera fanfarroneando, después de cometido el atraco, ya que matar a aquellas personas habría sido algo por completo diferente; sería matarlas personalmente, no lanzando bombas desde un avión.

Cuando hubo vaciado los cajones del dinero en la bolsa, la cajera, una mujer joven, se quedó mirando directamente a mi padre desde el otro lado de la ventanilla. Más tarde diría que lo miró como si lo conociera. Él también sabía que todos le habían estado mirando a conciencia, y que no se habían sentido en absoluto impresionados por su pistola, o por el atraco mismo. Habían atracado aquel banco no mucho tiempo atrás, sólo que el autor no había sido él. Estaban a punto de detener al culpable. Mi padre, probablemente, estaba más conmocionado que ellos. Le diría



luego a mi madre que ésa fue la primera vez que la idea de que pudieran atraparlo le había pasado seriamente por la cabeza. Y que tal idea le hizo desear abandonar el atraco en ese mismo momento. Pero no era posible. Alzó la mirada hacia el gran reloj de pared que había sobre la cámara acorazada: eran la nueve y nueve minutos. La cámara de latón y plata y acero se hundía en la pared del fondo. En su interior había miles y miles de dólares. Pero mi padre decidió que no podía acarrear más dinero en la bolsa; no necesitaba más, por otra parte. Llevaba en el Agricultural National Bank cuatro minutos. Todo el mundo le había visto. Todo el mundo había oído su suave acento *dixie*. Todo el mundo seguiría viéndole con los ojos de la mente durante el resto de sus vidas, cuando contaran que estaban en el banco el día en que él lo atracó. Mi padre sabía todo esto. Y hasta quizá le gustaba. Podía oler su propio sudor; sudor que también ellos olían. Nada quedaba por hacer sino coger la bolsa del dinero —que contenía dos mil quinientos dólares— y salir del banco de inmediato. Que es lo que hizo. Sin decir ni una palabra más. Y para entonces tenía ya la sensación de que atracar un banco había sido sin duda un error.

Mi madre se había pasado al asiento del conductor en cuanto mi padre se bajó del coche en el callejón. Echó hacia delante el asiento para que los pies le llegaran a los pedales. Estaba esperando con el motor al ralentí cuando mi padre apareció con la bolsa de lona al fondo del callejón. Se montó directamente en el asiento trasero y se agazapó bajo una manta, y mi madre inició la marcha despacio, de forma que nada de lo que había sucedido en el interior del banco pareciera tener que ver con un Chevrolet Bel Air rojo y blanco con matrícula de Dakota del Norte que avanzaba con indolencia hacia las afueras de la ciudad, en dirección oeste.

Mi madre escribió que cuando llegó hasta la esquina de Main Street, y se disponía a torcer a la izquierda, no vio nada que no esperara ver a lo largo de la manzana del banco. Una mujer entraba en ese momento en él. No sonaba ninguna alarma, no llegaba ningún sheriff ni policía estatal, ni se veía a gente corriendo y gritando: «¡Un atraco!». Iban a salirse con la suya, pensó. Pronto estaría contemplando una nueva vida que no incluiría a mi padre ni Great Falls, Montana.

De acuerdo con su plan, condujo hacia la línea fronteriza de Montana, con mi padre escondido en la trasera del coche, y enfiló el camino rural lleno de baches que surcaba los campos de cebada, hacia los álamos de Virginia y el arroyo donde se habían detenido menos de una hora antes. Mi padre se bajó del asiento trasero del coche, y en medio del polvo y el calor se quitó el mono y las zapatillas de tenis y, en paños menores, metió el dinero (sabía ya que había menos de lo que pretendía conseguir) en el hueco de detrás del asiento trasero. Hizo un ovillo con el mono, las zapatillas, la pistola, la gorra y la manta, y lo metió con las placas verdes y blancas de la matrícula de Dakota del Norte en la bolsa azul, y, después de meter también varias piedras grandes y polvorientas, la tiró al arroyo. La bolsa no se hundió: giró en medio de una especie de penacho de espuma amarillenta, y al final desapareció. Pero mi padre consideró que era prácticamente como si se hubiera hundido, ya que allí no había nadie para verla. Luego se puso los tejanos, la camisa blanca y las botas, y volvió a poner las placas de Montana al Chevrolet. Mi madre condujo hasta la carretera, y torció hacia la izquierda para dirigirse a la frontera, y lo dejaron todo atrás.

En Glendive se detuvieron en el Yellowstone Motel. Nuestro padre entró en la habitación y recogió la ropa que habían dejado desperdigada aquí y allá. Fue a la oficina y habló con el empleado de recepción, que no era el que les había atendido la noche anterior. Al pagar —en metálico— bromeó sobre lo lleno que estaba el cielo de satélites; pronto todo el mundo sabría todo lo que hacía todo el mundo, comentario

que, más tarde, el recepcionista consideraría hartamente extraño. Mi padre volvió a la cabaña, y llevó la pequeña maleta de mi madre al Chevrolet, donde ella le estaba esperando. Montó en el asiento del conductor e inició el viaje de vuelta hacia Great Falls. Todo había salido conforme al plan sencillo de mi madre. Si algún pensamiento consciente hubo en ellos sobre la posibilidad de que los descubrieran y apresaran —y debió de haberlo, sin duda—, es muy posible que tal pensamiento se les hubiera ido de la cabeza al sentirse ya cerca de casa, y empezar a sentirse aliviados y felices al pensar en Berner y en mí, que les estábamos esperando, y en la vida mejor que estaba a punto de comenzar para todos nosotros.

Tres cosas he pensado que tienen que ver con las consecuencias del atraco a mano armada y con nuestros padres convertidos en delincuentes que pronto darían con sus huesos en la cárcel.

Una es que los dos habían sido siempre muy diferentes el uno del otro. Mi hermana y yo reconocimos esto a todo lo largo de nuestra infancia y adolescencia. Aquellas diferencias radicales —en personalidad, aspecto, actitud mental, temperamento (ya los he descrito a los dos)— marcaron los extremos opuestos del contínuum que constituyó nuestra vida de hijos suyos. Ambos estábamos compuestos de los rasgos humanos que los hacían a ellos tan diferentes —unos tenía su representación en mí, otros en Berner—, aunque ello no nos hiciera a nosotros más parecidos. Yo era optimista, pero no tan optimista como nuestro padre. Era cauteloso, pero no tan inflexible y escéptico como nuestra madre. Berner se parecía a mi madre, pero era más alta, incluso con quince años: un metro setenta y dos. Tenía también un lado dulce, como nuestro padre, pero lo ocultaba y solía actuar como si no lo tuviera, lo cual, diría yo, era muy propio de nuestra madre. Los dos hermanos éramos razonablemente inteligentes, como nuestra madre. Pero Berner era práctica, característica que no se daba en ninguno de nuestros padres. Era, asimismo, de humor cambiante, y se le podía vencer —como a nuestros padres—, y en un momento dado tendía a aceptar la derrota y el destino, cosa que yo no he hecho jamás.

Pero cuando nuestros padres volvieron de atracar el banco de Dakota del Norte, y volvimos a estar todos juntos en casa —antes de que llegaran los inspectores de la policía—, mi hermana y yo advertimos al instante que nuestra madre y nuestro padre parecían *menos* diferentes que nunca. Estaban mucho más de acuerdo; se les veía mucho menos dados a lanzar suspiros o a discutir entre ellos, o a comportarse como opuestos o adversarios; algo que nunca fue así hasta que se fueron y volvieron del atraco al banco. Yo concluí que aquel lazo nuevo se había formado incluso antes de su partida, la noche en que estuvieron de tan buen humor y tan alegres, como si, como ya he dicho, hubieran recordado algo, una vieja afinidad que volvía a manifestarse en ellos, y a unirlos, de forma que eran ya menos extremos de un contínuum y más dos seres que un día habían contraído matrimonio porque se gustaban.

Dios sabe lo que pudo pasar por sus cerebros en los días inmediatamente posteriores al atraco. El dinero robado estaba escondido en alguna parte de la casa. Ahora debían de sentirse muy visibles, y en un mundo hostil (mientras que un día antes se habían sentido invisibles). La vida anterior, que por razones personales había generado en ellos impaciencia, debió de parecerles brusca y desconcertantemente fuera de su alcance; la bolsa se había alejado demasiado de la costa, el globo

aerostático se hallaba muy alto. El pasado se había terminado de un modo cruel, y el futuro estaba en peligro. Aunque tal vez también era eso lo que ahora les unía: una conciencia mutua e inopinada de las consecuencias. Ninguno de los dos había tenido gran conciencia de ello en el pasado. Y el carecer de conciencia de las consecuencias de las cosas acaso fue su mayor fallo. Aunque ambos tenían motivos para saber que los actos producen resultados.

La segunda no me vino a la cabeza hasta que leí la crónica de mi madre — décadas después de que se quitara la vida en la cárcel— y me enteré de que mi padre me quería a mí de cómplice, no a ella. Y entonces quise saber: ¿me habría explicado que planeaba robar un banco y quería que le ayudara? ¿Qué palabras habría elegido para plantear tal cosa a un chico de quince años? ¿Habría entrado en mi cuarto cuando me estaba despertando el jueves por la mañana y me habría pedido que tuviéramos una charla en privado y luego me lo habría explicado? ¿Habría esperado hasta que estuviéramos en el coche rumbo al este a través de la cuenca del Musselshell para sacar a colación aquel descabellado asunto? ¿Me lo habría dicho sólo cuando estuviéramos entrando en Creekmore? ¿O no me lo habría dicho nunca y me habría utilizado a modo de camuflaje, dejándome en el coche en la trasera del banco, esperando a que volviera, sin enterarme de nada?

Y si me lo hubiera dicho, ¿qué le habría respondido yo? ¿Que no? ¿Habría sido posible decirle que no? (En teoría sí). Por supuesto, le habría dicho que sí, o al menos no habría dicho nada y habría ido con él. Yo no era rebelde o deslenguado como mi hermana. Quería a mi padre y deseaba ver las cosas como las veía él. Y si me hubiera convertido en su cómplice, ¿qué habría cambiado entre nosotros a partir de entonces? Todo, seguramente. ¿Me habría hecho mayor de pronto, en un solo día? ¿Habría arruinado mi vida? ¿Habríamos sido más hermano y hermano que padre e hijo? ¿Sería ahora un criminal en lugar de un maestro? Todo entra dentro de lo posible.

Lo cual suscita otra pregunta: ¿qué habría sucedido si nos hubieran detenido juntos, si nos hubieran cogido y metido en la cárcel; o la policía nos hubiera tendido una emboscada como a Bonnie y Clyde, y nos hubiera acribillado a tiros y luego expuesto nuestros cadáveres para que el mundo pudiera verlos? «Padre e hijo cometen un atraco a un banco. Ambos resultan muertos». Es una línea de pensamiento que mi padre no se permitió, y un destino del que mi madre me salvó.

Y si no les hubieran cogido, ¿habría sido el fin de sus carreras de atracadores de bancos? Ésta es la tercera pregunta que me he estado haciendo. La de nuestra madre, rotundamente sí; en la medida en la que pueden saberse estas cosas. Ella tenía el propósito de hacerlo sólo una vez; eso pienso yo, al menos. Quería dejar atrás una vida de insatisfacciones. Si lo hubiera conseguido, sin duda habría empezado una nueva vida (con Berner y conmigo) en alguna otra parte. Sólo tenía treinta y cuatro años. No es disparatado pensar que pudiera acabar de profesora en un pequeño

colegio; menos recluida en sí misma, probablemente libre (sin volver a casarse), de acuerdo con su sino, con el atraco a aquel banco para siempre atrás.

En cuanto a mi padre, no es tan fácil estar seguro. A él le atraía la idea de robar un banco, o eso creía al menos. Si el atraco hubiera salido bien, su naturaleza, como he dicho, le habría llevado a pensar que cualquier otro atraco futuro también le saldría bien, e incluso que podría mejorar su ejecución. Al menos una vez más. También había creído siempre —aunque los hechos demostraban fehacientemente que estaba equivocado— que no tenía el aspecto de alguien que atraca un banco. Éste fue, por supuesto, su gran error de juicio.

Cuando llegaron a casa, el viernes, eran más de las siete de la tarde. Parecían cansados y ausentes, pero con un gran alivio por estar de nuevo en casa. Yo, presa de la excitación del momento, me puse a contarles lo que Berner y yo habíamos hecho en aquellos dos días: qué había sucedido, lo que habíamos visto, lo que habíamos pensado. Los indios habían hecho varias visitas más a nuestra casa. El teléfono había sonado muchas veces sin que nadie contestara en ninguna de ellas. Berner y yo habíamos comido espaguetis y huevos duros que quedaban, y habíamos hecho tostadas. Habíamos jugado al ajedrez, y visto la televisión: *Los Intocables*, Ernie Kovacs, las noticias. Yo había cortado el césped y observado cómo las abejas libaban las cinias del jardín, al lado del garaje. Por la noche nos sentábamos en la mecedora del porche y contemplábamos el resplandor del cielo. Yo había oído los ruidos de la feria estatal, que ya se estaba celebrando no lejos de casa: la voz del presentador del Wild West Rodeo, a través de los altavoces, y la carrera de pequeños carromatos tirados por caballos, el griterío de la multitud. Y un calíope. Y la voz amplificada de un hombre riendo a carcajadas.

Nuestros padres tenían cosas en la cabeza, y estaban muy pendientes el uno del otro. Era como si se cuidaran muy mucho de irritarse mutuamente. Nuestra madre tomó un baño, y luego entró en la cocina y preparó torrijas y jamón en lonchas. A nuestro padre le gustaban las cenas estilo desayuno, y creía que era bueno para la digestión. Salió a la calle y llevó el coche al callejón de detrás de la casa; algo que no solía hacer a menudo, ya que estaba orgulloso del Bel Air, como había estado orgulloso de los coches que probaba con los clientes y que intentaba vender sin éxito. Cerró las portezuelas y se llevó la llave, en lugar de dejarla puesta como de costumbre.

Cuando nos sentamos a la mesa nuestro padre anunció que el negocio que habían ido a estudiar era un asunto en el que una persona cuerda jamás se metería. Pozos de petróleo, dijo, solemne; luego sonrió y sacudió la cabeza como si se tratara de una idea espantosa. Nuestra madre se había dado cuenta enseguida, explicó. Había sido una buena idea ir con ella, porque nuestra madre tenía una mente comercial muy perspicaz. Y añadió que tenía pensado dedicarse por completo a aprender el negocio de la venta de granjas y ranchos. Era un oficio seguro. Pronto tendríamos la oportunidad de poseer un trozo de tierra propio. Nos quedábamos en Great Falls. Berner y yo podíamos tener la seguridad de que empezaríamos el instituto dentro de un par de semanas. Pensaba hacerle una oferta por la casa a Bargamian. Era una casa de «estilo artesano», y ya no se construían así, nos aseguró. Había que pintarla de otro color, y cambiar el empapelado, y él quería hacer también un recibidor en la entrada, y una chimenea. Pero tenía pensados algunos toques más de elegancia: el

medallón del techo de la sala, por ejemplo. Admiraba la simetría y las líneas firmes de nuestra casa. La luz exterior entraba a raudales por las ventanas de la sala —lo cual era cierto—, y era una casa fresca en verano. A mi padre le recordaba la casa donde había crecido en Alabama. Se había desechado ya cualquier plan de mudanza. Y ello me supuso un gran alivio, aunque a Berner quizá no fuera a afectarle mucho, pues tenía decidido fugarse con Rudy Patterson y dejar todo lo que conocía de la vida a su espalda.

Yo me di cuenta de que mi padre no había vuelto a casa con la bolsa azul que se había llevado al irse de casa la mañana anterior, y no mencionó haberla perdido ni nada parecido. Era muy meticuloso con sus pertenencias, al modo militar. Cuando miré en el cajón de sus calcetines vi que la pistola ya no estaba. Pensé que algo habría sucedido en su viaje de negocios que le había impedido volver a traerla a casa. Pero no podía imaginar qué. Advertí también que, después de cenar y de que nos hubiera asegurado que nos quedaríamos en Great Falls, mi padre se sentó en la sala con la camisa blanca y los tejanos, y las botas puestas, y encendió el televisor y se puso a ver *Summer Playhouse*, y charló con mi madre a través de la puerta abierta de la cocina, donde ella estaba fregando los platos. Le dijo que en Great Falls se sentía como en casa, pero que estaba seguro de que también sería feliz si se iba a vivir a Alabama. Siempre venía bien vivir cerca de los parientes. Mi madre le contestó que nunca era una mala idea quedarse cerca de donde uno procedía. Mucha gente vivía toda su vida luchando contra esa idea. Y él era muy afortunado, añadió mi madre, por haberse dado cuenta de ello cuando aún era joven.

Todo lo cual era mentira, por supuesto, lo que estaban afirmando, cómo se comportaban el uno con el otro, lo que querían que nosotros creyéramos, cómo pintaban el futuro. Estaban adornando la superficie de los actos que habían cometido, para disfrazarlos, para dar buena apariencia a lo que ellos esperaban que acabaría siendo el resultado. Los hechos, sin embargo, no son como uno los inventa. Nuestros padres corrían hacia el desastre. Pero habían vuelto a un lugar tranquilo y familiar, donde todo estaba en el sitio en el que lo habían dejado —incluidos Berner y yo—, donde todo parecía lo mismo y donde, en circunstancias diferentes, todo podría haber seguido siendo lo mismo. Tal vez pensaban que ellos eran los mismos, y que eran capaces de seguir siendo como eran antes. Seguían teniendo los problemas de siempre. Los mismos deseos. Que ahora tuvieran que enfrentarse a unas consecuencias calamitosas, a acontecimientos ya en progreso que se apoderarían de sus vidas —que pronto llevarían estampado el sello de «acabadas» sencillamente no les había entrado del todo en la cabeza. Eran capaces de seguir pensando, actuando, hablando como lo habían hecho siempre. Casi se les podía perdonar, o incluso podían caer simpáticos, por dejarse cautivar por el último regusto de la vida que acababan de arruinar.



El sábado por la mañana me desperté al oír a mi madre hablando por teléfono. Insistía en algo, y me hizo un gesto para que me fuera de allí cuando me vio en el pasillo camino del cuarto de baño, que estaba un poco más allá del nicho del teléfono. Mi padre, al parecer, no estaba en casa. No se veía el coche en la parte trasera de la casa, donde lo había dejado la noche anterior. El tiempo había cambiado de la noche a la mañana. La casa estaba fría y con corrientes, y las puertas delantera y trasera estaban abiertas. Las nubes claras que se veían por la ventana de la cocina pasaban con prisa hacia el este, y la luz se había vuelto de un verde amarillento. Las cortinas estaban hinchadas, y los olmos del jardín y del parque del otro lado de la calle se movían de un lado a otro como si fuera a llover. Nuestro montón de ropa desechada seguía en el porche trasero esperando al camión de Saint Vincent de Paul. El interior de la casa estaba fresco y casi en calma a pesar de las corrientes. Era como una mañana en la que se espera que por la tarde va a suceder algo importante.

Cuando colgó el teléfono, mi madre anunció que se iba paseando hasta la tienda italiana de Central Avenue, donde compraba los comestibles. Berner seguía durmiendo. Mi madre me dijo que, si quería, podía ir con ella, lo cual me dio una gran alegría. A mi modo de ver, no pasaba suficiente tiempo con ella. Mi madre pasaba mucho más tiempo con Berner.

Pero mi madre habló muy poco durante el paseo. En la tienda italiana compró el *Tribune*, algo que nunca le había visto hacer, ya que le interesaba muy poco lo que ocurría en la ciudad. Mientras caminábamos el uno al lado del otro intenté hablar de algunas cosas que me rondaban por la cabeza. Mi Schwinn estaba vieja; la habíamos comprado de segunda mano en Mississippi y ya no me servía. Había estado pensando en una Raleigh: una bicicleta inglesa, de ruedas finas, frenos de mano, cambios y una cesta detrás del sillín. Cuando empezaran las clases, quería llevar los libros y el ajedrez (con sus piezas) al instituto. Antes no me dejaban ir al colegio en bicicleta, pero suponía que ahora me darían permiso. Le recordé a mi madre que pensaba construir una colmena sencilla en la trasera de la casa, y que esperaba hacerlo antes de la primavera, cuando me llegaran las abejas que había pedido a Georgia. La colmena traería muchas cosas buenas. La polinización de las malvarrosas. La miel — que todos podríamos tomar— era muy buena para las alergias; a Berner le vendría de maravilla. Además sería muy educativa, ya que las abejas eran muy organizadas y resueltas, y yo podría escribir trabajos para el instituto donde explicaría lo que había aprendido, como ya había hecho con el proceso de fundición, por ejemplo, y con la vacuna de la polio —éste lo hizo también Berner—. Le dije que la feria estatal seguía abierta, y que esperaba visitar la exposición de las abejas. Aquél era el último día. Ella me dijo, sin embargo, que era mi padre quien tendría que decidir sobre todo

aquello, porque ella estaba ocupada. Y me recordó que a ella no le gustaban las ferias. Eran peligrosas. Se sabía que la gente que trabajaba en ellas secuestraba niños (esto —pensé— se lo estaba inventando). Lo que en aquel momento le interesaba era la ropa. Berner necesitaba ropa interior. Yo no crecía muy rápido, pero Berner sí —mucho más rápido que yo—; yo ya lo había notado, y mi madre me dijo que era algo natural. Yo podría llevar una temporada más la ropa del año anterior. Me daba la sensación de que mi madre no estaba entendiendo ninguna de las cosas que para mí eran importantes.

Cuando estuvimos enfrente de casa, vimos que las puertas de la iglesia luterana estaban abiertas, y había actividad en su interior. Bajo los árboles agitados por el viento, mi madre alzó la mirada hacia el arco movedizo de las ramas, y observó que el aire se había vuelto un poco frío (algo que yo no percibí). Y lo lamentaba. Pronto veríamos nieve en los picos del oeste. El otoño caería sobre nosotros antes de que pudiéramos darnos cuenta.

Entramos en casa, y mi madre hizo té y un sándwich de mortadela; luego salió a los escalones del porche delantero y, al sol ventoso de la mañana, se puso a leer el periódico. Tenía la enorme Stromberg-Carlson encendida en la sala, lo cual no era habitual. Aunque yo no lo sabía, estaba pendiente de las posibles noticias sobre el robo, y deseosa de saber si habían llegado ya a Great Falls. Luego, horas después, miré en el periódico a qué hora cerraban la feria. No me había fijado en nada más, pero no recuerdo haber visto reseña alguna sobre ningún atraco. Nada de aquello había acontecido en mi vida todavía.

Sin embargo, era muy consciente de que los indios habían dejado de pasar por delante de nuestra casa en coche y de mirarnos fijamente, con odio. Y de que el teléfono había dejado de sonar. Pero aquella mañana había pasado dos o tres veces un coche de policía negro y blanco, y sabía que mi madre también lo había visto. Y no noté nada extraño. De lo único que era consciente era de una sensación —que no era capaz de describir— de movimiento a mi alrededor. Nada había visible en la superficie de la vida, y era esta superficie la que yo conocía. Pero los niños que viven en familia perciben esta sensación de movimiento. Puede significar que alguien les cuida, que alguien se ocupa invisiblemente de las cosas, que nada malo puede sucederles. O puede significar algo más. Es la sensación que uno tiene cuando le han criado bien, que es el caso, creo, de Berner y mío.

A mediodía aún no había vuelto nuestro padre, y mi madre se vistió para ir a alguna parte, lo cual tampoco solía suceder los sábados. Se puso el traje que a veces llevaba para dar clase: un traje de gruesa lana verde con grandes cuadros rosa claro, muy poco apropiado para el verano. Y medias y zapatos negros de tacón ligeramente alto. Así vestida, y dando vueltas por la casa en busca de su bolso, parecía rígida e incómoda. El traje parecía rozarle, y los zapatos emitían sonoros ruidos sobre el piso.

Se había ahuecado un poco el pelo ante el espejo del cuarto de baño, de forma que tenía un aire como esponjoso y las facciones empequeñecidas, casi ocultas, que era probablemente lo que quería. Cuando Berner la vio, dijo: «Ahora ya lo he visto todo». Y se volvió a su cuarto y cerró la puerta.

Yo, de pie en la sala, le pregunté adónde iba. Seguía con la sensación de que las cosas se estaban moviendo a mi alrededor. La posibilidad de lluvia había estado en el ambiente, pero había pasado ya, como tantas veces acontece. El día se había vuelto húmedo, brillante e inflexiblemente caluroso. Mi madre me dijo que pasaría a recogerla su amiga Mildred Remlinger, la enfermera del colegio donde ella daba clases, y con quien iba todos los días en coche durante el curso, pero a quien nunca solía ver después de empezado el verano. Yo no conocía a Mildred, pero mi madre dijo que era una mujer que tenía problemas personales que necesitaba consultar con otra mujer. No estaría fuera mucho tiempo. Berner y yo podíamos comer lo que quedaba de mortadela si teníamos hambre. Luego ella haría la cena.

Al final llegó Mildred en el coche y tocó la bocina enfrente de casa. Mi madre bajó apresuradamente los escalones de la entrada y al llegar a la acera montó en el coche, un Ford marrón de cuatro puertas. Se alejaron, y yo llegué a la conclusión de que las sensaciones extrañas que estaba sintiendo las estaba creando mi madre.

Al cabo de un rato Berner salió de su cuarto, y comimos la mortadela y un poco de queso. Nuestro padre seguía sin aparecer. Berner dijo que deberíamos coger un trozo de queso y bajar al río a dar de comer a los patos y los gansos, algo que solíamos hacer. Teníamos muy poco que hacer si no había colegio o estábamos con nuestros padres en casa, observándoles, o ellos observándonos a nosotros. Ser niño en esas circunstancias implicaba pasarte la mayor parte del tiempo esperando, a que tus padres hicieran algo, o a hacerte mayor, lo cual parecía algo aún muy lejano.

El río estaba a sólo tres manzanas de casa, en la dirección opuesta de la tienda de los italianos. Berner llevaba las gafas de sol y los guantes de encaje blancos con que se tapaba las verrugas. Camino de la orilla, me advirtió de que Rudy Patterson le había dicho que Fidel Castro pronto iba a tener la bomba atómica, y que lo primero que haría sería borrar Florida del mapa. Ello daría comienzo a una guerra mundial de la que ninguno de nosotros podríamos librarnos (yo no la creí). Dijo que Rudy le había dicho también que los mormones llevaban unas prendas especiales que les protegían de los no mormones, y que tenían prohibido quitárselas. Luego me dijo que, por las noches, había empezado a escaparse por la ventana para reunirse con Rudy, que a veces cogía el coche de sus padres sin permiso. Iban a lo alto de las rocas cortadas a pico, junto al aeropuerto municipal, y aparcaban donde podían ver las luces de la ciudad, y oían la radio de Chicago y Texas, y fumaban cigarrillos. Allí fue donde Rudy se había puesto a divagar sobre Fidel Castro, y a asegurar que hablaba en serio cuando decía que iba a fugarse de Great Falls. Se sentía mayor de lo que era en

realidad, tenía ya vello en el pecho y podía pasar por alguien de dieciocho años. Qué más hacían allí, dentro del coche, era lo que yo quería saber. «Nos besamos. Nada de cosas asquerosas», dijo Berner. «No me gusta mucho su boca, con ese pequeño bigote. No huele bien. Huele como a sucio». Me enseñó un cardenal que tenía en el cuello y que quedaba tapado por el jersey. «Me hizo esto», dijo. «Y le di de bofetadas. Mamá se pondrá con una fiera». Sabía lo que era. «Un tatuaje de lengua», lo había llamado un compañero del colegio. Tenía uno justo donde Berner tenía el suyo. El chico dijo que dolía cuando te lo hacían. Yo no entendía por qué se hacía algo así. Nadie me había explicado nada sobre sexo en aquella época. Sabía sólo lo que había oído.

Durante un rato estuvimos a la orilla del río, entre las matas, donde los saltamontes y las moscas zumbaban y bullían cerca del agua reluciente y sibilante. Los coches, no lejos de allí, avanzaban dando brincos sobre el puente de Central Avenue. El mediodía era caluroso y quieto. La fundición siempre dejaba en el aire cierto resabio metálico y amargo, y el propio río olía a metal, aunque el agua estuviera fresca cerca de la superficie. Los edificios altos de Great Falls —el Milwaukee Road y las estaciones de la Great Northern, el Rainbow Hotel, el First National Bank, la Great Falls Drug Company— estaban al otro lado del río y tenían un aspecto foráneo. Un águila calva surcaba el aire por encima de la superficie plana del río, en dirección a Squaw Island y la chimenea de la fundición Anaconda —sus ciento cincuenta metros de altura me parecían impresionantes—, e iba a posarse en un árbol de la lejanía, y al instante se convertía en diminuta. Los corégonos salían hasta la superficie para atrapar las bolitas amarillas de queso que dejábamos flotando encima del agua. Los azulones se acercaban nadando y aleteaban y se peleaban por ellas mientras se alejaban hacia los juncos de la orilla opuesta. Cacé un saltamontes —estaba caliente— con las manos, y lo dejé sobre la capa superficial del río. Giró corriente abajo tratando de utilizar las alas, tratando de alzar el vuelo. Y desapareció. Un gran reactor de reabastecimiento de combustible de la Fuerza Aérea despegó de la base y ganó altura en el aire. Se ladeó en dirección sur y se perdió de vista antes de que llegara hasta nosotros el ruido de sus motores. Me gustaba Great Falls, pero no era una ciudad que me importara demasiado. Me imaginaba montando en un vagón de la Western Star y llegando a alguna universidad lejana —Holy Cross o Lehigh—, y cómo a partir de entonces todo en mi vida tomaba un rumbo propio.

Cuando volvíamos a casa el sol nos daba en la parte alta de la cabeza. Un viento caliente y húmedo procedente del sur agitaba el polvo en Central Avenue. Los neumáticos de los coches que pasaban se ceñían con ruido al asfalto y los árboles estaban polvorientos y tenían las hojas quebradizas. No había ni rastro de frescor en el ambiente.

Los luteranos celebraban una boda en el interior del templo. Las puertas, frontales y laterales, estaban abiertas, y había dos altos ventiladores plateados situados de forma que hacían circular el aire. Dos hombres con sombreros del Oeste estaban en el camposanto contiguo en mangas de camisa, con las chaquetas sobre el antebrazo y fumando. Junto al bordillo de la acera sólo había aparcada una camioneta roja y manchada de barro. Atados al parachoques trasero, llevaba una ristra de latas y unos cuantos pares de botas viejas. En las ventanillas laterales alguien había garabateado con pintura blanca «Recién casados» y «Pobre chica».

Berner y yo nos paramos para mirar hacia la iglesia, y ella estudió las puertas abiertas a través de los cristales de las gafas, como si la novia y el novio fueran a salir en cualquier momento. Nunca habíamos estado en una iglesia.

—¿Por qué os casáis? —dijo Berner, como asqueada—. Pagáis por lo que podéis conseguir gratis.

Escupió con cuidado, entre sus zapatillas de tenis, en el césped del jardín delantero de casa. A mí nunca se me había ocurrido hacer esa pregunta, pero a veces pensaba que Berner sabía lo que yo pensaba antes de que llegara a pensarlo. Crecía mucho más rápido que yo. Y no le gustaban las cosas que no entendía.

—Los padres de Rudy ni siquiera está casados —dijo—. Su auténtica madre vive en San Francisco, que es adonde va a ir cuando se escape de casa. Estoy pensando en irme con él. Si lo cuentas en casa te estrangulo. —Me agarró el brazo y me dio un pellizco tan fuerte que me dolieron las orejas, a pesar de que llevaba los guantes blancos. Era mucho más fuerte que yo—. Lo digo en serio —dijo—. So mierda.

Me había llamado cosas así antes. Pedazo de mierda. Picha. Polla. No me gustaba, pero me daba la sensación de que seguía habiendo intimidad entre nosotros. Me hacía sentirme mejor de lo que me había sentido últimamente.

—No diré nada —dije.

—Nadie te haría ni caso, de todas formas —dijo, y se burló de mí—. El señor Ajedrez. Eso es lo que eres —dijo.

Subió los escalones y entró en casa.

Nuestro padre estaba sentado en la mesa de la sala, dando betún Cat's Paw a sus

botas negras de cowboy. Le había visto hacerlo con sus zapatos de la Fuerza Aérea cientos de veces. Su caja de madera de la limpieza del calzado estaba abierta encima del *Tribune* que había estado leyendo mi madre. También se estaba cortando las uñas. Las esquiras en forma de media luna estaban desperdigadas sobre el papel de periódico.

Había cogido el globo terráqueo de mi cómoda y lo había puesto encima de la mesa, delante de él. En la sala había un olor dulzón a betún. Había sintonizado la KMON para las noticias agrícolas del sábado. Iba vestido como todos los sábados: sandalias de goma y bermudas, y la camisa hawaiana de flores rojas que dejaba al descubierto la serpiente enroscada que tenía tatuada en el antebrazo. Componían el nombre del Mitchell desde el que había arrojado bombas sobre Japón: *Old Viper*. Tenía otro tatuaje en el hombro: unas alas de la Fuerza Aérea, que no había ganado por ser piloto, que es lo que siempre había querido ser.

Al verme, me dirigió una gran sonrisa. Cuando entramos mi hermana y yo parecía taciturno y absorto. No actuaba como si se sintiera bien. No se había afeitado, pero en sus ojos vi el mismo fulgor que le había visto cuando volvió a casa de su primer viaje de negocios.

Berner siguió cruzando la sala y no se paró.

—Tengo mucho calor —dijo—. Voy a sentarme en la bañera llena de agua fría, y luego les daré de comer a los peces.

Nadie había encendido el ventilador de buhardilla, así que Berner lo hizo al pasar por el pasillo. El aire empezó a moverse. Oí cómo se cerraba su puerta.

—Quiero hablar contigo —dijo mi padre, sin dejar de aplicar el betún y frotar con el trapo—. Siéntate ahí.

No estaba acostumbrado a quedarme completamente a solas con él, pese a que se suponía que pasaba más tiempo con él que con mi madre. Normalmente, mi madre solía estar cerca. Mi padre siempre quería entablar una conversación seria conmigo cuando estábamos solos. Por lo general tales charlas tenían que ver con su deseo de hacerme saber que nos quería, y que siempre estaba trabajando para nuestro bienestar, y que tenía una apuesta personal sobre nuestros futuros individuales, sobre los que nunca decía nada claro. Siempre me hacía sentir que no nos conocía bien a Berner y a mí, puesto que mi hermana y yo siempre habíamos dado por supuestas estas cosas.

Me senté junto al montón de trapos y cepillos de dientes ennegrecidos y la lata cilíndrica de Cat's Paw. El globo terráqueo estaba girado de tal forma que mostraba el mapa de los Estados Unidos.

—Me encantaría poder llevarte a la feria estatal.

Me miró directamente a los ojos, como si estuviera diciendo algo que significara otra cosa. O como si me hubiera pillado en una mentira y estuviera tratando de hacerme entender la importancia de no mentir. En aquel tiempo yo no mentía.

—Hoy es el último día —dije. El anuncio podía leerse en el periódico sobre el que estaba limpiándose las botas. Probablemente lo había visto, y por eso lo sacaba a colación—. Aún podríamos ir.

Miró por la ventana en el instante en que pasaba un coche, y luego miró el globo terráqueo.

—Lo sé —dijo—. Pero hoy no me siento demasiado bien.

Una vez, en Mississippi, habíamos ido a una feria del condado ambulante que levantaba sus tiendas no lejos de donde vivíamos. Él y yo fuimos una noche. Lancé pelotas de goma contra muñecas de trapo con coletas rojas, pero nunca logré derribar ninguna. Luego disparé con un rifle cargado con corchos y tumbé unos patos, y gané un paquete de caramelos terrosos en forma de rombo. Mi padre me dejó solo y entró en una tienda a ver un espectáculo no apto para menores. Me quedé fuera, sobre un suelo lleno de serrín, escuchando las voces de la gente y la música de las atracciones y el sonido de las carcajadas del Palacio de la Risa. El sol tenía un tono amarillento por las luces de la feria. Cuando mi padre salió de la carpa con un numeroso grupo de otros hombres, dijo que había sido toda una experiencia, pero no explicó nada más. Montamos juntos en los autos de choque, y comimos tofes, y nos fuimos a casa. No he estado en ninguna otra feria, y aquella tampoco me pareció gran cosa. Los chicos del club de ajedrez me habían dicho que en la feria de Montana exhibían ganado y aves de corral y cosas agrícolas, y que no tenía el menor interés. Pero yo seguía interesado en las abejas.

Mi padre respiraba por la nariz mientras daba betún al cuero de sus botas. Despedía un olor muy fuerte, más fuerte que el del Cat's Paw: un olor acre que pensé que tenía que ver con el hecho de que no se encontraba bien. Se echó hacia atrás, dejó el trapo y se frotó la cara con las manos como si tuviera agua en ellas, y luego se las pasó por el pelo, lo cual le hizo despedir una vaharada más del mismo olor. Apretó los ojos cerrados y los abrió.

—¿Sabes? Cuando era niño, en Alabama, tenía un amigo que vivía en nuestra calle. Uno de nuestros vecinos, un médico viejo, tenía la consulta en casa, y un día invitó a mi amigo a entrar en ella. Este viejo médico intentó hacerle a mi amigo algo que no estaba bien. —Los ojos brillantes y sombríos de mi padre enfocaron con fijeza la lata de betún, y luego se alzaron hasta mí teatralmente—. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—Sí, señor —dije, aunque no lo había entendido.

—Mi amigo, que se llamaba Buddy Inkster, hizo que el viejo parara, por supuesto. Se fue directamente a su casa y se lo contó a su madre. ¿Y sabes lo que le dijo su madre?

Mi padre parpadeó hacia mí y ladeó la cara con expresión inquisitiva.

—No, señor.

—Le dijo: «¡Buddy, dile a ese viejo que no vuelva a intentarlo más!».

Mi hermana empezó a llenar la bañera de agua. Aun con el ventilador de buhardilla en marcha, tenía mucho calor con la ropa puesta. Había empezado a sudar por debajo del cuello de la camisa. La puerta del cuarto de baño se cerró, y oí cómo mi hermana echaba el pestillo.

—¿Entiendes lo que su madre le estaba diciendo? —Mi padre cogió la tapa de la lata de betún y la cerró con cuidado apretándola con dos dedos hacia abajo, hasta que oímos un suave clic—. Ahora bien, si la cosa hubiera sucedido, a él (me refiero al viejo matasanos), a él le habrían metido en la cárcel y la gente habría salido a por él con horcas y teas. ¿Sabes? —No, no sabía. Un coche tocó el claxon en la calle, con el motor muy acelerado, e instantes después salió rugiendo y se alejó calle abajo. Mi padre no parecía haberlo oído—. Bien, pues le estaba diciendo a Buddy que debía aprender a vivir con ciertas cosas, y a seguir ocupándose de sus asuntos. ¿Me entiendes?

—Creo que sí.

Era lo que pensaba.

—Pueden sucederte cosas malas —dijo mi padre—. Las dejas a un lado y sigues viviendo.

Quería que su historia causara efecto en mí. Parecía estar diciéndome que uno puede perderse partes importantes de lo que la gente hace y dice, pero que aun así tiene que confiar en sí mismo para llegar a comprenderlas. Lo que creo que me estaba diciendo realmente, sin embargo —sin utilizar exactamente esas palabras—, era que algo malo estaba a punto de sucederme, y que tendría que encontrar mi propia forma de superarlo. Quería también que me hiciera responsable de Berner. Por eso me lo estaba diciendo a mí y no a ella; lo cual no hacía sino probar que conocía a Berner casi tan poco como me conocía a mí.

—¿Tu hermana y tú pensáis en lo que vais a hacer con vuestra vida?

Sus ojos parecían secos y cansados. Tenía las yemas de los dedos manchadas de betún, y se las limpiaba una a una con el trapo de franela. Ahora se dirigía a mí como desde cierta distancia.

—Sí, señor —dije.

—¿Y bien? ¿Qué pensáis? —dijo—. Sobre el futuro.

—Quiero ser abogado —dije, por nada en especial, salvo que uno de los chicos del club de ajedrez había dicho que su padre lo era.

—Entonces me gustaría que pudieras darte prisa —dijo, y se estudió las uñas para ver cómo le habían quedado tras la limpieza. Aún quedaban franjas negras bajo los bordes—. Tienes que encontrar la forma de que todo tenga sentido. —Sonrió débilmente—. Hacerte una jerarquía. Algunas cosas son más importantes que otras. Puede que las cosas no te salgan como esperas.



Apartó la mirada y la dirigió a nuestra calle, First Avenue SW, a través de la ventana. Los luteranos se mezclaban unos con otros bajo los árboles del parque de enfrente de su iglesia. La boda llegaba a su fin. La gente se abanicaba con el sombrero y con abanicos de papel, y reían. En aquel mismo momento, mi madre se estaba bajando del Ford de Mildred Remlinger, aparcado junto al bordillo. Con su traje de lana de cuadros verdes y rosas tenía un aire diminuto e infeliz. No se volvió para decirle nada a Mildred: cerró la portezuela y echó a andar hacia el porche delantero de casa. El coche de Mildred inició la marcha y se alejó.

—Aquí llega el problema —dijo mi padre.

Creía que me iba a decir que no le hablara de nuestra conversación a mi madre. A menudo lo decía, como si tuviéramos secretos importantes, aunque a mí no me lo parecía. Pero no lo dijo. Y ello me hizo entender que nuestra conversación era cosa de ellos dos, no sólo de él, aunque yo no hubiera entendido de qué se trataba realmente: de la posibilidad de que los detuvieran, y de lo que Berner y yo haríamos después.

Mi padre me sonrió con su sonrisa de conspirador. Se levantó de la mesa.

—Va a resolverlo todo completamente —dijo—. Espera y verás. Es más lista que el hambre. Mucho más lista que yo, con diferencia.

Salió a recibirla a la puerta. Nuestra conversación acabó allí. Y no volvimos a tener otra parecida.

Se oyen historias sobre gente que ha cometido crímenes graves. De pronto deciden confesarlo todo, presentarse ante las autoridades, descargar por completo su conciencia: el peso, el daño, la vergüenza, el aborrecimiento de sí mismos. Lo confiesan todo antes de ir a la cárcel. Como si la culpa fuera lo peor del mundo para ellos.

Quiero decir ahora que la culpa tiene que ver con todo ello menos de lo que uno podría pensar. Antes bien, el problema insoportable es que todo se vuelve enormemente confuso de forma repentina: la senda despejada que lleva al pasado se ve obstruida y resulta impracticable; la persona que una vez sintió ser es completamente distinta de la que siente ser hoy. Y el tiempo mismo: las horas del día y de la noche discurren de forma tan extraña... Primero velozmente, luego con increíble lentitud. Luego el futuro se hace tan confuso e impenetrable como el propio pasado. Lo que le pasa a una persona en este trance es que se queda paralizada, atrapada en un presente largo, continuado, insufrible.

¿Quién no iba a querer que todo esto terminara, si fuera posible? ¿Hacer que el presente diera paso a algún futuro, casi a cualquiera? ¿Quién no lo admitiría todo sólo para liberarse de ese terrible presente? Yo lo haría. Sólo un santo no lo haría.

Otro coche de la policía negro y blanco pasó por delante de nuestra casa varias veces aquel sábado. El conductor uniformado parecía fijarse mucho en nuestra casa. Nuestro padre se acercó a la ventana de la sala varias veces para mirar la calle. «Muy bien. Te veo», dijo más de una vez. El día anterior, él y nuestra madre se habían mostrado amistosos y comunicativos el uno con el otro. Ahora, sin embargo, actuaban como orillándose, algo a lo que yo estaba más acostumbrado. Nuestro padre parecía querer hacer más de lo que podía abarcar. A nuestra madre, por su parte, se la veía muy resuelta. No se habló mucho. Yo intenté interesar a Berner en «el concepto posicional» y en el «sacrificio agresivo», sobre los que había estado leyendo, haciéndole demostraciones encima de mi cama, sobre el tablero enrollable. Pero Berner dijo que no se encontraba bien, y que yo no podía entenderlo porque se trataba de cosas de la vida y no de ningún juego.

Desde que había vuelto de ver a la señorita Remlinger, nuestra madre se había puesto a hacer cosas en la casa. Lavó un montón de ropa en la lavadora y la colgó en el tendedero del jardín trasero —se subía a una caja de madera para llegar a la bolsa de las pinzas—. Limpió la bañera —que Berner siempre dejaba sucia— y barrió el

porche delantero, donde el viento había llenado de arenilla las rendijas. Fregó los platos de la noche anterior, que habían quedado en la pila. Nuestro padre salió a la trasera de la casa y se sentó en una de las sillas de jardín y se quedó mirando el cielo de la tarde y practicó los ejercicios oculares que había aprendido en la Fuerza Aérea. Al cabo de un rato entró en casa, sacó la mesa de jugar a las cartas del armario del pasillo y la llevó a la sala, luego bajó un rompecabezas de un estante y se sentó con las piezas diseminadas sobre el tablero. Le gustaban los rompecabezas, y creía que requerían una inteligencia especial. También había hecho varios puzzles de colorear por números a lo largo de los años, que había exhibido en casa durante un tiempo y luego había guardado en el mismo armario y no había vuelto a acordarse de ellos.

Acercó una silla a la mesa por si alguien quería colaborar en el rompecabezas, y empezó a coger piezas, a darles la vuelta para estudiarlas y a ensamblar las de encaje más obvio como si fueran islas minúsculas. Le preguntó a Berner si quería participar en el pasatiempo, porque se sentiría mejor. Pero ella dijo que no. Era un rompecabezas de las cataratas del Niágara, pintadas por Frederic E. Church. Representaba un agua verde y vasta y tumultuosa, rompiendo sobre las rocas bajas rojas y volviéndose blanca y amarilla al ir cayendo por el abismo lechoso. Lo habíamos ensamblado muchas veces, y a mí me recordaba espontáneamente la fotografía de mi madre y de sus padres, que habían estado al pie de las cataratas en un barco. Era el rompecabezas preferido de mi padre, porque tenía fuerza dramática. Era de la escuela de pintura del Hudson River, decía la caja, lo cual me parecía que no tenía ningún sentido porque la caja decía también que era el río Niágara y no el Hudson. Siempre me había preguntado si no habría alguna fórmula para que casar las piezas del rompecabezas te llevara una hora o menos. Tener que imaginar aquella estampa cada vez que lo armabas y luego buscar las piezas apropiadas se me antojaba el modo más duro de hacerlo. Además, no entendía por qué ibas a querer hacerlo más de una vez. No era como el ajedrez, que podía parecer que era el mismo juego cada vez que lo jugabas, pero en el que el número de movimientos posibles en cada partida era prácticamente inacabable.

Durante un rato estuve de pie junto a nuestro padre, señalándole las piezas azules y purpúreas del cielo y las partes que pertenecían claramente al río. Berner preguntó a nuestra madre si podía ir a dar un paseo, porque el ventilador le estaba irritando los senos nasales, pero tanto mi madre como mi padre le dijeron que no.

Nuestra madre volvió a pasarse un largo rato al teléfono en el pasillo —mi padre fingía no prestarle atención—, y al final se llevó el teléfono con el alargador a su cuarto, y cerró la puerta. Yo alcancé a entreoír el murmullo de su voz bajo el sonoro zumbido del ventilador. «No, no haríamos esto en circunstancias normales, pero...», le oí decir. Y: «... no hay ninguna razón para pensar que vaya a durar siempre...». Estos retazos de conversación con alguien cuya identidad no conocía hicieron que

tuviera la sensación de que mi padre —sentado en la sala casando piezas de las cataratas del Niágara— era un desconocido, como si nuestra madre fuera también su madre, y tuviera que cuidar de él además de cuidar de nosotros.

Al cabo de un rato me fui a mi habitación y me tendí en la cama. Berner entró y cerró la puerta, y anunció que, en su opinión, nuestros padres estaban locos. Dijo que, después de terminar de hablar por teléfono, nuestra madre había ido a la cocina, y ella, Berner, había entrado en su dormitorio para intentar averiguar con quién había estado hablando. La maleta de nuestra madre estaba encima de su cama gemela, abierta y con algo de ropa en su interior. Salió del dormitorio y fue a la cocina y le preguntó a nuestra madre por qué tenía la maleta encima de la cama, y ella le dijo que pronto haríamos un viaje. No dijo adónde. Berner le preguntó si nuestro padre vendría con nosotros, y ella dijo que, por supuesto, podía venir si quería, pero que probablemente no vendría. Berner dijo que esta conversación le revolvió el estómago y le entraron ganas de vomitar —aunque no lo hizo—, y momentos después ganas de escaparse de casa y de casarse con Rudy Patterson. Pensé que no me iban a invitar a acompañarles en ese viaje.

A las cuatro de la tarde nuestra madre se fue a su dormitorio a echar una cabezada. Cuando hubo cerrado la puerta, mi padre vino a mi cuarto y miró dentro, y luego fue hasta la puerta del cuarto de Berner. Quería saber si nos apetecía ir con él en coche hasta el recinto ferial, ya que había leído que aquella última tarde la entrada costaba la mitad, y que por la noche habría fuegos artificiales. Dijo que no había razón alguna para que no fuésemos a echar una ojeada. Sonrió de una forma que me pareció traviesa, como si nos estuviera sugiriendo jugársela a nuestra madre.

Yo, por supuesto, tenía muchas ganas de ir. Había muchas cosas importantes, complejas que aprender. Habría expertos que mostrarían una colmena con un lado de cristal donde vivía la reina, y enseñarían cómo manejar los botes de humo para evitar que las abejas te mataran a picotazos; algo que mi padre había mencionado y que me había preocupado mucho.

Berner dijo que no le interesaba. Tendida en la cama, dijo que había oído en el colegio que a la feria, el último día, sólo iban indios malolientes, porque no tenían un centavo y estaban siempre borrachos. Y que ya había visto bastante indios en los coches que habían pasado por delante de nuestra casa durante toda la semana, cuando a ellos dos les había apetecido irse de viaje.

Nuestro padre se había puesto las botas de cowboy bien lustrosas y unos tejanos planchados que solía llevar en la oficina de venta de terrenos, aunque no se había afeitado ni peinado como hacía normalmente. Estaba sonriente, pero volvía a tener un aire extraño, como si sus rasgos faciales no encajaran bien en sus huesos de la cara. Allí de pie, en el umbral del cuarto de Berner, dijo que lamentaba que los indios hubieran estado pasando por delante de la casa, pero que ahora ya estaban

apaciguados. Una vez, su tío Cleo le había invitado a ir con él en coche a Birmingham. Pero a la sazón tenía una pequeña novia llamada Patsy. Le dijo al tío Cleo que no podía ir porque iba a tener la oportunidad de ver a Patsy. Al mes siguiente, el tío Cleo murió en un paso a nivel en el que no funcionaba la barrera. Ya nunca volvió a ver a su tío, y siempre había lamentado no haber ido con él a Birmingham.

—No fue culpa tuya —dijo Berner desde la cama, limándose las uñas—. Puede que el tío Cleo hubiera tenido que ser más prudente.

Le encantaba discutir con nuestro padre y sentirse superior.

—No hay duda —dijo nuestro padre—. Pensé que podría ir a Birmingham con el tío Cleo en cualquier otra ocasión. Pero resultó que no la hubo.

Berner dijo algo que no pude oír por culpa del ventilador. Me pareció que dijo:

—¿Así que te vas a matar si no voy?

—Espero que no —dijo mi padre—. De verdad espero que eso no suceda.

Berner era descarada, ya lo he dicho. La palabra que mi padre empleaba para definirlo era «altanería».

—Eso es chantaje —dijo—. No me gusta que me chantajeen.

—Puede que no lo esté diciendo bien —dijo nuestro padre.

Entonces Berner dijo algo que no puede oír. Pero supe que se había ablandado por el tono quejumbroso de su voz. Oí cómo crujía el piso de tarima de su cuarto. Mi hermana no podía resistirse cuando nuestro padre la miraba fijamente. Sólo nuestra madre podía. Los queríamos a los dos, y eso tiene su importancia. No debe obviarse en esta historia. Siempre quisimos a nuestros padres.

Enfilamos Third Street, siguiendo el río, y dejamos atrás el sitio donde Berner y yo habíamos dado de comer a los patos. El cielo volvía a estar inestable, y el viento movía de un lado a otro los olores. Nubes planas, de base purpúrea, se deslizaban hacia el sur. Pequeñas crestas blancas brincaban sobre la superficie del agua, y unas gaviotas remontaban el vuelo en la brisa húmeda. Pronto habría una tormenta. Llevaba anunciándose todo el día. Era el comienzo del otoño; nuestra madre había dado en el clavo.

En el asiento trasero, yo iba pensando. Pero no en la exposición de las abejas sino en la tienda donde la policía del estado exhibía sus armas para que pudieran inspeccionarlas los ciudadanos. Algunos miembros del club de ajedrez habían hecho comentarios sobre los bazucas y las granadas de mano y los subfusiles Thompson que podrían verse en aquella tienda. Habían hecho conjeturas sobre los usos que la policía podría dar a esas armas. Mi pensamiento giraba en torno a los indios, a quienes se consideraba una colectividad criminal, y a los comunistas, que conspiraban contra Norteamérica. Había mirado por tercera vez el cajón de los calcetines de mi padre, y tampoco había encontrado la pistola. Fantaseé con la idea de que hubiera matado a alguien (posiblemente a Ratón) y se hubiera deshecho de la pistola tirándola al río.

Berner iba en el asiento del acompañante, y parecía mohína por venir con nosotros, algo que yo no le agradecía. Había bastante tráfico en las inmediaciones de la entrada de la feria. Mi padre miró dos veces por el retrovisor y dijo: «Bien, Dell, ¿quién nos está siguiendo tan de cerca?». Era un juego. Yo miraba por la ventanilla trasera y no había nadie. Pero en esta ocasión vi el mismo coche negro las dos veces. Mientras íbamos bordeando la cerca enalada del recinto ferial vi las crestas de las atracciones del interior: la Noria, el Céfiro (que ya nos habían descrito en el colegio), la cima curva de la Montaña Rusa, con su hilera de coches que ascendían sinuosos y se lanzaban hacia abajo vertiginosamente, llenos de gente que hacía gestos con las manos y gritaba a voz en cuello. La música y el ruido de la multitud y las voces de los altavoces se mezclaban en el aire ventoso de la misma forma en que los había oído estando en casa, incluidas las voces de unas mujeres que iban cantando números de bingo. El viento llevaba el olor del serrín, del estiércol y de algo más dulzón. Me espoleaba el deseo de entrar en la feria antes de que cerraran las puertas. Me dolía la mandíbula de tanto apretarla, y sentía un hormigueo en los dedos de los pies. El tráfico, sin embargo, estaba atascado por viejos utilitarios y tartanas llenas de niños y por personas —claramente indios— que caminaban en fila por el borde de la carretera hacia la entrada de peatones.

Fue justo en ese momento —estábamos en la cola de vehículos, a punto de llegar a las grandes verjas de la entrada— cuando encontré el paquete del dinero. Nervioso,

había metido la mano en la hendidura entre el cojín trasero y el espacio frío de debajo del asiento, y mi palma izquierda entró en contacto con algo que saqué inmediatamente. Era un fajo de billetes estadounidenses sujetos por una faja de papel, en la que se leía las palabras AGRICULTURAL NATIONAL BANK, CREEKMORE, DAKOTA DEL NORTE. Me quedé anonadado. Dije: «Oh» en voz lo suficientemente alta como para que mi padre me mirara al instante por el retrovisor interior. Me quedé mirándole directamente a los ojos, que me tenían como apresado.

—¿Qué has visto? —dijo—. ¿Has visto algo ahí atrás?

Sus labios se movían bajo los ojos, pero su voz estaba separada de ellos. Pensé que quizá se daría la vuelta para mirarme, cosa que hizo Berner. Mi hermana miró el fajo de dinero y, acto seguido, volvió a mirar hacia delante.

—¿Has visto a esos malditos polis? —dijo mi padre.

—No —dije yo.

La gente tocaba el claxon a nuestra espalda. Nos habíamos parado por completo en lugar de girar hacia la izquierda para entrar en el recinto. En el interior, los coches aparcaban en la hierba; más allá podían verse los puestos del paseo central y las atracciones. Un policía nos hizo una seña para que siguiéramos adelante. Otros coches estaban saliendo del recinto y otro policía les hacía gestos con la mano para que continuaran. La confusión era mayúscula.

—¿Qué diablos es, entonces?

Mi padre, irritado, me miraba airadamente por el retrovisor, sin avanzar hacia el interior de la feria.

—Una abeja —dijo—. Me ha picado una abeja.

Fue lo único que se me ocurrió decir. Me metí los billetes dentro de la parte delantera de los vaqueros. Berner, volviéndose un poco, me miró con desdén, como si estuviera haciendo algo que no debería hacer. El corazón empezó a latirme con fuerza. No sé por qué no dije *He encontrado un montón de billetes. ¿Por qué están aquí?* En lugar de ello, actué como si hubiera robado yo el dinero, o lo hubiera robado alguien y no me tuvieran que coger a mí con él, y que todo se arreglaría si el fajo desaparecía de la vista.

—Malditos polis —dijo nuestro padre—. Lo echan todo a perder.

Volvió a mirar airadamente por el retrovisor interior, a quienquiera que estuviera detrás de nosotros en ese momento. Y en lugar de torcer delante del policía hacia el interior del recinto, pisó el acelerador y salimos disparados Third Street abajo. Yo no entendía por qué le preocupaba tanto la policía.

—¿Adónde vamos? —dije, mientras dejábamos atrás la cerca blanca.

—Vendremos el año que viene —dijo mi padre—. Hay demasiada gente ahí dentro. Están dejando pasar a todas esas indias. Y va a llover.

—No, no va a llover —dije.

—Creía que te gustaban los indios —dijo Berner con su tono altanero.

—Me gustan —dijo nuestro padre—. Pero hoy no.

—Si hoy no, ¿cuándo, entonces?

Lo dijo sólo para pincharle.

—Cuando estoy de humor —dijo.

Y me quedé sin ver la feria.



Fuimos en dirección a Smelter Avenue y Black Eagle. Los ojos de mi padre estaban fijos en el retrovisor, como si hubiera visto algo de lo que debiera huir, y que — adiviné— era la razón por la que no habíamos ido a la feria. Se pasó los dedos por el pelo y se frotó la nuca, por encima del cuello de la camisa. Me miró, porque yo estaba enfadado y le estaba taladrando con la mirada. Nos dirigíamos hacia la chimenea de la fundición y la refinería, iluminadas de día y de noche y con válvulas de escape que vomitaban llamas amarillas hacia lo alto. Al acercarnos nos llegó el tufo de la combustión. Rudy había contado que su padre olía igual que la refinería todo el tiempo, una de las razones por las que su madre se había ido a vivir a San Francisco.

—¿Así que no vamos? —dijo Berner.

—La mayoría de las atracciones ya están cerradas —respondió mi padre.

—No, no lo están —dijo Berner—. Las he visto. Tú estabas conduciendo. O intentándolo.

—A mí no me importan las atracciones —dije yo.

Los humos calientes de la refinería invadieron el habitáculo.

—El poliuretano apesta —dijo Berner, y subió la ventanilla al pasar junto al laberinto de tuberías y válvulas descomunales y tanques gigantescos, y los hombres con cascos plateados que se movían por pasarelas y andamios metálicos, y la larga llama que salía por los tubos de venteo y lamía el aire ventoso. La refinería se alzaba entre Smelter Avenue y el río. Nos dirigíamos al puente de Fifteenth Street, que nos llevaría de regreso a Great Falls.

—Quería ver la exposición de las abejas —dije, dolido y desesperanzado. Otra cosa más que no llegaría a aprender.

—Las abejas son más inteligentes que nosotros —proclamó Berner.

El dinero que había encontrado me abultaba anormalmente el pantalón. Berner se dio la vuelta para mirarme de nuevo, y sonrió con socarronería. Siempre fingía saber cosas que yo no sabía, para hacerme de menos.

—Las abejas son como la gente de Montana, si queréis saber mi opinión —dijo nuestro padre, dirigiendo el morro del coche hacia la entrada del puente—. Son de dirección única. Abejas obreras. Sin ningún empuje. Un hatajo de suecos y noruegos y alemanes pretenciosos que se las arreglaron para que las bombas no les hicieran pedazos. Son tan tacaños como los judíos. Les he vendido coches.

A veces decía que había bombardeado a los japoneses para que los judíos pudieran tener casas de empeños. Yo me sentía tentado de decirle que el ser de una colmena no era una abeja individual, y que los humanos podrían aprender una gran lección de ellas. Pero no quería llamar la atención sobre mi persona teniendo como

tenía el dinero en los pantalones.

—¿Adónde vamos? —dijo Berner.

Nuestro padre no paraba de mirar por el retrovisor.

—Vamos a la base. A ver cómo despegan los aviones.

Habíamos hecho esto en cada sitio donde habíamos vivido. A él le parecía una actividad recreativa. Sus ojos me buscaron para ver cómo me tomaba aquello, el fiasco de ir a la base en lugar de ir a la feria. Movi6 las cejas, como si se tratara de una broma de la que Berner estuviera excluida. Yo no le devolví la sonrisa.

—Mamá tiene a medio hacer la maleta —dijo Berner—. ¿Adónde va?

Estábamos sobre el viejo puente de la WPA<sup>[9]</sup>. Nuestro padre aspiró el aire por la nariz, se pellizcó las narinas, volvió a aspirar. Sus ojos fluctuaron y se fijaron en el retrovisor, no en mí.

—Sólo estoy casado con vuestra madre, ¿de acuerdo? No puedo leerle cada pensamiento, ni saber cada mínimo detalle de ella. Os quiere muchísimo. Como yo. —Estaba muy inquieto. Añadió—: Tengo varias preocupaciones propias ahora mismo que requieren toda mi atención. No puedo hacerlo todo perfecto, me doy cuenta.

—¿Adónde fuisteis esos dos días? —dijo Berner, mirándole fijamente, con la cara pecosa pálida, como si estuviera mareándose. Nuestro padre volvió a mirar por el retrovisor. Yo me volví para ver qué había detrás de nosotros. Un Ford negro con dos hombres en el asiento delantero. Dos hombres con traje. Hablaban entre ellos. Uno se reía. No podía recordar si era el coche que había visto a la entrada de la feria, pero creía que sí.

—Puede que vuestra madre tenga que llevaros de viaje —dijo mi padre—. Pero no tenéis que preocuparos.

—¿Me has oído lo que he dicho? —dijo Berner.

—Sí, te he oído.

Nuestro padre puso el intermitente como para dejar el puente y enfilarse hacia el este, hacia la base. Pero de pronto aceleró, salió a toda velocidad del puente, recorrió otra manzana y torció hacia la derecha en la Seventh en dirección al centro, y al llegar entró en una calle pulcra y umbrosa de casas de madera blanca —más bonitas que la nuestra—, con olmos más frondosos y robles y céspedes mejor cuidados y un colegio de ladrillo rojo. No sabía quién vivía allí. Posiblemente los chicos del club de ajedrez cuyo padres eran abogados. Nunca había estado en aquella parte de la ciudad, aunque Great Falls no era muy grande. No era un pueblo, pero tampoco una ciudad grande.

Miré a nuestra espalda. El Ford negro había girado también y seguía detrás de nosotros. Los dos hombres seguían hablando. Estaba claro que no íbamos a la base a ver aviones.

—¿Qué has hecho con la pistola? —dije.

Los ojos de mi padre me miraron, y luego miraron al Ford.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Miré en tu cajón.

Mi padre suspiró con frustración.

—No tendrías que haberlo hecho. Son cosas mías, privadas.

No estaba enfadado. Nunca se enfadaba con nosotros. No habíamos hecho nada malo, además.

—¿Por qué son privadas? ¿Qué las hace privadas? —dijo Berner.

—Oíd, niños, ¿sabéis lo que significa tener sentido?

Sus ojos miraban por el retrovisor una y otra vez. Habíamos recorrido todo Seventh y habíamos vuelto al río. Las crestas blancas seguían cubriendo de espuma la ancha superficie del agua. En la otra orilla estaba la feria; podía verse la parte alta de la Noria, el Céfiro y la Montaña Rusa bajo las nubes que se deslizaban en el cielo. No habían desmontado nada. Podríamos haber estado allí perfectamente.

Mi padre, de pronto, giró en redondo en su asiento, sin dejar de conducir, y me miró airadamente. Yo apreté las manos contra el bulto del dinero del pantalón. Si lo veía, el mundo podía venirse abajo, o eso me parecía a mí, al menos. Sus ojos me abrasaban. Sus rasgos —sólo le veía la parte derecha de la cara—, la mejilla, la barbilla, la boca, una ceja, se me antojaban en movimiento. Me daban miedo. Mi padre no estaba mirando por dónde iba. Y yo había olvidado lo último que había dicho.

—Te he hecho una pregunta. ¿Sabes lo que significa tener sentido?

Habíamos hablado de aquello antes, en casa, cuando se estaba limpiando las botas. El juego del ajedrez tenía sentido. Lo único que tenías que hacer era esperar a ver cuál era ese sentido. No creí que fuera eso lo que le interesaba en aquel momento.

—Sí —dije.

Volvió la cabeza hacia delante para mirar la calle. Estábamos pasando por la cárcel de Cascade County.

—¿Qué has dicho?

Mi voz no había sido demasiado audible.

—Sí, señor —dije, en voz más alta—. Lo sé.

Giró la cabeza hacia mí de nuevo, como si tampoco ahora me hubiera oído. Parpadeó, mirándome. Parecía cambiado.

—¿Por qué no me lo preguntas a mí? —dijo Berner, con la barbilla levantada, desafiante—. Lo sé todo acerca de eso.

—¡Muy bien! —La miró con mirada airada, como si Berner lo estuviera entorpeciendo—. Te lo diré, de todos modos; por si acaso. —Se pasó la mano por la boca y luego se metió los dedos por el pelo—. Significa que aceptas las cosas. Si las entiendes, las aceptas. Si las aceptas, las entiendes.

Lanzó otra mirada airada a Berner, y sus ojos volvieron a fijarse en el retrovisor. El Ford negro seguía detrás. Con los dos hombres con traje. Para mí tenían aspecto de directores de colegio, o de vendedores.

Nos dirigíamos hacia el puente de Central Avenue a través de la zona comercial de la ciudad. Bares. El Rexall. Woolworth's. Un edificio alto de oficinas en cuya planta baja estaba la tienda de pasatiempos donde compré las piezas de ajedrez. El auditorio municipal. No había mucho tráfico. La gente estaba en la feria, por lo de las entradas a mitad de precio. Nuestra casa estaba justo al otro lado del río, en su pequeño y destartado barrio.

—No creo que tengas razón en lo que has dicho —declaró Berner. Se volvió un poco para mirarme, e infló las mejillas. Parecía mayor, como una maestra de escuela. Le gustaba desafiar a nuestro padre, y quería darse otra excusa para fugarse de casa.

—Bueno, pues la equivocada eres tú —dijo nuestro padre—. Estás equivocada.

—Yo hay cosas que no entiendo —dijo Berner—, pero las acepto. Y hay cosas que entiendo, pero no las acepto. —Cruzó los brazos con fuerza y se quedó mirando por la ventanilla el río que fluía bajo el puente sobre el que ahora estábamos—. Lo que tú dices no tiene sentido. Eso es todo. Y lo sabes.

Nuestro padre sonrió de forma extraña, y sacudió la cabeza.

—A ver, niños, ¿pensáis que estoy portándome mal con vosotros? ¿Es eso?

Volvió a mirar por el retrovisor para ver si el coche negro seguía a nuestra espalda, si había girado para entrar en el puente, y sí lo había hecho.

Ninguno de nosotros dijo nada. Yo ni siquiera entendía por qué nos preguntaba eso mi padre. Nuestros padres nunca habían sido malos con nosotros.

—Porque no es cierto —dijo—. Lo único que quiero es que aprendáis una lección muy importante en la vida. Hay cosas que se tienen que aceptar y entender, por mucho que no tengan sentido al principio. Tenéis que hacer que tengan sentido. Es lo que hacen los adultos.

—En ese caso, yo no quiero hacerme adulta —dijo Berner con resentimiento.

Me di cuenta de que nuestro padre estaba hablando del dinero que yo tenía metido en los pantalones. Estaba diciendo una cosa y queriendo decir otra. Me había visto encontrarlo —por el retrovisor—, o metérmelo por debajo de la cintura, cuando se había dado la vuelta para mirarme. Lo que intentaba decirme que hiciera, antes de que llegáramos a casa, era que dejara el dinero donde lo había encontrado, y que aceptara lo que no podía entender sobre su procedencia. Lo peor que podía suceder era que el dinero siguiera en mis pantalones cuando subiéramos por el camino de entrada hasta casa, y que yo tuviera que dar explicaciones. Dejarlo donde estaba era «lo que tenía sentido». Una vez que el dinero estuviera donde tenía que estar, todo volvería a la normalidad.

—No veo ninguna razón para que te pongas a llorar —dijo mi padre. Berner se

abrazaba con fuerza el vientre con los brazos y miraba fieramente por la ventanilla—. Nadie te ha hecho nada malo, hermana.

—No soy tu hermana —dijo ella, furiosa—. Y no estoy llorando.

—Sí, estás llorando. Y no deberías.

La miró, y luego volvió a mirar al frente. Central Avenue nos conducía a casa.

En un momento dado de nuestra vida Berner había dejado de llorar por completo, como si no pudiera soportar llorar y odiara cómo la gente —yo, en particular— se comportaba con ella cuando lo hacía. En lugar de llorar, se enfurecía. Pero yo sabía que estaba llorando porque se ponía el meñique en una de las comisuras de los ojos, y respiraba profundamente. No había ni los «bua bua» ni los berridos de cuando éramos niños. Yo llevaba sin llorar desde antes de que pudiera recordar, mucho más tiempo que ella. Nuestra madre nunca lloraba. Pero nuestro padre había llorado una vez viendo una película de guerra en la televisión.

Mi padre tenía toda su atención centrada en Berner, y comprendí que era la única ocasión que se me iba a presentar para devolver el dinero a su escondite. Me agaché hacia delante, como si fuera a atarme los cordones de los zapatos, me saqué el fajo de los pantalones, lo metí a la fuerza por la hendidura del ángulo trasero del asiento, y por fin cayó fuera de mi alcance. Nada más hacerlo, me sentí increíblemente mejor y más liviano. Cuando alcé la mirada hasta el retrovisor interior, vi que mi padre volvía a taladrarme con la mirada.

—¿Qué haces? —dijo.

Berner me dirigió una mirada agraviada, como si la hubiera traicionado. Su cara tenía una expresión afligida. Apartó la vista de mí y volvió a mirar por la ventanilla.

—Atarme un zapato —dije.

Nos acercábamos a nuestra calle. Las copas de los olmos y los arces negundo se mecían al viento suave de la tarde, tan frondosas que el campanario de la iglesia luterana apenas era visible entre ellas.

—Pregúntale a tu hermana por qué está así —dijo con torpeza mi padre. Alargó una mano y le dio unas palmaditas en el hombro a Berner. Ella no le miró—. Yo no tengo la menor idea. Lo juro por Dios. A lo mejor te lo dice a ti. ¿Querrás decirle a Dell por qué estás llorando, cariño? No soy un hombre malo. Y no quiero que pienses que lo soy.

—La gente llora porque se siente infeliz —dijo Berner, como escupiendo las palabras.

Estábamos torciendo en el parque.

—¿Infeliz?

Siempre se quedaba perplejo cuando la gente no se sentía exactamente como él respecto de algo.

Volví a mirar por la ventanilla trasera. El Ford con los dos hombres nos había

seguido haciendo el mismo giro que nosotros al dejar atrás la iglesia luterana. Nuestro padre hizo un viraje repentino hacia el bordillo, como si quisiera dejar paso al coche negro. El Ford pasó despacio por nuestro lado. Los dos hombres nos miraron. Uno estaba hablando y el otro asentía. Llegaron hasta la esquina, torcieron hacia el lado oeste del parque y siguieron despacio hacia Central Avenue. Yo me di cuenta de que eran de la policía, pero no tenía la menor idea de por qué nos seguían. No se me ocurrió que la causa pudiera ser el dinero escondido debajo del asiento.

—¿Quiénes pensáis que pueden ser esos dos zopencos? —dijo nuestro padre, mientras miraba cómo el Ford enfilaba Central Avenue. Sus puños apretaban con fuerza el volante. Los músculos de sus mandíbulas se tensaron, como si estuviera preparándose para añadir algo. Estábamos en nuestros asientos, en silencio, delante de nuestra casa. El confeti blanco de la boda de los luteranos atravesó la calzada arrastrado por el viento, e invadió el césped de nuestro jardín.

—Quizá... —dijo nuestro padre. Calló y se relamió los labios, y sonrió a Berner, que seguía abatida y miraba hacia otra parte. Luego se volvió hacia mí, pero yo no sabía qué se suponía que debía decir—. Iba a decir que esos tipos seguramente serán misioneros mormones. Van con traje y corbata. Quizá tengan un libro que quieren que leamos. Debería haberme parado para hablar con ellos. Podría haber sido interesante, ¿no creéis? —Con ello quería que creyéramos que aquellos hombres eran unos pobres diablos, y que no se nos ocurriera volver a pensar en ellos—. ¿Qué dices, hermana? —Era su acento *dixie*. Creía que a la gente le gustaba. Sus cejas brincaron hacia arriba, y me lanzó una mirada que significaba que él y yo éramos compinches de nuevo, y Berner no. Una mirada que siempre me había gustado.

—Me gustaría estar muy lejos de aquí —dijo Berner, triste—. Me gustaría estar en California, o en Rusia.

—Todos queremos eso a veces, cariño —dijo mi padre—. Tu madre y tú parece que lo deseáis más que la mayoría de la gente. Vosotras dos tendréis que hablar de ello. —Se volvió hacia mí. Yo esperaba que dijera algo, pero se limitó a sonreír con su gran sonrisa de dientes blancos, como si se hubiera perdido una batalla. Abrió la portezuela del coche, y siguió hablando mientras se bajaba—. Ahora estamos en una buena racha, ¿comprendéis? Ya hemos soportado tonterías durante demasiado tiempo.

Berner frunció el ceño, y luego hizo un gesto de burla, como si nuestro padre fuera despreciable y patético, algo en lo que yo no estaba de acuerdo en absoluto, por mucho que no hubiéramos ido a la feria.

—Pues vamos —dijo mi padre ya fuera del coche, como si yo le hubiera contestado algo—. Es todo lo que necesito saber. —Se inclinó hacia el interior del habitáculo, donde Berner y yo seguíamos sentados. El viento soplaba a ráfagas en la calle, levantando torbellinos de confeti y doblando más las copas de los árboles.

Entró en el coche un fuerte olor a lluvia. Iba a haber tormenta—. Venga, chicos, bajaos ya —dijo mi padre—. Aquí es donde vivimos. No hay nada que podamos hacer al respecto. Hogar, dulce hogar. Al menos por ahora.

Cuando entramos en casa nuestro padre anunció que estaba muerto de cansancio y se metió en el dormitorio de nuestra madre y suyo y se tendió en su cama vacía con la luz del techo encendida, con la ropa y las botas puestas, y se dispuso a dormirse de inmediato, con un brazo sobre los ojos.

A medida que se iba acabando el día se empezaban a iluminar las ventanas de los vecinos, y empezó a llover —suavemente, al principio; con más fuerza, luego—, y el viento y las gotas de lluvia golpeaban las ventanas. El viento frío azotaba las paredes de la casa y se colaba en ella, hinchando las cortinas y agitando el periódico que había encima de la mesa del comedor. Nuestra madre cerró las ventanas y echó las cortinas, que estaban ya húmedas, y encendió lámparas de mesa y quitó la caja de madera de la limpieza del calzado de mi padre.

Nuestra madre no tenía mucho que decir, y hacía las cosas de un modo eficiente y maquinal. Preparó la cena en la cocina y no habló de la señorita Remlinger ni de las llamadas telefónicas que había hecho horas antes ni preguntó adónde habíamos ido con nuestro padre. Sin embargo, yo le informé de que habíamos salido con la promesa de visitar la feria, pero que estaba abarrotada. No mencioné en absoluto que había encontrado el dinero debajo del asiento, ni que Berner había llorado, ni que se quería ir a Rusia, ni a los dos policías que nos habían seguido. Me parecía que podía posponerlo hasta más tarde.

Berner, como de costumbre, se metió en su cuarto en cuanto llegamos a casa y cerró la puerta con pestillo. Y no dijo nada a nadie. Puso música baja en su radio, y alcancé a oír cómo se movía de un lado a otro, haciendo ruido con las perchas metálicas del armario, y hablando con su pez, lo cual debía de hacerle sentirse menos sola. Pensé que estaba metiendo ropa en una bolsa para su escapada. Yo no era capaz de disuadirla, y tampoco de decírselo a nuestros padres. Era el modo en que siempre habíamos hecho las cosas. Los mellizos no se causan problemas unos a otros. Pero pensaba que, si llegaba a escaparse, volvería. Y nadie se lo echaría en cara.

Yo me senté en mi cama con la ventana abierta, sintiendo el siseo del viento y la atenuación de la luz, y el azote de la lluvia contra el tejado de tablillas y las salpicaduras dentro de mi cuarto. No había truenos ni relámpagos, sólo lluvia de verano cayendo sobre la casa. De cuando en cuando cesaba, y a través de la pared podía oír a mi padre roncando, y a mi madre en la cocina, y a los cuervos en las ramas de los árboles húmedos, graznando y brincando, cambiando de sitio antes de que volviera a llover. Pensé en la feria: la estarían cerrando. La lluvia habría empapado el serrín y las carpas y las exposiciones, y los operarios estarían desmontando las atracciones, cargándolas en camiones. Habrían cerrado ya la exposición de las abejas y la tienda donde se exhibían las armas. Bajé el tomo



correspondiente de mi *World Book* y empecé a leer la entrada de las abejas. Todo en la colmena era un mundo ideal, ordenado; se honraba a la reina, todo se supeditaba a ella. Si no era así, la colmena se sumía en una total confusión. Las abejas, como ya había leído con anterioridad, constituían un modelo para todo lo humano, ya que su respuesta al medio y a sus congéneres rozaba la perfección. Era un tema específico sobre el que podría escribir cuando empezara el instituto; sería un comienzo inmejorable. Puse un lápiz en la página y cerré el libro. Estaría mucho más relajado cuando comenzara el curso; mi padre volvería al trabajo y mi madre a dar clases.

Al cabo de un rato la voz somnolienta de mi padre empezó a hablar en voz baja. Se oían sus pasos sobre el piso, amortiguados por los calcetines. El ruido de cacharos en la pila me llegaba con estridencia desde la cocina. Mi madre hablaba, también en voz baja «... un pez en agua profunda», dijo mi padre. «... en el mejor de los mundos», dijo mi madre. Me pregunté si hablarían del dinero de debajo del asiento, o de por qué ya no estaba la pistola de mi padre, o de dónde habían estado aquellos dos días, o de la maleta a medio hacer encima de la cama de mi madre. Mientras estaba tendido en la cama, a la suave brisa nocturna, y la lluvia humedecía el pie de la colcha, y la línea de luz del pasillo se filtraba por debajo de la puerta, estas preguntas se arremolinaban en mi cabeza. Nuestros padres habían sido tan cercanos, y eran de pronto tan lejanos... Agarré con fuerza los costados del colchón y seguí así un buen rato. Sentía lo mismo que sentí cuando, años atrás, tuve la escarlatina y no podía despertarme totalmente. Mi madre había entrado en mi cuarto y se había sentado a mi lado, junto a la cama, y me había puesto un dedo frío en la sien. Mi padre se había quedado en el umbral de mi cuarto, alto, en la sombra. «¿Cómo está?», había dicho. «Quizá deberíamos llevarle al hospital». «Se pondrá bien», había dicho mi madre. Yo me había subido la colcha hasta la barbilla, estrujándola con las manos.

Oí el canto de un búho en la oscuridad. Quise volver a mis pensamientos de antes. Pero no podía detener el sueño. Así que durante un rato dejé que todo se me fuera yendo de la cabeza.

—¿Quieres cenar? —dijo mi madre con voz suave, inclinándose sobre mí.

Los cristales de sus gafas reflejaban una luz de algún punto a su espalda. Me había puesto una palma en la mejilla; los dedos le olían a jabón. Me frotó el pelo, me cogió la hélice de la oreja entre el pulgar y el índice. Me retorció entre las sábanas, y no podía mover los brazos. Tenía las manos dormidas.

—Estás muy caliente —dijo—. ¿Te sientes mal? —Buscó con la mano el pie de la cama y tocó la colcha—. Ha llovido aquí dentro.

—¿Dónde está Berner?

Pensé que se había escapado ya.

—Ha cenado y se ha ido a la cama —dijo mi madre.

Se levantó y cerró la ventana.

—¿Dónde está papá?

Me había pasado algo que me había dejado extenuado. Tenía la boca pastosa y el pelo pegado al cuero cabelludo. Me dolían las articulaciones.

—No se ha ido a ninguna parte —dijo mi madre.

Retrocedió hasta el umbral. En el pasillo había una luz ámbar. Se oía un goteo tras las paredes, o en el exterior.

—Ha llovido y llovido —susurró—. Ahora ha parado. Te he hecho un sándwich.

—Gracias —dije.

Retrocedió hasta cruzar el umbral y desapareció de mi vista.

En la mesa del comedor, engullí el sándwich de queso fundido con encurtidos y un poco de lechuga y vinagreta, cosas que me gustaban. Tenía hambre, y comí deprisa, y me tomé un vaso de suero de leche. Mi padre creía que el suero de leche era reconstituyente. Tenía la ropa arrugada y húmeda. La casa estaba fría y olía a limpia, como si el viento la hubiera fregado a conciencia. Nosotros la habíamos limpiado a conciencia días antes. Eran las diez y media de la noche, una hora inapropiada para estar cenando en la mesa del comedor.

Oí los tacones de las botas de mi padre sobre las tablas del porche delantero. Vi cómo su espalda cruzaba de un lado a otro la ventana. De vez en cuando tosía y se aclaraba la garganta. Pasaron varios coches; la luz de sus faros iluminó sesgadamente las cortinas, que estaban entreabiertas. Uno de ellos se paró en el bordillo de enfrente de casa. Se encendió un fuerte haz de luz que inundó el jardín mojado. No se veía quién iba dentro. Desde el porche oscuro, mi padre dijo:

—Buenas noches, amigos. Bienvenidos. Aquí estamos todos, y la cena está en la mesa.

Se echó a reír con sonoras carcajadas. La luz se apagó, y el coche siguió al ralentí sin que nadie hablara o se apeara. Mi padre rió de nuevo y siguió paseándose, silbando unas notas sin melodía alguna.

Mi madre había vuelto a su dormitorio. Desde donde yo estaba sentado podía verla. Su maleta estaba más llena que antes. Ahora doblaba más ropa y la dejaba encima de las otras. Miraba por el hueco de la puerta, y, no sé por qué, al verme se sobresaltó.

—Ven aquí, Dell —dijo—. Quiero hablar contigo.

Fui en calcetines. Me sentía pesado, como si hubiera comido demasiado. Me habría echado en su cama a dormir delante de ella.

—¿Qué tal el sándwich?

Siguió plegando ropa.

—He pensado que vamos a irnos a Seattle en tren mañana.

—¿Y cuándo volveremos? —le pregunté.

—Cuando estemos preparados.

—¿Viene Berner con nosotros?

—Sí. Viene. Se lo he explicado antes.

—¿Y papá?

Lo había preguntado ya antes.

—No.

Fue hasta el armario a colgar en su sitio las perchas vacías que había recogido de la cama.

—¿Por qué no? —dije.

—Tiene que arreglar unos asuntos. Además, le gusta quedarse aquí.

—¿Qué vamos a hacer nosotros en Seattle?

—Bueno —dijo mi madre con su tono de voz pragmático—. Es una ciudad de verdad. Conocerás a tus abuelos. Tienen mucho interés en conoceros a ti y a tu hermana.

La miré fijamente, como me solía mirar a mí Berner. No había dicho por qué nos íbamos, y yo sabía que no debía preguntarlo.

—¿Y el instituto?

El corazón se me estaba desbocando. No quería no poder empezar a ir al instituto. Eso les sucedía a compañeros que nunca volvías a ver. Sentí que se me contraía la garganta. Los ojos me escocían como si estuvieran ya llenos de lágrimas.

—No te preocupes por eso.

—Tenía montones de planes —dije.

—Lo sé. Todos tenemos planes. —Sacudió la cabeza como si estuviéramos manteniendo una conversación tonta. Me miró y parpadeó una vez detrás de las gafas. Parecía cansada—. Tienes que ser dúctil —dijo—. La gente que no lo es no llega

lejos en la vida. Yo trato de ser dúctil.

Yo creía saber lo que significaba esa palabra, pero al parecer quería decir también otra cosa. Como sucedía con «tener sentido». No quería admitir que no era dúctil — significara lo que significara esa palabra.

El viento arreció y sacudió el agua de las hojas haciendo que cayera en el tejado. Dentro de casa la quietud era perfecta.

Mi madre fue hasta la ventana del dormitorio, ahuecó las palmas, las pegó contra el cristal y escrutó el exterior. El cristal reflejaba su imagen y la del dormitorio a su espalda, y también mi imagen y la de la cama con la maleta llena de ropa encima. Allí en la ventana mi madre parecía muy pequeña. Más allá de ella, sólo podía ver formas y sombras. El garaje con las malvarrosas pálidas y las cinias que crecían a un costado; un pequeño roble que mi padre había plantado en esqueje (y al que había atado un rodrigón para que creciera derecho); su coche.

—¿Qué sabes de Canadá? —dijo mi madre—. ¿Mmm...?

Era el sonido que emitía cuando intentaba mostrarse amigable.

Canadá estaba un poco más arriba de las cataratas del Niágara en el rompecabezas de mi padre. Nunca lo había mirado en la enciclopedia. Estaba al norte. Sentía en los ojos las lágrimas calientes. Exhalé cuanto pude el aire de los pulmones, y aguardé así.

—¿Por qué?

Mi voz sonaba estrangulada.

—Oh. —Apoyó la frente en el cristal—. Tengo la costumbre de ver las cosas sólo de la forma en que se me presentan. Me gustaría que tú no fueras así. Es una debilidad mía. —Dio unos golpecitos suaves con una uña en el cristal. Era como si estuviera señalando a alguien en la oscuridad. Se quitó las gafas, echó aliento en los cristales y los limpió en la manga de la blusa—. Tu hermana es diferente —dijo.

—Es mucho más inteligente que yo.

Me froté rápidamente los ojos y me sequé las manos en la pernera de los pantalones, sin que se me notase que lo hacía.

—Probablemente lo sea. La pobrecilla. —Se volvió y me sonrió de aquella forma amigable—. ¿Por qué no vuelves a la cama? Nos vamos mañana por la mañana. El tren sale a las diez y media. —Se puso un dedo en los labios para indicarme que no tenía que decir nada—. No tienes que llevarte más que el cepillo de dientes. Déjalo todo aquí, ¿de acuerdo?

—¿Puedo llevarme las fichas de ajedrez?

—Está bien —dijo—. Mi padre juega al ajedrez. O jugaba, al menos. Eso os dará a los dos algo sobre lo que no estar de acuerdo. Ahora vete.

Salí del dormitorio de mis padres. Ella siguió haciendo la maleta. Para todo lo demás que habría querido decirle o preguntarle —sobre la policía, sobre el instituto, sobre el plan de escaparse de casa de Berner, sobre por qué nos marchábamos— no

había habido ocasión. Era lo que ya he dicho antes: estaban sucediendo cosas a mi alrededor. Y mi papel no era otro que el de encontrar una forma de ser normal. Los niños conocen lo normal mejor que nadie.

Más tarde, mi madre volvió a entrar en mi cuarto y me puso una manta seca debajo de los pies, sobre la parte del colchón que estaba húmeda. Yo seguí con los ojos cerrados, pero me llegó el olor a bolas de naftalina de la manta. Mi madre cerró la puerta sin ruido, y oí cómo tocaba en la puerta de Berner.

Mi hermana dijo:

—Me duele la tripa.

Mi madre dijo:

—Te acostumbrarás. Voy a traerte una bolsa de agua caliente.

Su puerta se cerró, y al poco mi madre volvió a entrar en su cuarto y hablaron un rato más. Los muelles del somier de la cama crujieron un poco.

—Claro, claro —le oí decir a mi madre.

Luego oí sus pasos que volvían a la cocina y correr el agua de la pila.

Dejó de llover, y el aire fresco volvió a colarse en mi cuarto. Pensando que podría oír los fuegos artificiales de la feria, había vuelto a levantar la hoja de la ventana. Pero lo único que oí fue el silbido del horno en la fundición y una sirena en la ciudad. En el aire había un fuerte olor a ganado vacuno que llegaba de los muelles de carga. Oí los pasos de mi padre, y luego las voces de él y de mi madre. Hablaron brevemente, de forma entrecortada, y luego guardaron silencio, como si tuvieran muy poco que decirse. Al rato mi madre —reconocí sus pasos— volvió al dormitorio y cerró la puerta. Mi padre salió de nuevo al porche y se sentó en la mecedora; la puerta mosquitera chirrió al abrirse y al cerrarse.

Me puse a pensar en Seattle. Hasta entonces había visto muy pocas ciudades, y ninguna de ellas grande. Mi imagen de Seattle era la de un sol alzándose despacio desde el horizonte del océano oscuro, mientras la silueta de los edificios iba creciendo gradualmente a medida que la luz incidía en ellos. Traté de imaginar la Aguja del Espacio, cómo sería en la realidad. Una gran aguja alzándose en el aire. Luego debí de dormirme. Lo último que recuerdo es que me había equivocado en lo de que se podría ver la salida del sol sobre el océano, y que jamás se lo contaría a nadie.

Cuando me levanté en mitad de la noche para ir al cuarto de baño, encontré a mi padre sentado en la mesa de jugar a las cartas, solo, con las piezas del rompecabezas de las cataratas del Niágara esparcidas delante de él como si fueran una comida. En la parte frontal de la casa estaban todas las luces encendidas. El rompecabezas estaba casi terminado. Faltaban sólo algunas piezas de un cielo mellado. Mi padre llevaba la ropa de antes: la camisa blanca, ya arrugada, los tejanos y las botas, llenas de

rozaduras en las puntas. Pero se había afeitado, y olía como si se hubiera dado un baño. Volvió la mirada hacia mí y pareció contento de verme, aunque yo traté de irme directamente a la cama.

Se puso a hablar:

—¿Sabes? Cuando era un chico de tu edad... —Cogió una pieza del rompecabezas y la levantó para estudiarla, y luego la probó en un espacio vacío del cielo, donde encajaba perfectamente. Vi que seguía teniendo betún debajo de los bordes de las uñas—. Era un atleta bastante bueno. Los deportes eran algo importantísimo. Nadie tenía nada más con lo que pasarlo bien. Seguro que sabes lo que fue la Depresión...

Yo había leído sobre Roosevelt y Hoover y la Marcha Obrera y las colas para el pan en Educación Cívica. Dije:

—Sí, señor.

—Bien... —Probó con sumo cuidado otra pieza del rompecabezas, pero no casaba. Sacudió la cabeza—. Podría haber sido muy bueno en deporte; en fútbol americano y en béisbol, por ejemplo. Pero nadie me enseñó nunca nada, ¿sabes? Me refiero a los entrenadores. Si marcabas puntos, o nadabas, era sólo gracias a tus facultades naturales. Así que... —Sonrió como si le hiciera feliz explicarme aquello—. Yo marcaba puntos. —Se aclaró la garganta, y tragó saliva—. Eso es lo que me llevó a alistarme en la Fuerza Aérea. No inmediatamente. Sino al final. —Cogió una pieza más pequeña y la apretó con suavidad contra el espacio vacío, y emitió como un tarareo cuando vio que encajaba a la perfección. Sólo le faltaban cuatro piezas. Se dio la vuelta en la silla y me estudió con la mirada. Yo llevaba el pantalón del pijama de rayas azules y blancas, y estaba descalzo—. ¿Por qué estás despierto? —dijo—. ¿Tienes grandes preocupaciones?

—No, señor —dije. Aunque las tenía. El instituto. Irme a Seattle. Por qué él no venía con nosotros. Por qué la policía nos seguía y pasaba por nuestra casa en coche. Tenía montones de preocupaciones.

—Bueno, eso está bien —dijo—. Así debe ser cuando tienes quince años. Tienes quince años, ¿no?

Se echó hacia atrás en la silla del comedor.

—Sí, señor —dije.

Se rascó la oreja con una pieza del rompecabezas.

—Tu madre tiene en mente hacer algo, creo. Es posible que siempre haya querido hacerlo. Tener un futuro. No se lo echo en cara. Pero no lamento haberme casado con ella. Si no nos hubiéramos casado, no os tendríamos a vosotros. —Miró la pieza del rompecabezas como si tuviera algo interesante pegado a ella—. Está algo resentida conmigo en este momento. Pero se le pasará cuando lleguéis a Seattle. Ella fue a la universidad, y yo no.

—¿Por qué no fuiste a la universidad?

Quería preguntarle por qué no venía con nosotros y por qué mi madre estaba resentida con él, pero, en lugar de ello, le pregunté por qué no fue a la universidad. Siempre había querido saberlo.

—Nunca se planteó la posibilidad. —No parecía preocuparle en absoluto—. Todos creían que ya era lo bastante inteligente. Para mis aspiraciones. Y posiblemente tenían razón.

—¿Vas a venir con nosotros a Seattle?

Sabía que no, pero quería hacer como si aún cupiera la posibilidad de que sí viniera.

—Soy feliz aquí. Te lo he dicho esta tarde. Estaré aquí cuando volváis. El plan es de tu madre, no mío.

—¿Vas a volver a trabajar?

Sonrió abiertamente, y volvió a rascarse la oreja con la pieza del rompecabezas.

—Si me dan el puesto... Aún estoy empezando. Y tengo maña para ello, creo.

Levantó la pieza y la movió de un lado a otro para que yo la viera bien. Nos había hecho este juego de manos a Berner y a mí muchas veces. Su sonrisa flaqueó un poco en las comisuras de la boca, como si no estuviera seguro de algo, lo cual no era cierto. De pronto se metió la pieza en la boca, la masticó y la engulló con un gran gesto teatral, y luego se aclaró la garganta y tosió exageradamente.

—Chico —dijo—. Está sabrosa. Me gustan más estas piezas de rompecabezas que los centavos o los botones.

—La tienes en la mano —dije.

Me toqué la oreja, donde a veces aparecía lo que fingía tragarse, en lugar de en la mano.

—Me la he comido —dijo él—. ¿Te apetece una? Me quedan tres.

Cogió una de las últimas piezas.

—La tienes en la mano —repetí.

Mi padre se puso las manos en las rodillas y se dio unos golpecitos y asintió con la cabeza. Yo estaba esperando a que me enseñara la pieza en la palma de la mano.

—Vete a la cama, coronel —dijo—. Te espera un día ajetreado. Todos nosotros vamos a tenerlo.

Alargó la mano y me agarró el brazo desnudo y me atrajo hacia sí; pude sentir su cuerpo grande, muy cálido y con olor a cítrico. Me palmeó la espalda tres veces, y luego me mantuvo a la distancia del brazo y me miró con seriedad. Yo seguía esperando a que reapareciera la pieza del rompecabezas. Como un todo.

—Trabajaremos con tu forma física cuando vuelvas —dijo—. Necesitas algunos músculos nuevos. Cuando vuelva a verte, eso es lo que haremos.

—¿Dónde está la pieza? —dije.



Se señaló el estómago con el dedo.

—Aquí abajo —dijo, y se dio con la punta del dedo en el vientre mientras miraba hacia abajo—. No siempre es un truco. Ése es el secreto del mago. Buenas noches.

—Buenas noches —dije.

Volví a mi cuarto, cerré la puerta y me eché a dormir en la cama fría.

El sol brilló a través de las hojas mojadas y se metió en mi cuarto: un rectángulo enmarañado de luz en el suelo y en el pie de mi cama. La campana dominical de los luteranos me había despertado. Había estado en vela gran parte de la noche, o al menos había soñado un sueño tan vívido que pensé que había hecho las cosas que había soñado. Un murciélago había quedado atrapado en la pantalla mosquitera de la ventana. Yo me había levantado de la cama y había subido más la hoja de la ventana y había golpeado suavemente la pantalla con el borrador de un lápiz, con mucho cuidado para no hacerle daño a través de los diminutos cuadrados de la mosquitera. Entonces vi su pequeña cara humana con el gesto torcido, su piel sedosa y gris, sus alas latientes. Me miraba fijamente como si yo lo hubiera llamado. Di unos golpecitos más contra la mosquitera. Miró de un lado a otro. Y luego desapareció, libre, y la mosquitera quedó vacía.

Un coche había estado parado en el callejón, un poco más allá del garaje, con el motor en marcha, lanzando al aire los gases densos del escape. En su interior se veía a dos hombres con traje. El del asiento del acompañante, con un trozo de papel blanco en la mano, le leía algo al conductor. Los dos bajaban un poco la cabeza y miraban hacia nuestra ventana a través de los postes del tendedero. No podían verme. No había ninguna luz a mi espalda. Uno de ellos, sin embargo, apuntó con el dedo hacia mí, y luego la luz del interior del coche se apagó. El motor aceleró. Los neumáticos pisaron con ruido la grava mojada. Y el sueño cesó.

Oí la voz de Berner en el pasillo. Seguí acostado en la cama, mirando las manchas de agua del techo: desconchados contornos de óxido parecidos a los estados de la Unión. Había sonado la campana de los luteranos, aunque no sabría decir si hacía mucho. Un perro había aullado en una calle de detrás de la nuestra. Posiblemente se pospondría nuestro viaje a Seattle. Si me quedaba en la cama hasta quizá pudiera cancelarse. No quería ir.

Oí que nuestra madre hablaba con voz entrecortada con Berner. E instantes después mi puerta se abrió y apareció mi madre, con expresión enfadada y resuelta.

—Te he dejado dormir. Pero ahora tenemos que irnos. —Tenía en la mano la funda de almohada rosa con ribetes blancos de su cama—. Mete aquí lo que quieras llevarte. —Avanzó unos pasos y echó la funda encima de la cama—. No lledes muchas cosas. Compraremos allí lo que necesites. —Me miraba fijamente. Yo estaba tapado hasta la barbilla; el sol dividía el suelo y una parte de la pared blanca. Nuestra madre llevaba otra vez la falda del traje de lana verde con cuadros rosa, pero sólo una blusa blanca encima. Parecía más pequeña y más joven con aquella ropa. Sus

facciones parecían muy ceñidas a la nariz y las gafas—. Tu hermana ya está vestida —dijo—. No me hagas tener que llamarte otra vez.

Salió del cuarto dejando la puerta abierta, a modo de advertencia.

Me puse la ropa deprisa. No tenía tiempo para darme un baño. Metí en la funda de la almohada la caja de madera de balsa con las piezas de ajedrez, las revistas *Chess Master*, el libro *Los fundamentos del ajedrez* (mío). y *La apicultura*, que había sacado de la biblioteca y pensaba devolver. Metí también dos tomos de *World Book* (que eran muy gruesos y contenían mucha información). Luego metí un par de calcetines, unos calzoncillos jockey y una camiseta. Y nada más, porque mi padre me había dicho que íbamos a volver. Fui al cuarto de baño y me lavé los dientes, la cara y las axilas («el baño de los aviadores», lo llamaba mi padre). Me peiné y me puse el acondicionador Wildroot de mi padre que él me dejaba utilizar. Aún no había visto a mi padre, aunque había oído su voz.

—Estos niños necesitan comer —había dicho.

—Ya comerán en el tren —había respondido mi madre en tono irritado.

Berner estaba sentada en la sala, esperando, con su holgado vestido azul y gris de lunares y sus zapatillas blancas de tenis y sus calcetines blancos. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, del modo apelmazado en que solía llevarlo. No se había puesto lápiz de labios. Estaba sentada en el sofá, con las rodillas pecosas muy juntas, y tenía la tez pálida y la expresión irritada, como si le siguiera doliendo la tripa. Vi en el suelo, junto a sus pies, la maletita verde de fin de semana que le habían regalado mis padres cuando cumplió los quince años; estaba revestida de una estampación de piel de caimán que ella no se molestaba en ocultar que aborrecía (mi padre la había ganado en una rifa de la base). Cuando pasé por la puerta camino de mi cuarto mi hermana me miró fijamente desde detrás de las gafas, con una mirada inexpresiva. El rompecabezas de las cataratas del Niágara seguía en la mesa de jugar a las cartas. Ya no servía para nada: nunca podría completarse, porque mi padre se había comido una pieza.

Nuestro padre salió de la cocina, con la misma ropa que le había visto cuando me levanté en plena noche para ir al baño. Parecía grande, desenvuelto y de buen humor, aunque no se había afeitado y tenía la cara gris.

—Ya eres una chica mayor —le dijo a Berner—. Pero no pareces sentirte muy bien. Será mejor que te quedes en casa conmigo. —Era obvio que mi hermana estaba a punto de contestarle algo para negarse, pero llegó la voz de mi madre desde la cocina:

—No. No la molestes. Está bien.

Mi padre echó una mirada a su alrededor como si la sala estuviera llena de gente y le estuvieran escuchando. Me vio a mí y me sonrió con un guiño.

—Es mi hija —dijo en voz muy alta—. No la estoy molestando. Estoy hablando

con ella. Te cuidaré el pez mientras estás fuera.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta: el timbre resonó en toda la casa. Mi padre me miró. Seguía sonriendo. Extendió los dos brazos en un gesto frustrado que le había visto hacer y que quería expresar asombro, con las palmas hacia arriba, como si estuviera cayendo lluvia del techo.

—Me pregunto quién será —dijo, y empezó a cruzar la sala en dirección a la puerta—. Puede que sean esos mormones y nos traigan las buenas noticias que hemos estado esperando. Tendremos que ir a comprobarlo, ¿no?

Mi madre, desde la cocina, dijo:

—¿Quién es?

Se le cayó de las manos un plato, que se estrelló contra el suelo en el preciso instante en que mi padre abría la puerta a fueran cuales fueren las nuevas que nos estaban esperando.

Ahora el tiempo ha de computarse de forma diferente. Durante el día y medio que siguió —hasta el lunes a mediodía— las horas pasaron como al galope y confusamente. Recuerdo detalles, pero pocos nexos entre ellos. Hasta entonces el tiempo no había tenido casi costuras, había armado un orden familiar duradero. Incluso hoy puedo a veces pensar que aquellos dos días no acontecieron, o que los soñé, o que los recuerdo erróneamente. Aunque no está bien hacer como que las cosas no hubieran acontecido nunca por malas que fueren, como si uno hubiera podido abrirse paso de cualquier otra manera hasta el presente.

Cuando mi padre abrió la puerta había dos hombres grandes en el porche. Nuestra madre salió de la cocina y se sentó en la mesa del comedor. Tenía la maleta al pie del sofá, donde Berner estaba sentada con su maletita verde entre los pies. Yo estaba en el pasillo, con la funda de almohada rosa que contenía mis libros y mis piezas de ajedrez. Nuestra madre no se había molestado en recoger del suelo el plato roto.

—Hola, qué tal, Bev —dijo uno de los hombres desde el porche.

Los dos vestían traje y llevaban los botones desabrochados. Los dos llevaban sombrero flexible de los que se usan en verano. Los dos eran corpulentos, más fornidos que mi padre, pero no más altos. Eran los hombres que nos habían estado siguiendo en el Ford negro y que habían aparcado en el callejón de detrás de nuestra casa cuando yo había creído que estaba soñando. El mayor y más corpulento de los dos tenía una cara grande y rubicunda, carnosa y suave, con pobladas cejas y papada que le llegaba hasta la barbilla. Llevaba gafas. Era el que conducía y el que había apuntado hacia mí con el dedo. Eran policías.

Nuestro padre se volvió para mirar a mi madre. Sonrió como si el hecho de que la policía supiera su nombre y que vivíamos allí fuera algo cómico.

—¿A qué viene todo este alboroto, chicos? —dijo en un tono exagerado. Los dos hombres se habían adelantado hasta el umbral. Eran demasiado grandes para caber los dos, y se habían ladeado un poco.

—No es ningún alboroto, Bev —dijo el policía más grande, adentrándose un poco más en la casa y echando una ojeada a lo que pudiera haber en nuestra sala. Su boca pareció que iba a sonreír, pero no del todo. El otro hombre era más joven y menos corpulento, pero sin dejar de ser grande, y tenía la cara ancha y los ojos azules y rasgados. Yo siempre había oído que esos rasgos correspondían a personas de origen finlandés. También él miraba el interior de la sala.

—¿Quién más hay en la casa, Bev? —dijo el policía más mayor.

Mi padre retrocedió un paso, separó los brazos de los costados, y miró también él

a su alrededor.

—Nosotros los pollos<sup>[10]</sup>.

Parecía no preocuparle lo que estaba ocurriendo.

—Llevas una pistola encima, ¿no, Bev?

El hombre más grande extendió una mano grande y tocó a mi padre en el hombro. Los dos hombres estaban ya dentro de nuestra sala de estar. Ahora parecía llena, sin espacio libre. Éramos seis. Nunca había habido seis personas en aquella sala. Oí la respiración del hombre de más edad.

—Por supuesto que no. —Mi padre se miró hacia abajo, la parte frontal del cuerpo, como si fuera allí donde se debe llevar una pistola—. No tengo ninguna pistola.

Su voz tenía ahora un acento sureño más marcado.

—¿Y en alguna parte de la casa?

La mirada del policía escrutaba a su alrededor. Las gafas le amplificaban los ojos azul claro.

—No, señor. En esta casa no.

Mi padre sacudió la cabeza.

—¿Has viajado a Dakota del Norte recientemente, Bev?

El policía más corpulento no se comportaba con excesiva seriedad, sino como si estuviera manteniendo una conversación normal y corriente. Pasó junto a mi padre en dirección a mí, que estaba en la puerta que daba al pasillo. Avanzó unos pasos más y miró por el pasillo hacia el cuarto de baño y el dormitorio de nuestros padres. El policía más joven y más alto miraba fijamente a mi padre, como si ése fuera su trabajo.

—¿Qué tal estás, chico?

El policía grande me puso la mano en el hombro. Olía a cigarro y a cuero. Llevaba unos chanclos de goma manchados de barro. Ya había dejado en el suelo limpio algunas esquirlas de barro seco.

—Bien —dije.

Llevaba una placa dorada pegada al cinturón, debajo de la chaqueta. La panza le tensaba la camisa blanca. En la solapa le vi un diminuto triángulo dorado.

—¿Vais de viaje? —dijo en un tono amistoso.

Miré a nuestra madre.

—Vamos a Seattle. Hoy, en tren. A ver a sus abuelos —dijo nuestra madre.

—No, no he estado en Dakota del Norte —dijo mi padre.

El policía grande seguía con la mano encima de mi hombro. Echó una mirada inquisitiva a la cocina, donde seguía en el suelo el plato roto.

—¿Es su Chevy el que está aparcado ahí atrás?

—Sí, es mi Chevy —dijo—. No lo tengo desde hace mucho.

—Pero sí desde hace más de un par de días, ¿no? —dijo el policía.

Yo no quería moverme con aquella mano encima.

—Oh, sí —dijo mi padre.

Sonrió a mi madre como si lo que le acababa de preguntar el policía hubiera sido algo gracioso. Sus facciones mostraban viveza, su mirada era penetrante, su boca parecía moverse antes de hablar. Tenía una pizca de saliva en las comisuras de los labios. Se pasó la lengua por una de ellas y le brincaron los músculos de la mandíbula. Mecía las manos a ambos costados como si estuviera a punto de hacer algo inesperado.

—Podrías ir un rato a vuestro cuarto —nos dijo nuestra madre.

Berner cogió de inmediato su maletita verde y se dirigió hacia el pasillo, pero el policía grande levantó la mano y dijo:

—Creo que será mejor que os quedéis.

Me atrajo hacia sí y sentí su pistola bajo la chaqueta. Berner se paró y miró a nuestra madre. En su boca se dibujó una arruga, lo cual significaba que estaba irritada.

—Haz lo que te dice —dijo mi madre.

Berner retrocedió hasta el sofá y se sentó en él con la maletita entre las rodillas.

El policía grande fue hasta el piano y se inclinó para mirar de cerca el licenciamiento de la Fuerza Aérea de mi padre, la fotografía del presidente Roosevelt y el metrónomo.

—¿Tiene todavía el uniforme de piloto de la Fuerza Aérea?

El policía se bajó las gafas hasta la punta de la nariz y se acercó aún más al documento de licencia definitiva de mi padre como si le interesara mucho.

—Dios, no... —dijo mi padre—. Tengo un guardarropa mucho mejor. Ahora estoy en el negocio de la venta de granjas y ranchos.

Yo no tenía ni idea de a qué venía esa mentira.

—¿Cómo se llama, señorita? —dijo el policía grande.

Se volvió para mirar a Berner. El otro policía no quitaba los ojos de mi padre.

—Berner Parsons —dijo Berner.

Resultaba chocante oírsele decir dentro de casa.

—¿Ha hecho un viaje a Dakota del Norte recientemente, Berner? —le preguntó el policía.

—No —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

—No hables con él —dijo mi madre. De pronto estaba muy enfadada, aunque siguió sentada en la mesa—. No es más que una niña.

—Por supuesto que no tienes que hablar conmigo. —El policía sonrió a mi padre de tal forma que sus mejillas rubicundas de polizante se inflaron y sus cejas se alzaron. Se subió las gafas a lo alto de la nariz, se metió los pulgares bajo el cinturón

y tiró de los pantalones hacia arriba, enseñando los calcetines blancos que sobresalían de los chanclos. Dejó escapar un suspiro—. Quizá sea mejor que vayamos afuera, Bev. A charlar un poco más. Bishop puede quedarse con los demás hasta que volvamos.

Hizo una seña con la cabeza al otro policía, que se apartó de la puerta.

—Muy bien —dijo nuestro padre.

Su acento sureño era muy marcado ahora. Seguía haciendo oscilar las manos a ambos costados, y miraba a derecha e izquierda como si todo el mundo le estuviera observando. No era nada agradable verle así. Parecía perdido. Siempre he recordado aquel momento.

El policía llamado Bishop alargó la mano hacia atrás y empujó la puerta mosquitera para abrirla. El sol se abría paso entre los árboles y caldeaba el aire en el exterior. La lluvia de la noche anterior arrancaba destellos en el césped. Los luteranos se encaminaban hacia su iglesia. Nuestro padre fue hacia la puerta con el policía de panza gruesa a su lado, poniéndole una mano en la región lumbar para guiarle.

—¿De qué vamos a hablar? —dijo mi padre, saliendo al porche. Se pasó la mano por el pelo y miró hacia abajo, hacia donde le llevaban las botas.

—Bueno, ya se nos ocurrirá algo —dijo el policía grande, a su espalda.

—No tienes que decir nada —le gritó nuestra madre.

—Lo sé —dijo nuestro padre.

El otro policía, Bishop, cerró la puerta principal de cristal. Ya no pude ver nada de lo que sucedía fuera, y ahora estábamos los cuatro solos en nuestra casa.



Pudieron ser cinco minutos, o pudieron ser quince, el tiempo que estuvimos en la casa con el policía llamado Bishop. La campana de los luteranos sonó varias veces más. Habían cerrado las puertas y dado comienzo al servicio.

El sol daba ya en el tejado, y hacía calor incluso en la sala. Normalmente habríamos encendido el ventilador de buhardilla, pero ninguno de nosotros se movió. Puse la funda de almohada rosa en el suelo y me senté en la banqueta del piano. Mi madre tenía la mirada fija en mí, como si hubiera algo que yo tuviera que estar pensando. Yo no sabía qué. Me pregunté qué era lo que mi padre no tenía por qué decir. Supuse que los policías se irían pronto y que entonces podríamos hablar de ello. Habíamos perdido el tren.

El policía más joven estaba de pie de espaldas a la puerta, con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Mascaba chicle, y en un momento dado se quitó el sombrero y se frotó la frente con un pañuelo blanco que había sacado del bolsillo. Tenía el pelo corto, de un rubio casi blanco, y sin el sombrero parecía más joven. Tendría unos treinta años, pensé, aunque no sabía mucho de la edad de las personas. El pelo y la cara ancha y los ojos rasgados no casaban demasiado, pero parecían normales en un policía. Era el tipo de chico que a Berner podía gustarle. En sus ojos había algo salvaje que recordaba los de Rudy.

—¿Vas al colegio? —me preguntó.

Mi madre seguía mirándome fijamente, pero no dijo nada. Yo no sabía lo que quería que hiciera o no hiciera. Berner estaba incómoda dentro de su ropa. Dejó la maletita verde en el suelo y suspiró muy hondo para indicar que estaba impaciente.

—Sí —dije.

El policía se pasó un pañuelo por los ojos; luego lo dobló y se lo metió en un bolsillo interior de la chaqueta. El sombrero le hacía parecer demasiado joven para llevar sombrero.

—Al Meriwether Lewis —dije.

—¿Estás ya en el instituto? —Parecía sorprendido—. No pareces tan mayor. —Miré a mi madre. No sabía lo que estaba pasando por su cabeza—. Yo fui al Meriwether hace quince años —dijo Bishop—. Y ahora tengo hijos. —Miró a mi madre y siguió con la mirada en ella—. ¿Se encuentran a gusto en Great Falls? —dijo, dirigiéndose a ella. Mi madre desvió la mirada hacia él, y luego la bajó hasta sus manos enlazadas sobre la mesa. De pronto la alzó de nuevo y buscó con ella la ventana frontal, donde tal vez podría ver a mi padre y al otro policía—. ¿Son ustedes sus padres reales? —dijo Bishop, al ver que mi madre no le contestaba a la primera pregunta. Se inclinó contra la jamba de la puerta, con los ojos aún fijos en mi madre como si ésta tuviera un aspecto extraño; a él debía de parecérselo, al menos.

—¿Es eso de su incumbencia, acaso? —dijo mi madre.

—No —dijo Bishop—. Creo que no.

Se tiró del lóbulo de la oreja izquierda y sonrió. Mi madre dejó que su mirada se desviara de nuevo hacia la ventana.

El policía, en el porche, se reía como si nuestro padre y él celebraran una broma. Les oí a través de la puerta de cristal, y ello me hizo pensar que todo iba bien. El policía estaba diciendo:

—Bueno, es comprensible, Bev. Es nuestro trabajo.

—Ustedes dos no parecen atracadores de bancos —dijo Bishop—. Parecen gente que podría trabajar en una tienda de comestibles.

Por espacio de un instante no pude respirar. Mi boca iba a abrirse para hablar, pero no salió ninguna palabra. Cerré la boca y traté de enlazar una inspiración y una espiración completas. No quería mirar a Berner.

—Tampoco eso es de su incumbencia —dijo nuestra madre.

—En eso se equivoca —dijo Bishop.

Alguien estaba hablando al otro lado de la puerta. Se oyeron unas pisadas fuertes sobre las tablas del porche. El corazón había empezado a latirme desbocadamente dentro del pecho. Quería que mi madre proclamara que ninguno de los que habitábamos en aquella casa era un atracador de bancos. Mi madre, en cambio, siguió mirándome con fijeza.

—Vosotros dos, niños, no vayáis a ninguna parte. Quedaos en casa —nos dijo a Berner y a mí—. ¿Me entendéis? No os mováis de aquí a menos que vayáis con la señorita Remlinger. ¿Está claro?

Sus manos se movieron y cambiaron de posición: antes con la izquierda se asía la derecha, ahora con la derecha se asía la izquierda.

Se abrió la puerta principal —repentinamente, me pareció— y el policía grande entró dando zancadas en la sala. Llevaba en la mano el sombrero de paja de ala flexible. Tenía la cabeza redonda, con manchas rojas en el cuero cabelludo casi calvo. Vi a mi padre fuera, en el césped, con las manos a la espalda. Estaba sonriendo hacia la fachada de la casa, y sacudía la cabeza y gritaba algo. Me pareció que me gritaba a mí, pero no pude entenderle.

—¿No vamos a Seattle? —dijo Berner.

Seguía sentada en el sofá, con su vestido de lunares. Ella no podía ver el jardín.

—Tú haz lo que digo —dijo nuestra madre.

—Voy a tener que pedirle que se levante, señora Parsons —dijo el policía grande. Que la llamara «señora Parsons» resultaba inesperado e impresionante.

Entonces hubo una gran cantidad de movimiento en la sala, una gran conmoción: zapatos y sillas que arañaban el suelo, tela que se frotaba contra tela, respiraciones y cueros estrujándose... Bishop sacó unas esposas plateadas, y el policía grande y él

rodearon la mesa y pusieron sus manos sobre los hombros de nuestra madre.

—Vamos, haga el favor de ponerse de pie, Neeva —dijo el policía grande.

Dejó el sombrero encima de la mesa. Nuestra madre no se levantó ni se movió; se quedó quieta y rígida y no dijo ni una palabra, aunque tenía los labios separados. Los dos policías, uno a cada lado de ella, la levantaron por los brazos y se los echaron hacia atrás y le juntaron las manos a la espalda. Ella no se resistió, pero las manos le temblaban, y pestañeó tras los cristales de las gafas. Y luego levantó la mirada. El policía grande le puso las esposas y se las cerró con cuidado alrededor de las muñecas.

—No hay que apretarlas demasiado a las damas.

Sonrió al decir esto.

Nuestro padre seguía donde estaba, sin dejar de hablar. Allí fuera, solo.

—Esto puede empeorar —le oí decir.

Algunos de los luteranos habían salido de la iglesia y observaban la escena. Un hombre con sombrero de cowboy dijo algo que no alcancé a oír.

—Está bien, está bien —gritó mi padre—. Se acabó la feria; se ha ido ya de la ciudad. Se acabó la feria; se ha ido ya de la ciudad.

—Tengo a estos dos niños que cuidar —les dijo nuestra madre a los policías, que empezaban a hacerle rodear torpemente la mesa para dirigirse hacia la puerta, con las manos a la espalda. Era muy menuda, y los brazos no le llegaban con holgura atrás. No me resulta sencillo describir lo que estaba viendo. El olor a cigarro del policía grande llenaba la sala, como si hubiera estado fumando. Respiraba con dificultad. Los pies de mi madre no se movían de buen grado, pero ella no se resistía y no hacía otra cosa que decir que tenía dos hijos que cuidar. Miraba con fijeza hacia el frente, no hacia mí, como si lo que estaba haciendo fuera enormemente difícil.

—Oh, sí, lo sé —dijo el policía grande, llevándola hacia la puerta casi con delicadeza—. Sé que los tiene.

—Díganos adónde van —dijo Berner. Parecía tranquila, pero estaba tan conmovida como yo. No teníamos la menor idea de qué decir o hacer—. Estaremos aquí cuando volváis —dijo. El policía empujaba a nuestra madre a través de la puerta principal. Nuestro padre estaba en la acera, hablando como un loco. Mi hermana y yo contemplábamos la escena. No era en absoluto un hecho que ninguno de nosotros hubiera imaginado que pudiera llegar a suceder.

Yo ahora estaba de pie junto a la banqueta del piano. Tal como parecía que debía estar en aquel momento. El corazón seguía latiéndome con fuerza, pero al mismo tiempo me sentía en calma, como si en realidad no estuviera sucediendo nada a mi alrededor.

—Acordaos de lo que os he dicho —dijo nuestra madre, sin darse la vuelta para mirarnos. Estaban en el porche, y ella se miraba los pies y bajaba con cuidado los

escalones, mientras los dos policías la sujetaban de los brazos; entre ellos parecía aún más pequeña—. No vayáis a ninguna parte hasta que Mildred venga a recogeros.

El policía grande y corpulento se dio la vuelta en el último escalón y dijo:

—Alcánzame el sombrero, hijo.

Su sombrero seguía encima de la mesa del comedor.

Crucé la estancia, cogí el pequeño sombrero de paja: era asombrosamente liviano y olía a sudor y a cigarro. Salí al porche y se lo tendí. Se lo encajó en la cabeza calva con la mano libre.

—Alguien tendrá que cuidar de vosotros, chicos —dijo.

La cara de nuestra madre se dio la vuelta en redondo para mirarme. Berner se había acercado hasta la puerta. En los ojos de mi memoria la cara de nuestra madre estaba nimbada de oscuridad.

—Déjelos en paz —dijo con voz airada—. Ya tengo quien se ocupe de ellos —añadió, dirigiéndose a mí.

—Es asunto del tribunal tutelar de menores —dijo el policía grande, y le apretó con más fuerza el brazo—. Es algo que ya no le incumbe a usted.

—Son mis hijos —dijo nuestra madre, mirándole con indignación.

—Tendría que haberlo pensado antes —dijo—. Ahora se hará cargo de ellos el estado de Montana.

Los dos policías condujeron a mi madre por el camino de hormigón, donde ahora estaba mi padre, riendo como alorado, con las manos a la espalda. En el hormigón del camino de entrada había confeti blanco del día anterior.

—¿Puedo hablar con un abogado? —dijo mi padre. Parecía animado—. No creo que conozca a ninguno.

El policía llamado Bishop empezó a conducirlo hacia el coche, y al llegar a él abrió la portezuela trasera.

—No va a necesitarlo, Bev —dijo.

—Sabe que no tiene que hacer esto, a mi juicio.

Mi padre estaba volviendo la cabeza para mirarme. «A mi juicio», había dicho. Era la primera vez que le oía esa expresión.

—Se equivoca en eso —dijo Bishop.

Cuando la ayudaban a montar en el asiento trasero del coche de policía, a nuestra madre se le descolgaron las gafas hacia una de las mejillas y una oreja. El policía grande, que la sujetaba por el brazo, se las volvió a poner en su sitio con delicadeza. Ella me miró una vez más desde el coche abierto.

—Quedaos en casa, Dell —me gritó—. No os vayáis con nadie más que con Mildred. Echad a correr si es necesario.

—No nos iremos con nadie —dije. Me pareció que tenía lágrimas en los ojos.

Nuestro padre estaba en la calle, en el costado del coche más alejado de la casa.

Le mantenían la portezuela abierta para que montara. De pronto miró por encima del techo del vehículo policial. Sus ojos tempestuosos se fijaron en mi persona, y gritó:

—Ya te lo dije. No hay nada de interesante en estos palurdos.

El policía llamado Bishop, que tenía la mano sobre la cabeza de mi padre, la presionó con más fuerza hacia abajo hasta obligarle a dejarse caer en el asiento trasero del coche, donde ya estaba sentada mi madre.

Nuestro padre dijo algo más, pero no alcancé a oírlo. Bishop cerró la portezuela de golpe. Había más gente mirándonos desde las escaleras de la iglesia adonde habían salido para ver lo que sucedía en nuestra casa. Éramos un espectáculo; era lo peor que podía suceder, y estaba sucediendo de la peor forma posible.

Bishop rodeó el coche hasta la portezuela del conductor del coche policial. El otro policía —el más corpulento y de más edad— montó en el asiento del acompañante. A través del cristal de la ventanilla trasera se veía la cara de mi madre. Le hablaba airadamente —o así me lo pareció— a mi padre, que estaba sentado a su lado. Ella no me vio a mí. El coche emitió un sonido metálico al encajar la marcha y se despegó del bordillo en dirección a la esquina del parque. Yo, de pie en el porche, había presenciado toda la escena. Deja que todo esto suceda. Deja que se lleven detenidos a mis padres, me decía, como si me importara un bledo que lo hicieran. El sol lucía con rayos independientes a través de las hojas de los olmos. El aire era denso y cálido. Desde los muelles de carga llegaba un tenue olor a gasoil. En Central Avenue, la sirena de la policía sonó una vez, y aceleró el motor del coche en el que iban nuestros padres. Los otros coches se apartaban a su paso. Entré en casa: no quería seguir allí, mirando, ni que me miraran los vecinos, a quienes no conocía, como si estuvieran viendo un espectáculo. No se me ocurrió otra cosa que hacer. No podía quedarme allí de pie. Y luego esa parte de la historia quedó atrás.

Hay quienes pensarían que presenciar cómo esposan a tus padres, se les llama a la cara atracadores de bancos y se les lleva a la cárcel, y ver cómo tú y tu hermana os quedáis solos, podría hacerte perder la cabeza. Podría ponerte frenético y hacerte correr por las habitaciones de la casa y gemir y abandonarte a la desesperación, porque las cosas ya nunca volverían a ser como antes. Y seguro que para algunos sería así. Pero uno nunca sabe cómo reaccionará en una situación semejante hasta que ésta acontece. Puedo afirmar que la mayor parte de lo que acabo de decir no sucedió en este caso, aunque por supuesto nuestra vida cambió para siempre.

Cuando entré en casa, Berner se había encerrado en su cuarto. Me quedé de pie en medio de la sala y miré a mi alrededor, con el corazón laténdome muy rápido y los pies llenos de abejas. Examiné las fotografías de la pared, las que estaban ya en la casa cuando entramos a vivir en ella y el puñado escaso de las nuestras. Y la del presidente Roosevelt y la del licenciamiento de mi padre de la Fuerza Aérea. Vi la funda de almohada con mis pertenencias, y la maleta de mi madre, y la maletita de piel de caimán de mi hermana. Pasé revista con la mirada a la pequeña estantería de los libros de mi madre, al rompecabezas de las cataratas del Niágara (seguía encima de la mesita de jugar a las cartas), al piano lleno de raspaduras y las pocas piezas de mobiliario Montgomery Ward que habíamos traído a Great Falls al mudarnos cuando yo tenía once años. Ninguno de aquellos objetos significaba gran cosa para mí. La alfombra persa con manchas que había en el suelo. El televisor. El tocadiscos de mi padre. El papel pintado con el dibujo repetido de un velero. El techo sucio con su lámpara rebuscada y el medallón que tanto admiraba mi padre. Ahora yo estaba a cargo de ello, al menos de momento. Tenía que evaluar las cosas con justeza. Mantener la calma y actuar de forma ordenada.

En realidad no pensaba en nuestros padres en aquel momento, en su trayecto cruzando el río hacia una celda. No me preguntaba sobre el banco que, se suponía, habían atracado. Por un lado, no parecía posible que no hubieran atracado ninguno, ya que los habían detenido por hacerlo y ellos no habían dicho que fueran inocentes. No tenía una idea formada sobre los atracos a bancos y sobre la gente que los perpetraba. Bonnie y Clyde no se parecían en nada a nuestros padres. Los Rosenberg, sobre quienes había oído hablar, eran totalmente diferentes. Lo cierto es que, al pensar en nuestros padres en aquellas horas primeras, para mí no se trataba de si habían o no robado un banco; se trataba de que se habían situado detrás de un muro, o de una frontera, y de que Berner y yo nos habíamos quedado al otro lado. Quería que volvieran. Su vida seguía siendo nuestra vida, la vida real, la vida con mayúsculas.

Seguíamos viviendo entre los dos. Pero tendrían que traspasar el muro para volver, para que la vida continuara. Y por alguna razón aquello se me antojaba problemático. Probablemente seguía aún conmocionado.

En lo que pensé casi de inmediato fue en el dinero de debajo del asiento. La idea de que alguien —la policía— pudiera encontrarlo me daba pánico. El Agricultural National Bank que aparecía escrito en las fajas de los billetes no significaba nada para mí. El policía grande había mencionado Dakota del Norte, pero mi padre había dicho que no había viajado allí. Había comprado el Chevrolet no mucho tiempo atrás, así que el dinero podía llevar todo ese tiempo debajo del asiento trasero y no tener nada que ver con él ni con ningún atraco a ningún banco. Sin embargo, relacioné ambas cosas. Posiblemente había otros fajos de billetes en aquel espacio vacío del coche. Había que sacarlos de allí; no tenía ni idea de dónde meterlos, por si volvía la policía a registrar la casa, que era lo que solía hacer cuando se cometía un robo.

Salí por la puerta de la cocina y crucé el jardín. Me subí al cálido cubículo del Chevrolet Bel Air, que no estaba cerrado, y hurgué bajo el cojín del asiento trasero hasta que palpé el fajo, fresco y ceñido apretadamente por la faja. Fui recorriendo con la mano —con el brazo metido hasta el codo— el hueco de debajo, y palpé los tornillos, los salientes torneados del chasis, y el polvo y la suciedad. Encontré un paquete sin abrir de chicles con sabor a clavo, un botón y un sobre vacío del hospital Saint Patrick's. Lo dejé todo donde estaba. No encontré más fajos de billetes; ni allí ni debajo de los asientos delanteros ni en la guantera, y concluí que ya no había más. Me metí el que había en la parte delantera de los pantalones, al igual que había hecho el día anterior; me escabullí del interior del coche y volví a cruzar el jardín hasta la casa, donde —confiaba— no me estaría esperando la policía. Una vez dentro, escondí los billetes (no se me ocurrió contarlos, aunque vi que el de arriba era de veinte dólares) debajo de la bandeja de la vajilla de plata del cajón de la cocina, lo que hizo que la bandeja quedara demasiado alta para poder cerrar el cajón. Así que rompí la faja que rodeaba los billetes, la llevé al cuarto de baño, la eché en el inodoro y tiré de la cadena. Era lo mejor que se podía hacer. Mis padres lo habrían considerado una idea inteligente. Volví a la cocina, hice dos pequeños montones con los billetes y los puse uno al lado del otro debajo de la bandeja, que ahora estaba a la altura que debía estar y el cajón cerraba perfectamente.

Después me fui a mi cuarto. (En el cuarto de Berner no se oía ningún ruido, y yo no quería hablar con ella). Cerré la puerta y bajé la persiana. Apagué la luz de la lámpara del techo y me tendí en la cama con la ropa puesta, como había hecho el día anterior. Me quedé inmóvil, viendo cómo el pecho me subía y me bajaba, sintiendo cómo me latía el corazón en su interior, observándome la respiración y tratando de regularla mediante inspiraciones largas. Mi madre me había dicho que era la forma de conseguir dormir cuando por la noche el cerebro se desboca, ella lo hacía a menudo,

según me dijo. Creía que si me dormía era posible que al despertar todo aquello hubiera quedado atrás. O tal vez habría sido un sueño, y despertara en el tren camino de Seattle, y Berner, mi madre y yo viajaríamos rumbo a una vida nueva en la que iría a otro instituto y conocería a gente. Eran las doce y media del mediodía. Mi Baby Ben iba diez minutos atrasado. La campana de los luteranos volvió a sonar. El perro de una calle más abajo se puso a aullar. Fuera había un sol brillante, pero en mi cuarto todo estaba en sombras y el aire era fresco. Los pájaros cantaban. En alguna parte oí que algo goteaba y goteaba. Como esperaba, no me costó demasiado dormirme. Y dormí durante mucho tiempo.



Cuando desperté, se oía una voz en la casa. Supuse que era la policía, que hablaba con Berner y empezaba a buscar el dinero. Tenía el corazón en calma, pero de pronto empezó a latirme aceleradamente. El cajón de la cocina sería el primer sitio donde mirarían.

Abrí de golpe la puerta del cuarto, con intención de sobresaltar a quienquiera que estuviese allí, y quizá de hacerle huir. Pero era Berner, que estaba hablando por teléfono en el pasillo, de pie junto al pequeño receptáculo que había justo fuera del dormitorio de nuestros padres. Llevaba puesto el pijama de elefantes azules. Estaba descalza, y se enrollaba y se desenrollaba el cable del teléfono en un pulgar, y se metía un dedo en el tupido pelo y sonreía ante algo que estaba oyendo en ese momento. Su voz sonaba más profunda. Se había vuelto a maquillar y se había pintado los labios. «Oh, sí», decía. «No sé. Es una buena idea». Su voz sonaba parecida a la de nuestra madre. Yo no sabía con quién estaba hablando, pero supuse que con Rudy Patterson. Era la única persona que Berner conocía, que yo supiera, y mi hermana me había contado lo que hacían cuando se veían.

Sentí un gran alivio al ver que no era la policía. Tenía el presentimiento, sin embargo, de que no tardaría mucho en aparecer de nuevo por la casa. El policía de más edad lo había dicho claramente. Fui a la ventana delantera y miré fuera. Tanto nuestra calle como el parque estaban vacíos a la luz moteada del sol. La iglesia luterana estaba cerrada. La sombra se proyectaba sobre nuestro jardín de un modo muy agradable. En el parque, el chico gordo y sordo que vivía en nuestra calle estaba lanzándole un palo a un labrador negro, que corría, lo recogía, luego volvía con él y lo dejaba a los pies de su dueño. El chico acariciaba la cabeza de su mascota y le decía algo. No había ningún coche de policía a la vista. De cuando en cuando el chico sordo se volvía casi con disimulo y miraba hacia nuestra casa.

Fui hasta la ventana de la cocina y miré hacia donde tenía que estar aparcado nuestro coche. Pero no estaba. El espacio que había ocupado al lado del garaje era como una caja de aire en la que el Chevrolet hubiera estado instantes antes y de la que hubiera desaparecido luego. Rápidamente abrí el cajón de la vajilla de plata casi convencido de que no iba a encontrar nada. Pero allí estaban los dos montoncitos de billetes de veinte dólares, debajo de la bandeja de plástico, lo cual me confirmó que no estaba soñando y que todo aquello estaba sucediendo realmente.

Recogí los trozos del plato roto que se le había caído a mi madre y lo tiré a la basura de debajo de la pila. Eran trozos grandes y no necesité barrerlos. Al poco entré en la cocina Berner. Con su pijama de elefantes, parecía tan campante, como si ésa fuera la forma mejor de estar en casa y hubiera estado esperando aquel momento para sacarle el mayor provecho posible.

—Se han llevado el coche. Ha venido una grúa grande —dijo mi hermana, y miró por la ventana—. Qué perro más bonito. —Se quedó mirando cómo el chico lanzaba el palo a su mascota en el parque. Yo quería cambiar de sitio el dinero. No quería tener nada que ver con él—. No creo que vaya a venir nadie —dijo luego. Se rascó el trasero por debajo del pantalón del pijama, sin dejar de mirar al chico y al perro. Tenía el pelo tupido y alborotado de haber dormido sobre él—. Y eso significa que podemos hacer lo que nos dé la gana.

—¿Por qué? —dije yo.

Sus labios compusieron una sonrisa maliciosa, y me miró de reojo expeliendo el aire con fuerza como solía hacer cuando se hacía la importante.

—Yo haré lo que se me antoje —dijo—. Y lo que tú hagas será lo que se te antoje. —Se señaló la sien con un dedo, describió un círculo con él, y luego me apuntó a mí—. Estás chiflado —dijo. Solía decírmelo a menudo.

—¿Qué vas a hacer tú?

—No lo sé. —Abrió el frigorífico, miró dentro y lo volvió a cerrar—. Pero será algo gordo. Todavía no he hecho nada de lo que quiero hacer. Rudy quiere que nos casemos.

—No puedes casarte —dije.

Sabía que no podía hacerlo. Teníamos quince años. Y me había dicho que no quería casarse. Me lo había dicho el día anterior.

—En algunos sitios te dejan. Nos iremos a Salt Lake City, en Utah. Es mucho mejor que aquí. Aunque ahora no es de la iglesia.

Me repugnó oír aquello. Era como si le quitara consistencia a todo lo que me concernía y a todo lo que pensaba. Allí de pie en la cocina, con su pijama de elefantes, hablando de casarse con Rudy, ponía en entredicho mi persona y cualquier cosa que yo pensara, como si mi destino tuviera que ser igual al de ella y mis planes pudieran romperse y tirarse por ahí como un pañuelo de papel mojado.

Pero yo no me sentía así en relación conmigo mismo y con mis planes. Ahora era capaz de percibir los rasgos de mi propia persona. En adelante sería yo mismo ocurriera lo que ocurriera. Mi corazón, entonces, se calmó, algo que interpreté como una señal positiva. Si de verdad hubiera sentido que todo estaba perdido y que mi vida se había acabado por estar atado a mi hermana, no sé lo que habría hecho. Pero a partir de ese momento habría tenido muy pocas posibilidades de seguir con mi vida.

—No voy a casarme sin ton ni son —dijo Berner. Se volvió y miró de nuevo por la ventana. De pronto giró en redondo con una gran sonrisa torcida—. Mamá me dijo que tenía que cuidar de ti. —Sus ojos, de repente, se llenaron de lágrimas. Es posible que yo también me estuviera echando a llorar. Los dos teníamos razones para hacerlo. Pero ella cortó su llanto—. Los odio con toda mi alma —dijo.

—No tienes por qué irte de casa —dije.

Era horrible lo que sentíamos.

—Sí, tengo que hacerlo —dijo ella—. Yo...

Tenía ganas de rodearla con mis brazos. Parecía la cosa más natural del mundo si de veras era yo quien iba a tomar las riendas de la situación. El teléfono empezó a sonar en el pasillo, con timbrazos estridentes y tristes que dieron al traste con la quietud de la casa. Y así es como pasamos el instante: Berner y yo casi abrazados mientras sonaba el teléfono, sin que nadie ni nada más en el mundo reparara en nuestra existencia.

El resto de aquel domingo es una parte de esta historia que no está muy clara. Recuerdo que se respiraba una gran libertad en la casa, como si la casa se sintiera cómoda con sólo nosotros dos dentro de ella. Comimos algo que encontramos en el frigorífico: espaguetis fríos y una manzana. Lo engullimos mirando por la ventana delantera el parque ensombrecido de última hora de la tarde. Los coches pasaban por delante de la casa. Uno o dos aminoraron la marcha y la gente que iba dentro se asomaron por la ventanilla y nos miraron a Berner y a mí, que estábamos de pie dentro de casa, mirando por la ventana. Uno de los ocupantes nos saludó con la mano, y nosotros le devolvimos el saludo. No entendía qué podía saber la gente de nosotros. Había sido acertado por parte de nuestra madre el habernos disuadido de adaptarnos al entorno, ya que si alguien —algún miembro del club de ajedrez, por ejemplo— hubiera venido a mirarnos bobaliconamente, me habría sentido humillado. Y, peor aún, sin haber hecho nada por lo que sentirme humillado salvo quizá tener padres.

Antes de que oscureciera, Berner y yo dimos un paseo alrededor de la manzana, en contra de las instrucciones de nuestra madre de que no saliéramos de casa. Lo hicimos porque podíamos hacerlo. Nadie reparó en nosotros. Todas las casas de los vecinos estaban silenciosas y con aire de cerradas a cal y canto en aquel atardecer de domingo. El barrio me pareció más bonito de lo que jamás me había imaginado.

Volvimos y nos sentamos en los escalones de la entrada, y contemplamos cómo el cielo se ponía de un tono purpúreo y la salida de la luna y el puñado de luces que empezaban a iluminar las ventanas de los vecinos. Vi una cometa de papel que se había quedado enganchada entre las ramas altas de un árbol del parque. Me pregunté qué habría que hacer para bajarla. Nos temíamos que en cualquier momento un coche se parara a nuestro lado y unos desconocidos nos dijeran que teníamos que ir con ellos a alguna parte. Pero nada de eso pasó.

No hablamos mucho de nuestros padres. Allí sentados en los escalones, viendo a los murciélagos revolotear entre los árboles oscurecidos, frente a la luna jorobada y las pálidas estrellas en el cielo del este, los dos dábamos por sentado que habían hecho aquello de lo que les acusaban. Habría sido demasiado trágico que no fuera cierto. Habían estado fuera una noche, algo que no habían hecho nunca antes. La pistola había desaparecido. Estaba el dinero, y los indios llamándonos por teléfono y pasando en coche por delante de nuestra casa. Yo hasta quizá deseé fugazmente que fuera verdad, por mucho que no hubiera sido capaz de admitirlo, como si al atracar un banco nuestro padre hubiera suplido algo de lo que siempre hubiera carecido. Lo que ello significaba en el caso de mi madre era una cuestión mucho más difícil de dilucidar. También podría ser cierto que Berner y yo, aquella tarde, hubiéramos

perdido esa parte de la mente que te hace plenamente consciente de lo que te está sucediendo cuando te está sucediendo. ¿Cómo, si no, habernos tranquilizado de tal modo y habernos ido a dar un paseo? ¿Cómo, si no, habría yo pensado que nuestro padre era una persona de más envidia por haber atracado un banco y habernos destrozado la vida? No tiene mucho sentido. A ninguno de los dos se le ocurrió preguntar por qué habían atracado un banco, por qué les había podido llegar a parecer una buena idea. Para nosotros aquello había llegado a ser un hecho de la vida, simplemente.

Cuando por fin entramos en casa, había anochecido. Había mosquitos en el aire. Las polillas aleteaban en las ventanas, y se oía el canto de las cigarras. El tráfico dominical nocturno en Central Avenue había cesado casi por completo. Cerramos las puertas con llave, echamos las persianas y apagamos la luz del porche. Me daba igual lo que pensara Berner, yo estaba convencido de que alguien vendría a buscarnos: la policía, o los funcionarios del tribunal tutelar de menores, y que la policía registraría la casa. Decidimos no dejar entrar a nadie, como si fuéramos un matrimonio que habitara aquella casa.

Fui a la cocina, saqué el dinero y le conté a Berner dónde lo había encontrado. No sabía si había llegado a verlo el día anterior, pero me dijo que no. Dijo que pensaba que era dinero que nuestros padres habían robado y que debíamos esconderlo o tirarlo por el retrete. Lo contamos en la mesa del comedor y había quinientos dólares. Entonces Berner cambió de idea y dijo que lo que teníamos que hacer era repartírnoslo y decidir qué quería hacer cada cual con su mitad. Que, de todas formas, nos iban a acusar por tenerlo, así que lo mejor era quedárnoslo. Dijo que incluso podía haber más dinero escondido en otros sitios de la casa, y que debíamos encontrarlo antes de que la policía viniera y diera con él. Fuimos al dormitorio de nuestros padres y buscamos en el bolso de nuestra madre, dentro de los cajones y debajo de los colchones, en el armario ropero, dentro de los zapatos y en lo alto de las estanterías del armario, donde había zapatos viejos y jerséis y la gorra de la Fuerza Aérea de mi padre. No encontramos más fajos de billetes, aunque nuestra madre tenía treinta dólares en billetes doblados dentro del monedero. Encontramos también lo que ella llamaba su «libro judío», que yo ya había visto pero del que no sabía nada en absoluto. Era un libro pequeño escrito, según nos había dicho, en hebreo, y estaba en el cajón de abajo de la cómoda, junto con unas fotos de nosotros de bebés, un View-Master<sup>[11]</sup> con imágenes del Taj Mahal, sus gafas graduadas, unos lápices de dibujo, sus poemas y su diario, que entonces no nos atrevimos a leer. El libro tenía un título que yo no supe pronunciar cuando nuestra madre nos lo dijo y que empezaba por H. Nunca le pregunté nada sobre él. Entonces me vino a la cabeza que en una casa era

imposible esconder algo donde no pudiera encontrarlo nadie, y la policía era experta en encontrar cosas. Nuestra casa no tenía sótano, y no quería subir al desván porque allí arriba hacía mucho calor y era un hervidero de culebras y avispones. No se nos ocurría dónde podría haber más dinero, y al final dejamos de buscar.

En el estuche de piel con la inicial P de mi padre, que olía como él, encontré su anillo del instituto de secundaria, voluminoso, de oro, con una piedra cuadrada azul y una diminuta D de Demopolis grabada y dos diminutos caballos encabritados a cada lado, por los mustang. Me había dicho que «Demopolis», en griego, significaba «donde la gente vive», y que le gustaba ese nombre porque quería decir que todo el mundo era igual. Me puse el anillo —sólo me quedaba bien en el pulgar—, y decidí llevarlo a partir de entonces, ya que en el futuro no era muy probable que llegara a tener uno propio. Sus galones dorados de capitán estaban también en el estuche, y su reloj de pulsera, y su placa de identificación y la caja de cartón con sus condecoraciones de guerra. Al fondo del armario estaba su pesado uniforme de la Fuerza Aérea, limpio y planchado y listo para su uso, aunque sin los galones y las condecoraciones. Me puse la chaqueta. Me quedaba muy grande, y daba demasiado calor para llevarla en casa. Me la había puesto otras veces; me hacía sentirme importante, y me gustaba. No había dinero en los bolsillos. Cuando mi padre se la ponía por la mañana para ir a la base, siempre estaba de buen humor. No habían pasado más de unos cuantos meses desde entonces. Pero aquel tiempo había quedado atrás; no importaba que hubiera sido hacía tan poco.

Berner sacó unos pantalones de lana oscuros que nuestra madre sólo se ponía en invierno, y los sostuvo en el aire, frente al espejo de la puerta, como si fueran algo gracioso. Eran demasiado pequeños para mi hermana, pero aun así trató de probárselos. Luego encontró unos zapatos bajos de tela negra que nuestra madre había comprado por correo, y embutió a la fuerza en ellos sus grandes y huesudos pies, y se puso a andar con paso sonoro por el dormitorio, a medio calzar, con los talones sueltos, batientes, diciendo que nuestra madre no tenía estilo; lo cual no era cierto. Tenía un estilo propio. Debíamos de saber que nuestros padres no volverían. No nos habríamos puesto su ropa ni nos habríamos reído ni los habríamos imitado si hubiéramos creído que existía la mínima posibilidad de que la vida volviera a ser como antes.

Justo después de las nueve, llamaron a la puerta. Por supuesto, creímos que era la policía, y apagamos la luz del dormitorio. Repté por el pasillo con manos y rodillas —con la guerrera de mi padre puesta—, y seguí gateando hasta la cocina. Nadie podía verme a través del cristal de la puerta principal. Llegué a la ventana de la cocina y miré por encima del alféizar hacia la oscuridad del jardín delantero, donde la luna pendía sobre la bóveda de hojas y ramas, y el tablero de baloncesto vacío del otro lado de la calle proyectaba sombras sobre la calle iluminada. Rudy Patterson

estaba de pie en el camino de entrada; alto y de brazos largos, miraba hacia el cielo fumando un cigarrillo y con una bolsa de papel en la mano. Esperaba a que le abriésemos. Hablaba con alguien que yo no alcanzaba a ver. Pensé que quizá estaba cantando. La luz del porche estaba apagada.

Supe que venía a llevarse a Berner, que lo tenían todo planeado. Iban a dejarme solo en la casa para que me enfrentase a lo que pudiera pasar y me las arreglase solo. Ellos se irían a Salt Lake City o a San Francisco. Era lo que Berner había decidido. Yo no sabía qué hacer, pero no estaba dispuesto a dejarle entrar. Quería que la puerta siguiera cerrada con llave y quería quedarme en casa con Berner. No creía que fuera mejor para ella escaparse de casa. Y lo mismo pensaba de mí mismo.

Berner, en la puerta del recibidor, miraba a un lado y a otro, como si no le importara que pudieran verla.

—¿Quién es? —dijo.

Dije:

—Es Rudy. No puede entrar. Mamá ha dicho que no entrara nadie.

—Me había olvidado de él —dijo, y fue al recibidor—. Le he dicho que viniera. Él puede entrar. No seas idiota. Estamos enamorados.

Fue hasta la puerta principal, la abrió e hizo pasar a Rudy Patterson.

No importa lo que pude sentir al ver a Rudy de pie en el camino de entrada, a la luz de la luna. Pero una vez dentro de nuestra casa, Rudy —al menos durante un tiempo— lo cambió todo. No era de esos tipos de los que uno espera cosas beneficiosas. Pero en cuanto entró por la puerta de nuestra casa el tiempo se detuvo y nuestras vidas se detuvieron con él. Todo el exterior desapareció de pronto, como si el futuro y el pasado hubieran llegado súbitamente a su término y sólo existiéramos nosotros tres.

Rudy empezó a hacer ruido nada más entrar en nuestra casa. Se puso a recorrer la sala fumando cigarrillos e inspeccionándolo todo tal como yo había hecho apenas unas horas atrás. El piano. Las fotografías de la pared. El licenciamiento de mi padre. La maleta de mi madre y la funda de almohada con mis posesiones terrenales. Parecía más mayor y más corpulento que cuando le había visto la última vez; habíamos estado jugando a encestar en el parque, mientras Berner nos miraba sentada en un banco. Rudy sólo tenía dieciséis años, y un pelo rojo de rizos enmarañados, y brazos largos llenos de pecas rojizas y manos grandes (ya con vello en el dorso), y un pequeño bigote que a Berner no le gustaba. Se le veían las venas de los bíceps, más abajo de las mangas de la camiseta, y los nudillos los tenía arañados, llenos de rasponazos, como si hubiera estado arrastrándose por encima de unas rocas, o incluso peleándose. Llevaba unos pantalones ceñidos negros y sucios, con peto, y un cinturón ancho con hebilla de latón y un pequeño cuchillo con funda a un costado y unos

gruesos botines negros, de los que llevaban los hombres en la base aérea o en la sección donde trabajaba su padre en la refinería. Rudy se parecía muy poco al chico que había hecho tan buenas migas con mi hermana el verano pasado y que me gustaba porque era simpático conmigo. Le había pasado algo raro desde la última vez que le había visto. Aunque no tenía ni idea de qué.

Pero seguía gustándome, y ahora veía por qué mi hermana había decidido irse con él. Tenía un aire misterioso y peligroso. Pensé que tal vez sería buena idea irme con ellos; así no tendría que enfrentarme al día siguiente y a todo lo que éste podría traer consigo.

Mientras recorría la sala, Rudy no paraba de hablar. Nunca había estado en nuestra casa. Posiblemente era eso lo que le ponía nervioso y le hacía actuar de aquella forma exagerada. Había bebido, además. En la bolsa de papel llevaba tres botellas de cerveza Pabst, y una bolsita de papel de celofán de cacahuetes enteros, que comía continuamente e iba dejando las cáscaras encima del rompecabezas de las cataratas del Niágara de nuestro padre. También llevaba una botella de media pinta de whisky Evan Williams en el bolsillo trasero del pantalón, y a la que se refería como «el chupete». Rudy era una presencia imponente en la casa; en nuestra casa, ya de por sí en un estado extraño.

Rudy sabía que nuestros padres estaban en la cárcel, y que mi hermana y yo estábamos solos. Era con Rudy con quien Berner había estado hablando por teléfono cuando me desperté, y se lo había contado todo. Dijo que su padre y su madre no se llevaban nada bien, y que de todas formas los mormones estaban chiflados. Él no creía en lo que ellos creían. Los mormones habían inventado un lenguaje secreto, dijo, que sólo empleaban entre ellos. Planeaban esclavizar a católicos y judíos, y a los negros los iban a enviar a África, o a ejecutarlos. A Washington, D. C., capital de los Estados Unidos, iban a prenderle fuego y a reducirlo a cenizas. Si uno de sus fieles dejaba la Iglesia mormona, lo perseguirían y lo llevarían de vuelta al redil cargado de cadenas. Sacó «el chupete», dio un trago, se relamió, y luego —para mi espanto— le pasó la botella a Berner, que dio un sorbo y me la tendió a mí, que no pude hacer otra cosa que imitarles. Tragué el whisky de golpe y tuve que apretar los dientes para no atragantarme. Me contrajo y quemó la garganta durante todo su descenso hasta el estómago, donde me dolió aún más. Berner dio otro trago. No era la primera vez que bebía whisky. No frunció el ceño, y luego se dio unos golpecitos en los labios con los dedos, como dando a entender que le había gustado. Rudy, entonces, le tendió un cigarrillo, y acto seguido se lo encendió, y mi hermana fumó manteniendo el cigarrillo en el aire entre los dedos pulgar y corazón. ¡Y estábamos en la sala de nuestra casa! Nuestros padres habían estado allí doce horas antes. Sus normas habían gobernado nuestra conducta y determinado todo lo que hacíamos en el pasado. Ahora ya no estaban, y por tanto sus normas ya no existían. Sentí que podía hacerme una



idea aproximada de cómo sería el resto de mi vida.

Berner se sentó en uno de los sillones de la sala y se quedó mirando a Rudy, que se comportaba como si estuviera actuando. Se paseaba por la sala diciendo que sus padres lo habían amenazado con ponerlo bajo la tutela del estado, que era la cosa más terrible que le podría suceder. Significaba que te enviaban a un gran orfanato de Miles City, donde gente desconocida te podía adoptar y convertirte en alguien de su propiedad. A su edad ya nadie lo adoptaría, así que se quedaría en la institución en la compañía indeseable de chicos criados en ranchos cuyos padres habían muerto o los habían abandonado, o de indios quinceañeros sucios cuyos padres eran unos degenerados. Su vida sería una ruina, por mucho que lograra sobrevivir a todo ello. Y ése era el miedo de nuestra madre, pensé, y la razón por la que había sido tan tajante en que Berner y yo no nos fuéramos con nadie más que con la señorita Remlinger.

La sala pronto empezó a oler a los cigarrillos, el whisky y la cerveza de Rudy. La habíamos limpiado no hacía mucho. Tendríamos que limpiarla otra vez al día siguiente. Fui hasta el interruptor y encendí el ventilador de buhardilla, que se puso a funcionar con su traqueteo estridente y consiguió disipar parte del humo. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas: las había cerrado yo unas horas antes.

Yo seguía con la guerrera de la Fuerza Aérea de mi padre, y Rudy dijo que le gustaría probársela. Me la quité, y se la puso; a él le sentaba mejor que a mí. Y causó un efecto instantáneo en él. Siguió paseándose por la sala con el cigarrillo y la cerveza, pero ahora lo hacía como si fuese un oficial del aire, y nuestra casa fuera el área de escenificación de una guerra en la que él pronto intervendría.

—Estoy listo para derribar a un montón de comunistas —dijo intentando remedar la voz de un piloto de la Fuerza Aérea mientras se pavoneaba de un lado a otro de la sala.

Berner dijo que ella también lo estaba. Rudy estaba borracho, por supuesto. Pensé que tenía un aspecto un tanto ridículo. Parte de su imponente presencia anterior había empezado a apagarse, aunque a mí me seguía gustando. Puede que yo también estuviera un poco borracho.

—¿Tenéis algo de música? —dijo Rudy, admirándose de su propio reflejo en el espejo velado por el humo que había encima del sofá y que estaba ya en la casa cuando nos mudamos a ella.

—Tiene algunos discos —dijo Berner, refiriéndose a nuestro padre.

—Me gustaría oír uno —dijo Rudy. Se puso las manos en las caderas, como en las fotografías del general Patton que yo había visto en el *World Book*.

Berner fue hasta el tocadiscos y sacó del armario de los discos de 78 rpm uno de los preferidos de nuestro padre: *The Little Brown Jug*. Nuestro padre tenía un gran respeto por Glenn Miller porque había muerto por su país.

Rudy, de pronto, se puso a bailar. Se deslizaba y evolucionaba por la sala,

sonriendo y flexionando las rodillas para agacharse, levantando y bajando los brazos y describiendo círculos, con la cerveza en una mano y el cigarrillo en la otra.

—Tienes que bailar conmigo.

Me lo decía a mí. Se acercó bailando, me abarcó con los brazos y me levantó de la banqueta del piano. Me hizo bailar hacia atrás, girar sobre mí mismo, agitó los dedos en el aire, me empujó y me atrajo hacia sí, me pisó los pies con sus grandes botas negras, sonriendo y oliendo a whisky y a cigarrillo, y de cuando en cuando me agarraba el hombro y la parte media de la espalda con las manos llenas de rasponazos. Yo no había bailado nunca. No creía que lo que estaba haciendo en aquel momento fuera de verdad bailar. En mi memoria había imágenes de nuestros padres bailando, pero no eran recuerdos recientes. Su diferencia de tamaño no facilitaba las cosas. A mi madre le gustaba el ballet ruso y detestaba los «gustos de nivel cultural medio de los salones de baile», que eran los que tenía verdaderamente desarrollados mi padre.

Berner me miraba con el ceño fruncido y con el cigarrillo en la boca mientras yo bailaba con Rudy. Me estaba gustando.

—Deja de bailar con tu novio —dijo— y baila con tu novia.

—Le he dado a Dell este gustazo —dijo Rudy sin aliento, pero sonriendo como un poseso.

Me soltó y se puso a bailar del mismo modo con Berner, que no lo hacía mejor que yo. La cabeza me daba vueltas, y sentía un poco de náusea en el estómago. Me senté en el sillón donde había estado sentada Berner, mientras ellos bailaban delante de mí por toda la sala.

La siguiente canción, después *The Little Brown Jug*, era *Stardust*, una pieza que solía poner mi padre. Berner y Rudy, al principio, bailaban muy tiesos, separados por la distancia de un brazo. Rudy tenía una expresión seria, como si estuviera centrándose en lo que debían hacer sus pies. Berner parecía aburrirse. Luego se acercaron más el uno al otro, y era evidente que habían estado así de cerca otras veces. Berner tenía la cara sobre el hombro de Rudy, y había cerrado los ojos. Eran casi de la misma altura, y en muchos aspectos se parecían bastante, mucho más que mi hermana y yo. Los dos tenían pecas y huesos grandes. Las zapatillas de tenis blancas de Berner se deslizaban por la alfombra en torpe sincronía con las botas de Rudy; ambos llevaban un cigarrillo en la mano, y Rudy también su cerveza. Tomé otro trago de la botella de Evan William, que estaba en el suelo, y volví a sentir la quemazón en el estómago, pero el resultado no era tan malo, y enseguida me calmaba, aunque hasta entonces no me había dado cuenta de que no estaba tranquilo. Me eché hacia atrás en el sillón verde y miré cómo bailaban Berner y Rudy; Rudy con la chaqueta del uniforme de mi padre, Berner colgada de su cuello. Tenía la sensación de que con toda seguridad alguien iba a echar abajo la puerta principal y

nos iba a encontrar fumando, bebiendo y comportándonos de un modo absolutamente inconveniente. Pero no me importaba. Me sentía feliz. Me hacía feliz que Berner estuviera feliz. Siempre había sido difícil contentarla. En aquel momento era como si estuviera viendo bailar a nuestros padres, y todo parecía volver a su cauce.

Después de bailar otra canción de Glenn Miller, la cara de Rudy se puso roja. La guerrera de mi padre le hacía sudar. De pronto dejó de bailar, se la quitó y la tiró encima de un sillón, y volvió a deambular de un lado para otro diciendo que no se quedaría mucho tiempo. Berner estaba de pie en medio de la sala, mirándole. Rudy dijo que tenía un plan para conseguir algo de dinero aquella noche, pero que era mejor no decirnos cómo. (Un robo, supuse). Dijo que podían meterle en la cárcel de Deer Lodge si lo pillaban cometiendo un delito, ya que tenía diecisiete años. La gente le observaba constantemente, mientras que en California había tanta gente que no destacaría de la forma en que destacaba en Great Falls, que según él era un «agujero infernal» y lo odiaba.

Le preguntó a Berner si había algo de comer en la casa. No había comido más que los cacahuets que había «afanado» en la tienda italiana, y la cerveza y el whisky que le había comprado a un indio con el dinero que le había birlado a su padre de la cartera. Berner dijo que había bistecs congelados en el frigorífico; bistecs que nuestro padre había traído de la base. Berner le dijo que podía hacerse uno. Y Rudy dijo que muy bien, que fantástico.

Rudy y yo nos sentamos durante un rato en el comedor, bajo la luz cenital y con las cortinas de la fachada cerradas para que nadie pudiera vernos desde fuera. Nuestra familia se había sentado allí mismo hacía dos días. Rudy fumaba, y alternaba la cerveza con el whisky. Berner echó directamente el bistec congelado en la sartén y lo frió en la Westinghouse, que era como llamaba a la cocina eléctrica nuestro padre. Nunca la había visto cocinar nada, y no sabía si sabía hacerlo. Yo no sabía. Rudy había cogido un libro de la estantería, uno de los libros de nuestra madre —los poemas de Arthur Rimbaud—, y leyó un par de versos. «En tierras feraces y empapadas... al servicio de las más monstruosas explotaciones industriales y sofocantes...». Se me quedó en la memoria. Rudy me seguía pareciendo amigable y misterioso. Su alborotado pelo rojo y sus brazos surcados de venas jugaban a su favor, ya que le daban un aspecto fuera de lo común. No creía que fuera más inteligente que yo. No jugaba al ajedrez, que yo supiera. No sabía nada de otros lugares del planeta, y yo sí. No tenía pensado ir a la universidad, pero estaba planeando escaparse de casa. Era casi seguro que jamás había leído el *Time* o el *Life* o el *National Geographic*. Lo que no quería decir que careciera de una inteligencia propia, que incluía llevar un cuchillo en el cinturón y botas de punteras de acero, beber, fumar y urdir planes para conseguir dinero y saber cosas sobre los mormones,

y hacer, fuera lo que fuera, lo que Berner y él hacían en el coche del padre de Rudy allá en lo alto, junto al aeropuerto municipal. Y eso no era moco de pavo.

En la mesa Rudy dijo que tenía unas ganas locas de pasar el invierno en un clima nuevo: en California, donde vivía su madre verdadera. Dijo que su padre le había dicho que él, Rudy, probablemente ni siquiera debería haber nacido, o al menos haberlo hecho en un hogar cuyo padre tuviera en sumo grado la virtud de la paciencia. Metió la colilla en la botella de cerveza, y encendió otro cigarrillo (en nuestra casa no había ceniceros), y predijo que acabaría en la cárcel. No parecía acordarse de que nuestros padres estaban en la cárcel en aquel preciso instante, y de que mi hermana y yo nos teníamos que sentir muy mal al respecto. Dijo que en todo el tiempo que llevaba en Great Falls no había hecho ni un amigo, y que algo debía de ir mal en una ciudad donde no pueden hacerse amigos. Era una experiencia idéntica a la de Berner y a la mía, pero yo siempre había creído que tenía que ver con el miedo de nuestra madre a que nos adaptáramos al medio. Me miró fijamente desde el otro lado de la mesa, y de pronto pareció recordar la terrible situación en la que Berner y yo nos encontrábamos, y dijo que según su parecer no habíamos hecho nada para merecerla. Yo no había pensado en ningún momento lo contrario. Pensaba que si nuestros padres habían atracado un banco —fueran cuales fueren las razones que hubieran tenido para hacerlo—, la culpa era suya. Eso estaba claro. Rudy no hizo mención alguna de enrolarse en los marines o de casarse con Berner; cosas de las que habían hablado en ocasiones anteriores.

Berner salió de la cocina con el bistec de Rudy, se acercó a la mesa y le puso delante el plato blanco. Era únicamente el bistec, sin ningún acompañamiento; el cuchillo y el tenedor iban encima del plato. El bistec parecía duro como una tabla, y tenía los bordes de la grasa quemados y curvados hacia arriba. Su aspecto no era nada apetitoso. Berner se puso las manos en la cintura, echó la cadera hacia un lado y miró el bistec con el ceño fruncido, como si le disgustara su apariencia.

—Hasta hoy nunca había hecho nada más que sopa —dijo.

Acercó una silla y se sentó enfrente de Rudy y siguió mirando el bistec con el ceño fruncido. En la casa hacía calor a pesar del ventilador de buhardilla. Berner tenía el labio superior perlado de sudor. Rudy sudaba también. El olor a bistec quemado flotaba en el aire a nuestro alrededor.

—Tiene una pinta estupenda —dijo Rudy.

Seguía con el cigarrillo en la boca. Pensé que iba a comer y a fumar al mismo tiempo. Intentó cortar el bistec con el cuchillo, pero no consiguió que el tajo fuera muy profundo. Berner y yo le mirábamos. Dejó el cuchillo a un lado, sacó de la vaina el pequeño cuchillo de mango rojo y cortó sin ninguna dificultad la carne.

—Está perfecto —dijo, y se llevó a la boca un trozo que pude ver claramente que seguía congelado por dentro. Masticó vigorosamente, y dejó el cigarrillo en el borde

del plato. Echó el humo por la nariz mientras masticaba. Bebió un trago de cerveza. Luego cortó otro trozo de bistec, pero antes de llevárselo a la boca se volvió en la silla y miró a su espalda, hacia la sala donde había estado bailando y bebiendo whisky. La guerrera de mi padre seguía sobre el sillón, y el rompecabezas de las cataratas del Niágara sobre la mesa de jugar a las cartas, llena de cáscaras de cacahuete. La funda de la almohada con mis pertenencias y la maleta de mi madre seguían donde habían estado todo el día, desde la llegada de los policías. Rudy parecía querer comprobar que todo seguía igual.

Se volvió para seguir con el bistec, mientras Berner y yo le mirábamos, y cortó lo que quedaba en dos. Sus botas arañaron el suelo, como si el hecho de comer implicara un esfuerzo considerable. Dio otra chupada al cigarrillo, levantó la barbilla, hizo una inhalación francesa<sup>[12]</sup>, se metió en la boca el pequeño trozo que acababa de cortar y se puso a masticarlo, sonriendo mientras lo hacía.

—Creo... —se aclaró la garganta y tragó— que podemos arreglárnoslas perfectamente si nos echamos a la carretera. Es lo que yo pienso.

Yo no sabía qué estaba rumiando en aquel momento. No entendía muy bien el significado de «echarse a la carretera».

—¿Dónde creen tus padres que estás ahora? —dijo Berner—. ¿Creen que te has escapado de casa?

—Seguramente —dijo Rudy, masticando con fuerza—. Si alguien sacara mi cuerpo del río Missouri, ni siquiera bajarían a la orilla a verlo.

Estas palabras parecieron excitarlo; se levantó de la silla, con el cuchillo en una mano y el cigarrillo en la otra, y lanzó tres o cuatro tajos al aire, por encima de la mesa. Cada vez que apuñalaba el aire vacío exclamaba: «¡Ja, ja, ja!», y sus ojos se encogían como si estuviera arremetiendo contra alguien que odiaba. No impresionaba demasiado.

Rudy volvió a sentarse, cortó otro trozo de carne y se lo comió, respirando ruidosamente. Me miró y sonrió de oreja a oreja. Tenía una sonrisa cálida.

—¿Quieres un poco de esto, Dell? Está buenísimo.

Empujó el plato hacia mí, con el cuchillo y el tenedor encima. Se quedó con el cuchillo de caza; lo dejó en la mesa, delante de él, por si tenía que apuñalar a alguien otra vez.

—No tengo hambre —dije. Aunque no era verdad.

Volvió a meter el cuchillo en su funda sin molestarse en limpiarlo de la grasa de la carne.

—Ya estoy lleno —dijo. Sólo había comido dos trozos y medio. Se pasó el dorso de la mano por los labios, y aplastó el cigarrillo contra la suela de una bota; lamió la colilla y se la guardó en el bolsillo de la camisa. Hizo que tosía para encubrir un eructo.

—Me vendría bien dormir un rato —dijo. Volvió a taparse la boca—. Pero tengo que conseguir algo de dinero.

—¿Y dónde vas a conseguirlo? —dijo Berner.

Mi hermana no había hablado mucho. Los dos habíamos estado mirando a Rudy como quien mira a un animal enjaulado.

—Si te lo dijera, serías mi cómplice. E irías a la cárcel.

Se levantó y fue a la sala, dándose golpecitos en la panza como si hubiera comido un menú de tres platos en lugar de un par de bocados de carne congelada. Se puso un cigarrillo nuevo en los labios y lo encendió con una cerilla de una caja que sacó del mismo bolsillo. Pareció buscar algo con la mirada. Me recordó a mi padre cuando volvió de su «viaje de negocios». Berner y yo seguíamos sentados en la mesa, mirándole como espectadores. Probablemente Rudy tenía buen corazón y había sufrido porque sus padres no le querían. No era capaz de hacer daño a nadie. Pero parecía errático y poco de fiar. Cuando no sonreía, la boca se le replegaba contra los dientes pequeños, dándole un aire de falsedad, como de alguien a quien no deberíamos conocer en ningún caso; ni aun cuando no fuéramos sus cómplices. A Rudy uno podía imaginarlo bajo la tutela del estado, encarcelado en algún paraje vacío y azotado por el viento y rodeado de alambre de espino, en el que le sucedían cosas terribles y del que era imposible fugarse. Yo llevaba puesto el anillo del instituto de mi padre, con los dos mustang dorados con las manos alzadas en el aire. Ojalá fuera mágico, pensé, y pudiera hacer que mi padre apareciese y enderezase las cosas que nos estaban sucediendo a Berner y a mí. Pero él era la causa de todo, por supuesto.

—¿Quieres quedarte esta noche aquí o no? —dijo Berner en tono descarado, lo cual era algo descabellado. No se puede decir algo así.

—No es una buena idea —dije.

—A mí tampoco me lo parece. —Rudy seguía inspeccionando cosas en la sala, sin valorar en lo más mínimo la invitación de Berner. Seguramente buscaba algo para vender en alguna casa de empeños de las de cerca de la base. Pero en nuestra casa no había nada que se pudiera vender. La chaqueta del uniforme de mi padre. Los discos de Glenn Millar. El metrónomo (ni siquiera sabía lo que era). Habría podido buscar el dinero que guardábamos, pero tampoco sabía de su existencia—. Podría venir alguien buscándome. Y no sería nada bueno que me encontrara aquí.

Frunció el ceño en dirección a mí, como si estuviéramos de acuerdo, y se metió los pulgares bajo el cinturón.

—Estás aquí ahora —dijo Berner con irritación—. ¿Cuál es la diferencia?

—La diferencia es que hasta ahora no ha venido nadie.

Volvió a examinar la licencia de la Fuerza Aérea de mi padre, enmarcada junto a la fotografía del presidente Roosevelt —uno de los policías había hecho lo mismo—.

Que se las llevara si quería. Yo lo único que quería era que se marchara antes de que viniera alguien.

—Mi viejo odia a Roosevelt —dijo Rudy. Pronunció «Roo» de forma que rimara con «zoo». Se volvió para mirarme como si quisiera mi opinión—. Cree que traicionó al país. Su mujer es comunista y le da pena todo el mundo, sobre todo los putos negros. —Yo no había oído llamarlos así muchas veces. Un chico del colegio, hijo de un médico, solía hacerlo. Nuestro padre nunca había utilizado esa expresión. No odiaba a la gente, y nosotros tampoco.

—¿Vas a quedarte o vas a marcharte? —dijo Berner en tono cortante. Estaba de pie junto a la mesa, y levantó el plato de Rudy.

—Estoy en el turno de noche —dijo él, como queriendo comportarse con naturalidad.

Pensé que quizá iba a descolgar la fotografía del presidente Roosevelt para llevársela. Fue hasta la mesita de al lado del sofá, cogió la bolsa de papel con las cervezas que quedaban y se dirigió hacia la puerta principal. Pasó un coche por delante de casa y nos llegó el sonido del claxon. Eran más de las once. En la cálida noche estival, alguien gritó: «¡Yuju! ¡Presidarios! ¡Más que presidarios! ¡Presidarios! ¡Yuju!». Volvieron a tocar el claxon. Alguien rió. Luego el coche aceleró y se alejó veloz y ruidosamente en la noche.

—No vamos a volver a verte. ¿Es eso? —Berner frunció el ceño, con el plato de Rudy en la mano—. Por mí estaría bien.

—Voy a volver, y lo sabes —dijo Rudy. Quería hacerse el adulto delante de nosotros. Como ya he dicho, su pelo rojo, sus cigarrillos, sus brazos y sus nudillos llenos de rasponazos le hacían parecer mayor—. Tú y yo vamos a irnos de aquí para siempre. Soy un hombre de palabra.

—No eres un hombre —dijo Berner—. Tienes dieciséis años.

—Dejaré de tenerlos la semana que viene. No vas a tener que esperar mucho para enterarte bien de las cosas. —Rudy había perdido su sonrisa abierta. Estaba de pie, con la mano en el pomo de cristal, como si se estuviera disculpando, como si nosotros le estuviéramos juzgando, lo que en efecto hacíamos—. Sólo tienes que tener paciencia.

Tiró del pomo para abrir la puerta.

Berner dijo:

—Hasta aquí hemos llegado.

Se volvió y entró en la cocina.

—No dejes entrar a nadie, Dell —dijo Rudy, sin hacerle ningún caso a mi hermana—. Vendrán a por vosotros, si pueden.

—Eso es lo que nos dijo mi madre —dije yo.

Rudy se quitó el cigarrillo de la boca, se aclaró la garganta, echó el humo en la

sala y dirigió una mirada rápida, casi sorprendida a su alrededor, a cualesquiera cosas que había decidido no llevarse. Luego traspasó el umbral, salió y cerró dando un portazo. Berner se había puesto ya a lavar los platos en la pila. Pensé que seguramente era la última vez que veía a Rudy Patterson, y me alegré. No nos había sido de ninguna ayuda. Y aunque en aquel momento no hubiera forma humana de saberlo, resultó ser verdad.



Aquella noche, la del domingo, Berner y yo arreglamos la casa, fregamos los platos, echamos las colillas y las cáscaras de cacahuetes y las botellas de cerveza a la basura y limpiamos el barro que habían dejado los policías; lo dejamos todo en orden para que la casa tuviera un aspecto decente. Recogimos el rompecabezas de las cataratas del Niágara y retiramos la mesa de jugar a las cartas; pusimos el globo terráqueo encima de la cómoda de mi cuarto, colgamos la chaqueta del uniforme de la Fuerza Aérea de nuestro padre en el armario y guardamos la maleta de nuestra madre y la maletita de Berner en su sitio y la funda de almohada con mis cosas en mi cuarto.

No hablamos mucho. Berner decidió que no volvería a ver a Rudy jamás, que por suerte la gente como él desaparecían de la vida de uno, al menos según su experiencia (casi inexistente). Rudy no la quería; y ella tampoco le quería de él, en realidad. Yo le dije que a mí me caía muy bien, pero que era mejor que no se escapara con él y que se quedara en casa hasta que nuestros padres volvieran. Intentaba reafirmarme como hombre de la casa y tomar las riendas de cosas que nadie podía controlar.

El sol ya no daba en el tejado y en mi cuarto hacia frío. Apagué el ventilador de buhardilla, me tendí en la cama a la luz de la luna y me puse a pensar en mis padres. Quería que mi corazón se calmara. Me había estado latiendo con fuerza todo el día, como si hubiera estado dando vueltas y vueltas a una pista en un campo de deportes.

Nuestros padres, en mi pensamiento, iban cambiando otra vez; iban fundiéndose el uno en el otro, no como si se hubieran vuelto a enamorar sino como si fueran una sola persona y los dos hubieran renunciado a sus rasgos distintivos. Lo cual no era cierto; ambos eran quienes eran. Y si el día había sido de una gran confusión y conmoción para mí, había sido mucho peor para ellos. Sin embargo, sentir lo que sentía —que nuestros padres no eran tan diferentes en mi mente— era un alivio. Como ya he dicho, quizá había perdido en parte la cabeza aquel día. Perder la cabeza probablemente no es nunca como uno se imagina que es.

No estaba muy seguro de lo que se suponía que teníamos que hacer a la mañana siguiente, o durante todo el día siguiente. Si Mildred Remlinger venía a vernos, nos diría lo que teníamos que hacer. Estando en la cama, el teléfono sonó varias veces. Berner salió de su cuarto una vez para cogerlo, por si quien llamaba era Rudy. Pero supe que no había nadie al otro lado de la línea cuando ella dijo «Dígame». Luego ya no volvió a cogerlo más.

En un momento dado casi me dormí; el corazón seguía latiéndome de forma extraña. Y entonces me di cuenta de que Berner había entrado en el cuarto y se había metido en mi cama: la segunda vez en una semana. Como ya he dicho, no dormíamos

en la misma cama desde que llegamos a Great Falls. Pero la había echado de menos cuando nuestros padres decidieron que durmiera en su propio cuarto, y ahora estaba contento de que hubiera vuelto a meterse en mi cama. Yo nunca me había metido en la suya. Habría armado un escándalo o se habría reído de mí. Estaba muy contento de no estar solo.

Berner había estado llorando, y olía a lágrimas y a cigarrillos. No llevaba nada de ropa, lo cual me dejó conmocionado. Tenía la piel fría, y se pegó contra mi pijama. El llanto había enfriado más su cuerpo. Me cogió una mano y se la puso en el vientre.

—Calientame —dijo—. No puedo dormir. —Se sorbió la nariz y suspiró—. He bebido ese whisky... Te mantiene despierta.

Se pegó más a mí. Olí su jabón, el Vicks, la pasta de dientes y el humo en el pelo. Apretó su cara irregular contra mi cuello; tenía las mejillas húmedas y frescas, y la nariz taponada.

—Estaba dormido —mentí.

—Pues vuelve a dormirte —dijo ella—. No voy a molestarte.

Se oyó un tren en la noche. Yo tenía los brazos cruzados. Berner me cogió una mano.

—Voy a escaparme sola —me susurró, muy cerca del oído. Se aclaró la garganta y tragó saliva, y se sorbió de nuevo la nariz—. Estoy loca —dijo—. Me tiene sin cuidado lo que hago.

Estuvo callada durante un rato. Yo estaba acostado a su lado, con la respiración acelerada. Y entonces, de repente, me besó con fuerza en el cuello, debajo de la oreja, y se pegó aún más contra mi cuerpo. No me importó que me besara. Me hizo sentirme a salvo. Su mano —áspera y huesuda— soltó la mía, y se movió.

—Quería hacerlo con Rudy esta noche —dijo—. Pero voy a hacerlo contigo.

—De acuerdo —dije.

Yo también quería hacerlo. No me importaba.

—No dura mucho. Rudy y yo ya lo hemos hecho. En su coche. Tú deberías saber ya de esto, de todas formas.

—No sé de esto en absoluto —dije.

—Entonces, eres perfecto. Ni siquiera importará nada. Te olvidarás de ello.

—Muy bien —dije.

—Te lo digo de verdad —me susurró—. Ni siquiera es importante.

Y con esto es suficiente. No se puede repetir. Significó poco, lo que hicimos; sólo significó algo para nosotros, y sólo en aquel tiempo. Luego, en la noche, Berner se despertó y se incorporó en la cama, y me miró y me dijo (porque yo estaba despierto):

—No eres Rudy.

—No —dije—. Soy Dell.

—Bueno, bien —dijo ella—. Quería decirte adiós.

—Adiós —dije—. ¿Adónde vas?

Berner me sonrió —era mi hermana—, y luego volvió a dormirse entre mis brazos, por si tenía frío o le entraba miedo por algo.

Era extraño despertar en casa sin que nuestros padres estuvieran en ella. Nos habíamos despertado ya estando ellos ausentes no hacía mucho, cuando se fueron a atracar el banco, pero ahora, aquel lunes, todo era diferente. Estaban en la cárcel —o eso suponíamos— y no teníamos ni la menor idea de lo que iba a ser de nosotros.

Dormí de un tirón hasta las ocho, hasta que el cuarto se llenó de esa especie de vaho que crea el sol y me desperté sudoroso. El ventilador del pasillo estaba funcionando. Berner no estaba en mi cama. Las sábanas de la parte contigua a mí estaban frías, como si el cuerpo de mi hermana se hubiera levantado de ellas hacía tiempo. A través de las paredes llegaba el runrún del tráfico en Central Avenue. Despegó un avión en el aeropuerto de lo alto de la colina. Se me ocurrió que Berner se había ido ya, y que tendría que pasar el resto del día solo.

Pero cuando me vestí y fui a desayunar, la vi en la cocina. Había vuelto a hacer el bistec de la noche anterior; había comido parte de él y me había dejado el resto —un trozo en forma de rectángulo— en un plato. Me lo comí con un vaso de leche fría. La casa seguía oliendo a cerveza y a cigarrillos. Pensé que teníamos que sacar la basura antes de que empezara a hacer más calor.

Berner se había puesto los bermudas, que casi nunca se ponía y que dejaban al descubierto sus piernas pecosas y sin vello y sus largos pies. Llevaba zapatillas de tenis y una blusa marinera, y se había duchado. El pelo lo llevaba peinado hacia atrás y sujeto por una goma elástica roja. No hablamos de lo que había sucedido la noche pasada. Ella no parecía lamentarlo en absoluto, y yo tampoco lo lamentaba. Éramos los mismos que antes, y eso, a mi juicio, era bueno.

—Tenemos que ir a verlos —dijo Berner, fregando su plato y el mío en la pila, mientras miraba por la ventana el jardín lateral, con su red de bádminton, y la casa de los vecinos, y uno de los postes del tendedero—. Si no lo hacemos, se los llevarán a algún sitio y no volveremos a verlos. —Con los dedos húmedos cogió un periódico de la encimera y lo dejó caer sobre la mesa donde yo estaba sentado—. Alguien nos ha dejado este bonito regalo en la puerta mosquitera del porche.

Era el *Tribune* de aquel día, doblado para que se vieran las fotografías de nuestros padres —dos, una junto a otra— tomadas en la cárcel. Ambos sostenían un letrero de cartón blanco donde se leía «Cárcel de Cascade County» y un número debajo. Nuestro padre tenía el pelo muy despeinado, pero sonreía. La boca de nuestra madre estaba tensa y caída hacia los lados de un modo que yo nunca le había visto antes. Llevaba las gafas, y sus ojos estaban muy juntos y muy abiertos, y fijos hacia el frente como si estuviera presenciando una escena espeluznante. El titular rezaba: «Los atracadores del bando de Dakota del Norte». Quienquiera que hubiera dejado el periódico había prendido una nota manuscrita en la parte alta de la página en la que

podía leerse: «He pensado que os gustaría ver esto. Estoy segura de que os sentiréis muy orgullosos».

Me sorprendió que alguien dejara aquello para nosotros. Las manos me temblaron al verla. Nuestros padres habían atracado el Agricultural National Bank de Creekmore, Dakota del Norte, el viernes anterior por la mañana, decía la noticia. En el atraco había habido una pistola. El botín ascendía a dos mil quinientos dólares. Nuestros padres habían huido a Great Falls y habían sido detenidos en una casa de alquiler del lado oeste de la ciudad. A nuestro padre, cuyo nombre aparecía entre comillas («Beverly»), lo mismo que el de nuestra madre («Neeva»), se le describía como un hombre «oriundo de Alabama» y licenciado de la Fuerza Aérea, a quien la policía de Great Falls llevaba cierto tiempo vigilando como sospechoso de unos delitos en los que estaban implicados unos indios de la reserva de Rocky Boy. De nuestra madre se decía que procedía del «estado de Washington» y que daba clases en un colegio de Fort Shaw. Nunca había sido detenida con anterioridad, pero se estaba investigando su ciudadanía estadounidense. Iban a ser extraditados a Dakota del Norte la semana siguiente. No se hacía mención de ningún hijo del matrimonio.

Berner había terminado de fregar y estaba dejando que se vaciara el agua de la pila.

—No son más que unos mentirosos. Como todos los demás —dijo.

Yo no podía recordar nada sobre lo que nuestros padres nos hubieran mentido. Entonces pensé en la pistola. Fue una sorpresa terrible leer aquello en el periódico: era casi tan malo como saberlo. «Extraditados» era una palabra que conocía de la televisión. Significaba que no volverían. El fajo de billetes era seguramente lo que habían robado, y Berner y yo no debíamos quedarnos con el dinero.

—Si vamos a la cárcel a verlos, nos cogerán a nosotros también —dijo Berner en tono pragmático. Fue hasta la ventana delantera que daba a la calle y al parque. La luz de la mañana incidía viva y brillante sobre un coche aparcado enfrente de la iglesia luterana. Nubes algodinosas se desplazaban por encima de las copas de los árboles, recortadas contra un cielo perfecto—. Pero tenemos que ir, por supuesto. Aunque sean unos mentirosos.

—Sí —dije—. Yo quiero ir. —No quería que me pusieran bajo la tutela de las autoridades de menores, pero no había elección. No podíamos no ir a ver a nuestros padres—. ¿Qué haremos después?

Quería que Berner estuviera segura de que saldríamos de allí.

—Iremos a comer al Rainbow Hotel —dijo—. Invitaremos a todos nuestros amigos y daremos una gran fiesta.

Berner nunca hacía bromas; nuestro padre decía que en esto era igual que nuestra madre. Que no tenía sentido del humor, era lo que decía exactamente. Pero al decir que iríamos al Rainbow Hotel e invitaríamos a todos nuestros amigos me hizo pensar

que quizá se había pasado la vida haciendo bromas y nadie se había dado cuenta. Nada que tuviera que ver con Berner era sencillo. Seguía en la ventana. Se volvió, cruzó los brazos y me miró; me miró fijamente a la frente, como solía hacer cuando quería hacerme saber que yo no era muy inteligente. Y luego sonrió.

—No sé lo que vamos a hacer —dijo—. Lo que hacen los hijos cuyos padres están en la cárcel. Esperar a que suceda algo malo.

—Espero que no suceda nada malo —dije.

—No es necesario que vayas por ahí buscándolo —dijo Berner—. Te sucede allí donde estás escondido.

Es posible que exista gente que haya nacido sabiendo cosas. Berner sabía ya que todo lo que había sucedido el día y la noche anteriores nos había sucedido a nosotros, no sólo a nuestros padres. Yo tendría que haberlo sabido también. Pero era tan pequeño en comparación con ella, a pesar de tener la misma edad. Con el paso de los años yo nunca llegaría a conocer el mundo tan bien como ella, lo cual es bueno en muchos aspectos. Pero en muchos otros no lo es en absoluto.

La cárcel estaba en la trasera de los juzgados de Cascade County, en Second Avenue North. Habíamos pasado por delante de ellos en coche con nuestro padre hacía dos días. Y yo había pasado varias veces en bicicleta camino de la tienda de pasatiempos. Era un edificio grande de piedra, de tres pisos, con un amplio césped y una escalinata de hormigón, y con un asta de bandera y el número 1903 cincelado en los sillares de encima de la entrada. Unos viejos robles daban sombra al césped. En lo alto del tejado había una estatua de una mujer con una balanza; yo sabía que tenía que ver con la justicia. Al pasar por delante de los juzgados se solían ver coches de la oficina del sheriff, y a policías escoltando a gente esposada saliendo y entrando del edificio.

Berner y yo dimos una vuelta completa a la manzana antes de entrar. Queríamos comprobar si se veían las ventanas de las celdas desde la calle, pero no se veían. Cuando entramos en el vestíbulo —un recinto lleno de ecos—, vimos justo enfrente un letrero que decía: LA CÁRCEL, EN EL SÓTANO - NO FUMAR. No había nadie más en el vestíbulo. Bajamos un tramo de escaleras oscuras y llegamos a una puerta de metal con la palabra CÁRCEL escrita con pintura roja. Entramos por esa puerta, y un poco más allá había un pasillo que terminaba en una oficina iluminada al otro lado de una ventanilla de cristal. Tras ella había un policía de uniforme sentado en una mesa, leyendo una revista. Detrás de él —no lo esperábamos en absoluto— vimos una puerta con barrotes, y a través de ella un corredor de hormigón a uno de cuyos lados se alineaban las celdas. Enfrente de ellas había un muro largo con ventanas de barrotes en la parte alta, que dejaban pasar una luz tenue y fresca, sin duda grata, aunque el lugar no fuera un sitio bueno en el que estar. Nuestros padres estarían en aquellas celdas.

Cuando Berner y yo salimos de casa, cruzamos el puente de Central Avenue, dejamos atrás la estación de Milwaukee y llegamos al centro y a la cárcel, la mañana era cálida y resplandeciente, y en el cielo se veían las mismas nubes algodonosas del oeste, que se aplanaban sobre las montañas y se desplazaban hacia el este en dirección a las llanuras. El río tenía un olor dulce a la brisa caldeada de la mañana. La gente surcaba el agua en canoa; una vez más al final del verano. Llevábamos dos bolsas de papel con cosas de aseo personal que pensamos que nuestros padres necesitarían en la cárcel. En una de ellas yo llevaba la maquinilla de afeitar de mi padre, una pastilla de jabón, un tubo de pasta dentífrica y un cepillo de dientes, un tubo de Barbasol, un bote de Wildroot, un peine y un cepillo para el pelo. Berner llevaba las cosas de nuestra madre.

Cuando cruzamos el Missouri el tráfico de lunes por la mañana era intenso. En dos ocasiones vi pasar un coche en el que me pareció ver a un compañero del colegio. Berner y yo no llamábamos en absoluto la atención: dos chicos que cruzaban el

punte a pie con unas bolsas de papel. Gente invisible. Pero si se me hubiera ocurrido que alguien iba a reconocermé y a pensar que iba a la cárcel a visitar a mis padres — que estaban en los calabozos— habría sido demasiado para mí. Me habría tirado al río y me habría ahogado.

El policía de detrás de la ventanilla de cristal era un hombre grande y sonriente, de pelo negro y corto pulcramente peinado con raya, que pareció alegrarse de vernos. Berner le dijo —a través del conducto de comunicación— quiénes éramos, y que pensábamos que nuestros padres estaban allí dentro y que queríamos visitarles. Esto hizo que el policía sonriera aún más abiertamente. Se levantó de la mesa y fue hasta una puerta de metal que había al lado de la ventanilla y salió a donde mi hermana y yo estábamos: un recinto al final del pasillo, con sillas de plástico ancladas a un suelo pintado de color castaño. Olía a desinfectante de pino, y a algo dulce como el chicle. En la cárcel uno olía las cosas más que en ningún otro sitio.

El policía dijo que tenía que mirar lo que llevábamos «encima», que era una palabra que nuestro padre empleaba a veces en lugar de «en los bolsillos». Le enseñamos el contenido de las bolsas de papel. Él se echó a reír y dijo que era todo un detalle de nuestra parte traerles aquellas cosas a nuestros padres, pero que no las necesitaban porque las normas de la cárcel prohibían llevarles cosas a los presos. Se las quedaría él durante la visita, y luego nos las podríamos llevar a casa. Era un hombre corpulento, de cara redonda, que parecía desbordar el uniforme marrón. Tenía una cojera muy marcada que le obligaba a cogerse la pierna por encima de la rodilla a cada paso que daba. Y cada vez que lo hacía la pierna emitía un clic suave, metálico. Supuse que era una pata de palo. Una herida de guerra. Yo sabía acerca de eso. Para llegar a ser un agente de la oficina del sheriff sin duda había tenido que aceptar el puesto de carcelero. Pensé que quizá viéramos a Bishop y al otro policía de cara roja, los dos hombres que habían detenido a nuestros padres, y que en tal caso quizá nos reconocieran y nos hablaran. Pero no se les veía por ninguna parte, lo cual hizo que la experiencia de estar allí se nos antojara aún más extraña.

Cuando el carcelero —que no nos dijo su nombre— se hubo hecho cargo de las bolsas y del contenido de nuestros bolsillos, y hubo mirado dentro de nuestros zapatos, volvió a su puesto en la oficina y regresó con una llave grande de metal. Con otra más pequeña abrió la puerta por la que había salido —que había quedado cerrada —, en la que se leía PABELLÓN DE CELDAS, y nos hizo pasar a través de ella. Al otro lado de la puerta metálica el suelo estaba pintado de amarillo claro, y su tacto, a través de los zapatos, era mucho más duro y frío que el del suelo de casa. Parecía que las suelas se te quedaban pegadas a él. Así es como lo sentirían los presos: la cárcel existía por la razón opuesta a la razón por la que existía el hogar.

Camino de la cárcel Berner y yo habíamos estado hablando sobre qué les diríamos a nuestros padres. Pero una vez que estuvimos dentro, y el carcelero abrió



con la gran llave metálica la puerta de barrotes que había un poco más allá de su mesa, no dijimos ni una palabra. Berner se aclaró varias veces la garganta, y se lamió los labios. Deseaba, pensé, haberse quedado en casa.

Al otro lado de la primera puerta de barrotes había un espacio en el que apenas cabíamos los tres de pie, y luego otra puerta de barrotes, lo cual hacía imposible cualquier fuga. En el corredor olía al mismo desinfectante de pino, pero mezclado con olores a comida y quizá a orina, como en la sala de alumnos del colegio. El ruido de la puerta al abrirse reverberó en el suelo de hormigón. Había una manguera negra enrollada debajo de un grifo que sobresalía del muro, y el suelo —sin pintura— era húmedo y brillante.

No había nadie a la vista a todo lo largo de la hilera de celdas. La voz de un hombre —no la de nuestro padre— hablaba por teléfono en alguna parte. Del otro lado de las altas ventanas de barrotes situadas frente a las celdas llegaba el sonido de los botes de un balón de baloncesto y de unos pies que hacían fintas en el suelo. Alguien —un hombre— reía, y el balón rebotó en un tablero metálico, como en el parque donde Rudy y yo habíamos jugado al baloncesto varios meses atrás, en el verano. Con excepción de la luz verde y acuosa que entraba por las ventanas, la iluminación provenía de unas bombillas instaladas en el techo de hormigón y protegidas por pequeñas cestas de alambre cuya luz apenas llegaba al suelo. Era como una cueva umbrosa. Me pareció un ambiente estimulante, aunque el hecho de que nuestros padres estuvieran allí encerrados atemperaba un poco esa sensación.

—No tenemos muchos huéspedes hoy —dijo el carcelero cojo al hacernos pasar por la segunda puerta de barrotes y cerrarla de nuevo con llave. No llevaba pistola—. Se van los lunes por la mañana temprano. Hartos ya de nuestra hospitalidad. Pero solemos volver a verlos. —Estaba alegre. Sobre su mesa había un pequeño transistor rojo, y me llegó la voz de Elvis Presley a un volumen bajo—. Estamos prestando una atención especial a vuestra madre —dijo el carcelero—. Vuestro padre es todo un personaje. —Empezó a guiarnos por el corredor de hormigón, que brillaba a la luz verde y las sombras. Las primeras celdas por las que pasamos estaban vacías y oscuras—. No esperamos tener demasiado tiempo aquí a vuestros padres —dijo, tirando de la pierna que emitía un clic a cada paso. Llevaba un audífono que le llenaba la oreja izquierda—. El miércoles o el jueves se los llevan a Dakota del Norte.

Entonces, inesperadamente, nos vimos frente a una celda ocupada, y allí estaba nuestro padre, sentado en la media oscuridad sobre un catre metálico con un colchón desnudo cuya funda de cutí había soltado una cascada de relleno blanco sobre el suelo. Algo me hizo pensar que quien la había desgarrado y abierto era nuestro padre.

—No deberíais estar aquí, chicos —dijo en voz alta nuestro padre, como si supiera de antemano que íbamos a visitarles.

Se levantó del catre y se quedó de pie. No podía verle muy bien —sobre todo la

cara—, pero vi que se lamía los labios como si los tuviera secos. Sus ojos estaban más abiertos que de costumbre. Berner había pasado de largo, y no le había visto. Pero cuando oyó su voz dijo: «Oh, lo siento», se paró, retrocedió y lo vio también.

—He confiado demasiado en el gobierno. Ése es mi gran problema —dijo, como si se lo hubiera estado diciendo a alguien instantes antes. No se acercó a los barrotes. Yo no sabía a qué se refería. Su cara tenía una expresión preocupada, exhausta, y parecía más delgado, aunque apenas había pasado un día desde que habíamos estado todos juntos en casa. Sus ojos, enrojecidos, miraban con movimientos rápidos a su alrededor, como cuando trataba de encontrar a alguien a quien agradar. Su voz sonaba más sureña que nunca—. Nunca he pensado ni por un instante matar a nadie, si es que se ha tenido en consideración ese detalle alguna vez —dijo—. Aunque podía haberlo hecho.

Nos miró; luego volvió a sentarse en el catre, cerró los puños y los juntó con suavidad entre las rodillas, como mostrando paciencia. Iba con la misma ropa que llevaba cuando los policías lo detuvieron. Vaqueros y la camisa blanca. Le habían quitado el cinturón de piel de serpiente y las botas. Estaba en calcetines, ya sucios. No se había peinado ni afeitado, y tenía la tez gris —exactamente como en la fotografía del periódico.

Entonces me envolvió una sensación de calma. No era lo que cabría esperar en tales circunstancias. Me sentía a salvo con él, estando donde él estaba. Quería preguntarle acerca del dinero. De dónde lo había sacado.

—Te hemos traído las cosas de aseo, pero no nos dejan dártelas —dijo Berner, con voz de embarazo y timbre más alto de lo normal. Tenía las manos a la espalda. No quería tocar los barrotes.

—Tengo un aseo aquí —dijo él.

Miró hacia un lado de donde estaba sentado, hacia un inodoro sin tapa de aspecto sucio y olor fétido. Se frotó una muñeca, y luego la otra, y volvió a lamerse los labios como si no se diera cuenta de que lo estaba haciendo. Se frotó las mejillas con las palmas y cerró los ojos con fuerza. Y luego los abrió.

—¿Cuándo te van a dejar salir? —dije.

Estaba pensando en que Berner había dicho que eran unos mentirosos, y entonces recordé también otras cosas. Dakota del Norte. Su uniforme azul de piloto.

—¿Qué pasa, hijo?

Me dirigió una sonrisa tenue.

—¿Cuándo te dejarán volver a casa? —dije en voz muy alta.

—Algún día, probablemente —dijo él. No parecía interesarle. Se pasó los dedos por el pelo del mismo modo en que lo había hecho el sábado en el coche—. No tenéis que agobiaros con todo esto. ¿No estáis a punto de ir al instituto?

—Sí —dije.

Era como si tuviera la impresión de llevar mucho más tiempo en aquel calabozo. Antes siempre sabía cuándo empezábamos las clases.

—¿Jugáis al ajedrez Berner y tú?

Aún no le había hablado a ella.

—¿Dónde está mamá? —dijo Berner bruscamente. Habíamos pensado que estarían en la misma celda. Luego añadió—: ¿Habéis robado un banco?

—Está aquí, en alguna parte. —Hizo un gesto con el pulgar hacia el muro de la celda, como indicando que nuestra madre estaba al otro lado—. No me habla —dijo—. Y no se lo reprocho. —Sacudió la cabeza—. No hice las cosas demasiado bien. Espero que esto no os parezca lo más normal del mundo. —No había respondido a la pregunta de Berner sobre si habían robado un banco. Yo quería que le respondiera, porque recordaba haberle oído decir, años antes: «Me gustaría intentarlo».

—No nos lo parece —dijo Berner.

Nos sonrió a la luz en sombra de la celda. Se diría que si visitas a tu padre en la cárcel tienes muchas cosas que decirle. Berner había pensado preguntarles si necesitaban algo, y si debíamos llamar a alguien, y, en caso afirmativo, a quién. ¿A la familia de nuestro padre? ¿A un abogado? ¿Al colegio de nuestra madre? Había imaginado que me sentiría de una forma o de otra, pero casi ninguna de ellas coincidía con cómo me sentía en realidad. La cárcel ponía punto final a todo, ésa era precisamente su función.

—Ahora tenemos que continuar para ver a vuestra madre —dijo el carcelero a nuestra espalda.

Su radio seguía sonando al otro extremo de la hilera de celdas. Comprendió que no teníamos más que decir y no quería que nadie se sintiera violento. Alguien había empezado a hablar fuera, al otro lado de las ventanas altas de barrotes. El balón de baloncesto botó una vez, y se paró. «Hay un satélite allá..., allá en lo alto», dijo una voz de hombre. Y alguien respondió: «¿Quién ha dicho eso?». El balón volvió a botar.

—La cárcel no es sitio para que vengan los niños —volvió a decir nuestro padre, mirándonos con aire preocupado. Se le marcaba una vena en la frente.

—Es cierto —dijo el carcelero—. Pero le quieren.

—Lo sé. Y yo les quiero a ellos —dijo, como si no estuviéramos allí.

—¿Quieres que llamemos a alguien? —dijo Berner.

Nuestro padre sacudió la cabeza.

—Esperemos un poco —dijo—. Estoy consultando a un abogado. Nos tenemos que ir a Dakota del Norte un día de éstos.

Berner no dijo nada, y yo tampoco. Seguía llevando en el pulgar su anillo del instituto, y me puse la mano en la espalda para que no tuviéramos que hablar de ello.

—Me gustaría tener la posibilidad de hacer que seáis felices, chicos. —Nuestro

padre juntó las manos, y las apretó con fuerza—. Pero, aquí dentro, ¿qué puedo hacer?

—Lo saben, Bev —dijo el carcelero.

Tendría que haberle preguntado lo del dinero en ese momento, pero se me pasó.

Sonó un teléfono, y sus timbrazos resonaron en el corredor de las celdas. Berner y yo seguimos allí de pie unos segundos más. No sabíamos qué más podíamos decir. Lo que se suponía que teníamos que hacer ya lo habíamos hecho: ir a la cárcel a verles.

El carcelero nos puso a Berner y a mí una mano en el brazo, y nos hizo movernos de donde estábamos. Sabía cómo funcionaban aquellas cosas.

—Adiós —dijo Berner.

—Muy bien —dijo nuestro padre. No se levantó del catre.

—Adiós —dije yo.

—Muy bien, Dell. Hijo —dijo él. No había respondido a la pregunta de Berner sobre el banco.

La celda de nuestra madre estaba al final de la hilera de celdas poco iluminadas y no era diferente de la de nuestro padre salvo en un detalle: colgado de los barrotes con una cadena delgada, había un letrero metálico blanco con la palabra SUICIDA pintada con letras mayúsculas rojas. Mientras nos dirigimos hacia ella, el carcelero nos había dicho que no había celdas especiales «para las chicas». Lo único que el estado podía ofrecerles era un poco de privacidad.

Nuestra madre estaba sentada en un catre igual al de la celda de nuestro padre, pero la funda del colchón no estaba desgarrada ni colgaba de ella ningún relleno blanco. Estaba al lado de otra mujer, y hablaba en voz baja. Había otro catre. El inodoro no estaba manchado ni olía mal como el de nuestro padre.

—Aquí están sus hijos, Neeva; han venido a visitarla —dijo el carcelero en tono jovial. Nos instó a que nos acercáramos, y retrocedió hasta apoyarse sobre el muro, para que pudiéramos estar con nuestra madre casi a solas—. Adelante —dijo—. Vuestra madre se alegra de veros.

—Oh, Dios —dijo nuestra madre, poniéndose de pie nada más vernos.

Tenía las gafas en la mano. Se las colocó sobre el puente de la nariz mientras se acercaba a los barrotes. Tenía manchas en la piel y la punta de la nariz roja. Llevaba unas zapatillas de tenis blancas sin cordones y un vestido holgado de color verde oscuro con botones blancos en la parte delantera y sin cinturón. No parecía tener pechos debajo. Tras los cristales de las gafas tenía los ojos muy abiertos y escrutadores. Nos sonrió, como si le pareciéramos extraños. Mis ojos, espontáneamente, se fijaron en la palabra SUICIDA del letrero. Seguro que se refería a la otra mujer, o eso me parecía, al menos.

—¿Cómo habéis sabido venir? —dijo. Y añadió—: Os dije que esperarais a Mildred.

—No teníamos ningún otro sitio adonde ir. Y hemos venido —dijo Berner—. Hemos visto a papá. No ha hablado mucho.

Nuestra madre sacó las manos a través de los barrotes. Y yo ni siquiera le había dicho «hola» todavía, pero le cogí la mano derecha, y Berner le cogió la izquierda. Nos la apretó a los dos. Parecía aún más cansada que cuando habló conmigo en mi cuarto, dos noches atrás. Noté que se había quitado la alianza, lo cual me sorprendió mucho. La otra mujer llevaba un vestido verde idéntico al de mi madre, y unas zapatillas de tenis también iguales. Era alta y corpulenta. Te dabas cuenta incluso viéndola sentada. Se levantó del catre donde había estado sentada y se tendió en el otro, cara a la pared. Una vez cómoda, soltó un gemido.

—Te hemos traído las cosas de aseo, pero no nos permiten dártelas —dijo Berner—. Pensábamos que estarías con papá.

—Muy bien —dijo nuestra madre, sin soltarnos la mano y mirándonos con una sonrisa. No hablaba muy alto—. Me siento muy liviana aquí. ¿No es extraño?

—Sí, mamá —dije.

Su voz sonaba normal, como si nada le hubiera impedido salir de la celda en aquel mismo momento para hablar con nosotros mientras recorríamos el corredor. Mi conmoción fue mayor al verla a ella que al ver a nuestro padre; él no parecía fuera de lugar en la cárcel. Pero me sentía excluido, y nada «liviano» respecto de las cosas. Me pregunté dónde estaría su alianza. Pero no quise preguntar.

—¿Cuándo vas a salir? —dijo Berner, en tono de autoridad. Estaba llorando, pero trataba de no llorar.

—Debo de haber tenido un pequeño bajón —dijo nuestra madre—. Mi amiga y yo estábamos hablando precisamente de eso. —Se volvió para mirar a la mujer tendida cara a la pared, que respiraba profundamente con un pie encima del otro—. He intentado llamaros. Sólo me dejaban hacer una llamada. Pero no habéis contestado. Supongo que estabais por ahí, en alguna parte.

Nos miró. Sus ojos pestañearon detrás de los cristales de las gafas. Emanaba de ella un olor a sudor. Un olor que siempre le había conocido. También flotaba en el aire el olor a limpio y a almidón del vestido de la cárcel.

—¿Qué va a ser de nosotros ahora? —dijo Berner, mientras las lágrimas se le deslizaban por las mejillas. Apretó la boca y le tembló la barbilla. Fuera, en la calle, pasaban los coches. Uno de ellos hizo sonar la bocina. El exterior estaba tan cerca de nosotros. No quería ver llorar a Berner. No resultaba de ninguna ayuda.

—¿Adónde vamos a ir? —dije.

Pensaba en la señorita Remlinger, que iría a recogernos a casa.

—Ya lo veréis. Será una sorpresa. Será maravilloso. —Nuestra madre nos sonrió a través de los barrotes, y asintió con la cabeza—. Voy a sacaros de todo esto. Mildred irá a buscaros. Qué raro que no haya ido todavía.

Un hombre joven con un traje de color tostado y un maletín franqueó las dos puertas de barrotes precedido por otro policía de la oficina del sheriff. Vino hacia nosotros, pero se detuvo en la celda de nuestro padre. Vimos que emergía de ella una de sus manos, y que el hombre tendía la suya para estrechársela. Mi padre se echó a reír y dijo:

—Está bien, está bien...

Al ver cómo aquel hombre hablaba con mi padre caí en la cuenta de que ahora mis padres tenían mucho menos que ver el uno con el otro. Tal vez por eso mi madre se sentía tan liviana. Se había liberado de algo. De un peso.

—¿No creéis que es hora de que volváis a casa? —nos dijo nuestra madre a través de los barrotes. Un rayo de sol de última hora de la mañana entró en la celda. Nos soltó la mano y sonrió. No habíamos estado con ella ni dos minutos. No habíamos

dicho nada que tuviera la menor importancia. No sé qué esperábamos.

—¿No nos quieres? —dijo Berner, pugnando por contener las lágrimas.

Miré a mi hermana y le cogí la mano. Parecía desesperada.

—Por supuesto que os quiero —dijo nuestra madre—. Eso no debe preocuparos. Podéis contar con ello.

Levantó una de sus pequeñas manos para tocarle la cara a Berner, pero Berner no se acercó. Nuestra madre dejó la mano en el aire durante un instante.

—¿Vas a suicidarte? —dije.

El letrero con la palabra en mayúsculas rojas estaba allí al lado. No podía no verla. Nunca había empleado esa palabra antes de pronunciarla en la pregunta que le hice entonces a mi madre<sup>[13]</sup>.

—Por supuesto que no —dijo, y sacudió la cabeza para negarlo.

Alzó la vista hacia las ventanas que había a nuestra espalda. Era una mentira. Se suicidó en la penitenciaría del estado de Dakota del Norte, y probablemente expresó su intención de hacerlo aquel día en el calabozo de Great Falls.

—Te lo he dicho —dijo—. He tenido un momento de debilidad antes.

El hombre del traje de color tostado que hablaba con nuestro padre dijo:

—Bien, de acuerdo. Tú mantente firme ahí; yo voy a hablar un poco con tu media naranja.

Cerró el maletín. Le había estado enseñando a nuestro padre unos papeles, y luego le había hecho firmarlos.

—Tiene un caso federal contra mí —dijo la voz de mi padre, que reverberó a lo largo del corredor de las celdas.

—Puedes jurar que sí. Y mucha más gente.

El hombre se echó a reír y se encaminó hacia nosotros; sus botas golpeaban el suelo de hormigón con un sonido muy vivo. El carcelero se acercó a Berner y a mí desde detrás, y dijo:

—Es el abogado de vuestros padres, chicos. Será mejor que le dejemos hablar con vuestra madre en privado. Volved luego si queréis. Os dejaré entrar.

Berner vio que se acercaba el hombre del traje de color tostado, y dejó de llorar al instante. Nuestra madre nos sonrió. Las lágrimas le asomaban a los ojos. Pude verlo.

—He decidido que voy a escribir algo —dijo. Me hizo un gesto con la cabeza, como si lo que había dicho fuera a ser de mi agrado.

—¿Qué? —le pregunté.

El carcelero me puso una mano en el hombro. Y me empujó con suavidad hacia la puerta de barrotes.

—No estoy segura todavía —dijo mi madre—. Será una tragicomedia, signifique lo que signifique eso. Y tú me dirás qué te parece. Eres un chico inteligente.

—¿Atracasteis un banco? —dijo Berner.

Nuestra madre no lo admitió. El carcelero nos obligó a Berner y a mí a alejarnos de la celda de nuestra madre, para que pudiera hablar con su abogado. No habría de quedarse mucho más tiempo en aquel calabozo. No volví a verla nunca más, aunque en aquel momento no podía saberlo. Si lo hubiera sabido, le habría dicho muchas más cosas de las que le dije. Me dio pena que Berner le hubiera preguntado si habían atracado un banco, porque se había sentido violenta.

Al salir volvimos a pasar por delante de la celda de nuestro padre. Estaba tumbado en su colchón desgarrado, con un manojito de papeles en la mano, leyendo. Debimos de taparle la luz al pasar porque se volvió, se incorporó a medias y se quedó mirándonos con la boca entreabierta.

—¿Todo bien? —dijo, y agitó los papeles en dirección a nosotros—. ¿Habéis visto a vuestra madre?

El carcelero nos obligaba a seguir andando.

Al pasar por la puerta de la celda, dije:

—Sí, señor.

—Estupendo, entonces. Sé que eso la habrá hecho feliz —dijo—. ¿Le habéis dicho que la queréis?

Yo no se lo había dicho, pero debería haberlo hecho.

—Sí, se lo hemos dicho —dijo Berner.

—Ya está, pues —dijo él.

Eso fue todo lo que tuvimos tiempo de decirnos. Y, dado que a él tampoco volví a verle nunca más, muchas veces he pensado que mejor así que haber tenido que decirnos la verdad.



Una buena medida de lo insignificantes que éramos, y de la clase de lugar que era Great Falls, la da el hecho de que nadie vino a casa a ver cómo estábamos, o a recogernos para llevarnos a algún sitio más seguro. Ni funcionarios del tribunal tutelar de menores. Ni policías. Ni tutores que asumieran la responsabilidad de nuestro bienestar. Nadie registró la casa mientras yo estuve en ella. Y cuando nadie hace nada de esto —nadie repara en ti—, la gente y las cosas se olvidan y desvanecen con rapidez. Que fue lo que nos pasó a nosotros. Mi padre se equivocaba en muchas cosas, pero no en lo referente a Great Falls. Sus habitantes no querían conocernos. No les hubiera importado un comino que nos hubiéramos esfumado, si tal cosa hubiera sido posible.

Berner y yo volvimos a casa aquel lunes por un camino diferente. Ahora nos sentíamos diferentes; posiblemente nos sentíamos más libres, cada uno a nuestro modo. Fuimos hasta Central Avenue, dejamos atrás la oficina de correos y bajamos hacia el río, a lo largo de bares y de casas de empeños, una bolera, el Rexall y la tienda de pasatiempos donde había comprado las piezas de ajedrez y las revistas de abejas. Las calles rebosaban de actividad y de ruido de tráfico. Pero tampoco ahora sentí que alguien nos estuviera mirando. El instituto no había empezado todavía, así que no estábamos donde no teníamos que estar. Un chico y su hermana volviendo a casa por el puente a la brisa soleada, junto al río dulce y fétido, a última hora de una mañana de agosto; nadie pensaría: esos dos chicos son los hijos de esa pareja a la que han metido en la cárcel, necesitan cuidado y protección.

Nos paramos en la mitad del puente, y nos asomamos a la barandilla para mirar cómo planeaban los pelícanos por encima de la corriente del río. Los cisnes se deslizaban por la orilla más cercana, donde una espuma de polvo amarillo se mecía en la superficie. Vimos cómo dos personas remaban en una canoa río abajo, hacia la chimenea de la fundición y el puente de Fifteenth Street. Berner llevaba las gafas puestas, y guardaba silencio; no hablaba de nuestros padres. En la barandilla, con el Missouri discurriendo bajo nuestros pies, su pelo se alzaba y caía con el soplo de la brisa seca, mientras sus manos se aferraban al barandal de hierro como si el puente se convirtiera en un tren e iniciara la marcha. Mi hermana era muy joven, me dije, demasiado joven para irse de casa y vivir por sus propios medios. Teníamos quince años. Pero la edad no importaba realmente. Eran unos hechos ciertos a los que teníamos que enfrentarnos, y la edad no cuenta en esa realidad.

Es raro, sin embargo, aquello que te hace pensar en la verdad. Muy pocas veces tiene que ver con los hechos de tu vida. Entonces, durante un tiempo, dejé de pensar en la verdad. Sus mejores méritos parecían imposibles de encontrar entre todo un montón de hechos. Si existía un designio oculto, vivir casi nunca arrojaba luz sobre

él. Era mucho más fácil pensar en el ajedrez; sobre el verdadero carácter de unas piezas que se quedaban siempre donde tenían que estar, mientras un poder superior lo iba moviendo todo en torno. Me pregunté, sólo durante ese instante, si nosotros — Berner y yo— éramos así: piezas pequeñas, fijas, a las que unas fuerzas más poderosas que nosotros nos ordenaban movernos de una parte a otra. Decidí que no lo éramos. Nos gustara o no —lo supiéramos o no, incluso—, ahora éramos responsables únicamente de nosotros mismos, no ante ningún designio superior de ninguna clase. Si nuestras personalidades se había ya fijado de verdad, sin duda se manifestarían más tarde.

A lo largo de todos estos años mi hábito de pensamiento da por hecho que toda situación en la que se ve envuelto el ser humano puede dar la vuelta. Todo lo que alguien me asegura que es verdad puede no serlo. Todo pilar de creencia sobre el que el mundo se sustenta puede estar y puede no estar a punto de saltar por los aires. La mayoría de las cosas no siguen mucho tiempo como están. Saber esto, sin embargo, no me ha hecho escéptico. El escepticismo es creer que el bien no es posible; y yo sé a ciencia cierta que el bien es. Yo lo que hago es no dar nada por sentado y tratar de estar preparado para el cambio que pronto ha de llegar.

Y para entonces ya estaré camino de saber cómo subordinar una cosa a la otra; lección que el juego del ajedrez te enseña, y de forma casi instantánea. Los hechos que resultaron decisivos en las vidas de nuestros padres se estaban convirtiendo en secundarios respecto de los hechos que me llevaban a mí hacia delante desde aquel día de agosto. Aprender este hecho nada sencillo ha constituido la materia de este relato desde el principio hasta este momento; eso y ver a nuestros padres con más claridad. Creo que por eso me sentí liberado cuando Berner y yo estuvimos allí en el puente aquel día, y que por eso el corazón me latía con fuerza, presa de la excitación. Y tal debió de ser la verdad esquiva que me llevó a dejar caer al río el anillo del instituto de mi padre y a no pensar mucho en ello en adelante.

Será mejor dejarnos allí en el puente aquella mañana; será mejor que pensar en mí mismo en casa, contemplando desde el porche cómo Berner, no mucho después, se alejaba por la calle umbrosa y desaparecía de mi vida rumbo adondequiera que la suya la llevara. Centrarme mucho en la marcha de Berner haría que todo esto pareciera tratar de la pérdida, y no es así como yo veo las cosas aún hoy. Pienso que lo que cuento trata del progreso, y del futuro, que no siempre son fáciles de ver cuando estás tan cerca de ambos.

## Segunda parte

Lo que sucedió fue que Mildred Remlinger llegó a nuestra casa en su viejo Ford marrón destartado, enfiló directamente el camino de entrada en dirección al porche, subió los escalones y llamó a la puerta, tras la que yo estaba esperándola, solo. Entró sin dilación y me dijo que preparara mi bolsa de viaje, que, por supuesto, no tenía. Lo único que tenía era la funda de almohada con mis escasas pertenencias. Me preguntó dónde estaba mi hermana Berner. Le conté que se había marchado el día anterior. Mildred echó un vistazo a la sala y dijo que la elección estaba ahora en manos de Berner, estuviera donde estuviera, porque no teníamos tiempo para ir a buscarla. Los funcionarios del tribunal tutelar de menores, en nombre del estado de Montana, se presentarían en la casa muy pronto en busca de Berner y de mí para ponernos bajo su custodia. Era un milagro, dijo, que no se hubieran presentado todavía.

Así, conmigo en el coche, a su lado, Mildred salió de Great Falls a última hora de aquella mañana del 30 de agosto de 1960, y tomó la carretera 87 rumbo al norte, en dirección a donde nuestro padre nos había llevado a Berner y a mí no hacía mucho tiempo, cuando vimos las casas indias y el remolque donde se sacrificaban las reses, y donde él debió de tener el primer barrunto de que él y nuestra madre se estaban metiendo en un buen lío.

Mildred no habló mucho al principio, mientras Great Falls iba quedando atrás en el paisaje. Debía de darse cuenta de que yo entendía exactamente lo que me estaba sucediendo, o de que no había manera de explicarlo; debíamos guardar silencio y yo no debía causar ningún problema a nadie.

En las terrazas norte y oeste de las Highwood Mountains, no había más que calor y trigo amarillo, saltamontes y serpientes que cruzaban la carretera, un alto cielo azul y las montañas Bear's Paw al frente, azules y neblinosas pero con una nieve brillante en los picos. Havre, Montana, era la ciudad situada más adelante, en el norte. Nuestro padre había entregado allí un Dodge nuevo a un cliente tiempo atrás, aquel mismo verano, y había recorrido la región entre montañas de regreso a Great Falls. Había descrito ésta como un «lugar desolado, al fondo de un gran agujero. La parte trasera de “más allá”», donde, dijo, se había topado con el buque insignia de la armada polaca, otro de sus chistes manidos. No tenía ni idea de por qué Mildred quería ir a esa parte de Montana. Havre, en el mapa, estaba lo más al norte del estado que uno podía llegar, y lo más al norte del país entero. Un poco más arriba estaba Canadá. Pero yo seguía confiando en que los adultos a menudo hacen cosas extrañas que luego resultan acertadas, y en que al final alguien se hace cargo de ti. Es una idea absurda, y así debería habérmelo parecido entonces, teniendo en cuenta todo lo que había sucedido en nuestra familia. Pero sentía que estaba haciendo lo que nuestra madre había planeado para mí, y para Berner. Y, dado mi carácter, era todo lo que

necesitaba pensar.

En Havre —que se hallaba al pie de una larga colina, donde se veían los depósitos de ferrocarril de la Great Northern, un río de agua parduzca y una línea de paredes de roca cortadas a pico que discurrían a lo largo del lado norte de la carretera—, Mildred se volvió hacia mí, que iba en el asiento del acompañante, y me dijo que estaba muy delgado, pálido y macilento, y que posiblemente estaba anémico, y que sería mejor que comiera algo porque quizá no iba a tener nada que llevarme a la boca en lo que quedaba de día. Mildred era una mujer grande, de caderas cuadradas y talante autoritario, con pelo negro, rizado y corto, ojos pequeños, oscuros y penetrantes, labios pintados de rojo y cuello carnoso. Llevaba la cara maquillada con polvos que enmascaraban —aunque no muy bien— la tosquedad de su tez. Tanto ella como su coche olían a cigarrillos y a chicle, y el cenicero estaba lleno de colillas manchadas de carmín, cerillas y envoltorios de chicle de menta verde, pese a que no había fumado ni una vez mientras conducía. Mi madre nos había dicho que Mildred había tenido problemas con su marido, y que ahora vivía sola. Se me hacía difícil entender cómo un hombre había podido casarse con ella (a veces pensaba eso mismo de nuestra madre). Era una mujer corpulenta y en absoluto guapa, y era mandona. Llevaba un sedoso vestido verde con pequeños triángulos rojos estampados y grandes abalorios rojos, medias gruesas y recios zapatos negros. Parecía incómoda vestida así. En la ventanilla de atrás, a su espalda, había colgada una percha de alambre con su uniforme blanco y su cofia de enfermera, lo que me pareció un atuendo mucho más apropiado para ella.

Bajamos por la colina hasta First Street —que era la calle principal—, y encontramos un local de sándwiches enfrente de un banco y de la estación de la Great Northern. Nos sentamos dentro, en la barra, y tomé rollo de carne fría, un panecillo con mantequilla y un poco de encurtido y una limonada. Y me sentí mejor. Mildred fumaba mientras yo comía, y me miraba y se aclaraba la garganta una y otra vez; me contó que había crecido en una granja de remolacha en Michigan, que sus padres eran adventistas del Séptimo Día, que su hermano había ido a Harvard (yo había oído hablar de esa universidad), que ella se había escapado de casa con un chico de la Fuerza Aérea y que los dos habían «atterrizado» en Montana. Al chico lo trasladaron finalmente, y ella se quedó en Great Falls, estudió enfermería y se casó otra vez antes de caer en la cuenta de que el matrimonio no era para ella; fue entonces cuando volvió a utilizar su apellido de soltera, Remlinger. Dijo que tenía cuarenta y tres años, aunque a mí me parecía que tenía sesenta, o más. En un momento dado se dio la vuelta en su taburete y me pellizó en el lóbulo de la oreja y me preguntó si pensaba que tenía fiebre o estaba a punto de ponerme enfermo. Le dije que no, aunque me sentía inquieto por saber adónde íbamos. Dijo que, después del almuerzo, debía

echarme a dormir en el asiento trasero del coche, y eso me hizo saber que Havre no era el destino final de nuestro viaje.

Desde Havre nos dirigimos hacia el norte, a través de un viaducto de madera del ferrocarril, sobre las vías, y del río fangoso, y enfilamos una carretera estrecha que ascendía por la pendiente de la formación rocosa cortada a pico por el lado opuesto hasta una altura que me permitió mirar hacia atrás y ver la ciudad al fondo, sombría y desolada bajo la sofocante luz del sol. Era mucho más al norte de lo que yo había llegado nunca, y todo era yermo y aislado en torno, y empezaba a convertirse en inaccesible. Pensé que Berner, dondequiera que estuviera, estaría en un lugar mejor. Pero no pude decidirme a preguntarle nada a Mildred porque me daba cuenta de que posiblemente la respuesta no iba a gustarme, y a partir de entonces no sabría qué decir o hacer con mi vida, y tendría que encarar el hecho de que me había equivocado quedándome en casa en lugar de irme con mi hermana, aunque no me había pedido que me fuera con ella.

El terreno al norte de Havre era el mismo que el que habíamos estado viendo a todo lo largo del viaje: tierra de cultivo seca, invariable, un mar de trigo dorado que se fundía con el azul ardiente y sin mácula de un cielo surcado tan sólo por cables eléctricos. Había muy pocas casas o edificaciones que indicaran que allí vivía gente o que era necesaria la electricidad. En la reluciente lejanía se divisaban colinas verdes bajas. Era improbable que nuestro destino fuera ése, ya que aquellas colinas estarían en Canadá, que, según recordaba del globo terráqueo de mi cuarto, era el único territorio situado más arriba de nosotros en el mapa.

Tampoco ahora habló gran cosa Mildred. Se limitaba a conducir. Fumó un cigarrillo, pero no le gustó y lo tiró por la ventanilla triangular abierta. Había buitres suspendidos en el cielo, curvos e inmóviles. Yo creía que si te perdías donde ahora estábamos, los buitres serían el único medio que los humanos tendrían de encontrarte, pero no sobrevivirías.

En determinado momento Mildred aspiró profundamente y luego espiró el aire despacio, como si acabara de decidir algo sobre lo que había guardado silencio hasta entonces. Se pasó la lengua por los labios y se pellizcó la nariz, y volvió a aclararse la garganta seca.

—Ahora debo decirte algunas cosas, Dell —dijo, con las dos manos al volante, los pies, cubiertos sólo por las medias, sobre los pedales y los zapatos negros apartados hacia un lado. Miraba con firmeza hacia delante. Desde que dejamos Havre sólo nos habíamos cruzado con dos coches. No parecía haber ningún lugar visible hacia el que pudiéramos dirigirnos—. Te estoy llevando a Saskatchewan para que vivas un tiempo con mi hermano Arthur. —Lo dijo de repente, como si no fuera una cosa agradable de decir—. No tendrá que ser así durante mucho tiempo. Pero por

ahora sí. Lo siento. —Volvió a lamerse los labios—. Es lo que tu madre quiere que hagas. Tú no tienes por qué reprocharte nada. Me he sentido muy decepcionada al enterarme de que tu hermana se ha ido de casa. Los dos podríais haber formado un buen equipo.

Ladeó la cabeza hacia mí y me dedicó una débil sonrisa; el pelo corto se le agitaba con la brisa caliente que entraba por la ventanilla. Los dientes no los tenía particularmente bien, y no sonreía mucho. Yo me sentía como si Berner estuviera sentada a mi lado y Mildred nos estuviera hablando a los dos.

—No quiero hacer eso —dije.

Lo dije con la seguridad más absoluta. El hermano de Mildred. Canadá. Estaba seguro de que no quería ninguna de esas cosas. Yo tenía algo que decir en todo aquello.

Mildred siguió conduciendo sin hablar durante un rato, dejando que el asfalto discurriera bajo nuestros pies. Posiblemente estaba pensando, pero probablemente sólo estaba esperando. Al final dijo:

—Bien, si tengo que llevarte de vuelta a Great Falls, me detendrán por secuestrarte y me meterán en la cárcel. Entonces el único ser humano que puede ayudarte, y que no es un criminal consumado, y que está dispuesto a hacerle a tu madre un último favor, saldrá de la escena. Están buscándote para meterte en un orfanato. Será mejor que pienses en ello. Trato de salvarte. Y habría salvado a tu hermana si ella hubiera sido un poco más inteligente.

La garganta había empezado ya a tensárseme, y la tensión se me iba enroscando pecho abajo causándome dolor, y de pronto me faltaba el aire a pesar de ir a cien kilómetros por hora y de que la cálida fragancia del trigo entraba a ráfagas por las ventanillas. Sentí el impulso de abrir la portezuela a golpes de hombro y de lanzarme al asfalto vertiginoso. Lo cual no era nada propio de mí. No era violento ni hacía las cosas de repente. Pero la carretera negra era como mi vida, una vida que se iba alejando de mí a una velocidad tremenda, y no había nadie que pudiera detenerla. Pensé que si lo hacía y luego era capaz de levantarme y ponerme a andar, podría volver a casa, y tal vez encontrar a Berner, estuviera donde estuviera. Mis dedos encontraron la manilla de la portezuela, la apretaron con fuerza, listos para tirar de ella. Berner había dicho que odiaba a nuestros padres por mentirnos. Pero yo me había negado a odiarles y había seguido siendo el hijo leal que se queda en casa y hace lo que le dice su madre. Lo cual había hecho posible que me sucedieran las cosas malas que ahora me estaban sucediendo. No habría sabido decir lo que yo esperaba realmente, ni cuál era el plan de mi madre para mí. Ella se lo había explicado todo a Mildred y no a mí. Pero lo que no esperaba era aquello. Me sentía burlado y abandonado; mi lealtad no se había respetado, y ahora me encontraba allí con aquella mujer extraña, en un lugar donde sólo los buitres darían conmigo si me

hacía con el control de mi vida. Ser joven era lo peor que podía pasarte. Entendí por qué Berner ansiaba tanto hacerse mayor y por qué se había ido de casa. Para salvarse.

La falta de aire dentro del pecho me dolía de la misma forma que te duele cuando bebes agua demasiado fría y te sientes paralizado. Pero llorar habría sido una señal de derrota aún más grande. Mildred me consideraría patético. Cerré los ojos con fuerza y apreté la cálida manilla, y luego la solté y dejé que el aire caliente del exterior ahogara mis lágrimas. No creo que fuera tanto lo que Mildred me había dicho —que me llevaba a Canadá para entregarme al cuidado de unos desconocidos— como la acumulación de todo lo que había pasado en mi vida la última semana, todo lo que yo había intentado mantener bajo control pero había fracasado. Mildred no hacía más que tratar de ayudarme, y ayudar a mi madre. Lo que yo había sentido al oír lo que le había oído era, más que ninguna otra cosa, una pena profunda.

—No me extraña —dijo por fin Mildred. Debía de haberse dado cuenta de que yo había estado llorando—. No consuela en absoluto saber que no tienes la culpa de nada. Quizá te sentirías mejor si la tuvieras. —Acomodó sus grandes muslos en el asiento, levantó la barbilla y se echó hacia delante como si hubiera visto algo en la carretera. Dejé de llorar—. Vamos a cruzar la frontera de Canadá un poco más adelante —dijo, volviendo a apoyarse sobre el respaldo del asiento—. Les diré que eres mi sobrino. Te llevo a Medicine Hat a comprarte ropa para el instituto. Si quieres decirles que te he secuestrado, ése es el momento. —Fruunció los labios—. Pero no me gustaría ir a la cárcel, si puedo evitarlo.

A lo lejos, donde la carretera era tan sólo una línea delgada, se divisaban dos masas bajas y oscuras sobre el horizonte, recortadas contra un cielo azul sin el menor rastro de nubes. No habría visto esas masas si no hubiera mirado hacia el punto donde estaba mirando Mildred. Aquello era Canadá. Nada lo distinguía de donde aún estábamos. El mismo cielo. La misma luz del día. El mismo aire. Pero diferente. ¿Cómo era posible que me estuviera dirigiendo allí?

Mildred hurgaba en su gran bolso de charol rojo que estaba en el suelo sin dejar de conducir. Las masas oscuras se fueron materializando con rapidez hasta convertirse en dos formas bajas cuadrangulares: dos edificios, uno al lado del otro en un montículo de la llanura. Había un coche aparcado a un lado de cada uno de ellos. La frontera estaba allí, sin duda. No sabía lo que sucedía en ella. Posiblemente alguien me detendría y me pondría unas esposas y me mandaría a un orfanato o de vuelta a casa, una casa vacía donde no me esperaba nadie.

—¿En qué piensas? —me preguntó Mildred.

Miré hacia el frente, al cielo de Canadá. Nadie me había preguntado nunca tan abiertamente lo que estaba pensando. En nuestra familia nunca había importado lo que Berner y yo pensábamos, aunque siempre estábamos pensando. *¿Qué puedo perder?*, fueron las palabras que dije para mis adentros; era lo que estaba pensando, y



lo expresé así sólo porque eran palabras que había oído decir a otros chicos en el club de ajedrez. No se las iba a decir a Mildred. Pero me impresionó mucho que lo que estaba pensando me pareciera tan verdad. Lo que dije fue:

—¿Cómo sabes lo que te está pasando realmente?

Fue todo lo que se me ocurrió en ese momento.

—Oh, no lo sabes nunca —dijo Mildred.

Mildred tenía el papel del permiso de conducir en la mano con la que manejaba el volante. Nos estábamos acercando a dos garitas de madera contiguas una a la otra. La carretera se bifurcaba en dos al pasar por delante de ellas.

—Hay dos clases de personas en el mundo —dijo Mildred—. Bueno, en realidad hay muchas. Pero en esto hay sólo dos: las que entienden que no lo sabes nunca, y las que creen que lo sabes siempre. Yo soy de las primeras. Es más seguro.

Un hombre corpulento con uniforme azul salió de la garita de madera de la derecha, que era a la que nos estábamos acercando. El hombre se encajaba un sombrero de policía en la cabeza y nos hacía gestos para que avanzáramos. Una bandera roja que yo no conocía —pero que llevaba una banderita inglesa en la esquina izquierda— ondeaba en un mástil al lado de la garita. En un letrero que había al pie del mástil se leía: ESTÁ ENTRANDO EN CANADÁ - PORT OF WILLOW CREEK, SASKATCHEWAN.

La otra garita, contigua a la primera, era la norteamericana. Las barras y estrellas ondeaban a lo alto, aunque me dio la sensación de que no era la bandera de cincuenta estrellas que incluía la de Hawái. Una frontera eran dos cosas al mismo tiempo. Era entrar y era salir. Yo estaba saliendo, lo cual me pareció significativo. Un hombre de corpulencia menor, sin sombrero, con un uniforme azul diferente y una placa y una pistola a un lado de la cintura, salió de la garita norteamericana a la brisa exterior. Observó cómo Mildred se acercaba a él. Posiblemente sabía lo de mi desaparición y se preparaba para detenernos a los dos. Yo seguí mirando hacia delante, y me quedé quieto y muy tieso en mi asiento. Por alguna razón que no sabría explicar, deseé no tener ningún problema y poder pasar al otro lado de la frontera, y sentí la excitación y el miedo de que pudieran impedirnoslo. De las dos clases de personas que Mildred había mencionado, yo también debía de pertenecer al primer grupo. ¿Por qué, si no, estaba donde estaba en aquel momento, mientras iba quedando atrás todo lo que para mí resultaba comprensible? No era eso lo que yo esperaba sentir. Había despertado en mi cama solo, y había visto cómo mi hermana salía de mi vida seguramente para siempre. Mis padres estaban en la cárcel. No tenía a nadie que me cuidara, o me buscara. *¿Qué puedo perder?* era probablemente la pregunta correcta. La respuesta, al parecer, era *muy poco*.

La carretera que se adentraba en Canadá discurría a través de una tierra de cultivo interminable que a mis ojos no se distinguía en absoluto de la que habíamos dejado al otro lado de la frontera, pero en la que había más casas y graneros y molinos de viento y señales de vida humana. Las colinas verdes que yo ya había visto desde la parte norte de Havre eran, me dijo Mildred, las Cypress Hills. Eran como los Alpes, dijo; se alzaban solas en la pradera, una anomalía del tiempo en que había glaciares en las llanuras. Tenían sus propios bosques aislados y su propia vida animal. A la gente que vivía allí no le gustaban los forasteros. Las ciudades por las que pasamos, sin embargo —Govenlock, Consul, Ravencrag, Robsart—, parecían poblaciones normales muy similares a las de Montana. Aunque pensé que si vivías en un sitio con un nombre tan raro —incluida Saskatchewan (un nombre que muy pocas veces había oído antes)—, siempre te sentirías raro tú mismo. Luego nada en la vida podría ser tan completamente normal como lo había sido para mí en Great Falls.

Mientras conducía hacia el norte bajo el sol bajo de las últimas horas del día, Mildred fue enumerándome lo que sabía de Canadá que pensaba que podría serme útil. Canadá era propiedad de Inglaterra y constaba de provincias, no de estados de una unión; aunque no había prácticamente diferencias entre unas y otros, salvo que en Canadá sólo había diez provincias. La mayoría de la gente hablaba inglés, pero de una forma distinta que ella no era capaz de describirme, pero que yo pronto captaría y aprendería a utilizar. Dijo que tenían su propio Día de Acción de Gracias, aunque el suyo no era en jueves ni era en noviembre. Canadá había luchado junto a Estados Unidos en la misma guerra en la que había peleado mi padre, y había entrado en ella incluso antes que nosotros, debido a la obediencia de Canadá a la reina de Inglaterra, y de hecho tenían una Fuerza Aérea tan buena como la nuestra. Dijo que Canadá no era un país viejo como el nuestro y que en él aún flotaba una atmósfera pionera, y ninguno de sus habitantes pensaba realmente que era un país autónomo, y de hecho en algunas partes se hablaba francés, y la capital estaba en el este, y nadie la respetaba como se respetaba a Washington, D. C. Dijo que Canadá tenía el dólar como moneda, pero que el suyo era de color diferente y que misteriosamente a veces valía más que el nuestro. Dijo que Canadá tenía también sus propios indios, y que los trataba mejor que nosotros a los nuestros, y que Canadá era más grande que los Estados Unidos, aunque la mayoría de su territorio era inhóspito y estaba desierto y cubierto de hielo gran parte del año.

Yo iba pensando en estas cosas y en cómo podrían hacerse realidad con sólo pasar dos garitas aisladas en medio de ninguna parte. Me sentía mejor que horas antes, cuando no sabía adónde me dirigía. Era como si una crisis hubiera quedado atrás, o yo hubiera logrado orillarla. Lo que experimentaba era alivio. Pero me habría gustado

que mi hermana Berner hubiera estado allí conmigo para ver todo aquello.

Pasaban por nuestro lado más campos de trigo, y el aire de la tarde era dulce y fresco. Divisé unas oleadas individuales de polvo: granjeros que manejaban las cosechadoras a lo lejos. Había camiones de transporte de grano parados en la tierra segada, a la espera de llevarse el trigo. Diminutas figuras lejanas se movían en torno a los camiones, mientras las cosechadoras vaciaban su carga y los camiones emprendían la marcha. Una vez que estuvimos fuera de las colinas, ya no vimos hitos naturales. Ni montañas ni ríos —como las Highwood o las Bear's Paw o el Missouri— que te indicaran dónde estabas. Incluso había menos árboles. A cierta distancia se divisaba una casa blanca y baja con una protección contra el viento y un granero y un tractor. Y otra un poco más adelante. La posición del sol era en adelante la que le diría a uno dónde estaba, eso y lo que uno conociera personalmente de aquellos parajes: una carretera, una cerca, la dirección de la que venía normalmente el viento. En cuanto las colinas desaparecieron a nuestra espalda, dejamos de disponer de un punto medio concreto que pudiera servir de referencia de otros. Era muy fácil perderse o volverse loco en aquel terreno, puesto que tal punto medio podía ser cualquiera y estaba en todas partes.

Mildred me contó algunas cosas acerca de su hermano, Arthur Remlinger. Era norteamericano, tenía treinta y ocho años y llevaba viviendo en Canadá algunos de ellos, por elección propia. Era el único miembro de su familia que había ido a la universidad, con intención de convertirse en abogado, pero por varias razones no había terminado los estudios y se había desencantado de su país. Vivía al norte de donde ahora estábamos, en la pequeña ciudad de Fort Royal, Saskatchewan, donde dirigía un hotel. Era pura coincidencia, dijo, que uno y otra vivieran a cada lado de la frontera. Mildred no lo veía con frecuencia, pero no parecía importarle. Le quería. La razón por la que su hermano accedía a hacerse cargo de mí, dijo, era que yo era norteamericano y no tenía adónde ir, y también para hacerle un favor a su hermana. Él no tenía hijos, y le parecía bien hacerse cargo de mí, y también de Berner, si no se hubiera ido de casa. Era un hombre muy poco corriente, como podría ver pronto. Era cultivado e inteligente. Aprendería muchas cosas estando a su lado, y me gustaría como persona.

Mildred decidió fumarse otro cigarrillo, y empezó a echar el humo por los grandes agujeros de la nariz de forma que lo forzaba a salir por la ventanilla. Llevaba horas conduciendo, y sólo para alejarme de un lugar donde podría estar en peligro. Tenía que estar exhausta. Traté de visualizar el sitio adonde íbamos: Fort Royal, Saskatchewan. Sonaba a extranjero, y a amenazador, por extranjero. Lo único que yo registraba a mi alrededor era la misma pradera, en la que no había sitio para mí.

—¿Cuánto tiempo voy a quedarme con su hermano?

Lo dije sólo para obligarme a decir algo.

Mildred se sentó más derecha en el asiento y asió el volante con los puños cerrados.

—No lo sé —dijo—. Veremos. No gastes el tiempo en pensar cosas pasadas y deprimentes. —Llevaba el cigarrillo en una de las comisuras de la boca, y hablaba por la otra—. Tu vida va a ser variada y emocionante antes de que te mueras. Así que procura centrarte en el presente. No te niegues a las cosas, y asegúrate de tener siempre algo que no te importe perder. Eso es importante.

El consejo no era muy diferente de lo que nuestro padre nos había dicho a Berner y a mí el día en que no fuimos a la feria estatal. Yo comprendía que era eso lo que los adultos pensaban, aunque era lo opuesto a como veía las cosas nuestra madre. Ella siempre había descartado un montón de cosas, y entendido el mundo sólo según su visión de él. Mildred infló las mejillas y se dio aire con la palma de la mano; ello indicaba que tenía mucho calor dentro de su sedoso vestido verde.

—¿Tiene algún sentido para ti lo que digo? —Alargó la mano hacia mí y me dio unos golpecitos con el puño en la rodilla, de forma muy parecida a como se llama a una puerta—. ¿Lo tiene? Toc, toc...

—Supongo que sí —dije.

Aunque en realidad no parecía importar mucho si estaba o no de acuerdo con algo. Ésa fue la última vez que Mildred y yo hablamos de mi futuro.

Charley Quarters se bajó del guardabarros del camión con una pequeña lata de metal en la mano que luego supe que contenía cerveza con cubitos de hielo. Nos había estado esperando en la localidad de Maple Creek, Saskatchewan, para llevarnos a Berner y a mí a donde vivía el hermano de Mildred. Era su hombre para todo, y a Mildred, según dijo, no le gustaba. Era un *métis*<sup>[14]</sup>, y un sujeto poco recomendable. Una vez que hubo consumado mi traspaso, Mildred iba a volver a Great Falls vía Lethbridge, Alberta, para no llamar la atención en la frontera por la que habíamos cruzado antes. El policía de fronteras norteamericano nos había estado observando mientras pasábamos de un país a otro, y sin duda se preguntaría por qué volvía ella sola.

Charley Quarters puso la lata encima del capó del camión, se acercó a nuestro coche y apoyó los codos en el borde de la ventanilla. Dirigió la mirada hacia mí, por encima de Mildred, con una sonrisa poco amistosa en sus labios gruesos. Yo levanté la mirada hacia los cirros del oeste; el cielo, detrás de ellos, era purpúreo y dorado y de un verde claro, que se volvía azul en sus flecos más altos. Traté de no parecer asustado, pero lo estaba.

Mildred le empujó hacia atrás con la palma de la mano. Charley despedía un olor extraño, como agridulce, que mi olfato podía percibir —de la ropa, y posiblemente del pelo—. Era un hombre bajo y de pecho ancho, de constitución compacta y musculosa y cabeza demasiado grande. Llevaba unos pantalones de lona castaños y sucios, unas botas de goma negras —con los bajos del pantalón metidos dentro— y una camisa de franela morada, ajada, con agujeros en los codos y un bolsillo roto. Tenía el pelo negro y grasiento sujeto en la nuca por un pasador de mujer con un diamante de bisutería, ojos rasgados azules y orejas grandes. Sus dientes, cuando sonreía de aquella forma desagradable, eran grandes y amarillos; se le veía toda la dentadura. Parecía un enano. Había visto una estampa de enanos en mi *World Book* (que había dejado en nuestra casa de Great Falls). Pero era más alto que un enano, aunque tenía las piernas arqueadas. Y parecía rudo y engreído, como había oído que eran algunos enanos.

Alargó una mano hacia el interior del coche, cogió un cigarrillo del paquete de Tareyton de Mildred que estaba encima del salpicadero y se lo puso detrás de una oreja.

—Creía que el cargamento era de dos bultos.

Volvió a mirarme de soslayo, como si supiera que no me iba a gustar que hablara de mí como de un bulto. Hablaba como a chorros.

Mildred dijo, cortante:

—Tú límitate a cuidar de éste. O volveré e iré a buscarte.

Charley siguió sonriendo, y Mildred tuvo que empujarle de nuevo. Me pregunté si aquella forma de hablar entrecortada era como hablaban todos los canadienses.

—¿Tiene que comer? —dijo Charley.

—No —dijo Mildred—. Tú súbelo al camión, y que se meta en la cama nada más llegar.

Dos hombres grandes en traje de faena con peto y sombrero de paja de granjero salieron por la puerta del hotel de la acera de enfrente. La ciudad estaba vacía, y la calle oscurecida por la caída del sol. En el rótulo que había sobre la puerta principal del hotel se leía THE COMMERCIAL. En el interior, cuando se abrió la puerta, se vieron unas luces tenues. Los dos hombres se quedaron en la acera, charlando mientras nos observaban. Uno de ellos se echó a reír al oír algo, y luego se encaminaron cada uno a su camioneta, iniciaron la marcha separándose del bordillo y se alejaron en direcciones opuestas. Eran canadienses.

—¿Le pasa algo al chico? —dijo Charley, sonriendo como si yo le hiciera gracia.

—Está perfectamente —dijo Mildred. Tendió la mano y me agarró de brazo y me miró—. Es como todos nosotros, ¿no es cierto?

—¿Es huérfano? —dijo Charley Quarters, mirando el asiento trasero y viendo el uniforme blanco de Mildred colgado en la ventanilla. Metió una mano hasta el asiento trasero y lo tocó.

Yo tenía la mirada fija en los cuatro elevadores de grano de gran altura que se divisaban medio en sombras a través del parabrisas, recortados contra la luminosidad del cielo. Las golondrinas describían giros bruscos en el aire del crepúsculo. Una única bombilla encendida se balanceaba al lado de la tolva del elevador más cercano, y en el suelo, al pie de ella, se alzaba una pila de grano iluminada. Hasta entonces nunca se me había ocurrido relacionar esa palabra con «orfanato».

Mildred miró fijamente la cara lasciva de Charley.

—Tiene padre y madre, no como tú. Y le quieren. Y eso es todo lo que tienes que saber.

—Lo quieren con locura —dijo Charley, y se enderezó en la calzada. Luego retrocedió unos pasos y miró el cielo: azul en el oeste, oscuro en el este. Los cirros se habían desdibujado, y se veían ya unas estrellas tenues. Aquél era el hombre con quien iba a irme. Lo más seguro es que me dejara solo y abandonado.

—Ahora lo que haré —dijo Mildred— es escribirte a casa de mi hermano. Me enteraré de qué va a pasar con tus padres y te lo contaré por carta. Recuerda lo que te he dicho sobre no cerrarte a nada. Estarás bien, te lo prometo. —De pronto, inesperadamente, se inclinó hacia mí y me cogió la cara y se la llevó a la boca y, sujetándome la nuca, me besó en la mandíbula. Y, cuando no le devolví el beso, me apretó con toda su fuerza. Olía a cigarrillos y al aroma afrutado que a floraba del bolso, y a maquillaje y a su chicle de menta verde. Me apretaba los hombros

esponjosos contra la oreja—. Has pasado buenos momentos —me susurró—. Porque ellos hayan arruinado su vida tú no tienes que arruinar la tuya. Eso será un comienzo para ti. Tu hermana Berner ha hecho ya el suyo.

—Yo no quería ningún comienzo —dije; de pronto se me había vuelto a hacer un nudo en la garganta, furioso por lo que acababa de decirme.

—No siempre podemos elegir nuestros comienzos —dijo Mildred. Alargó la mano por encima de mí y levantó la manilla de mi lado, empujó la portezuela hasta abrirla y me empujó hacia fuera—. Ahora vete. Estamos aplazando lo inevitable. Es una aventura. No tengas miedo. Estarás bien. Ya te lo he dicho.

No tenía ganas de decirle nada más a Mildred, aun en el caso de haber podido hacerlo. La funda de almohada con las cosas que había preparado para el viaje a Seattle estaba en el suelo de la parte trasera del coche. Tiré de ella, bajé al asfalto y cerré la portezuela. Fuera lo que fuere lo que Mildred hubiera prometido a mi madre hacer por mí, ya había cumplido. Pero lo que yo quería hacer era volver a montar en el coche con ella e irnos de allí lo más lejos posible. Sólo que eso no estaba en los planes de mi madre, cuando aún podía planear cosas para mí. Así que hice lo que me decía, y lo hice tanto por mi madre como por cualquier otra razón. Seguí siendo un buen hijo hasta el final de todo aquello.

—¿Así que ya te lo han contado todo sobre mí? —dijo Charley Quarters.

Avanzábamos ruidosamente a través de la oscuridad en su viejo International Harvester. Yo sólo veía el firme de grava brillante a la luz de los faros, mientras los arceles polvorientos iban quedando atrás, a ambos lados de los cuales se extendían los densos campos de trigo. Como el sol no lucía ya, hacía frío. El aire de la noche era tan dulce como pan. Adelantamos a un autobús escolar. Los faros del camión barrieron las hileras de asientos vacíos.

A lo lejos, en los campos, seguían segando después del anochecer. Se divisaban los tenues faros de los camiones en movimiento, y los remolinos de polvo. El cielo estaba lleno de estrellas.

Le dije que nadie me había contado nada sobre él.

—No importa —dijo él.

En el asiento libre entre nosotros llevaba un rifle de repetición con el cañón hacia abajo, al lado de la pierna. El habitáculo apestaba a cerveza y a gasolina y a aquel fuerte olor agridulce y punzante que no había sabido identificar. Atrás, en la caja, se veía el cuerpo de un animal, pero no sabía de qué animal podía tratarse.

—Te diré cómo van a ser las cosas —dijo Charley—. Aquí el responsable tuyo voy a ser yo. Pero te cuidarás de ti mismo, a menos que yo te necesite. Tendrás que trabajar todos los días. Dormirás en la Casa Auxiliar, junto a mi remolque. Comerás en el hotel. A. R. es el propietario. Irás y volverás allí por tus propios medios. Aunque algunos días te llevaré en este Rolls. Y no tienes que causarme ningún problema.

Charley tenía el asiento muy separado de los pedales, a los que apenas llegaba con las puntas de los pies, e iba con una mano en el volante y la otra con el cigarrillo que había cogido del paquete de Mildred y se había puesto detrás de la oreja. Estaba bebiendo otra cerveza de lata. De pronto vimos un ciervo a una orilla de la carretera, hundido en el trigo hasta el pecho y con los ojos verdes y relucientes a la luz de los faros. Charley giró el volante en dirección a él, pero el ciervo reculó sin esfuerzo y se alejó de la calzada.

—Maldita sea... —gritó Charley—. Podría haberme hecho con él. —Me dirigió una mirada sucia, como si tratara de asustarme, y ello le divertía—. ¿Cuántos años crees que tengo? —dijo, con el cigarrillo entre los dientes.

—No lo sé —dije.

No había dicho nada cuando él mencionó lo del trabajo. No esperaba tener que trabajar. No tenía ni idea de lo que me esperaba cuando saliera el sol a la mañana siguiente.

—¿Te tiene sin cuidado?



—No —dije yo.

—¡Cincuenta! Pero aparento menos. —Hablabas de aquella forma entrecortada—. Piensas que soy indio. Ya me he dado cuenta.

—No sé... —dije.

—*May-tee* —dijo—. No sabes qué diablos es eso, ¿verdad?

—No —dije.

Mildred había mencionado *métis*, pero yo no sabía nada de eso, ni siquiera cómo se escribía.

—Es la estirpe de los antiguos reyes. —Charley levantó la barbilla roma y, mientras hablaba, dejó escapar el humo del cigarrillo por las comisuras de la boca—. Cuthbert Grant... Y toda esa línea de sangre. La línea de los mártires. —Resopló al aire frío—. Los indios son completamente diferentes. No nos aceptan. Quieren matar a los *métis* en cuanto tienen la ocasión.

De pronto pisó a fondo el freno. Puse las manos sobre el salpicadero justo a tiempo. Pero salí despedido del asiento y caí sobre las rodillas, mientras el corazón se me ponía a galopar dentro del pecho. Nos habíamos detenido entre dos trigales, en medio del firme de grava iluminado.

—Yo tengo ganas. ¿Y tú? —dijo Charley.

Paró el motor antes de que pudiera responderle. Se bajó del camión, se puso delante de él a la luz viva de los faros y abrió las piernas al máximo. Se sacó el pene del pantalón y, con una concentración feroz, lanzó un fuerte chorro de orina en la tierra. Yo también tenía ganas. No me había atrevido a decírselo a Mildred, aunque era enfermera y tenía que haber visto esas cosas muchas veces. Pero no creía que pudiera hacerlo allí en la carretera, delante de Charley. Podría haberlo hecho con mi padre. Yo era un chico de ciudad. Así que me quedé sentado en el camión mientras los faros iluminaban a Charley y el redondel mojado —que se hacía cada vez más grande en la tierra— y el polvo del suelo entraba por la portezuela abierta cargado del olor ácido de la orina.

—¿Qué te ha pasado? —me gritó desde el firme de la carretera. Emitió un pequeño jadeo antes de terminar—. ¿Han hecho que te largaras? ¿Has cometido algún crimen?

Yo detestaba estar mirándole y viendo sus partes íntimas. Dije:

—No.

No quería decir: *Mis padres están en la cárcel de Great Falls. Mi madre no quería que me metieran en un orfanato. Quiere que esté aquí, en Canadá.*

Charley escupió encima del círculo de orina y luego se sorbió la nariz para aclarársela.

—Los secretos son buenos —dijo, subiéndose la cremallera—. Éste es un buen sitio para esconderse. —Mosquitos de varios tipos salían del trigal para buscar el

calor de los faros. Algunos entraron en el habitáculo abierto del camión, donde yo estaba. Entonces, de repente, un aleteo cruzó velozmente el haz de luz, viró hacia arriba y desapareció. Un halcón o un búho, atraído por los insectos. El corazón me latió con más fuerza. Charley no lo vio—. ¿Sabes una cosa de A. R.? —Seguía en la carretera, hablando, mirando hacia lo alto de la oscuridad que circundaba el cono de luz de los faros. Deduje que se refería al hermano del Mildred.

—Mildred me ha dicho que es su hermano. —No creí que pudiera oírme.

Restregó las botas negras de goma por el suelo de grava.

—Pensarás que es un tipo raro. —Ahora no parecía hacer nada—. ¿Cómo quieres que te llamen?

—Dell —dije.

—¿Cuántos años tienes, Dell?

Yo sabía lo que debía de significar eso.

—Quince —dije—. Casi dieciséis.

Charley volvió hasta la portezuela del camión y se subió al asiento del conductor. Traía consigo su olor animal.

—¿Te sientes solo? —dijo.

Arrancó, y el motor rugió. Los faros bajaron de intensidad y volvieron a lucir a plena potencia.

—Echo de menos a mis padres —dije—. Y a mi hermana.

—¿Adónde va a ir ella? ¿A algún orfanato?

Charley cerró la portezuela de la cabina y subió la ventanilla. Los mosquitos zumbaban a nuestro alrededor.

—Se ha ido de casa —dije.

—Bien hecho. —Se quedó en silencio, con las manos en el volante—. Tú no sabes nada de nada, ¿verdad?

—No —dije.

—¿Qué es lo que quieres que te diga?

—¿Por qué habrán querido traerme aquí?

De nuevo estaba diciendo lo que me venía a la cabeza, como me había pasado con Mildred.

Lo que antes había entrado en el campo de visión de los faros, fuera lo que fuere, volvió a irrumpir en la luz y lo vimos claramente. Era un búho; una cara curva, blanca, unas alas extendidas, unas garras puntiagudas, unos ojos fijos en algo que estaba más allá del borde de la luz. Y de pronto se había ido. Nunca había visto un búho; sólo los había oído de noche, desde mi cuarto, en Great Falls. Pero sabía cómo eran. Charley tampoco esta vez pareció verlo.

—A. R. es un tipo curioso. Es estadounidense —dijo Charley—. Lleva aquí mucho tiempo. Puede que se sienta solo y quiera compañía. No lo sé. Déjame tocarte

la mano.

Su mano áspera, dura y sorprendentemente grande buscó la mía y la cogió y la apretó cuatro o cinco veces sucesivas y rápidas. Era una mano gruesa, de dedos cortos y uñas muy cortadas, y granulosa como sus pantalones de lona. Traté de apartar la mano, pero él me la retuvo con fuerza, apretándomela aún más.

—¿La enfermera esa ha intentado follarte? —dijo, como a punto de reírse a carcajadas.

No podía mirarle. Dije:

—No.

—Pues tenía ganas. Lo he notado. Quería follarme a mí también. Podríamos haberlo hecho los dos. Pero tú no quieres que te lo haga nadie de esa forma. Quieres esperar a hacerlo con alguna chica guapa. A mí me enseñaron esas cosas muy pronto. Y aquí estoy. —Forcejeé hasta que me soltó la mano, y me la puse debajo de la pierna para que no pudiera volver a cogérmela. Estaba asustado—. De acuerdo, ya está, Dell. —Pisó el acelerador y el motor emitió un ruido estruendoso. Los faros iluminaban la carretera. Los insectos bullían en el aire—. No te interesa nada Hitler, supongo, ¿o sí?

—No —dije. Lo único que sabía sobre Hitler era lo que mi padre nos había contado. «Schicklegruber», le había llamado. «El pequeño Adolf, el empapelador». Mi padre lo odiaba.

Charley metió la marcha.

—A mí me interesa —dijo Charley—. Pasó sus apuros. Yo también soy un incomprendido la mayoría de las veces. —Se llevó dos dedos gruesos a las ventanas de la nariz, y sus ojos se encresparon de pronto. Se volvió hacia mí, y me miró como embobado—. Es así, ¿sabes? Tiene este aspecto, ¿ves? Tiene un bigote muy cuco. *Nein, nein, nein! Achtung! Achtung!*

Mi padre dijo que Hitler estaba muerto, y que su mujer murió con él. Se suicidaron.

—Era un buen artista, ¿sabes? —dijo Charley, pisando de nuevo el acelerador—. Yo me tengo por poeta. Pero no tenemos que hablar de esto ahora.

Aceleró todo lo que pudo, y avanzamos dando tumbos en medio de la oscuridad. Ahora estaba en Canadá. Conforme al plan de mi madre.

Los acontecimientos que te cambian la vida a menudo no parecen lo que son.

Me despertaron unas voces. Un hombre riendo, luego el murmullo de otra voz, luego el ruido metálico del capó del coche al cerrarse. Y luego más risas. «Me gustaría que una mujer pudiera decirme algo que yo no supiera ya». La voz parecía la de Charley Quarters. Las voces venían de algún sitio que no era el cuarto donde había dormido, un sitio en el que recordaba haber entrado pero que ahora no reconocía. Un fresco olor a tierra y a algo penetrante y metálico y agrio espesó el aire. Había una fina tela gris de algodón con un ribete blanco clavada con tachuelas encima de un ventana contigua a mi cama —un catre metálico plegable—, atenuando lo que debía de ser el sol de la mañana. No sabía de dónde era esa luz de la mañana, ni cuánto tiempo habíamos viajado en el camión la noche anterior, ni si aquél era mi lugar de destino.

Me incorporé. El cuarto era pequeño y de techo bajo, con sombras de una tonalidad verde, como si detrás de la cortina estuvieran danzando unas aguas. Tenía la cabeza muy tensa. Me dolían la espalda y las piernas. Llevaba puestos mis calzoncillos jockey; la ropa, los zapatos y los calcetines estaban hechos un montón sobre el linóleo del piso, al pie de la cama. Tenía la memoria hecha retazos: los faros de un camión atravesando un pequeño edificio blanco; una puerta que se abría; el haz de luz de una linterna fluctuando en una habitación en la que había un catre; Charley Quarters meando en una carretera de grava vivamente iluminada, mirando atentamente hacia la tierra; la cara afelpada de un búho como en un sueño; una mención de Hitler y de las chicas filipinas; yo... tratando de mantenerme despierto sin éxito.

Aparté la tela de la ventana y miré a través del cristal polvoriento. Una de las hojas estaba rajada de un lado a otro, y el barniz, desmenuzado y caído sobre el alféizar. Fuera había un arbusto de lilas, y detrás de él un espacio de hierba con el rocío aún chispeante encima. Más allá se veía una calle asfaltada y estrecha, con partes levantadas y llena de baches, y una acera de hormigón llena de bultos y de malas hierbas; y al fondo un cuadrilátero de cielo inmaculadamente azul, como una barrera.

Un viejo remolque blanco, con ruedas de goma, estaba aparcado enfrente de la calle destartalada; era un remolque de techo plano de los que se emplean como vivienda. En el techo se veía una antena de televisión inclinada hacia un lado. Junto al remolque había un Quonset<sup>[15]</sup> abierto, con una manga de viento encima del tejado. Más allá, un elevador de grano alto, de madera, coronado por una especie de torre. En el elevador había una leyenda desvaída, escrita en el recipiente del grano, que decía: COOPERATIVA DE SASKATCHEWAN, y, debajo, PARTREAU.

La camioneta International de Charley Quarters estaba aparcada junto al remolque. Charley, de pie delante de ella, hablaba con un hombre de camisa azul celeste, que llevaba un sombrero de paja en la mano y una chaqueta de color tostado en el brazo. Charley seguía con las botas negras de goma (con los bajos de los pantalones metidos dentro) y la camisa de franela. El espacio de alrededor del remolque estaba lleno de utensilios metálicos oxidados de toda índole: llantas, barriles vacíos, bicicletas, jaulas para animales, una vieja motocicleta y un coche Studebaker verde alzado sobre unos tacos de madera y sin cristales en las ventanillas. Piezas de chatarra ensambladas con pernos o soldadas para que armaran formas curiosas se alzaban en medio de las malas hierbas. Una rueda de bicicleta unida a una hoja de agavilladora. Una empacadora de heno equipada con un manillar y un espejo. Un reloj de sol hecho con una simple llanta. Brillantes molinillos y centelleantes molinetes fracturaban la luz del sol. Una improvisada asta con la misma bandera de la frontera estaba apoyada contra un costado del remolque.

Charley se volvió; sus poderosos brazos gesticularon con viveza primero hacia el remolque y luego hacia la ventana desde donde yo estaba mirando. Pensé que hablaba de mí, y que el hombre de la camisa azul que le escuchaba debía de ser Arthur Remlinger. El hermano de Mildred. Oí que Charley gritaba, como si quisiera que todo el mundo lo oyera: «Nada es infalible a mi alrededor». Retrocedió y se echó a reír. El otro hombre miró al edificio donde yo estaba, se puso una mano en la cadera y dijo algo mientras asentía con la cabeza. Charley se volvió y echó a andar por la hierba en dirección a mí.

Rápidamente me puse la camiseta y el pantalón. No quería que Charley me sorprendiera en calzoncillos cuando entrara a buscarme. Me calcé muy deprisa, sin ponerme los calcetines. Busqué una puerta por la que salir. Había otro catre vacío en el cuarto. Entre las sombras, por todas partes, se veían cajas y cajas de cartón apiladas que apenas dejaban sitio para los dos catres. No había ninguna lámpara. Oí la voz de Charley fuera: «¿A quién quieres tener encima? Te pregunto eso...». Yo no sabía con quién estaba hablando.

Pasé apresuradamente por una puerta baja y entré en una cocina diminuta, mal ventilada y toda revuelta. Había más montones de cajas de cartón, una cocina de hierro fundido, un televisor con la pantalla rajada y lo que parecía un perro o un coyote disecado encima de un congelador con acabado de roble y los cierres oxidados. Me metí los faldones de la camisa dentro del pantalón y pasé por otra puerta a un minúsculo vestíbulo de suelo de tierra en el que había una puerta con paneles de cristal, y salí al exterior iluminado de pleno por un vivo sol. El cual me aturdió, me golpeó en los ojos y me obligó a cerrarlos justo en el momento en que Charley doblaba la esquina de la casa. Puntos primero verdes, luego plateados y luego rojos me bailaban en mi campo de visión. El cuero cabelludo se me tensó sobre

el cráneo. No sabía lo que estaba a punto de suceder. Pero pensé que sería importante. Estaba tan lejos de Great Falls.

—Muy bien. Aquí está —gritó Charley.

Me obligué a abrir los ojos. La construcción de estuco blanco donde había dormido era la que en mi sueño habían bañado y dejado atrás los faros de la camioneta. Se alzaba plana en la tierra; tenía grandes desconchones en las paredes de estuco, y a través de las grietas se veían las tablillas y el yeso interior. Me subí la cremallera de los pantalones. Llevaba los zapatos sin atar. Me protegí los ojos del sol, y la cara se me torció.

—Aquí está A. R. —Charley exhibió los dientes grandes y cuadrangulares, sonriendo como si aquello fuera desagradable para mí y un disfrute para él—. Ven aquí. Quiere verte.

Se dio la vuelta y le seguí abriéndome paso entre las malas hierbas, y cruzamos la calle destartada en dirección al remolque y el Quonset, donde el hombre de la camisa azul hablaba a través de la ventanilla de un reluciente Buick granate de tres puertas que yo no había visto antes.

Aproveché para echar una ojeada a mi alrededor. Era una población, pero no como las que yo conocía, incluida la ciudad de Box Elder y su reserva india, cuyas casas Berner y yo habíamos visto cuando nuestro padre nos llevó aquella vez de viaje. Unas cuantas casas grises de madera diseminadas a lo largo de las ruinas de varias calles. Había también vestigios de otras casas que un día habían ocupado los espacios vacíos: cuadriláteros con cimientos de ladrillo, dependencias anexas medio derruidas, alguna chimenea aún en pie, y una tierra abierta donde tiempo atrás había existido algo que hoy se había esfumado. Las cinco o seis casas que aún se mantenían en pie parecían vacías; las puertas principales, abiertas, aún giraban sobre sus goznes, y los jardines estaban invadidos por las malas hierbas. Algunas de ellas no tenían tejado; en otras éste aparecía reparado con tablas, o toscamente parchado; se veían chimeneas derrumbadas y porches pandeados. Ningún cable daba electricidad a ninguna parte salvo al remolque blanco, al Quonset y a la casucha donde yo acababa de dormir, y a otra casa con un agujero en el tejado por el que cuando llovía tenía por fuerza que entrar el agua. En los escalones traseros de aquella casa, mirándonos de lejos, había una mujer grande con un vestido gris holgado. En el patio trasero se veía un tendedero de polea en el que se abombaban a la brisa seca sábanas blancas y ropa interior femenina.

Más allá, cerca de lo que parecía una carretera asfaltada, dos grandes camiones de transporte de grano traqueteaban a lo largo de una hilera de edificios industriales desvencijados, de tejado plano, situados al otro lado del elevador de grano. Eran edificios con aire de abandonados, sin puertas y con las ventanas desgajadas de los marcos. No se veía a nadie. A un extremo de la población, que se hizo visible cuando

me dirigía hacia el Quonset, el extrarradio inmediato estaba erizado de chopos lombardos y arces negundo (los reconocí por los de Montana) plantados como protección frente al viento, pero estaban todos muertos. Más allá de ellos y más allá del borde urbano se extendían los campos de grano segados, salpicados de fardos de paja, y, en una zona más cercana, se alzaba un molino de viento, y una bomba de prospección de petróleo negra que horadaba pacientemente la tierra. Y aún más allá, el terreno ya no era llano sino ondulado, sin montañas ni colinas y casi sin ningún árbol hasta donde alcanzaba la vista. Sólo el horizonte quebraba la línea de visión, muy a lo lejos.

—Muy bien, aquí está —dijo Charley, sin dejar de gritar. Le seguí a través de las malas hierbas hacia el remolque y el Quonset, donde estaba aparcado el Buick, que tenía aspecto de nuevo. Dentro del Quonset alcancé a ver al fondo, envuelto en sombras, un viejo jeep de capota de lona y un remolque plano de un solo eje cargado con lo que parecían ser gansos, pero que en realidad eran señuelos de madera, y un montón de palas—. He despertado al niño —prosiguió Charley—. Está acostumbrado a que lo traten con suavidad ahí abajo en los Estados Unidos. No sobrevivirá aquí. — Se volvió para mirarme. Charley era aún más raro a la luz del día: su cabeza nudosa, más grande; sus hombros, anormalmente estrechos; sus piernas, arqueadas desde las rodillas, donde se acababan las botas; su pelo negro, aún sujeto en la nuca con el pasador del diamante falso. Una visión perturbadora a plena luz del día.

Me metí las manos en los bolsillos para no seguir protegiéndome los ojos del sol. Me dolían. Los saltamontes brincaban en las hierbas agostadas y pululaban por la tierra, a mis pies, emitiendo una vibración como de serpientes; lo cual me ponía tenso. Diminutos pájaros revoloteaban entre los centelleantes molinetes, ruedas y esculturas metálicas. El sol me quemaba el pelo y los hombros y me hería los ojos, pero el vello de los brazos me picaba y me daba frío. Había empezado a sudar en el nacimiento del pelo.

El hombre del sombrero de paja y la chaqueta de color tostado, que había estado hablando por la ventanilla del Buick —en su interior se veía a una mujer en el asiento del acompañante, que se reía de algo que había oído—, se irguió y echó a andar hacia donde yo estaba.

—He tenido que sacarle de la cama —dijo Charley, aún a gritos, para que lo oyera el hombre del sombrero de paja—. Éste es el señor Remlinger. Puedes llamarle «señor».

Me cubrí los ojos de nuevo. El sol brillaba detrás de la cabeza del hombre. Yo estaba nervioso. Aquél era el hombre responsable de mi persona. Arthur Remlinger.

—Hemos estado esperándote —dijo el hombre. Alcé la vista para verle la cara. Era alto y guapo, y tenía el pelo rubio y fino peinado esmeradamente con raya a la derecha; yo me peinaba con raya a la izquierda. No sonreía, pero parecía interesado.

Yo no dije nada.

—¿No vas a decirnos tu nombre?

—Dell Parsons —dije.

Mi nombre me sonó extraño pronunciado allí.

El hombre miró a Charley Quarters y sonrió.

—¿Dell viene de algún otro nombre? Es poco común.

—No, señor —dije.

—Vamos, explícate —dijo Charley Quarters.

—¿No ibais a ser dos? —dijo el hombre.

Dio unos pasos hacia mí, como si necesitara verme mejor. De un cordel que llevaba alrededor del cuello le colgaban unas gafas de montura metálica. Tenía manos grandes y huesudas, con las uñas bien cuidadas. Parecía divertido.

—La otra se escapó antes de venir —dijo Charley.

—Bien, qué lástima —dijo Arthur Remlinger—. Pareces cansado. ¿Estás agotado?

Se abanicó la cara con el sombrero.

—Sí, señor —dije.

Él no había dicho su nombre. Arthur Remlinger no era un nombre que casara demasiado con su aspecto. Era como si fuera el nombre de alguien más viejo.

—Y te están buscando, ¿no es ésa la historia?

Sus ojos se desplazaron hacia Charley, y luego de nuevo hacia mí. Quería oírme hablar más, pero yo me sentía incómodo hablando.

—No lo sé —dije.

La cálida brisa hacía girar los molinetes plateados en el patio lleno de matojos. Hacía que emitieran suaves tintineos mientras fluctuaban en el aire.

—No le gusta mucho hablar —dijo Charley.

Se volvió y miró cómo giraban los molinetes y las ruedas. Parecían ponerle contento.

—Bien, si la policía montada viene por aquí —dijo Arthur Remlinger—, tú les dices que eres mi sobrino de allá del este. No saben ni dónde está Toronto. ¿Te gustaría que te pusiera un nombre canadiense?

—No, señor —dije.

El hombre sonrió, y luego la sonrisa se desvaneció de su cara, como si le hubieran surgido dudas sobre lo que tenía que hacer conmigo. Al sonreír se le formaba un hoyuelo en la barbilla. Su tez era suave y pálida. Su aspecto no era nada común.

—No existen tales nombres, de todas formas —dijo, y empezó a dar vueltas al sombrero con los dedos, como si estuviera evaluándome. Su mirada ascendió desde mis hombros hacia la casucha de estuco donde yo había dormido—. ¿Te has instalado ya allí, en tu casita?



Hablaba de ese modo, como si escogiera cada palabra con deliberación.

Yo estaba sudando: las gotas me caían por la mejilla. Me volví para mirar aquella horrible casucha. Más allá, entre las malas hierbas, había un cobertizo de tablones. Supe que era un retrete. Fuera de él, de cara a la puerta, había un perro grande, blanco, que movía la cola. Y al lado se veía un molinete plateado, lo cual era señal de que Charley utilizaba aquel retrete. Mi padre siempre contaba chistes e historias de retretes. Apestaban, y se utilizaba la guía telefónica para limpiarse y jamás se tenía la intimidad necesaria. Nunca había imaginado que un día tendría que usar uno. No quería volver a entrar en la casucha de estuco.

—No sé —dije—. Yo...

—Puedes distribuir las cosas de dentro como te venga en gana. Algunas de esas cajas son mías —dijo Arthur Remlinger, sin dejar de darle vueltas al sombrero—. No serás fácil de encontrar ahí dentro, si eso es lo que pretendemos. Nadie te molestará. —Se frotó una oreja, una oreja grande, con la base de la palma de la mano. Ahora parecía incómodo—. Vivo en Fort Royal, en aquella dirección, a unos siete kilómetros desde ahí detrás de esa loma. —Se volvió y miró hacia la carretera—. Es el este. Te encontraremos algo que hacer en el hotel. ¿Has estado solo alguna vez antes de ahora?

—No, señor —dije.

—Me lo imaginaba —dijo él—. Aunque supongo que habrás trabajado en algo.

—No, señor —dije. No sabía lo que Arthur Remlinger sabía de mí, pero seguramente lo sabía casi todo; aunque quizá no que me gustaba jugar al ajedrez y que me interesaban las abejas, o que nunca había trabajado porque mi madre no había querido que lo hiciera porque tenía sus razones.

—¿Te sientes extraño aquí? —dijo Arthur Remlinger.

Era como si se le acabara de ocurrir algo. Se le arrugó la frente. Yo nunca había conocido a alguien como él. Mildred había dicho que tenía treinta y ocho años, pero su cara era la de un hombre joven y guapo. Y al mismo tiempo parecía mayor, quizá por como vestía. No cuadraba una cosa con la otra; la gente que yo estaba acostumbrado a ver no era de ese modo.

—Sí, señor —dije.

Siguió dándole vueltas al sombrero centímetro a centímetro con sus dedos largos, en uno de los cuales llevaba un anillo de oro.

—Bien —dijo—. A veces nos suceden cosas lamentables, Dell. Y no podemos hacer nada para remediarlo. —Volvió a mirar por encima de mi hombro hacia la casucha de estuco—. Cuando llegué aquí... —Calló, mientras miraba la casucha, y luego prosiguió—: Viví en tu casita de ahí. Me plantaba en medio de la hierba y miraba el cielo y me dejaba llevar por la fantasía de que estaba viendo pájaros de colores y de que estaba en África y las nubes eran montañas.

Su camisa azul, que me parecía muy bonita, tenía manchas de sudor en la parte delantera. Él seguía con su bonita chaqueta beige oscuro en el brazo.

—¡Es estadounidense, como tú! Así que es raro —dijo de pronto Charley Quarters, y se echó a reír. Se refería a Arthur Remlinger. Había estado mirando el vuelo de los pájaros pardos por el retazo de malas hierbas de los molinetes, pero al mismo tiempo había estado escuchando sin dar muestras de que lo estaba haciendo. Se dirigió hacia el remolque, que tenía una caja de embalaje a modo de escalón debajo de la puerta, y sus botas de goma daban puntapiés a los hierbajos, haciendo que los saltamontes y los pajarillos brincaran y remontaran el vuelo desde donde se ocultaban—. Vosotros dos sois de la misma camada —dijo.

—¿Qué te gusta hacer, Dell?

Los ojos azules de Arthur Remlinger apenas tenían color. Levantó la cabeza y se metió con desmaña una mano en el bolsillo del pantalón, como si fuéramos a tener una conversación. Parecía querer hablar conmigo, pero sin saber qué decir. Mildred había dicho que era un hombre poco común, y era cierto.

—Me gusta leer —dije.

Frunció los labios y pestañeó en dirección a mí. Mi respuesta pareció interesarle.

—¿Piensas ir a una buena universidad cuando tengas edad, entonces?

—Sí, señor —dije.

Arthur Remlinger llevaba botas de ante, y el bajo de una de las perneras metido en una de ellas. A mí me parecían unas botas caras. Vestía de un modo elegante y caro, lo cual le hacía parecer aún más fuera de lugar en aquel sitio. Restregó con la punta de la bota el suelo polvoriento y luego se volvió y miró hacia el coche. La mujer que había en su interior nos estaba observando. Hizo un gesto con la mano en dirección a nosotros, pero yo no le devolví el saludo.

—Florence y tú os llevaréis bien, seguramente —dijo Arthur Remlinger—. Es pintora. De la escuela Nighthawk americana. Es una mujer muy artística. —Asintió con la cabeza. Parecía hacerle gracia—. Tengo uno de sus cuadros colgado en la pared de mis habitaciones. Te lo enseñaré cuando vuelva a verte. —Echó una mirada alrededor: a las malas hierbas, al Quonset, al remolque destartado..., restos de una localidad en la que ya nadie vivía—. Seguro que quemarían todo lo que ha quedado; los de allá abajo, los de mi país... —dijo.

—¿Por qué? —dije.

Al parecer esto casi le hizo reír, porque de pronto le apareció el hoyuelo en la barbilla tersa. Pero no se rió.

—Oh, seguro que les horrorizaría —dijo. Luego sonrió—. Ya no quedaban posibilidades de éxito. Los estadounidenses tienen mucho miedo a eso. Ahí abajo tienen un encaje erróneo con la historia.

—¿Cuánto tiempo voy a quedarme aquí? —dije. Era lo que más me importaba

saber, así que tenía que preguntarlo. Nadie había sacado a relucir el asunto de mi vuelta a Great Falls. Arthur Remlinger no había mencionado a mis padres, como si no conociera su existencia, o no le importaran lo más mínimo.

—Bien —dijo—. Quédate el tiempo que quieras. —Se puso el sombrero. Estaba listo para irse. El sombrero tenía un cordón de cuero que caía desde el ala y que él se ajustó bajo la barbilla. Le daba un aire diferente y un tanto ridículo—. Puede que te guste esto. Podrías aprender algo.

—Lo más probable es que no me guste —dije.

Quizá sonó rudo e ingrato, pero era la verdad.

—Entonces supongo que encontrarás alguna forma de irte —dijo él—. Y te brindará un objetivo.

Se dio la vuelta y echó a andar en dirección al Buick.

—Dell, estoy enormemente contento de que estés aquí. Te veré pronto. —Dijo esto sin volverse—. Charley te pondrá al corriente de tu trabajo.

—De acuerdo —dije. No estaba seguro de que me hubiera oído, así que lo repetí —: De acuerdo.

Y eso fue todo lo que sucedió cuando conocí a Arthur Remlinger. Como ya he dicho, los acontecimientos que te cambian la vida pueden no parecer lo que son.

En su «Crónica de un acto criminal cometido por una persona débil», nuestra madre escribió como si Berner y yo estuviéramos presentes y pudiéramos leer sus pensamientos en el instante mismo en que los iba registrando, y fuéramos sus confidentes y nos beneficiáramos de tales pensamientos. Su crónica representa para mí su voz más verdadera, la que nosotros sus hijos nunca oímos y sin embargo la voz con la que se hubiera expresado si alguna vez hubiera podido hacerlo cabalmente, sin los límites que le había impuesto la vida. Esto mismo sin duda es cierto con todos los padres y los hijos. Uno no conoce más que una parte del otro. Nuestra madre no viviría mucho tiempo en la cárcel de Dakota del Norte. Y cualquiera puede ver — suene o no a verdad lo que lee en ella— que cuando escribía esto estaba empezando a derrumbarse.

*Queridos míos:*

*Los dos habréis cruzado ya una frontera nacional, lo cual no es lo mismo que recorrer una calle, ¿no es cierto? Es un comienzo nuevo, aunque por supuesto no existe tal cosa como un comienzo nuevo por completo. [Era obvio que ella y Mildred habían hablado de ello con detenimiento.] Se trata del mismo comienzo, pero emprendido bajo una luz nueva. Yo lo sé todo acerca de esto. Pero vosotros dispondréis de una nueva oportunidad allí en Canadá, y no se os mancillará más por culpa de vuestro padre y mía. A nadie le importará de dónde venís ni lo que habéis hecho. No llamaréis la atención en absoluto. Yo nunca he estado allí, pero es un país que se parece mucho a los Estados Unidos. Lo cual es bueno.*

*Recuerdo las cataratas del Niágara: cómo las contemplaba desde el otro lado cuando era una chica de viaje con sus padres. Habéis visto esa foto. Sea lo que sea lo que separa a la gente, las cataratas siguen allí (para mí, al menos). No sabemos distinguir con la suficiente claridad, ¿sabéis?, entre cosas que parecen iguales pero son distintas. Vosotros deberíais saber distinguir las siempre. Oh, bueno. Vais a disponer de montones de mañanas para pensar en todo esto. Nadie os dirá cómo sentirlos. Tú ya imaginas el mundo como su contrario, Dell. Me lo dijiste. Ésa es tu fuerza. Y tú, Berner, tú tienes un sentido de lo extraordinario, así que te las arreglarás bien. Mi padre cruzó muchas fronteras después de Polonia, antes de llegar a Tacoma, en Washington. Siempre supo extraer autoridad de su presente. Sin la menor duda.*

*He descubierto dentro de mí una frialdad completamente nueva. No es malo encontrarte un lugar frío en el corazón. Los artistas lo hacen. Puede*

*que lo llamen de otra forma... ¿Fuerza? ¿Inteligencia? Antes rechazaba esa frialdad, por vuestro padre. O intentaba rechazarla. No hago sino intentar seros de ayuda desde aquí, pero no estoy en una situación muy favorable. Estoy segura de que lo comprenderéis...*

He leído esta «carta» muchas veces. Y cada vez que lo hago vuelvo a caer en la cuenta de que nunca esperó volver a vernos a Berner o a mí. Sabía muy bien que aquél era, para todos nosotros, el fin de la familia. Y eso es algo más que triste.

La soledad, he leído, es como estar en una larga cola esperando a que te llegue el turno, ese primer puesto donde, según se te ha prometido, algo bueno va a sucederte. Sólo que la cola no se mueve, y que siempre hay otra gente que se pone delante de ti, con lo que el primer puesto, al que tú deseas llegar, se va alejando más y más hasta que llega un momento en el que ya dejas de creer que pueda tener algo que ofrecerte.

Los días que siguieron a mi primer encuentro con Arthur Remlinger —el 31 de agosto de 1960— no debieron de ser, pues, unos días solitarios. Si no hubieran terminado en calamidad, podrían haber sido días llenos y ricos para un chico en mi situación: abandonado, despojado de todo lo familiar en su vida, sin otras perspectivas que las que se me presentaban allí en aquel momento.

Al principio —antes de que llegaran los Sports<sup>[16]</sup> y la caza de gansos— toda mi actividad laboral la llevaba a cabo en el Leonard Hotel de Fort Royal, Saskatchewan, el hotel propiedad de Arthur Remlinger. Él vivía en un apartamento del tercer piso, el último, con ventanas que daban a la pradera y desde las que podían divisarse (imaginaba yo) centenares de kilómetros de norte a oeste. Yo tenía que ir andando al trabajo todos los días, o montarme en una de las desvencijadas bicicletas J. C. Higgins de Charley y pedalear por la carretera, por la que circulaban grandes camiones de transporte de grano que iban tendiendo una alfombra dorada de granzas de trigo a lo largo de la orilla del asfalto, y más allá de la cual discurrían en paralelo las vías de la Canadian Pacific, que proveían a las necesidades de los elevadores de grano desde Leader a Swift Current. En ocasiones, Charley me llevaba en su camión —a menudo con la mujer sueca, la señora Gedins, la otra residente de Partreau, que iba callada y mirando por la ventanilla— y me dejaba en el Leonard Hotel, donde el trabajo consistía en fregar los suelos de dormitorios y cuartos de baño, por lo que me pagaban tres dólares canadienses al día, más las comidas. La señora Gedins trabajaba en la cocina, preparando los platos que se servían en el comedor del hotel. Yo tenía media tarde libre y podía volver en bici a Partreau, donde no había nada que hacer, o quedarme a cenar temprano con los segadores y los ferroviarios en el comedor pobremente iluminado, y volver a casa después de que hubiera anochecido. Charley me tenía terminantemente prohibido hacer autostop en la carretera. Los canadienses, me explicó, no eran partidarios del autostop, y por lo tanto supondrían que era un criminal o un indio y probablemente tratarían de atropellarme. Además, si hacía autostop llamaría la atención y despertaría sospechas y me pondría en el punto de mira de la policía montada, algo que sin duda nadie deseaba. Era como si el propio Charley ocultara algo que no lograría burlar una inspección minuciosa.

Aunque yo nunca había fregado suelos en mi vida, a excepción de cuando ayudaba a limpiar nuestra casa cuando nuestra madre nos lo pedía, descubrí que era

capaz de hacerlo. Charley me enseñó trucos para entrar y salir rápidamente de las habitaciones, de forma que pudiera terminar con las que se me habían asignado, dieciséis, más los dos cuartos de baño compartidos de cada planta utilizados por los huéspedes, trabajadores de las prospecciones petrolíferas, operarios del ferrocarril, viajeros de comercio y segadores asalariados de las Provincias Marítimas que se desplazaban por las praderas cada otoño. Muchos de aquellos huéspedes eran jóvenes, no mucho más mayores que yo. Muchos se sentían solos y tenían nostalgia del hogar, y otros eran violentos y bebían y se peleaban. Pero ninguno prestaba la menor atención a cómo habían dejado la habitación en la que habían dormido, o el cuarto de baño en el que se habían lavado o habían usado el inodoro. Las diminutas habitaciones quedaban impregnadas de sus hediondos olores: sudor y suciedad, comida y whisky, barro pegajoso, linimento y tabaco. En los pasillos los cuartos de baño estaban fétidos, húmedos, jabonosos y manchados por los usos íntimos que los hombres nunca se molestan en limpiar, salvo en las casas de sus madres. A veces empujaba la puerta de una habitación de varias camas y entraba con el cubo y la fregona y la escoba y los trapos y los productos de limpieza, y me encontraba con uno de aquellos jóvenes solo, fumando o mirando por la ventana o leyendo la Biblia o una revista. O veía a una de las chicas filipinas sentada en la cama sola, y en una o dos ocasiones desnuda, y más de una vez con otra chica en la cama, durmiendo en la mañana larga. Yo nunca decía nada, cerraba la puerta con cuidado y me saltaba esa habitación ese día. Las chicas filipinas, por supuesto, no eran filipinas, me explicó Charley. Eran indias pies negros o gros ventres que Arthur Remlinger hacía venir en taxi de Swift Current o de Medicine Hat, y que trabajaban en el bar por la noche y animaban el ambiente y hacían el Leonard Hotel más atractivo para los operarios petrolíferos, porque no se permitía la entrada a mujeres por otras vías. A menudo, cuando llegaba al trabajo por la mañana, veía el taxi de Swift Current aparcado en el callejón contiguo al hotel, con el chófer dormido en el asiento delantero o leyendo un libro, esperando a que las chicas salieran por una puerta lateral para poder llevarlas a casa. Charley me contó que una de las chicas filipinas era en realidad una huterita que tenía un bebé sin tener marido. Pero yo nunca vi a esa mujer en el Leonard, y dudaba de que las chicas de esa confesión religiosa se rebajaran a tanto, o de que sus padres se lo permitieran.

Y con lo que digo no quiero dar a entender que me acoplé perfectamente y enseguida a la vida en Fort Royal. Antes al contrario. Sabía que mis padres estaban en la cárcel, y que mi hermana se había ido de casa, y que, sin ningún género de duda, yo me encontraba abandonado entre desconocidos. Pero era más fácil —más fácil de lo que pueda pensarse— desviar la atención de todo ello y vivir en el presente, como Mildred me había aconsejado; vivir como si cada día encerrara en sí mismo una pequeña existencia.

La pequeña ciudad de Fort Royal era un lugar animado a principios del otoño, y salía ganando ampliamente si se la comparaba con la localidad de Partreau —a unos siete kilómetros de distancia—, donde yo tenía que vivir: un lugar extraño, vacío, fantasmal, en el que sólo vivía Charley en su remolque y la señora Gedins, que raras veces me hacían caso. Fort Royal era una pequeña y bulliciosa comunidad de la pradera, situada junto a la línea del ferrocarril y la carretera 32, que unía Leader y Swift Current. Debía de haber muy poca diferencia entre ella y la pequeña ciudad de Dakota del Norte donde mi padre había atracado el banco.

El Leonard Hotel ocupaba un lugar preeminente en el extremo oeste de Main Street, y era una construcción de madera de tres pisos, perfectamente cuadrangular y pintada de blanco, con tejado plano e hileras de ventanas desnudas y sin adornos, y su entrada principal, pequeña y anodina, daba acceso desde la calle a un mostrador de recepción oscuro, un comedor sin ventanas y un bar umbrío, también sin ventanas, que llegaba hasta el fondo a través de un corredor estrecho. El hotel se anunciaba con un rótulo en el tejado; no podía verse desde la ciudad, pero yo sí podía verlo desde la carretera cuando iba y venía en bici del trabajo. El neón rojo rezaba LEONARD HOTEL con letras bajas y cuadradas, y a su lado, también en neón, se veía la silueta de un mayordomo que ofrecía una bandeja redonda con una copa de martini. (Yo aún no sabía lo que era un martini). Era una visión extraña para divisarla desde la pradera. Pero me gustaba verla al ir y venir. Hacía referencia a un mundo muy alejado de donde se alzaba aquel rótulo —y de donde yo estaba—, y sin embargo al alcance de mi vista día tras día, como un espejismo o un sueño.

El Leonard, en realidad, no tenía ninguna apariencia de hotel, comparado con el Rainbow de Great Falls, o con los buenos hoteles que he visto desde entonces. Y tenía muy poco que ver con la ciudad. Muy pocos vecinos de ella iban alguna vez al Leonard Hotel, salvo algunos bebedores y gandules, y los granjeros de malas pulgas a quienes Arthur Remlinger alquilaba terreno para disparar a los gansos, y que bebían en el bar sin pagar un centavo. El juego y las chicas eran otros de sus alicientes, de modo que la mayoría de la gente decente jamás había puesto un pie en ese negocio.

Mis tareas cotidianas las terminaba siempre hacia las dos de la tarde. Si me quedaba hasta las seis para cenar, veía a Arthur Remlinger, siempre bien vestido, en compañía de su dama amiga, Florence La Blanc, charlando y bromeando y mostrándose campechano con los clientes de pago. Charley me había dicho que se suponía que yo no debía entablar conversación con el patrón, a pesar de que nuestra primera charla había resultado agradable. No debía hacerle preguntas ni hacerme demasiado visible, ni siquiera mostrarme amigable, como si Arthur Remlinger habitara un territorio extraño que nadie podía compartir. Yo allí era un invitado, sin más, y tenía que entender que no disfrutaba de ningún estatus especial o privilegio. De cuando en cuando me cruzaba con Arthur Remlinger en la pequeña recepción, o él



subía las escaleras y se topaba conmigo barriendo o encharcando a conciencia el piso con mi cubo y mi fregona, o entraba en la cocina y me veía comiendo.

—Bien, bien. Aquí estás, Dell —decía, como si me hubiera estado escondiendo de él—. ¿Te arreglas bien en tu acuartelamiento? (O palabras por el estilo; yo sabía lo que era un acuartelamiento de habérselo oído decir a mi padre).

—Sí, señor —decía yo.

—Si no es así, háznoslo saber —decía él.

—Me las arreglo perfectamente —decía yo.

—Estupendo, entonces —decía Arthur Remlinger, y seguía su camino. Y podía pasarme varios días sin volver a verle.

Aunque lo cierto es que para mí era todo un misterio por qué, si estaba dispuesto a hacerse cargo de mí y de mi bienestar, no parecía tener ningunas ganas de conocerme, algo muy importante para un chico de mi edad. Cuando lo conocí me pareció una buena persona, aunque rara —en aquella ocasión fue como si lo estuviera distraendo algo—; pero ahora me parecía aún más raro, y supuse que eso era lo que se entiende por conocer a gente nueva.

Los días que me quedaba en la ciudad, haciendo tiempo para la hora de la cena —después pedaleaba cansado hasta Partreau antes de que la carretera oscura se volviera traicionera, con los camiones de transporte de grano y los peones agrícolas atiborrados de cerveza—, solía pasear por las calles curioseando las cosas de interés de Fort Royal. Lo hacía tanto por lo nuevo que era para mí estar solo, sin que nadie cuidara de mí, como porque lo poco que había que ver en aquella pequeña urbe lo hacía a mis ojos más llamativo y sugerente, de forma que decidí que para no dejarme asediar y entristecer por pensamientos morbosos lo que debía hacer era investigar e interesarme por las cosas como lo haría alguien cuyo trabajo consistiera en escribir sobre ello en el *World Book*. Pero, además —algo que está en lo más profundo del corazón de esas pequeñas ciudades de la pradera—, daba esas caminatas exploratorias porque no había nada más que hacer, y porque el hecho de investigar me brindaba una pequeña libertad de la que nunca había disfrutado hasta entonces, ya que siempre había vivido con mis padres y con mi hermana. Y, por último, porque estaba en Canadá y no sabía nada de ese país: sus diferencias con Estados Unidos, sus afinidades. Quería saber ambas cosas.

Recorrí el duro asfalto camino de Main Street, con mis pantalones con peto nuevos y mis zapatos Thom McAns de segunda mano, con la sensación de que nadie se fijaba en mí. No tenía idea de cuántos habitantes tenía la ciudad, ni de la razón por la que ésta se hallaba ubicada allí, ni de por qué vivía la gente en ella; ni siquiera sabía por qué se llamaba Fort Royal; probablemente porque en tiempos de los pioneros había habido un destacamento militar. Las actividades comerciales se desarrollaban a ambos lados de Main, que era como llamaban a la carretera, lo cual se

me antojaba suficiente para que Fort Royal pudiera considerarse una ciudad. Los camiones de transporte de grano y los tractores y las camionetas de los granjeros pasaban por el medio de la ciudad durante todo el día. Había una barbería, una combinación de lavandería y cafetería china, una sala de billares, una oficina de correos —con una estampa de la reina de Inglaterra en la pared—, un centro social, dos pequeños consultorios médicos, un local de Hijos de Noruega, un Woolworth's, un drugstore, un cine, seis iglesias (entre ellas una moraviana, otra católica y otra luterana de Betel), una biblioteca cerrada, un matadero y una gasolinera Esso. Había unos grandes almacenes en cooperativa donde Charley me había comprado los pantalones, la ropa interior, los zapatos y un chaquetón. Estaba también el Royal Bank, un parque de bomberos, una joyería, un taller de reparación de tractores y un pequeño hotel, el Queen of Snows, con un bar con licencia para servir bebidas alcohólicas. No había colegio, pero había habido uno; aún podía verse el edificio cuadrado y blanco, situado frente a un diminuto parque sin árboles, en el que se alzaba un monumento a los caídos en la guerra con nombres de varones grabados en él, y una bandera con su asta. Había diez calles sin pavimentar que delimitaban unas manzanas perfectamente cuadrangulares de modestas casas blancas habitadas por los vecinos. Todas ellas tenían céspedes bien cuidados, muchos de ellos con una sola píceas y un jardín de flores en el que las últimas petunias florecían en parterres; de cuando en cuando se veía en ellos una bandera inglesa colgada en un asta rodeada de grandes piedras pintadas de blanco, y a veces un belén católico que yo conocía de haberlos visto en Montana. También había un campo de béisbol de tierra cercado, una pista de hielo para patinar y jugar al hockey cuando llegaba el invierno, una pista de tenis sin red y un cementerio en el extrarradio sur donde terminaba la ciudad y empezaban los campos.

En mi deambular de esos días estudié atentamente el escaparate de la joyería: los Bulovas, los Longines y los Elgins, los pequeños anillos de compromiso con un diamante, los brazaletes, las vajillas de plata, los audífonos y las bandejas de resplandecientes chelines. Entré en el drugstore oscuro y compré un pequeño despertador para levantarme temprano por las mañanas y aspiré los aromas de los perfumes de mujer, el olor dulce del jabón, de los helados y refrescos, el áspero olor de los medicamentos de la trastienda y del mostrador de atención a los clientes. Una tarde, me detuve en la agencia Chevy y estudié el nuevo modelo que habían puesto a la venta: un reluciente Impala de techo rígido que mi padre habría valorado muy positivamente. Me senté durante unos segundos en el asiento del conductor e imaginé que conducía muy rápido por la pradera abierta, como mi padre me había dejado hacer cuando trajo un DeSoto nuevo y lo aparcó delante de casa, una época en la que Berner y yo llevábamos una vida tranquila y sin incidentes. Un vendedor con una pajarita amarilla se acercó y se quedó de pie junto a la portezuela, y me informó de

que me podía ir en él a casa si quería. Se echó a reír y me preguntó de dónde era. Le dije que era de Estados Unidos, que estaba visitando a mi tío en el Leonard Hotel, que mi padre vendía coches en «los Estados Unidos» (una expresión nueva para mí entonces)<sup>[17]</sup>. Pero él no pareció interesado en lo que le contaba y se fue hacia otra parte de la tienda.

Otro día, mi paseo me llevó hasta la puerta cerrada de la biblioteca, y a través del grueso cristal miré los pasillos llenos de estanterías vacías, el alto escritorio con mostrador del bibliotecario ladeado hacia la puerta en la penumbra. Leí los anuncios de la marquesina del cine, que abría sólo los fines de semana y únicamente programaba westerns. Exploré las callejuelas de tierra de detrás de la ciudad y llegué al patio de maniobras del ferrocarril, donde observé cómo los vagones cisterna y de grano cambiaban de vía y enfilaban el este y el oeste —tal como había hecho otras veces en Great Falls—, y vi cómo idénticos vagabundos de cara demacrada me miraban como si me conocieran desde las puertas de los furgones al pasar. Pasé por delante del matadero, donde el «día de matanza» era el martes —según se decía en un letrero escrito a mano—, y donde vi una vaca con los días contados que esperaba en un corral del fondo. Pasé por el taller de reparación Massey-Harris, donde unos hombres trabajaban de espaldas en la nave oscura, soldando maquinaria agrícola con sopletes y máscaras. El cementerio estaba más allá de las lindes de la ciudad, pero no seguí hasta allí. No había estado nunca en un cementerio, pero no creía que fueran diferentes en Canadá.

Por supuesto que es muy diferente recorrer una ciudad cuando eres miembro de una familia que te espera a escasa distancia de donde estás; lo contrario es ser alguien a quien nadie espera o en el que nadie piensa o del que nadie se pregunta qué estará haciendo en ese momento o si está bien o le pasa algo. Hice esos recorridos muchas más veces aquellos días de principios de septiembre, mientras el tiempo estaba cambiando, tan súbitamente como suele hacerlo allí, y el verano que acababa de vivir casi enteramente desaparecía e iba dando paso al invierno. Muy pocas personas me hablaban, aunque no es que pareciera que no me hablaban de forma expresa. Casi todo el mundo con quien me cruzaba en la calle me miraba a los ojos y me registraba como visto, certificando así, pensaba yo, que se había grabado en él un recuerdo privado y que yo debía saberlo. Y aunque nada en Fort Royal era claramente inconfundible para mí, yo era claramente inconfundible para sus habitantes, que se conocían todos y que fiaban en tal conocimiento. (Éste era el elemento crucial que mi padre no había comprendido, y el porqué le habían descubierto y detenido después de atracar un banco en Dakota del Norte). Podría decirse que hice aquellos recorridos de la forma en que los habría hecho cualquier forastero en cualquier lugar. Pero éste era un lugar extraño, por estar ubicado en un país diferente y sin embargo no lo percibía tan diferente a lo que ya conocía de antemano. Si algo hacía su similitud con Estados

Unidos era ahondar aquella «rareza», y hacérmela atractiva, de forma que acabó gustándome.

Cuando estaba delante del escaparate del drugstore pasó una mujer con su hija; yo no hacía más que mirar maravillado los recipientes y vasos de precipitados de colores y polvos de colores, las manos y morteros y las balanzas de latón que había expuestas; productos todos ellos de los que carecía el Rexall de Great Falls, y que conferían a aquel local de Fort Royal una apariencia más seria. La mujer se dio la vuelta, se acercó a mí por la acera y me preguntó:

—¿Puedo ayudarte en algo?

Llevaba un vestido rojo y blanco de flores, con un cinturón de charol blanco y unos zapatos de charol blanco a juego. No tenía acento; yo estaba muy en guardia ante esto por lo que Mildred me había advertido. Sólo quería ser amable; posiblemente me había visto antes y sabía que no era de allí. Nadie se había dirigido a mí de ese modo nunca, siendo un total desconocido. Los adultos que había habido en mi vida habían sabido siempre todo lo que concernía a mi persona.

—No —dije—. Gracias.

Era consciente de que aunque a mí ella no me sonara diferente, yo a ella seguramente le sonaría diferente de aquellos con quienes estaba acostumbrada a relacionarse. Y podía ser que hasta tuviera una apariencia diferente, aunque no creía que la tuviera.

—¿De visita en la ciudad? —Me sonreía, pero parecía un tanto recelosa.

Su hija, que tenía más o menos mi edad, el pelo rizado y rubio y pequeños y bonitos ojos azules, ligeramente saltones, estaba a su lado y me miraba fijamente.

—Estoy pasando un tiempo con mi tío —dije.

—¿Quién es?

Sus ojos azules, muy parecidos a los de su hija, tenían un brillo expectante.

—El señor Arthur Remlinger —dije—. El propietario del Leonard Hotel.

La mujer pareció inquietarse, y sus cejas se espesaron. Su postura se estiró, como si yo me hubiera convertido en alguien diferente por el mero sonido del nombre de Arthur Remlinger.

—¿Va a llevarte al colegio de Leader? —me preguntó, como preocupada por la posibilidad de que así fuera.

—No —dije—. Vivo en Montana con mis padres. Voy a volver a casa pronto. Voy al colegio allí.

Me hizo bien ser capaz de decir que aquellas cosas seguían siendo ciertas.

—Una vez fuimos a la feria de Great Falls —dijo la mujer—. Nos gustó, pero estaba abarrotada de gente. —Sonrió más abiertamente, y le pasó un brazo por el hombro a su hija, que sonrió también—. Somos LDS<sup>[18]</sup>. Por si algún día quieres asistir a nuestras reuniones.

—Gracias —dije.

Sabía que los LDS eran los mormones, por cosas que mi padre había dicho, y también por Rudy, que nos había contado que hablaban con los ángeles y que no les gustaban los negros. Pensé que aquella mujer iba a decirme algo más; a preguntarme algo sobre mí. Pero no lo hizo. Las dos se fueron andando por la acera y me dejaron allí de pie, delante del escaparate del drugstore.

Las tardes que no me quedaba en Fort Royal y hacía mis investigaciones y me mantenía ocupado, me volvía a Partreau en una de las Higgins, con una pequeña tartera de comida fría en la cesta. Me la comía en la casa desvencijada antes de que se fuera la luz del día. Era tan triste comer solo en cualquiera de las dos piezas frías y sin luz de aquella casucha; las dos estaban atestadas hasta el techo de cajas de cartón que olían a humedad y la seca acumulación de años de ser una especie de refugio para los cazadores de gansos que venían en otoño y pronto estarían allí. Apenas había sitio para mí; cabía el catre de hierro donde dormía y el otro que se había reservado para Berner, y el «hueco de la cocina», con su linóleo rojo de superficie desigual y una única luz fluorescente circular en el techo y una cocina eléctrica de dos placas donde yo hervía agua bombeada de un depósito que olía a alquitrán en una cazuela para hacer mis abluciones nocturnas. Todo en la casa olía a humo viejo, a comida pasada hacía tiempo, a retrete y a otros olores humanos fuertes cuya procedencia ignoraba y por tanto no podía tratar de limpiar, pero que podía notarme en la boca y olerme en la piel y en la ropa cuando salía para el trabajo por la mañana, y que me hacían sentirme avergonzado. Todas las mañanas me lavaba los dientes en la bomba de agua manual que había en el exterior y me lavaba la cara con un pastilla de Palmolive que había comprado en el drugstore. Aunque, con la llegada del frío, el viento me hería brazos y mejillas, y hacía que los músculos se me tensaran y me dolieran hasta que terminaba. Sabía que si Berner hubiera estado allí, se habría desanimado tanto que habría vuelto a escaparse, y yo me habría ido con ella.

Pero el llevarme comida a casa y esperar hasta que anochecía para dar cuenta de ella bajo la luz mortecina del techo me forzaba a irme al catre enseguida, y allí me tumbaba muy triste, e intentaba leer una de las revistas de ajedrez —a aquella horrible luz—, o deseaba haber podido ver algún programa de televisión en aquel televisor roto, mientras oía a las palomas debajo del techo de chapa y el viento que movía los tablones del elevador de grano del otro lado de la carretera, y los escasos coches y camiones que viajaban de noche, y a veces a Charley Quarters cuando llegaba muy tarde del bar del hotel, y se quedaba de pie en medio de las malas hierbas de delante del remolque, hablando solo. (Para entonces ya había mirado *métis* en el tomo del *World Book* y me había enterado de que significaba mestizo de francés y de indio).

Todo ello empezaba a confabularse contra mí noche tras noche hasta sumirme en un remolino de pensamientos despreciables sobre mis padres y sobre Berner, y en la certeza de que habría estado en mejores manos si se hubieran hecho cargo de mí las autoridades tutelares de menores, que al menos me habrían enviado a un colegio —aunque pudiera haber barrotes en las ventanas para evitar las huidas—, donde tendría con quien hablar —aunque fueran granjeros duros e indios degenerados—, en lugar de estar allí, donde si me ponía enfermo —como solía pasarme a veces en el otoño— nadie iba a cuidarme o a llevarme a un médico. No se había hecho ni mención —porque no me hablaba nadie más que Charley, que no me gustaba y que nunca me prestaba la menor atención, y porque nadie me permitía hablarle y por tanto no había forma humana de saber algo sobre mi futuro—; no se había hecho ni mención, repito, de si iba o no a volver a algo que hubiera conocido antes, o si alguna vez vería a mis padres, o si algún día vendrían a buscarme ellos mismos. Todo parecía indicarme, por consiguiente, que, abandonado en aquella oscuridad de Partreau, no era el chico de antes: un chico equilibrado, probablemente encaminado a la universidad, con una familia detrás: un padre y una madre y una hermana. Ahora era alguien más pequeño a ojos del mundo, e insignificante, y quizá invisible. Lo cual me hacía sentirme más cerca de la muerte que de la vida. Y no es así como deben sentirse los adolescentes de quince años. Yo sentía que, estando donde estaba, ya no era un ser afortunado, y no parecía que fuera a serlo en el futuro, por mucho que yo siempre había creído serlo. Mi casucha en Partreau era de hecho la estampa misma del infortunio. En esas noches, si hubiera podido llorar lo habría hecho. Pero no había nadie a quien llorar, y, en cualquier caso, odiaba llorar y no quería ser un cobarde.

Y sin embargo, si no me hundía de este modo cada día —y me volvía un amargado, alguien que se siente abandonado, y contamina todo lo que va a hacer al día siguiente—, si simplemente volvía a Partreau pedaleando los siete kilómetros que me separaban del trabajo, y cenaba la comida fría de la tartera antes de las cinco en lugar de después de anochecer, y disponía de tiempo para interesarme por las cosas que tenía a mano, y me fijaba en lo que había a mi alrededor en aquel lugar (de nuevo lo que me había aconsejado Mildred: «No te niegues a las cosas»), entonces podría lograr una visión mejor de mi situación, y sentir que podía mantenerme firme y resistir.

Porque, después de todo, no quería en absoluto sentirme un ser abandonado. Aunque cada noche me asaltaba el sentimiento de vacío de no saber lo que era o mi lugar en el mundo, o cómo eran las cosas, o cómo podía irme en el futuro..., ¡todo había sido ya peor! Ésa era la verdad que Berner había entendido y la razón por la que se había ido de casa para muy posiblemente no volver jamás. Ella había visto que todo era mejor que ser los hijos abandonados de unos atracadores de bancos. Charley Quarters me había dicho que uno cruza fronteras para huir de cosas y quizá para

escondese, y Canadá, en su opinión, era un buen lugar para eso (aunque la frontera había sido un accidente que yo apenas había notado al salvarlo). Pero ello implicaba también que uno se convierte en alguien diferente en el proceso; lo cual me estaba sucediendo, y era necesario que lo aceptara.

Y así, en aquellas tardes largas, de cielo alto, incipientemente frescas, en que una persona podía ver la luna a la luz del día, y antes o después de que apurara mi cena (habían tirado entre los cardos una mesita de comedor deteriorada, y yo había sacado una silla rota de la casucha, y había colocado ambas cosas fuera, frente a la ventana, junto al arbusto de lilas, desde donde podía ver el norte), en aquellos días solía dar un segundo paseo de reconocimiento, esta vez por Partreau. Esta exploración me parecía de distinta naturaleza. Si mis paseos por Fort Royal perseguían percibir la diferencia de aquella población humana de la vida que había conocido hasta entonces, y acabar reconciliándome con la nueva, mis indagaciones en Partreau —a sólo siete kilómetros de distancia— eran las de un museo dedicado a la derrota de la civilización, una civilización que había sido barrida para florecer en otra parte, o tal vez nunca.

Eran apenas ocho calles devastadas, orientadas de norte a sur, y otras seis de este a oeste. Y había dieciocho casas destruidas, vacías, con las ventanas desgajadas y sin puertas, con las cortinas ondeando al aire suave de la brisa, cada una con su número, y cada calle con su placa, aunque sólo unas cuantas seguían en sus postes con los nombres reconocibles: South Ontario Street. South Alberta Street (donde estaba mi casucha). South Manitoba Street, donde estaban la diminuta oficina de correos y la casa de la señora Gedins. Y South Labrador Street, que discurría por la linde entre la población y los campos de trigo segados, a lo largo de una hilera que formaba tres lados de un cuadrilátero de acebuches y chopos lombardos y caraganas y capulíes, donde el urogallo de las praderas se encaramaba en las ramas mirando hacia la carretera y las urracas se disputaban los insectos en el sotobosque.

En un tiempo había habido más de cincuenta casas; lo calculé recorriendo las manzanas y contando los espacios vacíos y los cuadriláteros de los cimientos. En las malas hierbas de atrás y en los arruinados jardines delanteros se veían restos de coches quemados, electrodomésticos volcados, fosos de desechos llenos de armarios, espejos rotos, frascos de medicinas, armazones de cama metálicos, triciclos, tablas de planchar, utensilios de cocina, cochecitos de bebé, orinales, despertadores..., todos ellos abandonados y medio enterrados. Más allá del término urbano, al sur y en ángulo recto con el campo y las hileras de olivos, podían verse los restos de un huerto malogrado, posiblemente de manzanos. Los troncos secos estaban amontonados corteza sobre corteza, como si alguien hubiera querido quemarlos o convertirlos en leña y luego lo hubiera olvidado. Además descubrí los restos herrumbrosos de una feria: unas sillas rojas, protegidas por una capota de malla metálica, del remolino

chino, una cápsula de reja de la bala, tres autos de choque y un asiento de la noria, todos destrozados y esparcidos por el terreno, y bobinas de cadena de maquinaria pesada y poleas, medio ocultas entre las malas hierbas, y una taquilla de billetes de madera volcada y con restos de pintura verde y roja, con rollos de tickets amarillos aún en su interior. No pude encontrar ningún cementerio.

Me interesé momentáneamente por dos colmenas blancas solemnemente erguidas en medio de la hierba de trigo salvaje que crecía al otro lado de la línea de árboles, en cuyos costados arrancaba reflejos el sol de la tarde. Eran, supuse, de Charley, que las había cuidado en un tiempo. Pero en las colmenas, instaladas sobre ladrillos y sin sus imprescindibles tapas planas, no había ni una sola abeja. Sus panales de madera se habían desencajado de las juntas; la madera se pudría desde abajo. La fina capa de pintura estaba seca y agrietada, y los marcos móviles de la cera tirados en los matojos al lado de unos guantes de trabajo podridos. Los saltamontes zumbaban alrededor de las colmenas en el polvo.

Más allá —a unos doscientos metros, en pleno campo, detrás de un estanque seco — husmeé en la solitaria estación de bombeo, cuyo motor zumbaba a la brisa de la tarde y despedía un penetrante olor gaseoso mientras perforaba la tierra dura y torneada, saturada y negra por el petróleo bombeado y vertido. Un par de diales grandes, de faz blanca, fijados al mecanismo del motor medían alguna variable desconocida para mí. Un día, desde mi cuarto de la casucha, vi cómo un hombre cruzaba la ciudad en una camioneta y se dirigía hacia la estación de bombeo. Se bajó y anduvo de un lado para otro consultando los diales, inspeccionando las diversas piezas en movimiento y escribiendo cosas en un taco de papel. Luego se fue en dirección Leader y, que yo supiera, nunca más volvió.

Otros días me limitaba a ir hasta la hilera de pequeñas tiendas, los negocios que un día habían prosperado a la orilla de la carretera, de cara al pequeño montículo que los separaba del elevador de grano de la cooperativa y de las vías de la Canadian Pacific. Desde la cama, avanzada la noche, solía oír los vagones de mercancías, el acercamiento rugiente de los grandes motores diésel, el crujir de las ballestas, el aullido de los frenos y las traviesas. Era muy parecido a lo que había experimentado en mi cuarto de Great Falls. Ningún tren paraba en Partreau. El elevador de grano estaba vacío desde mucho tiempo atrás. Aunque a veces me despertaba sobresaltado y salía a la oscuridad fría de la luz de luna, descalzo, en calzoncillos, con la esperanza de ver la aurora boreal, de la que mi padre me había hablado pero que jamás había visto en Great Falls, ni había visto en Partreau. Las voluminosas sombras de los vagones de grano, los vagones cisterna y las bateas pasaban con traqueteo oscilante; los frenos hacían saltar chispas, las luces atenuadas amarillas en el furgón de cola. A menudo se veía a un hombre de pie en la plataforma trasera —tal como yo había visto en fotografías de políticos que pronunciaban vehementes discursos ante vastos



gentíos de seguidores—, mirando hacia el terminante silencio que iba quedando a su espalda: la luz roja de la cola no le iluminaba por completo la cara, e ignoraba que alguien le estuviera mirando.

Pero cuando inspeccioné las pequeñas fachadas de los comercios —un pequeñísimo banco vacío, un edificio de piedra de cantera de 1909 (la sede de la masonería), una zapatería Atlas con zapatos desperdigados por todo el local, una sala de billares oscura, una gasolinera con surtidores oxidados, coronados de carcasas de cristal, una oficina de seguros, un salón de belleza con dos secadores de pelo plateados, volcados y hechos pedazos, los suelos llenos de ladrillos y de muebles y estantes rotos, la luz mortecina y fría, las puertas traseras caídas que daban libre acceso a los elementos, los locales carentes todos ya de usos humanos—, descubrí que yo siempre había pensado en la vida que había alentado un día en aquel lugar, no en la vida que había quedado arrumbada atrás. Miraba desde una óptica más positiva, lo cual me hizo sentir que, aunque a mí no me habían enseñado a asimilar, tal vez se asimilaban las cosas sin saberlo. Lo estaba haciendo ahora. Uno lo hacía solo, no con los demás o para los demás. Y el hecho de asimilar quizá no fuera tan duro y arriesgado, y quizá no era necesario que fuera permanente. Este estado anímico me confería una libertad nueva; era como empezar la vida otra vez, o, lo he dicho antes, como si fuera alguien distinto; alguien, sin embargo, que no se hallaba detenido sino en movimiento, conforme a la naturaleza de las cosas de este mundo. Podía gustarme o podía aborrecerlo, pero el mundo iba a seguir cambiando a mi alrededor al margen de cómo pudiera yo sentirme.

Cuando el tiempo veraniego cambió a otoñal, las tareas de mi jornada laboral también cambiaron. El viento se espesó y nos llegó en mayor medida del norte, trayendo consigo polvo de los campos. Nubarrones más grandes se deslizaban con rapidez hasta nosotros, y la lluvia gris azotó la pradera en dirección al este. Empecé a ver más a menudo a Charley Quarters. Me llevaba al trabajo con mayor regularidad, en compañía de la señora Gedins. Y, después del mediodía, volvía a llevarme en su camioneta a recorrer largos tramos de carretera en los que me implicaba en sus actividades, que las más de las veces se resumían en disparar a los coyotes, primero localizándolos con los prismáticos desde una gran distancia, luego conduciendo por carreteras accidentadas para interceptarlos cuando calculaba que iban a cruzar la calzada. También se dedicaba a echar agua en las madrigueras de las ardillas terreras, para hacerlas salir de ellas, y a colocar y supervisar las diversas trampas para conejos, zorros, tejones y ratas almizcleras y, en ocasiones, un pequeño ciervo, un lince, un búho, un halcón o un ganso, a los que daba muerte a tiros o con su cuchillo. Echaba los cuerpos a menudo convulsos y de ojos parpadeantes en la caja de la camioneta; luego, en el Quonset, los desollaría, secaría, estiraría y, en algunos casos, curtiría y conservaría. Luego iría a Kindersley y vendería las piezas en Brechtmann's, pero no me dejaba ir con él. Me dijo que a veces veía alces en la pradera, descansando en las arboledas de protección de la inclemencia del tiempo, o en las depresiones herbosas y húmedas, y que sus cornamentas tenían mucho valor, aunque esos animales ya no abundaban. Llamaba a este trabajo su «ruda taxidermia». Me contó que la caza con trampas había permitido a los *métis* conservar su vida independiente, pero que ese tipo de caza estaba desapareciendo y que se habían aprobado leyes provinciales contra esa práctica ancestral. Ahora era necesario trabajar para gente como Arthur Remlinger, gente que parecía no gustarle, y a la que rechazaba de plano, pero que en su vida constituía una realidad que no habría de cambiar nunca.

Charley me obligaba a ir con él y a aprender a conducir la camioneta —a la que él llamaba la «media tonelada»—, porque a medida que los días se hacían más fríos y las migraciones de los gansos salvajes, los patos y las grullas iban llegando del norte (Lac La Ronge y Reindeer eran lugares que mencionaba a menudo), y nos parábamos en medio del trigo, en los llanos y las charcas de más abajo del South Saskatchewan, a unos kilómetros al norte de Fort Royal, yo tenía que cumplir mi parte en todo aquello. Y ello incluía aprender cómo se usaban las armas (aunque no se me permitiera disparar), y acompañar a Charley a los campos para localizar a los gansos vespertinos a fin de saber dónde iban a estar al día siguiente, cavar los fosos de tiro, ir a la mañana siguiente antes del alba para poner los señuelos y situar a los Sports en sus fosos de tiro, de forma que cuando se disipara la oscuridad y los primeros albos

iluminaran los señuelos, los Sports pudieran disparar a los gansos cuando éstos alzaran el vuelo del río en grandes bandadas para ir a comer a los campos.

Mi cometido más importante era sentarme en la cabina de la camioneta con los prismáticos, a unos cien metros de los señuelos, mientras el sol rojo empezaba a asomar sobre el horizonte, y Charley se agachaba en su foso con los Sports, normalmente cuatro, cada uno en su zanja. Charley llamaba a los gansos utilizando su voz como reclamo; un extraño, antinatural y arcaico sonido que hacía con la garganta y del que estaba muy orgulloso, y que atraía a los gansos hacia los señuelos para facilitar al máximo el disparar contra ellos. (Decía que a mí nunca me enseñaría a emitir ese sonido, ya que sólo los *métis* podían saberlo). Desde la camioneta, con los prismáticos, veía tres de los fosos, y cómo caían los gansos alcanzados por los disparos, e iba llevando la cuenta de ellos —y también de los que sólo habían quedado heridos—, para cerciorarse de que no se sobrepasaba el límite de cinco piezas por persona. Después de las tandas de disparos, cuando la tierra estaba atestada de gansos muertos o moribundos, y el sol estaba alto y los gansos ya no iban en busca de los señuelos, Charley y yo llevábamos a los Sports en la camioneta de regreso al Leonard Hotel, y volvíamos con el jeep y el remolque de caja plana y recogíamos los señuelos y los cuerpos muertos y los llevábamos al Quonset. Allí, en el tronco de limpiar, les cortábamos las alas y patas y cabezas con las pequeñas hachas, les quitábamos las plumas con la máquina de desplumar fabricada por Charley, les sacábamos las entrañas, las envolvíamos en papel de carnicero y se las llevábamos a los cazadores que iban a marcharse ese mismo día, o las guardábamos en el congelador de Charley para cuando los Sports estuvieran listos para irse a casa, normalmente los Estados Unidos.

Toda aquella vida era totalmente nueva para mí, que sólo había visto las bases de la Fuerza Aérea y las ciudades donde se hallaban ubicadas, y los colegios y las casas alquiladas, y que nunca había tenido amigos ni me había adaptado al medio, ni había tenido obligaciones ni aventuras, y que nunca había pasado un día solo en la pradera. Y aunque nunca había trabajado —como había reconocido, cohibido, ante Arthur Remlinger—, caí en la cuenta de que no me importaba trabajar, y de que podía ser serio y perseverante en mi empeño en hacerlo bien, tanto en el Leonard como con los gansos. Mis tareas no eran muy importantes, es cierto, pero yo las consideraba respetables. En el Leonard, a menudo observaba el comportamiento de los adultos cuando estaban solos o creían que nadie podía verles, algo de lo que merecía la pena darse cuenta. Y en los campos iba adquiriendo un conocimiento especial que ningún chico de mi edad, o que hubiera tenido una vida parecida a la mía, podría soñar alcanzar, y que había sido siempre mi meta. Pero había algo aún más importante: día tras día, al empezar a ocuparme de mis tareas cotidianas, mi cabeza dejaba atrás los asuntos que solían preocuparme: mis padres y su triste destino y su delito, y mi

hermana. Y mi propio futuro. Así que al final de la jornada, cuando me metía en la cama, cansado y muchas veces con dolor de músculos, mi cabeza se quedaba vacía durante un rato y podía conciliar el sueño enseguida. Aunque, por supuesto, más tarde me despertaba solo en la oscuridad y volvían a ocupar mi mente esos mismos pensamientos.

El propio Charley Quarters era, en todos los sentidos, el ser más extraño que jamás hubiera imaginado que podría llegar a conocer. No me gustaba, como ya he dicho, ni confiaba en él, y en su presencia siempre sentía aprensión. Nunca olvidaría cómo me había cogido y apretado la mano la primera noche, en la oscuridad de su camioneta. Y era consciente de que me observaba cuando estaba fuera de mi casucha, comiendo la cena que me había traído del Leonard en mi mesita de comedor, dando mis paseos por los alrededores, adaptándome al entorno y ensayando modos de acostumbrarme a estar solo. A veces, cuando estábamos juntos en la camioneta, dando brincos por aquel mar de trigo, me daba cuenta de que se había pintado los labios. En cierta ocasión olía a un perfume dulce. En otra llevaba un maquillaje de ojos oscuro, y había días en que su pelo negro era más negro de lo normal, y otros en que tenía manchas negras en la frente. No hice mención de nada de esto, por supuesto, y fingí no haberlo visto. Aunque estaba seguro de que Arthur Remlinger lo sabía, y posiblemente le importaba un bledo. Los dos eran, me parecía, los hombres más extraños del mundo. Yo era consciente siempre, también —dado que Charley utilizaba el retrete de detrás de la casucha, el mismo que yo, en el que había dos cajones con un agujero, uno al lado del otro, una bolsa con cal y un montón de viejos *Commonwealth* de Saskatchewan—, de que Charley podía aparecer de pronto mientras estaba yo dentro. No había cerradura ni pestillo, así tenía que mantener la puerta cerrada con un clavo y un trozo de bramante de embalar con los que había armado una especie de tirador que sostenía con fuerza mientras estaba «en el trono» —una expresión de mi padre—. Tal nerviosismo me hizo cauteloso, de forma que me di cuenta de que iba al retrete sólo cuando Charley se había ido de su remolque, o a una hora avanzada de la noche, a pesar del miedo que me daban las serpientes, y siempre procuraba ir al cuarto de baño de arriba del hotel, el de los huéspedes.

Lo cierto, sin embargo, es que mis miedos acerca de Charley (cuyo nombre verdadero —supe— era Charley Quentin) nunca se materializaron en nada. Cuando me tenía cerca actuaba como si estuviera distraído, como si hubiera cosas en su cabeza que lo estuvieran mortificando y él no pudiera librarse de ellas. Nunca supe ni pregunté cuáles eran esas cosas. Solía decir que no dormía, que nunca había dormido. Cuando yo a veces miraba por la ventana en mitad de la noche —el aullido de los coyotes me despertaba a menudo—, siempre había una luz en su remolque, y lo imaginaba allí dentro, tendido en la cama, despierto, escuchando el sonido de la

campanilla de viento. Una vez dijo que de chico había tenido una «infección intestinal grave», que a menudo se le reproducía y le impedía llevar una vida normal. A veces veía a Charley fuera del remolque, dando de comer a los pájaros que revoloteaban alrededor de sus esculturas y móviles plateados. Siempre estaba ajustando sus pequeñas hélices de plástico para que encarasen mejor el viento. A veces sacaba un juego de pesas de hierro que tenía en el Quonset y hacía levantamientos y flexiones en medio de las malas hierbas. Otras veces sacaba una bolsa de palos de golf de madera y una cesta —de esas que se usan para recoger melocotones— llena de pelotas. Ponía las pelotas encima de los matojos y, muy tieso, las iba lanzando por encima del montículo hacia la carretera y las vías del tren, o contra las paredes del elevador de grano, o mandándolas a los campos, fuera de la vista. Debía de tener una cantidad inagotable de pelotas, porque jamás le vi ir a recoger ninguna.

A lo que más tiempo dedicaba era a enseñarme a regañadientes lo que tenía que hacer cuando estaban los Sports. No había duda de que era un plan de Arthur Remlinger para tenerme ocupado hasta que se le ocurriera qué más podía hacer conmigo. Pero yo tenía interés en aprender, ya que no estaba aprendiendo nada más que eso desde mi llegada y me sentía malhumorado al respecto. Le había preguntado a Charley acerca de la posibilidad de ir al colegio; había un autobús escolar amarillo que pasaba por Partreau todas las mañanas, en dirección oeste, con la leyenda LEADER - GRUPO ESCOLAR N.º 2 pintada en un costado, muy parecido a cualquier autobús escolar norteamericano. Por la tarde regresaba hacia Fort Royal, con las caras de los colegiales en las ventanillas. Solía adelantarme cuando iba pedaleando por el arcén en mi vieja bici en dirección al trabajo. Al verme nadie hacía ningún gesto ni saludaba con la mano ni cambiaba de expresión, aunque una vez vi a la chica rubia y guapa, de ojos ligeramente saltones, de los Santos de los últimos Días cuya madre me había hablado en la calle. No pareció reconocerme. Y aunque había empezado gradualmente a sentirme mejor conmigo mismo, más adaptado al medio (como Remlinger había dicho), cada vez que el autobús me adelantaba me daba la sensación de quedarme atrás, y de que con toda probabilidad no iba a volver a sentarme en ninguna aula escolar, ni a recibir la educación o la formación integral que siempre había esperado recibir; y de que, si se consideraban las cosas en su conjunto, posiblemente (y esto era en cierto modo lo peor) había sobrevalorado la importancia del colegio.

Cuando le pregunté a Charley por el asunto del colegio, no me hizo el menor caso. Había sabido por la señora Gedins —en una de las poquísimas veces que me había dirigido la palabra— que había una escuela católica para chicas difíciles a medio camino de Leader, en la localidad de Birdtail, Saskatchewan, a apenas unos kilómetros de distancia. Pensé en la posibilidad de ir a esa escuela en bici los

sábados, porque según dijo la señora Gedins había clases todos los días. Pero cuando le hablé de ello a Charley, me dijo que sólo los niños canadienses iban a escuelas canadienses, y que, además, por qué diablos tenía yo que querer ser canadiense. Esto fue en uno de los últimos días cálidos y de cielo azul, cuando una línea de nubes larga, lechosa —restos de lo que quizá había sido la primera tormenta del invierno— pendía sobre Alberta, que estaba a sólo ochenta kilómetros de allí. Charley y yo estábamos sentados en dos de sus sillas plegables de aluminio, sobre un peñasco, mirando una gran bandada de gansos que se había posado más abajo, en un campo de cebada, en lo alto de las orillas del South Saskatchewan. Más y más gansos se inclinaban sobre el terreno, se posaban y buscaban su sitio para comer. La temporada de caza del ganso empezaba dentro de una semana. Estábamos allí para calibrar las preferencias de aquellas aves, para determinar cuáles eran los campos que estaban utilizando, para tomar nota de cuántos había, de dónde seguía habiendo agua y dónde se había secado, de dónde podríamos cavar los fosos a fin de lograr el mejor emplazamiento para los disparos. Aunque me sentía incómodo con Charley, estaba dispuesto a dejarme influir por él y por lo que él sabía y podía enseñarme, ya que yo sabía que no sabía nada de caza ni de cazadores ni de abatir gansos a tiros por deporte.

Charley se había soltado el pelo negro, y llevaba una camiseta que dejaba al descubierto unos brazos musculosos y hacía que sus manos y su torso fornido parecieran más grandes y fuertes. Tenía tatuajes en los dos antebrazos: uno la cara de una mujer sonriente de pelo exuberante, de estrella de cine, parecido al de Charley, debajo de la cual se leía *Ma mère*; y el otro la cabeza azul de un búfalo de ojos fijos y rojos, cuyo significado no era inteligible a simple vista. Charley tenía su propio rifle de repetición, y dirigía los prismáticos hacia la larga formación de gansos desplegados a lo lejos, en los campos de las orillas del río reluciente, y hacia un par de coyotes que los observaban desde la cima de una colina, sin dejar de ir acercándose a ellos más y más.

—Los canadienses están vacíos —dijo Charley, después de proclamar que no debía desear ser canadiense, algo que yo ni siquiera había considerado. Lo único que yo quería era ir al colegio y no quedarme atrás. Pensaba que los colegios canadienses me enseñarían las mismas materias que los estadounidenses. Todos los niños del autobús se parecían mucho a mí. Hablaban inglés, tenían padres, llevaban ropa parecida—. Los estadounidenses, en cambio —dijo Charley—, están todos llenos de engaño, traición y destrucción. —Tenía los prismáticos pegados a los ojos, y el cigarrillo hacía flotar un humo rizado en el aire cálido—. Eres hijo de unos atracadores de bancos, ¿no es cierto?

Me dolió mucho que lo supiera. Arthur Remlinger se lo había contado, no había duda. Pero no ganaba nada con negarlo. No pensaba que tuviera razón en lo que había

dicho de los estadounidenses, por mucho que mis padres fueran atracadores de bancos.

—Sí —dije, a disgusto.

—No creo que sea tan malo. —Bajó los prismáticos y abrió los ojos al máximo para mirarme, lo que hizo que la cabeza, con sus pómulos desproporcionadamente grandes, sus cejas tupidas y su gran mandíbula inferior adquirieran un aspecto grotesco. Aquel día llevaba pintalabios rosa, pero no se había maquillado los ojos. En uno de los ojos azules, el izquierdo, tenía una mancha de sangre permanente en la parte blanca. Yo no estaba seguro de si veía o no por ese ojo—. Mis padres vivieron en una casa con el suelo de tierra en Lac La Biche, Alberta, y los dos murieron de tuberculosis —dijo—. Atracar bancos habría sido una gran mejora para ellos.

—Yo sí creo que es malo —dije, refiriéndome a que mis padres hubieran atracado un banco, no a que los suyos hubieran muerto.

Lo que les había sucedido a mis padres parecía algo de mucho tiempo atrás, aunque no habían pasado sino unas cuantas semanas desde que Berner y yo los habíamos ido a ver a la cárcel de Great Falls.

Charley tosió en la palma de la mano y escupió algo sólido en ella, que examinó y tiró al suelo.

—Algo se mete dentro de mí cuando voy allá abajo —dijo—. Y algo sale de mí cuando vuelvo aquí arriba. No es que pueda volver allá abajo. —Me dijo que había viajado mucho por Estados Unidos en el pasado: Las Vegas, California, Texas. Pero habían pasado cosas (no me dijo cuáles), y no podía volver—. Aquí arriba todo está agotado. La gente piensa que el gobierno la está engañando, pero no es cierto —dijo—. Este lugar está a punto de agotarse. —Pensé que se refería sólo a donde estábamos, y no a todo Canadá, del que seguramente no sabía gran cosa. Dejé los prismáticos en el suelo, al lado de la silla. El aire, unos doscientos metros más abajo, estaba lleno de gansos negros y blancos que lanzaban agudos graznidos, se confabulaban, aleteaban, jugueteaban y disputaban, mientras alzaban el vuelo o se posaban sobre el terreno—. Dentro de seis semanas querrás largarte de aquí, te lo aseguro —dijo—. Esto se volverá Siberia. Ir hacia el norte es tomar la dirección equivocada, al menos para mí.

—¿Por qué nunca me habla el señor Remlinger? —dije. Quería saberlo.

Charley levantó el rifle que tenía sobre las rodillas y se llevó la culata al hombro con cuidado, sin moverse de la silla plegable. Creo que no hacía sino apuntar a modo de prueba, algo que hacía a menudo.

—No me meto en sus asuntos —dijo.

Se recostó contra las bandas de nailon del respaldo de la silla para afianzarse sobre ella, y dirigió la mira del rifle hacia uno de los dos coyotes que habíamos estado observando. El animal estaba a un centenar de metros de distancia, bajando

por la ladera de un montículo pelado donde no crecía la cebada, en dirección a otro montículo en el que podía pasar inadvertido y acercarse más a los gansos. El otro coyote seguía más alejado, junto a unas piedras que habían sido apiladas a un lado cuando se despejó el campo para la siembra. Este segundo coyote permanecía inmóvil y observaba en silencio al primero. Yo me quedé callado.

Charley bajó el rifle, miró a través de la distancia, aspiró profundamente y espiró, mordió la colilla del cigarrillo, volvió a dirigir la mira del rifle, se echó hacia atrás en la silla, seguro de sí mismo, montó el rifle, aspiró hondo de nuevo, espiró por la nariz, escupió el cigarrillo hacia un costado, inspiró una vez más y lanzó un disparo ensordecedor. Yo estaba sentado a su lado.

El proyectil dio en tierra detrás del coyote. Incluso a aquella distancia vi cómo saltaba el polvo y se quebraba un haz de hierbajos. El segundo coyote echó a correr de inmediato, con las largas patas traseras golpeando el suelo hacia el frente. Miró hacia atrás y pareció que corría a un tiempo hacia delante y de costado. La larga formación de gansos, allá abajo, emitió un enorme, agudo, escalofriante grito que invadió el aire. Todos ellos, de inmediato pero sin precipitación, alzaron el vuelo de la tierra de rastros en una gran conmoción: un millar de gansos, o quizá más (innumerables, en realidad), batiendo las alas, graznando, elevándose y alejándose en un solo acto clamoroso.

El coyote al que Charley había disparado se detuvo para mirar cómo los gansos se alzaban en el cielo, y empezó a describir círculos y a girar sobre sí mismo. Volvió la cabeza hacia nosotros: dos puntos indistintos, con la camioneta de Charley a unos cien metros a nuestra espalda. No había relacionado aquellos hechos, los dos puntos, el sonido del disparo, el polvo levantado, la inesperada desbandada de los gansos. Volvió a mirar hacia lo alto, hacia la gran columna en espiral que llenaba el aire, y luego se rascó detrás de la oreja izquierda con la pata trasera izquierda, irguió la cabeza para conseguir un mejor ángulo del punto donde le picaba, sacudió el cuerpo, miró en dirección a nosotros, y echó a correr hacia donde había huido el primer coyote, hacia donde había otros gansos a los que acechar, no me cupo la menor duda.

—Volveré a echarle la vista encima a ese perro del demonio, espera y verás —dijo Charley, como si haber fallado el disparo no le importara en absoluto y sólo estuviera practicando. Hizo saltar el cartucho vacío, y alargó la mano para coger el cigarrillo que humeaba en el suelo—. El mundo le tiene fichado..., y yo soy el que tiene su ficha —dijo—. Él piensa que está a salvo. Su muerte y mi muerte son compadres. Es extraño. Yo lo sé, y él no.

—¿Y qué hay del señor Remlinger? —dije.

—No me meto en sus asuntos. Ya te lo he dicho. —Charley se puso el cigarrillo entre los labios; parecía enfadado—. Es un tipo raro. Siempre hay alguien que no nos merece, ¿no?



No entendí lo que quería decir con aquello, y no quise volver a preguntar. Como he dicho, Charley Quarters me hacía sentirme incómodo. Su modo de estar en la vida parecía muy a través de la muerte. Y pensé que eso indicaba que la cosa no le importaba demasiado. Si le hubiera dado la oportunidad de enseñarme más cosas al respecto, o de contarme cosas (lo cual no era nunca mi intención), lo habría hecho. Y habría sido todo lo que habría aprendido.

Los días en que Charley no me llevaba a la pradera a enseñarme cosas sobre los gansos, y en no me quedaba en Fort Royal y podía estar solo en la casucha sin sucumbir continuamente a la desesperanza, empecé a experimentar la ilusión de ser alguien que casi tenía una vida feliz, que no había tirado la toalla y que seguía llevando una existencia que, como habría dicho mi padre, tenía sentido.

El tiempo, a decir verdad, parecía no pasar. Podía haber llevado un mes solo en Partreau, o seis, o incluso más, y me habría parecido todo igual, el primer día y el centésimo, de forma que llegué a crearme un mundo pequeño y transitorio. Sabía que al final iría a algún otro sitio: a un colegio, incluso a uno canadiense, o quizá a un casa de acogida, o, de alguna forma, de vuelta a mi país, a fuera lo que fuere lo que me estuviera aguardando al otro lado de la frontera. Y que mi vida presente, con sus patrones y rutinas y personas cotidianas, no iban a durar siempre, ni siquiera mucho tiempo más. Pero no pensaba tanto en ello como se podría imaginar. Era un estado de ánimo, como he dicho, que mi padre habría aprobado.

Lo que sustituía al paso del tiempo, día a día, era el tiempo atmosférico. En la pradera el tiempo atmosférico tiene más importancia que el paso del tiempo, y mide los cambios que en uno mismo tienen lugar sin que se vean. Los días del verano, que, desde que dejé Great Falls, habían sido calurosos, secos y ventosos, con cielos de un azul profundo, cesaron y dieron paso a las nubes del otoño. Primero fueron aborregadas, luego de mármol, y luego unas pobladas de cola de caballo trajeron un frío nuevo y cortante. El sol se ocultaba en dirección sur y brillaba con un ángulo nuevo a través de los árboles muertos que rodeaban Partreau y con un brillo intenso en los muros exteriores blancos del Leonard. De pronto llovía durante días. Y después de cada lluvia, el aire —preñado de un viento a rachas bajo las nubes bajas y grises— se volvía más frío y denso y calaba la chaqueta de cuadros rojos y negros que Charley me había comprado en la cooperativa y que olía a sudor a pesar de que era nueva. Ya apenas había días cálidos. Aparecieron en la hierba unos gusanos lanosos. Arañas amarillas y pardas construyeron nidos y telas donde caían las moscas en los marcos podridos de las ventanas de la casucha. Inofensivas culebras negras y verdes se tendían al sol en los trozos sueltos de acera. Dos gatos surgieron del elevador de grano de enfrente de la carretera, y los ratones se instalaron en el interior de la casucha. Los frágiles saltamontes amarillos ya no zumbaban más entre los matojos.

En el autobús que me adelantaba todos los días en la carretera los niños llevaban puestos los abrigo, los gorros y los guantes. Los gansos, patos y grullas habían empezado a llenar el cielo, y largas bandadas plateadas fluctuaban en la luz baja, mañana y tarde, mientras sus lejanos graznidos inundaban el aire incluso de noche.

Cuando me despertaba —siempre muy temprano—, la escarcha cubría ya la mitad de los cristales de mis ventanas, y las malas hierbas y los cardos que rodeaban mi casucha estaban tiesos y destellaban a la luz del sol. Por la noche, los coyotes se aventuraban hasta más cerca de Partreau, a la caza de los ratones, los gatos y las palomas posadas en las casas ruinosas y los hoyos de basura. El perro que había visto el primer día, y que pertenecía a la señora Gedins, solía ladrar durante la noche. Una vez en mi cuarto, bajo la sábana y la manta ásperas, oía cómo gruñía, golpeaba con la pata en mi puerta y gimoteaba. Luego los coyotes —montones de ellos— aullaban sin parar, y yo pensaba que era posible que no volviera a ver al perro nunca más. (A mi madre no le gustaban los perros, y nunca habíamos tenido uno). Pero allí estaba a la mañana siguiente, en medio de la calle desierta, con los restos de la nieve nocturna centelleando en la calzada y sin rastro de los coyotes.

¿Por qué el cambio de tiempo y de luz producía en mí un cambio que me hacía aceptar mejor las cosas, mejor que la conciencia del paso del tiempo, por ejemplo? No sabría decirlo. Pero ésa ha sido mi experiencia todos estos años, desde aquellos días en Saskatchewan. Tal vez el hecho de ser un chico urbano (en la ciudad el tiempo importa tanto), trasplantado súbitamente a un lugar desconocido y vacío, entre gente de la que sabía bien poco, me supeditaba más a las fuerzas elementales que armaban la experiencia que estaba viviendo y la hacían más soportable. Contra esas fuerzas —una tierra que rota, un sol que hace descender su ángulo en el cielo, vientos repletos de lluvia, gansos que llegan—, el tiempo es algo artificial y cede en importancia, como es lógico.

Durante aquellos días fríos primeros a veces veía a Arthur Remlinger en su Buick de tres puertas, conduciendo por la carretera a toda velocidad, rumbo al oeste, ¿hacia dónde?, quién sabe. A algún sitio en concreto, aventuraba yo. Muchas de las veces se veía la cabeza de Florence en el asiento del acompañante. Seguramente se dirigían a Medicine Hat, una ciudad cuyo nombre se me antojaba fascinante. Otras veces veía su coche junto al remolque de Charley, mientras los dos hablaban, a menudo con vehemencia. Habían transcurrido cuatro semanas, y yo seguía sin tener ningún contacto de fuste con Arthur Remlinger, que, como ya he dicho, no era precisamente lo que yo esperaba. No es que quisiera que fuera mi mejor amigo. Era demasiado mayor para eso. Pero sí que hubiera querido saber más cosas de mí, y que yo hubiera llegado a saber más cosas de él; por qué vivía en Fort Royal, y cómo habían sido sus años de universidad, y cosas interesantes que le habían sucedido, detalles que sabía de mis padres; y la forma, me parecía a mí, de aprender las cosas en este mundo. Mildred me había asegurado que su hermano me iba a gustar, y que iba a aprender cosas de él. Pero su apellido —que parecía más extraño en él que en Mildred— era lo único que sabía de su persona. Su nombre y apellido, y cómo vestía y hablaba, lo

poco que había hablado conmigo, y que era norteamericano, de Michigan.

Como consecuencia de ello, había empezado a albergar dudas en relación con Arthur Remlinger; una sensación incómoda de espera que nos concernía a ambos. Mildred me había dicho también que, al llegar a Canadá, debía empezar a ver las cosas en el presente. Pero una vez que lo haces puedes creer que creas patrones para los acontecimientos cotidianos, y la imaginación puede desbordarte, y hacer que inventes lo que te parece que falta. Lo que había empezado a asociar con el personaje incompleto de Arthur Remlinger (con lo único que sabía de él) era que por fuerza debía haber un «empeño» en el que estaba embarcado, un sentido que estaba oculto a la vista y que él quería que siguiera así, y que le convertía en alguien no corriente ni previsible, que es lo que tanto Charley como Mildred me habían dicho que percibiría al conocerle. Después de la experiencia del encarcelamiento de mis padres, estoy seguro de que tiendo a buscar aquello que podría haber de no bueno en la gente, y allí donde las apariencias indican que no hay nada malo que encontrar.

Hay personas así en el mundo, personas con algo malo en ellas, algo que puede disfrazarse pero no negarse, y que las domina. Hasta entonces yo sólo había conocido a dos adultos: mis padres. No eran en absoluto excepcionales o importantes; apenas se distinguían del resto de los mortales: eran dos personas pequeñas e insignificantes. Y había cosas malas en ellos. Salvo su hijo, todo el mundo podría haberlo notado desde el principio. Cuando detecté estas cosas malas en mis padres, y tuve tiempo para decidir lo que era cierto, nunca dejé de considerar la posibilidad de que hubiera algo malo en lo que miraba, fuera lo que fuere. Hoy es en mí una función de lo que llamo «pensamiento inverso», del que nunca me he visto enteramente liberado desde muy joven, cuando se daban tantas razones para creer en esa forma de pensamiento.

En cierta ocasión en que la señora Gedins estaba muy ocupada en la cocina del hotel, me dio una llave y me mandó al tercer piso a hacer las habitaciones de Arthur Remlinger: hacerle la cama, limpiar el cuarto de baño, quitar las toallas y los paños de la cara, y el polvo de las superficies donde se había depositado al desprenderse del viejo tejado de hojalata y entrar por el hueco abierto de las ventanas de guillotina.

Sus habitaciones eran tres, y sorprendentemente pequeñas para un hombre que tenía muchas pertenencias y no dejaba nada ordenado ni limpio cuando se ausentaba de ellas. No hice el menor esfuerzo por no examinar cuidadosamente todo lo que se me ponía delante, y husmeé más de lo que debía, pues razoné que probablemente nunca llegaría a conocer a Arthur Remlinger mejor de lo que lo podía conocer en aquel momento. Conocerlo tan poco y desear conocerlo más me había generado dudas respecto a él, como ya he dicho. Y las dudas pueden ser una fuente tanto de curiosidad como de recelo.

Las paredes oscuras de poliestireno del dormitorio de Arthur Remlinger y su pequeña sala de estar y su cuarto de baño estaban en semipenumbra, con las persianas

venecianas echadas y la iluminación tenue de unas lámparas de mesa, y se veían colgadas en ellos las cosas más variopintas y extrañas. Un gran mapa amarillento de los Estados Unidos, con varios lugares marcados con alfileres: Detroit, Cleveland, Ohio, Omaha, Nebraska y Seattle (Washington). No vi indicación alguna de cuál era la razón de tales señalizaciones. Una gran pintura al óleo enmarcada junto a la ventana del dormitorio, en la que se veía —pude reconocerlo— el elevador de grano de Partreau y la pradera que se extendía hacia el norte. Remlinger había dicho que lo había pintado Florence en el estilo Nighthawk americano, una referencia que no había entendido y que no pude consultar en el *World Book* porque me había dejado en Great Falls el tomo correspondiente. En otra parte de la pared había una fotografía enmarcada de cuatro chicos altos, jóvenes y seguros de sí mismos, sonrientes, con los brazos en jarras, gruesos trajes de lana y corbatas anchas, de pie delante de un edificio de ladrillo con la palabra «Emerson» sobre la entrada principal. Había otra fotografía de un joven delgado, sonriente, de semblante fresco, con abundante pelo rubio (Arthur Remlinger muchos años atrás; sus ojos claros eran inconfundibles). Estaba de pie, con uno de sus brazos largos encima de los hombros de una mujer esbelta, con pantalones holgados, que sonreía también; los dos junto a lo que mi padre llamaba un «cupé Ford gorra de béisbol» de los años cuarenta. Había otra fotografía de lo que todo el mundo habría identificado como una familia, todos en línea recta, tomada hacía mucho tiempo. Una mujer grande, de pelo oscuro sujeto austeramente en la nuca, con un vestido basto, informe, de color claro, fruncía el ceño al lado de un hombre alto, de cabeza grande, cejas tupidas, ojos hundidos y manos enormes, también ceñudo. Una chica morena, de sonrisa descarada, estaba al lado de un chico alto y flaco —que me pareció también Arthur Remlinger— que llevaba un traje de lana de cuatro botones, cuyos pantalones le quedaban demasiado cortos, y botas. La chica debía de ser Mildred, pero no la reconocí. Posaban con una gran duna a sus espaldas. En un costado de la fotografía había un lago, o quizá un océano.

En una esquina del mohoso cuarto había un perchero de ropa con cinturones, tirantes y pajaritas colgados en sus ganchos de latón. El armario estaba lleno de ropa —trajes gruesos, chaquetas de tweed, camisas almidonadas—, y su suelo atestado de zapatos grandes, de aspecto caro, algunos de ellos con calcetines dentro. También había ropa de mujer: un camisón y unas zapatillas, y algunos vestidos que supuse eran de Florence. En el cuarto de baño, junto al cepillo y los peines con el monograma plateado de Remlinger y un frasco de hamamelis de Virginia y productos para el afeitado, había tarros de crema hidratante y una bolsa de agua de goma y un gorro de baño y un platillo con motivos azules lleno de horquillas.

En la pared del dormitorio, encima de una cama de matrimonio de madera muy ornada, había unas estanterías con libros; gruesos tomos azules de química y física y latín, y novelas encuadernadas en piel de Kipling, Conrad y Tolstói, y varios libros en

cuyos lomos se leía Napoleón, César, Ulysses S. Grant, Marco Aurelio. Había asimismo otros más delgados con títulos como *Aprovechados*, *Pasajeros cautivos*, *El derecho fundamental*, *Peces gordos de los sindicatos*, *Maestros del engaño*, de J. Edgar Hoover, cuyo nombre yo conocía de la televisión. En las esquinas oscuras de ambos cuartos había raquetas de tenis y de bádminton apoyadas contra la pared. Un tocadiscos, y a un lado, en el suelo, una caja de madera con, descubrí, discos de Wagner, Debussy y Mozart. Un tablero de ajedrez de mármol descansaba sobre el mueble del tocadiscos; las piezas eran de marfil blanco y negro, talladas con profuso detalle, y, si las levantabas en la mano, como hice yo, pesaban. Ello me hizo pensar que cuando volviera a ver a Arthur Remlinger podría mencionar el ajedrez, y que si algún día llegaba a conocerle mejor podría jugar con él y aprender nuevas estrategias.

En el saloncito había un sofá pesado, de brazos redondeados y tapicería áspera, y dos sillas de respaldo recto, colocadas una frente a otra, y una mesita baja en medio, sobre la que había una botella medio vacía de brandy y dos copas muy pequeñas, como si Arthur Remlinger y Florence La Blanc se sentaran cara a cara, mientras bebían y escuchaban música y charlaban de libros. Enfrente de las raquetas de tenis y bádminton, junto a la ventana con la persiana echada, había una percha de madera con una fina cadena dorada enrollada en la barra y atada con un nudo. No había rastro de aves.

En la pared de detrás de la percha, prácticamente invisible en la penumbra, había una placa de latón enmarcada y grabada con las palabras: «Aquello que tu mano encuentre por hacer, hazlo con toda tu fuerza, por cuanto no hay obra, ni plan, ni conocimiento ni sabiduría en la tumba adonde vas». Frase que no hacía referencia a nada que yo pudiera entender. Al lado de esta placa, en un colgador de madera, había una funda de cuero con un complicado juego de correas y hebillas que identifiqué, por las películas de gánsters, como una pistolera. Y dentro de ella había una pistola de cañón corto, plateada y con cachas blancas.

Por supuesto, saqué inmediatamente la pistola de la funda. (Antes había cerrado la puerta con llave). Pesaba mucho para ser tan pequeña. Miré a través de la abertura de debajo del tambor y vi que estaba cargada con como mínimo cinco balas con la base de latón. Era una Smith and Wesson. No sabía el calibre. Me llevé la boca a la nariz, como había visto hacer en las películas. Olía a metal duro y al aceite dulce utilizado para limpiar las armas de fuego. El pequeño cañón era liso y brillante. Lo asomé por la ventana y apunté con él hacia el depósito de la Canadian Pacific, a las vías llenas de vagones de grano parados bajo el sol. Pero enseguida retrocedí por miedo a que me vieran. La pistola, intuía, tenía que ver directamente con el sentido y el empeño que yo le atribuía a Arthur Remlinger, y mucho más, intuía, que cualquier otra cosa de aquellas habitaciones. Mi padre había tenido una pistola, que yo nunca creí que hubiera perdido, y que ahora creía que había utilizado en el atraco a un

banco. No entendía cómo ello, por sí mismo, podía conferirle sentido o hacerle excepcional. La Fuerza Aérea se la había asignado sin cobrarle un centavo, después de todo. Pero, en el caso de Arthur Remlinger, sentía lo que ya he dicho, y volvía a experimentar la duda que había experimentado con anterioridad: que era una persona desconocida e imprevisible. En mi cabeza, era una sensación afín a los sentimientos que me inspiraban mis padres y su atraco y el terrible efecto que había causado en Berner y en mí. No podría decir más acerca de lo que pensaba al respecto. Pero la pistola se me antojaba algo muy concreto y peligroso. Aunque no me parecía muy propio de Arthur Remlinger tener una pistola. Parecía demasiado cultivado; lo cual era un claro error por mi parte. Limpié las pequeñas cachas en mi camisa, para hacer desaparecer las huellas, y volví a meterla en la funda. No había limpiado las habitaciones como me había indicado la señora Gedins, y tendría que volver más tarde. Pero me había invadido un repentino miedo a ser descubierto. Así que abrí la puerta, miré el pasillo, vi que no había nadie, y bajé rápidamente las escaleras a ocuparme de mis demás obligaciones.

Cuando el frío se hizo más intenso y empezaron a llegar los Sports a principios de octubre (cuando se levantaba la veda para los estadounidenses), Charley dijo que quería que dedicara todo mi tiempo al «trabajo de los gansos». Yo llevaba un mes en la casucha de Partreau, aunque, como ya he dicho, el tiempo no parecía transcurrir o significar mucho para mí, no lo que había significado dos meses atrás, cuando faltaban apenas unas semanas para que empezara el instituto y el largo y lento paso de los días era algo que yo deseaba controlar y vencer de la forma en que Mijaíl Tal resolvía un problema de ajedrez.

Me estaba adaptando a mi pequeña morada de dos piezas mucho mejor que al principio. Tenía que utilizar el retrete al aire libre, pero sólo lo hacía después de cerciorarme de que Charley no me estaba observando, y nunca me quedaba mucho tiempo dentro. Pero había electricidad para la placa eléctrica y la luz del techo, y para proporcionarme algo de calor. Ya no me podía lavar la cara en la bomba de agua, porque el viento era helador. Pero por la noche llevaba agua a casa en un cubo, y me bañaba utilizando una cazuela que había encontrado hurgando en un hoyo de basura, y me restregaba con un trapo y con la pastilla de Palmolive que guardaba en una lata de tabaco para impedir que pudieran dar con ella las ratas y los ratones.

Arrastraba uno de los dos catres del cuarto hasta la cocina, la otra pieza de mi morada. El cuarto del fondo estaba en la parte norte de la casucha, y el viento nuevo y frío se colaba por las rendijas del estuco y las tablillas, y silbaba a través de los cristales rajados, de forma que, por las noches, el cuarto —en el que además no había luz— se volvía un sitio inhóspito. En la cocina había una estufa de hierro J. C. Wehrle con las juntas rotas, que yo alimentaba con tablas podridas y trozos de leña muerta y ramas de caragana que recogía durante mis paseos. Me lavaba la ropa, las sábanas y los utensilios de cocina en el caño de la bomba, y barría el suelo con una escoba que había encontrado, y pensaba que me había adaptado bien a unas circunstancias cuyo rumbo y duración aún ignoraba. Quería cortarme el pelo en la barbería de Fort Royal; a veces me miraba en los espejos de los cuartos de baño del Leonard y sabía que estaba más delgado y que llevaba el pelo demasiado largo. Pero no había ningún espejo en la casucha, y por la noche me importaba bien poco mi apariencia. Sólo me acordaba de que necesitaba un corte de pelo cuando estaba en la cama; y también me acordaba de que tenía que cortarme las uñas, como acostumbraba hacer mi padre. Pero a la mañana siguiente se me olvidaba por completo.

Para protegerme del aire que se colaba por las roturas y rendijas del cuarto frío que daba al norte solía llevarme varias de las cajas de cartón que cubrían las paredes de la cocina. En el drugstore de Fort Royal había comprado una vela violeta con



aroma de lavanda, y la encendía por la noche, porque sabía por mi madre que la lavanda facilitaba el sueño y porque la casucha —fría o caliente— olía a humo y a tabaco podrido o rancio, y a los olores humanos de décadas de vida de quienes la habían habitado en el pasado. La casucha pronto se vendría abajo, como lo que quedaba de Partreau. Sabía que si me marchaba y volvía al cabo de un año probablemente encontraría muy poco de todo aquello en pie.

Al anochecer, cuando terminaba de cenar y volvía de mi paseo y podía soportar estar solo (nunca tuve la sensación de que mi situación fuera verdaderamente soportable), me sentaba en el catre y desplegaba el tablero de ajedrez sobre la manta, colocaba las cuatro filas de piezas temblorosas de plástico y urdía movimientos y estrategias contra adversarios imaginarios y sin especificar. Nunca había jugado con nadie más que con Berner. En quien pensaba era en Arthur Remlinger. Mis estrategias normalmente entrañaban osados ataques frontales. Derrotaba a mis rivales con ataques sacrificiales a la manera de Mijaíl Tal, que se había convertido en mi héroe. Los finales llegaban siempre con vertiginosa rapidez, debido a la escasa oposición de mis adversarios. Otras veces, ensayaba lentas, engañosas fintas y retiradas (que no me gustaban mucho), y hacía sagaces comentarios y observaciones sobre lo que mi adversario y yo estábamos haciendo, y lo que parecía que planeaba hacer él, sin revelar jamás mi plan de victoria. Hacía esto mientras escuchaba la vieja Zenith, cuya luz brillaba tenuemente detrás de los números y de la cual, en medio de las noches frías y sin nubes, emergían voces lejanas que, me daba la sensación, el viento difundía por el mundo sin respetar fronteras. Des Moines. Kansas City. WLS de Chicago. KMOX de Saint Louis. La voz rasposa de un negro de Texas. La voz de un reverendo que clamaba a Dios. Voces de hombre hablando, me pareció, en español. Otras que me pareció que hablaban en francés. Y, por supuesto, emisoras que llegaban con nitidez de Calgary y Saskatoon, con noticias: la Ley de Derechos Civiles de Canadá, la Federación Cooperativa de la Commonwealth de Tommy Douglas. Y nombres de lugares —Norte Battlefield, Esterhazy, Assiniboia—, ciudades de las que yo nada sabía salvo que no eran estadounidenses. Me preguntaba si podría sintonizar alguna emisora de Dakota del Norte, que no estaba tan lejos, para llegar a saber algo sobre el juicio de mis padres. Nunca logré dar con ninguna, aunque a veces, echado en el catre en medio de una oscuridad en la que se oían los chasquidos de la estufa Wehrle, fingía que las voces estadounidenses me hablaban a mí, y sabían de mi vida, y tenían consejos que me servirían de ayuda si conseguía mantenerme despierto el tiempo suficiente. Con esto y con la vela de lavanda conseguía conciliar el sueño muchas noches.

Otras noches abría alguna de las cajas de cartón que no había trasladado al cuarto que daba al norte y me entretenía averiguando cosas que habían acontecido en aquella casa en los años anteriores a mi llegada a ella. En la pradera, la historia y la memoria

parecían tan ajenas como el propio paso del tiempo —como si los vecinos de Partreau hubieran desaparecido no en el pasado sino en otro presente vivo—, lo cual explicaba por qué no había ningún cementerio merecedor del tal nombre, y por qué se había dejado tanto atrás.

Arthur Remlinger me había dicho que había vivido en aquella casucha cuando llegó a Canadá, y muchas de las cosas que había en las cajas eran suyas. En ellas — que se habían ablandado con el tiempo y despedían un tufo rancio— encontré cosas relacionadas con lo que había visto en sus habitaciones del hotel. En una en la que se leía AR escrito a lápiz había libros delgados y llenos de fisuras, revistas amarillentas de la década de los cuarenta, atadas con cordel de algodón. Una era *The Free Thinkers*. Otra *The Deciding Factor*. Había dos libros que ya había visto en su dormitorio del Leonard: *Pasajeros cautivos* y *Análisis del mundo*. No tenía la menor idea de qué eran o de qué trataban. Cuando saqué los ejemplares de *The Free Thinkers*, vi que en la portada de uno de ellos remitía a un artículo del interior firmado por A. R. Remlinger, titulado «Anarcosindicalismo, inmunidad y privilegios». Leí la primera página. Se inscribía en algo llamado la «Lección de Danbury Hatters», y la «Ética del trabajo protestante», y describía con detalle cómo los obreros no «maximizaban su libertad individual». La contraportada informaba al lector de que A. R. Remlinger era un «joven del Medio Oeste que había estudiado en Harvard», y que había puesto su «educación exquisita» al servicio de los derechos humanos de todos los hombres. Era probable que Arthur Remlinger hubiera firmado también artículos en otras de las revistas que había sacado, pero no tenía interés en comprobarlo.

En otras cajas en las que no figuraban las iniciales A. R. encontré pólizas de seguros de vida, un montón de cheques anulados, el permiso de conducir de una mujer llamada Esther Magnusson, un puñado de cabos de lápices amarillos sujetos por una goma elástica, montones de viejos panfletos y un folleto de los bonos de guerra «Vía Láctea para Gran Bretaña»; muchas de estas cosas estaban podridas y habían anidado en ellas los ratones. Algunos de los panfletos tenían que ver con el «Evangelio de la Reforma Social», y con algo llamado los «Templarios reales de la templanza». Había opúsculos de afiliación a «Clubs de amas de casa», boletines sobre «Trigo y mujeres» y la «Guía de los cultivadores de grano». Uno de los folletos trataba de «La liga canadiense», y en su primera página declaraba que los emigrantes extranjeros no estaban soportando el peso que les correspondía, y que los soldados que volvían del frente debían tener «preferencia en la obtención de los mejores empleos». Entre las páginas había una fotografía en blanco y negro de un periódico en la que se veía una cruz en llamas y, de pie ante ella, a un grupo de personas con túnicas y capuchas blancas que les cubrían las caras. Al pie de la fotografía, se veía escrito con tinta desvaída: «Moose Jaw, 1927».

Otra caja contenía latas con bobinas de película, pero sin indicación alguna de qué era lo que mostraban tales bobinas. Una bandera estadounidense doblada «en tricornio» encima de las latas; nuestro padre nos había mostrado a Berner y a mí cómo se hacía. Había dos cajas de zapatos llenas de cartas, muchas de ellas dirigidas a un tal señor Y. Leyton, de Mossbank, Saskatchewan, y con matasellos de 1939 y 1940. Los apretados montones de cartas estaban atados con cordel de embalar, y algunos de ellos con sellos estadounidenses rojos, de tres centavos, con una efigie que reconocí como la de George Washington. Me sentí con derecho a leer al menos una de ellas, ya que a mí nadie me había mandado ninguna desde que estaba en Canadá, y el hecho de leer la de otra persona podía hacerme valorar la presencia de otros seres humanos, de la que mi vida en Partreau carecía casi por completo. La carta decía:

*Querido hijo:*

*Estamos en Duluth, y hemos llegado hasta aquí en coche desde las ciudades en las que todo era realmente bonito (muy moderno). Hace mucho más calor aquí que en la vieja nevera de Prince Albert, de eso no hay duda. No entiendo cómo alguien puede vivir allí... Y el viento... Dios mío. Tú sabes mucho de eso, claro. Estoy tratando de olvidar la mayor parte del canadiense que aprendí de niña en la escuela —por mi mala cabeza—. Jaqueleen me estaba diciendo hace un momento que es una pena que tenga que haber una frontera entre los dos países. Pero yo no estoy tan segura. Supongo que alguien debe de pensar que ellos lo saben todo mejor que nadie. Tennessee es el sitio donde me moriré feliz.*

*Sé (o he oído) que estás pensando en la RCN<sup>[19]</sup>, lo cual es muy valeroso por tu parte (si te gusta el agua). Quiero que te lo pienses mejor, ¿de acuerdo? Tenemos muy poco que ganar con una gran guerra ahora. Podría suceder lo peor. Aunque tú no piensas en ello, por supuesto. Es sólo un pensamiento de tu madre.*

*Tengo una postal que voy a mandarte. En ella se ve a nuestro «Príncipe Azul» en su famoso viaje de adiestramiento a Sask, en el 19 (¡hace veinte años! ¡Dios Santo!). Tú no te acordarás, pero tu padre, tu abuela y yo te levantamos en el aire junto a las vías en Regina, con tu vestidito de estambre, y tú agitabas una pequeña bandera canadiense. Creo que por eso eres tan patriótico. Supongo que no hay razón para que seas de otro modo. Ten cuidado ahora. Ve a recoger esta postal, que no me va a caber en el sobre sin estropearla. Tu padre te desea lo mejor, que es más de lo que jamás me ha deseado a mí.*

*Besos, con cariño,*

*tu madre*

Hurgué hasta el fondo de la caja en busca de la postal del «Príncipe Azul», para saber quién era. Pero cerca del fondo no había sino más montones de papeles atados: de postales de Navidad y recortes resecos de periódicos con fotografías de hombres sonrientes y de pelo rapado y con uniforme de hockey. En el fondo había varias fotos sueltas de mujeres completamente desnudas posando junto a pedestales con muchos adornos y arreglos florales y mesas con libros. Las mujeres eran robustas y sonreían tan alegremente como si estuvieran vestidas. Yo nunca había visto fotografías semejantes, aunque sabía de su existencia porque había oído hablar de ellas en el colegio. Podían comprarse en unas máquinas que había en la feria estatal. Me pasé un buen rato mirando detenidamente cada una de ellas, y al final metí tres en un tomo del *World Book*, porque sabía que tendría ganas de volver a mirarlas. Y las tuve, y las miré. Las conservé durante años.

En el fondo de la caja había además unas gafas de montura de alambre, y un anillo de oro. El anillo estaba en una lata amarilla de aspirinas Bayer, en cuyo interior había dos aspirinas sin su tersura original y una pulsera de dijes con una réplica de la Torre Eiffel. Sabía que había un anillo dentro de ella antes de verlo realmente. Que nadie me pregunte por qué. *Seguramente es un anillo de boda*, casi llegué a decirme. Comprendí, cómo no, que representaba un desenlace en el pasado perdido de alguien, y que no era nada bueno.

La mayoría de las cajas no las examiné a conciencia. Una contenía periódicos de Regina. Otra ropa y zapatos embarrados que los ratones habían intentado roer. Otra documentos, recibos, montantes de cosechas de trigo, facturas del elevador de grano y de la compra de un tractor Waterloo Boy nuevo. Otra montones de impresos sin abrir de las elecciones de 1948 en Saskatchewan, expedidos por la Federación Cooperativa de la Commonwealth y el «Social Credit». Traté de imaginar cómo se habían agolpado allí, en aquella casa, las vidas de muchas personas o familias. Muchas, muchas —pensé—..., y era como si hubieran confiado en volver algún día de su presente a reclamarla, y no lo hubieran hecho. O hubieran muerto. O hubieran decidido dejar aquella vida atrás para intentar otra mejor en alguna parte.

Me pregunté, sin embargo, qué habría querido decir Arthur Remlinger cuando me dijo que los estadounidenses nunca permitirían que siguiera en pie un lugar como Partreau. Lo quemarían como si vieran en él una crítica al progreso. Pero mientras iba poniendo las cajas en su sitio, contra la pared batida por las corrientes de la cocina, concluí que probablemente Arthur Remlinger tenía razón. Mis padres, gente que no poseía nada, ajena a toda permanencia, que jamás había tenido una casa, que siempre se habían mudado ligeros de equipaje y cuyas escasas cosas propias (con excepción de Berner y de mí) les habían sido arrebatadas para arrojarlas al vertedero de Great Falls, mis padres eran esa gente a la que se había referido Arthur Remlinger, a la que nada le habría importado la suerte de Partreau, aunque tampoco lo habrían quemado.

Eran gente que escapaba del pasado, que no miraba mucho atrás si podía evitarlo, y cuya vida entera había estado siempre en algún punto del futuro inmediato.

Estaba aprendiendo muchas cosas a un tiempo: cómo emplazar los fosos de tiro para que el sol de la mañana no diera en ellos demasiado temprano sino que siguiera aún lo bastante alto, sobre una elevación del terreno, para que los Sports pudieran ver sin que la luz los cegara y pudieran estar listos para disparar cuando alzarán el vuelo desde el río las bandadas de gansos. Aprendí a colocar los pesados señuelos de madera a derecha e izquierda de los fosos, y a dejar un espacio de «toma de tierra» para que los gansos pudieran posarse, pensando que todo seguía igual que la noche anterior, aunque nunca lo bastante lejos como para atraer su atención hacia los rifles o las caras blancas de los cazadores, con frecuencia demasiado ansiosos por empezar a disparar. Charley decía que los estadounidenses solían ser gordos o viejos, o las dos cosas, y no podían soportar dar cuenta del estofado de quimbombó de Regina frío, desmenuzable, dentro de los fosos y siempre estaban poniéndose de pie y saliendo de ellos a destiempo. Los patos, decía Charley —porrones oscilados, ánades rabudos y canvasbacks—, siempre llegaban los primeros, chillando sobre los fosos como fantasmas surgidos de la oscuridad, bajos y ladeados y bulliciosos. Si se les disparaba, sin embargo, se asustaba a los gansos, que tenían buen oído, y por lo tanto se desaconsejaba hacerlo. Yo mismo tenía que tener mucho cuidado al cambiar de sitio los señuelos, porque los Sports disparaban contra todo lo que pensaban que habían visto u oído. Había gente que había muerto por esta causa. En cierta ocasión, el propio Charley había sido alcanzado por dos cartuchos y le habían quedado cicatrices. Permitía cargar los rifles sólo cuando él había dado la señal, aunque seguía habiendo «bombarderos», que eran los verdaderamente peligrosos. Yo era responsable de informarle sobre cualquier Sport que pareciera estar borracho, aunque todos ellos solían quedarse bebiendo en el bar hasta muy tarde la noche anterior, y solían oler a alcohol. También tenía que informarle sobre cualquiera que pareciera enfermo o le costara andar o moverse o no tuviera cuidado al manejar su escopeta. Charley comprobaba las licencias y ordenaba cuándo se empezaba a disparar y cuándo se dejaba de hacerlo: cuando el sol estaba alto y los gansos podían ver el suelo. Como ya he dicho, me quedaba en la camioneta y veía por los prismáticos los gansos abatidos, y los heridos, y llevaba la cuenta, porque los guardas siempre estaban por los alrededores y lo vigilaban todo con prismáticos más potentes que los míos, y dividían los gansos que caían por el número de cazadores, y venían a hacer comprobaciones cuando las cuentas nuestras y las suyas no cuadraban. En tal caso dejaban citaciones, confiscaban rifles, veían quién estaba borracho, multaban a Charley, y multaban mucho más a Arthur Remlinger, y le obligaban a pagar grandes sumas de dinero para evitar investigaciones más rigurosas sobre sus actividades en la ciudad: las chicas filipinas, el garito de juego contiguo al comedor, y todas aquellas

cosas que pudiera hacer Arthur Remlinger que no contaran con la aprobación de las autoridades de la ciudad. Arthur Remlinger tenía permiso para un «servicio de guía», aunque no fuera él quien hiciera de guía ni supiera nada sobre caza ni sobre gansos, ni le importara en absoluto ninguna de las dos cosas. Él era el propietario, y hacía las reservas, y llevaba las cuentas, y alojaba a los Sports en el hotel, y se embolsaba su dinero; parte del cual iba a parar a Charley, que a su vez me daba a mí una pequeña parte. Aunque se daba por descontado que los Sports repartían propinas cada día de caza, cuando cesaban los disparos —normalmente en dólares estadounidenses—, y todo el mundo contento.

Uno de los últimos días cálidos de principios de octubre, después de que Charley y yo hubiéramos pasado la mañana reconociendo el terreno y abriendo fosos de tiro en los campos frecuentados por los gansos, salí de Partreau en mi vieja bicicleta y enfilé la carretera en dirección a Leader, a unos treinta kilómetros al oeste. Estaba decidido a encontrar el colegio para chicas difíciles del que me había hablado la señora Gedins, situado a apenas unos diez kilómetros más allá del montículo, en la localidad de Birdtail. Pensaba preguntar si podría inscribirme como alumno en algún momento del futuro próximo, quizá en invierno, cuando mis obligaciones con la caza de gansos hubieran terminado y me hubieran dejado más o menos libre. No sabía exactamente lo que era una «chica difícil». Pensaba que tal vez significaba que se hallaba en un momento de paso delicado, entre un sitio y otro; como yo, por ejemplo. Tampoco creía que hubiera colegios sólo para chicas. Tendrían que admitir al menos a algún chico, incluso allí en Canadá. La señora Gedins me había dicho que era un colegio de monjas. Y por la experiencia de mi madre con las Hermanas de la Providencia, pensaba que las monjas eran mujeres abiertas y generosas, y que estarían deseosas de ayudarme: ésa era su misión, y por ella habían renunciado a casarse y a llevar una vida normal y corriente. No tendría que importar que fuera norteamericano. No le diría a nadie que mi madre era judía, ni que mi padre y ella estaban en la cárcel en Dakota del Norte. La vida había empezado a exigir mentiras para poder vivirse. Y yo estaba deseando decir una, o muchísimas más, con tal de poder ir al colegio y no quedarme atrasado en todo.

También tengo que decir que empezaba a pensar que estaría bien tener trato con chicas. Por supuesto, Berner era una chica. Pero la mayor parte de nuestra vida nos habíamos tratado como si fuéramos la misma cosa, dado que éramos mellizos. Y esa misma cosa no era ni masculina ni femenina, sino algo intermedio que nos incluía a los dos. Aunque, claro está, eso no había durado. Charley me había llevado en dos ocasiones al restaurante de chop-suey de Main Street. Y las dos veces había visto a los hijos chinos del propietario sentados en la penumbra de una mesa del fondo, haciendo los deberes. Había prestado una atención especial a la bonita cara redonda

de la hija, que parecía de mi edad. Las dos veces se había fijado en mí, pero sin dejar que se le notara. A partir de entonces, cuando daba mis paseos por Partreau, o mientras disponía las piezas de ajedrez en la soledad de mi casucha, me permití varias veces la fantasía de que llegábamos a ser amigos. Y que venía a verme. Hablábamos mientras paseábamos por la población desierta, y luego jugábamos al ajedrez. (Estaba seguro de que sabía jugar al ajedrez mejor que yo). Incluso albergué la fantasía de que la ayudaba a hacer los deberes. No hubo nunca nada más que eso en mis pensamientos. No llegué jamás a conocerla ni a hablar con ella. Nuestra amistad no existía más que en mi cabeza. Tales cosas no podían suceder nunca en la realidad, y no sucedían. La soledad te hacía comprender este hecho triste de la vida, y al mismo tiempo imaginar que no sólo eso sino muchas más cosas podrían ser diferentes.

La carretera y la pradera del oeste de Partreau no eran distintas del terreno que partía del montículo hacia el este, hacia Fort Royal. Aunque, montado en mi bicicleta, me parecía un paisaje nuevo, como si fuera un terreno que no compartía con nadie. No eran sino campos desnudos, ondulantes, con fardos de paja diseminados aquí y allá hasta que la vista se perdía, y puntos negros —bombas de petróleo—, y en el cielo gansos nuevos en bandadas centelleantes, y humo de un gris blanquecino en el horizonte, donde un granjero quemaba zanjas con rastrojos.

Cuando llegué al rótulo de Birdtail, no vi ni rastro de población alguna. Las vías de la Canadian Pacific discurrían junto a la carretera, lo mismo que en Partreau y Fort Royal. Pero no había paso a nivel —debió de haber uno cuando existía el núcleo humano—, ni arbustos de caraganas ni un molino ni un elevador de grano ni unos cuadriláteros de cimientos donde en el pasado se hubieran levantado las casas. No creía que la señora Gedins se hubiera tomado la molestia de mentirme. Me quedé allí sentado, mirando el cielo y los alrededores, donde no había ningún colegio, y luego decidí seguir como un kilómetro o kilómetro y medio más hasta encontrar el rótulo de Birdtail en el lado opuesto de la carretera, si es que había alguno. Y cuando llegué a él leí: «Colegio de las Hermanas del Santo Nombre». Una flecha señalaba un camino de grava que partía de la intersección con la carretera y se adentraba hacia el sur en los campos. Había una cruz cristiana pintada encima de la leyenda del colegio. En la cima de la colina adonde llevaba el camino había una casa abandonada, y más allá el camino se perdía en el cielo azul. El colegio podía estar a cualquier distancia. A quince kilómetros, por ejemplo. Yo había conducido la camioneta de Charley —con Charley a mi lado— kilómetros y kilómetros de aquella pradera, y no había visto ni señal de seres humanos que vivieran o hubieran vivido allí alguna vez. Y sin embargo el colegio, para mí, era una meta muy importante. Podía pedalear hasta que lo divisara a lo lejos, y ver lo que pensaba al respecto.

Guié la rueda delantera de la bici por la rodada arenosa del camino. La vieja Higgins de Charley avanzaba bamboleándose y dando tumbos sobre las piedras y la



grava, y me costaba pedalear cuesta arriba. Aunque una vez hube alcanzado la cima de la colina, donde se alzaba la casa abandonada, se abrió ante mí una vista de kilómetros a la redonda, y vi que el colegio —o lo que por fuerza tenía que ser el colegio— se hallaba justo al pie del otro lado de la colina. Era un edificio grande, cuadrangular, de cuatro alturas y ladrillo rojo, plantado en una depresión de la pradera vacía; su aspecto no era muy diferente del que habría tenido el instituto de Great Falls, de haber estado allí. Pero en cuanto vi el edificio supe lo que significaba «difíciles». Significaba lo que Berner y yo habríamos sido si la autoridad del tribunal tutelar de menores hubiera llegado a tiempo para hacerse cargo de nosotros. Huérfanos. Sólo unas niñas huérfanas podrían estar en un lugar así.

El ancho cuadrilátero que ocupaba el colegio se había ganado a una tierra de pastos contigua a un estrecho arroyo seco. El trigo crecía en el banco elevado que daba a él. Había árboles altos y delgados en el césped, y se veían unas figuras diminutas diseminadas sobre ella; las chicas difíciles, pensé. El sol vivo de octubre —que me hormigueaba en el cuello sudoroso— daba al centro una apariencia yerma e inmóvil. Estuve a punto de darme la vuelta y regresar a la carretera. Aquél nunca sería un lugar con grandes robles y un campo de fútbol y chicos de mi edad deseosos de aceptarme, lo que había estado a punto de tener en Great Falls. Nunca sería lo que yo había deseado. Era Canadá.

Pero había llegado hasta allí. Así que dejé que la bicicleta rodara por la accidentada ladera abajo. Sería la una de la tarde. Dos halcones describían lentos círculos en lo alto del cielo. Cuando al llegar al camino llano empecé a pedalear al mismo nivel de terreno del colegio, algunas de las chicas que estaban sentadas en el césped, charlando en grupitos mínimos —y otras que paseaban por el perímetro del césped— me vieron. Muy poca gente, pensé, se aventuraría hasta allí en bicicleta, ya que cuando llegaran no podrían hacer otra cosa que volver sobre sus pasos.

Una monja alta con hábito negro y toca blanca estaba de pie en las escaleras de la entrada, vigilando el jardín. Era después de la comida. Estaba hablando con una de las chicas, que se reía. Al verme, me siguió con la mirada desde el otro lado de la pradera de césped.

Donde los terrenos del colegio lindaban con el camino se levantaba una puerta alta con barrotes, aislada y sin cerca alguna; algo muy extraño, pues cualquiera que lo deseara podía salir o entrar en el colegio a su antojo. No tenía nada que ver con lo que yo pensaba que era un orfanato. Más adelante, el camino se adentraba en los terrenos del colegio. Vi coches aparcados a lo largo de un lado del edificio. Las puertas con barrotes de la entrada estaban cerradas con cadenas y candados, y, en lo alto de ellos, en la franja de metal que unía las pilastras de ladrillo de ambos lados, una figura dorada de Cristo con los brazos extendidos daba la bienvenida a los recién llegados, si es que alguna vez se abría para que entrara alguien.

Seguí allí sentado en la bicicleta, sudando, a pesar de que un viento gélido soplab a lo largo del camino por el que acababa de bajar. Tendría que encararlo cuando emprendiera el camino de vuelta. No se veía a ningún chico en los terrenos del colegio; ni al otro lado del portón ni trabajando en el césped. Tenía que haber algún chico en alguna parte, pensé. No había sitios donde los chicos no fueran bienvenidos o se necesitaran chicos para algo.

Dos de las chicas del jardín se habían acercado hasta donde yo estaba sentado en la bici, mirando el colegio desde el otro lado del portón de la entrada. Una era alta y enjuta, de tez basta y boca dura y arrugada que le daba una aire de adulta. La otra era de mediana estatura, pelo castaño y cara cuadrada y nada atractiva. Y tenía un brazo más pequeño que el otro, aunque no más corto. Su sonrisa era agradable, me complació ver, y la dirigió hacia mí desde el otro lado de los barrotes. Las dos llevaban un vestido idéntico, informe y azul, y zapatillas de tenis blancas y calcetines verdes hasta los tobillos. En el lado de la pechera donde debería haber habido un bolsillo llevaban tres palabras bordadas en blanco: EL SANTO NOMBRE. Era una ropa parecida a la que mi madre llevaba en su celda cuando Berner y yo fuimos a verla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo la chica alta y de aspecto más mayor, en tono duro y hostil, como deseando que me marchara. Su cuerpo larguirucho parecía relajarse al hablar. Ladeó una cadera, como a la espera de que le respondiera algo ingenioso, tal como habría hecho Berner.

—Sólo he venido a ver el colegio —dije, y me sentí muy en evidencia estando allí. No estaba en Norteamérica. No tenía nada que hacer en un colegio del que no sabía nada en absoluto. Pensé que lo que seguramente tenía que hacer era marcharme.

—No tienes permiso para estar aquí —dijo la chica agradable del brazo escuálido. Volvió a sonreírme, aunque me di cuenta de que no de forma amistosa. Era una sonrisa sarcástica. Le faltaba uno de los dientes delanteros, y se le veía un hueco oscuro en la boca, con lo que su sonrisa dejaba de ser agradable. Las dos tenían las uñas todas mordidas, arañazos en los brazos, bultitos como infectados alrededor de la boca y vello en las piernas, como yo. Era imposible que aquellas chicas pudieran llegar a ser amigas mías.

Más allá de ellas, la monja alta empezó a bajar las escaleras desde las que antes había estado vigilando. El hábito, con el aire, se le inflaba alrededor de los tobillos. Otras chicas del jardín se pusieron de pie y nos miraron a los tres que estábamos junto al portón, como si se estuviera produciendo algún contratiempo. Mientras se acercaba hacia nosotros, la monja movía los brazos y daba grandes zancadas con sus piernas largas. Decidí marcharme antes de tener que discutir con ella, con el riesgo de que llamara a la policía. Las dos chicas miraron hacia ella, pero no parecieron concederle la menor importancia. Se sonrieron una a la otra de un modo satisfecho y malicioso que tenían muy ensayado.

—¿Tienes alguna especie de novia? —dijo la chica más mayor.

Sacó las manos a través de los barrotes y se puso a mover los dedos hacia mí. Yo me aparté. La chica china de Fort Royal nunca movería los dedos en dirección a mí.

—No —dije.

—¿Cómo te llamas? —dijo la chica más menuda y del brazo escuálido.

Apreté el manillar y puse el pie en el pedal, listo para salir de allí inmediatamente.

—Dell —dije.

—¡Largo de aquí! ¡Tú, largo de aquí! —La monja se había puesto a gritarme mientras se acercaba hacia nosotros con largas zancadas sobre el césped; llevaba una especie de arnés de cuentas alrededor de la cintura y una gran cruz que oscilaba en su pechera, y la cara —muy lavada y blanca: boca, ojos, mejillas, frente— estrechamente circunscrita por una tela almidonada y blanca.

—¡Largo de aquí! —repitió a gritos.

Las dos chicas se volvieron de nuevo hacia ella, e intercambiaron unas miradas crueles.

—Tú, jovencito, vete. ¿Qué estás haciendo aquí?

La monja seguía gritando, como si estuviera a punto de pasar, o ya hubiera pasado, algo terrible.

—Esa vieja puta —dijo la chica mayor, como si fuera lo más natural emplear ese lenguaje.

—La odiamos. Si se muriese, nos alegraríamos —dijo la chica más menuda.

Tenía los ojos pequeños, estrechos y oscuros, y al decir esto se le abrieron como platos, como si se escandalizara de lo que había dicho.

—Dell es nombre de mono en el sitio de donde vengo. Shaunavon, Saskatchewan —dijo la chica mayor, sin inmutarse ante la monja que se acercaba a grandes pasos.

De pronto, estiró uno de sus brazos largos a través de los barrotes y me agarró una muñeca con toda su fuerza. Traté de zafarme, pero no pude. Y ella empezó a tirar de mí, mientras la otra chica se reía. Me incliné hacia un lado, con el solo apoyo de la pierna derecha y del talón del zapato, y empecé a ceder hacia abajo.

—No las toques —me gritaba la monja.

Yo no estaba tocando a nadie.

—Nos tiene miedo —dijo la chica menuda, y emprendió la retirada, mientras su compañera me seguía aprisionando a través de los barrotes. La chica mayor me miraba fijamente, torturándome y disfrutando al hacerlo. Me hundía las pequeñas uñas mordidas al ras en la piel de la muñeca, como si quisiera desgarrarla.

—Suéltale, Marjorie —gritó la monja, que había llegado casi al portón—. Te va a hacer daño.

Los pesados faldones le impedían moverse con soltura.

Marjorie me estaba desmontando de la bici y pegándome contra los barrotes.

—Para ya —dije—. No tienes por qué hacerme esto.

—Pero quiero hacértelo. —Marjorie tiraba de mí y me pegaba contra los barrotes; quería hacerme algo. Pegarme, pensé. Era mucho más fuerte que Berner, y más grande. Tenía el semblante tranquilo, pero me miraba con dureza con sus grandes ojos azules, y apretaba con fuerza los músculos de la mandíbula, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo. Era más joven que yo. Tendría catorce años, pensé, no sé por qué—. Quiero hacerte un hombre —dijo—. O montarte una buena.

La monja llegó al portón, agarró a Marjorie por el hombro y tiró de ella hacia atrás. Pero Marjorie no me soltaba. La monja la cogió de la barbilla y le dio la vuelta a la cabeza para que dejara de encarar la puerta enrejada.

—Muy mal, muy mal, muy mal —dijo, furiosa, a través de sus labios crispados y pálidos. El hábito negro le dificultaba el movimiento. Sus ojos se fijaron en mí, que seguía pegado al portón, al otro lado—. ¿Qué estás haciendo aquí? —dijo. Su cara estaba enrojeciendo—. No eres de aquí. Vete.

Era también muy joven. Tenía el cutis muy suave y limpio, a pesar de estar tan enfurecida. No era mucho mayor que Marjorie, o que yo.

Empezó a sonar una campana. Yo estaba ya casi fuera de mi vieja bici, pero aún no me había caído de ella por completo. Marjorie seguía agarrándome con fuerza —su mano me quemaba la piel del brazo—, sin expresión alguna en el semblante. Con la mano izquierda hice palanca bajo los dedos férreos que me estaban hiriendo la piel. Le levanté uno de ellos, y luego otro. No quería hacerle daño. Y por fin me zafé. Retrocedí dando tumbos, tropecé con la bicicleta, caí al suelo de grava y me quedé sin resuello.

—¿Quién eres? —La monja me miraba airadamente a través de los barrotes. Tenía la cara muy lavada, y brillante, y furiosa. Ahora agarraba con firmeza los hombros de Marjorie, que se había puesto a sonreír como si acabara de hacer algo gracioso—. ¿Cómo te llamas? —dijo la monja.

Yo no quería decirle nada de mí mismo. Empecé a levantarme y a levantar la bicicleta del suelo de grava.

—Se llama Dell —dijo Marjorie—. Un nombre de mono.

—¿Por qué estás aquí? —dijo la monja, sin soltar los hombros de Marjorie.

—Quería ir a un colegio, eso es todo.

Me sentía ridículo allí en el suelo, arrodillado junto a la bici, reducido de tamaño.

—Éste no es para ti. —Su acento era diferente del de cualquiera que yo hubiera oído en mi vida. Hablaba rápido, y escupía las palabras en dirección a mí. Sus ojos oscuros y planos estaban furibundos, furibundos contra mí—. ¿Dónde vives?

—En Partreau —dije—. Trabajo en Fort Royal.

Todas las chicas del jardín se dirigían hacia las escaleras, donde se iban disponiendo en fila para entrar en el edificio del colegio. En lo alto de las escaleras

había ahora otra monja, baja y corpulenta, con las manos juntas delante de ella. Marjorie seguía sonriéndome a través de los barrotes, como si estuviera viendo a alguien lastimoso.

—Quería besarte —me dijo en tono ensoñador—. Pero tú no querías besarme a mí, ¿verdad?

—Vuelve adentro —dijo la monja.

Soltó los hombros de Marjorie, y la empujó hacia las escaleras. Marjorie echó la cabeza hacia atrás, se volvió con aire teatral, rió estentóreamente y se puso a andar para alcanzar a su amiga.

—Lo siento —dije.

—No quiero volver a verte por aquí nunca más —dijo la monja joven a través de los barrotes. Sacudió la cabeza en dirección a mí, adelantó la cara y me miró de forma airada para cerciorarse de que le había entendido—. Si vuelves a venir, llamaré a los guardias. Y te llevarán con ellos. ¿Te acordarás de lo que te digo?

—Sí —dije—. Lo siento.

Quería decir algo más, pero no se me ocurría nada. No sabía lo que era sentirse «desesperado», pero era así como me sentía. La monja joven se alejaba ya del portón, y los pesados faldones negros le bamboleaban a la luz del sol. Yo había puesto en pie mi bicicleta, y le di la vuelta sobre la grava. Me monté en ella y empecé a pedalear ladera arriba, cara al viento, hacia la carretera, rumbo a Partreau.

Florence La Blanc vino a Partreau en su pequeño Metropolitan rosa y dejó un grueso sobre de papel manila apoyado contra la puerta de mi casucha. Se había enviado desde Estados Unidos con las palabras *Para entregar a Dell Parsons* garabateadas al pie en una letra que no reconocí. Fue unos días después de mi excursión al colegio de las chicas difíciles, y la semana en que debía trasladarme a Fort Royal a causa de la llegada de más Sports a la ciudad para la caza del ganso. Charley había recibido la orden de instalar a uno de ellos en el otro catre de mi casucha, y no se juzgaba «conveniente» (era Florence quien había emitido tal juicio, según supe) que yo durmiera solo en un cuarto con un adulto desconocido. Charley había esbozado una sonrisita de suficiencia al saber esto, y dijo que aquellos cazadores de gansos beodos se ponían «muy cariñosos» después de la medianoche. En la tercera planta del Leonard, en el pasillo donde estaban las habitaciones de Arthur Remlinger, estaba el llamado «cuarto de las mopas». Me asignaron ese cuartito para dormir, y el aseo de abajo —el de los operarios de las prospecciones petrolíferas y los empleados del ferrocarril—, y un orinal esmaltado en blanco para pasar la noche. Charley me recogería en su camioneta para que me ocupara de mis tareas en la caza de gansos. Empezaba a hacer más frío y más viento, y me parecía estupendo dejar de pedalear hasta Partreau y de dormir en mi cuartucho lleno de corrientes y de no ver nunca a nadie. Así, una vez terminara de limpiar los gansos, estaría más disponible para hacerles recados a los Sports a cambio de propinas, y podría pasar el rato en el bar por la noche. Si me mantenía ocupado y tenía menos tiempo para mí mismo, no pensaría en mis padres ni en el colegio ni en Berner; todo lo que era para mí tan importante, y que tan triste me ponía.

Yo tenía muy poca relación con Florence La Blanc. Charley me había contado que era propietaria de una tienda de tarjetas de felicitación en The Hat, y que era viuda, y que en un tiempo había sido una beldad local que prodigaba sus encantos cuando su marido estaba defendiendo Hong Kong en 1941. Cuidaba de su anciana madre. Pero también era una artista a la que le gustaba beber en el hotel y jugar a las cartas en el garito, al que se suponía que no le estaba permitido entrar. Florence gustaba a todo el mundo. Su acuerdo personal con Arthur Remlinger le convenía porque era un hombre con dinero y buenos modales, y apuesto, a pesar de ser reservado, estadounidense y más joven que ella. Cuando se cansaba de él, se volvía a The Hat.

A veces, cuando estaba en mi casucha, miraba hacia el exterior y veía a Florence ante su caballete en algún rincón de Partreau; una vez cerca del fondo de la localidad, de cara a las caraganas, a través de las cuales se divisaba la bomba de petróleo y las colmenas blancas; otra vez la vi de pie en mi calle, pintando el remolque de Charley,

y su Quonset. Me estaba terminantemente prohibido inmiscuirme en la vida privada de Arthur Remlinger. Pero nadie me había dicho nada sobre Florence, que siempre se había comportado de modo amistoso conmigo, aunque guardando las distancias, así que me sentía autorizado a hablar con ella. Nadie venía a Partreau; la mayoría de los días no hablaba con nadie. Pensé, por tanto, que no le importaría si le dirigía la palabra. Así que cuando la vi sentada en el taburete de madera, con un blusón de color marrón y un sombrero negro de tela flexible, pintando en la calle que discurría frente a la oficina de correos desierta, me acerqué hasta ella a través de las malas hierbas y los desechos de las parcelas donde un día se habían alzado las casas, con intención de ver lo que un pintor hacía para pintar un cuadro de verdad, no una mera estampa que se colorea por números —algo que sabía que no podía considerarse pintura ni arte.

Cuando me vio acercarme a ella —era la tarde en que me había dejado el sobre de papel de manila apoyado contra la puerta—, Florence levantó el largo pincel que tenía en la mano y lo hizo oscilar en el aire como si fuera un metrónomo. Lo entendí como una señal de que me reconocía —aunque siguió con la mirada en la pintura, como si fuera muy importante no apartar la vista del lienzo.

—Te he dejado un sobre misterioso —dijo, sin mirarme—. Eres mucho más alto que hace un mes. ¿Es posible?

Florence se dio la vuelta y me miró, sonriendo. No era una mujer grande, y tenía una cara bonita y franca, una boca de amplia sonrisa y una voz ronca que sugerían que se lo pasaba estupendamente. Podía imaginarla riendo a carcajadas. A veces Arthur Remlinger y ella bailaban en el bar algunas piezas de la máquina de discos; les había visto hacerlo. Ella lo mantenía a la distancia de un brazo, muy tiesa, y él llevaba uno de sus trajes elegantes, y mostraba un aire grave y ejecutaba con desmaña un paso de baile básico que a los demás clientes del bar les hacía echarse a reír, y a ella también. Como he dicho, a Florence le gustaba también jugar a las cartas en lo que ella llamaba «el foso del juego»: la salita contigua al bar, donde yo rara vez entraba. Su pelo rubio corto y rizado tenía vetas de gris, y «cargaba algo de peso en el bolsillo», como decía mi padre de ciertas mujeres. Debía de tener cuarenta y tantos años, y me daba cuenta de que había sido más guapa cuando era joven y delgada y temeraria, y su marido estaba combatiendo en la guerra. En las mejillas se le veían unas venillas mínimas, que yo sabía que eran señal de una vida dura, y sus ojos chispeantes se estrechaban cuando sonreía, hasta el punto de que casi desaparecían. A mi juicio, no encajaba bien como dama amiga de Arthur Remlinger, pero era alguien que a mí sí me podía gustar. Me alegró mucho que hubiera reparado en mí hacía unas semanas.

Me quedé detrás de Florence, y a un lado, de modo que podía ver de frente lo que estaba haciendo. Sólo había visto la pintura del elevador de grano en el dormitorio de

Arthur Remlinger, sin saber lo que era la «Escuela Nighthawk», ni nada sobre Edward Hopper ni sobre cómo una persona podía lograr una imagen reconocible tan sólo con unos simples tubos de pintura. Supongo que tienes que hacer ejercicios de ojos, como los que hacía mi padre, para llegar a ver las cosas con suma precisión.

Florence estaba pintando en medio de la calle Manitoba. Lo que pintaba era simplemente la vista en línea recta de más allá de la oficina de correos desierta, y un par de casas allanadas y expoliadas al final de la hilera de locales comerciales por donde yo solía pasear, un lugar con vida cuando Partreau era una ciudad en toda regla. El cielo, en lo alto de los edificios, aún no estaba pintado y era sólo un espacio de lienzo vacío. El elevador de grano y los campos de trigo que se divisaban más allá de las vías del tren, en dirección al horizonte, también estaban aún por llegar. No entendía cómo aquello podía constituir un tema para pintar, ya que todo estaba allí mismo para cuando alguien quisiera mirarlo, y no era bello; nada parecido a las cataratas del Niágara del cuadro de Frederic Church, o a los arreglos florales que mi padre solía componer coloreando estampas por números. Pero me gustaba, y debería habérselo dicho por cortesía. Lo que dije en lugar de ello (y deseé que se me hubiera ocurrido algo mejor) fue:

—¿Por qué pinta eso?

El viento movía a un lado y a otro las hierbas secas. El día se iba poniendo gris a medida que la línea de un frente oscurecía el cielo azul del este. Los móviles colgantes de Charley giraban en el aire endemoniadamente. Oscilantes bandadas de gansos se acercaban apresuradamente desde el norte, con el último sol de la tarde. No parecía un día muy apropiado para pintar.

—Oh —dijo Florence—, pinto cosas que me gustan, ¿sabes? Cosas que de otra forma nunca llegarían a ser bonitas. —Sostenía la paleta de madera con el pulgar izquierdo metido en el agujero. La paleta tenía pequeños montoncitos de pintura de diferentes colores. Florence mezclaba dos o tres de ellos con la punta del pincel, y luego ponía la pintura en el lienzo. Lo que estaba pintando era exactamente lo que yo veía, lo cual interpreté como el estilo de la escuela Nighthawk americana, y parecía un milagro, aunque algo peculiar. Tampoco entendía lo que quería decir Florence con lo de que la oficina de correos se volvía bonita en su pintura. Como la oficina de correos que veía en ella se parecía mucho a la de la realidad, no se había vuelto bonita en absoluto—. Nunca he sido una pintora de verdad —dijo Florence—. Mi hermana Dinah-Lor sí que era una pintora. Antes de que se le rompiera el corazón. Mi padre también fue pintor; en la tradición primitiva, ya que lo que realmente hacía era cortar hielo en Souris, Manitoba. Quizá por eso estoy pintando aquí en South Manitoba Street. —Volvió hacia mí su cara redonda y regordeta. Sus ojos estrechos eran castaños y centelleantes, y sus manos de dedos cortos fuertes y enrojecidas de tenerlas expuestas al viento helado—. Tú ni siquiera sabes qué es eso de Manitoba,



¿verdad, Dell? ¿O sí?

Se divertía. A mí me parecía que siempre se lo pasaba estupendamente.

—Sé lo que es —dije.

Era una provincia. Me gustó que ella supiera mi nombre. Pero yo no sabía mucho más de Canadá de lo que Mildred y Charley me habían contado. Y ahora estaba pensando en lo que me acababa de decir: que me veía más alto. Me había hecho feliz ser más alto, pero no creía que un mes fuera tiempo suficiente para que pudiera darse ese cambio. Lo que en realidad me sentía desde que estaba allí era más pequeño.

—Probablemente no sabes siquiera lo que significa Saskatchewan —dijo Florence, mirando el lienzo por encima de la paleta.

—No —dije.

—Bien. Me alegra decirte que significa «el río de aguas rápidas», y de eso no hay mucho donde ahora estamos. Es en lengua cree, que yo no hablo. Lo único que necesitas es un mapa y un libro de historia. Verás que Manitoba, donde nací, no está muy lejos de aquí, en velocidades de Sputnik. —Pronunció «sputnik» de forma diferente a como lo había oído pronunciar en la radio. Pronunció una «u» larga, como para que rimara con «root»<sup>[20]</sup>, de igual forma que Rudy había pronunciado «Roosevelt». Spootnik. Siguió oscureciendo la fachada blanca de la ruinosa oficina de correos, para que casara con su grado de deterioro actual—. Disfruto haciendo cosas al aire libre —dijo—. Y también me aburro, por supuesto. Antes siempre pasaba de largo esta pequeña ciudad cuando venía de The Hat a ver a Arthur. En los días románticos del principio. Aún había gente viviendo en una o dos casas. Y un día, de alguna forma, me llamó. —Miraba la pintura, y frunció el ceño—. ¿Te ha pasado a ti alguna vez? Oyes una palabra siempre de la misma forma, y un día, de repente, tiene un significado completamente diferente. A mí me pasa continuamente.

A mí también me había pasado. Me había pasado con la palabra «criminal». Siempre había significado una cosa: Bonnie y Clyde, Al Capone, los Rosenberg. Ahora significaba mis padres. Pero no iba a decirlo. Dije:

—Sí. Me ha pasado.

—¿Y? ¿Te gusta la gente de aquí? —Florence me miró por tercera vez para cerciorarse de que me percataba del cuidado con que aplicaba la pintura a la oficina de correos. Le gustaba, me daba cuenta, que la observaran mientras pintaba—. Los canadienses siempre quieren que a la gente les guste su país. Y nosotros. Sobre todo que les gustemos nosotros. —Dio una pequeña y cuidadosa pincelada a la puerta de la oficina de correos, y luego volvió la cabeza hacia un lado y miró la puerta desde ese ángulo—. Pero... Luego, cuando ya os gustamos, empezamos a sospechar que quizá os gustamos por razones equivocadas. Norteamérica debe de ser muy diferente. Tengo la sensación de que allí nadie se preocupa gran cosa de nada. No sé mucho de vuestro país. En Canadá la clave es hacer las cosas por las razones correctas.

—Sí, me gusta —dije.

Aunque nunca había pensado en Canadá en ese sentido concreto. Suponía que no me gustaba, porque estaba allí en contra de mi voluntad, y a nadie le gusta eso. Pero no estaba muy seguro de que ahora quisiera marcharme, pues no tenía adónde ir.

—Bien... —Florence se encorvó y se inclinó hacia delante en su taburete, y apartó de sí la paleta, y con uno de sus pulgares cortos y de uñas pintadas de rojo manchó levemente la puerta de la oficina de correos, a fin de que se pareciera más a la puerta grisácea que estábamos contemplando—. Eso está bien —dijo, concentrándose—. No es divertido ser infeliz, supongo. —Se echó hacia atrás en la banqueta, y se quedó mirando fijamente lo que acababa de hacer—. La vida se nos da vacía. Tenemos que inventar la parte feliz. —Se limpió el pulgar en el blusón castaño (lo había hecho muchas veces antes), se incorporó y, muy erguida, se puso a admirar su obra—. ¿Vives en un sitio bonito, en tu país? ¿O donde vivías antes? Nunca he estado en Estados Unidos. Nunca he tenido tiempo.

—Me gustaba el colegio.

Me habría gustado si hubiera podido ir, pensé.

—Eso está muy bien —dijo Florence.

—¿Sabe por qué me tiene aquí el señor Arthur Remlinger? —pregunté.

No pensaba decir eso. Pero era un gran desahogo hablar con alguien a quien parecía gustarle.

Florence ladeó la cabeza hacia un costado del caballete y miró la calle vacía que conducía a la carretera, donde en ese momento estaba pasando el segundo Greyhound diario. Y volvió a mirar el cuadro, jugueteando con el pincel entre el pulgar y el índice. Unas hebras de pelo rubio le ascendían desde la parte de atrás del cuello pálido hasta ocultársele bajo el sombrero blando.

—Bien. —Hablaba como si estuviera estudiando su pintura—. ¿Estás preocupado porque no te ha hecho ningún caso?

—A veces.

Deseé haber dicho «sí», ya que era la verdad.

—Bien, no dejes que eso te preocupe —dijo Florence, metiendo la punta del pincel en la lata que tenía junto a los pies, en el pavimento—. La gente como Arthur no conecta espontáneamente con el mundo. Lo ves enseguida. Seguramente ni se ha dado cuenta de que no hace ningún caso. Es un hombre muy inteligente. Estudió en Harvard. Puede que piense que es importante para ti que te adaptes al hecho de estar solo. La gente, además, no hace nunca lo que esperas que haga. Arthur te está haciendo un favor. Para él quizá eres una novedad. —Me dirigió una sonrisa traviesa y miró las nubes—. Odio esos cielos de mármol.

Alzó el pincel y trazó una línea de equis en el aire, como si pudiera pintar de otro color el cielo. Luego volvió a meter el pincel en la lata, y lo dejó dentro.

La bomba de petróleo zumbaba en el ventoso campo de trigo, no muy lejos. El brazo perforador subía y bajaba con suavidad, emitiendo el único ruido no natural que podía oírse en el paisaje. Yo casi había dejado de oírlo durante la noche, aunque siempre me iba a dormir pendiente de él.

Seguí detrás de Florence sin decir nada. Vi que se inclinaba y dejaba la paleta en el suelo y abría la caja de madera de pintor, que tenía bisagras y cierre de latón brillante y en cuyo interior había pinceles limpios y tubos plateados de pinturas, varios cuchillos pequeños, unos trapos blancos y unos frascos oscuros que contenían líquido, además de una baraja de cartas de reverso rojo, una cajetilla de Export 'A' y una petaca de color plata. En el cielo, a gran altura, en dirección este, la mota oscura de un avión se desplazaba por delante de las nubes, y el sol daba en sus alas. Mi padre me había dejado sentarme una vez en la cabina de un caza Scorpio F-89, en la base de la Guardia Nacional, y me había dejado ponerme el casco de piloto y mover los mandos y hacerme la idea de que lo estaba pilotando. Me pregunté qué se vería desde un avión. ¿El mundo curvándose? ¿Las Montañas Rocosas y el río Missouri? ¿Las Cypress Hills, el río Saskatchewan, Fort Royal, Partreau, Great Falls y todo lo que había en medio? Todo en una vista única y clara.

—Arthur me ha contado lo de tus problemas. Lo de tus pobres padres y demás —dijo Florence. Sacó uno de los frascos oscuros. Luego echó el líquido de la lata a la calzada de Manitoba Street, desenroscó el tapón del frasco y vertió un líquido limpio en la lata—. Tendrás una historia interesante que contar. Vas a gustarles mucho a las chicas guapas. Nos gustan los hombres con pasados oscuros. A mi padre lo metieron en la cárcel en Manitoba una vez. Pero no había robado nada, que yo sepa.

Metió el pincel en la lata, lo agitó dentro de ella y volvió a contemplar su cuadro, en el que sólo había terminado la oficina de correos.

—Hay otra cosa, por supuesto —dijo Florence, limpiando con esmero el pincel—. Quizá Arthur se ve a sí mismo en ti. Una versión más pura. No creo que acierte. Pero los hombres hacen esas cosas. Y otra más: la gente hace y dice cosas, y nunca sabe por qué. Y lo que hace afecta a la vida de otras personas, y más tarde dice que sabía a la perfección lo que estaba haciendo, pero no es cierto. Por eso probablemente tu madre te mandó aquí. No sabía qué otra cosa podía hacer. Así que... Aquí estás. Eso no debe desanimarte. Yo soy madre. Son cosas que pasan. ¿Cuántos años tienes, querido?

—Quince —dije.

—¿Y tienes una hermana que se fue de casa?

—Sí, señora —dije.

—¿Cómo se llama?

—Berner —dije.

—Ya.

Volvió a dejar la lata con el pincel en el suelo, sacó un cuchillo y un trapo de la caja de pintor y se puso a raspar los grumos de pintura de la paleta y a limpiarlos en el trapo. Nada de aquella conversación era como las conversaciones que había tenido en mi vida. Las conversaciones de Berner, estuviera donde estuviera, serían como la que yo estaba teniendo ahora, pensé; tratarían de por qué las cosas eran como eran y lo que uno puede hacer al respecto. Las conversaciones con adultos que no eran tus padres tenían algo más que un resultado.

—¿Cómo ha conocido al señor Remlinger? —pregunté.

Florence apoyó la paleta raspada contra una pata del caballete, y estrujó con suavidad la punta del pincel dentro del trapo blanco de algodón. Para llevar a cabo todo esto se había arrodillado en el pavimento. Yo seguía de pie a su lado.

—Si es que mi memoria consigue volver hasta tan atrás... —Alzó la mirada y me sonrió. El sombrero, de blando terciopelo negro, se le había salido casi de la cabeza a causa del viento. El cuadro inacabado, aún en el caballete, también acusaba la acción del viento—. Conocí a Arthur en el bar del Bessborough Hotel, en Saskatoon, en 1950. Entonces yo tenía un novio francés que era pintor. Un acuarelista. Jean-Paul, o Jean-Claude. Habíamos estado en un partido de fútbol americano, que siempre me ha gustado mucho. Pero él se enfadó mucho conmigo, por algo que dije, y se fue. Y Arthur estaba allí mismo, en el bar. Era rubio y guapo y refinado, vestía bien y era inteligente y un poco excéntrico para ser joven, pero también tenía mucho de caballero y una pizca de hombre reservado. Poseía un toque dramático muy interesante. Y parecía furioso y aburrido y fuera de lugar, como confuso, y eso siempre les resulta atractivo a las mujeres. Vivía en esta zona, no sé por qué, y no tenía la menor idea de qué hacer con su persona. Yo no tenía asegurada mi vuelta en coche a The Hat. Podría haber cogido el autobús rojo a Swift Current, y allí hacer intercambio. Pero él tenía un bonito coche, un Oldsmobile. En aquel tiempo aún no tenía el hotel. Trabajaba en él. Así fue la cosa. ¿Qué fecha he dicho? ¿1950? Arthur tenía veintitantos años. Yo era un poco mayor. Y más delgada. Mi madre seguía trabajando en Lepke's. Yo aún tenía un hijo en casa; ahora está en Winnipeg. Ahí tienes mi vida a todo color.

Me sonrió de nuevo y siguió ordenando sus cosas de pintura en la caja; sus uñas rojas se movían por entre el contenido. Traté de hacerme una idea más clara de Arthur Remlinger a partir de lo que me acababa de contar Florence, y de casar esa imagen con la del hombre actual, a quien apenas conocía. Pero no pude. No lograba verlo con nitidez. Ni siquiera entonces.

—Voy a mudarme a Fort Royal —dije.

No quería quedarme sin decir nada, después de haberle hecho una pregunta y de que ella me hubiera contestado.

—Ha sido una brillante sugerencia mía —dijo Florence, aún de rodillas—. Arthur

piensa que está bien ahí donde estás, en esa especie de choza india. Es interesante vivir en ella completamente solo, me doy cuenta. Muy romántico. Pero no va a ser un sitio adecuado cuando vengan los cazadores. No puedo ocuparme de ti, pero puedo intentar no olvidar que existes. Tu madre me lo agradecería.

Eso era cierto. Yo tenía la convicción de que mi madre sabía que habría de sucederme algo parecido, que alguien repararía en mí y sabría valorarme y no me abandonaría a mi suerte. No creía que la gente de cierto valor pudiera perderse para siempre, aun cuando no pudiera explicarlo todo sobre sí misma, por qué estaba donde estaba y demás...

—¿Por qué está aquí el señor Remlinger? —dije.

Florence se puso de pie con rigidez; no era muy alta, y tampoco esbelta como mi madre. Se restregó los pantalones de pana marrones y se sacudió toda ella, y se dio unos golpecitos en los brazos y en la parte alta del sombrero, como si se hubiera quedado fría. Yo llevaba puesta mi chaqueta de cuadros. El tiempo había refrescado bastante.

—Esto debe de ser Canadá... —Sonrió de forma zumbona—. No siempre vamos a sitios —dijo—. A veces acabamos en ellos. Es lo que le pasó a Arthur. Acabó aquí. «No me voy a Estados Unidos, me voy de París». Es lo que dijo aquel gran artista que se llamaba Duchamp; a él mi pintura le habría parecido muy curiosa. —Contempló su pintura de la oficina de correos y la calle vacía que salía del núcleo urbano en dirección a la carretera, el paisaje que teníamos ante nuestros ojos—. Me gusta, sin embargo —dijo—. No me gusta todo lo que pinto.

Dio un paso hacia atrás y contempló su obra de soslayo, por el rabillo del ojo, y luego de frente.

—Me gusta —dije.

Pensé que si me mudaba a Fort Royal vería a Florence más a menudo, y que los acontecimientos de mi vida tomarían un rumbo más positivo, que quizá incluiría también a Arthur Remlinger, a quien deseaba conocer mejor.

—Sé que todo esto te resulta muy extraño, querido —dijo Florence—. Pero lo que tienes que hacer es dejarte llevar por la corriente, ¿de acuerdo? Era lo que siempre les decía a mis hijos. Estaban hartos de oírmelo decir. Pero no ha perdido su validez. —Hizo un gesto hacia su Metropolitan—. Si me ayudas a llevar mis útiles de pintura al coche, yo te llevo a Fort Royal para que puedas cenar. Charley puede traerte luego. Ya te queda muy poco de vivir aquí. Puedes mudarte mañana mismo.

Recogió la caja de madera de las pinturas. Yo descolgué el lienzo del caballete, cogí la lata, el taburete y el caballete y eché a andar hacia el coche. Fue mi último día en Partreau.

Había tres cosas importantes en el grueso sobre de papel manila que Florence me había traído; iba dirigido al señor A. Remlinger, y en el remite figuraba su hermana Mildred, pero el último destinatario era yo. Una era una carta de mi hermana Berner; había llegado a nuestra casa vacía y la había recogido Mildred, que se pasó días mirando en nuestro buzón después de nuestra partida. En el interior del sobre había una nota breve de la propia Mildred, que decía lo siguiente:

*Querido Dell:*

*Lo que te adjunto es de un interés penoso. Iré en coche a su juicio en Dakota del Norte. Pero sólo para que puedas saber lo que ha sucedido. Saben que vuestra madre no tenía nada que ver con el asunto. Pero participó en él.*

*Tu vieja amiga,*

*Mildred R.*

Junto a la nota de Mildred había un ejemplar completo del *Great Falls Tribune* del 10 de septiembre, por eso era tan voluminoso el sobre. En primera plana aparecía otra historia de nuestros padres. En ella se decía que el 8 de septiembre «un hombre de Alabama» y su mujer, «natural del estado de Washington», habían sido trasladados de la cárcel de Cascade County a la de Beach, en Golden Valley County, Dakota del Norte, después de haber renunciado a sus derechos. Estaban acusados de robo a mano armada del Agricultural Bank de Creekmore, Dakota del Norte, en agosto del año en curso, por lo que habían sido detenidos en su propia casa de First Avenue Southwest por dos oficiales de la policía de Great Falls. La mujer, Geneva «Neva». Rachel Parsons (en realidad se escribía «Neeva»), había sido contratada por el consejo escolar para dar clases de quinto de primaria en Fort Shaw, Montana. El varón, «Sydney Beverly Parsons», desempleado en el momento de su detención, se había licenciado de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, donde había sido bombardero y era en la actualidad un veterano condecorado de la Segunda Guerra Mundial. Sus dos hijos —un chico y una chica cuyos nombres no habían sido revelados— estaban en paradero desconocido, probablemente al cuidado de parientes no identificados. Se realizaban todas las pesquisas necesarias para conseguir que los menores volvieran a la tutela del estado de Montana. En la primera vista del juicio que tuvo lugar en Golden Valley County los acusados se habían declarado «no culpables». El tribunal les había asignado un abogado. La tasa de criminalidad de Great Falls en el año anterior —precisaba el artículo— había experimentado un aumento del cuatro por ciento en el curso de 1959.

Encima del artículo aparecían las mismas fotografías que algún vecino nos había

dejado a Berner y a mí a la mañana siguiente de la detención de nuestros padres, y en las que aparecían como unos malhechores curtidos en el crimen. Había otra fotografía —que suscitó vivamente mi interés— en la que se veía a nuestros padres conducidos por agentes uniformados. Bajaban por un tramo empinado de escalones de hormigón en dirección a un furgón policial negro con una estrella en un costado. Iban esposados; nuestro padre llevaba un uniforme de presidiario de color chillón, holgado y de rayas, y miraba hacia el suelo de los escalones para no caerse. Nuestra madre llevaba el vestido informe y sin cinturón que le habíamos visto cuando la visitamos en su celda, y que le daba un aspecto de una pequeñez extrema. Miraba directamente a la cámara, con el rostro suave y delgado y concentrado y airado, como si supiera quiénes iban a ver esa fotografía y quisiera que supieran que los odiaba; en ellos no estábamos incluidos ni Berner ni yo.

He conservado hasta hoy ese periódico. He releído la historia que cuenta y estudiado aquellas fotografías incontables veces, para poder recordarlas. Pero allí en mi casucha fría, de olor rancio, atravesada por corrientes, sentado en el lado del catre cercano a la ventana, al ver la segunda foto y leer el texto que hacía que nuestros padres parecieran criminales de larga trayectoria y sin suerte y en quienes el mundo apenas prestaría atención, y pronto olvidarían (como si aquella historia fuera lo único que hubiera habido en su vida), sentí una extraña sensación en el pecho, como un dolor que no dolía. Y esa sensación fue descendiendo y haciéndose más intensa en el estómago, al modo en que suele hacerlo el hambre, y siguió allí, hasta el punto de que por un momento llegué a pensar que quedaría en mí durante mucho tiempo para asolar mi vida de otra forma. Por supuesto que mis padres parecían ellos mismos, pese a su ropa de presidiarios: mi padre, alto, más delgado, guapo (se había afeitado y peinado para ese viaje); mi madre, impaciente, determinada e intensa. Pero, al mismo tiempo, su imagen no me resultaba exactamente familiar. Nada de lo que había sucedido había sido, bajo ningún concepto, normal. Fuera lo que fuera lo que hubiera cambiado en ellos, o para ellos, se compadecía mal con la idea que yo tenía de lo que era «familiar». Parecían dos personas a quienes conocía, y a quienes volvía a ver a través de la distancia, de una línea divisoria insalvable, mucho mayor que la frontera que nos separaba entonces. Se diría que su familiaridad íntima de padres, y su condición de seres humanos corrientes, genéricos, se hubieran fundido y una cualidad hubiera neutralizado a la otra y hubiera vuelto a ambas ni completamente familiares ni completamente fortuitas e indiferentes para mí. Al ir bajando con sumo cuidado los escalones de hormigón para dirigirse al furgón policial que los conduciría rumbo a Dakota del Norte y a su futuro, se habían convertido en una especie de misterio para mí, misterio que compartía (estoy seguro) con los hijos inocentes de otros criminales. Saber esto no me hacía amarles menos. Pero al ver aquella fotografía pensé que no los vería nunca más. De forma que quienes habían llegado a ser en aquel período tan

corto de tiempo eran dos seres perdidos para siempre. Todo lo que parecían tener era el uno al otro, pero en realidad tampoco tenían ya ni eso.

También sentí una especie de complacencia ante todo esto, lo cual quizá parezca un tanto sorprendente; pero debió de hacer también que mi dolor indoloro cesara. Llevaba todo el mes anterior preocupándome continuamente por la suerte de mis padres; me despertaba preocupado, de hecho. Había perdido peso, me había hecho más mayor y más mesurado. Varias veces soñé que habían venido en el coche a rescatarme, con Berner, y que no habían podido encontrarme y se habían ido sin mí. En otras palabras, casi había dicho adiós a mi niñez apoyándome en la fuerza que me daba la terrible perdición de mis padres. Pero ahora conocía su destino (más o menos), y con ello en mi haber podría empezar a reconocer algo de mi propio ser, lo que no estaba nada mal. Aunque me alegraba sobremanera que Berner no tuviera que ver aquella fotografía de nuestros padres, o leer aquella reseña del periódico. Estuviera donde estuviera, esperaba que Mildred no le hubiera enviado a ella también un sobre de papel manila. Al cabo resultó que no lo había hecho.



Querido Dell:

*Te mando esta carta a Great Falls porque aunque no creo que estés allí no sé a qué otro sitio podría mandártela. Puede que alguien te la entregue. Quizá esa amiga de mamá rara, la tal Mildred. Espero que no estés leyendo esto en una cárcel de menores de alguna parte; sería terrible que hubieras ido a parar a un sitio así. Me pregunto si has visto a nuestros patéticos padres, y qué es lo que les ha pasado últimamente. Me pregunto qué habrá sido de mi pez. Te quiero muchísimo, ¿sabes? A pesar de todo. Sigo guardándote la mitad de tu dinero, tu parte. Te imaginé yendo a la cárcel solo, a visitarlos en sus celdas, después de haberme ido de casa. Lo siento, lo siento, lo siento.*

*¿Dónde estás? Yo estoy viviendo en una casa, con otra gente. Una chica que también se ha fugado y que es muy simpática. Un chico guapo que ha dejado la Marina de los Estados Unidos sin permiso porque no le gusta pelear. Y dos hombres y una mujer que no están siempre aquí pero que nos cuidan muy bien y no piden mucha atención a cambio. La casa está en una calle larga llamada California Street (muy lógico). Porque estoy en San Francisco, se me había olvidado decírtelo. No he vuelto a ver a ese granuja infiel de Rudy Papá-Rojo. Quedamos en reunirnos en San Francisco un sábado, en un parque llamado Washington Square. No he vuelto a verle ni a él ni a su madre. Si le ves tú dile que se cuide. No le quiero. Si quiere puede escribirme.*

*Es extraño escribirnos cartas como si fuéramos adultos, ¿no crees? Me gustaría que vinieras aquí, si es que puedes. Te seguiría mangoneando. Pero podrías jugar al ajedrez. La gente juega al ajedrez en Washington Park Square. Podrías aprender mucho y convertirte en campeón. Aquí he sabido que otra gente (chicos y chicas) también tiene problemas con sus padres. No porque sus padres hayan robado un banco —nada tan malo—, pero quizá sí porque alguno de ellos se haya suicidado. Más cosas. ¿Has recibido alguna carta de ellos? Yo no, por supuesto. Me pregunto qué es lo que piensan de mí a estas alturas. ¿Saben que me fui de casa? Aquí hace muy buen tiempo, aún no ha llegado el frío, y se siente que las cosas están sucediendo. Me gusta estar sola. A la gente le he contado lo de nuestros padres, pero nadie me cree. Puede que yo también deje de creérmelo, o deje de contarlo. Me encantaría verte, aunque al irme pensé que no te vería nunca más. Ahora pienso que sí. Sigo estando en el mismo planeta que tú, aunque estoy muy contenta de no estar en Great Falls, que es una ciudad de mierda y siempre lo será.*

*Algún día te contaré cómo llegué aquí. Lo logré sin acabar muerta y sin que se aprovecharan demasiado de mí y sin morirme de hambre. Ahora tengo que irme.*

*Con cariño,*

*Berner Parsons*

*P.D. He pensado en algunas cosas nuevas. Puedes escribirme a esta dirección; deberías hacerlo. A mí me alegra el paso del tiempo, así que no tienes que darte ninguna prisa.*

*Si me vieras no me reconocerías. Me he hecho agujeros en las orejas. Me he afeitado las piernas y las axilas, y me he cortado aquella maraña de pelo tieso y lo llevo corto y precioso. Y no me importan mis pecas. Y ahora tengo algo de pecho. El hombre, al que llamamos Tío Bob, me preguntó si era judía. Y le dije que por supuesto. El cutis, por desgracia, me ha «brotado». He trabajado dos veces de canguro, si te lo puedes creer de mí. Yo misma soy capaz de recordar cuando era una niña pequeña. Para mí tú sigues siendo un niño pequeño. Te daré el dinero del robo que me diste cuando volvamos a vernos.*

*Es horrible que tengamos los padres que tenemos y que no hayamos tenido más suerte. Ahora nuestra vida es una ruina, aunque todavía nos queda mucha por delante. A veces los echo de menos. Tuve —tengo— un sueño. En él mato a alguien, no sé a quién, pero luego se me olvida lo que he hecho. Y de pronto vuelvo a acordarme —del asesinato que he cometido— y sé que lo hice y otra gente lo sabe también. Es horrible, porque no he hecho nada parecido y sin embargo sigo teniendo ese sueño. Luego me despierto y siento que he estado llorando y corriendo una carrera. ¿Te pasa a ti también? Somos gemelos, y creo que sentimos lo mismo y vemos las cosas de la misma manera (¿el mundo?). Espero que sea verdad. Recuerdo una de las poesías preferidas de nuestra madre. Se la recito en alto al chico de la Marina. «Una vez tuve una juventud maravillosa, heroica, fabulosa, digna de escribirse en hojas de oro, colmada de buena suerte. ¿Por qué crimen...». Ahora no la recuerdo entera. Lo siento. Era en francés. Ella siempre pensó que hablaba de ella, me parece.*

*Otra vez con cariño,*

*Berner Rachel Parsons, tu gemela*

El tiempo que empezó para mí en Fort Royal, en el Leonard Hotel, fue completamente diferente de mis semanas solitarias en Partreau, y mejor que éstas, y aunque no duró mucho y acabó en desastre, lo viví como una vida que estuviera viviendo realmente, en lugar de una vida paralizada, la vida parcial de una persona perdida en una pradera vacía que de alguna forma la convierte en su refugio sin dejar de estar perdida, y para la que nada podrá ya volver a enderezarse.

Empezaron a llegar más Sports. Cinco o seis cada vez; aparcaban sus grandes coches americanos con vistosas matrículas en el solar de tierra de detrás del hotel, llenos de pertrechos de caza que de ningún modo les habrían cabido en las habitaciones minúsculas. Desde mi cuartito del fondo del pasillo de las habitaciones de Arthur Remlinger, caldeado por un radiador, oía las voces de los hombres que me llegaban a través de entablados y tuberías y que se hablaban entre ellos en voz baja hasta altas horas de la noche. Yo me quedaba tendido en la cama estrecha, en silencio, tratando de entender lo que decían. Como la mayoría eran estadounidenses, pensaba que podría reconocer algunas de las cosas que se decían, y que éstas me ayudarían a comprender cosas útiles para la vida. No sabía cuáles podrían ser esas cosas. Y nunca llegué a oír muchas cosas: nombres de personas —Herman, Winifred, Sonny—; quejas por insultos o daños sufridos por una persona u otra; alguien riendo.

Por la noche, en el bar del Leonard, después de que a la caída del sol Charley y yo nos hubiéramos ido a localizar y elegir dónde abrir los nuevos fosos de tiro (habían contratado a dos chicos ucranianos para que cavaran después del crepúsculo y cubrieran los montones de tierra con rastrojos de trigo), yo solía volver a cenar en la cocina del hotel, y luego pasaba las primeras horas de la velada junto a la máquina de discos en el bar ruidoso y lleno de humo, o de pie en el garito, detrás de los jugadores de cartas, o charlando con las chicas filipinas que servían las bebidas a la mortecina luz del bar y bailaban con los Sports y a veces unas con otras, y que a menudo, como he dicho, desaparecían con algún hombre y ya no se las volvía a ver esa noche. Yo ya no fregaba las habitaciones, así que raras veces las veía montar en los taxis que las esperaban para llevarlas de regreso Swift Current.

Los estadounidenses del bar eran por lo general hombres grandes, que hablaban muy alto y vestían ropas rústicas de caza. Reían y fumaban y bebían whisky de centeno y cerveza, y se divertían. Muchos de ellos pensaban que estar en Canadá era muy cómico, y hacían bromas sobre el hecho de que celebraran el Día de Acción de Gracias en octubre y sobre el modo de hablar extraño de los canadienses (yo nunca lo he detectado demasiado, aunque lo he intentado), y sobre cómo los canadienses odiaban a los estadounidenses cuando en realidad lo que querían todos ellos era vivir en Estados Unidos y ser ricos. Hablaban de la campaña electoral «allí abajo», y de

que esperaban que Nixon ganara a Kennedy, y de lo importante que era combatir a los comunistas. Hablaban de los equipos de fútbol americano de sus lugares de origen. (Algunos eran de Missouri, otros de Nevada, otros de Chicago). Hacían bromas sobre sus mujeres y contaban historias sobre las hazañas de sus hijos, y de sus trabajos, y de los hechos dignos de mención que habían acontecido en anteriores partidas de caza, y de la cantidad de patos y gansos y otros animales que habían matado en ellas. A veces me hablaban a mí, si se daban cuenta de mi presencia, o si ese día, horas antes, me habían mandado a hacer algún recado al drugstore o a la ferretería para comprar alguna pieza que les hacía falta. Querían saber si era canadiense, o si era «hijo del señor Arthur Remlinger», o el chico de alguno de los otros cazadores. Yo les decía que era de Montana, y que estaba pasando un tiempo en Fort Royal porque mis padres se habían puesto enfermos, pero que pronto volvería a casa y al colegio; lo cual a veces les hacía gritar y echarse a reír y darme palmaditas en la espalda y decirme que «qué suerte» que me estaba escaqueando de las clases, y que seguro que no querría volver nunca después de haber sido «guía de caza» y de llevar una vida de aventuras con la que la mayoría de los chicos de mi edad siempre había soñado. Parecían pensar que, por mucho que fuera un país cómico, Canadá era una tierra misteriosa y romántica, mientras que los lugares en que ellos vivían eran aburridos y cursis, pero seguían queriendo vivir en ellos.

Al final de aquellas veladas —antes de las ocho Charley, después de comprobar los fosos para los gansos, se pasaba por el bar y el garito diciéndoles a los Sports que se fueran a dormir, porque tenían que levantarse a las cuatro de la mañana—, yo subía las escaleras, me metía en mi cuarto, me tumbaba en la cama y me ponía a leer la revista *Chess Master*, y luego oía a los cazadores subir a sus habitaciones con estrépito, riendo, tosiendo, metiéndose unos con otros, entrechocando vasos y botellas, utilizando el cuarto de baño, haciendo sus ruidos íntimos y bostezando, y las botas seguían golpeando el suelo hasta que los Sports cerraban la puerta de los cuartos y empezaban a roncar. Era entonces cuando yo podía oír voces individualizadas de hombres surgidas de la fría calle principal de Fort Royal, y puertas de coches que se cerraban, y el ladrido de un perro, y las máquinas auxiliares que cambiaban de raíles los vagones de grano, en la parte de atrás del hotel, y los frenos neumáticos de los camiones que se detenían ante los semáforos, y cuyos potentes motores volvían ruidosamente a la vida y salían rumbo a Alberta o Regina, dos lugares de los que yo nada sabía. Mi ventana estaba justo debajo del alero, y el cartel rojo del Leonard teñía el aire negro de mi cuarto, mientras que en mi casucha sólo había habido luz de luna y velas y un cielo lleno de estrellas y el fulgor del remolque de Charley. Ahora no tenía radio. Así que para conciliar el sueño hacía recuento de las experiencias del día y los pensamientos a que habían dado lugar. Pensaba, como siempre, en mis padres, y en si sería duro para ellos comportarse

debidamente en la cárcel, y en qué pensarían de mí ahora, y en cómo me habría comportado yo en el juicio si hubiera estado presente, y en qué nos habríamos dicho, y en si les habría contado qué era de Berner, y en si les habría dicho que les quería donde había gente que podía oírme. (Sí, lo habría hecho). También pensaba en las broncas voces estadounidenses y en los logros de sus hijos, y en sus mujeres esperándoles en la puerta de la cocina, y en todas sus aventuras, ninguna de la cuales suscitaba en mí envidia o resentimiento. Yo no tenía logros hasta entonces, ni a nadie esperándome, ni siquiera una casa a la que poder volver. Lo único que tenía era mis quehaceres cotidianos y mis comidas y mi cuarto con mis escasas pertenencias. Y sin embargo, sorprendentemente, casi siempre me dormía aliviado de sentirme como me sentía. Mildred me había dicho que no tenía que pensar mal de mí, porque lo que había sucedido no era consecuencia de algo malo que hubiera hecho. Florence me había dicho que la vida nos la entregaban vacía, y que nuestra tarea consistía en inventar cómo ser felices. Y mi propia madre —que nunca había estado donde yo estaba ahora, y que no sabía nada de Canadá salvo que era una vista al otro lado de un río, y que ni siquiera conocía a la gente en cuyas manos me había puesto—, incluso ella se había dado cuenta de que era mucho mejor para mí estar allí que en alguna cárcel de menores en Montana. Y mi madre, sin duda alguna, me quería.

Berner me había dicho en la carta que nuestras vidas eran una ruina, pero que nos quedaba mucho por vivir. Y yo no era capaz de inventarme que era verdaderamente feliz. Pero estaba contento por no tener que llevar en un cubo el agua que me hacía falta, ni bañarme utilizando la bomba y la placa eléctrica y la pastilla de jabón, ni dormir en la casucha fría y de olor acre y llena de corrientes, ni compartir el retrete exterior con Charley Quarters, y sin ver nunca a nadie conocido. Era posible, sentía, que estuviera experimentando una mejoría general, algo que hasta entonces dudaba mucho que pudiera conseguir. Así que no era descabellado pensar —y esto era muy importante para mí— que al menos una parte de mi constitución humana se veía inclinada a creer que la vida podía ser mejor.

La única vez que había estado con Arthur Remlinger y había cruzado con él unas palabras, me había preguntado —medio en broma— si me gustaría cambiarme de nombre. Le había contestado que no, como habría hecho cualquiera, sobre todo yo, que quería aferrarme a quien era y a lo que sabía de mí mismo cuando ese tipo de cosas se ponían en cuestión. Pero en mi cuarto, bajo el alero, pensé que probablemente Arthur Remlinger sabía algo que yo no sabía. Que era lo siguiente: que si la misión de una persona en el mundo era adquirir experiencia, tal vez fuera necesario, como ya había yo pensado, convertirse en alguien diferente, aunque yo no supiera en quién, y aunque pensara, como mi madre nos había enseñado a Berner y a mí, que siempre éramos una versión fidedigna de quienes habíamos sido al empezar a vivir. Mi padre, por supuesto, habría dicho que esta persona primera —la que fuimos

al comienzo— había dejado de tener sentido y necesitaba dar paso a otra distinta que pudiera desenvolverse mejor. Seguramente, para entonces ya había pensado esto de su propia persona. Aunque para él ya era demasiado tarde.

Cuando me adapté a vivir en Fort Royal —una ciudad con una vida genuina y una estima de sí misma— fui entrando en la órbita de Arthur Remlinger, lo cual ya me había dicho Florence que ocurriría y yo no hacía más que desear vivamente que ocurriese e ignoraba por qué no había ocurrido ya. En mis semanas en Partreau, Arthur Remlinger me había parecido una persona diferente cada vez que había tenido alguna relación con él. Ello me confundía, y me hacía sentirme aún más solo que si no hubiera sido así. En una ocasión se mostraba amistoso y entusiasta, como si hubiera estado esperando para decirme algo, que nunca me dijo, y en otra se mostraba reservado e incómodo, y parecía que quería largarse cuanto más lejos de mí mejor. Y aún había otras en las que se mostraba envarado y actuaba como alguien superior, siempre vestido con su ropa cara y del este (al menos eso pensaba yo). Para mí, era la persona más incoherente que había conocido en mi vida. Aunque eso lo hacía fascinante a él, y a mí estar siempre deseoso de gustarle; nunca había estado con gente extraña, salvo con mi madre, y nunca había encontrado a nadie realmente interesante, salvo a Berner, cuyo rasgo más sobresaliente era lo parecida que era a mí.

Una vez, en lo que vino a ser una de nuestras salidas en automóvil —después de que me trasladara al Leonard y empezara a verlo más—, durante las cuales Arthur Remlinger conducía su Buick a toda velocidad por la carretera llena de baches, pronunciándose sobre cualquier tema que tuviera en ese momento en la cabeza (Adlai Stevenson, a quien aborrecía, el deterioro de nuestros derechos naturales por las huestes del sindicalismo, sus propias y penetrantes dotes de observación, las cuales, según él, debían haberle facultado para llegar a ser un abogado famoso). El Buick, de pronto, coronaba la cima de una cuesta polvorienta a casi ciento treinta kilómetros por hora. Y al frente, a lo lejos, en el asfalto, había seis faisanes de colores vivos, saliendo de los campos de grano y paseándose despreocupadamente por la carretera picoteando gravilla y semillas de trigo caídas de los camiones que se dirigían al elevador de grano de Leader. Pensé que frenaría o se desviaría. Ya iba agarrado con fuerza a los lados de mi asiento, pero ahora mis manos saltaron y se pegaron al salpicadero, y mis pies se afianzaron sobre el suelo del coche, y mis rodillas se cerraron anticipándome al desvío, viraje o patinazo del Buick que nos adentraría en los rastros o nos haría alzar el vuelo y nos haría llegar hasta donde los ciento treinta kilómetros por hora pudieran propulsarnos, después de lo cual estaríamos muertos. Pero Arthur Remlinger no reconsideró siquiera la posibilidad de utilizar los frenos. Nada había cambiado en su semblante. Siguió conduciendo y pasó por entre los faisanes: uno de ellos se estrelló contra el parabrisas, dos fueron catapultados a lo alto, un cuarto y un quinto se convirtieron en plumas sobre el asfalto, y el sexto salió indemne, y apenas se percató del paso del coche.

—Se ven muchas aves de ésas por aquí —dijo.

No miró por el retrovisor. Yo estaba perplejo.

Luego, cuando pasábamos por la pequeña ciudad de Leader, Saskatchewan, aparcamos y entramos en el Modern Café para comer un sándwich, Arthur fijó la mirada en mí, a través de la mesa, con sus ojos azul claro, los labios finos cerrados, casi sonriendo, como si se dijera las palabras en silencio antes de pronunciarlas. Pero no llegó a sonreír. Llevaba la cazadora de cuero marrón y cuello de piel, parecida a la de bombardero que mi padre se había traído de la guerra, aunque más bonita. Se había metido una punta de su pañuelo verde de seda en el cuello, a modo de servilleta. Las gafas de leer le colgaban del cordón, pegadas al pecho. Llevaba el pelo rubio cuidadosamente peinado. Sus dedos huesudos, de uñas arregladas y con vello fino, manejaban el cuchillo y el tenedor como si la comida fuera de sumo interés para él. No había habido ninguna razón por la que no me hubiera hecho el menor caso en todas aquellas semanas. Ahora no iba a haber ninguna razón, di por sentado, por la que hubiera dejado de ignorarme. Las cosas eran así, sencillamente.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Dell? —dijo Arthur Remlinger, y de pronto me dirigió una gran sonrisa como si acabara de descubrir que le gustaba.

—Cinco semanas —dije.

—¿Y te gusta tu trabajo? ¿Sacas algo en limpio de él?

Hablaba de un modo preciso, y movía la boca animadamente, como si en cada palabra hubiera un espacio a continuación, antes de la siguiente, y él disfrutara oyendo cada una de ellas por separado. Su voz sonaba nasal, algo que te sorprendía en un hombre guapo y refinado. Eran cosas en él que le hacían parecer anticuado, aunque no era viejo.

—Sí, señor —dije.

Hincó el tenedor en la chuleta de cerdo que había pedido.

—Mildred me dijo que podías estar un poco inestable. —Cortó un borde graso y se lo metió en la boca, con los dientes del tenedor hacia abajo, de un modo que no había visto en nadie hasta entonces. Era zurdo, como Berner—. No pasa nada en absoluto si lo estás —dijo—. Yo también soy inestable. Y me dejo llevar fácilmente, o me dejaba. Aquí todos somos inestables. No es natural estar aquí. Tú y yo somos iguales en eso.

—Yo no soy inestable.

Sentí rabia contra Mildred por haberle dicho eso a su hermano, y por saber eso de mí. Yo no quería ser así.

—Bien. —Parecía gustarle lo que había oído, y ello favorecía sus facciones agraciadas—. Nunca habías estado solo antes, y has tenido una experiencia desagradable.

Había varias personas en la cafetería, granjeros y gente de la ciudad, y dos



agentes de policía con guerreras marrón oscuro y botones de latón, comiendo en el mostrador. Se fijaron en nosotros. Sabían quién era Arthur Remlinger, al igual que lo sabía la mujer mormona de la calle de Fort Royal. Era un hombre a quien enseguida reconocían.

Se suponía que yo no debía hacer preguntas; se suponía que lo que debía hacer era escuchar lo que Arthur Remlinger me decía. Pero yo quería saber por qué había atropellado sin más a los faisanes. Me había causado una gran conmoción. Mi padre jamás habría hecho eso, aunque, pensé, sí Charley Quarters. Pero en la mente de Arthur Remlinger no parecía haber quedado impreso.

—No es tarea fácil vivir aquí —dijo, masticando con calma la carne grasa—. Nunca me ha gustado. Los canadienses están aislados y son muy introvertidos. No tienen los estímulos suficientes. —Un mechón de pelo rubio le cayó sobre la frente, y él se lo apartó con el pulgar—. Tolstói, el escritor..., habrás oído hablar de él, supongo... —Yo había visto su nombre en la estantería—. Pagó para que vinieran campesinos a este país, el siglo pasado. Para librarse de ellos, supongo. Algunos de ellos siguen aquí..., sus descendientes, quiero decir. Hubo una breve civilización. La gente montaba funciones de teatro y desfiles y operetas. Había sociedades de debate, y unos tenores irlandeses famosos vinieron a cantar de Toronto. —Sus cejas rubias brincaron. Sonrió y miró a su alrededor, a los clientes del local y a los policías. Hubo un murmullo de voces y se oía el ruido de los cubiertos sobre los platos, que a él parecía gustarle—. Ahora... —siguió cortando la carne y comiendo y hablando— estamos volviendo a la Edad del Bronce. Lo cual no está tan mal. —Se limpió los labios con el pañuelo de seda, volvió a fijar la mirada en mí, y luego ladeó la cabeza para indicar que me iba a hacer una pregunta. Vi que tenía una pequeña mancha de nacimiento morada en el cuello, con la forma de una hoja—. ¿Crees que tienes la mente clara, Dell?

No entendí lo que quería decirme. Posiblemente «mente clara» era lo contrario de mente «inestable». Yo quería tenerla.

—Sí, señor —dije.

Había pedido una hamburguesa y había empezado a comérmela.

Asintió con la cabeza, se pasó la lengua por la parte interior de los labios y luego se aclaró la garganta.

—Vivir aquí te crea la ilusión de una gran certeza. —Volvió a sonreír, pero la sonrisa fue desvaneciéndose despacio a medida que me miraba—. La gente hace cosas disparatadas, por desesperación, cuando sienten que empieza a perder pie esa certeza. Tú no eres dado a eso, me parece. Tú no estás desesperado, ¿verdad?

—No, señor.

La palabra me hizo pensar en mi madre en su celda, sonriendo con impotencia. Ella sí estaba desesperada.

Arthur sopló sobre la superficie del café y tomó un sorbo, rodeando con la mano el borde de la taza, no sujetándola por la pequeña asa curva.

—Zanjado, pues. La desesperación, fuera.

Volvió a sonreír.

Yo había estado en las habitaciones de Arthur Remlinger. Había visto fotografías de él. Había visto sus libros. Su tablero de ajedrez. Su pistola. Ahora parecía accesible; era un momento en el que podría ser mi amigo, que era lo que yo quería que fuera. Nunca había considerado la posibilidad de preguntarle a alguien por qué estaba en el lugar donde estaba. No había sido un tema que hubiéramos tratado en nuestra familia, que siempre se había mudado siguiendo el dictado de una autoridad ajena. Pero quería saber eso de Arthur Remlinger aún más que por qué había hecho lo que había hecho con los faisanes, ya que él parecía más fuera de lugar allí que yo, y que yo había acabado adaptándome pese a todo. No éramos muy parecidos, a mi juicio.

—¿Por qué vino a este sitio si no le gustaba? —le pregunté.

Remlinger aspiró con fuerza por la nariz. Se quitó el pañuelo que estaba utilizando como servilleta y se cogió la fina nariz con él. Se aclaraba la garganta como su hermana Mildred. Era su único parecido.

—Bien, una pregunta mejor sería...

Se volvió y miró por la ventana que teníamos al lado hacia la calle donde estaba aparcado el Buick, junto al Dodge de los policías. Vi la palabra MODERN al revés pintada con letras doradas en el interior del ventanal de la cafetería. Había empezado a nevar. El viento levantó un enjambre de diminutos copos y lo desplazó por la calle como una niebla, envolviendo como en un remolino los coches y camiones que pasaban en ese momento, con los faros encendidos a mediodía. Arthur parecía haberse olvidado de lo que iba a decir: lo de la pregunta mejor. Se estaba dando vueltas al anillo de oro con la uña del pulgar. Su cabeza se había ido a otro pensamiento.

Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la cazadora; Export 'A', los mismos que fumaba Florence. Encendió uno y echó el humo hacia el cristal de la ventana, donde fluctuó contra un fondo nevado. Necesitaba decir algo, mostrarse amable y hacer como que le interesaba lo que le había preguntado. Aunque ¿había algo menos propio de él que interesarse por un chico de quince años a quien no conocía de nada? Posiblemente le parecía bueno que yo fuera norteamericano. Posiblemente se veía en mí, como Florence había dicho. Pero ¿qué podía importarle eso a un hombre como él?

La forma en que Remlinger fumaba el cigarrillo —sujetándolo entre los dedos de la mano izquierda, puestos en V, y la mirada apartada— le hacía parecer más viejo, de piel menos tersa. Su perfil era más anguloso que cuando me miraba de frente. Su

cuello —con su mancha de nacimiento— era más delgado. Durante un instante llenó el espacio una especie de vacío. Las comisuras de sus labios finos se alzaron un poco junto a sus dedos en V.

—Eres el hijo de unos atracadores de bancos, de unos bandidos —dijo, y expelió el humo hacia el cristal de la ventana, para alejarlo de mí—. No quieres que tu vida trate de eso y de nada más que de eso, ¿no es cierto?

—Sí, señor —dije.

Berner había dicho que nadie se creía lo de nuestros padres y que también ella iba a dejar de creérselo.

—Quieres que tu persona trate de otras cosas. —Volvía a hablar con mucha precisión—. Más, a ser posible.

—Sí, señor —dije.

Se pasó la lengua por los labios y levantó la barbilla como si algo acabara de volver a cambiar en su pensamiento.

—¿Alguna vez lees biografías?

—Sí, señor —dije.

Aunque sólo había leído las breves reseñas del *World Book*. Einstein. Gandhi. Madame Curie. Había hecho trabajos sobre ellos en el colegio. Pero él se refería a biografías de verdad, a esos libros gruesos que había en sus estanterías, de las que se suponía que yo no debía saber nada. Napoleón, Ulysses S. Grant, Marco Aurelio. Yo quería leer ésas, y presentía que algún día lo haría.

—Yo pienso —dijo Remlinger— que a la gente que se guarda muchas cosas dentro y tiene que guardarse muchas cosas dentro debería interesarle lo que hacían los grandes generales. Los grandes generales siempre saben lo que es el destino. — Parecía complacido, y hablaba con más seguridad—. Saben que los planes salen bien muy raras veces, y que el fracaso es la norma. Saben lo que es estar mortalmente aburridos. Y lo saben todo de la muerte. —Se quedó mirándome de forma inquisitiva desde el otro lado de la mesa. Se le pobló el espacio entre las cejas. Parecía querer que ésta fuera la respuesta a mi pregunta sobre por qué estaba allí. Era como mi padre. Los dos querían que yo fuera su auditorio, que escuchara las cosas que necesitaban expresar. No iba a responder a mi pregunta en aquel momento.

Remlinger sacó la cartera de la cazadora y dejó un billete encima de la mesa para pagar la cuenta. El billete era rojo, completamente distinto a los estadounidenses. Le habían entrado prisas por irse, por volver a montar en el Buick y ponerse a conducir a gran velocidad por la pradera, atropellando todo lo que se le antojara en el camino.

—No me gustan mucho los Estados Unidos —dijo, poniéndose de pie—. No oímos mucho de ellos por estos lares. —Dos personas sentadas en la barra se volvieron para mirarle: alto, rubio, guapo y singular. Uno de los policías se volvió también, y le miró. Remlinger no se dio cuenta—. Es extraño estar tan cerca —dijo

—. Pienso en ello continuamente. —Se refería a los Estados Unidos—. Unos ciento ochenta kilómetros. ¿A ti te parece muy diferente esto?

—No, señor —dije—. Me parece igual.

Y era verdad.

—Bien. Estupendo, entonces —dijo—. Ya te has adaptado. Supongo que por eso estoy donde estoy. Me he adaptado. Aunque me encantaría viajar al extranjero algún día. A Italia. Adoro los mapas. ¿Te gustan los mapas?

—Sí, señor —dije.

—Bien. No es que haya ninguna carrera que ganar, ¿o sí?

—No, señor —dije.

No dijo más. La idea de que le gustaría viajar al extranjero parecía extraña. Por poco común que fuera y fuera de lugar que estuviera, parecía pertenecer al lugar donde vivía. Aún tenía esa opinión infantil de que la gente pertenece al lugar donde la encontramos. Salimos de la cafetería. Y nunca volví a entrar en ella.

No puedo hacer que lo que sigue parezca razonable o lógico, conforme a lo que cualquiera pueda creer saber acerca del mundo. Sin embargo, como Arthur Remlinger dijo, yo era hijo de unos atracadores de bancos, de unos bandidos; su modo de recordarme que pese a las evidencias de tu vida, pese a quién puedas creer que eres, pese a los méritos que estés dispuesto a atribuirte o a de dónde saques tu fuerza vital y tu orgullo..., cualquier cosa puede seguir a cualquier cosa.

El caso es que Charley Quarters pronto me hizo revelaciones muy importantes sobre la persona de Arthur Remlinger: sobre crímenes que había cometido y sobre una huida desesperada de la autoridad; sobre su tendencia a los humores violentos y a los talantes cambiantes sin el menor aviso previo. Charley se refería a él en tono despectivo, y no sentía lealtad alguna que le llevara a ocultar esa información. Arthur Remlinger no era hombre que apreciara las lealtades, me dijo, o que respetara muchas cosas en el mundo. Saber la verdad sobre tal persona nunca le vendría mal a nadie, por aquello de lo que podría librarle.

También se daba la circunstancia (no habría podido formar estas palabras entonces, y las sabía tan sólo en alguna parte innata de mí mismo) de que Arthur Remlinger me miraba como miraba a todo el mundo, desde una existencia íntima que era sólo suya y que no se parecía en absoluto a la mía; la mía, para él, era sencillamente inexistente. Mientras que la suya era la más perentoria y valiosa, y cuya cualidad primera era que encarnaba una carencia, de la cual él era consciente; una carencia que deseaba con todas sus fuerzas llenar. (Era algo obvio en cuanto te acercabas a él). Se enfrentaba a ella constantemente, hasta el punto de que, a sus ojos, constituía el problema central de ser él mismo; y, a los míos, lo que lo hacía tan fascinante y tan contradictorio: su empeño infructuoso por llenar esa carencia. Lo que él quería (llegué a esta conclusión más tarde, ya que tenía que querer algo porque de otro modo yo no habría estado allí) era la prueba —de mí o a través de mí— de que había logrado llenar ese vacío. Quería la confirmación de que lo había hecho, y de que merecía que no lo castigaran más por los graves errores que había cometido. Cuando no me hizo el menor caso durante las semanas que estuve en Partreau, tratando de no pensar que iba a seguir solo para siempre, fue porque no estaba seguro de que pudiera darle lo que quería, al menos no hasta que me hubiera acomodado a aquellas circunstancias adversas, dejara mis propias tragedias lo suficientemente atrás como para poder ocuparme de las suyas. Me necesitaba para que fuera su «hijo especial», aunque sólo por un tiempo breve, ya que sabía cuáles eran las cosas malas que se le avecinaban. Me necesitaba para que hiciera lo que los hijos hacen por sus

padres: dar fe de que son entes con sustancia, de que no están huecos, de que no son carencias sonoras. De que importan, cuando tan pocas cosas parecen importar.

Yo entonces sólo tenía quince años, y solía creer lo que la gente me decía, a veces más de lo que creía a mi propio corazón. Si hubiera sido algo mayor, si hubiera tenido diecisiete años y la experiencia que esa edad lleva aparejada, si hubiera tenido algo más que ideas innatas acerca del mundo, tal vez me habría dado cuenta de que lo que estaba experimentando —sentirme atraído por Arthur Remlinger, permitir que lo que sentía por mis padres fluyera por debajo de las olas de mi pensamiento— auguraba cosas malas también para mí. Pero era demasiado joven y me hallaba muy fuera de las lindes de lo poco que sabía. Había experimentado unas sensaciones parecidas cuando mis padres planearon y cometieron el atraco, cuando limpiamos la casa, y Berner y yo habíamos esperado su regreso, y, más tarde, cuando habíamos estado a punto de coger el tren a Seattle y de olvidarme del instituto. Pero no relacioné aquellos sentimientos con los sentimientos de ahora, ni me di cuenta de que significaban lo mismo. Me faltaba destreza para establecer ese tipo de conexiones. Aunque ¿por qué nos dejamos atraer por gente que nadie consideraría buena o saludable, sino peligrosa e impredecible? He pensado en ello una y otra vez en los años que siguieron; en cuán poco afortunado fui al verme envuelto en las cosas de Arthur Remlinger tan poco tiempo después de que mis padres fueran encarcelados. Sin embargo es algo que todo el mundo debe hacer: percibir que algo de lo que te rodea no está bien, reconocer las amenazas; recordar que ya has tenido esas sensaciones con anterioridad, lo cual significa que estás completamente solo en un paisaje desierto, y que estás expuesto a lo que pueda pasarte, y que por tanto has de extremar todas las cautelas.

Lo que hice, por supuesto, en lugar de ser cauteloso, fue permitir que Arthur Remlinger y Florence La Blanc «se hicieran cargo de mí», como si el hacerlo fuera la cosa más natural del mundo y la consecuencia más lógica del hecho de que mi madre me hubiera enviado lejos a raíz de lo calamitoso de su mala suerte. Y duró sólo un breve tiempo. Pero yo entré en ello por completo, como hacen los niños, ya que, vuelvo a decir, en parte yo seguía siendo un niño.

A primeros de octubre, después de haberme instalado en mi cuartito diminuto del Leonard, vi bastante a Arthur Remlinger. Era como si de repente me hubiera convertido en su chico preferido, y él no se cansara nunca de mí. Yo seguía encargándome de las tareas que se me habían asignado, y disfrutaba haciéndolas. Localizaba los gansos con Charley por la tarde, me levantaba a las cuatro y llevaba a los Sports hasta los campos de trigo oscuros, emplazaba los señuelos, mantenía charlas intrascendentes con los cazadores y ocupaba mi puesto para mirar por los prismáticos dónde iban cayendo las piezas.

Sin embargo, cuando no estaba ocupado en estos quehaceres, Arthur Remlinger acaparaba mi tiempo. Eso me ponía muy contento, porque no había relacionado los sentimientos que he mencionado antes y no puse en práctica ningún tipo de cautela (o no la suficiente), y había decidido que Arthur Remlinger me gustara y me pareciera interesante, un hombre a quien podría emular en fechas venideras. Como Florence había dicho, era un hombre cultivado, de maneras refinadas, bien vestido, con experiencia, norteamericano, y al parecer yo le gustaba. Y, como he dicho, había decidido que mi madre había querido que se hicieran cargo de mí unos desconocidos, y había aprobado el hecho de que empezara una nueva vida con otro rumbo.

Remlinger me dijo que le llamara por el nombre de pila, y que no le llamara «señor», lo cual era nuevo para mí. Me llevaba al restaurante de chop-suey y me enseñó a utilizar los palillos y a tomar té. Veía que la hija del dueño me miraba, pero yo ya había dejado de pensar en ella o de abrigar esperanzas de que llegáramos a ser amigos. Otras noches cenaba en el comedor del Leonard, con Arthur y Florence. Ella traía flores para decorar la mesa, y me presentaba a los otros clientes como si fuera un familiar y tuviéramos una historia común y Arthur me tuviera a su cargo. En este sentido, me trataba como a un hijo, como si viviera realmente en Fort Royal, en el Leonard, y fuera perfectamente comprensible que un chico de mi edad viviera de ese modo.

En tales ocasiones, Arthur, vestido con alguno de sus bonitos trajes de tweed, unos zapatos lustrosos y una corbata de color vivo, hablaba de sus penetrantes dotes de observación, que a su juicio le facultaban para destinos vitales distintos del de regentar un hotel en un lugar anodino. Y me decía que debía ampliar mis capacidades para asegurarme un buen futuro. Una de las veces sacó torpemente un pequeño cuaderno de hojas de rayas azules, que al parecer iba a regalarme, y me aleccionó para que consignara en él mis pensamientos y observaciones, aunque nunca debía enseñar a nadie lo que había escrito. Si volvía a leerlo periódicamente, dijo, caería en la cuenta de la cantidad de cosas que acontecían en el mundo —«muchísimas»—, por mucho que pudiera parecer que no cambiaba nada. Así, podría evaluar y mejorar el

curso presente de mi vida. Él lo hacía, me dijo.

Durante este tiempo, me llevó a otras excursiones automovilísticas, una vez a Swift Current para pagar una deuda, otra a Medicine Hat para recoger a Florence porque se le había averiado el coche. Y otra vez me llevó dando brincos por las carreteras secundarias de la pradera, hasta un acantilado de arcilla en lo alto del río Saskatchewan, donde un ferry operado a mano se deslizaba despacio corriente abajo. Desde el Buick, con la calefacción encendida, miramos el río hacia donde miles de gansos flotaban y farfullaban sobre las relucientes aguas, y a lo largo de cuyas orillas sinuosas se habían ido desplegando. Blancas gaviotas describían círculos en el aire turbulento, en lo alto, sobre ellos. Arthur Remlinger siempre llevaba el pelo rubio bien cortado y peinado, y con un brillo soberbio, y las gafas colgadas del cuello, bailándole contra el pecho, y colonia de ron de laurel. En el coche, fumaba y hablaba de Harvard y de la vida perfecta que había llevado allí. (Yo apenas tenía una idea vaga de Harvard, y ni siquiera sabía que estaba en Boston). Remlinger me habló más de sus deseos de viajar al extranjero —le interesaban también Irlanda y Alemania—, y a veces también de los seis mil kilómetros de línea divisoria con el país vecino, que él llamaba «la frontera de los Estados Unidos». La frontera, decía, no era una linde natural ni lógica, y no existía en la naturaleza, y se debía acabar con ella. Estaba concebida, por el contrario, para representar distinciones erróneas destinadas a preservar intereses corruptos. Era un defensor vigilante de que todas las cosas de la vida fueran naturales, inherentes a la naturaleza. Citaba a Rousseau: Dios hace buenas todas las cosas, pero el hombre se ha inmiscuido en ellas y las ha convertido en malas. Detestaba lo que él llamaba «el gobierno tiránico» y las iglesias y los partidos políticos, sobre todo a los Demócratas, a quienes mi padre prefería (y yo también), dado el afecto que sentía por el presidente Roosevelt, a quien Arthur Remlinger llamaba «el hombre de la silla de ruedas», o «el hombre lisiado», el hombre que, según él, había seducido al país para luego traicionarlo con los judíos y los sindicatos. Cuando hablaba de estos temas sus ojos azules centelleaban. A medida que hablaba de ellos parecía encolerizarse más y más. Detestaba especialmente a los sindicatos, a los que llamaba «falsos mesías». Eran los temas sobre los que había escrito sus artículos en los panfletos y revistas que guardaba en las cajas de cartón de la casucha: *El factor decisivo*, *Los librepensadores*. Yo apenas hablaba cuando estaba con él, sólo escuchaba, ya que me preguntaba muy pocas cosas, o ninguna, sobre mi persona; una vez quiso saber el nombre de mi hermana, y dónde había nacido yo, y si planeaba ir al instituto, algo que ya me había preguntado, y cómo me había adaptado a mi nuevo alojamiento. No le hablé de mis padres ni le dije que mi madre era judía. Supongo que en Estados Unidos, hoy, lo catalogarían de radical o de libertario, y resultaría alguien menos insólito de lo que era allá en las praderas de Saskatchewan.

Sin embargo, nada de lo que hablaba parecía hacerle feliz, como si hablar también



fuera una carga que debía soportar. Hablaba y hablaba con voz nasal, mientras su boca se movía animadamente, sus ojos parpadeaban, casi siempre apartados de mí, como si yo no estuviera allí a su lado. A veces se mostraba entusiasta, otras furioso, lo que yo interpretaba como su forma de acomodarse al vacío que albergaba. Y digo todo esto como muestra de que me solidarizaba con él —a pesar del rencor que sentía contra los judíos—, y de que disfrutaba de las veces que estaba a su lado, aunque casi nunca interviniera o entendiera gran cosa. Era una persona exótica, tan exótica como el lugar donde estábamos. Nunca había conocido a nadie que lo fuera, lo mismo que nunca había estado acostumbrado a pensar que alguien fuera interesante.

Durante aquellos días dormí bien en mi cama, y me sentía optimista sobre el hecho de estar en Fort Royal. Tenía escaso sentido de pertenencia, y, aparte de mis tareas cotidianas, participaba en muy pocas cosas. Yo mismo me suministraba mi propio sentido de pertenencia y de normalidad; era (y es) mi carácter. Me cortaba el pelo y pagaba por ello con el dinero canadiense de las propinas. Me bañaba en la bañera común del cuarto de baño y podía ver cuál era mi aspecto en el espejo cuando me venía en gana. Ponía el tablero de ajedrez con sus piezas encima de la cómoda y urdía estrategias por si alguna vez llegaba a jugar con Remlinger. En el Leonard me sentía en casa, relacionándome con los Sports, los viajantes de comercio y los trabajadores del petróleo que seguían en el hotel después de que se hubieran ido las cuadrillas de recolectores. Casualmente hice amistad con una de las chicas filipinas que se llamaba Betty Arcenault. Me tomaba el pelo y se reía y me decía que le recordaba a su hermano menor, que era menudo como yo. Yo le dije que tenía una hermana más alta que yo que vivía en California. (Tampoco en esta ocasión mencioné a mi padres). Ella pensaba ir a California en el futuro, me dijo, y ésa era la razón por la que venía todas las noches de Swift Current a hacer de «acompañante» en el Leonard. Era delgada y de tez cetrina, tenía el pelo teñido, fumaba cigarrillos y apenas sonreía por culpa de los dientes. Era una de las chicas a las que había visto sentadas en el borde de una cama en penumbra al abrir la puerta de un cuarto, con un chico dormido a su lado. Nunca pensé en hacer nada con ella; nunca tuve una imagen demasiado clara de lo que habría hecho con ella. Mi única experiencia de esa clase la había tenido con Berner, y no me acordaba de ella muy bien.

Me di cuenta de que ya no pensaba en Partreau. Iba allí cada mañana con Charley Quarters a limpiar gansos en el madero donde los limpiábamos, al fresco vivo del exterior del Quonset, enfrente de mi casucha. Aunque era como si nunca hubiera estado dentro de ella, como si nunca hubiera paseado por las calles de Partreau o nunca me hubiera quedado de pie, más allá de las hileras de caraganas, mirando hacia lo que creía que era el sur y preguntándome si algún día volvería a ver a mis padres. El tiempo se cierra sobre los acontecimientos si uno no sabe mucho sobre él. Y, como he dicho, el tiempo significaba muy poco para mí allí.

Fue en aquellos días cuando Florence La Blanc me dijo que había estado pensando lo que yo podía hacer en el futuro. Fue en la mesa del comedor, con el mantel de hilo blanco y las servilletas dobladas, la vajilla de plata que se había traído de Medicine Hat y las flores con que la había adornado, para crear, dijo, una ilusión de civilización en la pradera, y porque era el Día de Acción de Gracias, mi primer Día de Acción de Gracias en Canadá. Si hubiera estado en el instituto, como debería, dijo, tendría vacación. Yo no lo sentía como el Día de Acción de Gracias, por supuesto, porque era lunes. Pero Florence había cocinado un pavo relleno, puré de patatas y pastel de calabaza, y los había traído en el coche, y anunciado que teníamos que celebrar juntos nuestra fiesta compartida.

Quedaban pocos comensales en el comedor: un vendedor y una pareja de viaje hacia el este. Los trabajadores de las prospecciones petrolíferas y los operarios del ferrocarril y los Sports comían todos en el bar. Remlinger, sentado, miraba fijamente el gran cuadro de la pared del comedor, iluminado por una lámpara mínima y brillante colocada en el borde superior. La pintura mostraba un oso pardo con un fez rojo, bailando dentro de un corro de hombres vociferantes. Los hombres tenían la mirada exaltada y enloquecida, y la boca abierta y roja, y clamaban con los brazos cortos alzados al aire.

Florence me dijo, con las mejillas rojas encendidas, que había estado pensando en mí y en «el gran aprieto» en que me encontraba. Según ella, yo debía permanecer en Fort Royal hasta el otoño, al cuidado de Arthur. Debía aprender a arreglarme mejor, y hacer acopio de fuerzas, y cortarme el pelo más a menudo. Luego, antes de Navidad, debía montar en un autobús con destino a Winnipeg y mudarse a casa de su hijo Roland, que tenía una esposa joven y cuyo hijo había muerto de polio. Ella ya le había hablado de mí, y él estaba conforme. Me matricularía en el Colegio Católico de Saint Paul, donde no le harían demasiadas preguntas porque su mujer daba clases en él. Si a pesar de todo había preguntas, dijo Florence, sonriéndome, con los ojos entrecerrados y brillantes, dirían que yo era un refugiado a quien sus padres estadounidenses habían abandonado (ahora estaban en la cárcel), y que había hecho un audaz viaje a Canadá, solo, y que unos canadienses se habían responsabilizado y me habían tomado bajo su tutela porque no tenía más parientes. Las autoridades canadienses, me dijo, nunca me mandarían de vuelta a Montana; y el estado de Montana no se daría por aludido ni se preocuparía por el caso. En cualquier caso, dijo Florence, sólo me faltaban tres años para tener dieciocho, y esos años pasarían muy rápido, y entonces elegiría la vida que quería llevar, como cualquier persona. Teníamos eso que agradecer. Florence no pareció considerar ni por un instante la posibilidad de que volviera a vivir con alguno de mis padres. Aunque se me ocurrió que, si al cabo de tres años ponían en libertad a uno de ellos, yo podría buscarle y

encontrarle, y ellos, sin duda, querrían recuperarme. Esto que digo no suena ahora a nada excepcional, pero entonces se me antojó muy extraño que se me hablara así de mi futuro, a mí, alguien tan desvalido en la vida.

Remlinger desplazó la mirada de sus ojos azules hacia mí mientras Florence seguía con el plan que estaba describiendo. Remlinger llevaba una bonita chaqueta negra y un fular color morado, y, como de costumbre, su persona descollaba en medio de los demás moradores del hotel. Parpadeó al mirarme, y sonrió. Apretó los labios delgados, y le apareció el hoyuelo en la barbilla. Volvió a mirar el cuadro del oso y de los hombres vociferantes, como si se hubiera sopesado algo relativo a mi persona, y se hubiera tomado una determinación, y él, después, hubiera vuelto a pensar en el orden natural del universo, y en cómo el hombre había echado a perder todo lo que Dios había hecho de modo tan perfecto. No me gustaba que me miraran de esa manera. No sabía qué se estaba sopesando en mí, o cuán fidedigna podría ser tal evaluación. Esto era parte de la sensación que sentía, aunque no tuviera palabras para describirla; sentía que pronto iba a pasarme algo que no era bueno. Ya he dicho que creía que Arthur Remlinger quería algo de mí, porque de otro modo yo no estaría donde estaba, siendo algo más que un oyente, o un testigo. Lo que quizá quería también era transferirme un mal sentimiento, o bien probar, por mi mera existencia, que se equivocaba de plano al sentirlo.

Florence, sin embargo, estaba muy contenta de seguir hablando de mi futuro, y yo me sentía feliz al pensar que tendría tal cosa. Ella dijo que debía considerar hacerme canadiense, y que me iba a dejar un libro sobre eso. Que ello lo arreglaría todo: que Canadá era mejor que Estados Unidos, dijo, y que todo el mundo lo sabía, menos los estadounidenses. Canadá tenía todo lo que Estados Unidos había tenido en su historia, pero nadie perdía el juicio por ello. En Canadá se podía ser normal, y a Canadá le encantaría acogerme. Arthur, dijo, se había hecho canadiense hacía unos años. (Sacudió la cabeza, se tocó el pelo rubio con los dedos y siguió mirando hacia otra parte). Yo no lo sabía, porque Charley había dicho que Arthur era estadounidense; de Michigan, como yo. Pero eso de inmediato me hizo sentirme diferente a él. No malo, sino sólo diferente, como si parte de su extrañeza le hubiera abandonado y lo hubiera convertido en alguien menos interesante que cuando creía que seguía siendo estadounidense. Menos importante, en cierto modo. Lo cual, al cabo, puede que fuera la única verdadera diferencia entre un lugar en la tierra y otro: cómo uno piensa de la gente, y lo que supone de diferencia en ti pensar de ese modo.

Por aquellos días le escribí una carta a mi hermana Berner. La escribí sentado en mi cama del cuartito, junto a la ventana que daba a la ciudad, con el papel azul fino que había comprado en el drugstore y un portaminas que había encontrado en una de las cajas de cartón de la casucha de Partreau. Quería que fuera algo normal que Berner y yo nos escribiéramos a través del vasto espacio que nos separaba, y que el hecho de que yo estuviera donde estaba no era nada extraordinario en el orden general de las cosas.

En mi carta le contaba que estaba en Canadá, y que aunque pudiera parecer que era un lugar alejado de todas partes, no era así. Había llegado a él después de un viaje de un día desde Great Falls. Le conté que estaba pensando en hacerme canadiense, pero que no iba a suponer un gran cambio. Pronto empezaría a ir al instituto en Winnipeg, donde tendría una vida nueva y grata. Le conté que había conocido a gente interesante. (Esta palabra me parecía muy extraña al verla escrita con mi letra). Me habían proporcionado un trabajo que consistía en tareas de verdad y tenía aspectos únicos, a los que me había adaptado bien y que me agradaban. Estaba aprendiendo cosas, y eso me gustaba. No mencioné a nuestros padres, como si no supiera nada de ellos, y como si nos pudiéramos escribir sin sacarlos a relucir nunca. Tampoco mencioné a Arthur Remlinger, ni a Florence La Blanc, porque no sabía cómo describirlos, a ellos o al lugar que ocupaban en mi vida. No le dije que no sabía dónde estaba Winnipeg. No le dije que Florence se había referido a mi vida actual como un «gran aprieto». Y no mencioné los sentimientos extraños que sentía. No era consciente de ellos más que en parte, y pensé que si se los intentaba explicar la preocuparía. Le dije que la quería, y que estaba muy contento de que fuera feliz, y que saludara a Rudy si lo veía en el parque. Yo iría a verla a San Francisco —y volvería a ser su hermano— en cuanto tuviera ocasión de hacerlo y pudiera coger un autobús en Winnipeg. Firmé la carta, la doblé y la metí en el sobre azul, y decidí llevarla a la oficina de correos para mandarla a la dirección que tenía de San Francisco. La dejé encima de la cómoda de madera, me puse de pie y miré por la ventana hacia los tejados de la ciudad y, más allá, hacia la tierra que se extendía como un océano hacia el horizonte. Pensé en lo lejos que estaba Berner, y en cómo no le había escrito nada de importancia, ni personal, ni sobre ella misma. Le costaría mucho hacerse una idea de cómo me iba por lo que le decía, porque mi situación no era una situación fácil de describir y podría preocupar a cualquiera que la oyera. No era como estar en casa y salir todos los días camino del colegio, o coger el tren a Seattle. Sería mejor, pensé, volverle a escribir desde Winnipeg cuando todo estuviera más asentado, y yo asistiera al Saint Paul y tuviera más que contarle, cosas que ella fuera capaz de entender y que pudieran interesarle.

Cogí la carta y la metí en la funda de almohada, que conservaba desde la mañana en que íbamos a viajar en tren a Seattle Berner, mi madre y yo. Pensé en que la leería más tarde, como los comentarios y observaciones que Remlinger me había sugerido que escribiera en mi pequeño cuaderno de hojas de rayas azules, para leerlos después de un tiempo y saber cómo había sido la vida cuando la había estado viviendo. Nunca escribí nada en aquel cuaderno, y cuando me fui de Fort Royal lo dejé en mi cuarto.

Charley Quarters me dijo que la historia de Arthur Remlinger era la más extraña que me sería dado oír en toda mi vida, pero que debía oírla porque los chicos de mi edad necesitaban oír la verdad desnuda (contrariamente a lo que prefería la mayoría de la gente), porque eso me ayudaría a fijarme unos límites estrictos. Unos buenos límites me mantendrían en mi sitio en el mundo. Él había sabido la verdad desnuda, dijo, pero había fracasado en fijarse de forma eficaz los límites. El estar donde ahora estaba, viviendo solo en el destartado remolque de Partreau, era el resultado de ello. Charley siempre hablaba así, refiriéndose a hechos oscuros que concernían a su persona y que nunca relataba con detalle, pero que se sobrentendía que eran vergonzosos y horribles para alguien que quisiera llevar una vida recta y sana, que era mi caso. Charley era un ser muy poco recomendable y violento y posiblemente pervertido, y no me gustaba, como ya he dicho. Pero era inteligente. Había alardeado ante mí de haber intentado entrar en la universidad. Pero no le habían admitido por ser *métis*, y por ser demasiado inteligente. Me preguntaba si, debajo de todo aquello, no habría sido alguna vez, siquiera una, un chico como yo, y si algo de aquel buen chico alentaba aún en él en alguna parte, como aquel deseo suyo de aleccionarme sobre los límites y la verdad desnuda.

Estábamos limpiando los gansos abatidos aquella mañana; había un gran montón de ellos, lleno de plumas, tirados en tierra, junto a la traviesa de ferrocarril que utilizábamos de madero para limpiarlos, justo en el interior de la puerta arqueada del Quonset, abierta de par en par. Algunos de los gansos aún meneaban las patas; otros tenían los picos ensangrentados abiertos, y en movimiento, mientras usábamos el hacha para golpearles en la cabeza y otras partes del cuerpo antes de abrirlos en canal con el cuchillo, de destriparlos y hacerlos pasar por la máquina desplumadora de fabricación casera de Charley. Fue el día en que por primera y última vez entré en su remolque.

Lo que vi dentro, diría, no se parecía en nada a lo que había visto hasta entonces. En algunos aspectos era como mi casucha, por la estrechez del espacio, la mala ventilación y la pestilencia. Pero en su caso contenía asimismo la acumulación total de la vida de Charley, o eso me pareció al menos. Era un espacio rectangular demasiado caldeado, con las ventanas tapadas con cartones y selladas con cinta adhesiva. En un rincón había una estufa Delmar de hierro negro, embadurnada de brea, cuyo conducto de humos salía al exterior horadando el techo bajo. Un sofá azul mugriento, cubierto de mantas, hacía de cama. Había un increíble batiburrillo de sillas y maletas de cartón rotas, y montones de pieles secas de animales que Charley guardaba para vender, además de sus palos de golf y una guitarra y un televisor pequeño que no estaba enchufado, y varias cajas de alpiste saqueadas por las ratas y

latas de comida amontonadas en un rincón —maíz en grano, pescado enlatado, té Co-Op, salchichas de Viena y cilindros de galletas saladas—, y platos sucios y utensilios, y la caja de los cosméticos de Charley y un diminuto espejo enmarcado y algunos de sus móviles colgantes plateados, con las hélices rotas —pendientes de arreglo—, su caja de las astillas y un ventilador de mesa, un frasco de encurtidos con un líquido amarillo dentro y unos guantes de boxeo colgados de la pared. Había también un frigorífico viejo y una cómoda vertical con los cajones fuera y el barniz desconchado. Encima estaban los libros que leía Charley. Uno era *La rebelión del Río Rojo*. *La Federación Cooperativa de la Commonwealth y los méti*s y *La vida de Louis Riel* eran otros dos. Había montones de papeles sueltos en los que se veía escritos, eso me pareció, los poemas de Charley, que no miré de cerca. De las paredes colgaban fotografías enmarcadas. Hitler. Stalin. Rocky Marciano. Un hombre que caminaba por la cuerda floja en las alturas, con una larga pértiga en las manos, sobre un río. Eleanor Roosevelt. Benito Mussolini con la mandíbula saliente, y, al lado, Mussolini colgado cabeza abajo de una farola, con la camisa fuera de los pantalones, junto a su amante, colgada a su lado. Había una fotografía de Charley de chico, desnudo de cintura para arriba, con las piernas arqueadas, en posición de lanzar la jabalina, otra de una anciana que miraba con fijeza a la cámara y otra de Charley con uniforme militar, bigote hitleriano y la mano alzada al frente en el saludo nazi. No supe entender todo esto entonces. Aunque sabía quién era Mussolini porque había visto fotografías de él en periódicos viejos, tanto vivo como muerto; eran cosas que mi padre conservaba de la guerra.

Había entrado en el remolque para buscar la piedra de afilar curva de Charley, para sacarle filo al hacha y así poder cortarles más fácilmente el cuello, las patas y las alas a los gansos. Pero se me ocurrió que lo que quería era que viera cómo era una vida cuando no se le ponían límites. Allí dentro había olor a huevos podridos mezclado con algo dulce y químico y relacionado con la comida: sus disolventes para curtir, y el olor del propio Charley. Oía mucho peor que fuera, por el calor y por ser un recinto estanco. El hedor era casi visible, y palpable —como un muro—, incluso con la puerta metálica abierta y con el viento frío que entró durante los dos minutos que estuve dentro. Quería salir cuanto antes. A veces, si me acercaba mucho a él o el viento soplaba hacia mí, me llegaba una vaharada fétida procedente del propio Charley. Parecía emanar de su ropa grasienta, o de su pelo teñido. Cualquiera pensaría que era algo a lo que nadie podría acostumbrarse nunca, y contra lo que yo trataría de blindarme. Y sin embargo era algo a lo que llegué a acostumbrarme, de forma que cada vez que me acercaba a Charley era consciente de que lo estaba oliendo, y luego seguía percibiendo ese olor suyo sin darme cuenta siquiera, como si ese olor ejerciera sobre mí un atractivo irresistible. Activaba en mí —durante el rato que seguía— la necesidad de oler lo que no debía oler, gustar el sabor que sabía que

me repugnaba, abrir los ojos a cosas de las que cualquier otra persona apartaría la mirada; dicho de otro modo, me hacía hacer caso omiso de los límites. Ese tipo de atracciones, por supuesto, cesan cuando te haces mayor y te hartas de ellas. Pero son parte del proceso de crecer, como aprender que una llama te quema, o que el agua puede ser demasiado profunda, o que puedes caerte de una altura tal que no vivas para contarlo.

Charley tenía una mala opinión de Arthur Remlinger, aunque siempre se la había guardado para sí mismo. No obstante, me dijo que Remlinger era un tipo peligroso, falaz, despiadado, caótico, sinvergüenza, y respecto del cual una persona como yo debía mostrarse cauteloso, e incluso tener miedo, porque además era inteligente y podía mostrarse adulator y llevarte a situaciones peligrosas; Charley dejaba entrever que le había sucedido a él mismo, aunque, como de costumbre, no me dijo cómo. Estábamos limpiando los gansos. Levantó la vista de la traviesa de tren donde manipulábamos los cuerpos y se puso a contemplar la ciudad desierta de Partreau, como si se le acabara de ocurrir algo relacionado con ella. Aspiró el humo del cigarrillo hasta muy adentro de los pulmones, lo mantuvo en ellos unos segundos y lo expelió en dos ráfagas por los orificios de la nariz. Había «gente» que se dirigía hacia allí en aquel momento, dijo. «Él lo sabe. Y trata de planear una estrategia para salvarse». Con «él» se refería a Arthur Remlinger. Yo debía haberme dado cuenta de que se comportaba de forma más extraña de lo habitual, dijo. Y por eso debía mostrarme cauteloso y no acercarme mucho a él, ya que tal comportamiento extraño podría desencadenar acontecimientos aciagos que ni por asomo yo desearía que se hicieran realidad, y contra los que debía fijar unos límites. Todo era ridículo, dijo. Pero era así como a menudo se hacían realidad en el mundo ciertas cosas muy malas. (Por supuesto, lo supiera explicar o no, yo ya lo sabía por mi propia vida: que con frecuencia lo sumamente improbable se hace tan cierto como que el sol sale cada mañana).

Cuando Arthur Remlinger estaba en la universidad, me contó Charley, sus ideas no eran del agrado de la gente; algunas de ellas yo ya las conocía. Detestaba al gobierno. Odiaba a los partidos políticos. Odiaba a los sindicatos y a la Iglesia católica, y más cosas. No gustaba a sus compañeros de estudios. Escribió panfletos en revistas no intervencionistas, contrarias a la guerra (según algunos), pro alemanas, lo que hizo que sus profesores recelaran de él y desearan que se volviera a Michigan, el lugar de donde provenía. Su padre —cuando Arthur era joven— había sido injustamente despedido de su trabajo de operario de maquinaria, y el sindicato no le había defendido a causa de sus creencias adventistas y pacifistas. Ello había desencadenado una terrible crisis familiar, y había dejado huella en el joven Arthur, que dio en adoptar ideas radicales en sus años de instituto. Su familia no las



compartía. Dejaron atrás su mala suerte y se trasladaron a un medio rural y rehicieron su vida cultivando remolacha. No entendían a su hijo —Artie, lo llamaban—, guapo e inteligente, con facilidad de palabra, destinado a una vida de éxito como abogado o quizá político, y que ingresó en Harvard gracias a su brillantez. (Charley dijo *Harvard* como si conociera bien la institución, como si hubiera estudiado en ella. Remlinger, dijo, le había contado todo esto años atrás).

Arthur volvía de la universidad a casa cada verano y siempre encontraba trabajo en alguna fábrica de automóviles de Detroit, donde vivía en un piso paupérrimo para ahorrar lo suficiente para pagarse sus gastos cuando la facultad reanudara las clases. Su familia apenas lo veía durante este tiempo, pero pensaba que su disposición para costearse la universidad era una señal prometedora para su futuro.

Pero durante el verano de su tercer año, 1943, trabajando en el personal de limpieza de la Chevrolet, con un buen salario, Arthur tuvo una agria discusión con un representante sindical que supervisaba el trabajo de la fábrica a fin de cerciorarse de que todos los empleados —incluidos los eventuales del verano— estaban sindicados. Las palabras subieron de tono al negarse Arthur a afiliarse al sindicato. El representante sindical, según le había contado Remlinger a Charley, sabía que Arthur era autor de encendidos panfletos antisindicales. (Los sindicatos estaban muy atentos a estos detalles y mantenían fuertes lazos con Harvard). El resultado de la disputa fue que Arthur fue despedido de la Chevrolet, con la advertencia de que no volvería a encontrar trabajo en la ciudad, por lo que tendría que abandonarla.

Eso llevó aparejada otra calamidad, ya que la pérdida del trabajo hizo que Arthur no tuviera el dinero suficiente para pagar las tasas universitarias. Su familia no podía ayudarlo. Estaba prácticamente sin blanca, y no podía pagar la renta, y se enfrentaba al brusco final de sus aspiraciones universitarias. Fue a ver a los administradores de Harvard y les suplicó que le concedieran una beca. Pero éstos conocían sus opiniones y las reprobaban, así que rechazaron su petición. Se le cerraron las puertas de Harvard, le contó a Charley, y su juventud tomó un sesgo turbulento.

En este punto le sobrevino un trastorno. Una «enajenación mental», en palabras del propio Remlinger. Se sintió abatido, se alejó de su familia. Sólo ocasionalmente hablaba con su hermana Mildred, que no le hacía preguntas, ni siquiera acerca de cómo se ganaba la vida. Desesperado, Arthur había empezado a encontrar consuelo en otra parte y en otras gentes. Gentes de Chicago y del norte del estado de Nueva York, que compartían sus para entonces extremistas ideas antisindicales, anticlericales, no intervencionistas. Gentes que se consideraban defensores de la filosofía del «derecho a trabajar», y se habían visto envueltas durante décadas en confrontaciones con los sindicatos. Arthur abandonó Chicago y fue a vivir con una familia en Elmira, Nueva York, y trabajó en una granja lechera mientras recuperaba la estabilidad mental. Aquellos granjeros eran gente violenta, llena de odios y

resentimientos por el daño que les habían infligido tanto los sindicatos como el gobierno. Arthur se vio más y más inmerso en las ideas de aquellas gentes. Y no tardó en compartir su resentimiento y su necesidad de venganza. Y se vio envuelto en sus tramas y planes, como el de poner una bomba en un salón sindical de Detroit, con intención no de causar daños físicos a nadie sino de poner de relieve la filosofía del «derecho a trabajar», que ellos consideraban la correcta.

Arthur, aún en un estado de agitación mental causado por la imposibilidad de volver a la universidad, se dejó convencer para ser él quien colocara la bomba en un cubo de basura que había al pie del edificio del sindicato. Le contó a Charley que debería de haber estado internado en un hospital mental, y que así habría sido si su familia hubiera podido seguir en contacto con él. Su hermana era enfermera. Pero las cosas no fueron de ese modo.

Arthur condujo desde Elmira hasta Detroit, con la dinamita en el maletero de un coche prestado. Dejó la bomba en el sitio planeado, puso en marcha el tosco mecanismo de relojería y se alejó del edificio del sindicato. Pero antes de que estallara la bomba, a las diez de la noche, el señor Vincent, vicepresidente del sindicato, volvió al edificio a recuperar su sombrero, que creía haber dejado olvidado en el salón del sindicato. Al entrar por la puerta trasera, la bomba explotó, y el señor Vincent sufrió gravísimas quemaduras, a consecuencia de las cuales murió transcurrida una semana.

Se dispuso de inmediato una gran caza del hombre para localizar a quien había puesto la bomba; nadie lo había visto, pero se presumía que era un miembro de los grupos violentos que no reparaban en medios para acabar con los sindicatos de Estados Unidos.

Arthur quedó conmocionado al saber que había matado a una persona —a quien jamás quiso hacer daño—, y aterrorizado ante la perspectiva de que lo detuvieran y lo metieran en la cárcel. Se creía que el terrorista era de Detroit, pero nadie sospechaba del joven de veintitrés años Arthur Remlinger. La policía, defensora de los sindicatos, conocía su nombre, pero éste nunca llegó a sacarse a colación. Cuando se emprendió la búsqueda del terrorista de la bomba, Arthur estaba ya de vuelta en la granja de Elmira, y, si bien no renunció públicamente a sus creencias —nunca lo haría del todo—, al menos recuperó el juicio suficiente para saber que era un criminal en busca y captura y que había arruinado su vida.

Podía optar entre entregarse a la policía y afrontar su responsabilidad por lo que había hecho, e ir a la cárcel, o, según le contó a Charley, dado que no se le imputaba el atentado y que ni siquiera se le consideraba sospechoso, irse tan lejos como le fuera posible, y tratar de pensar que nadie le encontraría nunca y que con el paso del tiempo podría sobrevivir a su crimen.

Charley me miró para ver si le estaba escuchando. Yo estaba a su lado, y había

dejado de limpiar los gansos para poder prestarle una atención más estrecha; la historia me estaba impresionando mucho. Charley se puso otro cigarrillo entre los labios. La mancha de sangre del blanco de su ojo izquierdo se desplazó y pareció nadar y lanzar destellos. No llevaba pintalabios; no se pintaba los labios cuando había Sports de por medio. Pero en sus mejillas picadas de viruela había huellas de colorete —se lo había puesto en los fosos de tiro—, y sus ojos seguían con la orla negra en torno. Llevaba un delantal negro de soldador manchado de sangre en la parte delantera, tenía sangre en brazos y manos, y olía a entrañas de ganso. Habría sido una visión chocante para cualquiera. A nuestro alrededor —trabajábamos junto a la entrada del Quonset— surcaban el aire partículas de nieve dura, y los copos que se derretían en el pelo de Charley hacían que se le corriera el tinte negro. Yo tenía las manos y las mejillas irritadas, y me escocían. Las plumas de los gansos habían volado hasta las malas hierbas rígidas y flotaban en torno a los móviles colgantes. El perro blanco de la señora Gedins se había acercado a la caja de las tripas de los gansos y lamía sus lados manchados de ellas. Quemábamos las entrañas todos los días en el bidón de petróleo, y luego Charley esparcía aquí y allá las patas y las alas y las cabezas, para atraer a las urracas y los coyotes contra las que le gustaba disparar.

Charley levantó las gruesas cejas y se le frunció la frente carnosa. «¿A que le estás oyendo hablar así? Ya sabes, lo de “enajenación mental”, “conmocionado”, “aspiraciones universitarias”. Una forma de hablar siempre por encima de todo y de todos». En los labios de Charley se dibujó una mueca de desagrado. «Y es cuando se vino aquí a toda velocidad. En el 45. Nada más terminar la guerra. Pensó (él o la gente que lo había protegido y lo seguía protegiendo) que éste era el sitio más inaccesible de la tierra. Hoy se han dado cuenta de que eso no es exacto». Los grandes dientes frontales de Charley quedaron al descubierto detrás de los labios. Hizo brincar el cigarrillo de un lado a otro de la boca, en la punta de la lengua ancha, como si aquella parte lo complaciera especialmente. «Ahora tiene que enfrentarse a su destino, ¿no? El de hasta aquí sólo ha sido su primer destino. Y, por supuesto, está muerto de miedo». Charley miró el cuerpo del ganso que tenía delante, sobre la traviesa de tren, un cuerpo que ganaba rigidez por momentos, alzó el hacha recién afilada y la dejó caer sobre el cuello del ganso. Luego barrió la cabeza con la mano y la dejó caer al suelo para el perro.

Algunos de los adeptos al «derecho a trabajar» que habían urdido el plan de la bomba contra el sindicato empezaron a buscar un lugar en el que Arthur pudiera esconderse. Nadie le buscaba, pero Arthur pensó que tarde o temprano lo harían, y no podía soportar la idea de que acabaran encontrándolo. Tampoco parecía que fuera a servir bien a los intereses de la causa, pues era de personalidad errática y suponía una amenaza; podía dar al traste con la organización. Según Charley, Remlinger había

admitido que no entendía por qué no le habían liquidado y enterrado en la granja de Elmira tras el atentado de la bomba. «Que es lo que yo habría hecho, sin volver a pensar en el asunto», dijo Charley. En lugar de ello, le contó Remlinger, contactaron con el propietario del Leonard, un hombre menudo, taimado y turbulento llamado Herschel Box, para quien Charley había trabajado como chico para todo, y le pidieron que escondiera a Arthur en Saskatchewan. Box era un inmigrante austriaco ya mayor, que compartía las peligrosas inclinaciones de los maquinadores de Elmira y Chicago y se había prestado para llevar a cabo numerosas operaciones de castigo al otro lado de la frontera: el incendio de una casa en Spokane, en el que una persona había resultado lisiada; algún saqueo, alguna paliza. Box se avino a acoger a Arthur porque tenía un apellido alemán, y porque había estudiado en Harvard y Box lo consideraba inteligente.

Remlinger viajó en tren desde Ottawa hasta Regina en el otoño de 1945, y allí Box lo recogió y lo llevó a la casucha de Partreau; en aquel tiempo aún vivía gente en la ciudad, como él mismo me había dicho. Y empezó una nueva vida en Canadá.

Remlinger había trabajado en lo mismo que yo; iba en bicicleta a Fort Royal, fregaba suelos y hacía recados para los Sports que Box alojaba en el hotel y a los que cobraba una tarifa por disparar contra los gansos. Sin embargo, no llegó a trabajar en los campos de los gansos ni limpiando sus cuerpos ni cavando fosos de tiro. Box creía que no era lo bastante fuerte para realizar tareas rudas, y le asignó el puesto de recepcionista, luego el de contable y luego el de gerente nocturno, hasta que finalmente Box se volvió a Halifax, donde tenía una hija y una esposa abandonada. Arthur se quedó de gerente único en el Leonard. Le contó a Charley que le había enviado las recaudaciones a Box cada semana, durante tres años, hasta que Box murió y, sorprendentemente, le dejó el Leonard en el testamento, ya que le había cogido cariño y quería protegerle, además de haberle tratado como a un hijo. «No un hijo normal», dijo Charley. «No un hijo que yo quisiera tener».

Arthur Remlinger, sin embargo, nunca estuvo contento con el lugar donde vivía: aquellas habitaciones angostas que daban a la pradera, el loro verde de Box, Samson, encaramado en una percha, en la sala. Se sentía desgajado de toda vida con que se hubiera sentido familiarizado hasta entonces, y anhelaba volver a Harvard, y temía constantemente que un día llegaran unos desconocidos para castigarle por el «acto irreparable» que había cometido y por sus «opiniones». Sus opiniones habían sido concebidas, al igual que sus escritos, le explicó a Charley, con el solo propósito de descollar y hacerse notar entre sus profesores. Pensaba que debería haber sido capaz de superar todo aquello y haber seguido estudiando hasta convertirse en abogado. «Un hombre había saltado hecho añicos por su culpa, por supuesto», dijo Charley. Pero eso no parecía importar gran cosa.

Charley dijo que Arthur Remlinger había empezado a padecer accesos de una ira

oscura y depresiones causadas por el hecho de que su vida girase en torno a una única cosa: su corta carrera como homicida. Cuando había mucho más que eso en él, por mucho que no pudiera cambiar nada, ni hacer que las cosas malas se convirtieran en buenas. Tenía la impresión de haber madurado desde aquellos días de antaño. Pero con tal madurez no se le permitía hacer nada. Habría sido mejor, dijo Charley, que lo hubieran detenido y lo hubieran metido en la cárcel y hubiera pagado el precio de sus actos. Ahora sería libre y viviría en Estados Unidos, su patria, en lugar de estar varado en una pequeña ciudad baldía de la pradera donde la gente recelaba de él y lo miraba con disgusto y lo consideraba un «raro» (en palabra de Charley, la misma que utilizaba nuestro padre). Los vecinos hacían circular el rumor de que era un millonario excéntrico, o un homosexual, o un proscrito infiltrado en aquel lado de la frontera cumpliendo las órdenes de alguien (lo cual no era cierto); o que lo protegían intereses extranjeros (que sí lo era); o que era un criminal que buscaba refugio de un misterioso delito. («Los rumores siempre tienen algo de cierto, ¿no?», dijo Charley). Aunque nadie en Fort Royal se preocupó lo bastante para indagar más hasta dar con la verdad. Eran preferibles los rumores. La ciudad nunca había aceptado al viejo Box; ofrecía jóvenes indias lascivas, una sala de juego y barras para beber y gritar a voz en cuello, y los granjeros casados entraban sigilosamente en el hotel a disfrutar de juergas, y había forasteros que iban y venían en la noche. Pero toleraban todo esto porque no querían líos, y porque una ciudad como Fort Royal lo que quería era ignorar aquello que no aprobaba. Y cuando Box volvió a las Provincias Marítimas — nadie parecía entender que eran parte de Canadá; «Nadie ha ido nunca allí», dijo Charley—, la ciudad no cambió de actitud y siguió tolerando a Arthur Remlinger, que no pretendía imperar en ninguno de sus barrios.

Pero se sentía «anquilosado», me contó Charley que le había dicho Remlinger, una palabra que yo no conocía y que a Charley le hizo reír con sorna. E «incomodado y no aceptado» por gentes que él nunca había querido que lo aceptaran. Lo cual le hacía odiarse a sí mismo y sentirse desolado e indefenso, y con un enorme pesar por haber sido tan joven y haber sentido aquel pánico en 1945, que lo había forzado a huir al otro lado de la frontera. Ahora había cambiado por completo, pero se sentía incapaz de marcharse a causa del miedo a que lo detuvieran, que lo «anquilosaba» y no le permitía moverse. Volver para enfrentarse a la justicia sería algo excesivo, le dijo Remlinger a Charley. No le cabía en la cabeza cómo iba a hacer algo semejante, lo mismo que no entendía por qué no podía volver a la universidad; sus profesores, entonces, habían aprovechado la ocasión para desposeerlo de sus certificaciones de aptitud. Era un inadaptado en todas partes, y ansiaba irse más lejos aún. (El «viaje al extranjero» del que me había hablado a mí. Italia. Alemania. Irlanda). Tenía casi treinta y nueve años, aunque parecía diez años más joven, con su fino pelo rubio, su piel sin arrugas, sus ojos claros y su apostura física. Era como si el tiempo se hubiera

detenido para él, y él hubiera dejado de envejecer y se hubiera convertido en una única cosa: Arthur Remlinger en un presente perpetuo. Le contó a Charley que a menudo pensaba en suicidarse, y que era presa de rabiosas iras nocturnas, un estado mental caótico que estallaba sin previo aviso (el atropello de los faisanes en la carretera) y ponía de manifiesto su auténtica naturaleza. Había empezado a vestir con elegancia y esmero (algo que no había hecho nunca hasta entonces), y compraba y se hacía enviar trajes de dandy de un sastre de Boston, que entregaba a Florence para que los arreglara y planchara en Medicine Hat. A veces, me contó Charley, aunque él nunca lo había presenciado, se refería a sí mismo como un «abogado» (y «asesor legal»), y otras como un importante escritor. Charley decía que Remlinger influía en todo lo que le rodeaba (y nunca positivamente), pero que no era una persona que dejara una impronta en nadie. Es lo que a mí me había parecido incoherente. Él sabía esto, y sufría por saberlo, y deseaba cambiarlo, pero no podía.

Charley dijo que habría dejado a su jefe hacía tiempo, para no volver a verlo jamás, pero que el viejo Box, aquel maldito teutón del infierno, le había transmitido a Remlinger cierta información íntima sobre su persona, cosas del pasado que (como en el caso del propio Arthur Remlinger, o de mis padres, o de mí mismo), de saberse, le habrían causado un gran quebranto. Charley dijo que, por tanto, estaba «enrolado» a su servicio hasta que a Remlinger le viniera en gana: como criado, como empleado, como forzado confidente, blanco de bromas, factótum y antagonista secreto. Llevaban así quince años, los mismos que yo tenía.

—Ahora estás en su punto de mira, lo sé —dijo Charley. Fue agrupando montones de cuerpos de gansos de piel erizada, limpios, y empezó a llevarlos al umbrío Quonset—. Tiene un plan para ti en su estrategia de supervivencia. A menos que esté muy equivocado. Pero no estoy equivocado.

La cámara frigorífica se alzaba entre las pieles de animales estiradas y puestas a secar, las latas de sales, los montones de señuelos que debía reparar, la motocicleta y las herramientas para cavar, en medio de un olor a disolventes y productos químicos para curtir.

—Yo no le admiro —dije, cargando con los gansos que había limpiado y desplumado yo mismo, y echándolos en el interior de la cámara, junto a los suyos.

Aunque casi lo admiraba.

—Un hombre que quiere que su merecido castigo termine de una vez por todas es un hombre desesperado —dijo Charley, dándome la ancha espalda; en medio de las sombras, yo veía el brillo de su pasador de pelo—. Tú no lo sabes —dijo, en tono bronco—. Tú no sabes nada de nada.

Hacía un frío muy intenso en aquel rincón del Quonset; todo estaba rígido y era doloroso tocarlo.

—¿Qué tendría que saber? —le pregunté—. ¿Qué me importa a mí el señor Remlinger?

Charley Quarters se dio la vuelta, con los brazos llenos de cuerpos grises de gansos desplumados, y sonrió de la forma desalmada con que había sonreído la primera noche en la camioneta, en la oscura carretera, al norte de Maple Creek, cuando me agarró la mano y me la apretó, y yo tuve ganas de saltar de la cabina y salir corriendo.

—Te lo he dicho. Vienen unos hombres a buscarle. Ahora mismo. Y él comprende su situación. Él se comprende a sí mismo mejor que yo. Pero es débil. Y no le culpo.

Charley levantó con el codo la pesada tapa de la cámara. En su interior había gansos congelados blanquecinos, duros como lingotes. Echó dentro su carga, que cayó sobre ellos, y se apartó. Hice lo mismo con los míos, y me volví rápidamente hacia la luz de la puerta del Quonset. No me gustaba estar a solas con él. No sabía lo que podía hacer de repente.

Los hombres —dos de ellos, dijo Charley cuando me llevaba a Fort Royal en la camioneta— eran de Detroit, en los Estados Unidos, el escenario del crimen de Remlinger quince años atrás. Remlinger le había hablado de ellos a finales del verano, cuando las personas del grupo del «derecho al trabajo» con quienes se mantenía en contacto le advirtieron para que fuera preparándose. (Seguían considerándole un tipo errático, había reconocido Remlinger). El caso policial lo habían cerrado hacía tiempo. Pero había gente que aún seguía pendiente de él y mantenía los ojos y los oídos bien abiertos. E, inesperadamente, el nombre de Arthur Remlinger había vuelto a oírse. «Por casualidad pura y simple», le había contado Remlinger a Charley. No existían sospechas que lo relacionaran con el crimen, ni razones para considerarlo una persona con quien hubiera que hablar oficialmente. Habrían de tratarlo como un asunto privado. La familia de la víctima y los miembros del sindicato habían envejecido, y, por otra parte, nunca habían considerado a Arthur Remlinger capaz de aquel asesinato. Pero cuando se enteraron de su paradero —Saskatchewan, una ciudad minúscula y remota, donde vivía solo y sin ningún motivo lógico que lo explicara, en un hotel—, y de que se hallaba relacionado con el hacía tiempo fallecido Herschel Box, un nombre conocido en aquel medio, las cosas empezaron a encajar con lo que se sabía de su pasado (la reyerta con el representante sindical, los panfletos, su fama de alborotador en Harvard), y empezó a parecer verosímil que aquel Arthur Remlinger, un estadounidense extrañamente nacionalizado canadiense, pudiera ser una persona a la que había que ir a ver en carne y hueso. Si alguien podía observarlo sin que él se diera cuenta —entrar en su vida inadvertidamente—, podría calibrarse la probabilidad de que fuera un criminal. Tras

lo cual —en caso de que lo consideraran culpable, o cuando menos cómplice— darían comienzo las deliberaciones sobre qué hacer con él. «Debe de pensar que yo he vivido a fondo su vida echada a perder», dijo Charley, al volante.

Remlinger le había dicho que sentía que no tenía por qué preocuparse al respecto; eran dos hombres enviados para observarle. No tenía que hacer nada fuera de lo normal: huir, confesar algo, o actuar de alguna forma incriminatoria que diese a aquellos hombres razones para sospechar que fue él quien puso la bomba en el edificio del sindicato. (La había puesto, dijo Charley, «porque si no no la hubiera puesto nadie»).

Se creía que los dos hombres que se dirigían a Saskatchewan —a través del Medio Oeste en un Chrysler New Yorker, rumbo al norte hasta más arriba de la frontera de Canadá— no dedicaban demasiada entrega a su misión. Se conocían sus nombres. Crosley, joven yerno de Vincent, el hombre destrozado por la bomba; y Jepps, policía retirado sin ninguna vinculación a la familia, pero con el cometido de hacer que prevaleciera el buen juicio en todo momento. Los dos hombres no pensaban que Remlinger fuera el hombre que andaban buscando. Hacían aquel viaje a Saskatchewan tanto a modo de aventura como de caza del hombre. Podrían disfrutar de una cacería de gansos si todo lo demás fallaba y lograban enrolarse en una. No habían prestado la más mínima atención a la cuestión de qué hacer en caso de que Arthur Remlinger fuera realmente el hombre que buscaban, y tuvieran que enfrentarse a él —en un país extranjero del que nada sabían salvo el idioma—, y se vieran forzados a hacer algo. Pedirle que volviera a Detroit (¿para hacer qué?); volver ellos y convencer a la policía para que retomara de nuevo el caso (¿con qué pruebas?); secuestrarle, a él, todo un ciudadano canadiense, y trasladarle a los Estados Unidos a través de la frontera. (¿Cómo, y luego qué hacer con él? ¿Pegarle un tiro? Llevaban pistolas; eso se sabía; ése fue su error fatal). Eran hombres normales y corrientes, trabajadores nada complicados, más parecidos a los Sports que se reunían en el bar por la noche que a hombres movidos por la justicia o la venganza. Lo más probable, se informó a Remlinger, era que estuvieran ya pensando en llegar al Leonard, ver que no había nada extraño en Remlinger (a pesar de haberlo), volver a montar en el Chrysler y partir de regreso a Detroit. Más de tres mil kilómetros.

El problema, según dijo Charley, y la razón por la que yo tenía que tener mucho cuidado (si no lo tenía era un idiota), era que Remlinger se había vuelto amargado y malhumorado y de sentimientos siniestros, y si cabe aún más mentalmente caótico ante la idea de que unos desconocidos se presentasen allí sabiendo quién era y lo que había hecho, y con la intención de llevarlo a la fuerza al otro lado de la frontera para enfrentarlo a todos los fracasos que había dejado atrás. Su padre aún vivía. Y él había malgastado su futuro. Su mala cabeza pasada le estaba esperando. Su estado anímico



no era apacible, me dijo Charley. Carecía de la capacidad mental para no inculpinarse. La inculpinación se había convertido en su vida entera. Tales eran los cambios de conducta que yo tendría que haber percibido en él, pero no lo hice.

Él había estado allí todos aquellos años, dijo Charley, a la espera de que alguien llegara y lo encontrara, sufriente, expectante. Una vida vivida en una ciudad asolada por el viento, de vistas vacías, desterrado, remoto, sin familia; con la sola compañía de Box, luego Charley y luego Florence. Y ahora yo. ¿Cómo había sido capaz de quedarse en ella? Me lo pregunté tiempo después. El clima riguroso, el calendario sin fin, los días indiferenciados, lo «no familiar» hecho norma. Imposible, diría cualquier observador. Era la «pregunta mejor» a la que Arthur Remlinger no había respondido cuando estuvimos en el Modern Café. Se había adaptado, como me dijo.

Pero aquella vida lo había convertido en lo que ahora era. Un hombre excéntrico. Impaciente. Pesaroso. Ligeramente trastornado. Violento y frustrado. Viviendo una etapa de vida que no era capaz de dejar. (La habría dejado si hubiera tenido el valor o la imaginación necesaria para viajar a algún lugar aún más extranjero donde esconderse de nuevo). Charley, a modo de rechazo de su persona, dijo que Remlinger seguía viéndose como el joven estudiante inteligente e ingenuo que nunca quiso matar a nadie, y que sufría por haberlo hecho —por accidente, estúpidamente—, pero que quería que el castigo se acabara de una vez por todas, porque el castigo se había convertido en su vida.

«Y tú», dijo Charley. Estábamos dejando atrás el cartel del límite de Fort Royal, y veíamos los edificios bajos, y el Leonard (un punto que iba creciendo en la pradera), y la calle principal polvorienta y aún sin tráfico (ahora que había empezado el frío), con camionetas al ralenti en los bordillos, y las banderas de la oficina de correos y del banco ondeando y crujiendo al viento, y la gente de Fort Royal, bien abrigada, manteniéndose más cerca de las fachadas de los edificios que de los bordillos de las aceras. «Tú no vayas largando nada de esto. Ni a Arthur Remlinger ni a Flo. Si lo haces te despellejo». Lo que me estaba diciendo, me repitió, era una advertencia para que me fijara unos «límites» y me «protegiera» de lo que podía suceder si «ciertos acontecimientos» tenían desenlaces que no eran los que se suponía que tenían que tener. Charley, como es lógico, había pensado en tales acontecimientos; pero como no me explicó cuáles eran yo no me tomé la molestia de imaginarlos.

En lo que pensaba mientras recorríamos Main Street era en los dos estadounidenses que venían de Detroit. Mi padre decía que en Detroit todo el mundo tenía un buen empleo bien pagado y seguro médico. Era el crisol de Estados Unidos. El centro de poder. El manto de muchos colores. Atraía el mundo entero hacia sí, dijo Charley. «Detroit hace, el mundo toma». Etcétera. Aquellos hombres que se acercaban en coche a Saskatchewan eran de allí, y venían a encontrar verdades y a abanderarlas. Yo nunca había estado en Detroit, pero era un lugar que me interesaba

porque había nacido en Oscoda, no lejos de allí, al norte. Una persona puede tener este tipo de ideas y opiniones, pero no tiene una experiencia real asociada a ellas.

—¿Por qué iba yo a verme mezclado en esto? —dije.

Para entonces me había vuelto más osado y había dejado de horrorizarme constantemente. Nos estábamos deteniendo ante la pequeña puerta principal del Leonard, sobre la que se leía, pintado en negro, VESTÍBULO. El viento azotaba los cristales de las ventanillas de las camionetas. Me quedé mirando el perfil peculiar, nudoso, aún maquillado con colorete. Una cara de enano, pero con un cuerpo más grande, y vigoroso.

—Si tienes suerte, no te verás envuelto —dijo. Sus labios grandes y carnosos se fruncieron como en un amago de beso, lo que indicaba que estaba pensando—. Si fueras inteligente, cogerías el dinero que has estado ahorrando y te montarías en un autobús. Te bajarías cerca de la frontera y la pasarías furtivamente, y no volverías a dejarte ver por aquí jamás. Si te quedas, serás sólo un punto de referencia para él, parte de su estrategia. A él le importa un pimiento lo que pueda pasarte. Lo que está tratando de hacer es demostrar algo.

—Me cogerán y me meterán en un centro de menores —dije.

—A mí me habría ido mejor en uno de esos sitios —dijo Charley—. Tú siempre piensas que sabes qué es lo peor. Pero eso nunca es lo peor posible.

Se refería a que lo mejor que podía hacer era volver a Great Falls, entrar en la comisaría de policía y reconocer que era el desaparecido Dell Parsons, y dejar que toda la atención se centrara en mí: me meterían en un recinto cerrado con llave, con rejas en las ventanas, desde donde miraría fijamente el paisaje helado, y esperaría y esperaría hasta cumplir los dieciocho años. Eso, a mi madre, le había parecido lo peor. Y seguía pareciéndome lo peor a mí. No tenía que responderle a Charley. Casi nunca lo hacía. Él sólo sabía lo de él. Pero yo sabía qué era lo peor para mí mismo, le sucediera lo que le sucediera a Arthur Remlinger. Y me sucediera lo que me sucediera a mí como punto de referencia; es decir, creí entender, que yo no sería sino parte de un capricho, algo que se desecha en cuanto éste queda atrás.

Charley no quería que yo le dijera más. No me escuchaba más que lo estrictamente necesario. Me bajé de la vieja camioneta y pisé la calle de Fort Royal llena de arenilla, ventosa, y cerré la portezuela.

—La mayoría de los perdedores son gente que se ha hecho a sí misma —dijo Charley mientras se cerraba—. No lo olvides.

No dije nada. La camioneta se alejó, dejándome allí ante mi futuro.

Yo estaba en el pequeño vestíbulo del Leonard —el mismo día por la tarde en el que Charley me había hablado de Arthur Remlinger por la mañana— cuando llegaron los dos estadounidenses. El Leonard no tenía un vestíbulo propiamente dicho; no era más que un recibidor cuadrado en penumbra al pie de la escalera central, donde estaba la recepción: un timbre y una lámpara, y en la pared una hilera de ganchos de donde colgaban las llaves de las habitaciones. Acababa de comer y me dirigía a mi cuarto para dormir. Me había levantado a las cuatro de la mañana y tendría que localizar gansos al anochecer. Charley me había llevado a pensar que los estadounidenses llegarían pronto, así que los tenía presentes en mi cabeza, y me había hecho una idea de qué aspecto tendrían, y me pasaba por el vestíbulo todas las veces que podía por si llegaban. Pero no pensaba que fueran a llegar ese mismo día.

Estaban registrándose en el hotel. Les atendía la señora Gedins, que había estado trabajando en la cocina y había oído el timbre del mostrador. Apenas habló con los dos hombres. Aunque al oírles pronunciar sus respectivos nombres —Raymond Jepps, Louis Crosley— levantó la vista del libro de registro, con los vacilantes ojos suecos severos y recelosos, como si hubiera algo de sospechoso en los estadounidenses y a ella nadie pudiera engañarla.

Traían sendas maletas de cuero. Y, como a veces se me requería para subir el equipaje a los Sports —por lo que recibía un cuarto de dólar—, me quedé junto a la pared de la fotografía de la reina Isabel y esperé. La señora Gedins les dijo que tendrían que dormir en la Casa Auxiliar, porque el hotel estaba lleno. (No lo estaba). Había quedado con Charley en llevarles a ella cuando estuvieran listos. Fue la primera señal de que lo que me había contado Charley era cierto: que los dos hombres venían de los Estados Unidos, que se les había identificado y que se les esperaba de un momento a otro. Yo me había creído la historia a medias; pensaba que se la había inventado Charley, quién sabe por qué motivos fantásticos, para asustarme. Pero los dos estadounidenses habían dado unos apellidos que coincidían con los que había mencionado Charley: Jepps y Crosley. Dijeron que eran de la «ciudad de los automóviles», en los Estados Unidos. Estaban de buen talante y no hicieron intento alguno de ocultar quiénes eran. Parecían no recelar en absoluto que alguien pudiera reconocerles o pudiera saber por qué estaban en Fort Royal. Es posible que hasta la señora Gedins supiera quiénes eran, en cuyo caso todos lo sabían, salvo los propios estadounidenses.

«Nos dirigimos hacia la costa oeste de Canadá», dijo Jepps, el de más edad (el policía retirado), con una sonrisa. Era de cara rubicunda y llevaba un peluquín hecho de un material que simulaba un pelo negro brillante y lacio, que se asentaba en lo alto de la cabeza redonda y que no podía parecer menos natural. Le confería un aire de

necedad, porque era un hombre bajo y rollizo y llevaba unos pantalones subidos por encima de la panza, y unos zapatos marrones tipo inglés, de cordones, tan grandes como los de un payaso. No dijo lo que pensaban hacer en la costa oeste de Canadá. Crosley era más joven, de aspecto acicalado, de facciones precisas y bien marcadas, y pelo corto, negro, bien cortado. Sonreía mucho; pero sus ojos estaban alerta y miraban aquí y allá, y su tez era más oscura. Llevaba un anillo de oro en el meñique, al cual daba vueltas con nerviosismo, como si su jovialidad fuera fingida. Más tarde, cuando Jepps recibió el disparo y cayó muerto en el piso de mi casucha, y yo, aunque aterrorizado, me vi implicado en el hecho de moverlo, tuve que recoger el peluquín, algo terrible. (Al caer muerto se le desprendió de la cabeza). Yo no había visto nunca ninguno, pero sabía que era un peluquín. Me sorprendió lo ligero y lo pequeño que era. Acabó en el bidón de quemar, con las tripas y las plumas de los gansos.

Crosley le preguntó a la señora Gedins si podían comer algo; no habían comido nada desde el desayuno, en Estavan. La señora Gedins frunció el ceño y dijo que el almuerzo (que ella llamó «comida») se había servido hacía horas (eran casi las tres de la tarde), pero que el chino de un poco más abajo de la calle podría prepararles algo. Y añadió que yo podía enseñarles dónde era, lo cual les hizo reparar en mi presencia. Ellos dijeron que Fort Royal no era un sitio muy grande («ciudad», lo llamó Jepps, con una voz nasal parecida a la de Arthur Remlinger). Podrían comer en el único «comedor» chino de la ciudad. En Detroit había un barrio chino entero, dijeron ellos. A menudo iban allí a comer con sus mujeres. Estaban deseando comparar la comida china de Canadá con la del estado de Michigan.

Preguntaron si podían dejar las maletas en el vestíbulo y si había alguna partida de caza de gansos en la que pudieran participar. En el viaje hacia allí habían visto miles de gansos en el cielo, y en una ocasión habían visto cómo uno de ellos caía a tierra, obviamente a causa de un disparo. Llevaban escopetas, dijo Crosley, aunque su actitud pareció un tanto vacilante al respecto. Seguramente podrían participar en alguna partida de caza de gansos en los dos días siguientes. Además, querían ver las vistas de interés y hacer las excursiones pertinentes, como si los visitantes vinieran a Fort Royal, Saskatchewan, en el frío ventoso de principios de octubre a disfrutar de sus atractivos turísticos. Era algo que no resultaba creíble, e hizo que con más razón dieran la impresión de ser quienes Charley había dicho que eran.

La señora Gedins le dijo que tendrían que hablar con «el señor Remlinger», el propietario del hotel, pues era él quien organizaba las partidas de caza de gansos. Lo encontrarían por la noche, en el comedor y en el bar. Había otros cazadores en el hotel, dijo. Y seguramente no habría plazas libres, a menos que alguno de ellos amaneciera borracho o enfermo.

De pie detrás de ellos, en el vestíbulo umbrío, yo me mantenía alerta a su reacción ante el nombre que la señora Gedins acababa de pronunciar: «señor Remlinger». Era

al señor Remlinger a quien habían venido a observar después de un viaje de tres mil kilómetros, y sobre el que debían decidir si era o no un asesino, y qué hacer en caso de que lo fuera. ¿Cómo iban a decidir tal cosa?, me pregunté. No tenía la menor idea, ya que Arthur Remlinger, como dijo Charley, jamás reconocería haber puesto la bomba, y había muy pocas personas con vida que pudieran saber sobre el asunto. Ya me había preguntado aquel mismo día qué aspecto tendría un homicida. Una vez cometido un homicidio, voluntario o no, ¿lo llevará el autor escrito en su cara de por vida? ¿Pensaban Jepps y Crosley que era algo fácil de detectar? ¿Y llevaba el criminal la palabra «homicida» escrita en la cara antes de cometer su crimen? Había visto fotografías de asesinos en los noticiarios de los cines. Mi padre sentía fascinación por ellos y sus andanzas. Alvin Karpis y Pretty Boy Lloyd, el propio Clyde Barrow y John Dillinger. Todos, para mí, tenían aspecto de asesinos. Aunque para entonces ya habían cometido sus asesinatos, de eso no había duda. Además, estaban muertos. A tiros, muchos de ellos, y expuestos para las fotografías. A mis padres, había decidido, se les podría haber identificado como atracadores de bancos mucho antes de que mi padre hubiera entrado en un banco para atracarlo. Y mi hermana y yo habíamos sido los únicos que no lo sabían.

Pero el sonido del nombre de Remlinger, pronunciado en la quietud del vestíbulo demasiado caldeado del Leonard, no tuvo ningún efecto sobre el semblante de Jepps o de Crosley. Fue como si no significara nada para ellos.

—Quizá —dijo Jepps, subiéndose el pantalón por encima de la panza con los pulgares rollizos— pueda usted pedirle al tal señor Remlinger que hable con mi amigo y conmigo. Nos gustaría dispararles a unos gansos, si pudiera arreglarse. Vendremos al bar esta noche. Dígale que se acerque y se presente. Somos unos estadounidenses simpáticos.

Los dos rieron con el comentario. Pero no la señora Gedins.

Salieron a la pequeña calle principal azotada por el viento en busca del restaurante chino. Y yo rodeé de prisa el edificio del Leonard para ver si había un Chrysler New Yorker con matrícula de Michigan aparcado en la trasera. Si me hubieran pedido que comiera con ellos, habría ido, aunque ya había comido. Se me antojaba una aventura estar muy cerca de ellos y saber quiénes eran, sin que ellos tuvieran la menor idea de que yo sabía. Como si fuera yo quien estuviera de incógnito. Me sentía presa de la excitación. Podría haber averiguado cosas sobre ellos; sus planes, por ejemplo; aunque se me había prohibido hablar de ello, y en realidad ni siquiera sabía qué era lo que yo podía decir, o a quién. Se entiende fácilmente que un chico de quince años se sienta atraído por estas cosas.

Los dos estadounidenses, sin embargo, apenas se percataron de mi presencia y echaron a andar por la acera hacia el cartel rojo en el que se leía WU-LU. Salí del Leonard para observarlos. Jepps rodeó con el brazo el hombro de su compañero, y se

pusieron a hablar en serio.

—Así queremos que sea —me pareció oír a Jepps, con la voz nasal en el aire frío.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo sé —dijo Crosley—. Pero...

No alcancé a oír el resto de la frase, aunque creía saber de qué hablaban. Y no me equivocaba.

Cuando llegué a la trasera de tierra del Leonard, vi los coches de los cazadores y de los otros clientes del hotel, junto al gran Buick granate de Arthur Remlinger, aparcado y frío. Hacía viento, y en el aire había copos de nieve. El depósito de la Canadian Pacific estaba a unos cincuenta metros de un largo solar vacío. Una máquina auxiliar remolcaba un vagón rojo por una vía vacía, mientras los guardagujas corrían en el frío con sus linternas, cambiando las agujas y subiéndose al vagón al pasar. He ahí un trabajo que haría, pensé —me gustaba trabajar—, si no volvía a estudiar, y si no iba a Winnipeg, como Florence quería que hiciera. Los planes no siempre salían bien, como Arthur Remlinger me había dicho. Estaba descubriendo que era verdad.

Al final de la hilera de coches aparcados estaba el Chrysler New Yorker negro: un dos puertas sucio, lleno de arenilla de la carretera, con su matrícula de Michigan verde y amarilla. «País de las Maravillas del Agua». Imaginé bosques tapizados de verde, con vastos lagos en los cuales alguien —yo— podría remar en una canoa. Algo que nunca había hecho. Había dado por sentado que en el instituto de Great Falls habría un club náutico y que tendría la oportunidad de remar en el río Missouri. Puse la mano en el capó del Chrysler y aún estaba caliente, aunque empezaba ya a enfriarse. Aquel coche venía de Estados Unidos, del lugar donde lo habían construido. Representaba aquello que mi padre (y yo) asociábamos con Estados Unidos. El crisol. El mundo, cada vez más cercano. Yo defendía esos valores. Mis padres los habían inculcado en Berner y en mí. Me hizo volver a sentir que Jepps y Crosley, al venir a Canadá para cumplir su misión, actuaban rectamente, con justicia, aunque no quería que tuvieran éxito y Arthur Remlinger tuviera que volver a los Estados Unidos para ingresar en prisión. Ya he dicho que es un misterio por qué nos asociamos con quienes nos asociamos, cuando todo indica que es un error.

Sin embargo, allí de pie en el aparcamiento, experimenté una gran confusión. Puede que yo mismo me encontrara al borde de una crisis nerviosa. Las sienes se me tensaron, y me dolían, y la nariz y la barbilla se me entumecieron, por el frío, posiblemente. Las manos me hormigueaban. Los pies se negaban a moverse. Por extraño que pudiera ser, y a pesar de lo que sabía de él, Arthur Remlinger no parecía un hombre capaz de transportar una bomba y de ponerla en un lugar determinado para que matara a alguien. Parecía más bien la última persona capaz de hacerlo. Incluso Charley Quarters parecía un hombre más proclive a hacerlo. O los asesinos

de los viejos noticiarios de los cines. En mi opinión, Arthur Remlinger no llevaba la palabra «homicida» escrita en la cara.

Lo que llevaba escrito era «excéntrico», «solitario», «frustrado». Y también «inteligente», «observador», «mundano», «bien vestido». Virtudes éstas que yo admiraba (aunque lo negara). Así que lo que decidí —y ello hizo que pudiera volver a moverme, que la sensibilidad volviera a mi cara y que las manos dejaran de hormiguearme— fue que Arthur Remlinger no era un homicida. Cabía la posibilidad de que aquellos dos estadounidenses, pese a sus nombres y al coche y a que eran de Detroit, no fueran quienes Charley decía que eran. Ése era mi hábito mental. Mi madre dejó escrito en su crónica que, para mí, aquello que se oponía a lo obvio siempre merecía estudiarse detenidamente. Pues podía resultar ser la verdad. Dadas mis recientes experiencias personales con la verdad, no hubiera sido extraño que me pareciera obvio que tarde o temprano todo el mundo comete crímenes, con independencia de lo inclinado a cometerlos que pueda parecer una persona. Pero no estaba dispuesto a admitirlo. En caso de ser cierto, no sabía dónde podía encajar yo en este mundo; no quería cometer crímenes, y encajar en él era mi mayor deseo. Así que intenté creer con todas mis fuerzas que Arthur Remlinger era inocente del crimen que se le imputaba; era la mejor opción, lo mirara por donde lo mirara.

Cumplí con mis obligaciones cotidianas. Dormí menos que de costumbre porque me había quedado un buen rato en el vestíbulo, y luego había ido al aparcamiento a inspeccionar el coche de los estadounidenses. Los días eran ahora menos luminosos, y Charley y yo salíamos más tarde, hacia las cinco, para recorrer los campos de lo alto del río y encontrar los sitios donde estarían los gansos y decirles a los chicos ucranianos dónde cavar los fosos. Los chicos eran granjeros; dos de ellos, fornidos y de miembros largos, eran hermanos y parientes políticos del difunto marido de la señora Gedins, y silenciosos y adustos como ella. No me dijeron nada cuando Charley les dijo dónde tenían que cavar los fosos. Me miraron con desdén, como si yo fuera un chico estadounidense privilegiado al que no le iba ni le venía conocerles. Yo pensé que no era privilegiado en absoluto, si exceptuábamos el extraño privilegio de no tener ningún lugar ni asidero al que aferrarme y poder irme cuando quisiera, algo que ellos creían que no podían hacer.

Arthur Remlinger no hizo acto de presencia durante el día. Normalmente lo veía pasar por el hotel en algún momento. Y de cuando en cuando, como he dicho, me agarraba del brazo y me hacía montar en el Buick con cualquier plan que acabara de ocurrírsele, y salíamos a la carretera rumbo a Current Swift o en dirección oeste, mientras me hablaba animadamente de sus asuntos. Aquel día no sucedió nada de esto. Y, a pesar de lo que había «decidido», empleando el pensamiento inverso, mientras estaba de pie en el frío de la trasera del hotel (que Arthur Remlinger no era un homicida, etcétera), pensé que el hecho de que él no hubiera aparecido estaba relacionado con la presencia de los estadounidenses en Fort Royal. Supongo que sabía que mi pensamiento inverso en relación con los estadounidenses era erróneo.

Sabía que Charley Quarters había llevado a los estadounidenses a la Casa Auxiliar. Cuando bajé, sus maletas ya no estaban, y tampoco su coche en el aparcamiento. Pensé que Charley haría algún comentario en el sentido de que estaba en lo cierto en todo lo que me había contado sobre el asunto. Pero se mostró hermético e irritable, y ni siquiera dijo las cosas desdeñosas que solía decir rutinariamente: que yo no sabía nada; que era débil; que la vida allí era demasiado difícil para mí; que nunca volvería al colegio. Lo poco que habló en la camioneta aquel día tuvo que ver exclusivamente con los gansos y su caza desde los fosos; las cosas que ya me había dicho muchas veces: que los gansos vuelan alto, con el viento, pero que a veces vuelan por debajo de él; que eran más inteligentes que los patos, aunque no era verdadera inteligencia sino instinto muy afinado; que a los gansos de vientre moteado les gustaba el trigo y a los ánsares de la nieve no; que un ganso podía volar ciento cincuenta kilómetros en una noche; y que en realidad no se necesitaban los señuelos: una «joven granjera gorda vestida de negro» serviría perfectamente



vista desde el aire. Me daba la impresión de que, cuando Charley repetía estas cosas, lo que decía no tenía ninguna relación conmigo sino que lo hacía para quitarse de la cabeza algo en lo que no quería pensar. Y ese algo, pensaba yo, tenía que ver con los estadounidenses recién llegados.

Cené, como de costumbre, en la cocina. Luego, a las siete, salí al bar a mezclarme con los Sports, como me había dicho Charley que hiciera, y a oír canciones de la máquina de discos y a hablar con el barman, y con Betty Arcenault sobre California, donde estaba Berner, y a escuchar lo que contaba de su novio, que, según ella, la trataba cruelmente. Los Sports bebían y reían y se contaban historias y fumaban cigarrillos y cigarros. Dos de los grupos eran de Toronto, y otro de estadounidenses de Georgia. Éstos tenían acentos parecidos al de mi padre cuando «hablaba *dixie*». Los dos estadounidenses de Detroit estaban ya en el bar, sentados en una mesa, a un costado de la sala, bajo una gran pintura al óleo de dos alces peleando, con las cornamentas enganchadas de tal modo que les resultaría muy difícil separarse. *Su lucha a muerte*, se titulaba el cuadro. Sobre él había un letrero negro y blanco que rezaba: DIOS SALVE A LA REINA, en el que la gente había escrito encima groserías y obscenidades. La pintura de los alces era mi preferida; me gustaba mucho más que la del oso bailando del comedor. Una vez, años después, vi esta misma pintura de los alces, o una casi idéntica, en una pared del Macdonald Hotel, en Edmonton, Alberta, y me quedé extasiado ante ella durante horas, contemplando su misterio.

Los dos estadounidenses descollaban en el recinto humoso y lleno de cazadores, empleados del ferrocarril y cuadrillas de operarios. Bebían cerveza, una cada uno, que dejaron a un lado durante todo el tiempo que estuvieron en el bar. Llevaban camisas limpias y pantalones de buen gusto y botas cortas de cordones, mientras que los Sports vestían ropa de caza, como si planearan salir directamente del bar para ir a disparar contra los gansos. Los estadounidenses parecían incómodos, como si el nerviosismo de Crosley, el más joven, se le hubiera contagiado a su compañero. Sólo hablaban entre ellos, y miraban continuamente a su alrededor: al techo de lámina metálica, hacia la puerta que daba al vestíbulo, en dirección a la cocina, a la puerta cerrada del garito de juego. Esperaban a Arthur Remlinger. Habían dejado aviso a la señora Gedins de que los buscara en el bar para hablar de la caza de gansos. Pero no había aparecido, y ello podía significar algo importante: que Arthur Remlinger no quería que lo investigaran y había puesto tierra de por medio, lo cual probaba que era el hombre que buscaban.

Yo, por supuesto, no sabía lo que los estadounidenses tenían planeado hacer cuando echaran la vista encima a Arthur Remlinger y tuvieran que decidir si era o no culpable. Posiblemente lo verían y —quería creer yo— se darían cuenta de que se

habían equivocado y de que no era el hombre que había puesto aquella bomba que había matado a una persona. En cuyo caso podrían volver satisfechos a Detroit, y olvidarse del asunto. Pero si decidían que sí era el homicida, ¿cuál era su plan de acción? Era emocionante estar en aquel bar ruidoso, en el que bullían los cerebros de aquellos dos estadounidenses, y saber quiénes eran ellos mientras ellos no sabían que yo y quizá alguien más de los presentes sabíamos, y tener esa ventaja sobre ellos. Pero tendría que haber también un desenlace de todo aquello. Charley no lo había dicho, pero era obvio que lo pensaba, y que tal desenlace podría no ser bueno.

Me quedé cerca de la máquina de discos, observando, esperando que Remlinger entrara y empezara a dar vueltas como solía hacer, bromeando, invitando a unos y otros y prometiendo a todos que la cacería sería buena; un comportamiento que nunca había parecido natural en él. No había visto el coche de Florence en el aparcamiento. Supuse que estaba cuidando de su madre y ocupándose de la tienda. Aunque posiblemente Remlinger no quería que ella estuviera donde estaban los estadounidenses.

Sentí de nuevo un imperioso impulso de hablar con aquellos dos hombres, aunque no era nada propio de mí hacer algo semejante. Era como si deseara acercarme a algo arriesgado y emocionante. Quería decirles que había nacido en Oscoda, lo que para ellos tal vez tuviera algún significado. Fuera lo que fuere lo que había sentido cuando estuve junto a su coche en el aparcamiento y toqué el metal caliente —la sensación de solidez satisfactoria, e incluso de que me gustaban aquellos hombres (a quienes ni siquiera conocía), de compartir con ellos algo secreto...—, quería volver a sentirlo, y creía que podría hacerlo sin que ello supusiera ninguna amenaza para nadie. Seguía pensando que tal vez podrían revelar algo importante relativo a su misión involuntariamente: lo que pensaban de Arthur Remlinger, lo que planeaban hacer en función de lo que les aconsejaran sus indagaciones.

Pero justo en ese momento, antes de que pudiera hacer acopio de valor para acercarme a hablar con ellos, apareció en el bar Arthur Remlinger, a través de la puerta del vestíbulo, y los dos estadounidenses parecieron saber al instante quién era, como si hubieran tenido una imagen precisa de él en la cabeza, y ésta se ajustara exactamente a la de su persona.

El hombre de cara redonda y mejillas rojas, con peluquín —el antiguo policía—, le dijo de inmediato algo al más joven, Crosley, y asintió con la cabeza, y miró a Remlinger, que hablaba ruidosamente con unos Sports en una mesa. Crosley se volvió para mirarlo y de pronto pareció ponerse muy serio. Asintió con la cabeza él también y dijo algo muy breve. Luego los dos hombres se quedaron sentados el uno frente al otro, a la luz mortecina del bar, bajo el cuadro de la pelea a muerte de los alces, sin decirse nada.

Remlinger llevaba puesto el sombrero Fedora de fieltro marrón que usaba a

menudo, y uno de aquellos caros trajes de tweed de Boston, que le daban un aire un tanto insólito en el bar. Las gafas de leer le colgaban del cuello. Su corbata era de un rojo vivo, y los bajos de los pantalones de tweed los llevaba metidos en las botas de cuero. Yo entonces no lo sabía, pero más tarde entendí que venía vestido como un duque o un barón inglés que volviera de pasearse por sus tierras y entrara en un pub para tomar un whisky. Era el tipo de disfraz idóneo para impedir que aquellos a quienes llevaba quince años esperando pudieran reconocerle, pese a no haberse cambiado el nombre, y a que todo el mundo que quisiera encontrarlo podía hacerlo. Posiblemente ni siquiera se escondía; posiblemente se distraía mientras esperaba a que llegara el día.

Crosley observó cómo Remlinger se acercaba a la barra. Jepps no se volvió para mirar; siguió sentado, mirando a Crosley, como si hubiera empezado a calibrar algo. Como si hubiera vuelto a ser policía, amistoso al principio, luego hostil. Me pregunté si llevarían pistola; Charley me había dicho que venían armados.

Arthur Remlinger me vio cerca de la máquina de discos.

—Mira. Ahí está el señor Dell —dijo, sonrió y me dirigió un gesto de la mano, indiferente.

Pronto se acercaría a la mesa de los estadounidenses. Deseé poder estar cerca, para observar la escena. Deseé saber qué sucedería cuando los tres se encontraran frente a frente: Arthur Remlinger sabiendo perfectamente quiénes eran y ellos no sabiendo que él sabía, y teniendo que dilucidar si era o no el homicida que estaban buscando. Cualquiera habría deseado presenciar la escena. Entrañaba una posibilidad de peligro, si los tres llevaban pistola y decidían que la situación no podía continuar.

Vi que la mirada de Remlinger se posaba en los dos hombres y se detenía en ellos unos instantes. Siguió hablando en la mesa de los Sports de Toronto. Uno de los hombres de la mesa se llevó la mano a un costado de la boca para decir algo, como si quisiera susurrar un secreto. Remlinger me miró rápidamente, y se inclinó sobre el hombre que había hablado con sigilo, que volvió a decirle algo que les hizo reír a ambos. Remlinger me miró por tercera vez, como si estuvieran hablando de mí; yo no pensaba que lo hicieran. Y al final Arthur Remlinger se volvió hacia los dos estadounidenses y echó a andar hacia ellos.

Crosley, el nervioso, se puso en pie de inmediato, se pasó la mano por el costado del pantalón, sonrió abiertamente y le tendió la mano limpia a Arthur Remlinger, como si se sintiera aliviado al comprobar que aquel momento había llegado al fin. Oí que Arthur Remlinger decía su nombre, y vi cómo se estrechaban la mano. Oí que se mencionaba el apellido Crosley. El hombre de más edad, Jepps, se levantó y le dio la mano a Remlinger y se presentó y dijo algo que les hizo reír a ambos. Oí que Jepps decía «Columbia Británica» y «Michigan». Y luego a Remlinger decir: «Michigan», y rieron los tres. Remlinger era como un actor que interpretara al personaje menos

sospechoso de hacer explotar una carga de dinamita y ser un asesino. En muchos sentidos no creo que este tipo de cosas sean ciertas, pero toda su vida en Canadá debía de haber sido un ensayo para aquel momento preciso. Si salía con bien de él — como pensaba que haría, dado que creía que había sufrido lo bastante—, todo sería estupendo y la vida seguiría. Si no, si lo identificaban como el homicida de la bomba y había de afrontar el pensamiento de volver a Michigan, nadie sabía lo que podía suceder. Pronto lo veríamos.

No pude oír lo que hablaban. Los estadounidenses se sentaron. Arthur Remlinger empujó una silla hasta la mesa, se tiró de los pantalones y se sentó a horcajadas de un modo muy poco natural, pero no se quitó el sombrero. Yo estaba somnoliento de llevar despierto casi todo el día, y a causa de la aprensión que sentía por los estadounidenses. Pero me quedé donde estaba. Remlinger siguió sentado y habló animadamente con los dos hombres durante un cuarto de hora. Pidió que les trajeran unas cervezas, que ellos no bebieron. Mientras hablaba miró hacia mí, y más allá de mí, varias veces. Los estadounidenses no paraban de sonreír, estuvieran lo que estuvieran diciendo. En determinado momento Remlinger —de un modo muy poco propio de él— dijo, riendo:

—Oh, sí, sí, sí. ¡Siii! ¡Tienen razón en eso!

Los tres asentían con la cabeza. Luego Remlinger se incorporó en la silla, tendió los brazos y pareció poner la espalda muy tiesa, y dijo:

—Se lo dejaremos arreglado para mañana.

Lo cual, me pareció, se refería a la caza de gansos y no tenía nada que ver con que lo hubieran reconocido como el autor del atentado en Detroit. Me dio la impresión de que los dos estadounidenses habían llegado a la conclusión de que Arthur Remlinger no era el hombre que andaban buscando. O, si lo era, se había vuelto tan irreconocible que lo que debían hacer era dejarlo en paz allí en la pradera. (Ya he dicho que me sentía muy confuso acerca de lo que estaba sucediendo, ya que no había tenido ninguna experiencia semejante en toda mi vida. Nadie debería culparme por no haber entendido lo que estaba viendo).

Estos últimos pensamientos me reconfortaban cuando subía las escaleras hacia mi cuarto bajo los aleros. Cerré la puerta con llave y me metí en la cama fría, con el rótulo rojo del Leonard tiñendo el aire sobre el edificio. Mi casucha de Partreau no tenía cerrojos, y me hacía feliz tenerlos ahora, con toda aquella gente pululando por los pasillos durante la noche. Pensé que todo iba a salir bien. Arthur Remlinger parecía sentir alivio por haberse encontrado finalmente con los estadounidenses. Se había mostrado hospitalario, como si los estadounidenses no fueran quienes eran sino los cazadores de gansos que simulaban ser, y siguieran viaje a la Columbia Británica una vez cumplida su mañana de disparar contra los gansos desde los fosos que

Charley y yo les hubiéramos asignado. Entendí por qué Charley había dicho que Remlinger era «falaz». Había engañado a los estadounidenses al no reconocer quién era. Pero yo había concluido que ser falaz era algo necesario en este mundo. Aunque uno cometiera crímenes, todo el mundo engañaba a los demás. Yo había sido falaz al no alertar a los estadounidenses de que sabía quiénes eran. Había ocultado a la policía el dinero del atraco de mis padres. Había falseado mi identidad desde el momento en que había cruzado la frontera en el coche de Mildred sin decir media palabra. La persona que yo era ahora no era la persona que habría sido en Great Falls, por mucho que mi nombre fuera el mismo. No estaba claro que algún día volviera a ser aquel chico que fui, pero sí que seguiría engañando durante el resto de mi vida, ya que sentía que pronto iría a Winnipeg y empezaría una vida completamente nueva y mejor, y en la que estaría incluida la verdad que dejaba atrás.

Mientras me acercaba al sueño, traté de imaginar al joven alto, rubio y torpe Arthur Remlinger poniendo la bomba en el cubo de basura, en un lugar que en mi imaginación era Detroit. Pero no lograba que el pensamiento permaneciera en mi cabeza, que era la forma que tenía de determinar si algo era o no importante. (No conseguía imaginar, por ejemplo, cómo podía ser una bomba). Traté de imaginar una conversación entre los estadounidenses y yo. Nos imaginé caminando por la calle principal de Fort Royal, no al azote del viento frío de octubre sino en un día soleado y de cielo azul de finales de agosto, el día en que llegué a Partreau. Jepps me había puesto su mano grande en el hombro. Los dos querían saber la relación que me unía con Arthur Remlinger. Y si era estadounidense; y por qué estaba en Canadá y no en el colegio, donde debía estar; y dónde estaban mis padres; qué era de la vida del tal Remlinger; ¿estaba casado?; ¿conocía su pasado?; ¿tenía pistola?

En los últimos minutos de vigilia, no pensé saber las respuestas a aquellas preguntas —salvo la de la pistola—, y no me preocupé por ellas. Y, como me sucedía a menudo, estuve dormido sin saber que lo estaba durante un buen rato. Aunque, avanzada la noche, me desperté de pronto y oí a las vacas en el matadero, gimiendo a la espera de la mañana, y un camión que gruñía y cambiaba de marcha ante el semáforo del hotel. Todo parecía estar como debía. Volví a dormirme durante las escasas horas que me quedaban.

El día siguiente, viernes, 14 de octubre, nunca podrá dejar de parecerme el día más extraordinario de mi vida, y ello por cómo terminó. Gran parte de él, sin embargo, transcurrió de forma muy parecida a la de cualquier otro día de aquella etapa de Fort Royal. Durante toda la mañana estuve pensando en los estadounidenses que se hospedaban en la Casa Auxiliar de Partreau, y luego deambulando por las calles de Fort Royal, en un día frío en el que primero nevaba y luego llovía y luego volvía a nevar. El viento azotaba los semáforos colgantes y el hielo se apelmazaba en los bordillos y los vecinos, si podían, se quedaban en sus casas. No tenía ni idea de lo que podían estar haciendo los estadounidenses, ni de lo que iba a pasar. A la luz manchada de rojo de la mañana temprana dejé por completo mi pensamiento inverso, que los estadounidenses no eran quienes eran, que Arthur Remlinger no era lo que era (un homicida), o que los estadounidenses renunciarían a su misión de identificarle como el fugitivo y de actuar en consecuencia. No sabía si, durante su encuentro de un cuarto de hora en el bar atestado y lleno de humo, habían podido hallar la respuesta que buscaban (decidir si Arthur Remlinger llevaba o no la palabra «asesino» escrita en el semblante); y, en caso afirmativo, decidir qué hacer. Me acordaba de que Charley me había dicho que los estadounidenses no esperaban que Arthur Remlinger fuera el hombre que buscaban, y que por tanto no sabían con exactitud qué hacer en caso de que lo creyeran culpable. Tal vez habían estado tratando de decidir esto en aquel mismo momento. Charley había dado a entender —eso me pareció a mí, al menos— que podrían decidir matarlo, por eso iban armados de pistolas; o secuestrarlo para llevarlo con ellos y hacerle comparecer ante un juez de Michigan. Pero aquello no parecía cuadrar con la forma de ser y la buena voluntad de las que los tres habían dado buena muestra en el bar. Aunque nada de ello me había brindado una estampa muy clara de la situación, no pude dejar de pensar en ello en todo el día. El pensamiento me hacía sentir un aleteo continuo en el estómago, y un poco más arriba, debajo de las costillas, lo cual me daba la medida de la importancia del asunto y me mantenía alerta en todo momento.

Charley y yo llevamos a nuestros grupos de Sports a los campos de trigo antes del amanecer. Yo, sentado en la camioneta, iba contando los gansos abatidos desde los tres puestos de los señuelos. Charley supervisaba las hileras de fosos y lanzaba las llamadas, aunque el cielo bajo y la nieve y el viento hacían que los gansos no volaran a gran altura sobre el río y distinguieran con mucho menor nitidez los señuelos, y los tiradores los abatieran con mayor facilidad. Charley y yo, como de costumbre, limpiábamos los gansos muertos en el Quonset. Vi que el Chrysler negro de los estadounidenses no estaba aparcado junto a la casucha. Lo que me hizo pensar que a lo mejor habían dejado su alojamiento y se habían ido de Fort Royal.

Pero Charley me dijo que Remlinger le había dicho que íbamos a llevar a los estadounidenses a los fosos de tiro a la mañana siguiente, y que tendríamos que darles unos buenos puestos. Uno de los grupos de Toronto había emprendido ya el viaje de regreso, y había plazas libres para que los dos estadounidenses de Detroit dispararan contra los gansos. Habían traído sus escopetas y sus pertrechos de caza y querían disparar contra los gansos. No pregunté ningún detalle sobre los estadounidenses: lo que Charley pensaba de ellos y del hecho de que se les hubiera alojado en la Casa Auxiliar; o lo que Arthur Remlinger hubiera podido revelarle al darle las instrucciones para la partida de caza. Charley estaba de un humor taciturno, e hizo varios comentarios extraños en respuesta a cosas que yo dije mientras eviscerábamos y limpiábamos los gansos. Uno de sus comentarios fue: «Muchos hombres valientes tienen heridas en la cabeza». Otro: «Es difícil pasar por la vida sin matar a nadie». Como he dicho, a menudo estaba de mal humor por motivos que callaba, salvo cuando se dolía de su niñez terrible y de sus problemas intestinales. Era mejor no provocarle, ya que yo prefería seguir con mis ideas y opiniones sobre las cosas, y existía el peligro de que su mal humor y sus extrañas proclamas pudieran llegar a avasallar todo lo que yo pensaba sobre ellas. Lo que yo creía, por lo poco que él había dicho al respecto, era que si llevábamos a los estadounidenses a cazar gansos al día siguiente —como si se trataran de dos Sports más—, disparar contra ellos no iba a ser lo único que iba a suceder. Sucederían otras cosas, porque los estadounidenses no eran simplemente Sports. Eran hombres con otras intenciones.

Una vez más, no llegué a ver a Arthur Remlinger en el curso de aquel día, lo cual no dejaba de ser curioso dadas las circunstancias. Vi a los dos estadounidenses almorzando en el comedor, donde los demás Sports se hallaban congregados para charlar sobre su cacería de la mañana. Fui al drugstore para comprar un frasco de Merthiolate y a la oficina de correos para comprar sellos para las postales con destino a Estados Unidos. Los dos estadounidenses mantenían una conversación intensa y no se fijaron en mí, ni en nadie. Resultaba ridículo que se pasaran el día hablando, a la vista de todo el mundo, cuando tantas cosas se sabían de ellos: sus intenciones; que un hombre había muerto en un atentado; que Remlinger era consciente de la presencia de aquellos forasteros y que probablemente estaba en sus habitaciones imaginando qué hacer a este respecto; que los dos desconocidos llevaban pistolas y que seguramente pensaban utilizarlas. El prelude de las cosas malas puede ser ridículo, según había dicho Charley, pero también fortuito y anodino. Lo cual conviene tenerlo en cuenta, por cuanto puede mostrarnos de dónde pueden surgir tales acontecimientos funestos: a apenas unos centímetros de distancia de cualquier hecho cotidiano.

Lo único que hice para resultar visible a los estadounidenses —porque seguía

creyendo que hablar con ellos sería toda una aventura— fue preguntar a los Sports de la mesa contigua (a quienes conocía de la mañana) si habían disfrutado con la partida de caza. En circunstancias normales nunca les habría preguntado nada parecido, pero esperaba que los dos estadounidenses supieran por mi acento (que suponía que conservaba) que era un compatriota suyo y que me dirían algo. Sin embargo, ninguno de los dos se volvió ni dejó de hablar. A uno de ellos —al más joven, vehemente y de pelo negro Crosley, que parecía tomarse las cosas más en serio que el rollizo y calvo Jepps— le oí decir: «No hay nada seguro. No es más que una puta historia». Supuse que estaban hablando de lo que debían hacer y que ello les planteaba un problema. Pero no entendí lo que en realidad querían decir aquellas palabras, y tampoco quería parecer que estaba escuchándoles furtivamente, aunque era lo que estaba haciendo. Así que los dejé solos y me fui a echar mi cabezada de la tarde.



—Te he traído este buen libro. —Florence estaba de pie en el pasillo en penumbra que daba a mi cuartito, en el extremo opuesto del apartamento de Arthur Remlinger. Acababa de despertar de mi sueño y, un tanto sobresaltado, había ido a abrir la puerta en calzoncillos. En cuanto la vi pensé que venía de las habitaciones de Remlinger—. Trae unos mapas estupendos aquí dentro —dijo—. Hemos hablado de ello... y...

Miró el pesado libro; luego me lo puso en la mano y sonrió.

Una única bombilla iluminaba el pasillo, a su espalda. Hasta mi puerta nunca venía nadie más que Charley Quarters, y para despertarme a aquellas horas tempranas. A él no le hubiera abierto nunca desvestido.

—Deberías ponerte algo encima —dijo Florence, dándose la vuelta como con embarazo.

Me había dicho que quería traerme un libro sobre la historia de Canadá. Y allí estaba. Tenía unas marcas indicadoras blancas de la biblioteca en los lomos. Y en la cubierta se leía «Biblioteca Pública de Medicine Hat». El título era *La construcción de la nación canadiense* y el autor, un tal George Brown. Ya habíamos hablado de que me iría a vivir a Winnipeg con su hijo, y que muy probablemente me haría canadiense. Yo había reflexionado sobre ello. Sería mejor para mí, me había dicho ella. Aunque no llevara mucho tiempo en Canadá —apenas seis semanas— y no supiera casi nada del país. Tendría que aprender las nociones básicas: el himno nacional y el juramento de lealtad (si es que ellos también tenían uno), los nombres de las provincias y quién era el presidente. Pensaba que, en muchos aspectos, seguía sin poder decir que todo aquello me gustara, ya que yo no había elegido estar allí. Pero ser canadiense no parecía ser muy diferente de cuando Berner y yo decíamos que «vivíamos» en cualquiera de las ciudades adonde nos habíamos mudado y donde habíamos ido al colegio, para mudarnos poco después una vez más. Había vivido cuatro años en Great Falls, y nunca me había sentido de aquella ciudad. La duración de la estancia en un lugar no parecía significar gran cosa.

—Devuélvemelo cuando lo termines —dijo Florence. Retrocedió, y la luz del pasillo desdibujó sus facciones suaves y redondeadas—. Lo siento, no quería pillarte desprevenido.

—Gracias —dije yo, con el libro pegado al pecho. Tenía la impresión de que todo mi cuerpo era visible.

—Tengo hijos varones —dijo Florence, e hizo un gesto con la mano—. Sois todos iguales.

Se alejó por el pasillo. Cerré la puerta con llave. Me llegó el sonido de su peso sobre los escalones en su descenso hasta la planta baja.

Arthur Remlinger se encontró conmigo en la cocina del Leonard, donde yo estaba esperando a Charley para nuestro reconocimiento vespertino de los campos de los gansos. Me estaba tomando una taza de café con leche y azúcar, un hábito nuevo en mí que me permitía combatir el frío de madrugada en la camioneta de Charley. Iba vestido con la ropa de abrigo: los guantes, mi chaqueta de cuadros y mi gorra, además de los pantalones de lana y las botas Dayton. Tenía demasiado calor en aquella cocina llena de vapor, con los hornillos funcionando. No era mucho más grande que la cocina de una casa: un viejo Servel, una cocina de leña, una pila de astillas, una mesa para preparar la comida y una despensa. La señora Gedins toleraba mi presencia porque no tenía ningún otro sitio adonde ir a menos que me quedara a solas en mi cuarto. Pero nunca me dirigía la palabra. Estaba hirviendo verduras y rellenando los moldes para los rollos de carne al horno. Frunció el ceño al ver a Remlinger, como si hubieran tenido una pelea o algo parecido; lo cual posiblemente era verdad.

—Quiero que vengas conmigo —me dijo Arthur Remlinger. Parecía muy resuelto, y muy seguro de sí mismo acerca de algo; su actitud era distinta a la que yo acostumbraba verle. No se había afeitado y sus ojos parecían cansados. Su aliento despedía un tufo avinagrado. Llevaba su cazadora de cuero con cuello de piel, y su sombrero Fedora de fieltro marrón. Venía de la calle, y tenía las mejillas enrojecidas —. Vamos a darnos una vuelta en coche.

—Estoy esperando a Charley.

Sudaba dentro de la ropa. No quería ir con él.

—Charley ya se ha marchado. He hablado con él. Hará el trabajo con los otros chicos.

—¿Adónde vamos?

Lo sabía, más o menos, así que en rigor no era una pregunta. Íbamos a hacer algo relacionado con los estadounidenses, que para entonces sin duda ya se habían decidido. Yo habría preferido con mucho seguir allí en la cocina, esperando a Charley. Me había acostumbrado a ello y me gustaba. Pero Charley no iba a venir, y no creo que me quedara otra opción que hacer lo que me decía Arthur Remlinger.

—Esos dos Sports tienen que hablar conmigo —dijo Remlinger, con los ojos parpadeantes. Parecía en una especie de ademán de movimiento, aunque seguía allí en la cocina con nosotros. Nunca hablaba con los Sports más que cuando se paseaba por el bar y entre las mesas del comedor. Charley se ocupaba de todo—. Seguramente los viste anoche —dijo. De pronto sonrió, y desvió la sonrisa hacia la señora Gedins, que se limitó a darle la espalda y a atender a sus pucheros—. Será bueno para ti venir a verlos. Ampliará tu perspectiva. Contribuirá a tu educación. Son estadounidenses. Aprenderás algo muy valioso.

Hablaba en su tono declamatorio, como si le estuvieran escuchando otras personas, no sólo la señora Gedins y yo, o como si necesitara oírse a sí mismo. Nadie le decía nunca que no, salvo Florence, que, con una sola palabra, habría podido evitar que yo me fuera con Arthur Remlinger. Florence era mayor que él. Pero no estaba allí. En la cocina, de pronto, todo adquirió una mayor intensidad: el calor, el aleteo bajo mis costillas, la luz, el borboteo de las verduras hirviendo. No podía decirle que no sin apoyo de ninguna clase.

—¿Esos dos hombres son de Detroit? —dije.

Remlinger levantó la cabeza hacia un lado, y me miró desde su altura, mientras su sonrisa desaparecía como si acabara de oír algo sorprendente. Yo no había revelado nada que no hubiera debido revelar. Había estado presente cuando los estadounidenses llegaron al hotel, y sabía lo que sabía gracias a esa circunstancia. Pero Arthur Remlinger no lo sabía. Y ello pareció alarmarlo. Me miró de una forma extraña. Lo que había dicho lo había dicho por decir algo.

—¿Qué sabes tú de eso? —dijo Remlinger—. ¿A quién se lo has oído decir?

—Estaba allí cuando llegaron —dijo la señora Gedins, de espaldas a nosotros—. Les oyó hablar.

Removía el puchero.

—¿Fue así? —Remlinger se irguió todo lo alto que era y echó hacia atrás su hermosa cabeza, como si con ello fuera a lograr averiguar la verdad—. ¿Estabas allí?

—Sí, señor —dije.

—Bien —dijo él. Volvió a mirar a la señora Gedins—. Si tú lo dices.

—Tengo que ir al cuarto de baño —dije.

En apenas un instante me había puesto extremadamente nervioso.

—Ve, entonces —dijo Remlinger, pasando por mi lado—. Te espero en el aparcamiento. El coche está en marcha. Date prisa.

Salió por la puerta trasera de la cocina, por la que entró el aire frío de la calle, y la cerró de golpe, dejándome solo con la señora Gedins, que no volvió a decir ni una palabra.

No tenía que ir al cuarto de baño. Necesitaba pensar en algo sin apremios, cosa que, había caído en la cuenta de pronto, no podría haber hecho en presencia de Arthur Remlinger. Había tenido mucho tiempo desde el día anterior para ir encarrilando todo aquello en mi cabeza, y observar las cosas que debía saber, y contentarme con no saber toda la verdad, y pensar que probablemente la situación no era la peor de las posibles, y que lo más seguro era que no fuera a pasar nada malo por culpa de los estadounidenses. «Nuestras experiencias más profundas son acontecimientos físicos», solía decir mi padre cuando a mi madre, o a Berner o a mí, nos preocupaba algo hasta el punto de sentirnos atormentados. Yo siempre lo tomé como algo cierto, aunque

nunca supe muy bien qué quería decir. Pero, en mi sentido de la normalidad, había llegado a afincarse esa creencia de que los acontecimientos físicos, los importantes, los que cambiaban las vidas y el curso de los destinos, eran muy raros, y de hecho no se daban casi nunca. La detención de mis padres —con lo terrible que había sido— era una prueba de ello, si la comparábamos con mi vida de antes, en la que había habido muy poca actividad física, tan sólo esperar y anticipar acontecimientos. Y a pesar de creer en lo que mi padre decía sobre la importancia de los acontecimientos físicos, yo había llegado a la conclusión (mi creencia protectora de la niñez) de que, mucho más que ello, importaba cómo se sentía uno respecto de las cosas: lo que uno daba por sentado; lo que uno pensaba y temía y recordaba. Eso era principalmente lo que la vida era para mí: acontecimientos que tenían lugar en el interior de mi cerebro. Lo cual no era nada extraño, dadas las semanas recientes; solo en Canadá, sin un futuro respecto del que obrar en consecuencia.

Por tanto, el último día había tratado de hacer que fuera mi pensamiento la fuerza que determinaría lo que iba a suceder —como consecuencia de la llegada de los estadounidenses—, y de concluir que no iba a suceder nada en absoluto. Pensé, por ejemplo, que el hecho de que Arthur Remlinger hubiera estado esperándoles (a «esos dos», como había dado en llamarles) y supiera todo lo relativo a ellos con minucioso detalle —nombres y edades, el coche que conducían, el hecho de que fueran armados y que no parecieran muy comprometidos con su misión—, permitía augurar que se haría con el control total de la situación hasta el punto de conseguir que todo terminara según su deseo. Yo había llegado asimismo a la conclusión de que los dos estadounidenses nunca serían capaces de decidir nada importante respecto de Arthur Remlinger; no por el mero hecho de mirarlo a la cara, en todo caso. Remlinger no llevaba escrita en la cara la palabra «asesino», ni él ni nadie. Yo había estado pensando en cómo podía ser posible acercarse a un total desconocido con la idea de que tal sujeto era un asesino, y había decidido que tendría que ser algo muy difícil. Que era precisamente de lo que los estadounidenses se habían dado cuenta cuando les estuve entreoyendo furtivamente en el comedor. A mí me daba la impresión de que los estadounidenses actuarían en relación con Remlinger de un modo coherente con su carácter. Sencillo. Sincero. De buena voluntad. Tendrían que dirigirse a él, exponerle sus razones, explicarle sus conclusiones, y presentarle un plan; ante ello, Arthur Remlinger negaría saber nada al respecto, les diría que estaban completamente equivocados, que es lo que las gentes «interesadas» del otro lado de la frontera creían que era lo que debía decir. De ese modo, todo quedaría arreglado. Creyeran o no a Remlinger, los estadounidenses se verían obligados a aceptar su negativa a admitir algún tipo de relación con el asunto y, de nuevo en consonancia con su carácter y con el poco entusiasmo que sentían por su misión, volverse a Detroit. ¿Qué otra cosa podían hacer? No eran del tipo de personas capaces de pegarle un tiro a Remlinger.

Probablemente vendrían de caza con Charley y conmigo a la mañana siguiente.

Yo incluso había pensado en cómo abordarían los estadounidenses a Remlinger (dado que él no iba a abordarlos a ellos). Le dirigirían la palabra al pasar junto a él en el vestíbulo del hotel; se acercarían a él cuando lo vieran salir hacia su coche. «¿Podríamos hablar con usted un momento en privado? Tenemos algo que decirle.» (O «pedirle», o «preguntarle»). Como si los dos hombres estuvieran concertando la visita de una chica a la casucha donde se hospedaban, o saber más acerca del tugurio de juego. Arthur Remlinger se habría mostrado seguro de sí mismo, y evasivo. «No aquí en mi negocio. En donde se alojan ustedes. En la Casa Auxiliar. Allí podremos hablar en privado».

Me lo había imaginado todo: la fuerza del pensamiento trabajando contra los acontecimientos físicos. Pero ahora, al parecer, los acontecimientos físicos empezaban a producirse. La pregunta sobre si mis pensamientos eran acertados o no ya no merecía la pena plantársela. Mi padre, me daba la impresión, tenía razón en lo que decía.

Miré por la ventana del cuarto de baño de la segunda planta. Seguía sintiendo aquel aleteo en el corazón. Abajo, en el aparcamiento, en medio de un remolino de nieve y lluvia simultáneas, Remlinger estaba de pie al lado de su Buick, que tenía los faros encendidos y los limpiaparabrisas funcionando, y el motor escupiendo hacia la noche un humo blanco. Estaba hablando con un hombre que yo nunca había visto, un tipo alto y delgado, con una gorra de lana y un impermeable de color marrón claro y calzado de paseo. Se abrazaba los hombros como si tuviera mucho frío. En su gorro se iban prendiendo los copos de nieve traídos por el viento. Remlinger le hablaba con seriedad, con el brazo izquierdo señalando la dirección del Leonard, y luego la de la carretera que llevaba a Partreau, como si le estuviera dando instrucciones. No levantaron la vista, y no me vieron. En un momento dado Remlinger puso una mano sobre el hombro del hombre alto —que, según calculé, tendría treinta y tantos años y era de la misma altura de Remlinger, aunque más delgado—, y con la mano libre apuntó hacia la carretera principal. Ambos asentían. Deduje que sobre algo relacionado con los estadounidenses que estábamos a punto de ir a ver.

Lo cual me hizo preguntarme por qué tenía yo que verme envuelto en todo aquello; por qué Arthur Remlinger quería que fuera con ellos; qué podría significar el hecho de que yo tomara parte en el asunto, como un punto de referencia, había dicho Charley. Remlinger, en ese momento, se volvió y alzó una mirada ceñuda hacia la ventana del cuarto de baño. Los grandes copos de nieve y la lluvia fría se desvanecieron durante ese instante, como para abrir un hueco en la tormenta que permitiera verme. Su boca empezó a moverse, diciendo algo de una forma que me pareció airada. Me hizo un amplio gesto de llamada con el brazo —algo que no era habitual en él—, y luego le dijo algo más al hombre del gorro, que levantó la mirada

hacia mí sin hacer el menor gesto, y luego se volvió y echó a andar hacia el exterior del aparcamiento y se perdió en la oscuridad. Todo aquello a lo que tendría que haber prestado atención durante semanas y sin embargo no lo había hecho me gritaba ahora a la cara. Deseé que apareciera allí Florence. Deseé haber cogido el dinero que tenía ahorrado, y que guardaba dentro de la funda de la almohada; subiría a un autobús y me iría lejos de Fort Royal y de Arthur Remlinger, como me había aconsejado Charley. Incluso deseé haberme quedado con veinte dólares más del dinero que le había dado a Berner. Me sentía atrapado, e incapaz de resistirme. Me aparté de la ventana y empecé a bajar las escaleras hacia donde me esperaba Arthur Remlinger.

—Decir que algo está fundado en una mentira no es afirmar nada realmente importante —dijo Arthur Remlinger mientras avanzábamos en el coche. Gruesos copos de nieve bailaban frente a los faros, y la carretera que tenían delante era como un túnel. Remlinger hablaba animadamente, como si estuviéramos manteniendo una conversación estimulante—. ¿Sabes?, estoy mucho más interesado en cómo esas mentiras enraízan. —Me miró, con las grandes manos en las que exhibía el anillo de oro encima del volante. Yo sabía que él quería seguir hablando. El piloto de la radio estaba encendido, pero había bajado el sonido al mínimo—. Si se afianzan durante toda tu vida. En fin... —Sacó hacia delante la barbilla—. ¿Cuál es la diferencia? Yo no veo ninguna. —Volvió a mirarme. Quería que estuviera de acuerdo con él. Bajo el ala del sombrero de fieltro sus facciones estaban en penumbra y no se veían con nitidez.

—Sí, señor —dije. No tenía necesidad de estar de acuerdo en mi corazón.

No íbamos tan rápido como de costumbre. Parecía que quería hablar, no llegar a Partreau.

—No puedes dejarlo todo atrás —continuó—. En un tiempo pensé que se podía. El hecho de cruzar una frontera no cambia nada en realidad. Más vale que te vuelvas. Yo lo haría, si fuera tú. Todo el mundo debería tener una segunda oportunidad. Yo he cometido algunos errores. Los dos lo hemos hecho.

No podía seguirle. Daba por sentado que yo había cometido errores porque mi padre solía decir: «El hombre se mete en problemas lo mismo que las chispas saltan hacia arriba», frase que se refería a los errores. Pero no sabía qué errores míos conocía Remlinger. Y casi dije: *No he cometido ningún error que usted conozca*. Pero no quería mostrarme polémico.

—Por supuesto que me preocupa morirme a este lado de la frontera —dijo—. Puedes estar seguro. —Seguía hablando de aquella forma declamatoria suya—. Te preguntas a ti mismo: ¿para qué vivo? ¿Para hacerme viejo y morir?

—No lo sé —dije.

Pasamos por delante de dos gamas que estaban a un lado de la carretera. Su piel, su cara y sus ojos brillaban en medio de la nieve que azotaba la carretera. No se movieron cuando pasamos; era como si no hubieran visto u oído el Buick. Remlinger seguía en el estado de ánimo de intensa concentración en que se había sumido desde que salimos de Fort Royal, bastante diferente del que venía mostrando en relación conmigo hasta entonces. Me hizo preguntarme cómo se sentiría. Yo no había dedicado mucho tiempo a pensar en cómo se sentía la gente, salvo en el caso de Berner, que siempre me lo contaba. Remlinger no había mencionado a los estadounidenses desde que habíamos montado en el coche. Era como si la reunión

que íbamos a tener no fuera importante y no hubiera necesidad de decir nada al respecto.

Volvió a mirarme mientras se abría paso entre la ventisca.

—Eres un agente secreto, ¿verdad? —Parecía a punto de sonreírme bajo el ala del sombrero, pero no lo hizo—. No hablas de ello, pero lo eres.

—Yo hablo —dije—. Pero nadie me pregunta nada.

—Los loros también hablan, sólo que por desesperación —dijo—. ¿Por eso hablas tú? Siento interés por ti. Lo sabes, ¿no?

—Sí, señor —dije, aunque no sabía lo que quería decir «agente secreto».

—Bien... —Estiró los brazos y agarró con mayor firmeza el volante, y miró fijamente el torbellino de nieve que tenía delante—. Puede que esta noche oigas cosas, ya sabes, cuando llegemos allí, que quizá te sorprendan. Esos dos puede que digan que he hecho cosas que no he hecho. ¿Lo entiendes? Seguramente a ti ya te ha pasado algo parecido antes. Alguien que pensaba que habías hecho algo que no habías hecho. Es algo con lo que tienen que vivir todos los agentes secretos. Yo soy uno de ellos.

Sentí que tenía que decir que sí, o sospecharía que sabía lo que había hecho, lo cual no me convenía en absoluto. Aunque iba a escuchar la historia, de todas formas. Llegados a este punto, saberla de antemano no supondría diferencia alguna. Pero dije:

—Sí, señor. —Aunque no era cierto. A mí nunca me habían acusado injustamente de nada.

—Bien, pues si me oyes decirles a esos dos que eres hijo mío —dijo Remlinger—, no me contradigas. ¿Me entiendes? ¿Estás de acuerdo? ¿Aunque no te parezca bien?

Divisábamos ya el elevador de grano de Partreau, que descollaba en la oscuridad nevada; los edificios vacíos, tan familiares, eran casi invisibles a lo largo del frente de la carretera. El remolque de Charley estaba al lado del Quonset, y en el interior la luz se filtraba a través de las rendijas de las cortinas de papel. La camioneta no estaba. En la Casa Auxiliar también había luz. El Chrysler —con la nieve amontonada sobre el capó y el parabrisas— estaba aparcado en la calle ruinosa. Estábamos ya entrando en ella.

Pero que Arthur Remlinger fuera a decir que yo era su hijo me dejó conmocionado. Yo había albergado mis propios pensamientos en ese sentido, pero los había desechado cuando Charley me dijo lo que me dijo el día anterior en la camioneta. Que Remlinger fuera a decir aquello era algo realmente estrafalario, y empecé a sentir náuseas, y a no poder concentrarme en lo que me estaba preguntando a continuación. Poco importaba lo que yo hubiera fantaseado a ese respecto, Arthur Remlinger no era en absoluto mi padre. Mi padre estaba en la cárcel en Dakota del Norte. Y no era el hombre del sombrero en la oscuridad de aquel coche.



—No hablas mucho. Charley lo dice. —Remlinger me miró con severidad. Enfilamos South Alberta Street, y el Buick daba tumbos y se bamboleaba sobre los charcos y los trozos de calzada levantados por la intemperie. Teníamos las casas vacías enfrente de los faros; los restos herrumbrosos de las atracciones de feria, las hileras de caraganas—. ¿Han hablado contigo esos hombres?

Estábamos parándonos detrás del coche de los estadounidenses, cuya placa de la matrícula estaba cubierta de nieve y hielo. Ya no llovía, sólo nevaba.

—No, señor —dije.

Yo no había dicho que para él fuera agradable decir que era su hijo. Todo en él era un engaño. Y no entendía por qué tenía yo que tomar parte en él. A él, por supuesto, no le importaba si yo estaba de acuerdo o no.

—Mira esto —dijo Remlinger, apagando el motor, y luego los faros, y dando un aspecto imponente a su imagen bajo el sombrero. Inspiró profundamente. La cazadora, al restregarse contra sí misma, hizo que el aire se llenara de un olor a cuero—. No tienes por qué estar tan disgustado. Déjame que les enseñe a esos paletos la clase de hombre que soy. Tú no tienes que decir nada.

Ya no fingía que estábamos allí por algo relacionado con la caza, o el juego, o las chicas. No me había dicho nada, pero estaba admitiendo que yo lo sabía, dado que él lo sabía.

Inspiré también yo profundamente y traté de zafarme de las náuseas. El aleteo de debajo de las costillas no había cesado. Yo quería decir que no quería entrar en la casucha. No quería tener que aspirar los olores rancios y el polvo del yeso podrido, sentir la presión del techo sobre mí, el mortecino, trémulo círculo de luz fluorescente, como la de la celda de una cárcel. Me costaba entender cómo una cosa podía «significar» otra. Pero la casucha, con aquellos dos estadounidenses esperándonos dentro, significaba algo malo, algo a lo que yo no quería volver a acercarme.

Pero si no entraba se armaría un buen lío. Remlinger tenía un temperamento violento, Charley me lo había dicho, fruto de sus propias frustraciones. Y si bien no me había hecho nunca nada malo, podría volverse en mi contra si yo insistía en no entrar con él. Yo no le interesaba en absoluto. Así es como son los seres humanos, pensé; desapegados de la mayoría de las cosas que decían o sentían.

Todo sería más fácil si entraba con él. Los estadounidenses le explicarían su posición de la forma razonable que yo suponía propia a su naturaleza. Remlinger podría negarlo todo y engañarles. Y entonces ellos podrían irse. Al día siguiente le diría a Florence que estaba preparado para viajar a Winnipeg. Arthur Remlinger, pensé, no haría nada por detenerme. Aquello, en suma, me libraría de que me sucediera algo peor.

—No estoy disgustado —dije.

La náusea se me había ido por la garganta; había sido expulsada por la conciencia

de que todo iba a ser más fácil si entraba en la casucha con Remlinger.

—Creí que estabas teniendo un momento de inseguridad —dijo Remlinger.

Su cara estaba en penumbra. Se movió en el asiento del conductor y restregó el suelo con las botas.

—No he tenido eso —dije yo.

—Bien, estupendo. Porque no hay nada que temer de esos dos de ahí dentro. No saben nada de nada. Y no tendremos que estar mucho tiempo. Luego podemos ir a cenar con Flo.

—De acuerdo —dije.

Pensé en lo feliz que me haría que Florence estuviera allí en aquel momento. Diría algo para que me quedara en el coche con ella. Pero estaba solo y no había otra opción. Arthur Remlinger se bajó del coche; me bajé yo también, y echamos a andar juntos hacia la casucha.

Remlinger llamó a la pequeña puerta del interior del recibidor, un vestíbulo de tierra con una ventana en la puerta. Yo estaba detrás de él. La puerta se abrió casi al instante. El hombre mayor, Jepps, estaba allí delante, sonriendo, con el peluquín puesto y una camisa verde de cuadros y unos pantalones de lana que parecían nuevos. Crosley estaba sentado en uno de los dos catres, en penumbra, con un pesado abrigo de lana; hacía frío allí dentro, como de costumbre. Nos miró fija, intensamente. Parecían dos hombres distintos de los estadounidenses que se registraron en el hotel el día anterior, y a los que luego vi hablando con Arthur Remlinger en el bar. Ahora parecían poseer una determinación que la exigua estancia apenas era capaz de contener, como si hubiera empequeñecido. Aunque era la misma cocina donde yo había dormido. Y todo seguía igual. Aquel olor que daba la sensación de que debajo del linóleo estaba directamente la tierra fría, mezclado con el aroma a vela de espliego que yo había logrado dejar en el ambiente. Uno de los estadounidenses había estado fumando un cigarro.

Las placas eléctricas estaban encendidas (se habían puesto al rojo) para caldear la cocina. La luz fluorescente circular del techo emitía un tenue fulgor, de una luminosidad muy pobre. El coyote disecado seguía encima del congelador, y la puerta del cuarto del fondo —adonde yo había trasladado las cajas de cartón— estaba cerrada. (Podría haber una tercera persona en aquel cuarto, pensé. No sabía quién). Las maletas de los estadounidenses eran lo único distinto de cuando yo vivía allí. De pie detrás Remlinger, me preguntaba qué estarían pensando hacer los estadounidenses, cómo sacarían a colación el asunto que habían venido a tratar, después de tan largo viaje. Creían que Arthur Remlinger era el hombre que buscaban. ¿Dónde tenían las pistolas?

—He pensado en traer a mi hijo conmigo —dijo Remlinger en voz muy alta. Tanto su voz como su acento eran ahora diferentes, más relajados. Había tenido que agacharse para pasar por la puerta baja. Se puso la mano encima del sombrero Fedora para evitar que diera con algo y se le cayera al suelo. La cocina, en cuanto entramos, se llenó con los presentes, y se me hizo difícil respirar con normalidad.

Jepps miró a Crosley, que seguía sentado en el catre, con las rodillas juntas. Crosley sacudió la cabeza.

—No sabíamos que tuviera un hijo.

Remlinger alargó el brazo para pasármelo por el hombro; yo estaba de pie, a su espalda, más cerca de la puerta.

—Quizá no lo parezca al principio, pero es un buen sitio para que crezca un chico, este pueblo —dijo—. Es seguro y limpio.

—Ya veo —dijo Jepps.

Al hablar se le descolgaba la mandíbula y ello producía la impresión de que siempre estaba sonriendo.

Remlinger dejó que transcurrieran unos segundos. Parecía sentirse a sus anchas.

Jepps se metió las manos en los bolsillos del pantalón y movió los dedos dentro de ellos.

—Tenemos que hablar de un asunto, Arthur.

—Eso es lo que me dijo antes —dijo Remlinger—. Por eso estamos aquí esta noche.

—Sería preferible que lo habláramos a solas —dijo Jepps—. ¿Sabe a lo que me refiero?

—¿No vamos a hablar de la caza de gansos? —dijo Remlinger, fingiendo sorpresa—. Pensaba que era eso lo que querían hacer. Aunque posiblemente hay otras cosas que quizá quieren que les arregle.

—No —dijo Crosley.

El catre estaba en sombras, junto a la ventana fría en la que podía verse mi vela de lavanda.

—No queremos causarle ningún problema, Arthur —dijo Jepps, y se sentó en la vieja silla de respaldo recto en la que yo solía colgar la camisa y los pantalones. Se inclinó hacia delante y se puso las manos sobre las rodillas. Tenía la panza tensa y dura bajo la camisa verde. Debajo del catre estaban algunas de las fotografías de mujeres desnudas que había dejado en la casucha. Nadie las encontraría.

—Se lo agradezco de veras —dijo Remlinger—. Lo digo en serio.

—Creemos... —dijo Crosley. Calló, como si lo siguiente que iba a decir fuera de suma importancia y quisiera pensarlo una vez más. Alzó la vista hacia Remlinger y parpadeó varias veces—. Creemos —volvió a decir, y volvió a callar unos instantes.

—Yo fui policía —dijo Jepps, interrumpiéndole—. Detuve a montones de gente. Imagínese, en Detroit. —Jepps esbozó una sonrisa de su mandíbula floja, que no era propiamente una sonrisa—. Muchos de los tipos que detuve y que fueron a la cárcel, a veces durante años, no tenían que haber sido encarcelados, en realidad. No habían hecho nada de suma gravedad. Y, como los detuve por ello, y como me pudieron explicar lo que habían hecho, supe que nunca habrían vuelto a cruzar esa línea. ¿Sabe a lo que me refiero, señor Remlinger? —Por primera vez, Jepps parecía presentarnos su rostro serio. Miró directamente a Remlinger, como si él, Jepps, estuviera acostumbrado a que le prestaran atención y quisiera que le prestaran atención ahora. Su viaje desde tan lejos obedecía a motivos muy graves y tenía un propósito concreto.

—Sí —dijo Arthur Remlinger—. Tiene sentido lo que dice. Debe de ser algo que sucede normalmente.

(Cuando pienso en ello ahora, cincuenta años más tarde, desde un siglo distinto, veo que tal vez percibí entonces que Remlinger podía pegarles un tiro a Jepps y a

Crosley, pero que aún no lo había decidido totalmente y que iba a seguir actuando como si fuera a limitarse a negarlo todo. Pero les estaba escuchando. Las personas a veces hablan y equivocadamente creen que ellas son las únicas que están oyendo lo que dicen. Hablan para su propio oído, y olvidan que los demás también les oyen. Jepps y Crosley estaban siguiendo una senda que ellos juzgaban acorde a la razón, y que servía bien al propósito que tenían en mente. Creían que era así como tendrían éxito en su empresa. No sabían que Remlinger había dejado a un lado la razón hacía mucho tiempo).

—Lo que nosotros pensamos, señor Remlinger —empezó a decir Crosley en tono pausado—, es que lo único que podemos sacar en limpio de esta conversación es dejar las cosas claras. Aquí no podemos esgrimir ninguna autoridad contra usted. Es otro país. Entendemos muy bien eso.

—Quizá podría decirme de qué está usted hablando. ¿No le parece? —dijo Arthur Remlinger, asentando bien una bota sobre el agrietado linóleo. La cazadora volvió a rozarse con ella misma. Remlinger seguía con el sombrero sobre su hermoso pelo rubio. En la cocina faltaba el aire y hacía demasiado calor.

—Creo que podría poner su vida en orden sincerándose con nosotros —dijo Crosley, y asintió en dirección a Remlinger—. Hemos venido aquí sin saber lo que haríamos. Y ahora no queremos causar problemas. Si volviéramos a Detroit sabiendo los hechos, habríamos conseguido mucho.

Arthur Remlinger me atrajo hacia sí.

—¿Y a qué tendría que acceder? —dijo—. ¿O qué tendría que contarles? Pueden ver bien a las claras que no lo sé. No soy una persona misteriosa. No me estoy haciendo pasar por nadie. Los datos de mi partida de nacimiento están en el Berrien County Court House de Michigan.

—Lo sabemos —dijo Crosley. Volvió a sacudir la cabeza. Parecía frustrado—. Esto no debería oírlo su hijo.

—No veo por qué no —dijo Remlinger.

Estaba poniéndoles en ridículo. Y ellos lo sabían. Hasta yo lo sabía. Seguramente sabían que no era su hijo.

—Puede airear su mala conciencia —dijo Jepps. Ésa fue la palabra que empleó: «airear»—. La gente que detengo (que solía detener, mejor dicho) siempre se sentía mejor después de haber hecho su declaración, por mucho miedo que sintieran. A veces muchos años después de los hechos, como usted. Nos iremos a casa y no volverá a vernos nunca, señor Remlinger.

—Sentiré no volver a verles —dijo Arthur Remlinger, y sonrió—. Pero ¿qué tendría necesidad de declarar?

Hasta entonces nadie había mencionado con palabras el motivo que nos había reunido allí. Nadie quería hacerlo, creo. Los estadounidenses, según Charley, carecían

de convicción para llevar a cabo su misión, y probablemente no llegarían a decir esas palabras nunca. Remlinger no iba a hacerlo. Podríamos habernos marchado en ese momento y nada habría ido más lejos. Estábamos en un punto muerto. Nadie tenía agallas para decir esas palabras.

—Que hizo estallar un explosivo... —dijo Crosley de pronto, y tuvo que aclararse la garganta en la mitad de lo que yo pensaba que no iba a decir nunca y tal vez lamentaría al instante haber dicho— y murió un hombre. Fue hace mucho tiempo. Y nosotros...

Aquí perdió el resuello, como si todo aquello fuera excesivo para él. Odié oír aquellas palabras, pero al mismo tiempo quise oírlas. El exiguo recinto estaba cargado de ellas. Crosley parecía un pelele a causa del miedo que sentía.

—¿Y nosotros..., decía usted? —dijo Remlinger. Su actitud era altiva, como si les llevara mucha ventaja y ellos no estuvieran a la altura del hecho de haberse delatado—. Es ridículo —dijo Remlinger—. Yo no hice tal cosa.

En aquel momento yo estaba pensando, y sintiendo el peso de esas palabras: «¿Conocían ellos siquiera al hombre que había muerto?». Habían venido allí sin otra cosa que una idea, y ahora, sin convicción, habían acusado a un hombre de homicidio; a un hombre a quien tampoco conocían y cuya única relación con el crimen era que lo había cometido. Aunque —de gran importancia, para él— no había querido hacerlo. Remlinger, sin embargo, no tenía intención alguna de «airear» su conciencia. Antes bien todo lo contrario.

Jepps y Crosley se habían olvidado de no decir aquello delante de mí. Aunque yo lo sabía todo y no estaba conmocionado por haberlo oído y sabía que mi semblante no mostraba estarlo. Remlinger no se comportaba como un hombre que no supiera nada de un homicidio, sino como un hombre que aseguraba no saberlo. Eso habría sido todo lo que ellos habrían visto hasta el momento. Remlinger casi había reconocido haberlo hecho al decir «Yo no hice tal cosa». Ambas partes estaban sacrificando algo, cierta fuerza, para ganar ventaja hacia su objetivo. Remlinger había dicho la verdad al decirme que aprendería algo muy valioso yendo a ver a aquellos dos estadounidenses. Aprendí que las cosas hechas sólo de palabras y pensamientos pueden convertirse en actos físicos.

—Pensamos que lo mejor sería llegar a una forma decorosa de hacer esto —dijo Jepps—. Darle la oportunidad de liberar su corazón.

—¿Y si no tengo nada que decirles? ¿Nada que liberar? —dijo Remlinger con sorna—. ¿Y si esa idea es infundada?

—No creemos que lo sea —dijo Crosley, después de recuperar el resuello pero aún con tono de faltarle las fuerzas. Se había sacado un pañuelo del bolsillo del pantalón y escupió algo en él; luego lo dobló y se lo guardó. Tenía mucho miedo.

—Sí —dijo Remlinger—. Pero si yo digo que lo es, será porque así es. Y si

ustedes dos no son capaces de volverse satisfechos adondequiera que vivan, entonces... ¿qué va a pasar?

Ahora era sólo una cuestión de voluntades. No había hechos en disputa.

—Bien, tendremos que hablar de ello —dijo Jepps.

Se puso en pie. Pensé en las pistolas, probablemente ya listas, cargadas y dejadas al alcance. Nadie estaba diciendo mucho sobre la verdad de aquel instante: que Jepps y Crosley no tenían intención de marcharse sin más después de haber ido hasta allí; que tenían más determinación de lo que hubiera podido pensarse. Era sólo cuestión de decidir con qué justificación iban a hacer lo que tenían intención de hacer. Mi presencia era posiblemente la única razón por la que no lo hicieron en aquel mismo momento. Ése era mi cometido, mantener las cosas en su sitio, y proporcionar una pausa a Remlinger para que pudiera ver con claridad su situación. Yo era su punto de referencia.

—Admito que tengo algo que sí puedo decirles —dijo Remlinger. Suspiró profundamente, de un modo calculado para que Jepps y Crosley pudieran oírle—. Tal vez les deje satisfechos.

—Nos agradará oírlo.

Jepps miró con gesto aprobador a Crosley, que asintió con la cabeza.

—Tienen razón en que Dell no tiene por qué oír esto. Lo llevaré al coche.

Arthur Remlinger hablaba de mí sin dar la más mínima muestra de que yo estuviera allí mismo, a su lado. Fuera lo que fuera lo que no hubiera concebido por completo antes (yo había intuido que no tardaría en hacerlo), lo había concebido ya. Su decisión ya se había formulado en su mente. Y a mí me iba a asignar un cometido más.

—Muy bien —dijo Jepps—. Le esperaremos aquí.

—Sólo será un momento —dijo Remlinger—. ¿Te parece bien a ti, Dell? ¿Me podrás esperar en el coche?

—Me parece bien —dije.

—No tardaré —dijo Remlinger.

Arthur Remlinger me sacó al exterior frío y me condujo hacia el Buick silencioso, agarrándome con fuerza el hombro, como si me fuera a castigar por algo. La nieve caía en copos más grandes. El viento había cesado y el frío era más intenso. La camioneta de Charley estaba aparcada delante del remolque. La luz se filtraba por debajo de las rendijas. El perro blanco de la señora Gedins estaba sentado sobre el capó, para calentarse.

—Esos dos tipos son ridículos —dijo Remlinger. Parecía enfadado, de un modo en que no lo había estado en la cocina. En ella parecía resignado y antes de eso altivo. Abrió la portezuela del coche y me empujó al interior, frente al volante—. Ponlo en

marcha —dijo—. Y enciende la calefacción. No quiero que te congeles.

Metió la mano y encendió las luces, que proyectaron sus haces a través de la nieve, hacia las casas derruidas de South Alberta Street.

—¿Qué va a contarles?

Por un instante pensé que iba a subir al coche, y me desplazé hacia el asiento del acompañante.

—Lo que necesitan oír —dijo—. Ahora ya nunca me dejarán en paz. —Alargó una mano hasta la visera del asiento del conductor y sacó de debajo de ella la pequeña pistola plateada que yo había visto tiempo atrás en sus habitaciones. No iba metida en su funda; era sólo la pistola—. Trataré de dejárselo muy claro. —Inspiró, espiró. Fue casi un jadeo—. Tú quédate donde estás —dijo—. Volveré enseguida. Luego iremos a cenar.

Cerró la portezuela y me dejó en el coche frío. El aire caliente salía de debajo del salpicadero. A través de la ventanilla del lado del conductor —la nieve se convertía en agua sobre el cristal— vi cómo su sombrero avanzaba en la oscuridad en dirección a la puerta de la casucha, que estaba entreabierta. No miraba a su alrededor, ni parecía en modo alguno vacilante. Llevaba la pistola en la mano caída, pegada al costado izquierdo, sin ocultarla, para que, aun siendo lo pequeña que era, nadie pudiera no verla. Pensé que Jepps y Crosley tal vez habían sacado ya sus pistolas, y las esgrimían hacia la puerta para cuando Remlinger entrara. Lo lógico era que —si sabían lo que estaban haciendo— no le hubieran creído y supieran lo que iba a suceder.

Arthur Remlinger entró en el vestíbulo embarrado —a la ventana de la puerta le faltaban los cristales—. Fue hasta la puerta y la empujó con una de sus botas.

Vi que Jepps seguía de pie a la luz mortecina de la lámpara del techo, en idéntica posición que antes. A Crosley, desde donde yo estaba, sólo le veía las piernas. Seguía sentado en el catre. Lo único que aquellos hombres se esperaban era que Remlinger les hablara. Eran los hombres sencillos que ya se ha descrito que eran. Remlinger había juzgado mal la clase de hombres que eran. Avanzó a través del umbral iluminado. Vi la cara de Jepps al verle entrar. Arthur Remlinger levantó la pistola plateada, la dirigió hacia Jepps y disparó. No le vi caer. Pero cuando Remlinger siguió avanzando en la cocina —para disparar contra Crosley— vi a Jepps tendido sobre el linóleo, con las grandes piernas separadas. El sonido que emitió la pistola fue *pam*. No era de gran calibre. Una pistola de mujer; he oído que las llamaban así. No oí gritos ni voces. Mi ventanilla estaba cerrada, y la calefacción funcionando. Pero también oí los disparos que mataron a Crosley. Se oyó un *pam*, y vi cómo Crosley se movía torpemente hacia la derecha, tratando de meterse debajo del catre. Remlinger se acercó a él. Vi claramente cómo apuntaba con la pistola hacia abajo, hacia el hueco de debajo del catre donde Crosley se había metido para protegerse. Remlinger disparó



dos veces más. *Pam. Pam.* Luego se dio la vuelta para mirar, casi despreocupadamente, el suelo donde yacía Jepps, cuyo pie izquierdo temblaba arriba y abajo, muy rápidamente. Dirigió el cañón —casi con consideración— hacia su cabeza o su cara y disparó una vez más. *Pam.* Cinco tiros en total. Cinco *pams*. Los vi y los oí todos a través de la puerta abierta de la cocina, desde el habitáculo del Buick. Remlinger miró el cuerpo de Jepps mientras se guardaba la pistola en el bolsillo lateral de la cazadora. Dijo algo con gran animación. Le dirigió a Jepps una especie de mueca, y le apuntó con un dedo, y le enseñó un dedo central tres veces, y le habló; para mí no fueron sino palabras sin sonido (aunque Jepps, seguramente, no fue consciente de nada de ello). Eran palabras de recriminación que expresaban lo que sentía. Luego se volvió y miró a través de la puerta abierta, a través del espacio oscuro y nevado que nos separaba, mientras mi cara, enmarcada en la ventanilla del coche, mostraba una expresión que no alcanzo a imaginar. Luego dijo algo más, dirigido a mí, moviendo los labios, vociferante, con el gran Fedora aún sobre la cabeza, como si sus palabras pudieran enmendar lo que acababa de hacer. Creí saber lo que aquellas palabras significaban, pese a que jamás llegaron a mis oídos. Significaban: «Ya está. Solucionado, ¿no? De una vez por todas».

Enterramos a los dos estadounidenses la noche misma de su muerte. Una medida de la clase de hombre que era Arthur Remlinger la da el hecho de que me obligara a ayudar a Charley Quarters y a Ollie Gedins (el hijo de la señora Gedins; el hombre alto con el gorro y el impermeable que había visto en el aparcamiento del Leonard) en el traslado de los cadáveres hasta las fosas abiertas en la pradera donde —de haber seguido vivos— los estadounidenses habrían disparado contra los gansos a la mañana siguiente, conmigo de «guía». Otra medida la da el que no se ocupara lo más mínimo de mí, ni mostrara interés alguno por mi persona, ni tuviera un plan mejor para mí que lo que iba improvisando a cada momento; y ciertamente no para ampliar mi educación sino en el sentido de tener que ser yo mismo quien descubriera (otra vez, y de forma mucho peor) cuántas más cosas eran posibles que las que una mente de quince años podría haber imaginado. Cuando pensó en aquellos acontecimientos más tarde, si alguna vez lo hizo, seguramente no me dedicó ni un solo pensamiento, e incluso habría olvidado que yo había estado allí, como un martillo que se deja en una fotografía, cuya única finalidad es proporcionar la escala, un punto de referencia, algo que pierde todo su valor una vez que se ha tomado la instantánea. Después de todo, había renunciado a cualquier escala que pudiera haberse fijado para sí mismo, lo mismo que había renunciado a la razón. Había únicamente lo que quería hacer, dentro de unos límites que sólo él conocía. Si alguien le dijera que no debería haberme llevado con él a ver a los estadounidenses aquel día —que con ello cambió, si no el curso de mi vida, sí la clase de vida que era; que arriesgó mi vida (podrían haberme pegado un tiro a poco que hubieran tomado otro sesgo las cosas)—; si alguien le dijera algo así estaría diciendo algo muy cierto. Y a él le hubiera traído absolutamente al fresco. Las cosas suceden cuando la gente no está en el lugar al que pertenece, y el mundo se mueve hacia delante y hacia atrás según ese principio. Hubo otra gente que —para él, en gran parte— era como si estuviera muerta, tan muerta como los estadounidenses que cargamos en la camioneta de Charley aquella noche, mientras Arthur Remlinger, de pie en las sombras nevadas, fumaba un cigarrillo y nos observaba. Pónganse estos elementos juntos y se entenderá todo esto tan cabalmente como cabe entenderse.

Podría pensarse que sacar aquellos dos cuerpos muertos de la Casa Auxiliar y cargarlos en la camioneta de Charley fue el acto más memorable de aquella noche: su súbito peso, cuando en vida su cuerpo parecía no tener peso; lo espeluznante del acto en sí; la conciencia del cambio que opera la muerte. Como ya he dicho, fui yo quien recogí el peluquín del suelo de linóleo, donde había caído y podía verse sobre la sangre densa, que empezaba a secarse. Y eso fue lo que yo recuerdo más vívidamente: la ligereza frágil de aquel pequeño, extraño peluquín empapado en sangre. No recuerdo cuál era el aspecto de los cuerpos, ni cómo olían, ni si estaban flácidos o rígidos, ni qué muestras había en ellos de que hubieran recibido disparos, ni el olor de la pólvora (que debió de llenar la cocina), ni siquiera de cómo los trasladamos como fardos, ni cómo los arrastramos por las manos o los talones como los cadáveres que ya eran.

Recuerdo muy bien la rapidez con que tuvieron lugar los disparos mortíferos. No hubo la menor teatralidad en ellos, como la hay en las películas. Todo sucedió muy rápidamente, como si no hubiera sucedido. Sólo que instantes después había alguien muerto. A veces creo que estuve en la cocina cuando sucedió todo y no en el coche. Pero no es verdad.

Recuerdo —una vez que hubo tenido lugar el tiroteo— el semblante de Arthur Remlinger hablándoles a los dos hombres muertos —la expresión de reprobación—, y luego la mirada que me dirigió a mí a través de la puerta por donde yo estaba viéndolo todo, absolutamente atónito. Era una mirada, creí entonces, que significaba que me mataría también si le venía al ánimo hacerlo. Y que debía saberlo. En su cara se leía «Asesinato», lo que buscaban escrito en ella Jepps y Crosley y que sólo vieron en sus últimos instantes.

Recuerdo que cuando se produjeron los disparos y Remlinger me miró, mientras decía lo que en ese momento estuviera diciendo, yo, por instinto, aparté la mirada. Volví el cuerpo entero de la ventanilla y, por la otra ventanilla, vi a Charley Quarters de pie en la puerta del remolque, con la luz a su espalda. Allí en el frío, en camiseta y calzoncillos. Apoyado en el marco de la puerta, mirando. Quizá sabía lo que había pasado, y sólo aguardaba a tener que empezar a encargarse de todo.

Lo último que recuerdo es que cuando enterramos los cuerpos —desnudos; las maletas y las pertenencias arderían en el bidón de Charley, y las pistolas, los anillos y las escopetas irían a parar al South Saskatchewan— los doblamos en sus fosas, lo bastante hondas para evitar que estuvieran al alcance de coyotes y tejones. Fue una tarea relativamente fácil. Yo los miraba desde arriba —estaban en la tierra en fosas separadas, a varios metros una de otra—, y luego miré hacia la pradera oscura, y oí a un ganso en el cielo nevoso, lanzando los graznidos que lanzaban. Y pude ver —para

mi sorpresa, pero lo vi— el rótulo rojo del Leonard a lo lejos en la noche, en la dirección donde estaba Fort Royal, más cerca de lo que hubiera imaginado, con la figura del mayordomo ofreciendo una copa de martini. Por unos segundos fue como si nada hubiera pasado.

¿Puedo siquiera hablar del efecto que causó en mí presenciar el asesinato de los dos estadounidenses? Tendré que fabricar las palabras, porque el efecto verdadero fue el silencio.

Podría pensarse que a lo largo de los años he pensado mucho en Arthur Remlinger, un hombre que era un enigma, un personaje merecedor de una reflexión detenida. Pero no es así. No era en absoluto un enigma. Durante un tiempo pensé que era una persona de una gran importancia, alguien con un rico trasfondo, alguien más que meramente real. Pero no era así; no era sino el causante de la muerte de tres hombres. Él deseaba poseer esa importancia, no hay duda (Harvard, por ejemplo, y el primer homicidio que cometió). Pero no pudo superar esa carencia; su compañera en la vida, la que le llevaba a todas partes. El pensamiento inverso, el hábito que me hacía creer que había importancia donde no había más que carencia, puede constituir un buen rasgo en abstracto. (Me hacía parecer más interesante para mi madre de lo que realmente era). Pero el pensamiento inverso puede implicar ignorar lo obvio; un error grave que puede llevar a más errores y a todo tipo de alevosos peligros, y a la muerte, tal como descubrirían los dos estadounidenses.

Mucho más que haber conservado a Arthur Remlinger en la memoria, sin embargo, he tratado con todas mis fuerzas de mantener a los dos estadounidenses — Jepps y Crosley— vivos en ella; ya que, en la medida en que han desaparecido para siempre y sin dejar ningún rastro, mi recuerdo es la sola vida después de la muerte que probablemente tengan. Como he dicho, pensé también que sus muertes parecían conectadas con la ruinosa decisión de mis padres de atracar un banco; conmigo como una constante, como conector, como corazón de la lógica. Y antes de que alguien diga que esto no es más que una fruslería, como remover hojas de té con el dedo para inventar una lógica, que piense en lo cerca que está el mal de los acontecimientos normales que nada tienen que ver con el mal. A través de todos estos sucesos memorables, lo que yo buscaba preservar para mí mismo era una vida normal. Cuando pienso en aquel tiempo —inaugurado con mi deseo de que llegara el día de empezar el instituto en Great Falls, y que siguió con el atraco al banco de nuestros padres, y con la marcha de Berner, y con mi traslado a Canadá, y con la muerte de los estadounidenses, y con mi partida para Winnipeg, y con el sitio donde hoy estoy— veo que todo es uno, como la partitura musical con movimientos, o como un rompecabezas, en el que trato de restaurar y mantener mi vida en un estado continuo y aceptable, con independencia de las fronteras que he cruzado. Sé que sólo soy yo el

que establece estas conexiones. Pero no tratar de establecerlas es entregarse a uno mismo a las olas que te derriban y te estrellan contra las rocas de la desesperación. Hay mucho que aprender aquí del juego del ajedrez, cuyas batallas individuales son todas parte de una batalla larga que busca un estado no de adversidad o conflicto o derrota o incluso victoria, sino la armonía que subyace en todo ello.

Por qué Arthur Remlinger mató a tiros a los dos estadounidenses es algo que sólo puedo aventurar tratando de no alejarme de lo obvio. Nada se zanjó con ello, sólo consiguió ganar cierto tiempo, posponer hasta más tarde su desaparición en una oscuridad aún mayor que la de Saskatchewan: el «viaje al extranjero» de que me habló.

Es posible que lo hubiera estudiado todo detenidamente. No de la forma en que lo hubiera hecho otra persona, que mediría los pros y los contras y dejaría que su juicio y sus pensamientos guiasen sus actos, siempre con la condición de que aquéllos pudieran finalmente apartarle de tales actos. Posiblemente creyó que los estadounidenses acabarían matándolo a él; y, si no, que no lo iban a dejar en paz nunca, no le iban a permitir irse nunca, ni regresar nunca; que estaban más comprometidos con su misión de lo que le habían dado a entender. Estudiarlo detenidamente, para él, era más bien una cuestión de disparar contra ellos a menos que algo inesperado le hiciera no hacerlo. ¿Quién sabe lo que podría ser ese algo? ¿Quién lo sabe, si jamás llegó a ocurrir? Es probable que la concepción que tiene mucha gente de «pensar detenidamente» algo es de este tipo: hacer justamente lo que uno quiere hacer, si puede. Es posible que sencillamente quisiera matarles: porque habían llegado hasta él, en primer lugar, y porque habían tratado de razonar con él; porque la idea de hablar le había puesto furioso, después de años de frustración callada, de anhelos, de decepción, de aislamiento, de espera; tal vez también porque el hecho de que se dirigieran a él dos don nadie, llegados de ninguna parte, que además albergaban malas intenciones, le enfureciera, ya que tenía un elevado concepto de su propia inteligencia; tal vez también porque al oír palabras como «airear» y «liberar», con su sentido implícito de que los estadounidenses se solidarizaban con él... Todo ello quizá lo había hecho accesible, primero, y letal después. Puede que supiera desde mucho tiempo atrás que la sinrazón era su gran fallo. Y simplemente había dejado de preocuparse, y había aceptado que no podía hacer otra cosa; que la sinrazón era su naturaleza, y que merecía todo lo que pudiera obtener de ella. Era un asesino, como, en menor medida, mis padres eran atracadores de bancos. ¿Por qué ocultarlo?, pudo haberse dicho. Disfruta de ello. Cuando uno mata a dos personas tiene que haber por medio algún porcentaje de demencia.

¿Cuál fue el resultado de todo ello, de los dos asesinatos? Poca cosa, que yo sepa. El Chrysler de los estadounidenses se ocultó en el Quonset de Charley, y luego Ollie

Gedins y uno de sus primos lo llevaron a los Estados Unidos, utilizando la documentación de los estadounidenses, que nadie en la frontera de los Estados Unidos se preocupó de comprobar debidamente (era Canadá; era 1960). Estos dos canadienses se alojaron en el motel Hi-line de Harre, Montana, con los nombres de Jepps y Crosley; luego desaparecieron calladamente en la noche de Montana, dejando el coche aparcado frente a la habitación. Y quienes habían enviado a los dos estadounidenses creyeron que éstos habían dejado Canadá, habían cruzado la frontera y bajado hasta Havre y habían desaparecido misteriosamente. Es posible que la Real Policía Montada de Canadá se presentara en el Leonard más tarde, e hiciera preguntas, y mostrara fotos. Nadie relacionaba a Arthur Remlinger con los muertos, lo mismo que no lo habían relacionado con la colocación de la bomba años atrás. En el caso JeppsCrosley, enterrados en la pradera, que pronto se helaría (la tierra había sido apenas lo bastante blanda para poder cavar las fosas), no hubo nunca prueba alguna de que siquiera estuvieran muertos. Si alguien viajó a Fort Royal a investigar más detenidamente —una esposa, un pariente de Detroit—, hubo de ser mucho después del día en que yo subí al autobús de Winnipeg.

Sin duda algo tuvo que fraguarse de forma soterrada en el Leonard en los días siguientes a los asesinatos. Pero Charley Quarters siguió llevando a los Sports a los campos cada mañana. Arthur Remlinger siguió pasándose animadamente por el comedor y por el bar por las noches. A mí se me prohibió tomar parte en nada, como si ya no fuera digno de confianza. Pero se me permitía aún comer en la cocina, estar en mi cuarto, moverme libremente por el Leonard o vagar por las calles ventosas de Fort Royal como solía hacer antes, en los días cálidos de septiembre. Veía la camioneta «media tonelada» de Charley en la calle, o en el aparcamiento de la trasera del hotel. Una vez me encontré con Arthur Remlinger en el vestíbulo, donde se habían registrado los estadounidenses. Estaba leyendo una carta. Levantó los ojos para mirarme de un modo en que nunca me había mirado. Parecía lleno de energía, como si en aquel momento deseara expresarme algo que tampoco me hubiera expresando antes. Pero su cara cambió con rapidez y adquirió una expresión casi adusta. «A veces, Dell, tienes que causar problemas para que las cosas queden claras», dijo. «Todos merecemos una segunda oportunidad». Era lo que me había dicho la noche de los asesinatos. Aquello no tenía ningún sentido, y yo no supe qué contestar. Le había visto matar a dos personas. Me hallaba más allá de las palabras. Se metió la carta en el bolsillo del abrigo y se fue. Creo que así es como él entendía el haber matado a tiros a dos hombres y haberlos enterrado en fosas como las de la caza de gansos en la pradera: lo había hecho en nombre de cierta claridad que buscaba, y para aliviar su sufrimiento. Traté de entenderlo, de conciliarlo con cómo me sentía: mortificado y avergonzado, como si se hubiera hecho realidad en mí una parte de la carencia de Arthur Remlinger. Pero no pude.

No sé lo que Florence sabía o no sabía de los asesinatos. Mi opinión personal es que ella sabía que habían tenido lugar, y que al mismo tiempo no lo sabía. Era una artista. Albergaba cosas opuestas en la mente. Muchas cosas de la vida entran en la categoría de esos contrarios. El matrimonio, por ejemplo. Y el que lo hiciera era coherente con lo poco que sabía de ella.

Al cuarto día de los asesinatos —el 18 de octubre—, Florence vino a mi cuarto y me despertó. Traía una maleta de cartón con correas de cuero para los cierres, y adhesivos en los que ponía PARÍS, NUEVA ORLEANS, LAS VEGAS y CATARATAS DEL NIÁGARA. La dejó encima de la cómoda y dijo que no podía seguir el resto de mi vida con mis pertenencias en una funda de almohada. Podía devolvérsela cuando volviera a verla. Tenía un billete de autobús, que me tendió, y una pequeña pintura al óleo —obra suya— que mostraba la hilera de caraganas al fondo de Partreau, y más allá las colmenas blancas, la pradera y el cielo azul. «Ésta está mejor que las anteriores», dijo, en tono comercial. «Te hará recordar las cosas con más optimismo. Partreau queda fuera de la vista.» (Ésta fue una de las razones que me llevaron a pensar que sabía lo de los asesinatos). Le dije que me gustaba el cuadro, me gustaba mucho, de verdad, y me asombraba saber que era mío. Era lo que le debía haber dicho de la otra pintura, y confié en que esto compensase mi anterior silencio. Metí en la maleta la poca ropa que tenía, las piezas del ajedrez, el tablero enrollable, el libro *Los fundamentos del ajedrez*, mis dos tomos del *World Book* y *La construcción de la nación canadiense* que me había regalado ella, pero no *La apicultura*, pues había abandonado mi afición a las abejas. La maleta, llena, pesaba. Bajamos juntos, salimos del hotel y recorrimos la calle principal de Fort Royal ventosa hacia la barbería donde me había cortado el pelo en aquellas fechas, como si supiera que algo iba a sucederme. Nos quedamos de pie dentro de la puerta de cristal, y Florence me dijo que tenía que subir al autobús, y que no debía bajarme hasta llegar a Winnipeg —un trayecto de unos ochocientos kilómetros; no llegaríamos hasta la mañana siguiente temprano—, donde me esperaría su hijo Roland. Viviría con él e iría a un colegio de monjas, hasta que las cosas «se arreglaran de la forma más conveniente». Cuando llegó el autobús me abrazó y me besó, algo que nunca había hecho, y que hizo únicamente porque le daba lástima. Volvería a verme, dijo. No le dije adiós a nadie más que a ella. Era como si ya hubiera partido hacía un rato y me estuviera acostumbrando de nuevo a estar conmigo mismo. Las ideas sobre las separaciones en las que todo el mundo guarda las formas que dicta la cortesía, reflejan una excepción en la vida, más que una regla general.

Me sentía muy, muy feliz de marcharme, por supuesto. Cuando estaba sentado en el coche después de los asesinatos, y antes de que trasladáramos los cuerpos de los estadounidenses, miré a través de las ventanillas del coche de Arthur Remlinger y vi el coche de los estadounidenses, y Partreau, allí en medio de la oscuridad y la nieve, y

concluí que era un lugar hecho para el asesinato, un lugar de carencia y de promesas abandonadas. Casi había logrado evadirme de él, pensé, pero al final no había podido hacerlo. Aquélla, sentí —sentado en mi asiento del autobús, alejándome de Fort Royal y de Saskatchewan—, parecía ser mi última oportunidad.

Tuve muy pocos pensamientos retrospectivos mientras el autobús se desplazaba hacia el este. Nunca he sido muy bueno en eso. Los acontecimientos han de hundirse en la tierra y aflorar luego naturalmente para que yo les preste la atención debida. O se sumirán en el olvido. No pensé ni por un instante que nada de lo que me había sucedido fuera a desvirtuar lo que pensaba de mi padres y de su mucho más leve delito. Ni reforzar mi creencia de que algún día volvería a verlos, aunque yo quería. Los usos que Arthur Remlinger había asignado a mi persona —ser su auditorio, su supuesta fuente de interés, desempeñar el papel de hijo suyo, ser su garantía, su testigo y cómplice— no me habían agradado en absoluto, como es lógico. Pero no me habían impedido, pese a todo, subir los escalones de aquel autobús, ni me habían vedado el futuro que deseaba tener.

¿No pensaba Remlinger que iba a contar lo que había visto? Estoy seguro de que en ningún momento pensó que yo hablaría de lo que había visto y en lo que había participado, no mucho más que los dos estadounidenses en sus míseras tumbas. Hay cosas que uno sencillamente no cuenta. De hecho siento una pequeña satisfacción al darme cuenta de que al menos me conocía así de bien, y de que al final me había prestado un poco de atención.

Mildred Remlinger me había aconsejado tratar de albergar en mi pensamiento todo lo que fuera capaz de albergar, y no dejar que mi mente se centrara de un modo malsano en una sola cosa, y tener siempre algo a lo que poder renunciar. Mis padres, por su parte, me habían hablado uno y otro en favor de la aceptación. («Ductilidad» era la palabra que empleaba mi madre). Algún día, en alguna parte, sería capaz de explicarme todo aquello a mí mismo. De algún modo. Y posiblemente también a mi hermana Berner, a quien sabía que volvería a ver antes de morirme. Hasta ese día, trataría de conciliar todos los buenos consejos que había recibido: generosidad, aceptación, renuncia, buscar la longevidad, dejar que el mundo venga a ti, y, con todos ellos, labrarme una vida que vivir.



## Tercera parte

Siempre he aconsejado a mis alumnos pensar en la larga vida de Thomas Hardy. Nacido en 1840, muerto en 1928. Pensar en todo lo que vio, en los cambios que se operaron en su vida en tal período de tiempo. Trato de animarles a desarrollar un «concepto de vida»; a enrolar a su imaginación; a considerar su existencia en el planeta no un mero catálogo de acontecimientos aleatorios que van desenrollándose sin fin, sino una vida, a un tiempo abstracta y finita. Lo que digo es una forma de tener en cuenta esto.

Les enseño libros que a mí se me antojan secretamente sobre mi vida de joven: *El corazón de las tinieblas*, *El gran Gatsby*, *El cielo protector*, *Las historias de Nick Adams*, *El alcalde de Casterbridge*. Una misión al vacío. Abandono. Una figura, posiblemente misteriosa, pero al final no lo es. (Estos libros ya no se enseñan en el instituto en Canadá. Quién sabe por qué). Mi idea es siempre «cruzar una frontera»; la adaptación, el paso de una forma de vivir que no funciona a otra que sí funciona. También podría referirse a cruzar una línea y no poder volver jamás.

Y al tiempo que les enseño estos libros les hablo de mi larga vida, si no de los hechos, sí al menos de algunas de las lecciones aprendidas: que conocerme ahora a los sesenta y seis años es no poder imaginarme con quince años (lo cual es muy cierto en el caso de ellos); que no hay que buscar con demasiado denuedo sentidos opuestos u ocultos —ni siquiera en los libros que leen—, sino mirar todo lo de frente que puedan a las cosas que pueden ver a la luz del día. En el proceso de articular para uno mismo las cosas que uno ve, siempre se encontrará sentido y se aprenderá a aceptar el mundo.

Hacer lo que digo tal vez no les parezca a ellos algo natural precisamente. Uno de ellos dirá un montón de veces: «No veo qué tiene que ver esto con nosotros». Y yo diré: «¿Tiene todo que tratar siempre de tu persona? ¿No puedes proyectarte fuera de ti mismo? ¿No puedes ponerte en la piel de otro para tu propio beneficio?». Es entonces cuando me siento tentado de contarles mi vida de joven en su integridad; decirles que la enseñanza es un gesto de «no abandono en serie» (de ellos), la vocación de un chico que amaba la escuela. Siempre siento que tengo mucho que enseñarles y no mucho tiempo; una mala señal. La jubilación me llega en un buen momento.

Se me acepta bien y desde hace mucho tiempo el hecho de ser estadounidense, aunque llevo ya treinta años nacionalizado y con pasaporte canadiense. Hace décadas me casé con una chica canadiense, recién salida de la universidad, en Manitoba. Poseo mi propia casa en Monmouth Street, Windsor, Ontario, he enseñado lengua y literatura inglesas en el Walkerville Collegiate Institute desde 1981. Mis colegas son corteses sobre mi condición de estadounidense que ha renunciado a su nacionalidad.

De cuando en cuando alguien me pregunta si no anhelo «regresar». Y yo digo: en absoluto. Está ahí, al otro lado del río. Lo veo. Ellos parecen apoyar mi decisión (los canadienses se consideran a sí mismos aceptadores natos, tolerantes, comprensivos), pero al mismo tiempo se muestran irritados hasta el punto del resentimiento por el hecho mismo de que haya tenido que hacer esa elección. A mis alumnos, que tienen de diecisiete a dieciocho años, suelo hacerles gracia. Me dicen que hablo como un «yanqui», aunque no es cierto, y les digo que no hay ninguna diferencia. Les digo que no es nada difícil ser canadiense. Los keniatas, los indios y los alemanes lo son con toda comodidad. Y yo tuve tan poco adiestramiento para ser estadounidense, además. Quieren saber si en el pasado fui un prófugo del ejército. (Por qué lo han pensado siquiera, no tengo la menor idea, pues no es historia lo que estudian). Les digo que fui un «recluta canadiense», y que Canadá me salvó de un destino peor que la muerte, que ellos entienden que quiero decir de Estados Unidos. A veces me preguntan en broma si me he cambiado el nombre. Les aseguro que no. La suplantación de personalidad y el engaño, les digo, son los grandes temas de la literatura estadounidense. Pero no lo son tanto en la canadiense.

Al cabo de un rato ya no interrumpo a nadie. Canadá no me salvó; les digo que lo hizo porque les gusta creerlo. Si mis padres no hubieran hecho lo que hicieron, si hubieran seguido ejerciendo su papel de padres, mi hermana y yo habríamos acabado llevando sendas buenas vidas estadounidenses y seríamos felices. Pero no lo hicieron, y nosotros no pudimos hacerlo.

A lo largo de los años mi mujer y yo hemos pasado algunas vacaciones «allá abajo». No tenemos hijos, y somos —en cierto sentido— el final de nuestro árbol genealógico respectivo. Así que hemos ido donde hemos querido: hemos evitado Orlando, Orange County y Yellowstone, y hemos tendido en cambio a lugares de importancia histórica y cultural: Chautauqua, el Puente Pettus, Concord y el Distrito de Columbia; lo cual a Clare le pareció «un tanto excesivo», por mucho que a mí me pareciera bien. Me he inscrito en cursos de verano dictados por catedráticos de Harvard, he visitado la Clínica Mayo una vez, y mi mujer y yo hemos viajado extensamente en coche de regreso a Manitoba.

No he vuelto nunca a Great Falls, pero me han contado que hoy es una ciudad más acogedora —aún no es una ciudad grande—, un lugar mucho mejor que aquel donde vivimos en 1960 y de donde me vi obligado a partir hacia Canadá para no volver jamás. Nada de ello —llevarme al otro lado de la frontera— podría haber ocurrido hoy, desde la instalación de las torres, y con la frontera cerrada. Ha pasado mucho tiempo. Mis padres ocupan un lugar menor en mi memoria. A menudo recuerdo a Charley Quarters diciéndome, mientras estábamos sentados en tumbonas localizando gansos, que algo «se apagaba» en él cuando volvía a Canadá de los Estados Unidos. Yo sentía lo contrario. Algo en mí se sentía siempre en paz cuando

volvía a Canadá. Si algo se apaga en uno, es algo que se desea que se apague.

Una vez, en un viaje en coche a Vancouver, nos detuvimos en Fort Royal, Saskatchewan. Mi mujer lo sabe todo de aquellos días, y se siente solidaria conmigo, y también ligeramente intrigada, ya que no suelo repetir mis historias una y otra vez. Le había contado aquella sólo una vez, cuando éramos jóvenes, porque consideré que ella tenía que saberla, y desde entonces hemos vuelto sobre ella escasísimas veces.

La propia Fort Royal apenas seguía allí. El drugstore, la biblioteca vacía, la escuela de ladrillo vacía..., todo había desaparecido. Ni rastro de ellas. Dos hileras de edificios vacíos, una gasolinera cooperativa, una oficina de correos, el elevador de grano abandonado. El depósito del ferrocarril aún se hallaba operativo, pero parecía más pequeño. Extrañamente, el matadero (ahora llamado «Carnes de la Pradera») seguía en funcionamiento. Como el pequeño Queen of Snow Hotel, con su letrero desmontable de la fachada donde se leía CAZADORES DE GANSOS: SE ACERCA EL OTOÑO. ¡RESERVEN SUS PARTIDAS DE CAZA! Entre los edificios que faltaban estaba el Leonard; en el solar vacío del extremo de la ciudad no había ni rastro de él. Era verano, principios de julio, y la cosecha aún no había comenzado. La mayoría de las residencias urbanas seguían en pie, en las breves calles cuadrículadas; en muchas de ellas ondeaba la hoja de arce de la bandera de Canadá; no había ninguna cincuenta años atrás. Pero no parecía haber lugares de trabajo. Todo el mundo viajaba en coche, supuse, hacia Swift Current o aún más allá.

Partreau, por donde pasamos más tarde, había desaparecido por completo. Incluso el almacén del elevador de grano. Era como si una gran máquina vengadora lo hubiera arrasado todo y hubiera cubierto la tierra con sal. Me adentré en el coche por los trigales ondulantes, cuya cosecha iba a ser pródiga. El cielo estaba alto y de color azul claro; el viento caliente y polvoriento soplaba sobre los campos, moteado de saltamontes chasqueantes. Los halcones patrullaban el aire, haraganeando por la gran bóveda caliente o haciendo guardia aquí y allá, cada uno en su árbol. No lo dije, pero me dirigí hacia el lugar —hasta donde la memoria me podía guiar— donde habíamos enterrado a los estadounidenses. Es curioso cómo un trozo de tierra puede conservar tan cicateramente su significado; aunque está bien, porque si pudiera conservarlo cabalmente haría a los lugares sagrados pero impenetrables, cuando de lo contrario no serían ni una cosa ni la otra. En lugar de ello, todo acaba siendo parte de nuestra mente compleja, a la que (si tenemos suerte) podemos dar finalmente nuestro asentimiento. Los grandes campos de trigo se mecían, silbaban, cambiaban de color y se abatían frente al viento en el punto donde nos detuvimos con el coche. Me bajé y aspiré los ricos olores del polvo y del trigo y de algo vagamente podrido, no mucho. Los dos estadounidenses yacían bajo la tierra, como ahora yacerían ya de todos modos, por mucho que hubieran vivido a partir de entonces. Seguí allí de pie, con las manos en los bolsillos del pantalón, con los pies en el polvo, y traté de hacer que todo

aquello tuviera un significado, fuera revelador, como si yo lo necesitase. Pero no pude. Así que volví al coche, donde mi mujer me esperaba en pleno calor, mirándome, curiosa. Volvimos a tomar la dirección oeste, hacia las montañas lejanas e invisibles, y dejé aquel lugar para siempre, una vez más.

El pasado otoño, antes de que mi hermana muriera, fui a visitarla a las Ciudades Gemelas<sup>[21]</sup>. Están a sólo una hora de vuelo del aeropuerto Detroit Metro, que todos los canadienses utilizamos como si fuera nuestro. Hasta entonces no sabía que Berner estaba allí. Mientras organizaban una fiesta para mi retiro, mis alumnos «me miraron» en el ordenador para averiguar todo lo que pudieran sobre mi persona; algo embarazoso, o conmovedor; el que alguien pudiera haber estado buscándome: una antigua novia, un camarada del ejército, una orden de detención. Uno ya no puede tener secretos (aunque a mí me vaya en ese sentido mejor que a otros). Encontraron un mensaje de «busco a» en una página web. Decía, sencillamente: «Busco a Dell Parsons. Profesor. Posiblemente residente en Canadá. Su hermana está enferma y le gustaría ponerse en contacto con él. El tiempo apremia. Bev Parsons». Y se añadía un número de teléfono.

Fue un fuerte shock para mí ver el nombre de mi padre en la hoja de papel que los alumnos me entregaron con mucha solemnidad, queriendo que supiera que lo habían hecho con intenciones más festivas, pero obviamente comprendiendo que debía ver aquel mensaje.

No había vuelto a ver a mi padre, ni a mi madre, desde que se lo llevaron a la cárcel. La última vez que lo vi fue el día en la celda de Great Falls. Hubo cartas — una o dos de Mildred— que me llegaron. Una decía —también fue un shock para mí— que mi madre se había suicidado en la cárcel de mujeres de Dakota del Norte. (Entonces yo estaba en el instituto de Saint Paul, en Winnipeg, y no me acuerdo mucho de lo que sentí). Pero no hubo noticia alguna de él desde que salió de la cárcel, si es que había sobrevivido a ella. Pensé que debió de sentir que yo estaba mucho mejor donde estaba, y que nada ganaría volviendo a una vida que hacía mucho tiempo que se había clausurado. Y yo acabé estando de acuerdo con él, aunque no porque lo hubiera olvidado. En una visita que le hice a Reno, Nevada, en 1978, mi hermana me contó que creía haber reconocido a nuestro padre en el casino de una estación de servicio de Jackpot, Nevada, sentado en un taburete, metiendo cuartos de dólar en una máquina tragaperras, con una chica a la que Berner definió como «mexicana» sentada a su lado. Llevaba bigote. Reconoció que a veces confundía aquella vez con la de un hombre que había visto en un bar de Baker, Oregón, que estaba solo. «Pero las dos veces seguía siendo guapo», dijo. «En ninguna le hablé». Berner era bebedora, y esas historias no eran raras en ella.

Pero el pensamiento de que mi padre —a los noventa años— pudiera estar al lado de mi hermana, asistiéndola en un mal trance, y buscándome en el mundo para pedir

ayuda, equivalía, sorprendentemente, a sentir que mi vida entera estaba no sólo amenazada sino en peligro de no haber sido vivida nunca. Todos ellos estaban aún allí, esperándome, con la mirada fija, numinosos, obstinados, imborrables. Aquello me hizo caer en la cuenta de lo mucho que había querido borrarlos de mi vida, lo mucho que mi felicidad se hallaba condicionada al hecho de que desaparecieran.

Berner y yo nos habíamos visto sólo tres veces en aquellos cincuenta años. Estas relaciones familiares elípticas se dan primordialmente en Estados Unidos. No puedo hacerlas extensibles a Canadá y los canadienses; siento que soy escasamente canadiense. Pero vimos mucho a los padres de mi mujer antes de morir. Y seguimos viendo bastante a su hermana, en Barrie. Los canadienses y los estadounidenses, sin embargo, son tan parecidos en tantos aspectos que no resulta justo hacer hincapié en esta diferencia.

Siempre he sentido que debería haber visto más a mi hermana, y si me hubieran preguntado al respecto habría dicho que he sido de esa clase de hermano. No sucedió así, eso es todo. Su vida resultó ser muy diferente de la mía. He tenido una esposa y he sido profesor de instituto y patrocinador de clubs de ajedrez durante toda mi vida laboral. Berner ha tenido como mínimo tres maridos y, por desdicha, parece que sólo se gustaba a sí misma al margen de la vida convencional. He perdido el rastro de la mayoría de las cosas que ha sido. Fue hippie mientras duró el movimiento. Luego la esposa de un policía que la maltrataba. Luego una universitaria tardía que no acabó los estudios. Luego camarera en un casino. Luego camarera en un restaurante. Luego ayudante de enfermería en un hospital para enfermos terminales. Otro de sus maridos era mecánico de motos de Grass Valley, California. Nunca tuvo hijos. Y hubo más cosas que hicieron que su vida no pareciera ser una buena vida, aunque ella nunca lo dijese.

Cuando la visitamos en Reno estaba con un hombre llamado Wynne Reuther, que decía que estaba emparentado con Walter Reuther. Los dos estaban borrachos. Cenamos en el restaurante de un casino. Berner, cuya piel pecosa estaba hinchada —lo que hacía que sus rasgos planos parecieran demasiado pronunciados—, había adquirido una risa burlona, rasposa, que le dejaba al descubierto gran parte de la lengua. Sus estrechos ojos verde gris eran fríos y como de halcón. Trató a mi mujer sarcásticamente, y no parecía recordar o aceptar el hecho de que éramos canadienses. Seguía poseyendo la misma rareza belicosa que siempre me había fascinado —«altanería», la llamaba mi padre—. De niños fuimos siempre las dos caras de una moneda. Pero ahora, en aquella cena, hablándole ruidosamente al tal Reuther, me parecía simplemente un ser humano más, pese a su amaneramiento y a sus gestos de manos y a alguna ocasional vuelta fantasmal a las facciones faciales que yo le conocía. Al final dijo que yo —no Clare— hablaba como un canadiense. A mí no me molestó. Dijo que Canadá era «anodino», lo cual molestó a Clare. Y luego me dijo a

mí que había dejado mi país atrás para que se las arreglara como pudiera. Después de eso tuve una discusión fuera de lugar con Wynne Reuther —sobre algo relativo a Irán— que zanjó la velada de forma brusca. Lo último que me dijo Berner, mientras estábamos en el aparcamiento oscuro, sofocante, vacío —era la interestatal 80, llena de camiones atronando encima de nosotros a las luces de sodio naranja y el vivo fulgor del casino—, fue: «Has renunciado a mucho. Sólo espero que lo sepas». No sabía lo que estaba diciendo. Había bebido demasiado, y sentía amargura por la «vida sucedánea» que había llevado en lugar de la vida mejor que habría tenido si las cosas hubieran ido como es debido, si nuestros padres no hubieran hecho lo que hicieron, etcétera. Tenía razón, por supuesto. Había renunciado a muchas cosas, como Mildred me había dicho que tendría que hacer. Y estaba satisfecho de haberlo hecho, y de lo que había recibido a cambio. «Es tan raro lo que hace diferente a la gente», dijo Clare, de forma casi enigmática, cuando estábamos en el coche y todo había quedado atrás. «La naturaleza no rima a sus hijos», dije, contento de recordar el verso de Emerson, y de haber encontrado el momento en que encajaba a la perfección. Aunque lo que sentí aquella noche fue efímero, incompleto y triste. Pensé que muy posiblemente no volvería a ver a Berner nunca más.

Quedamos en encontrarnos en el Comfort Inn que hay junto al enorme centro comercial cercano al aeropuerto de las Ciudades Gemelas. Hubo un cortés desacuerdo al teléfono acerca de quién iría a ver a quién, y una vez solucionado éste, si yo iría a su casa en un coche alquilado o ella vendría a recogerme al aeropuerto.

—Tengo que poder irme a casa en cuanto me canse —dijo al otro lado de la línea, con voz gastada pero firme, como si yo no fuera capaz de llevarla a casa cuando me lo pidiera. Tenía una tos breve, áspera, y estaba ronca—. Tengo quimio los martes —dijo—, así que me canso enseguida.

—¿Está papá allí? —dije. Tenía a «Bev Parsons» grabado en mi cerebro. No quería verle. Pero si estaba vivo y la estaba cuidando, no veía cómo podía rechazarle.

—¿Papá? —Su voz sonaba incrédula—. ¿Nuestro padre?

—Bev Parsons —dije.

—Oh, por el amor de Dios —dijo—. Se me olvidó. No. Al final decidí deshacerme de ese nombre horrible, Berner —dijo como arrepentida—. Todos esos años con él a costas. Como una mala suerte. El nombre de papá me venía mucho mejor. Siempre me dio envidia. Podría guardar mi propio equipaje, si tenía alguno.

—A mí siempre me gustó tu nombre —dijo—. Me parecía muy personal.

—Muy bien. Entonces quédatelo. Esta libre. Te lo dejaré en el testamento.

Se echo a reír de nuevo.

—¿Estás muy grave?

De pronto, por estar al teléfono y no frente a frente, ya no éramos jóvenes sino



dos adultos que pueden preguntarse esas cosas. Mellizos de un tipo diferente, y mejor.

—Dios mío —dijo—. Sólo voy a quimio por hacer algo. Me quedan dos meses. Tal vez. Un linfoma que no le deseo a nadie. De verdad. —Oía claramente su respiración. Un suspiro. Siempre suspiraba, aunque no con resignación.

—Lo siento —dije.

Volvíamos a ser casi unos desconocidos. Lo sentía de veras, por supuesto.

—Bueno, yo también —dijo, y parecía animada—. La cura es lo que realmente duele. Y la cura no es una cura. Pero será mejor que vengas, ¿de acuerdo? Quiero verte. Y darte algo.

—De acuerdo —dije—. Iré el fin de semana que viene.

—¿Sigues siendo el señor Profesor?

—Hasta junio —dije—. Y luego me retiro.

—Tendré que perderme tu graduación, me temo. —Volvió a lanzar la risa áspera y burlona, y recordé la última vez que nos habíamos visto, cuando me dijo que había renunciado a muchas cosas.

—Lo que quiere ver es si vas. —Clare sacudió la cabeza con firmeza. Me estaba ayudando a preparar una bolsa pequeña de viaje. Pensaba estar tan solo un día y una noche—. Y por supuesto vas.

Dije:

—Si tu hermana estuviera enferma, moribunda, tú irías.

Nuestra casa de Monmouth Street está al lado de un pequeño parque con olmos vestigiales, enfrente y a un costado. En ambas vistas mostraban su vivo y exuberante color dorado. Era octubre, la estación para la que vivimos los de estas latitudes.

—Sí, iría —dijo ella, y me dio unos golpecitos en la espalda, y un beso en la mejilla—. Te quiero —dijo—. Cualquier cosa que quiera, dásela.

—Sólo quiere que vaya —dije—. Quiere darme algo.

—Veremos —dijo. Mi mujer es una contable diplomada y tiende a ver el mundo de más allá de su pequeño círculo de íntimos y de su familia cercana como una voluntariosa negociación, pros frente a contras, ganancia frente a pérdida, dar frente a recibir; aunque no mal frente a bien. Tal concepción del mundo no ha hecho que se vuelva cínica, aunque sí escéptica. De corazón, es generosa—. Aceptarás lo que vaya a darte, sea lo que sea —dijo—. Dile que le mando mis mejores deseos..., si es que me recuerda.

—Te recuerda —dije—. Y lo apreciará mucho. Se lo diré.

Hacía frío en Minneapolis, una ciudad que siempre me ha gustado de lejos por su

optimismo equilibrado, sólido y refinado. Solíamos pasar por Minneapolis cuando íbamos a visitar a la madre de Clare en Portage la Prairie y cruzábamos el lago en el ferry a Wisconsin.

Estaba junto a la entrada del Comfort Inn, con el abrigo puesto, contemplando unas cuantas bandadas de patos que volaban hacia el sur, cuando Berner llegó en un Probe azul abollado, con adherencias de herrumbre en la parte de abajo de los parachoques, en el capó y en el techo. Bajó la ventanilla de su lado y dijo:

—Eh, chico grande. ¿Tienes tiempo para un polvo rápido? No me queda tiempo más que para eso.

Estaba horrible. Su cara, sonriente al otro lado de la ventanilla, era de color mostaza amarillenta. La hinchazón de treinta años atrás había desaparecido, lo mismo que la pelusilla de la mandíbula. Sus ojos parecían consumidos tras unas gafas de montura roja que le quedaban demasiado grandes, el tipo de gafas que se ponen las mujeres mayores para parecer más jóvenes. Estaba delgada, casi como cuando era joven. Era como esas mujeres mayores con dentadura demasiado grande para la boca. El maquillaje le ocultaba gran parte de las pecas de la cara plana. Su pelo crespo de antaño estaba gris y ralo.

—Tengo que pasar por casa —dijo, cuando ya reemprendía la marcha—. No está lejos. Me he olvidado el oxi... lo que sea. Luego podríamos ir a Applebee's. Se está bien allí, ¿sabes?

—Estupendo —dije.

Llevaba una vía pegada al dorso de la mano derecha, para la quimioterapia. Todo lo que hacía le resultaba difícil y le costaba un gran esfuerzo, incluido aquel encuentro conmigo. El interior del coche era un puro desorden. Una colcha de felpilla cubría los asientos. Faltaba la radio. Un trozo de cinta ancha plateada tapaba un hueco en el salpicadero de vinilo. En el asiento trasero había un neumático y los accesorios de un gato. Berner llevaba un abrigo morado acolchado, largo y muy usado, y botas blancas de una textura lanosa. Despedía un olor fuerte a hospital, de alcohol de frotar y de algo dulce. Era evidente que estaba muy enferma, como me había dicho.

—Me tomaré la pastilla después de comer. —Trataba de sortear el tráfico del sábado por la mañana próximo al centro comercial—. Luego dispondré de una media hora, y tendré que volver a casa. Antes te llevaré al hotel. O empezaré a conducir marcha atrás y de cabeza. Soy una adicta ahora. Nunca lo había sido. Me ha curado las alergias. Es muy bueno. —Sonrió—. ¿Me has reconocido? El amarillo es mi nuevo tono de otoño. Es el hígado, que lo tengo hecho polvo. Se supone que es lo que va a acabar conmigo. No será demasiado malo.

—Te he reconocido —dije. No quería estar demasiado serio, si ella no lo estaba—. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Esto. —Se echó hacia atrás en el asiento, como si algo la hubiera mordido dentro, a la altura de la cintura. Aspiró profundamente y espiró con igual hondura—. A menos que quieras enseñarme matemáticas. Pensé que estaría bien aprender matemáticas antes de morir. Era buena en matemáticas, ¿te acuerdas? Ahora todo es diferente. Morir debe de hacer que te entre sed de conocimiento. Y de otras cosas. —Sonrió—. Te he echado de menos. A veces.

—Sí, me acuerdo —dije—. Yo también te he echado de menos.

—Por supuesto, tienes memoria. Yo no encuentro la mía. —Se volvió y me miró con seriedad, como si yo hubiera dicho algo que no debería haber dicho. Su expresión quería ser cálida conmigo. Quería darme la bienvenida y hacerme saber que me echaba de menos—. Yo también me acuerdo de ti —dijo, y levantó la barbilla de un modo que era más de nuestro padre que de ella. Un gesto mío, también. Entonces sentí una súbita punzada de añoranza... de ser joven, de que la vida que había vivido fuera un sueño del que habría de despertar en un tren rumbo a Seattle.

—¿Así que te gusta ser Bev?

Aún no la había tocado, pero alargué la mano torpemente y le di unas palmaditas en el hombro, que noté muy delgado bajo el abrigo acolchado.

Tosió con aspereza y se dio aire a la cara con la mano.

—Oh, sí —dijo, y tragó lo que había tosido—. Llevo quince años siendo Bev. Es mi nombre normal. Al pobre Berner lo dejé tirado en alguna parte. No pudo seguir mi ritmo.

—A mí me gusta —dije.

—A papá no le fue tan bien con Bev. Y pensé probar yo. Ellos no eran más que unos chiquillos, ¿sabes? Los dos.

—No, no lo eran —dije. Me sorprendió verme respondiendo con tanta brusquedad—. No lo eran en absoluto. Eran nuestros padres. Nosotros éramos los chiquillos.

—Muy bien. *Touché* —dijo. Sus manos, al volante, estaban rojas y tenían un aspecto descarnado—. ¿No decís vosotros eso? ¿Touché? ¿Touche, bravo?

—A veces.

—Tocada —dijo Berner; asintió con la cabeza y sonrió, tolerante—. Estoy tocada de la cabeza. Igual que tú. Somos mellizos. El cigoto no olvida.

—Eso es cierto —dije—. Somos mellizos.

Berner vivía en una casa rodante de doble remolque, bastante nueva, anclada en una calle recta y estrecha llena de otras casas rodantes —la mayoría bastante nuevas —, con diminutos jardines y árboles jóvenes sujetos con alambre a la tierra, y coches deportivos aparcados frente a la calle en pendiente sin bordillo, y antenas parabólicas en todos los tejados. Había niños fuera; era sábado por la mañana. Enormes reactores

plateados se alzaban en el cielo del otoño, a un par de kilómetros al norte de nosotros. Sus motores emitían un ruido no muy estruendoso y desaparecían.

Berner enfiló un camino de entrada pavimentado. Un hombre menudo estaba de pie junto al otro extremo del remolque, dándoles hojas de lechuga a varios conejos gordos grises y blancos que había dentro de una conejera de alambre y que se apretaban contra la pequeña entrada.

—Ahí tienes al hombre blanco más paciente del mundo, y campeón mundial de Scrabble. Está cuidando de su «rebaño». —Abrió la portezuela y movió trabajosamente las piernas de debajo del volante—. Dame un empujoncito, cariño. — Parecía sentir dolor a causa del esfuerzo—. Me cuesta ponerme en movimiento una vez que me he parado. No será ni un minuto. —Al acercarnos a su casa se había puesto a hablar con un suave acento del sur—. No estamos casados —dijo, hablando hacia el interior del coche—. Pero es el mejor marido que he tenido en mi vida. Es tímido. —Se puso recta, con rigidez, y miró hacia el hombre que estaba cerrando la puerta de la conejera. Llevaba botas de cowboy, tejanos, un impermeable de nailon y una gorra de un rojo brillante de las que llevaban mis alumnos, aunque él la llevaba derecha—. Se me ha olvidado una cosa —dijo en dirección a él. Ella miró, pero no dijo nada—. Mi «chute» —dijo, y echó a andar con dificultad hacia los escalones de la entrada para ir a buscar su medicina.

En la calle, al sol frío de la mañana, muchos de los otros convecinos de las casas rodantes, dispuestas a lo largo y cara a la calle, tenían banderas estadounidenses ondeando en astas de aluminio levantadas en los jardines, como si alguien les hubiera vendido a todos la misma bandera. En el de Berner no había ninguna bandera. En algunos céspedes podían verse pancartas de papel en las que se proclamaban las creencias de los residentes. EL ABORTO MATA. EL MATRIMONIO ES UN SACRAMENTO. NO A LOS IMPUESTOS. Algo que se estaba extendiendo a Canadá, con el gobierno: la nerviosa intensidad estadounidense en favor de algo más. El inevitable desplazamiento hacia el norte de todas las cosas.

El hombre menudo de la gorra roja y las botas de cowboy fue hasta una segunda conejera y se puso a darles a los conejos más hojas de lechuga de un gran cuenco plateado que había dejado en el césped, a sus pies. Su impermeable llevaba una bandera confederada cosida en la espalda, con una leyenda debajo que no pude leer. Era un hombre encogido, fuerte, anguloso y seco, y mucho mayor que Berner. Una persona religiosa, redimido mucho tiempo atrás, imaginé, mirándole a través del fulgor del sol que daba en el parabrisas. En alguna parte habría una moto. Un televisor gigante. Una Biblia. Todos habían dejado de beber hacía tiempo, y ahora esperaban. Es lo que les sucedió, pensé. Acabar aquí, de este modo. Yo había dado en el hábito de abanderar el rumbo que decidí emprender en la vida, como si mi vida pudiera enseñarle algo a alguien. No era tan admirable, dado que no podía hacerlo. Y

menos que nadie a mi hermana, que había tomado su vida en sus manos y la había aceptado. Caí en la cuenta de que no sabía cómo definirla.

El hombre menudo cerró la segunda conejera, y le echó el cerrojo con minuciosidad. Se agachó, cogió el cuenco plateado y miró hacia el coche cuando se estaba agachando. Luego se irguió y se quedó mirando fijamente el parabrisas y sus reflejos. Posiblemente podía verme en el asiento del acompañante, esperando a Berner; esperando a Bev. Alzó el cuenco a modo de saludo y sonrió con una sonrisa agradable que yo no me esperaba. Se volvió y caminó de un modo tieso, digno hacia la esquina del remolque, y desapareció. No vio cómo le contesté al saludo con otro gesto. No quería encontrarse conmigo. Lo comprendía perfectamente. Había aparecido en escena demasiado tarde.

En el coche, camino de Applebee's, Berner tenía mejor aspecto. Se había maquillado un poco más, emitía un aroma a cereza y mascaba chicle. Había traído una bolsa de plástico de los supermercados Cub Foods, en cuyo interior, supuse, iría lo que tenía intención de darme.

Encendió la calefacción y me informó de que siempre tenía frío. No conseguía entrar en calor aunque le fuera la vida en ello. Se rascó la cinta adhesiva que le fijaba la vía al dorso de la mano y sacudió la cabeza cuando vio que me había dado cuenta. Parecía querer sacar la ancha lengua por entre los labios —lo tomé por una manifestación de los fármacos—. Ahora que estaba lejos de su casa rodante hablaba con menos acento del sur. «Es de Virginia Occidental», dijo. Se refería al hombre que no era su marido; le divertía pensar en él. Se llamaba Ray. Era un encanto. Lo sabía todo sobre ella, y no le importaba. Había estado en el ejército de los Estados Unidos durante mucho tiempo, pero después se había licenciado. Lo había conocido en Reno, y se había ido con él a las Ciudades Gemelas hacía una década. Allí tenía un hermano. La casa rodante era su «casi» regalo de boda. Criaba conejos «para la mesa», y lloraba cada vez que tenía que matar uno. Iban a la iglesia.

—Yo no creo en nada, por supuesto. Pero voy para que esté contento y ser amable con él. Sabe que oficialmente soy judía por parte de madre. Aunque no practico.

Dijo que le preocupaba China y su dominación creciente; que le preocupaban los «ilegales», los impuestos, el 11-S, la «amenaza». Se acordaba del nombre de Clare y de que era contable. Dijo que le encantaría poder visitarnos, y que sabía que Windsor no estaba lejos de las Ciudades Gemelas. Dijo que ella y Ray habían votado a Obama.

—¿Por qué no? ¿Eh? Es algo diferente. —Me preguntó si yo había votado a Obama. Le dije que le habría votado si hubieran dejado votar a los canadienses. Lo cual la hizo reír, y luego toser, y luego decir—: Está bien. Tienes razón. Eso es cierto. Me había olvidado de que te fuiste de este país. No te culpo.

Una vez más, no sabía nada de mi vida, y poco le habría apetecido saberlo, a

aquellas alturas de la suya. Trataba denodadamente de aferrarse a una imagen de sí misma que quería darme. Todo lo que teníamos en común era a nuestros padres, hacía cincuenta años, y a nosotros mismos, hermano y hermana, que ahora trataban de sacar el mayor partido posible de... al menos una mañana. Berner, en el rato que estuvimos en el coche, logró no parecer enferma, no parecer amargada porque nuestras vidas hubieran tenido un rumbo tan diferente y para ella tan injusto (ahora, especialmente). Parecía haber localizado un viejo «yo» con el que mirarme con su antiguo escepticismo, y ello me hacía sentirme joven e ingenuo comparado con ella, vieja y sabia. Y eso me gustaba. Me alegraba que Clare no hubiera venido. Aunque no era aquello lo que me esperaba. Me había imaginado un remolque, sí, pero luego un cuarto de enfermo con las luces tenues, un televisor sin sonido, el tablero de la cómoda lleno de medicinas, y oxígeno, y todo alrededor la neblina y el aroma de la muerte. Esto era mejor. En otras circunstancias distintas, más propicias, podríamos haber pasado el día entero juntos. Era la indulgencia de la muerte.

—¿Sabes? —Estábamos entrando en el aparcamiento de Applebee's, atestado de clientes desábadado del centro comercial cercano, que subían y bajaban de grandes todoterrenos, motos y furgonetas—. Siempre me digo a mí misma: «Recuerda eso. Puede que las cosas no sean así dentro de seis meses».

—No soy tan diferente a ti en eso —dije—. Seguimos teniendo la misma edad.

—Pero tú no sabes la de veces que lo que digo ha resultado ser verdad. En mi vida. Seis meses ha sido toda una vida.

Me miró con frialdad; los músculos de la mandíbula se le tensaban y destensaban bajo la piel color beige, y su lengua no paraba de moverse dentro de la boca.

—Lo sé —dije.

—Bien —dijo ella, y volvió a suspirar de forma resignada. En un tiempo sus suspiros habían sido siempre de impaciencia—. Intento resistirme con todas mis fuerzas a esta muerte lenta. Puede que no lo parezca, pero es cierto. Siento que... — Miró hacia abajo, hacia las llaves de contacto, acercó un dedo y les dio un absurdo golpecito que las hizo tintinear—. Siento, a veces, que mi vida de verdad no ha empezado aún. Ésta no ha estado a la altura, podrías decir. Y no fuiste tú quien hizo que así fuera. Me fui por aquella calle, sola, aquel verano. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo —dije—. Me acuerdo perfectamente.

Me acordaba.

—¿Lamentas no haber tenido hijos?

Había empezado a mirar fijamente el tráfico en la carretera de acceso. Pasó un gran autobús que iba al centro comercial, y sus ventanillas estaban llenas de caras de mujeres, todas con el pelo corto. Berner paró el motor y la calefacción. El ruido del exterior sonaba amortiguado, pero constante.

—No —dije—. Nunca he pensado en ello. Supongo que ya veo a bastantes

jovencitos.

—Es el final de la estirpe, entonces —dijo, triunfante—. El linaje de los Parsons acaba aquí en el aparcamiento de Applebee's. O casi.

—Clare y yo decimos lo mismo.

—¿Sientes que has tenido una vida maravillosa? ¿Ahora que yo te he contado cómo me siento? Está bien que digas que sí. Me alegro. —Volvió la cara hacia mí y, por un instante, no mostró señal alguna de tensión, sólo de alivio. Su cara, para mí, conservaría esa expresión para siempre.

—La acepto —dije—. La acepto por completo. Me casé con la chica adecuada.

—Todos la aceptamos. Ésa no es una respuesta. —Sus labios secos se fruncieron, y volvió a mirar con desagrado hacia el autobús que acababa de pasar—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Entonces, sí —dije—. La he tenido.

Aunque no estaba seguro de que lo pensara.

—Soy tu hermana mayor. —Aspiró el aire por la nariz, con cuidado—. Tienes que decirme toda la verdad. O volveré de la tumba y no te dejaré en paz. —Se sonrió para sí misma, tiró de la manilla de la portezuela e inició de nuevo los movimientos dolientes para apearse—. Ahora puedo hacerlo yo sola —dijo.

Dejamos la conversación en ese punto, y ya no volvimos a retomarla.

En Applebee's, nos sentamos al lado de un gran ventanal que daba al aparcamiento. Podíamos ver su coche oxidado, que estaba más deteriorado de lo que pensaba, con su matrícula de Minnesota doblada y su parachoques trasero partido. Ningún otro coche del aparcamiento tenía un aspecto tan desvencijado como el de mi hermana.

Berner parecía alegre, recuperada de nuestra charla grave, como si aquel rumor clamoroso, lleno de cursilerías, distraído por la televisión, fuera justo lo que necesitaba, y supiera que su misión era hacer olvidar sus congojas a los enfermos terminales. Se dejó puesto el abrigo morado que necesitaba pasar por la tintorería.

Se sacó el chicle de la boca, lo envolvió en la esquina de una servilleta de papel y lo dejó sobre el alféizar de la ventana. Pidió un martini y me animó a que pidiera otro, pero dijo que no podía tomar alcohol con su medicación. Le gustaba tenerlo enfrente, como en los viejos tiempos, listo para obrar su pequeña magia. Yo pedí una copa de vino para relajarme y cobrar ánimos.

—¿Te he dicho —dijo, tenía a su lado la bolsa de plástico— que no voy a suicidarme? Se me ha olvidado lo que te dije. La quimio es una mierda absoluta.

—No, no lo has dicho —dije—. Pero me alegra oírtelo decir.

Levanté la copa de vino para brindar por ella.

—En una familia de cuatro, con un suicidio es suficiente —dijo. Entonces sólo

teníamos dieciséis años y no estábamos en posición de tomar las riendas de nada. Saber el lugar donde descansaba nuestra madre era otra de las cosas a las que había renunciado—. Yo no me aferré a ellos demasiado, la verdad —dijo, mientras con un dedo (en el que podía verse el tatuaje diminuto y muy desvaído de una cruz) acariciaba el pie de su copa, y estudiaba con detenimiento la carta, que ofrecía fotografías de colores vivos de las cosas que podían pedirse—. A veces pienso en ellos y en su gran *atraco* al banco —dijo esta palabra con énfasis—. No puedo hacer otra cosa que reírme. Y todos nosotros venimos de eso. Fue el acontecimiento de nuestra vida, ¿no te parece? Un puto desastre, sobre el que todo fue amontonándose después.

Entornó los ojos detrás de las gafas, se apoyó sobre los codos y se quedó mirándome con fijeza para hacerme saber qué significaba precisamente para ella el hecho de estar ya en el camino hacia la liberación de todos sus problemas. Me sentí muy mal —a causa de ella, y por ella—, y no podía hacer nada para remediarlo.

—Pensar en ello no te lleva a ninguna parte —dije, lo cual era la verdad en su mínima expresión.

Todas las jóvenes camareras habían empezado a cantar «Cumpleaños feliz» a cierto cliente anciano que estaba al otro lado del restaurante. Otros clientes se habían unido a ellas dando palmadas al ritmo de la canción. El equipo de fútbol americano de la Universidad de Minnesota jugaba en veinte televisores. De cuando en cuando había habido vótores y lamentaciones.

—No —dijo Berner—. No te lleva a ninguna parte, es cierto. —Apartó la vista de su martini, como si acabara de oír la canción de cumpleaños y los aplausos—. Es un secreto que compartimos, ¿no? Con el mundo entero. Dejar que las cosas pasen. Te conecta con el resto de la humanidad. Es lo que pienso. —Sonrió, sin motivo aparente. Recuerdo lo que me había escrito cuando su vida comenzaba: *Sentimos lo mismo y vemos las cosas de la misma manera*. Ella ya había empezado a compartir el mundo y yo no. Yo había sido abandonado en él. Me pregunté si ahora la estaba engañando de algún modo, de algún modo importante. ¿Le estaba ofreciendo mi ser real, mi más genuino ser? ¿Era verdad lo que le había dicho sobre mi vida? No quería engañarla. Era todo lo que tenía para darle, y siempre había sido una preocupación mía, dado mi pasado, y dado que soy profesor y siempre tengo que estar actuando, aunque tratando de no hacerlo. La cosa nunca está clara, puesto que todos somos varios entre los que elegir—. Puede que tengas una vena loca, oculta —dijo Berner—. Y puede que yo tenga una vena normal. Una vena dócil.

Había dejado que su mente se extraviara en alguna conversación interior que no estábamos manteniendo exactamente.

—Probablemente —dije, y tomé un sorbo de vino, que estaba picado—. Al menos la mitad de eso tal vez sea verdad.



—De acuerdo. —Bajó los ojos. Se había sorprendido extraviándose. El pelo castaño y gris lo tenía muy ralo en el frente, y muy peinado hacia atrás. Se había puesto colorete en el rato que había estado en el remolque. Tenía perforadas las orejas, pero no llevaba pendientes. Sus lóbulos estaban pálidos y blandos—. ¿Y sigues siendo el hombre del ajedrez? —dijo, y me sonrió para que me diera cuenta de que ahora me estaba haciendo caso.

—No —dije yo—. Lo enseño. Nunca fui bueno jugando.

Volvió la cabeza de pronto como si nos estuvieran trayendo la comida en ese momento. Su sopa. Mi ensalada. Pero no era así.

—Hablando del rey de Roma... —dijo, y levantó del suelo la bolsa de Cub Foods y la puso encima de la mesa—. Aquí está. —Suspiró y sacó de la bolsa un fajo de hojas de cuaderno blancas, secas y con unos agujeros y atadas con lo que parecían cabos endurecidos de cordón de zapatos de un color no muy diferente del de la piel de Berner—. No quería mandártelo. —Puso las manos sobre el montoncito de hojas, para mantenerlas juntas, y luego me miró y sonrió—. No sabía si ibas a gustarme. O si yo te iba a gustar a ti. O ni siquiera si ibas a quererlo. —Volvió a suspirar, esta vez muy profundamente, como si algo la hubiera derrotado.

—¿Qué es? —pregunté.

En la primera hoja vi una letra desvaída escrita con tinta.

—Su «crónica». La llama así. O la llamaba. La escribió en la cárcel, al principio de llegar a ella, por las fechas. Se la mandó a Mildred, a cuyo hijo conocí un día. En el oeste. Mildred me la mandó a mí. Hace mucho tiempo, signifique lo largo que esto signifique. Tendría que habértela mandado a ti. Pero lo de madre-hija debió de tener gran importancia para ella. Supongo. No hay nada en su crónica que pueda molestar a nadie. No hay grandes revelaciones. Pero se la puede oír, lo cual es bonito. Tendrías que quedártela tú.

Con las dos manos amoratadas empujó las hojas sobre el tablero de la mesa, apartando el martini unos centímetros hacia un lado, y humedeciendo un poco la última hoja.

—Gracias —dije, y tomé posesión del fajo.

—Lo llama «la crónica de una persona débil». Que es lo que ella era. —Berner se quitó una piel seca del labio inferior con los dientes, como si el contenido de aquellas hojas volviera a interesarle, ahora que me las acababa de regalar. Ahora que yo había recorrido toda aquella distancia para recibirlas—. Dice cosas como ésta: «Uno es bueno si puede hacer algo malo y decide no hacerlo». Y: «Fuimos un desastre de matrimonio», con lo cual estamos todos de acuerdo. «¿Qué es lo que hace la vida mejor?, ésa es la pregunta esencial». Y: «No puedes saber que tu vida es insufrible hasta que no ves una vía de escape». Le daba vueltas a la cabeza a la idea de dejar a papá mucho antes de todo aquello, y luego a lo del atraco. Nos escribe cartas. Hay

algunos versos suyos que le gustaban. En un tiempo me los aprendí de memoria. «¿... A través de qué delito? ¿A través de qué falta he merecido mi debilidad de ahora...?». Siempre quiso ser escritora. Lo he seguido leyendo a lo largo de los años. Podía hacerme llorar. Él no podía remediar ser como era. Pero ella tenía mucho más juicio. Al menos es así como la recuerdo. —Berner sacudió la cabeza y miró de nuevo hacia el ajetreado aparcamiento de Applebee's—. Me gustaría no estar enfadada con ella. Ahora, sobre todo. Me gustaría ser como tú. Tú lo aceptas todo. Eso haría que todo tuviera más sentido.

—Yo también estoy enfadado con ella —dije.

No era la respuesta que Berner quería oír. Yo estaba contemplando las palabras delgadas, precisas, desvaídas que discurrían minuciosamente por la pálida línea azul; no estaban escritas con tinta castaña, su preferida.

Berner se había puesto a tamborilear con los dedos sobre la mesa. Cuando miré su cara llana, expectante, la encontré sin expresión, aunque se le seguían agitando los músculos de la mandíbula. Tenía los ojos brillantes. Ahora seguíamos sin parecernos en nada, pero de un modo diferente.

—¿Te acuerdas de Rudy?

Frunció los labios hacia dentro.

—Sí —dije.

—Rudy el pelirrojo. Rudy Papá-Rojo. Mi primer gran amor. ¿No es curioso?

—Bailé con él —dije.

—¿Sí? —Su expresión se iluminó fugazmente—. ¿Dónde estaba yo?

—Allí. Bailamos los tres. Fue el día en que se los llevaron a la cárcel.

Quería decir su nombre. Por mi propio bien. Su nombre real.

—Berner —dije con voz suave.

—Ése es mi nombre —dijo ella con voz áspera y ronca, como si alguien de la mesa de al lado lo hubiera susurrado.

—¿Necesitas algo? —dije—. ¿Hay algo, cualquier cosa, que pueda hacer por ti?

La multitud que se veía en la televisión emitió un bramido creciente. La gente del restaurante aplaudió de forma insulsa. Berner, durante unos instantes, no dijo nada, como si la otra conversación que tenía lugar incesantemente en su cabeza, la que todos mantendremos al final, se hubiera vuelto irresistible.

—Has hecho todo lo que podías —dijo—. Todos lo intentamos. Tú lo intentas. Yo lo intento. Todos lo hacemos. ¿Qué más hay?

—No sé —dije—. Puede que tengas razón.

Pero mis palabras no parecían ser suficientes.

Comimos algo de lo que habíamos pedido cuando por fin llegó, pero no demasiado. Berner no tenía hambre y yo había desayunado en el hotel. En un

momento dado, cuando ya llevábamos un rato sin mucho de que hablar, Berner dijo:

—No me siento muy bien.

Estaba inquieta en su silla. Había tomado su pastilla. Metí las hojas en la bolsa de plástico. Habíamos terminado.

Fui a la barra, pagué la cuenta y ayudé a mi hermana a levantarse y a salir por la puerta principal. No la veía en condiciones de seguir conduciendo y yo no sabía el camino de vuelta a su casa. Le pedí a la camarera que llamase a un taxi, que llegó mucho más rápido de lo que creí que fuera posible. Fuimos en silencio, juntos, en el asiento trasero, Berner mirando el tráfico por la ventanilla de su lado y yo mirando por la ventanilla del mío un lugar para mí desconocido. A Berner no le había importado dejar el coche en el aparcamiento: Ray iría a recogerlo más tarde.

Finalmente llegamos a la calle pavimentada de las casas rodantes, con sus banderas ondeando al viento y sus árboles jóvenes y sus coches caprichosos y sus niños, y los reactores alzándose en el cielo no muy lejos. Ray estaba dentro. Pareció alegrarse de ver de vuelta a mi hermana. Nos dimos la mano y nos dijimos cómo nos llamábamos. Mencioné que habíamos dejado el coche en Applebee's. Parecía un poco azorado, y se echó a reír por alguna razón que probablemente lamentaría más tarde. Pero sabía lo que tenía que hacer. Berner parecía no sentirse bien en absoluto y necesitó ayuda para subir los escalones. Ray me preguntó si quería entrar, que siempre había café preparado. Dije que no, pero que se lo agradecía igualmente. Dije que llamaría al día siguiente. Cuando dije adiós a través de la puerta abierta —dentro había un gran televisor en el que retransmitían el partido de fútbol—, Berner se volvió y sonrió y dijo, ensoñadoramente:

—Adiós, querido. Adiós. Ha sido estupendo volver a verte. Diles a todos que les mando saludos, ¿lo harás?

—Sí, lo haré —dije—. Te quiero. No te preocupes.

No tenía la expresión de insatisfacción en la cara que nuestra madre había confiado en que no tuviera.

Volví al hotel en el taxi, que me había esperado. A la mañana siguiente volé de regreso a Detroit.

Poco más hay que decir. Y eso me satisface. Yo he tenido la bendición de la memoria, lo mismo que mi hermana Berner, al final, tuvo la bendición de tener menos. Aunque ella tenía razón; fue el acontecimiento de nuestra vida, pues empezó en nuestra familia, y, aunque sus consecuencias llegaron lejos, nunca fueron más allá de su fuente. La semana que siguió a la muerte de Berner, que fue la semana después del Día de Acción de Gracias estadounidense del año pasado, 2010, les dije a mis alumnos, de forma bastante inesperada: «¿Habéis tenido alguna vez la extraña sensación de que de alguna forma os habéis librado de un castigo?». Hablábamos, de

nuevo, de Hardy, de *El alcalde de Casterbridge*. Mis alumnos se limitaron a mirarme fijamente, perplejos, conscientes de que me había distraído y estaba hablando de mí mismo. Caí en la cuenta de inmediato de que lo que les acababa de decir era algo alarmante. Y sin embargo uno de ellos, cuya familia es kosovar, dijo: «Sí». Él la había tenido.

No vi a mi hermana muerta. Aunque Ray me telefoneó muy cortésmente el día en que murió, y me llamó Dell, y a Berner «Bev». Dijo que se habían casado la semana anterior. Le dije que eso era maravilloso y le di las gracias por ello. El hecho de que yo no estuviera allí no importaba, porque no creo que la engañara en mi visita y ella entendió que no la había engañado. Aunque en los días siguientes a su muerte tuve la extraña sensación —una sensación que nunca había sentido— de que nuestro padre seguía vivo en alguna parte, ya muy anciano, y que habría querido saber de Berner, e incluso de mí. Traté resueltamente de olvidar tal pensamiento y pronto lo logré. No era más que una fantasía, que tenía que ver con haber sido abandonado otra vez. Aunque ahora yo mismo, a veces, tengo el mismo sueño que había soñado Berner, el sueño que me contó en su carta de San Francisco, cincuenta años atrás; sólo que ahora el protagonista soy yo: he matado a alguien, y lo he olvidado; y entonces el crimen se revela y se alza, como un terrible espectro, y se divulga y llega a todos aquellos a quienes conozco. Mis alumnos. Mis colegas. Mi mujer. Todos se horrorizan al saberlo y me odian por ello.

Pero yo no había matado a nadie. Ni en mi sueño ni fuera de él (aunque había ayudado a enterrar los cuerpos de los dos estadounidenses, y hay una deuda por ello en alguna parte, y debo pagarla).

La crónica de nuestra madre era en gran medida como Berner me había dicho: trozos, pensamientos incompletos dejados para más adelante —momento que nunca llegaría—, su versión del atraco, opiniones, racionalizaciones, trivialidades, palabras muy duras sobre nuestro padre. Alguien tal vez podría armar una historia con todo ello. Ruskin, al que ya he citado, dice que la composición es la disposición de cosas desiguales. Y el contenido de la crónica de nuestra madre podría definirse justamente como «cosas desiguales». Pero a mi edad no me interesa tal tarea, porque ninguna de esas cosas es ya igual a la materia de la vida que me queda, por mucho que lamente que eso sea verdad.

Aunque había una cosa que escribió que debió de ser lo que Berner más quería que yo leyera y la razón por la que me dio la hojas manuscritas de mi madre.

«Creo», escribió mi madre con su letra delicada, con la tinta azul que le facilitaron en prisión y que se había hecho invisible en algunos pasajes, «que cuando te estás muriendo, probablemente deseas morirte. No luchas contra ello. Es como soñar. Es bueno. ¿No te imaginas que es una sensación buena? ¿Ceder y entregarte a algo? No más lucha, lucha, lucha. Me preocuparé por ello al final, y lo sentiré. Pero

ahora me siento bien. Se me ha quitado un peso de encima. Un gran peso. Resulta que la naturaleza no aborrece el vacío».

Estaba fechado en la primavera de 1961. Berner había puesto una marca a lápiz en un costado. Significaba algo para ella. Y posiblemente significará algo para mí algún día, algo más que lo obvio.

Algunos días cruzo en coche el túnel a Detroit, la ciudad que en un tiempo estuvo allí, hoy sólo hectáreas y hectáreas de solares vacíos, con sus grandes y relucientes edificios de la orilla del río, que son como falsas fachadas, una cara valiente que se muestra a nuestro mundo del otro lado. Subo por Jefferson a lo largo del río y al final salgo a los extrarradios en dirección a Thumb y Port Huron. Siempre pienso que me dirigiré hacia el norte, hacia Oscoda, donde nací, para ver cómo es hoy, y ver los restos de la base aérea, de la que no recuerdo nada. Pero cuando veo el gran arco del puente Blue Water dándome la bienvenida —a unos doscientos sesenta metros de distancia de Sarnia—, dejo de sentir la necesidad, como si hubiera estado tratando de poseer algo que nunca tuve. «Tienes que ir algún día», me dice mi mujer. «Será interesante. Te ayudará; hará que las cosas se serenen». Como si no lo hubiera hecho ya.

Por supuesto, no pierdo de vista el hecho de que vivo al otro lado de la frontera del lugar —no lejano— de mi nacimiento, y del lugar donde Arthur Remlinger empezó a cometer sus fechorías, y del lugar donde los dos estadounidenses partieron en busca de su destino. En cierto sentido, tal importancia gravita sobre mi persona, y he pensando a menudo que el lugar donde vivo, aquí y ahora —según el disparatado modo de las cosas—, tiene un sentido, y que ese peso que gravita sobre mí es el peso de la trascendencia. Como si hubiera pretendido presidir los dos lados de algo. Pero no creo en esas ideas, sencillamente. Creo en que lo que uno ve es más o menos lo que hay, como les he enseñado a mis alumnos, y que la vida se nos entrega vacía. Así, si bien la importancia pesa mucho, es lo máximo que hace. El sentido oculto casi no existe.

Mi madre me dijo que tendría miles de mañanas para despertar y pensar en todo esto cuando ya no hubiera nadie para decirme cómo sentirme. He tenido ya varios miles. Lo que sé es que tendrás una oportunidad mejor en la vida —de sobrevivirla— si toleras bien la pérdida; si te las arreglas para no ser un cínico en todo aquello que ella implica; si te supeditas, como sugirió Ruskin, al mantenimiento de las proporciones, a enlazar las cosas desiguales en un todo capaz de preservar lo bueno, aun cuando haya que admitir que lo bueno no es a menudo fácil de encontrar. Lo intentamos, como mi hermana dijo. Lo intentamos. Todos nosotros. Lo intentamos.

## AGRADECIMIENTOS

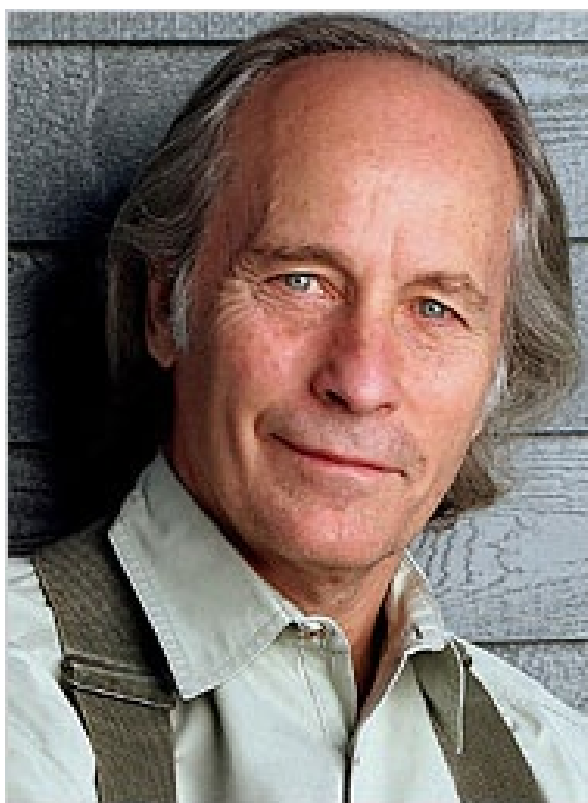
Mi mayor gratitud es para Kristina Ford, por ayudarme y animarme, y desplegar su inteligencia, buena voluntad y paciencia para que yo terminara este libro, y por estar al tanto de todo.

Otros muchos se han mostrado muy generosos conmigo y con esta obra, en especial Dan Halpern, que apostó por un viejo amigo. Estoy sumamente agradecido a mi querida Amanda Urban, que fue mi primera lectora fuera de la editorial y que siempre me ha alentado. También quiero dar las gracias a mi gran amiga Janet Henderson, que me asistió de modo inestimable a la hora de corregir y revisar *Canadá* en sus primeras y últimas fases. Gracias, asimismo, a Philip Klay, que me ofreció voluntariamente su tiempo para ayudarme en la investigación necesaria para escribir esta novela. Gracias a Ellen Lewis, por instruirme en el *Haggadah*. Doy las gracias a Scott Sellers y Louise Dennys, editores excepcionales, cuyo entusiasmo ante este libro me ayudó a terminarlo. Agradezco también a Alexandra Pringle, mi amiga durante décadas, y a Jane Friedman su fe en mi empeño. Gracias asimismo a Dale Rohrbaugh, que generosamente dedicó mucho más tiempo del que cabía esperar y una enorme buena voluntad para que yo pudiera acabar este libro. Doy las gracias a mis amigos de la Universidad de Mississippi, que me recibieron en su casa y me ofrecieron una habitación tranquila en la que llevar a término esta obra. Gracias a mi amigo el doctor Jeffrey Karnes, de la Clínica Mayo, por su clara visión del peculiar dilema del escritor. Y gracias también al doctor Will Dabbs, por su animosa ayuda cuando la necesité, después de poner punto final a *Canadá*.

Algunos libros y algunos escritores, de maneras tanto evidentes como menos obvias, fueron fundamentales para escribir la novela. Mi gran amigo Dave Carpenter me llevó primero al suroeste de Saskatchewan en 1984. Mi amigo Elliott Leyton me llevó allí a cazar gansos. Guy Vanderhaeghe ha escrito elocuentemente sobre la región fronteriza de Saskatchewan y Montana, como hizo el gran Wallace Stegner. La presencia de William Maxwell será obvia para los lectores. He sacado provecho de dos historias de Saskatchewan: *Saskatchewan: A History* de John H. Archer y *Saskatchewan: A New History* de Bill Waiser. Aprendí muchas cosas del extraordinario libro de entrevistas con nativos norteamericanos *Without Reserve*, escrito por Lynda Shorten. Una fuente importante para mis revisiones fueron las espléndidas memorias *And When Did You Last See Your Father?*, de Blake Morrison. Recibí la generosa ayuda de Rachel Wormsbecher y Lloyd Begley, del Swift Current Museum de Saskatchewan, y de Libby Edelson y Laurie McGee, que corrigieron el manuscrito. Mi viejo y querido amigo Craig Sterry me ofreció comodidad y una casa donde escribir en Great Falls. La escritora Melanie Little leyó este libro y me ofreció consejos perspicaces e indispensables para corregir sus errores. Sarah MacLachlan

fue mi abogada desde el inicio de la novela. Y finalmente Iris Tupholme y David Kent aceptaron con toda generosidad publicar *Canadá* en Canadá. Os doy las gracias a todos.

R. F.



RICHARD FORD (1944, Jackson, Mississippi). Ha publicado seis novelas —*Un trozo de mi corazón*, *La última oportunidad*, *Incendios* y la trilogía protagonizada por Frank Bascombe: *El periodista deportivo*, *El Día de la Independencia* (premios Pulitzer y PEN/Faulkner). y *Acción de Gracias*—, tres libros de narraciones cortas y largas —*Rock Springs*, *De mujeres con hombres* y *Pecados sin cuento*—, y el breve libro memorialístico *Mi madre*, editados todos ellos en Anagrama, que le han confirmado como uno de los mejores escritores norteamericanos de su generación: «El mejor escritor en activo de este país» (Raymond Carver); «Un crítico norteamericano ha dicho que Ford se inscribía en la tradición de Faulkner, Hemingway, Steinbeck... Se está convirtiendo tranquilamente en el mejor escritor norteamericano» (Bernard Génès, *Le Nouvel Observateur*); «Richard Ford nos habla de un mundo que nos pertenece, como una canción de Tom Waits o —sirva como paradigma iconográfico— el film de Wim Wenders *Paris-Texas*» (J. Ernesto Ayala-Dip, *El País*).



# Notas

[1] Del sudeste de los Estados Unidos. (*N. del T.*) <<

[2] Personajes de radio y televisión muy populares de la época. (*N. del T.*) <<

[3] Rural Electrification Administration: plan del presidente Roosevelt para llevar la electricidad a las zonas rurales más aisladas y deprimidas. (*N. del T.*) <<

[4] «La doncella de las nieblas». (*N. del T.*) <<

[5] Great Falls: literalmente, «grandes cataratas» o «grandes cascadas». (*N. del T.*) <<

[6] La Aguja del Espacio de Seattle, Washington. (*N. del T.*) <<

[7] FFA (Future Farmers of America) y Four H (Cuatro H: Head, heart, hands and health): organizaciones juveniles de la época para el desarrollo de la agricultura. (*N. del T.*) <<



[8] Base Exchange: cooperativa de las fuerzas armadas de los Estados Unidos. (*N. del T.*) <<

[9] Work Progress Administration: Programa de Obras Públicas del New Deal. (*N. del T.*) <<

[10] De *Ain't Nobody Here But Us Chickens* («No hay nadie aquí más que nosotros los pollos»), canción de 1946, con música de Alex Kramer y letra de Joan Whitney. (*N. del T.*) <<

[11] Aparato muy popular en la época que permite ver imágenes estereoscópicas. (*N. del T.*) <<

[12] Truco de los fumadores que consiste en expulsar el humo por la boca y al mismo tiempo inhalarlo por la nariz, para finalmente volver a expulsarlo por la boca. (*N. del T.*) <<

[13] En inglés *suicide* es a un tiempo *suicidio*, *suicida* y *suicidarse*. En castellano, aquí, ha de emplearse el verbo. Aunque en inglés la expresión es *to commit suicide* (que da origen al calco castellano «cometer suicidio»), la traducción habrá de ser «¿Vas a suicidarte?». De ahí que Dell hable de «la palabra» (*suicide*), que en inglés es sólo una y en castellano puede ser tres («suicidio», «suicida» y «suicidarse»). (*N. del T.*) <<

[14] Grupo étnico de Canadá, mestizo de blanco e indio americano. (*N. del T.*) <<

[15] Construcción prefabricada de techo semicilíndrico de chapa ondulada. (*N. del T.*)

<<



[16] Sport: *sportsman* («deportista»); buen tío, amigo, colega. (*N. del T.*) <<

[17] Dell dice «the States» (literalmente, «los Estados»), como llaman con frecuencia a su país los estadounidenses. (*N. del T.*) <<

[18] *Latter-Day Saints*: «Santos de los Últimos Días»; es decir, mormones. (*N. del T.*)

<<

[19] Royal Canadian Navy: la armada canadiense. (*N. del T.*) <<

[20] *Root* (pronunciado «rut»): «raíz». (*N. del T.*) <<

[21] Minneapolis y Saint Paul, en el estado de Minneapolis. (*N. del T.*) <<